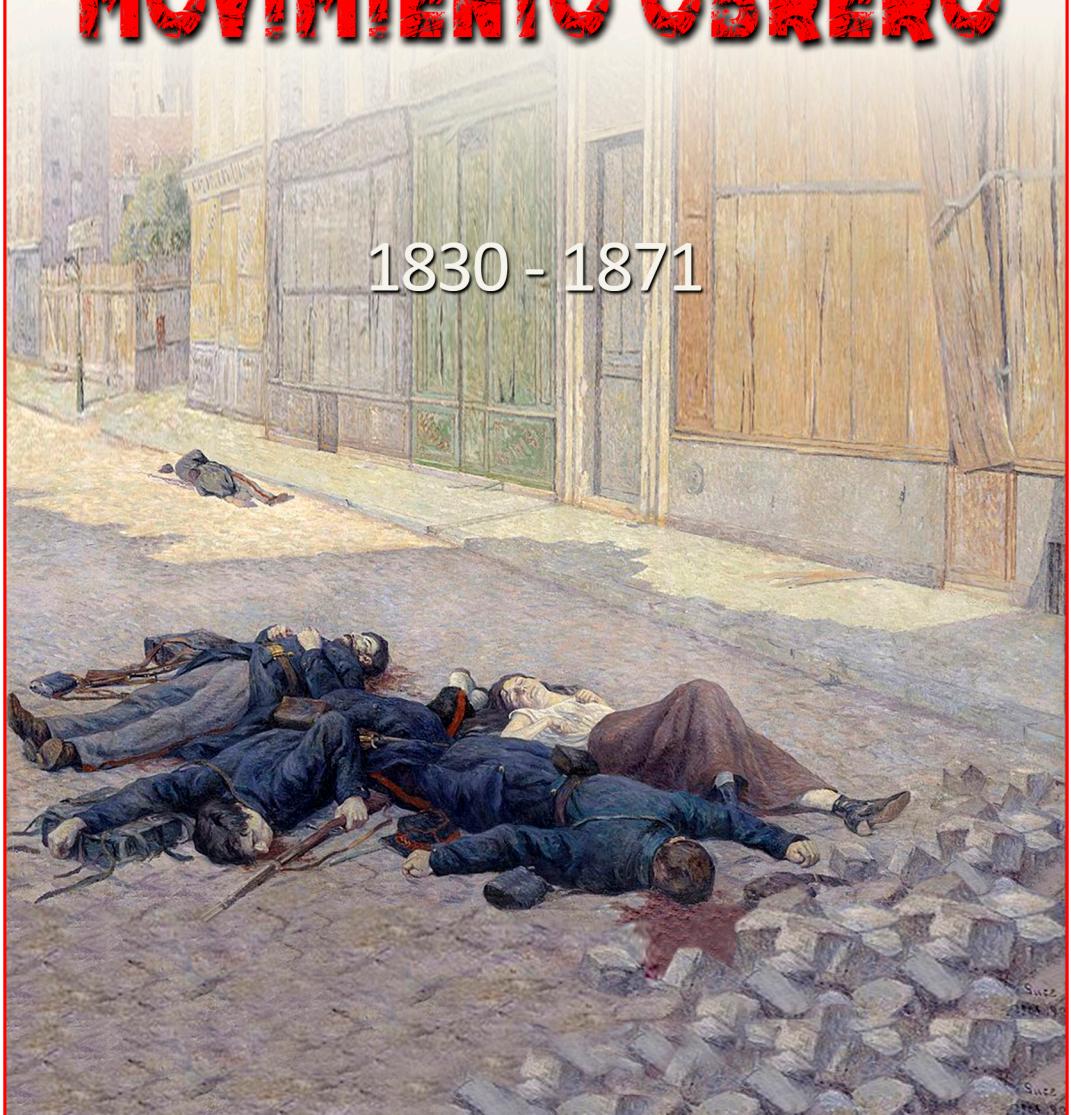


Édouard Dolléans

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

1830 - 1871



La revolución industrial introdujo en la Historia un nuevo protagonista llamado a desempeñar un papel fundamental en la sociedad de nuestro tiempo: el proletariado industrial.

Édouard Dolléans, profesor de la Universidad de Dijon, fue un estudioso de la historia económica y social y dedicó gran parte de su vida a investigar las luchas sociales de los siglos XIX y XX.

Esta *HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO* es la síntesis de sus largas y fructíferas investigaciones, en la que nos ofrece un panorama de la evolución histórica de las luchas del proletariado y de las pugnas ideológicas que se desarrollan en su seno.

En este primer tomo, de los tres que componen la obra, Dolleans pinta con mano maestra el clima de fondo, el escenario trágico y humano de aquellos días iniciales que desembocaron en la Comuna de París, la miseria y la esperanza del proletariado, sus primeros intentos de organización, sus luchas sociales y pugnas ideológicas, los esfuerzos para dotar a su acción del contenido político e internacional que desde entonces constituye su esencia.



EDOUARD DOLLEANS

1830~1871

**HISTORIA
DEL
MOVIMIENTO
OBRERO**

Édouard Dolléans

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO I

1830–1871

Edita: Zero

Distribuidor exclusivo: ZYX

Título de la obra original: *Histoire du mouvement ouvrier*

Traducción: Diego Abad de Santillán

Portada original: María José Martí

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

PREFACIO

PRIMERA PARTE: DESPERTAR

I: La miseria y la esperanza

II: Una nueva clase

SEGUNDA PARTE: LA AMISTAD QUE DEBE UNIRNOS (1830–1836)

III: Vivir libres trabajando

IV: La rue Transnonain (1833–1834)

TERCERA PARTE: LA EXPERIENCIA CARTISTA (1836–1843)

V: La autonomía del movimiento obrero

VI: Reformismo y lucha de clases

CUARTA PARTE: EL MOVIMIENTO OBRERO FRENTE A LOS IDEÓLOGOS

VII: De las huelgas corporativas a la unión obrera

VIII: Engels y los cartistas (1842–1845)

IX: Proudhon, Karl Marx y el *Manifiesto comunista* (1844–febrero 1848)

QUINTA PARTE: EL FUEGO BAJO LAS CENIZAS (1848–1862)

X: 1848

XI: El reino de los negocios y de las sombras (1851–1862)

SEXTA PARTE: LA PRIMERA INTERNACIÓN AL (1863–1870)

XII: Capacidad obrera (1863–1868)

XIII: El impulso roto por la guerra (1869–1870)

EPÍLOGO: LA COMUNA

Acerca del autor

PREFACIO

Édouard Dolléans me pide algunas palabras de introducción para el libro vivo que van a leer. Negárselas parecería orgullo. No se trata aquí de un prefacio acicalado, sino, simplemente, de un testimonio: el que un historiador, preocupado siempre por la incidencia de los hechos económicos sobre el destino de las sociedades, debe necesariamente prestar a su compañero de armas, el economista historiador. Con la condición de que, sin duda, el uno y el otro tengan en común la idea central: la historia, como ciencia del hombre. Y que, asediados por hechos contradictorios, sepan orientarse, de modo semejante, en la encrucijada donde se encuentran y se fusionan todas las influencias: quiero decir, en la conciencia de los hombres que viven en sociedad.

Esta posición es la misma que Édouard Dolléans adoptó siempre en su obra. Una obra que podría inscribirse, integra, bajo el amplio título de Historia, no tanto del Trabajo sino de los trabajadores y que, mejor que otras, nos proporciona la oportunidad de lanzar una ojeada de conjunto, rápida pero instructiva, sobre la vasta zona que señalan esas cuatro palabras.

Michelet, en el prefacio, tan hermoso como poco conocido, de su *Histoire du XIXe Siécle*, nos muestra un observador que

contempla desde lo alto la Europa de 1800; él mismo dice “desde lo alto de un globo”: audacia un poco desprovista de imaginación y apropiada para hacer sonreír a nuestras generaciones de aviadores civiles. ¿Qué llama su atención? En Francia; masas enormes que acuden a los talleres; en Inglaterra, masas no menos considerables que se aglomeran en fábricas, esos baluartes del trabajo. “Inglaterra entera, comprueba el historiador, atravesó por si misma esos lugares y allí se enterró. ¿Dónde está la vieja Inglaterra, con sus clases agrícolas, el campesino, el hidalgo del campo? Todo eso desapareció en tres cuartos de siglo; dejó su lugar a un pueblo de obreros encerrados en fábricas.” La vieja Inglaterra; ¿pero bien pronto también la vieja Alemania, y la vieja Francia rural del Norte y del Este? Es el comienzo de un libro nuevo en la historia del mundo: el mismo cuyas páginas, preñadas de un porvenir que es nuestro presente, Édouard Dolléans se dedicó a dar vueltas desde muy temprano.

Entonces, ¿de qué se trataba esencialmente para él? ¿De estudiar la condición cambiante de las masas obreras; de seguir sus vicisitudes a través del tiempo; de examinar por sí mismo, y en sí mismo, el gran problema de la influencia ejercida sobre esa condición por los progresos de la técnica, por las invenciones que se encadenan unas a otras y que determinan, directa o indirectamente, no sólo el nivel de vida de los obreros, sino además sus actitudes y sus sentimientos?

Estudios hermosos y apasionantes, que otros se preocuparon de llevar a cabo por métodos apropiados: nombres de autores y títulos de obras están en todos los labios. Pero semejante examen no era para Dolléans, sino una introducción al

verdadero objeto que se proponía alcanzar. Y, en primer término, para el estudio detenido de la formación, de la estructura, de la organización interna de las masas obreras de los diversos países, tal como resultan, a la vez, del pasado y del presente de cada uno de ellos. En medio de esas masas, como otros tantos fermentos, pequeños grupos de hombres, núcleos de obreros inteligentes, energicos, ávidos de leer, capaces de meditar sobre sus lecturas y sobre sus experiencias: una verdadera aristocracia del mundo obrero. Son los que orientan cada día las reacciones volubles de la masa, no solamente frente a los problemas vitales que plantea la técnica, sino, más aún y sobre todo, frente a los grandes problemas generales y sociales: problemas de enseñanza y de educación, de conquista y de defensa de las libertades, de la actitud ante la paz y la guerra, etc., que se presentan a las masas obreras y suscitan reacciones tan particulares en sus capas profundas.

He ahí lo que podía claramente aproximar más a Édouard Dolléans al verdadero objeto de las investigaciones que inicia: quiero decir, a un estudio atento de lo que se puede llamar “el movimiento obrero”, ese hecho singular que no supone, naturalmente, la reducción arbitraria de todos los países y de todas las masas obreras a la unidad: se trata de descubrir sus caracteres comunes, y no, ciertamente, de ignorar los contrastes y las variedades nacionales.

Pero, ¿cómo nacieron los movimientos obreros en el seno de nuestras sociedades, imbuidas poco a poco y transformadas por ese maquinismo cuyo advenimiento coincide en Inglaterra, a fines del siglo XVIII, con la primera de las dos revoluciones industriales que agitaban al mundo desde hacia ciento

cincuenta años? La primera sería la de James Watt, si hace falta un nombre para bautizarla; la segunda se llamaría, si se quiere, la de Gramme. ¿Cómo se modificó, en la experiencia de los nuevos hechos, lo que podría llamarse ideología de los trabajadores, y cómo se formó una mentalidad propia y específicamente obrera? ¿Qué papel desempeñaron, en la formación de tal ideología, por una parte los sistemas de los críticos, de los profetas, de los doctrinarios; por otra, las ideas elaboradas especialmente por esa élite obrera de la cual acabamos de hablar? Gran problema de influencia: de las ideas sobre los hechos o bien de los hechos sobre las ideas, el mismo que hace mucho tiempo, en la *Revue de Synthèse Historique* (1909), planteaba yo a propósito de un librito substancial de mi viejo amigo Édouard Droz sobre Proudhon, padre único, decía él, o al menos autor principal del sindicalismo francés contemporáneo; problema de vasto alcance que sería apasionante volver a examinar y estudiar a la luz de biografías obreras precisas, individuales y vivientes, enfrentando, por ejemplo, entre nosotros, a las afirmaciones dogmáticas de los Saint-Simon, de los Proudhon y de los Marx, la actitud combativa y la actividad nutrita por la experiencia de un Pelloutier, consumido por la miseria y la enfermedad a los treinta y tres años, o bien, antes aún, la de los “hombres de la Comuna”, el encuadrador Varlin, el fundidor de bronce Camélinat, el contador Jourde, auténticos representantes de una época reflexiva y atormentada.

Sin embargo, con esos estudios no quedaría agotada de ningún modo la serie de interrogantes. Quedaría por ver cómo se formaron poco a poco las organizaciones nacionales de las masas obreras; por ejemplo, cómo se constituyeron en Francia,

lentamente, laboriosamente, por medio de centenares de esfuerzos oscuros y a veces contrarios, la Federación de Bolsas, después la de los Sindicatos, luego, por encima de ellas, la Confederación del Trabajo, esa obra colectiva en la que nadie tiene derecho, ante la historia, a poner su nombre; cómo, por encima de las instituciones propias de los diversos países, se creó poco a poco una organización general, una especie de internacionalismo obrero resultante de intercambios, cada vez más abundantes, entre los movimientos nacionales confinados primero en límites estrechos, y de relaciones, cada vez más firmes, entre las profesiones organizadas de cada país; y, finalmente, cómo comenzó la elaboración de un derecho obrero que se define y precisa sin cesar, he ahí algunos de los innumerables problemas que –si se quisiera abarcar todo el amplio campo que enfocamos–, sería necesario plantear correctamente y estudiar desde el triple punto de vista del análisis de las estructuras sociales, de la psicología de los movimientos colectivos y, finalmente, de la organización y la conquista de un derecho nuevo: el derecho nacional obrero. Todo un mundo de problemas palpitantes.

Un mundo de problemas, pero que no hizo retroceder por su amplitud ni por su diversidad al trabajador lleno de fuerza y madurez, nutrido de lecturas, aunque también de experiencias, rico en el conocimiento de los textos y fuerte en el manejo de las cosas, que durante trece años, desde 1920 a 1933, al frente del secretariado general de la Cámara Internacional de Comercio, ha sido el organizador y animador de siete u ocho grandes congresos internacionales para el estudio de los más graves problemas de intercambio de la posguerra. Después de haber fijado su posición en la mayor parte de las grandes

conferencias económicas internacionales que caracterizaron curiosamente toda una fase de nuestro pasado reciente, Édouard Dolléans volvió sencillamente, por gusto personal y libre elección, a reanudar su enseñanza universitaria en la Facultad de Derecho de Dijon: una enseñanza de la que supo hacer siempre (su antiguo compañero de la Facultad de Letras, en los años febriles de la preguerra, puede testimoniarlo aquí), más aún que una alegría del espíritu para sus discípulos, una amistad, en todo el significado de la palabra.

¿Nostalgia de individuo refinado, sensible al encanto seductor de las calles claras, bordeadas de nobles mansiones a la sombra de grandes árboles, o de esas pequeñas plazas semidesiertas que se adosan al flanco de las iglesias de Dijon: playas de silencio y de suave luz sobre las que se mueve, lentamente, al ritmo de los trabajos apacibles, de las horas y de las estaciones, la sombra fresca de los campanarios borgoñones? Quizás. Pero, asimismo, el deseo de agregar a la cadena un nuevo eslabón; de retomar e impulsar más allá, en la plena madurez, la obra audazmente concebida en la alegría juvenil de los comienzos.

Hace ya veinticinco años, en sus hermosos libros sobre Robert Owen y sobre el movimiento cartista en Inglaterra, Édouard Dolléans trataba de desentrañar los orígenes teóricos e históricos del movimiento obrero. Ya desde entonces procuraba definir el papel que desempeñaron los constructores de sistemas y los promotores de acción, los teóricos y los militantes, en esa agitación confusa del cartismo, donde se mezclaban con la violencia y una especie de humor bufo, actitudes heredadas del puritanismo y llamados de un lirismo a

la vez enfermizo y grandilocuente. Hoy, al reanudar y ampliar sus estudios se dedica, en su historia del pensamiento obrero desde 1830 hasta nuestros días, a situar donde corresponde la obra poderosa de un Marx, de un Proudhon y de un Bakunin; y si bien resalta el rostro humano de esos grandes artesanos de ideas, aquellos a quienes destaca en primer plano son los militantes anónimos que forjaron, penosamente, ese instrumento de defensa y luego de liberación: el sindicalismo. ¿Respeto por la verdad psicológica de una historia viviente? Sin duda. Pero también, quizás, instinto secreto de un moralista propenso a defender una concepción del mundo en la que el hombre, al meditar libremente sobre su destino, ha de ser, no una máquina de reacciones envilecidas por la publicidad, sino, como decía Michelet, su propio Prometeo.

LUCIEN FEBVRE

Primera parte

DESPERTAR

Vivir, para el obrero, es no morir...

A. GUEPIN, 1835.

Los representantes de la nación comprenderán que nuestras necesidades son tan cotidianas como nuestros trabajos.

Los obreros impresores, agosto de 1830.

I. LA MISERIA Y LA ESPERANZA

A lo largo de los cuarenta años que van desde 1830 hasta 1870 se oye una queja. Los mismos murmullos, los mismos llamados no escuchados. A veces el murmullo se transforma en clamor; las voluntades se anudan en una acción más clara y el fracaso provoca de repente el motín. De tanto en tanto, una insurrección cuya represión reduce al silencio, durante algunos años, la voz de las clases laboriosas. “En vano, como dice Sismondi, se hará crecer el trigo para los que tienen hambre o se fabricarán vestidos para los que andan desnudos, si no están en condiciones de pagar”.

Este grito que brota de la miseria es irreprimible. Por eso, la voz reanuda su queja monótona. Poco a poco, esta voz se afirma: al grito del sufrimiento se mezcla un grito de esperanza.

La atmósfera de estos cuarenta años de luchas obreras estuvo cargada como un cielo gris cubierto de nubes, siempre encapotado, atravesado a veces por relámpagos.

Se escribe la historia obrera sobre una trama sombría, una trama que realzan las filigranas, ya vulgares, ya brillantes, de los ideólogos. Pero el fondo es siempre el mismo: la labor de

los hombres; el esfuerzo para ganar el pan cotidiano; la dificultad para mantener en equilibrio el presupuesto familiar, roto sin cesar por la enfermedad y la desocupación. Lucha contra el destino adverso. Día tras día, los trabajadores sostienen esa lucha sin brillo, que no ilumina con gloria alguna a los humildes.

Su vida es oscura, a veces trágica, cuando el destino se encarniza contra ella. Oscuro es su esfuerzo, un esfuerzo mezclado con sacrificios cotidianos y con heroísmo. P.-J. Proudhon tiene razón para enorgullecerse de esa raza de campesinos trabajadores de la cual descende: Cathérine Simonin, su madre, y su abuelo materno, Tournesi, tuvieron virtudes dignas de los héroes de Plutarco. De ese modo, rasgos de valor y de estoicismo jalonan la vida de muchos trabajadores que sufren y mueren ignorados.

El trabajo constituye la armadura de la existencia obrera. Al margen mismo de la creación artística, que prolonga la obra del artesano, irradia del esfuerzo una belleza, aunque ese esfuerzo sea el más material: porque de esos esfuerzos conjugados depende el bienestar del conjunto de los seres que viven en sociedad. La mayor parte de los trabajadores no tiene conciencia de esta belleza; en su vida, el sufrimiento le lleva infinita ventaja a la alegría.

En el curso del siglo XIX, la revolución industrial y las invenciones reducirán la importancia que la posesión de un oficio daba al artesano.

Ya en 1841, el tipógrafo Adolphe Boyer escribe: "Ahora, con

la división del trabajo, los nuevos procedimientos y las máquinas, la mayoría de los oficios tienden a volverse puramente mecánicos y los obreros de todas las profesiones serán relegados pronto a la clase de los hombres no especializados... Muy pronto no habrá necesidad de trabajadores más que para hacer girar manivelas, llevar cargas y hacer las diligencias; es verdad que tendrán instrucción primaria, es decir su inteligencia será bastante desarrollada para comprender que la sociedad los rechaza como a parias. Por la simplificación de los medios de fabricación, el hombre no tiene ya necesidad de su fuerza física, ni de su aptitud, y no es más necesario que un niño.

El obrero tiende a sentirse individualmente menos necesario. Y al mismo tiempo, cortado el contacto entre el artesano y su obra, el interés del obrero se distancia y a veces hasta se aparta completamente de su trabajo.

El oficio era la base de sustentación tradicional del trabajador. La máquina, poco a poco, despoja al artesano, al obrero, de su oficio y de la razón de ser de su existencia. La máquina proseguirá esta obra de despojo hasta el día en que el trabajador desanimado se sienta forzado a buscar un punto de apoyo fuera de su trabajo.

Al mismo tiempo que despoja al obrero, la máquina, muy a menudo, lo arroja también a la calle. El ritmo de la gran producción hace pesar sobre el trabajador la incertidumbre; la amenaza de la falta de trabajo se cierne sobre el obrero. La incertidumbre es, quizás, el peor de los males.

La labor cotidiana se vuelve pesada cuando a cada instante puede faltar el salario, cuando al final de días y de un trabajo casi sin pausa, se abre la perspectiva de una desocupación brusca, de una vejez sin pan.

Ningún siglo fue más sombrío ni más cruel para los trabajadores que el siglo XIX. El primer destello se produjo, en Francia y en Gran Bretaña, entre 1830 y 1834.

I

De la miseria a la vida simplemente difícil, todos los matices, todas las gradaciones de la condición obrera se reflejan en los documentos de la época. Investigadores individuales concentran su atención en una industria o en una región, pero sus observaciones son confirmadas por las investigaciones más generales: tales *Le Tableau*, de Villermé, sobre el estado físico y moral de los obreros empleados en las manufacturas de algodón, de lana y de seda; la *Handloom Weavers' Enquiry*, sobre el trabajo de los tejedores; el informe del *Sadlers Committee* sobre el trabajo de los niños (1831), el primero y el segundo informe de la *Factory Commission* sobre el trabajo de los niños en las fábricas (1833–1834) y el informe de la *Poor Law Commission* (1834) [Ley de Pobres].

De estas investigaciones individuales o generales, tomaremos algunos hechos simbólicos relativos a la condición de los artesanos, de los obreros a domicilio y del proletariado

industrial en Francia. El próximo capítulo será consagrado más particularmente a Gran Bretaña.

UNA VISIÓN COTIDIANA DE LA MISERIA

Un médico de Nantes, a Guépin¹ ha descrito la condición de los obreros a domicilio, que tienen 300 francos anuales para gastos y a los que distingue de los trabajadores que llama acomodados: impresores, albañiles, carpinteros, ebanistas, cuyos recursos oscilan entre 600 y 1000 francos por año:

Nadie, a menos que haya sofocado todo sentimiento de justicia, puede dejar de afigirse al ver la enorme desproporción entre las alegrías y los pesares de esta clase... Se desearía ver algunas compensaciones a sus miserias: el descanso después del trabajo; un servicio recibido después de un servicio prestado; una sonrisa después de un suspiro; goces materiales o goces de amor propio; algo, en fin. Y sin embargo, al obrero de que hablamos no le es dado nada de todo esto a cambio de su trabajo.

Vivir, para él, es no morir. Más allá del trozo de pan que debe alimentarlo, a él y a su familia, más allá de la botella de vino que debe quitarle por un instante la conciencia de sus penas, no pretende nada, no espera nada.

1 A GUÉPIN, *Nantes au XIXe Siècle*, Sebire, 1835, in 1835, págs. 484 y sigs. Guépin nos interesa como fuente por su conocimiento del mundo obrero y por su función de “suboficial de la propaganda” saintsimoniana y fourierista. (GEORGES DUVEAU, *Méthode Historique*.)

Si queréis saber cómo se aloja, id, por ejemplo, a la rue des Fumiers, que está casi exclusivamente habitada por esta clase; entrad, agachando la cabeza, en una de esas cloacas abiertas sobre la calle y situadas por debajo de su nivel. Hay que haber bajado a esos pasadizos donde el aire es húmedo y frío como en una caverna; haber sentido deslizar vuestros pies sobre el suelo sucio, haber temido caer en ese fango, para darse una idea del sentimiento penoso que se experimenta al entrar en la vivienda de esos míseros obreros.

De cada lado del pasadizo, y por consiguiente por debajo del suelo, hay una habitación sombría, grande, helada, cuyas paredes rezuman agua sucia; que recibe la ventilación por una especie de ventana semicircular de dos pies en su mayor altura. Entrad, si el olor fétido que se respira allí no os hace retroceder. Tened cuidado, porque el piso desigual no está empedrado ni enladrillado, o al menos los ladrillos están recubiertos de una capa tan grande die mugre que no se les puede percibir.

Y ved esos tres o cuatro lechos, mal sostenidos y vencidos porque, el cordel que los asegura a sus soportes carcomidos no resistió bien. Un jergón, una manta formada con harapos guarneados de franjas, raramente lavada, porque es la única; a veces sábanas, a veces una almohada, he ahí el contenido del lecho. No hay necesidad de armarios en esas casas. A menudo un bastidor de tejedor y un torno completan el moblaje... Es allí donde –a menudo sin fuego en el invierno, sin sol durante el día, a la claridad de una vela de resina, por la noche– los hombres trabajan durante

14 horas por un salario de 75 céntimos a un franco por día (20 sous)².

Dígase lo que se diga de esta miserable fracción de la sociedad, el detalle de sus gastos será más elocuente; alquiler, 25 francos; lavado, 12 francos; combustibles (madera y aglomerado mineral), 35 francos; luz, 15 francos; reparación de muebles deteriorados, 3 francos; por lo menos un paseo anual, 2 francos; calzado, 12 francos; vestidos (se visten de ropas viejas que obtienen por donación), 0; médico–farmacia (hermanas de caridad les proporcionan medicamentos contra bonos de médico), 0; o sea 104 francos. Es necesario que 196 francos, que completan los 300 (salario anual), basten para alimentar a 4 ó 5 personas, que deben consumir por lo menos, privándose mucho, 150 francos de pan. Así quedan 46 francos para comprar la sal, la manteca, las coles y las patatas. Y si se piensa que la taberna absorbe todavía una suma determinada... se comprenderá que la existencia de esas familias es horrorosa.

Ahora bien, se les ocurre a menudo a algunos filántropos, que divisan entre el café y el licor la miseria del pueblo y sus causas, acusar a la embriaguez como causa principal. Nosotros pensamos que no se destruye un hábito malo más que remplazándolo por otro mejor. Y preguntamos, ¿qué distracción está a disposición del obrero para sus ocios del domingo? Le queda el campo en el verano, y no deja de

² Un sou, sueldo, es una moneda antigua de cobre de distintos valores; aquí se refiere a la moneda de 5 céntimos. (N. del T.)

aprovecharlo. ¿Pero en el invierno? Una vivienda en la rue des Fumiers o en otra parte, con los gritos de los niños, y la compañía de una mujer agriada a menudo por la miseria, o... la taberna...

Los niños de esta clase pasan la vida en el lodo del arroyo hasta el día en que pueden, mediante un trabajo penoso y embrutecedor, aumentar con algunas monedas los ingresos de su familia. Son ellos los que causan dolor al mirarlos, pálidos, hinchados, enervados, con los ojos enrojecidos y legañosos, como si fueran de otra especie, junto a esos niños rosaditos, esbeltos, que retozan en el Cours Henri IV. Ya lo veis, se hizo una depuración: los frutos más vivaces se desarrollaron; pero muchos cayeron al pie del árbol. Después de veinte años, o se es vigoroso o se ha muerto. De ahí que los obreros de esta clase no críen, por término medio, más de la cuarta parte de sus hijos.

Entre las enfermedades de los tejedores, que componen en gran parte esta última clase, las más comunes son los catarros y las tisis pulmonares, los reumatismos crónicos, las neuralgias, y quizá más particularmente la neuralgia facial, la angina, la oftalmía. Los niños, sin hablar de las escrófulas que se presentan en ellos con las formas más horribles, son diezmados, desde su primera infancia, por dos enfermedades que vuelve tan a menudo funestas la falta de cuidados: el catarro pulmonar durante los fríos del invierno, y en todo el verano y al comienzo del otoño, la diarrea, ligada a la degeneración tuberculosa de los ganglios mesentéricos.

Sin embargo, el proletariado entra en su vivienda miserable, en la que el viento silba a través de las hendiduras; y después de haber sudado en el trabajo, en una jornada de 14 horas, no cambia su ropa interior porque no la tiene.

LA CONDICIÓN OBRERA EN TODA FRANCIA

1. *La duración del trabajo.*

En Francia, la jornada de trabajo, para los obreros de las manufacturas de algodón y de lana, es de 15 a 15 horas y media.

En la hilandería mecánica, la duración de la jornada, en todos los lugares donde se puede trabajar a la luz de las lámparas es, para ambos sexos y para todas las edades, de 14 a 15 horas, según las estaciones, de las cuales se dedica una o dos horas a la comida y al descanso, lo que reduce el trabajo efectivo a 13 horas por día. Pero, para muchos obreros que viven a media legua e inclusive a una legua y hasta algo más de una legua de la fábrica ³, ha menester agregar cada día el tiempo necesario para ir al taller y regresar a su casa.

³ VILLERMÉ, Tableau de l'état physique et moral des ouvriers employés dans les manufactures de soie, coton et l'Aine, París, Renouard, 1840, t. I, pág. 122.

En las ciudades de Alsacia, donde la carestía de los alquileres y el nivel de los salarios no permiten a los obreros del algodón alojarse cerca de sus talleres, las hilanderías y tejedurías mecánicas se abren generalmente a las cinco de la mañana y se cierran a las ocho de la noche, algunas veces a las nueve. Así, la jornada de trabajo es, por lo menos, de 15 horas con media hora para el desayuno y una hora para la comida. Por consiguiente, los trabajadores no rinden nunca menos de 13 horas y media de trabajo por día. En los talleres en que se teje a mano, la duración del trabajo es más larga, porque muchos tejedores llevan a su casa hilos que tejen con su familia. La jornada comienza a menudo con el día, a veces antes, y se prolonga hasta bien entrada la noche, hasta las 10 o las 11.

2. La inseguridad de la existencia obrera: los salarios.

Los salarios de los obreros de las industrias textiles, las tres ramas principales del trabajo mecánico en Francia en 1835, son, según Villermé, “en todas partes insuficientes e inseguros”.

Si se toman los tejedores y los simples jornaleros, los cuales en su mayor parte están tan mal retribuidos (es decir más de la mitad de la población laboriosa y, con sus mujeres, más de las tres cuartas partes), el salario medio es de aproximadamente 2 francos para el hombre, 1 franco para la mujer, 45 céntimos para el niño de 8 a 12 años, 75 céntimos para el de 13 a 16 años.

“...En general, un hombre solo gana como para ahorrar; pero la mujer es retribuida escasamente para subsistir y el niño menor de doce años apenas gana su alimento.⁴

Reunidos los asalariados industriales y agrícolas, el promedio es de 1,38 fr. por día, y de 260 jornadas de trabajo por año. La familia en la cual tanto el hombre como la mujer trabajan, llega a obtener, penosamente, 477 francos por año. Muchos niños no reciben más que 30 céntimos diarios.

Pero, en ciertas regiones manufactureras, el salario es mucho más bajo. El promedio “es para todos los obreros de una gran manufactura de Alsacia, de 73 céntimos, en 1832”. En la misma región, el salario anual asciende a 138 francos, o sea a 46 céntimos por día, si se tienen en cuenta las jornadas sin trabajo.

En diciembre de 1831, Lelong, adjunto de la alcaldía de Rouen, al comparar los gastos necesarios de los obreros con sus salarios reconoce que, en su mayoría, los salarios están por debajo de las necesidades. Y estas comprobaciones son confirmadas por un informe de los delegados de la industria algodonera, de la misma época: los salarios son inferiores al presupuesto más estricto de los gastos de una familia pobre⁵.

“Hay que admitir, dice Villermé, que la familia cuyo trabajo es tan poco retribuido no subsiste con sus ganancias solas sino

4 Id., t. 2, págs. 1.3 y 88.

5 Nuestros obreros no ganan siquiera lo suficiente para alimentar a sus familias, aunque trabajan 20 horas por día.” *Enquéte relative a diverses prohibitions*. Declaración de Barbet, delegado de la Cámara de Comercio de Rouen, 28 de octubre de 1834. París, 1835.

cuando el marido y la mujer se hallan sanos, están ocupados todo el año, no tienen ningún vicio y no soportan otra carga que la de dos hijos de corta edad. Suponed un tercer hijo, una desocupación, una enfermedad, la falta de economía, los hábitos o solamente una ocasión fortuita de intemperancia: esa familia se encontrará en la mayor penuria, en una miseria horrorosa, y hay que acudir en su ayuda.”

La mayor penuria, una miseria espantosa. He ahí la condición normal de los trabajadores si no se reúnen todas las circunstancias favorables. Ahora bien, alguna de ellas falta muy a menudo, puesto que los paros forzados son frecuentes y aun los obreros más favorecidos raramente están ocupados todo el año. Se puede decir, sin forzar las conclusiones de Villermé, que el presupuesto de la familia obrera está sin cesar en desequilibrio.

Villermé cita este ejemplo característico de la inestabilidad de la existencia obrera: en una hilandería de Rouen, en 1831, según confesión del mismo fabricante los 6/10 de sus obreros, o sea 60 sobre 100, aun suponiendo que estuviesen continuamente ocupados, no ganarían, cada uno en particular, lo bastante para procurarse lo *estrictamente necesario*: “Diez céntimos por día por encima o por debajo de la tasa necesaria para el sostén de un trabajador económico y sin familia, bastan para ponerlo en una especie de holgura o para lanzarlo a una gran escasez.”

3. El costo de la vida, la alimentación y la familia.

En *La misére des ouvriers et la marche à suivre pour y remédier*⁶ en 1832 el barón de Morogues calculó las cifras del presupuesto obrero en las ciudades industriales. Los gastos necesarios para una familia compuesta de padre, madre y dos hijos son: para el alimento 570 francos, para la vivienda 130 francos, para el vestido 140, más 19 francos para gastos varios, o sea 860 francos. Sobre todos estos gastos, el obrero sólo podrá realizar a duras penas un octavo de reducción, o sea 100 francos.

Si ese obrero y su familia no ganan 760 francos, estarán en la miseria y tendrán necesidad de asistencia pública. Estos 760 francos pueden obtenerse: 1º) del trabajo del obrero durante 300 días a 1,50 francos, o sea 450 francos; 2º) del trabajo de su mujer durante 200 días a 90 céntimos, o sea 180 francos; 3º) del de sus hijos durante 260 días, o sea 130 francos; en total, 760 francos. Por debajo de esos ingresos, la familia del obrero de las ciudades, según el barón de Morogues, está en la miseria.

Es lo que ocurre regularmente durante los años de crisis, en los que el obrero no trabaja 300 días por año. Para el obrero del campo, el barón de Morogues llega a un total de 620 francos. Los cálculos de Alban de Villeneuve Bargemont coinciden con los del barón de Morogues para la familia del

⁶ BARÓN DE MOROGUES, *De la Misére des ouvriers et la marche à suivre pour y remédier*, in 89, Huzard, 1832 (Bibl. Nat., R. 44.581).

obrero agrícola; pero, según él, la cifra de 860 es insuficiente para las familias obreras de las ciudades industriales y de la región del Norte de Francia.

En realidad, muy a menudo, sobre todo en períodos de crisis, el obrero es obligado a contentarse con lo estrictamente necesario, tal como lo define Villermé: el obrero vive con quince o veinte céntimos de pan y quince o veinte céntimos de patatas.

La consecuencia de tal alimentación es el raquitismo de la raza. Es lo que comprueba Achille Pénot, en sus estadísticas sobre Mulhouse, al estudiar la diferencia entre la mortalidad en las clases acomodadas y en las clases obreras: las probabilidades de vida, que son de 29 años aproximadamente para los hijos de comerciantes y de gentes acomodadas, no alcanzan a más de 2 años para los niños de obreros de la industria algodonera. El promedio general de la vida humana disminuyó considerablemente en Mulhouse en un lapso de 16 años: era de 25 años, 9 meses y 12 días en 1812, y descendió a 21 años y 9 meses en 1827. El cálculo de probabilidades de vida según las diferentes profesiones da, para los hijos de los fabricantes y negociantes, 28 años probables de vida desde su nacimiento, contra un año y medio para los hijos de los tejedores y obreros de las hilanderías. La miseria es tal que “la mayor parte de los obreros ve morir a sus hijos con indiferencia y a veces con alegría⁷”.

7 A CHILLE PÉNOT, *Discours sur quelques recherches de statistique comparée faites sur Mulhouse*, sept. 1823, Mulhouse, ed. del autor, in 8º.

4. El alojamiento y los talleres.

En las ciudades industriales, los obreros se aglomeran con su familia de cinco a seis personas, o a veces en grupos de dos familias, en una habitación de tres a cuatro metros, húmeda, mal iluminada, mal aireada; o bien, bajo los techos, en graneros demasiado fríos en invierno y demasiado calurosos en verano.

Lille y el departamento del Nord son ya entonces los mayores centros industriales de Francia; 396.000 personas viven del trabajo de las manufacturas: “Sin instrucción, sin previsión, embrutecidos por la intemperancia, agotados por los trabajos de las manufacturas, apiñados en sótanos oscuros o en graneros expuestos a todos los rigores de las estaciones, los obreros llegan a la edad madura sin haber hecho ningún ahorro, y sin posibilidad de proveer completamente a la existencia de su familia, que es casi siempre muy numerosa... Muchos son víctimas de enfermedades hereditarias...”

En Lille, Villermé visita la rue des Étaques “y los pasadizos, los patios estrechos, tortuosos y profundos” que comunican con ella: una población de 3.000 habitantes que, por término medio, tienen, para cada uno, ocho metros cuadrados de espacio... Es decir, están más apiñados que en los dos barrios más populosos del París de entonces.

El brusco impulso de la revolución industrial, en algunas regiones o en ciertas localidades, provocó la aglomeración de la población obrera alrededor de las fábricas y llevó los

alquileres a un precio exorbitante. “Los alquileres aumentan, dice E. Buret, con los progresos de la miseria...” Una habitación de 10 por 12 pies cuadrados, baja, malsana, cuesta de 72 a 108 francos por año. El alquiler se paga cada 15 días; en Inglaterra, cada semana, “un sótano de Liverpool se alquila desde 4 a 6 chelines por semana”. Un precio tan exorbitante, dice Villermé, tienta a los especuladores; así hacen construir cada año nuevas viviendas para los obreros de la fábrica, y apenas se levantan, la miseria las llena de habitantes⁸.

Los obreros trabajan reunidos en talleres insalubres. En las hilanderías de algodón el aire suele ser irrespirable, la higiene y la organización de la seguridad no existen; la tisis algodonera hace estragos entre los obreros ocupados en el bataneo del algodón en bruto.

La organización del trabajo no es más favorable para las otras categorías de obreros que están ocupados en talleres; sobre todo para los obreros de la seda. Villermé cuenta que en Nimes, en un taller de tría de seda donde había 4 hornos o calderas, vio trabajar, por un salario de 48 a 98 céntimos diarios, a una anciana jibosa y a 3 jóvenes, dos de ellas contrahechas, que hacían las veces de motores para hacer girar las devanaderas.

Tales condiciones de trabajo son más duras todavía para los niños.

(En Lyon), niños muy pequeños son ocupados en el torno

⁸ VILLERMÉ, *op. cit.*, t. I, pág. 28.

destinado a las canillas de las máquinas de tejer; allí, constantemente encorvados, sin movimientos, sin posibilidad de respirar aire puro y libre, contraen irritaciones que se convierten luego en afecciones escrofulosas; sus débiles miembros se deforman, y su espina dorsal se desvía; se agotan y, desde sus primeros años, son los que suelen ser siempre débiles y valetudinarios. Otros niños son ocupados en hacer girar ruedas que ponen en movimiento largos mecanismos para devanar; la nutrición de los brazos se hace a expensa de la de las piernas, y estos pequeños desdichados tienen a menudo los miembros inferiores deformados⁹.

Villermé estima que, si bien el trabajo de los devanadores de tramas y de los portadores de bobinas no exige de parte de los niños más que una simple vigilancia, la fatiga resulta, para todos, de una posición erecta muy prolongada. Los niños permanecen de 16 a 17 horas de pie, cada día, en una habitación cerrada, sin cambiar de sitio o de actitud: No es un trabajo a destajo, es una tortura; y se le aplica a niños de 6 a 8 años, mal alimentados, mal vestidos, obligados a recorrer, desde las 5 de la mañana, la larga distancia que les separa de los talleres, a lo cual se agrega, por la noche, el regreso desde los mismos talleres. La consecuencia de ello es una mortalidad excesivamente elevada.”

La extenuación precoz y la subalimentación crónica dan por resultado la producción de seres físicamente mutilados para la vida. Norbert Truquin, en sus *Mémoires et aventures d'un*

9 J. B. MONFALCON, *Histoire des insurrections de Lyon*, pág. 50, Lyon, Louis Perrin, y París, Delaunay, junio 1834.

prolétaire, comprueba que “la higiene de los talleres, el polvo (de las sedas o de los desechos de algodón) que respiran, contribuyen a destruir la salud de los tejedores adultos: su cuerpo débil muestra cada año, en el consejo de revisión, el desecho de una raza fatigada y desnutrida”.

II

En el curso del siglo XIX, la condición material de los trabajadores sigue las fluctuaciones de las vicisitudes económicas. Su condición moral empeora por la ruptura completa de los vínculos personales.

Entre 1836 y 1850, el régimen de la gran producción capitalista se desarrolla bajo su primera forma, individualista. Las empresas individuales son dirigidas por jefes, que en Gran Bretaña se llamaron *capitanes de industria*: ávidos de ganancias, pero audaces, aceptaban riesgos y responsabilidades. Desde 1851 se inicia una transformación de las empresas, una evolución del capitalismo. Proudhon fue, en Francia, uno de los primeros en prever las consecuencias cuando, el 8 de septiembre de 1852, en Lyon, escribe en su cuaderno esta nota inédita: “Francia será entregada al monopolio de las compañías, a la feudalidad. He ahí el régimen feudal que llega. Los tejidos, los hierros, los granos, los líquidos, los azúcares, las sedas, todo está en vías de monopolio¹⁰”.

En 1863, en el folleto *Quelques vérités sur les élections de*

10 PROUDHON, *Carnets intimes*, ms. inédito.

París, Tolain comprueba que la evolución advertida por Proudhon se acentúa: “Los capitales se concentran y se organizan en poderosas asociaciones financieras e industriales. Si no nos oponemos a ella, esa fuerza sin contrapeso reinará pronto despóticamente.”

La ley de 1867 sobre las sociedades anónimas es la fórmula jurídica que consagra esta evolución de un capitalismo individualista: éste va transformándose progresivamente en un capitalismo anónimo e irresponsable. Esta evolución exigirá más de un cuarto de siglo para perfeccionarse, y solamente en la primera década del siglo XX aparecerán las formas acabadas del capitalismo monopolista. Pero, durante los primeros años del Imperio “liberal”, entre 1860 y 1865, se hicieron sentir las consecuencias sociales de esta segunda forma del capitalismo: los escritores y los militantes obreros midieron la repercusión de esta evolución sobre las relaciones sociales dentro de la empresa.

Ya Louis Reybaud, miembro del Instituto, en el estudio que publica en 1859 sobre el régimen de las manufacturas, advierte las consecuencias económicas y sociales de la concentración: “El aislamiento, que imperaba en la industria, se convierte en excepción; es la concentración la que prevalece. Poco a poco, y en todos los géneros de productos, los pequeños talleres domésticos desaparecen ante los grandes establecimientos manufactureros... El porvenir, salvo algunas excepciones, será la culminación de la obra que data de los primeros años del siglo y que prosigue ante nuestros ojos, es decir, la transformación de todas las industrias pequeñas o medianas en grandes industrias, la sustitución de las unidades por los

grupos, y de las fuerzas individuales por las fuerzas colectivas..."

Louis Reybaud, que continúa fiel al liberalismo económico, se pregunta sin embargo: "¿qué contrapeso oponer a ese poderío de un jefe de establecimiento que dispone de existencias en gran número, sin que su responsabilidad esté bien regulada y bien definida, y esto –agrega Louis Reybaud– evitando someter el manejo de los negocios a servidumbres que podrían ser perjudiciales?"¹¹

El escritor conservador y el economista liberal que es Louis Reybaud reconoce el poder absoluto de que dispone el jefe de empresa.

Pero Louis Reybaud no admite como contrapeso de ese poder arbitrario más que la fuerza de la opinión; porque "el alma de la industria, su elemento esencial, es la libertad de movimientos, y atentar contra ella de manera profunda, es herirla en sus órganos vitales".

A medida que las empresas individualistas, al concentrarse progresivamente, se convierten en empresas anónimas, se acentúan los peligros que presenta el poder absoluto y arbitrario del jefe de empresa. Es lo que comprueba en 1862 Augustin Cochin en el estudio sobre *La condition des ouvriers français*: "El amo es un ser inventado por la ley, no se le ve nunca, no tiene rostro." Dos años después, Augustin Cochin, en una memoria a la Academia de ciencias morales, *París, son*

11 Louis REYBAUD, *Études sur le régime des Manufactures, Conditions des ouvriers en soie*. Introducción, págs. 3 y sigs., iMichel Lévy Frères, 1859.

*population, son industrie*¹², insiste en el peligro social que constituye a sus ojos esa sustitución del rostro humano por la máscara anónima: “El obrero parisense no está en relación con el patrón, ni con las escuelas, ni con la iglesia, ni con las autoridades... La sociedad anónima y la caridad legal matan el patronato benévolos y afectuosos del amo.”

Por su parte, Héligon, el obrero impresor sobre papeles pintados, que volveremos a encontrar entre los militantes más activos de las comisiones de la Internacional parisense, al comprobar la desaparición de lo que conservaban todavía de personal las relaciones industriales, condensa en una frase las consecuencias de esa desaparición: “El obrero no tiene ya frente a él más que un ser abstracto, la Compañía.”

A los ojos de los obreros, la nueva potencia, encarnada en esa entidad jurídica, no es otra cosa que la “reconstitución de la feudalidad bajo una forma más despótica y más odiosa todavía, pues se vuelve anónima”.

El anonimato no supone solamente una gestión impersonal, y por lo tanto sin humanidad, sino que autoriza y facilita la irresponsabilidad, la transmisión a los accionistas del riesgo de la administración. Será preciso esperar los primeros años del siglo XX para que se establezca este régimen de irresponsabilidad sobre la estructura de las sociedades en pirámide, y encuentre su forma acabada en el *holding* y en las uniones personales entre *Holdings* y grupos de sociedades.

12 AUGUSTIN COCHIN, *De la condition des ouvriers Français d'après les derniers travaux*, París, Douniol, 1862, in 8?, pág. 48; y *París, son population, son industrie*, París, 1864, in 8?, pág. 86.

La transformación del capitalismo en Francia comienza a producir sus consecuencias sociales durante los años 1860–70. En Gran Bretaña se cumple la misma evolución. Y, en uno y otro país, vuelve más penosa para los trabajadores la arbitrariedad de la autoridad. Al alejarse, al separarse de la fábrica, la dirección de la empresa parece ejercer una autoridad más humana. Pero esta autoridad nunca es más detestada que bajo la forma que adquiere para asegurar la disciplina: el reglamento del taller.

El reglamento del taller, convenio unilateral que el obrero está obligado a aceptar al ser admitido, origina innumerables abusos. Citemos solamente algunos casos, tanto de Francia como de Gran Bretaña. El reglamento de las fábricas de Creusot permitía imponer 50 francos de multa a un obrero por no haber denunciado a un camarada (1870). Y, a comienzos de 1869, las multas impuestas a los obreros insumían, a veces, la suma de 26,75 francos sobre un salario de 30.

En Gran Bretaña, entre tantos otros, citemos el reglamento de las hilanderías de Tyldesley, cerca de Manchester: “En Tyldesley, los hombres trabajan, incluida la hora de la comida, 14 horas por día, a una temperatura de 80° a 84° Fahrenheit (27° – 29° C); la puerta permanece cerrada durante las horas de trabajo, salvo unos treinta minutos para la hora del té; a los trabajadores no se les autoriza a enviar por agua para refrescarse en medio de la atmósfera sofocante de la hilandería; y el agua de lluvia está bajo candado, por orden del patrón, de lo contrario los hiladeros estarían satisfechos de poder utilizarla.”

He aquí las multas que se les imponen:¹³

	<i>Ch.</i>	<i>P.</i>
Todo hilandero que haya abierto una ventana	1	0
Todo hilandero al que se lo encuentre sucio en el trabajo	1	0
Todo hilandero que se lave en el curso del trabajo	1	0
Todo hilandero que no haya vuelto a poner su aceitera en su sitio	1	0
Todo hilandero que haya reparado la correa de su tambor y haya dejado encendido el pico de gas	2	0
Todo hilandero que abandone su telar y deje el gas encendido	2	0
Todo hilandero que encienda el gas demasiado temprano ..	1	0
Todo hilandero que hile a la luz del gas demasiado tarde por la mañana	2	0
Todo hilandero que haya abierto demasiado su llave de gas ..	1	0
Todo hilandero que silbe durante el trabajo	1	0
Todo hilandero que tenga los restos de hilo sobre los pe- sos del telar	0	6
Todo hilandero que tenga desperdicios sobre la banda del carro	1	0
Todo hilandero que llegue 5 minutos después del último to- que de campana	1	0
Todo hilandero enfermo que no pueda proporcionar un rem- plazante que dé satisfacción, pagará por día, por la perdi- da de energía mecánica	6	0
Todo hilandero que haya descuidado levantar sus desperdicios de hilos defectuosos tres veces por semana	1	0
Todo hilandero que tenga desperdicios sobre las clavijas ..	1	0

Ch.: chelines; *P.*: peniques. (N. del T.)

III

La revolución industrial, que comienza a mediados del siglo

XVIII, transforma la estructura de las sociedades. Tiene consecuencias económicas y políticas¹⁴.

Éstas aparecen en 1930, con la conquista del poder político por la burguesía industrial y comercial. La emancipación de una oligarquía económica por encima del Estado tiene como consecuencia lógica el mantenimiento de una legislación de clase. Esta *libertad unilateral*, la libertad económica, tanto bajo los nombres de libertad de la industria como de libertad del trabajo, justifica en la doctrina una servidumbre de hecho.

En el momento en que, en Francia, en 1830 y en Gran Bretaña, en 1832, la burguesía industrial y comercial toma el poder, ambos países sufren una crisis económica que comenzará en 1825 y se prolongará hasta 1848.

Sin duda, entre esas dos fechas se producen dos períodos de prosperidad. Pero sobre un período de 23 años, el balance es de ocho años de prosperidad y quince de crisis.

La causa aparente de esa crisis de 23 años es la serie de invenciones iniciadas en el siglo XVIII, que metamorfosean la técnica y transforman radicalmente la organización del trabajo.

Humildes inventores como John Kay, tejedor y mecánico, que ideó la lanzadera volante; el carpintero James Waytt, inventor de la hilandera mecánica; el ciego Metcalf, que introdujo el

14 Las consecuencias económicas han sido analizadas por Paul Mantoux, en *La Révolution industrielle au XVIII siècle en Angleterre*.

Este libro es una fuente tan segura y rica que parece inútil insistir aquí en los desarrollos de una obra que se ha vuelto clásica.

arte de construir las carreteras; el analfabeto Brindley, que inventa el arte de construir los acueductos; Telford, hijo de un pastor, que tiende un puente sobre el estrecho de Menai; Bell, aprendiz en casa de un constructor de molinos, que lanza el primer vapor en el Clyde; Stephenson, hijo de un bombero, que construye la primera locomotora... Esos desconocidos no sospechaban que sus invenciones iban a revolucionar la existencia de sus compañeros de trabajo.

Al transformar las estructuras de la producción, la revolución industrial pone el poder económico en manos de los jefes de la gran industria, de esa burguesía industrial y comercial a la cual da, en Gran Bretaña, el poder político la ley electoral de 1832.

La nueva organización económica permite un formidable acrecentamiento de la producción, una expansión considerable de los intercambios comerciales, bajo un régimen de liberalismo económico, llamado así porque concede a la producción industrial la libertad de desarrollarse sin obstáculos.

Este régimen no se pudo erigir más que gracias a la concentración de una mano de obra abundante en las ciudades y en los distritos industriales. Prosperidad económica pagada a alto precio.

La gran industria produce en serie y a impulsos repentinos. Obedece a un ritmo: los períodos de expansión y los de depresión acoplados forman una crisis continua. Las intermitencias del trabajo destruyen periódicamente el equilibrio del presupuesto obrero. Esta inestabilidad del salario

es más temible todavía para el obrero que las duras condiciones en que trabaja un hilandero: 14 horas por día, a una temperatura de 27° a 29° C, bajo el temor de fuertes multas impuestas si silba, si se le sorprende lavándose, o bien si está sucio, o con la ventana abierta, o envió a alguien en busca de agua para refrescarse.

Quince años de miseria sobre veintitrés de vida. Pero la concentración obrera aproximó y vinculó a los trabajadores. El sufrimiento en común los une. Sus cóleras individuales se fusionan en un movimiento de rebelión colectiva. Nació así una nueva clase.

La larga crisis, cuyas repercusiones sufre, ofrecerá a esta clase la ocasión para manifestar su existencia. Está llena de vitalidad, de exuberancia, de impulso. Una sola alma para millares de cuerpos. Pero todavía insegura. ¿Cómo se afirmará?

La miseria sin esperanza, la rebelión espontánea sin la cólera sistematizada no hubiesen sido más que la ocasión para destrozar máquinas y producir levantamientos fácilmente reprimidos.

Esta rebelión contra la miseria no se habría traducido más que por actos instintivos y desordenados. Para magnetizar esa potencialidad era necesaria una doctrina; para ponerla en movimiento, una esperanza.

IV

Las investigaciones exponen la dureza de la condición obrera; los escritores obreros revelan el estado anímico nacido de la ruptura de las relaciones personales. Todos estos hechos hablan elocuentemente por sí mismos. Pero en una sociedad organizada en clases y en la que el Estado pone su autoridad al servicio de los intereses particulares, la inercia es tal que esas miserias humanas quedan ignoradas; no tienen bastante brillo para conmover la imaginación.

En este punto intervienen los ideólogos y los inventores de sistemas, que ponen de relieve los hechos de la miseria; se apoderan de ellos para justificar su sistema y apelar a la opinión. Su papel es muy distinto según su temperamento y el valor de su carácter. Unos, cargados de egoísmo y ambición, cegados por la preocupación de su amor propio, obstruyen el movimiento obrero. Esperan moldearlo a su imagen, en lugar de admitir su condición de intérpretes y de servidores de éste. Queriendo dominar, desgarran.

Otros, más sensibles y más puros, son visionarios: sus antenas captan en la atmósfera del presente las ondas que se harán oír mañana. Los políticos y los escritores descubren fórmulas que agitan la imaginación; si se contentan, en la sencillez de su corazón, con limitar a eso su misión, poseen alguna grandeza. Pero su virtuosismo verbal, que les permite seducir a la multitud, hace de ellos demagogos. Su amor propio los lleva a querer erigirse en directores de la conciencia social: tienen la pretensión de desempeñar el papel de conductores de pueblos. Y su vanidad malogra su utilidad social.

Los ideólogos tuvieron una intuición, ya confusa, ya más precisa, del movimiento de emancipación social. Su mérito es grande por haber *visto* mientras tantos otros seguían obstinadamente ciegos, por haber visto y tratado de despertar la atención de los que cerraban los ojos y los oídos. A eso se limita su función.

En el dominio de la organización y de la acción, son demasiado personales. Casi siempre, después de un ramalazo de luz, parecen circunscribir la visión con una raya de tiza ante ellos.

La organización del movimiento obrero y la acción que impone, pertenecen a los desconocidos, a los que han sufrido, a los que, desde su infancia, han vivido en intimidad con la miseria.

El gran movimiento que comienza en Francia y en Gran Bretaña entre 1830 y 1836 no tiene necesidad de políticos. Al contrario, debe temerlos. Los jefes de partidos no piensan más que en reinar y perdurar.

Este movimiento hará tambalear los cuadros de los partidos.. Éstos, en el curso del siglo XIX, tratarán de obtener sus favores, de seducirlo, a fin de aumentar su poder y el de los intereses personales que representan.

El movimiento obrero será solicitado sin cesar. Tendrá una desconfianza instintiva con respecto a los partidos. Si durante algún tiempo puede avenirse a prestarles su fuerza, pronto experimentará la decepción.

El movimiento debe preservarse de los políticos y de los doctrinarios que, por sus querellas personales, introducen la división en las masas.

Entre 1830 y 1870, tanto en Francia como en Gran Bretaña, las clases laboriosas están muy a menudo desunidas. En Gran Bretaña después de un impulso admirable, el cartismo se destruye a sí mismo. Una de las causas de su declinación es la discordia entre reformistas y revolucionarios. En Francia, tanto los antagonismos personales como las disensiones internas perjudican el movimiento obrero: luchas brutales y a veces sangrientas entre *compagnons*¹⁵ de los diversos cuerpos de oficio, luchas entre *compagnons* y aprendices. Estas luchas se amplían por las oposiciones de sectas y escuelas.

Hay divisiones sobre los métodos y sobre la táctica. Se disputa a propósito de los individuos. Las escisiones engendran nuevas escisiones. La primera Internacional perecerá por obra de Karl Marx y de Bakunin.

La historia reconoce la influencia radiante de aquellos que Henri Bergson llama “creadores de emociones”. El poder de los individuos podrá ser positivo o nefasto; pero existe.

Pero el papel principal, el esencial y decisivo, pertenece a ese

15 El *Compagnonnage* era una asociación obrera francesa, continuadora, por sus ritos, de los gremios medievales y precursora, por su espíritu de lucha, de los sindicatos modernos; tenía carácter mutualista. Sus miembros se denominaban *compagnons*. Un *compagnon* era un oficial, un obrero de oficio que había cumplido los años de aprendizaje reglamentario trabajando en diversas ciudades de Francia; por eso se denominaban “Compagnons du Tour de France” (Estos términos aparecerán, con igual sentido, en las páginas siguientes.) (N. del T.)

personaje colectivo que es el Trabajador, a esas masas que se llamarán proletariado. Son esas masas las que llevan su vitalidad y su juventud a una sociedad en disolución.

Salvo algunos relámpagos bruscos, las masas mantienen su moderación. Esa moderación se explica por el contacto del trabajador con la materia y la resistencia de las leyes físicas. Quien debe ganar su pan cotidiano tropieza sin cesar con duras necesidades.

Éstas, tan cotidianas como sus trabajos, inspiran las reivindicaciones de los trabajadores: derecho a la vida, derecho al trabajo; sus esfuerzos, repetidos cada día, dan a esas reivindicaciones una justificación hasta aquí sin respuesta.

En sus comienzos, el movimiento obrero, según la metáfora de Émile Faguet, parece, por su confusión y su violencia, algo así como “el balbuceo precipitado y a veces furioso de un coloso todavía niño”. Pero el sufrimiento pone a prueba la fuerza.

Porque no han experimentado la corrupción de la riqueza y el envejecimiento precoz debido al excesivo bienestar, los ignorados son para la sociedad una fuente renovada de vitalidad, de frescura y de juventud. Los ignorados poseen, en su corazón y en sus brazos, fuerzas necesarias para largos combates.

¿Sabrán, como lo pide en 1833 el obrero zapatero Efrahem, dar a su unión, “a la asociación de nuestros derechos, de nuestros intereses y de nuestros arrojos, una cabeza que piense, una voluntad inteligente y firme que caracterice y dirija

el movimiento”? ¿Tendrán estas tres virtudes: la voluntad, la constancia y la amistad que debe unirlos? Y, después de muchas pruebas, ¿llegarán, por el sufrimiento, al conocimiento de esa “fraternidad viril”?¹⁶

16 ANDRÉ MALRAUX, *Le Temps du Mépris*, París, N. R. F., 1935. [Trad. esp. *El tiempo del desprecio*.]

II. UNA NUEVA CLASE

El crecimiento de una nueva clase, su rebelión contra las condiciones de su existencia miserable: he ahí las causas económicas y psicológicas de las que nace el movimiento obrero entre 1830 y 1836. Estos hechos se vuelven a encontrar en Francia y en Gran Bretaña. Las diferencias no son más que superficiales: se explican por la diversidad que presenta la estructura de la economía. Los dos países, entre 1830 y 1836, alcanzaron un grado desigual de desarrollo; la evolución del capitalismo es mucho más avanzada en Gran Bretaña que en Francia.

Sin embargo, ya en los dos países, la clase de los trabajadores comprende, en proporciones diversas, artesanos, obreros a domicilio y proletarios de la gran industria.

En Gran Bretaña, en 1832, el acceso de la burguesía al poder político significa que la revolución industrial se ha desarrollado en todas sus consecuencias.

En Francia, al contrario, la revolución industrial comienza solamente a producir sus efectos. Francia es aún una nación de artesanos y de obreros a domicilio. El proletariado industrial es

relativamente poco importante y está casi enteramente limitado a las industrias textiles. He ahí por qué, mientras en Gran Bretaña domina, el factor económico tiene una importancia menor en la formación del movimiento obrero francés.

En Francia, la miseria de los obreros a domicilio es profunda; y, además, los artesanos franceses sufren el contragolpe de las crisis que perturban la vida artesanal y obrera. Pero las crisis son menos agudas. Si bien determinan crueles padecimientos entre los obreros a domicilio en las grandes aglomeraciones industriales como Lyon, semejantes aglomeraciones son raras.

Para explicar la formación, entre 1830 y 1836, del movimiento obrero en Francia, se debe asignar gran importancia a los factores psicológicos y, principalmente, a la decepción que sucede a la revolución de julio y a esas Tres Gloriosas¹⁷, en el curso de las cuales los artesanos, en París y en provincias, combatieron y fueron vencedores.

Formulada esta reserva, el nacimiento del movimiento obrero entre 1830 y 1836, en Gran Bretaña y en Francia, tiene por origen la conjunción de factores económicos y de factores psicológicos; conjunción de la cual depende todo gran movimiento revolucionario.

Más allá de los antagonismos individuales entre trabajador y trabajador, y de las oposiciones entre corporaciones, una misma rebeldía aproxima a los seres humanos que sufren por

17 Las Tres Gloriosas, *nombre con que se designa a las tres jornadas revolucionarias de julio de 1830. Véase infra (N. del T.)*

causa de los mismos males. Un alma colectiva palpita ya entre esas masas que se rebelan contra la miseria y la injusticia, impulsadas por una esperanza común.

LA REACCIÓN CONTRA LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

Se sabe que en Inglaterra el movimiento obrero es, en primer lugar, una reacción de la clase obrera contra la revolución industrial. El movimiento obrero inglés es un movimiento instintivo de rebelión contra las condiciones económicas y la miseria.

En el curso del siglo XVIII, por la acción combinada de la expansión comercial y de las grandes invenciones, se establece en Inglaterra la gran industria; sus condiciones de existencia tienen una repercusión cruel sobre la suerte de las masas obreras.

El desarrollo del maquinismo provoca la decadencia del trabajo domiciliario. Los pequeños artesanos manuales y los pequeños campesinos que completaban sus ingresos agrícolas con el trabajo a domicilio, se vieron privados de una parte esencial de sus medios de vida. La nueva Ley de Pobres, de 1834, consagra la libertad de la mano de obra, libertad indispensable para una gran industria que tiene necesidad de un personal numeroso, capaz de aumentar a voluntad y de trasladarse allí donde se instalen las fábricas.

Pero esta ley no logra sus fines sino rompiendo los lazos que ligan a los trabajadores pobres a su parroquia y atacando los hábitos tradicionales de asistencia, gratos a las clases laboriosas, que hallaban en esas prácticas una seguridad contra las vicisitudes económicas.

Esta incertidumbre de la vida obrera se aumenta por el ritmo mismo de la gran producción. La gran industria, que produce en serie y por impulsos repentinos, suscita la crisis. La inestabilidad del salario y la intermitencia del trabajo destruyen periódicamente el equilibrio del presupuesto de la población obrera agrupada alrededor de las hilanderías y de los telares mecánicos. Este tercer factor de miseria, la inseguridad, se encuentra exagerado por el concurso de los otros dos.

La crisis de los antiguos pequeños oficios impulsa a esos artesanos despojados a ofrecer sus brazos a la gran industria. El efecto inmediato de la Ley de Pobres consiste en provocar el éxodo de los trabajadores rurales, que no se resignan a entrar en la *workhouse*¹⁸, hacia las ciudades industriales.

La concentración obrera resulta de una triple afluencia. La competencia entre los obreros de la gran industria, los artesanos que abandonan los antiguos oficios y los campesinos desarraigados provoca una amplia disponibilidad de mano de obra y una reducción de los salarios.

Pero, si la lucha por el pan cotidiano enfrenta los

18 En Inglaterra, una workhouse era un lugar donde la gente pobre que no tenía con qué subsistir podía vivir y trabajar. La traducción habitual al castellano para workhouse es asilo de pobres. N. e. d.

trabajadores individualmente unos a otros, su contacto suscita sentimientos comunes a todos. Esta “alma colectiva” se va afianzando.

El hecho decisivo, el acontecimiento histórico, es el crecimiento de una clase nueva, pues por encima de los protagonistas principales, la clase obrera hace resonar su llamado. El proletariado es el personaje principal del drama. Desde sus primeras experiencias, manifestará su ímpetu, su capacidad para resistir el sufrimiento y su valor heroico en la lucha. La gran industria está poseída por su demonio: poco le importa que sus leyes hieran a los trabajadores, atenten contra sus hábitos tradicionales, contra sus sentimientos. La gran industria está condenada a producir cada vez más, aunque sea al precio de sacrificios humanos.

Los trabajadores añoran las antiguas tradiciones del trabajo realizado en la independencia del hogar; echan de menos la casa de campo que reunía, después de las ocupaciones agrícolas, al padre que tejía a mano, a la madre que hilaba en el torno y a los niños que hacían su aprendizaje en la familia. La parroquia estaba allí, pronta a conceder el socorro domiciliario que, sin la horrible perspectiva de la workhouse, permitía esperar días mejores. Esta nostalgia del pasado es tanto más viva cuanto que el sufrimiento presente lleva a ilusionarse sobre una realidad histórica mal conocida, más sombría que la imagen embellecida del retorno del pasado. La nostalgia de ese pasado se mezcla a la esperanza y crea el clima psicológico en el cual se desarrolla la primera forma del movimiento obrero en Inglaterra: el cartismo.

I

La gran industria textil no podía crecer más que a expensas del hilado y del tejido a mano. Al comienzo del siglo XIX, las grandes hilanderías y las grandes tejedurías movidas por el vapor reducen a la miseria a millares de trabajadores domiciliarios. Naturalmente, éstos hacen responsable de sus males a la máquina. Los obreros de la gran industria odian la máquina, símbolo de la disciplina a que los somete el *Factory System*; símbolo de una dominación mucho más absoluta que la de los antiguos amos. Así, las primeras rebeliones se expresan con el destrozo e incendio de máquinas.

La evolución técnica se realiza al precio de sacrificios humanos; pero sus víctimas no pueden resignarse a su suerte. Abundantes testimonios confirman la importancia que tuvo, entre los factores materiales del cartismo, la situación afflictiva de los despojados por la máquina. Ninguno es más conmovedor que el de un pobre tejedor a mano a quien la miseria lo llevó al cartismo y que participa en la convención de 1839¹⁹. El discurso que pronuncia en la sesión del 25 de febrero, reproducido por la *Northern Star* del 2 de marzo, es significativo. Por lo tanto, es necesario mantener el valor humano de ese fragmento:

19 Esta “Convención”, llamada a veces “Parlamento del pueblo”, reúne a los delegados de las organizaciones del movimiento cartista.

Soy un tejedor a mano y puedo recordar bien el tiempo en que ganaba 30 chelines por semana, que era lo corriente para un tejedor a mano en 1814; ahora, la misma suma de trabajo no da un salario de 7 chelines... Por atento que sea el tejedor, por favorables que sean las perspectivas de su porvenir, hay desgracias que le son comunes con el resto de la humanidad; pero difiere de casi cualquier otra clase, libre de proveer a sus necesidades, en esto: sus infortunios caen sobre él con un poder aplastante, porque no tiene defensa y está desprovisto de todo; sus salarios no le dejaron jamás la posibilidad de guardar nada de lo que podría permitirle soportar accidentes como la enfermedad o la desocupación involuntaria, un mal trabajo o los mil azares de las fluctuaciones industriales. Cuando un tejedor toma su pieza y la lleva al almacén, todo lo que recibe por lo que le costó una semana de trabajo es, a lo sumo, 5 chelines, y todavía hay que desembolsar más de la mitad de esa suma para su fuego, su alquiler, su luz, etcétera..., lo que no le deja más que una pitanza tan miserable que su condición humana, sin sostén, cae bajo el peso de los padecimientos acumulados. Su fatiga tomada por pereza; sus vecinos comienzan a perderle la confianza, y entonces, arruinado su crédito, en medio de la pobreza, ¿cuál es su suerte, sino la miseria? Las fuentes de la piedad, con las cuales cuenta, están casi enteramente agotadas: despreciado afuera y miserable en la casa, en medio de sus seres queridos que, muriendo de hambre, le piden pan a gritos, ¿qué le queda más que la desesperación?, o ¿quién podrá reprocharle las consecuencias?

Dejadme ahora hablar de mí mismo, no en el deseo de

atraer más atención de vuestra parte, sino a fin de probar que no hablo según los “se dice, sino según mis propios sufrimientos. Y por eso debo ser perdonado por todo el calor de la expresión que parecería que roza la violencia. Mi abuelo, que vive conmigo, no logró el martes por la noche obtener una pieza. Nuestra casa estaba desprovista de todo medio de subsistencia. El miércoles por la mañana, llega la hora del desayuno y no hay desayuno; la hora de la comida llega y no hay comida; llega la hora de la cena y continuamos hambrientos. Era tal el estado de mi hogar que no quedaba nada ya que llevar al Monte de Piedad (gran agitación). Sin embargo, mi mujer tenía un hijo fuerte y sano pegado a su pecho, bebiendo como una sanguijuela la sangre de su corazón. Cuando, ya en cama, hice algunas preguntas a mi mujer, no me respondió. Me alarmé y, era horrible, se había desvanecido de agotamiento (agitación más intensa). Me levanté, revolví la artesa de la harina, eché los fragmentos sobre la mesa, los reuní en un tazón e hice unas gachas de harina de avena. Y a eso atribuyo, sin vacilar, la salvación de su vida...

II

Una mano de obra abundante y móvil era tan necesaria para la constitución de la gran industria como el empleo del maquinismo. Pero la necesidad de un personal desplazable según las vicisitudes industriales chocaba con la antigua Ley de

Pobres, con la famosa ley de Isabel, completada por el *Settlement Act* de 1662.

La gran industria se estableció en los condados del Noroeste, donde se encontraban reunidas las condiciones más favorables para la instalación, de las fábricas y para la colocación de los productos. Se concentraron alrededor de las ciudades industriales poblaciones dispersas y se atrajo a ellas a los obreros rurales de los condados del Sudeste.

Pero la ley de 1662, “la ley de domicilio”, era contraria a esa concentración y a ese desplazamiento. Sus prescripciones ligaban a sus parroquias a los trabajadores pobres, a los indigentes físicamente aptos. El sistema tradicional de asistencia era considerado, por la población laboriosa, como la justa compensación debida por los felices de este mundo al infortunio de los desdichados, como el premio de la resignación social.

El día en que ese sistema se vuelve un obstáculo para el reclutamiento de la gran industria, es condenado. La *Poor Law Amendment Act* de 1834 transforma la asistencia que, de parroquial que era, se vuelve regional; las parroquias son agrupadas en uniones, cada una de ellas tiene su workhouse y por encima de todas las uniones, tres comisarios forman un consejo central, el “monstruo de tres cabezas”, provisto de un derecho de reglamentación y de control muy amplio. La nueva ley impide los socorros a domicilio y en dinero a los indigentes aptos, que deben sufrir en lo sucesivo la disciplina de la workhouse.

La reacción provocada contra la nueva ley no es solamente sentimental. La ley de 1834 favorece el éxodo de la población de los condados rurales hacia las ciudades fabriles y, por consiguiente, la competencia que hacen al proletariado industrial esos recién llegados, que anuncian con su presencia salarios más bajos y más inestables.

El *bill* de 1832 instala en el poder a la burguesía; ésta se sirve de él inmediatamente para dictar una legislación de clase. La ley de 1834 es la primera gran medida adoptada por la nueva Cámara en favor de los industriales. La nueva ley proporcionaba a los “lords del algodón y de la tienda”, cuyos representantes son los amos en el Parlamento, una mano de obra barata y sumisa, puesto que los indigentes pobres preferían no importa qué salario, a la entrada en las *Bastillas de los pobres*. La nueva Ley de Pobres afecta profundamente a las masas obreras. La competencia depresiva de los emigrados rurales es considerada como efecto de la ley de 1834; la organización de las workhouses ofende los sentimientos populares: los indigentes aptos son sometidos allí a un régimen de prisión, separados de su mujer y de sus hijos.

En los comienzos del movimiento obrero, los reformadores expresan las cóleras violentas que promueve la nueva ley. Sobre este punto, se unen a ellos los conservadores sociales cuya indignación contra la nueva ley los acerca a los cartistas. Los *tories* Richard Oastler y Stephens son los intérpretes apasionados de la emoción provocada por la Ley de Pobres.

Los conservadores sociales, lo mismo que los demócratas, radicales y socialistas, emprenden una campaña ardiente

contra la ley. En una carta a Fielden, James Turner denuncia los móviles de la ley:

Si solamente la población del Norte soporta la introducción de ese sistema infernal, será imposible impedir que bajen los salarios. Los obreros, que viven bajo ese sistema, no tendrán otra alternativa que aceptar el salario ofrecido por los empleadores. Un curtidor muy respetable me decía que, si se lo permitiera su conciencia, haría ejecutar su obra por 6 chelines a la semana.

La depresión de los salarios, he ahí la razón de ser oculta por la cual los capitalistas industriales, dueños del Parlamento, hicieron votar la ley de 1884.

La ley de 1884 tiene por objeto procurar a los industriales mano de obra barata, creando, por la llegada de los indigentes aptos al mercado del trabajo, una competencia artificial que deprime los salarios. La ley es injusta en su principio porque atenta contra un derecho tradicional. Oastler, Stephens, Fielden, los líderes cartistas y los obreros están de acuerdo en este punto: la asistencia es un derecho. Los ricos son los guardianes de ese derecho de los pobres; al suprimir el antiguo sistema de asistencia cometieron un abuso de confianza. En la asamblea de Rochdale, de la que informa la *Northern Star*, dirá Oastler:

Los pobres, a los cuales se priva de sus derechos legales y constitucionales, tendrán derecho a decir a los terratenientes (landlords): no tendréis más rentas. El único modo como vosotros, los ricos, podréis hacer respetar

vuestros derechos, consiste en tomar la defensa de los derechos de los pobres. Si deseáis que vuestro servidor os ayude a defender vuestra propiedad, probad que estáis prontos a defender su trabajo.

El derecho a la asistencia es una garantía prometida por los ricos: esa seguridad dada a los pobres garantiza a los ricos el respeto de su propiedad; si éstos rompen ese pacto de paz social, los pobres recuperan su derecho a la rebelión.

III

La gran industria obedece a un ritmo; se desarrolla en movimientos ondulatorios. Un período de depresión sigue al período de expansión y la fase aguda del paso de uno a otro constituye la crisis. La industria del algodón fue la primera que se vio sacudida por violentas crisis. Cada una de esas crisis era el punto de partida de una nueva prosperidad; pero las crisis llevaban consigo paros forzados periódicos. La inestabilidad de los salarios y la inseguridad de la vida aparecían como la consecuencia necesaria de la gran industria, uno de los males del Factory System.

De su condición de especiales de la industria algodonera, las crisis se generalizaron y repercutieron en toda la economía nacional. La crisis de 1825 se prolongó hasta 1880; fue seguida luego de cuatro años de prosperidad económica y de un acrecentamiento del comercio exterior, gracias sobre todo a un aumento de la exportación inglesa a los Estados Unidos.

En 1835 la situación económica era tal que no fue quebrantada siquiera por la crisis financiera del mes de mayo de 1835. Pero en 1836 se produce una crisis en América y tiene su repercusión natural en Gran Bretaña. Es alcanzada sobre todo la rama principal de la gran industria, la del algodón: desde julio de 1836 a julio de 1837 el precio del algodón bajó un 45%. La baja de la materia prima arrastró la de los productos manufacturados, los tejidos de algodón en particular, cuyos mercados se restringieron. La crisis americana se prolongó y provocó, en 1839, una nueva crisis inglesa, seguida de una depresión más prolongada. La banca de los Estados Unidos, especulando sobre el algodón en bruto, mantuvo los precios a un curso tan elevado, que las manufacturas de tejidos de algodón se vieron obligadas a reducir su fabricación. Ahora bien, la baja de los salarios se produjo después de tres años de cosechas deficitarias. A las circunstancias económicas se agregó el encarecimiento del precio del trigo para romper el equilibrio de los presupuestos obreros. Las masas hicieron responsables de sus sufrimientos a las instituciones y a los hombres.

El equilibrio del presupuesto obrero reposa en la remuneración de su trabajo y en el precio de los objetos que le son necesarios. En 1837 y durante los años que siguen, ese equilibrio es destruido de doble manera: la depresión económica afecta al salario, en el momento en que la vida se vuelve más difícil a consecuencia del alza del precio del trigo que, de 39 chelines 5 peniques en 1836, se eleva a 52 chelines 6 peniques en 1837, a 55 chelines 3 peniques, en 1838 y a 69 chelines 4 peniques en 1839, para permanecer hasta 1843 por encima de los 60 chelines la arroba. Un alza de precios de 30

chelines por arroba no puede explicarse solamente por las cosechas deficitarias, aunque fuesen sucesivas. Las masas piensan que las *Corn Laws* aumentan artificialmente el precio del trigo. Los terratenientes son quienes explotan a las clases laboriosas encareciendo el costo de la vida como los “lores del algodón y de la tienda”, los explotan por el Factory System, dándoles, por un trabajo extenuante, un salario de hambre y siempre inseguro. El Factory System es responsable de la insuficiencia y de la inseguridad del salario, como el *landlорismo* lo es del pan caro.

Todos los trabajadores sufrieron por la revolución industrial: a los unos las fábricas les hicieron una competencia homicida, a los otros les impusieron la disciplina del taller, que no es compensada por una vida mejor. Así la gran industria rebajó el nivel de existencia de los unos y no elevó el de los otros. El Factory System tiende a hacer descender cada vez más la tasa media de los salarios. La nueva Ley de Pobres proporciona a los fabricantes un contingente nuevo de mano de obra que les permite disminuir la remuneración del trabajo. El 3 de agosto de 1844, la *Northern Star* se queja, en ocasión de una huelga de mineros en el Northumberland y el Durham, de que el asistente del comisionado de los pobres (*Poor Law assistant commissioner*) envía del país de Gales 204 trabajadores, hombres y mujeres, y propone otros 1000 para ayudar a los patronos a someter a los mineros: “Tal es, agrega la *Star*, el mecanismo de la odiosa Ley de Pobres, inventada para intervenir en favor del capital y ayudar a subyugar el trabajo.”

El Factory System y el Parlamento aparecen a las clases laboriosas como persiguiendo un mismo designio secreto. La

imaginación popular eleva ese designio “diabólico” a la condición de plan sistemáticamente organizado para reducir a los trabajadores al hambre; porque los calificativos de “ley creadora de hambrientos” y de “sistema del hambre”, aplicados por la *Northern Star* a la ley infernal (6 de enero de 1838), expresan lo que piensan las masas.

Los tejedores manuales y los pequeños artesanos de oficio parecen formar una clase absolutamente distinta, con intereses diferentes y aun opuestos a los de los obreros fabriles; el destino de los unos está ligado al triunfo del Factory System que engendró la decadencia de los otros.

Pero su suerte está ligada. Los unos forman el ejército activo del proletariado industrial, los otros constituyen el ejército de reserva y sirven para remplazar a los primeros en caso de alzamiento. Los militantes obreros definieron tempranamente la teoría del ejército industrial de reserva; esta fórmula fue tomada por Marx.

Desde 1838 y 1839, la *Northern Star* reproduce esas fórmulas de escritores y oradores cartistas. El 23 de junio de 1838, un artículo titulado *The Factory System* contiene el fragmento siguiente:

Que los pobres tejedores que trabajan a mano tengan siempre presente en el espíritu que el empleo sin restricción de las máquinas los separó enteramente del mercado. Que los que tienen bastante suerte para trabajar todavía recuerden que tales tejedores sirvieron siempre de “cuerpo de reserva” para permitir a los patronos emplearlos al

precio más bajo y para tener a su arbitrio a los que trabajan. Advertimos a los patronos que si logran suprimir las asociaciones de trabajadores, responderemos con una huelga general que les obligará a condiciones que el pueblo no habría exigido nunca si se hubiese obrado lealmente con él.

La teoría del ejército industrial de reserva pone de manifiesto el hecho sobre el cual descansa la solidaridad obrera. Demuestra a las clases laboriosas que tienen intereses en común. El proletariado de las fábricas advierte que su situación es solidaria con la de los otros trabajadores. Los pobres tejedores de Spitalfields, que ganan apenas 7 chelines por semana, o los mineros de Cornwall, cuyo salario semanal es de 5 chelines, encuentran un apoyo en los hilanderos de algodón de Manchester, que ganan de 25 a 50 chelines por semana. La unión realizada por el movimiento obrero cartista explica su fuerza y su duración.

En el espíritu de las masas obreras, la reforma electoral de 1832, la nueva Ley de Pobres, el maquinismo y las crisis de desocupación están estrechamente ligados: representan los peores defectos de un régimen económico y político.

El movimiento obrero cartista es una reacción de las víctimas de la gran industria y de sus servidores; una reacción de los artesanos en decadencia y de los obreros de las fábricas.

Pero al mismo tiempo que una reacción, el cartismo expresa una evolución social. Al reunir en una misma rebelión a todas las categorías de trabajadores, descubrirá en éstos la

conciencia de sus intereses comunes. La clase nueva va a hacer la experiencia de su fuerza. Acercados por las mismas aspiraciones y por un programa, los obreros cartistas se sentirán solidarios. Diez años de luchas les harán vibrar con las mismas esperanzas, con las mismas decepciones y los mismos padecimientos. La solidaridad experimentada y las luchas en común contribuyen al crecimiento de esta clase nueva.

LA DECEPCIÓN DE LAS TRES GLORIOSAS

El 26 de julio de 1830 los impresores cierran sus talleres después de haberlo hecho otros industriales de París. Grupos de desocupados circulan por las calles y comienzan a hacer manifestaciones.

El 27, se levantan las primeras barricadas en los barrios del Ayuntamiento, de la Bastilla, de los *faubourgs*. El 29 se enarbola la bandera tricolor en las Tullerías. Pero el mismo día la revolución es escamoteada por Thiers: “Sin Orleans, pensaba, no podemos contener a este populacho.” El 30 se fija en los muros de París una proclama redactada por él; promete una ley fundamental que será la expresión de los derechos del pueblo francés. Los republicanos se inclinan ante el hecho cumplido.

La iniciativa de la resistencia fue tomada por la burguesía; pero es el pueblo el que venció. Promovida por los patronos, la intervención de los obreros dio a la revolución un impulso irresistible.

El futuro ministro de Luis Felipe, Barthe, tuvo, según el conde d'Argout, la idea de que convenía arrojar los obreros impresores a las calles de París. El 26 de julio, un industrial amigo tomó el compromiso de reunir a los otros impresores; éstos se pusieron de acuerdo para cerrar sus talleres al día siguiente por la mañana. Los obreros despedidos se aglomeraron en el Palais-Royal y formaron el primer núcleo de la insurrección²⁰. Las librerías transforman sus almacenes en arsenal y, en su *Chronique de juillet 1830*, Rozet consigna que los caracteres de imprenta sirven de proyectiles a los fusiles.

Los otros patronos siguen el ejemplo de los impresores. Dicen a los obreros: no tenemos pan para daros. Audry de Puyraveau sacrifica todos los carruajes de su establecimiento de rodados para construir barricadas: abriendo de par en par las puertas de su casa, llama a gritos a los combatientes y les distribuye 300 fusiles y 1.800 bayonetas. El 27, un fabricante de Pré Saint-Gervais exhorta a sus obreros a tomar las armas y les distribuye balas hechas con tubos de plomo de su huerta.

Ocurre lo mismo en provincias, en Bar-leDuc, en Limoges, en Corbeil, en Nantes; aquí, el dueño de una fábrica de telas, Petit Pierre, después de estimular a sus obreros a armarse, pidió la Legión de Honor como premio por su arrojo: dos de sus empleados dirigieron la insurrección, y uno de ellos murió en el combate con la tropa. En Lille, los obreros solos, en número de 10.000, en oposición a los fabricantes, aseguraron el éxito de la revolución.

20 Notas inéditas del conde d'Argout, citadas por PAUL MANTOUX, “Patrons et ouvriers”, en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 1901–1902, págs. 291.

En Burdeos se cierran los almacenes de vinos y se da asueto a los obreros; en Lyon, los fabricantes deciden el cierre general de los talleres. Los comerciantes envían a sus dependientes a paralizar las máquinas y a dar orden a los obreros de reunirse en la plaza pública a fin de secundar el movimiento, bajo pena de privación del trabajo en el porvenir, para el que no acuda.

Gracias a la clase obrera, la burguesía industrial y comercial pudo adueñarse del poder. Los obreros esperan luego su recompensa. Se creen con derecho a ella. ¿No se fraternizó en las barricadas? El 30 de julio, *Le National*, declara: “Es el pueblo el que lo hizo todo desde hace tres días; fue poderoso y sublime; es él el que venció; es para él para quien deberán ser todos los resultados de la lucha.”

El pueblo lo hizo todo, es él el que venció. Por todo reconocimiento se le ofrece dinero, que rehúsa. “Casi nadie dudaba, dice O. Festy, al día siguiente de las jornadas de julio, que la consecuencia lógica de la revolución sería cierta emancipación, a la vez política y económica, de los obreros que desempeñaron el primer papel; o, al menos, que acababa de ser sembrado el germen de un nuevo régimen social...”²¹.

Nadie. Sin embargo, sí los saintsimonianos; pero sólo los saintsimonianos. Bazard, en la noche del 29 al 30 de julio, fue a ver a Lafayette; pero se encontró frente a un hombre cuya sordera era común a toda la clase que llegaba al poder.

En su carta del 19 de agosto Enfantin destaca la filosofía de

21 O. FESTY, *Le mouvement puvrier au début de la Monarchie de Juillet entre 1830 et 1834*, París, Comély, 1908, pág. 35.

las jornadas de julio: “¿Quién venció? La clase pobre, la más numerosa, la de los proletarios en una palabra, el pueblo. Los que vencieron (el pueblo), tenían sus armas; los que no habían luchado comenzaban a tomar las suyas. No se encontró un hombre para encomendarle la resistencia a toda restauración del orden social que acababa de ser derribado... El pueblo no tenía jefes; los burgueses podían todavía dormir en paz... La rebelión santa que acababa de operarse no merecía el nombre de revolución; nada fundamental ha cambiado en la organización social actual; algunos nombres, colores, la insignia nacional, los títulos, algunas modificaciones legislativas..., tales son las conquistas de estos días de duelo y de gloria.” (*L'Organisateur* del 15 de agosto.)

Nada cambió, en efecto, para la clase de los trabajadores. La burguesía industrial y comercial, bajo el nombre de Luis Felipe, va a gobernar con entera libertad. Los ministros, los Thiers y Guizot, serán más hostiles al pueblo que los hombres de la Restauración. No encuentran, al día siguiente de las jornadas de julio, ninguna resistencia, ni siquiera la del partido republicano. Cavaignac dijo a Duvergier de Hauranne: “No cedimos más que porque no teníamos fuerza.” En 1830 los republicanos no tenían todavía una doctrina política, ni siquiera, coloreada de reforma social. ¿Fue la fuerza o las ideas lo que faltó al partido republicano?

A las clases laboriosas les falta, más todavía que el sentimiento de su solidaridad, una organización, sin la cual no puede intentarse ninguna lucha.

Las clases laboriosas no poseen organización alguna; gremios

que adhieren al compagnonnage no tienen ningún sentido de solidaridad obrera. Todo lo contrario; están dominados por rencores perseverantes. El antagonismo entre los diversos compagnonnages iguala a la injusticia con que, dentro de cada uno de ellos, los compañeros (compagnons) tratan a los aspirantes, sometidos a las vejaciones más crueles.

Apenas algunos esbozos de organización obrera. Antes de 1830, pese a la legislación negativa de la revolución y a la ley Le Chapelier, el primer tercio del siglo XIX conoció muchas coaliciones; pero ninguna posee el triple carácter que tendrán en lo sucesivo: la lucha corporativa para la defensa de los salarios y las condiciones económicas; la reivindicación del derecho obrero; la acción creadora y constructiva.

Sin duda, algunas sociedades de socorros mutuos se ocupan de cuestiones de salarios. Forman las *Cajas auxiliares*, que toman ya el nombre de Bolsas. Bajo el pretexto de socorrer a los obreros víctimas de paros forzados, se constituyen verdaderas sociedades de resistencia. Éstas dependen en general, aunque a veces son independientes, de las sociedades de socorros mutuos. Al margen del compagnonnage y de esas sociedades de socorros mutuos, que no son muy abundantes, los dos únicos gremios que poseen algo así como, cámaras sindicales son los obreros de la construcción y los sombrereros, que volveremos a encontrar pronto entre los más audaces.

Así, pues, pocas o casi ninguna organización obrera existe en Francia, en el momento en que las dos causas originarias del movimiento obrero van a imprimirle impulso.

La crisis económica precedió a la revolución de julio; comenzó en 1825; pero sus efectos son más duramente sentidos, entre las masas obreras, al día siguiente de las Tres Gloriosas.

Ante todo, los obreros piensan que les basta apelar a la autoridad para obtener una mejora de su suerte; se les debe eso en justicia. Durante los primeros días, la autoridad toma algunas consideraciones con respecto a los trabajadores; pero bien pronto esa autoridad, que esperaban protectora, se les aparece bajo su verdadera faz.

A mediados de agosto de 1830 –el 15– ciertos gremios acuden al gobierno “con mucho orden, respeto y timidez”. Los obreros guarnicioneros y carroceros redactan una petición: cuatrocientos de ellos; precedidos por la bandera tricolor, la llevan al prefecto de policía, Girod de l’Ain. Éste baja a arengarlos. La misma tarde los obreros carníceros pasean la bandera tricolor con esta inscripción: “Libertad de comercio”. El 16, los cocheros de fiacres y cabriolés, se resisten contra los ómnibus que les hacen competencia.

Algunos obreros gritan: “Abajó los mecanismos”, y volvemos a encontrar en Francia la rebelión contra las máquinas que hemos visto en Inglaterra, como una de las formas de reacción contra la revolución industrial.

El 20 de agosto de 1830 aparece un folleto, firmado por *un viejo tipógrafo, víctima de la arbitrariedad*, que expone *las justas alarmas de la clase obrera con motivo de los mecanismos*: “Los mecanismos, más voraces que los monstruos

vencidos por Hércules, son contrarios a la humanidad, a los derechos de la naturaleza y de la industria y al interés general de los miembros de la sociedad...”²²

Los obreros dan pruebas de mesura y de calma. El 19 de agosto, una comisión nombrada por los obreros impresores apela a la moderación: espera que “la parte activa que hemos tomado en los acontecimientos de las jornadas memorables del 27, 28 y 29 de julio, en las que varios de nuestros hermanos derramaron su sangre por la causa de la patria, no será empañada por una condescendencia culpable ante los consejos pérvidos de los enemigos de la patria”.

Recomienda no romper las máquinas, sino “esperar con calma que los representantes de la nación hayan considerado nuestra petición”. El llamado termina con esta frase: “Los representantes de la nación comprenderán que nuestras necesidades son tan cotidianas como nuestros trabajos.” Pero los representantes de la nación no lo comprendieron.

Las autoridades, que se mostraron indulgentes hasta alrededor del 20 de agosto, afirman luego que están dispuestas a reprimir las manifestaciones obreras y a aplicar la ley en todo su rigor. La legislación les da los poderes necesarios.

El 23 de agosto, 400 obreros ebanistas, en perfecto orden, entregan al prefecto de policía un petitorio reclamando de la administración una tarifa que regule los precios de los trabajos. Girod de l’Ain les responde que la intervención de la

22 Les justes alarmes de la classe ouvrière au sujet des mécaniques, *Chassaigne*, 1830, in 8, pág. 8.

administración es contraria al principio de la libertad de la industria: "Conviene atenerse al libre juego de la oferta y la demanda." Los obreros se retiran dejando al prefecto 248,75 fr. para las víctimas de julio.

Los obreros cerrajeros, en número de 3.000 a 4.000, recorren París a fin de presentar a los patronos una petición por la cual reclaman la reducción de la jornada de trabajo de 12 a 11 horas. Frente a la coalición de los patronos para hacer bajar los salarios, las obreras peleteras se unen para reclamar 30 céntimos por cien pieles de conejo. Es demasiado; y, aunque en sus manifestaciones los obreros se mantienen en calma, los poderes públicos se inquietan. Tranquilizan su conciencia dando una explicación de esas manifestaciones que va a volverse tradicional y que volveremos a encontrar, de tanto en tanto, hasta nuestros días. Los factores de esos desórdenes son los enemigos del gobierno, los enemigos de la monarquía de Julio, son los cartistas los que incitan al pueblo a perturbar el orden y la paz pública: *un complot* organizado por los congregacionistas y los agentes de Carlos X. Esta hipótesis dispensa al gobierno de investigar las causas profundas. El *Constitutionnel* del 17 de agosto, escandalizado, exclama: "Los obreros deberían desconfiar de todos esos agitadores enviados al seno del pueblo por sus enemigos que, furiosos por su derrota, quieren vengarse en los vencedores."

Es cierto que la "preocupación de desembarazarse" de los verdaderos vencedores de las Tres Gloriosas obsesionaba el espíritu de los poderes públicos. "Habiendo dado éstos al pueblo dos semanas de vacaciones", dice O. Festy, era decente que retomase luego el trabajo en las condiciones que

justificaba el juego de la ley de la oferta y la demanda. Es el consejo que da a las clases laboriosas el prefecto de policía; en su ordenanza del 25 de agosto, recuerda la ilegalidad de las aglomeraciones y de las coaliciones; éstas son reservadas a los amos. “Las reuniones [obreras] son en sí mismas un desorden grave [inclusive si no son acompañadas de acto delictuoso alguno]. Alarman a los habitantes apacibles, causan a los obreros una pérdida seria de tiempo y de trabajo...”

Ese consejo, dirigido a “la *heroica* población parisense”, se convertirá, si no es acatado, en una orden acompañada de sanciones, según las prescripciones del código penal.

La libertad de la industria, he ahí el principio que permite dar satisfacción a todas las necesidades. El buen Lafayette mismo lo declara, en una orden del día, al pueblo de París.

En los conflictos que pueden suscitar los intereses encontrados de los patronos y de los obreros, la autoridad declara que permanecerá neutral: esos conflictos deben ser regulados individualmente entre patronos y obreros; y, como dice el diario *Le Temps*, la autoridad “no debe intervenir más que para apoyar la razón y calmar las pasiones”. La autoridad se reserva, sin embargo, el derecho de intervenir para poner en la balanza el peso de su fuerza. Un solo periódico, *L'Organisateur*, saintsimoniano, el 4 de septiembre subraya la ironía de esa actitud: “No hace un mes que el pueblo venció en favor de los liberales y de los burgueses, y ahora sufre la ingratitud inevitable que habíamos previsto. Para los excesos de la competencia de que se queja, se le rehúsa, en nombre de la libertad, un remedio. Se proclama la heroicidad del pueblo;

y, si ese título no basta a los hambrientos, la autoridad les prohíbe pedir demasiado, so pena de hacerles aplicar ulteriormente por los guardias nacionales y la tropa de línea todas las dulzuras contenidas en el código penal, la ley marcial, etcétera..."

Segunda Parte

LA AMISTAD QUE DEBE UNIRNOS (1830–1836)

Es preciso que los obreros sepan bien que no hay para ellos otros remedios— que el de la paciencia y la resignación.

CASIMIR PÉRIER, ante la Cámara,
después de la insurrección de Lyon, 1831.

La amistad que debe unirnos...

A esta asociación de nuestros intereses, de nuestros derechos y de nuestras audacias, le daremos una cabeza que piense, una voluntad inteligente y firme que imprima la acción y dirija el movimiento...

Así obtendréis lo que es justo y legítimo, es decir un salario suficiente para alimentaros, a vosotros, a vuestras mujeres y a vuestros hijos.

EFRAHEM, obrero zapatero,
rue Tirechape número 12, 1833.

III. VIVIR LIBRES TRABAJANDO

A menos que se tomase la cruel resolución de matarlos a todos, no se podía responder con tiros de fusil a la pacífica exposición de sus necesidades.

BÓUVIER DU MOLART,
Prefecto del Ródano.

I

El 27 de agosto de 1830 estalla la huelga de los obreros hilanderos de Rouen: 300, precedidos de la bandera tricolor, se dirigen al Ayuntamiento para exponer sus quejas.

Los reunidos son pacíficos, las reivindicaciones razonables. Se refieren a la duración del trabajo y al reglamento del taller. La jornada era frecuentemente de 14, 16 y 17 horas, con un descanso de hora y media. Los obreros reclaman la jornada de 12 horas. Reclaman la supresión, en los reglamentos del taller, del artículo que castiga toda ausencia con una multa igual al doble del salario correspondiente al tiempo perdido, la supresión de la retención sobre el pago por una tarea

inconclusa aunque ésta esté por encima de las fuerzas del obrero.

Los obreros piden que no se pueda establecer ningún reglamento de taller sin la participación de la autoridad.

El 28 de agosto, el prefecto recuerda los artículos del código penal que condenan las coaliciones y las aglomeraciones.

El 3 de septiembre se reúne una comisión elegida por los hilanderos y adopta un reglamento-tipo de taller, cuyas disposiciones, llevadas al conocimiento de los jueces de paz, son expuestas en los establecimientos.

El 6 se producen desórdenes en Darnétal: los manifestantes, armados de horquillas y palos, rodean la alcaldía donde se había refugiado el procurador del rey, y le obligan a poner en libertad a los obreros detenidos. El teniente general hace avanzar la tropa sobre Darnétal y cargar contra los manifestantes. Y el 7, escribe al ministro de guerra: "Los hilanderos son instrumentos ciegos puestos en movimiento por los enemigos de nuestra gloriosa regeneración.

"El partido clerical actúa solapadamente." "El partido clerical" en 1830, como en 1840 "la mano de Inglaterra o de Rusia", permite al gobierno ocultarse a sí mismo las causas profundas de los conflictos sociales.

El 10 de septiembre, la comisión de patronos hilanderos decide, por una gran mayoría, la supresión del trabajo

nocturno²³. Pero los hilanderos ausentes proclaman su libertad de no reconocer esa decisión. Y el trabajo nocturno continúa. Balance: 24 encarcelamientos; ninguna mejora en las condiciones del trabajo.

Desde el 24 de septiembre los obreros se quejan de que la jornada de trabajo se prolonga más allá de los límites fijados por el reglamento de taller adoptado el 3 de septiembre por la mayoría de los hilanderos. Barbet, que presidió la comisión, reconoce que en esa fecha los obreros “no ganarían bastante para alimentar a sus familias, aunque trabajasen 20 horas por día”.

En París, en septiembre de 1830, huelga de obreros impresores. El 1º de septiembre, los obreros de la Imprenta Nacional rehúsan imprimir la ordenanza que abre un crédito extraordinario para reparar las prensas mecánicas rotas el 29 de julio. Y el 3 de septiembre la interrupción del trabajo es casi general.

La noche del 3 se reúnen 3.000 obreros tipógrafos en la Barrière du Maine. Los huelguistas se dirigen al coronel que manda el batallón de la guardia nacional diciéndole: “¿Tendréis la bondad de darnos dos granaderos para cuidar el acceso a nuestra asamblea e impedir a los extraños que se deslicen en ella?...” Se nombra una comisión de 13 miembros, y el coronel es invitado a tomar parte en la discusión. La asamblea protesta contra los “mecanismos”. El 4 de septiembre algunos diarios se ven en la imposibilidad de aparecer. *Le Moniteur* del 5 de

23 Procés-verbal des réunions de la Commission des filateurs. *Archivos municipales de Rouen*.

septiembre merece ser citado: “La inteligencia y el arrojo de los obreros impresores les fueron útiles durante los acontecimientos de julio. El sentimiento de sus servicios los hace naturalmente exigentes.”

Las autoridades vacilan todavía en obrar con rigor. Eirmin-Didot pide a “los antiguos compañeros de trabajo” que reanuden la tarea; “Confiad en la prudencia del rey y en su amor al pueblo francés.” Los 13 miembros de la comisión tipográfica son detenidos y después puestos en libertad. Y el 14 de septiembre, ante el tribunal correccional, los inculpados son absueltos en medio de las aclamaciones del público. Los obreros absueltos van a dar las gracias al prefecto del Seine, Odilon Barrot.

En septiembre se está apenas a pocas semanas de las jornadas de julio; pero el 10 de diciembre, la Cámara de Diputados, al examinar la petición que le habían dirigido los obreros impresores, pasa al orden del día con estos considerandos del informante: “Ha sido una sorpresa que los obreros, que combatieron con tanto arrojo y abnegación en las memorables jornadas de julio, se decidieran a proponeros que atentéis contra la libertad, tan necesaria para el desarrollo de nuestra industria.”

La primera idea de los obreros fue apelar a la autoridad. Los obreros camineros parten de la Villette, con la bandera tricolor al frente, para llevar una petición al buen rey Luis Felipe. Los obreros deslustradores y aprestadores de paños, en París, se dirigen al prefecto de policía para obtener, por su intermedio, que los patronos consientan en la supresión del trabajo

nocturno. Los obreros cerrajeros y los mecánicos obran del mismo modo, con el propósito de obtener la reducción de la jornada de trabajo de 12 a 11 horas. Los obreros albañiles dirigen una petición al prefecto del Seine para pedirle que se impida a sus camaradas trabajar más de un cierto número de horas por día y tomar trabajo a destajo. Pero el prefecto del Seine les amonesta por su “procedimiento irreflexivo, poco digno de su conducta pasada y de su lealtad habitual”. “Los obreros olvidaron un momento, agrega el prefecto del Seine, los principios por los cuales combatieron y que muchos sellaron con su sangre: perdieron de vista que la libertad del trabajo no es menos sagrada que todas las otras libertades.”

Los obreros combatieron también por la libertad del trabajo y de la industria. Su deber es aceptar las consecuencias. Pero si la coalición es prohibida a los obreros, es tolerada a los patronos.

Los patronos herradores y veterinarios de París firman un acuerdo por el cual se prohíbe, bajo pena de multa, conceder ningún aumento de salario a sus obreros. Los obreros herradores se asombran de esa desigualdad de trato y *Le Constitutionnel* del 8 de octubre publica una carta en la cual advierten que su derecho a coligarse para obtener aumentos de salario es igual al de los patronos.

En estas manifestaciones, en su mayor parte pacíficas, la autoridad no ve más que una agitación promovida por intrigas secretas. Estima que es hora ya de interrumpir el gran mes de vacaciones legales dadas a los trabajadores y, desde el 5 de septiembre, el prefecto envía una circular a los comisarios de

policía: “Una agitación inquietante existe en varias clases de obreros. Se vuelve urgente hacer cesar ese estado de efervescencia”.

En ese otoño de 1830, el partido republicano no comprende mejor que las autoridades las aspiraciones de las clases laboriosas. El 10 de septiembre de 1830, hace fijar un cartel mural concebido así: “Guardias nacionales, jefes de taller, obreros, vuestros intereses comunes son la libertad del trabajo. Reuníos, pues, para derribar una Cámara cuya duración no puede menos que perpetuar la discordia que se suscita entre vosotros.” Y *Le National*, del 17 de septiembre escribe esto: “Los obreros no han adquirido todavía bastantes luces para discernir lo que conviene tanto a sus intereses como a los intereses de todos. Los prejuicios que las clases obreras deben solamente a su falta de educación, hacen mucho mal y ponen a menudo obstáculos a las mejoras más deseables.”

Les Débats es más perspicaz que *Le National* cuando escribe el 13 de septiembre: “El partido republicano no puede ofrecer a los obreros más que derechos políticos. Ahora bien, no es para ese resultado para el que los obreros se asocian... En las coaliciones y los tumultos, la política no entra para nada; no se trata de opiniones, sino de intereses. Las clases inferiores experimentan, sin duda, un sentimiento de malhumor contra la propiedad; y eso no ocurre solamente en Francia, sino en Inglaterra y en Bélgica; es visible que las clases inferiores tienden en todas partes a invadir violentamente la propiedad; ése es el problema del futuro; problema enteramente material y palpable.”

Las clases obreras están profundamente decepcionadas: “Las tres jornadas de julio, dice *Le Peuple*, del 20 de octubre, no tuvieron otro resultado que un cambio de dinastías, y prometían más.”

Esta desilusión da a las clases laboriosas el sentimiento de su aislamiento en la sociedad.

Los sombrereros bataneros se dividían en dos campos, según aceptaban o rehusaban trabajar con patronos que no observaban la tarifa admitida por los patronos y los obreros y apoyada por la autoridad. Los sombrereros bataneros tratan de unirse²⁴. La Bolsa auxiliar que formaron ve a sus miembros pasar de 600 a 1.237; los obreros no adherentes a la Bolsa piden su adhesión en masa. Primera manifestación de un sentimiento que va a generalizarse: los obreros comienzan a percibir que no tienen nada que esperar si no es de ellos mismos, de su organización, de su unión.

Pero la sociedad de resistencia –primer foco de la organización obrera–, no puede constituirse todavía abiertamente. Es obligada a disimularse bajo las apariencias de sociedades filantrópicas, de sociedades de socorros mutuos. El 19 de junio de 1831 se organiza la Sociedad Filantrópica de los Obreros Sastres que, además de los socorros de enfermedad, se compromete a socorrer a los asociados en paro forzoso y en otros casos *no previstos*. Esta sociedad va a convertirse en una de las sociedades corporativas más poderosas.

24 JEAN VIAL, *La coutume chapelière*, París, Domat–Montchrestien. 1942.

II

En Francia, como en Gran Bretaña, se ve nacer, en 1830, una prensa obrera: el 19 de septiembre aparece el *Journal des Ouvriers*, el 26 *L'Artisan*, y el 30, *Le Peuple, journal général des ouvriers, rédigé par eux-mêmes*.²⁵

En su primer número, del 19 de septiembre, *Le Journal des Ouvriers* afirma la necesidad de una prensa obrera: “Hemos advertido que hasta el presente la clase tan interesante de los obreros era la única que no tenía una hoja especial consagrada a la defensa de sus derechos, a su instrucción, a la propagación de las doctrinas útiles, al aniquilamiento de los prejuicios que todavía subsisten... ¿Qué pedimos? Trabajo para dar bienestar a nuestras familias; ninguno de nosotros tiene la ambición de querer ser algo en el gobierno; no pedimos ver allí más que a hombres de nuestra elección. Este resultado es seguro; porque nuestros patronos, llamados a esta elección; son obreros como nosotros: cuanto más trabajamos nosotros, más ganan ellos, y su interés particular es una garantía segura del nuestro”. El *Journal des Ouvriers* quisiera instituir una “discusión simple y franca” entre las clases laboriosas y los jefes de taller: “Obreros nosotros mismos, sentimos mucho más fuertemente que otros las necesidades de nuestros hermanos, y nuestras columnas estarán abiertas a todas las quejas, a todas las demandas

²⁵ *Journal des Ouvriers*, 19 de sept. al 12 de diciembre de 1830: 24 números in 49 (Bibl. Nat., Lc. 2, 1255).

siempre que no se aparten de la legalidad..." La clase obrera y los jefes de taller podrán, sucesivamente, exponer sus agravios, defender sus intereses, ilustrarse mutuamente por una discusión simple, franca... "Bienestar para todos..., respeto de las leyes..."

L'Artisan, journal de la classe ouvrière, se manifiesta "como la expresión sincera del espíritu que anima a la masa obrera. Salidos nosotros mismos de su seno, seguiremos fieles a sus necesidades... Los principios que nos guiarán en nuestro trabajo son simples: libertad plena y total de toda industria, abolición del monopolio y de las corporaciones, represión de los abusos de autoridad de los patronos y de la baja policía en tanto que esté en nuestro poder, e instrucción de los obreros sobre sus verdaderos intereses... El principio de asociación, que nos permite emprender un trabajo tan útil y tan necesario, no será olvidado". En el número del 17 de octubre de 1830, *L'Artisan* trata la *asociación como medio para remediar la miseria de las clases laboriosas*. *L'Artisan* distingue las dos formas esenciales de la asociación obrera: la sociedad de resistencia y la asociación de producción. El autor del artículo, dirigiéndose a los obreros impresores, trata de demostrar la inutilidad de constituir "una especie de asociación para mantener los precios e impedir la formación de aprendices: puesto que sois despedidos de vuestros talleres por las máquinas, cesad de ser obreros y convertíos en patronos vosotros mismos". El capital necesario se constituirá por suscripciones deducidas de los salarios a fin de que los obreros puedan explotar ellos mismos su industria.

En espera de la formación de esas asociaciones obreras,

L'Artisan toma la iniciativa de una investigación metódica sobre todos los gremios. Anuncia su intención de exponer la situación de los diversos oficios y pide a los obreros que colaboren en esa investigación proporcionando informes detallados sobre sus respectivas industrias. *L'Artisan*, el 10 de octubre de 1830, comienza la publicación de una estadística de la profesión de los obreros impresores. *L'Artisan* hace el elogio de las máquinas: éstas alivian el trabajo humano; el remedio no está en suprimirlas, sino en adquirirlas y en explotarlas por las asociaciones obreras.

La desilusión ayuda a artesanos y obreros a tomar conciencia del puesto que su trabajo les da en la sociedad: "Tres días bastaron para cambiar nuestra función en la economía de la sociedad; y somos ahora la parte principal de esta sociedad, el estómago que difunde la vida en las clases superiores, vueltas a sus verdaderas funciones de servidores... Según nosotros, el pueblo no es otra cosa que la clase obrera; es ella la que da valor a los capitales explotándolos, y sobre ella se asientan el comercio y la industria de los Estados." (*L'Artisan*, 22 y 26 de septiembre.)

Estos primeros periódicos obreros, publicados en París, son efímeros; en Lyon la prensa obrera tiene más duración; *L'Écho de la Fabrique*, *L'Écho des Travailleurs*, *La Glaneuse*, *Le Précurseur*, *La Tribune Prolétaire*, *L'Indicateur* son, unos, puramente obreros; los otros tienen tendencias políticas que los hacen a la vez órganos del movimiento social y del movimiento republicano.

En el curso del mes de noviembre de 1830 el movimiento de las coaliciones disminuye; a comienzos de diciembre las coaliciones cesaron. Desde el 9 de noviembre Girod de l'Ain se felicita de su actitud como prefecto de policía; supo inspirar, dice, a los obreros, el sentimiento de que “sus desvaríos no serán tolerados”.

Sin embargo, a partir del 19 de enero de 1831, la crisis económica que se prolonga provoca manifestaciones por la falta de pan y la falta de trabajo. En Lyon, 800 trabajadores, reunidos en los Brottaux, hacen demostraciones al grito de “trabajo y pan.” El 19 y el 2 de marzo tienen lugar en París demostraciones obreras. Reuniones pacíficas, que dispersa la fuerza armada: “El rey no conoce nuestra posición”, decían los manifestantes, y gritaban: “¡Viva el rey! ¡Viva la libertad! ¡Trabajo; y pan, o muerte!”

El 3 de marzo de 1831, 2.000 obreros de Saint-Étienne se lanzan sobre la fábrica de Rives para destruir las máquinas. El 19 de mayo los obreros aserradores, en Burdeos, penetran en⁸⁷ los talleres para romper las sierras mecánicas. En septiembre, en París, 1.500 obreros hacen manifestaciones contra los fabricantes de la rue du Cadran, que hicieron llegar de Lyon una máquina para recortar los chales. El 7 de septiembre, las obreras gritan: “¡No más mecanismos!” Fuerzas de caballería cargan contra ellas. El orden no se restableció hasta cinco días después.

En contraposición con el resto de Francia, Lyon, en 1831, es teatro de un movimiento de rebelión obrera de conjunto.

La crisis que atravesaba la industria lyonesa, terminó gracias a los pedidos americanos. Pero la inferioridad del precio de costo británico es la razón que dan los fabricantes para mantener los salarios al nivel más bajo; y sin embargo, a pesar de la competencia inglesa en los mercados exteriores, las exportaciones de sederías continúan siendo importantes, puesto que en 1830 y en 1831 representan el tercio de la cifra de las exportaciones totales francesas: 29 por ciento.

En Lyon, la fábrica comprende a fabricantes, propietarios de telares y jefes de taller, y compagnons, es decir, en realidad, tres categorías distintas y a veces cuatro, cuando el jefe del taller no es propietario de los telares que dirige, sino que debe arrendarlos.

El fabricante, dueño de la materia prima, da ésta a trabajar a domicilio y reparte los pedidos entre los jefes de taller. El precio de la pieza, pagado por el fabricante, es repartido entre los jefes de taller y los obreros que trabajan a sus órdenes. El reparto se hace por mitades. Si el jefe de taller no es propietario, debe, sobre su parte, el alquiler de los telares; pero puede dirigir hasta 8 ó 10 telares. Su situación social depende del número de esos telares.

El jefe de taller, propietario del instrumento de trabajo, está más o menos próximo al compagnon, según sus intereses: "Existe, dice Norbert Truquin, una jerarquía muy evidente: los que poseen 2 ó 3 telares son considerados como patronos ordinarios; los que tienen 4 y más constituyen la aristocracia del oficio... Tienen sus cafés distintos donde se encuentran y realizan sus reuniones. Sus damas son de un orgullo

incomparable. Se cuidarán de saludar a una mujer cuyo esposo no tiene más que dos telares²⁶.

Para los obreros, más temible que el fabricante es su *commis* (empleado), encargado de distribuir los pedidos y de controlar el trabajo hecho. Se obtienen sus buenos oficios con propinas. Esos empleados abusan de las jóvenes obreras, ansiosas de no perder su escaso salario: “Para salirse con la suya, dice el autor anónimo de *La Vérité sur les événements de Lyon*, emplean los medios más repulsivos, la necesidad y el hambre.” Ése no es más que un aspecto de los padecimientos de las obreras de la seda. Trabajan en verano desde las 8 de la mañana hasta la noche; en invierno desde las 5 hasta las 11 de la noche, o sea 17 horas por día “en talleres a menudo malsanos, donde no penetran jamás, nos dice Norbert Truquin, los rayos bienhechores del sol. La mitad de esas muchachas se vuelven tísicas antes de terminar el aprendizaje. Cuando se quejan, se les acusa de simulación...” Los trabajadores compagnons no tienen domicilio: son alojados y alimentados por el jefe de taller que los emplea. Se amontonan, con su familia, en los estrechos alojamientos de los barrios de la Croix-Rousse y de Saint-Georges. Algunos de ellos no ganan un franco por 16 horas de trabajo. Son las primeras víctimas de cada crisis, que los arroja de la ciudad y entrega su vida insegura al azar de ocupaciones agrícolas, que son un refugio para ellos.

El costo de la vida se elevó mucho en Lyon y se acrecentó a consecuencia de la ley del 26 de marzo de 1831, que aumentó los impuestos directos y el impuesto sobre la vivienda.

²⁶ NORBERT TRUQUIN, *Mémoires et aventures d'un Prolétaire*, París, 188S, pág. 213.

Las clases laboriosas de Lyon, en esa época, apenas estaban organizadas. En 1828 los jefes de taller fundaron una sociedad de solidaridad y de ayuda mutua; pero los compagnons son excluidos de ella. El *Devoir Mutuel* es dividido en 20 logias de 20 miembros vinculados entre sí y dirigidos por una comisión ejecutiva.

El *Devoir Mutuel* tiene por objeto el socorro mutuo, la organización de cursos profesionales, la busca de trabajo, la lucha contra los abusos. Pero esa sociedad no adquirirá un desarrollo importante más que después de los acontecimientos de noviembre de 1831.

En el otoño de 1831, aunque “los telares se cubren de telas”, los fabricantes mantienen salarios que, a pesar de un trabajo de 18 horas por día, no permiten asegurar la vida obrera más modesta. Los trabajadores de Lyon, jefes de taller y compagnons, sufren, por causa de su infortunio, una irritación que crece a medida que se vuelve más segura su convicción de que las promesas de julio eran ilusiones. El informe presentado al presidente del consejo de ministros sobre las causas que condujeron a los acontecimientos de Lyon (1832)²⁷ es un testimonio digno de fe. Sus autores, los dos jefes de taller Bernard y Charnier, se expresan con una notable mesura. El juicio que dan sobre el origen de los acontecimientos de noviembre de 1831 es confirmado por el prefecto del Ródano,

27 *Rapport fait et présenté a M. le Président du Conseil des Ministres sur les causes générales qui ont amené les événements de Lyon*, par deux chefs d’atelier, Lyon, Charvin, in 4º, pág. 8, 1882. F. RUDE, “Le rôle de P. Charnier fondateur du mutuellisme à Rouen”, *Bull. RévoL* 1848, 1938; *Le mouvement ouvrier à Lyon de 1827 à 1832*, París, Domat-Montchrestien, 1945.

Bouvier du Molart: “El sufrimiento era real entre 60.000 a 80.000 obreros. A menos que se tomase la cruel resolución de matarlos a todos, no se podía responder con tiros de fusil a la pacífica exposición de sus necesidades.”

Bernard y Charnier señalan, al comienzo mismo de su informe, la doble decepción de los obreros de Lyon:

Los acontecimientos de 1830 colocaron en el trono de Francia a un rey ciudadano, padre y protector del pueblo, que prometió velar por sus intereses y su libertad. Fortalecida con tales promesas, la clase obrera de Lyon recibió sin conmoverse el golpe terrible que iba a entorpecer su industria, y se preparó sin quejas para las consecuencias inevitables que había que esperar de tal cambio. Ayer ciudadano, hoy soldado, el obrero cumplió con celo el nuevo deber que la patria le imponía. Consecuente con sus principios, consintió, como ciudadano, en recibir como premio de su trabajo un salario proporcionado al estado provisional del comercio, pero muy por debajo de sus necesidades cotidianas... Bien pronto los telares que estaban paralizados desde hacía largo tiempo se cubrieron de telas, y el obrero que había sufrido por esas privaciones sin número creyó llegado el momento en que su suerte iba a cambiar. Contando con la humanidad de sus protectores naturales, el obrero reclamó *individualmente* un aumento de salario; se engañó... El orden de cosas había cambiado; pero el despotismo, expulsado de los castillos, se había refugiado en los mostradores... Desde entonces la miseria se hizo general, y el obrero, aun a costa de un trabajo asiduo de 18 horas por

día, no podía hacer frente a las exigencias de la vida y, mucho menos todavía, saldar las deudas que estuvo obligado a contraer en los tiempos desdichados... ¿Qué debía hacer esa masa de ciudadanos infortunados, padres de familia? Se reunió para dirigir colectivamente a sus jueces naturales las reclamaciones presentadas primero individualmente y rechazadas siempre.

En la Croix-Rousse se realizan reuniones de jefes de taller. Cada barrio es invitado a nombrar, por vía de elección, dos jefes de taller ante una comisión compuesta de 80 miembros, designados en los diversos barrios de la ciudad y en los diversos géneros de fabricación: "La misma miseria, según la fuerte expresión de Bernard y Gharnier, reunía hombres escogidos entre los más estimables y más considerados, y extraños en su mayor parte unos de otros." El alcalde de la Croix-Rousse asiste a las reuniones y ofrece su mediación ante las autoridades.

El 11 de octubre de 1831, el tribunal de los *prud'hommes*²⁸ toma la siguiente decisión:

Considerando que es de notoriedad pública que muchos fabricantes pagan salarios muy bajos; considerando que en las circunstancias actuales importa suprimir todo pretexto para la malevolencia y mantener la tranquilidad de la clase desdichada; el consejo decide que se fije una tarifa mínima.

Por su parte, la Cámara de Comercio comprueba que los

28 *Prud'hommes*: miembros de un consejo mixto de obreros y patronos encargado de resolver los conflictos de trabajo por vía de conciliación. (N. del T.)

obreros están en una situación de sufrimiento real y que una pequeña minoría de fabricantes abusa de las circunstancias para obtener beneficios escandalosos, que es útil y urgente acudir en ayuda de los obreros con la publicación de una tarifa, y que por lo demás esta medida no es nueva, ya que tuvo muchos precedentes.

La opinión de las clases medias es favorable a esta reivindicación. Así, cuando el alcalde de la Croix-Rousse le invita a establecer una tarifa, el prefecto Bouvier du Molart obedece a su corazón, sensible a los padecimientos de las clases laboriosas. Cuando los jefes de taller le piden que sostenga su reivindicación, Bouvier du Molart decide reunir una comisión que examine la vía legal y normal para llegar al establecimiento de una tarifa, puesto que, como lo reconocía la Cámara de Comercio, hay *precedentes*.

No todos los fabricantes son hostiles a la tarifa. Certo número de ellos ve con placer en ella el medio “para poner límites a esas especulaciones sobre el hambre, a esa competencia perniciosa que la delicadeza desaprueba y que consiste en entregar las mercaderías a cualquier precio, privando al negociante concienzudo de los medios para operar con seguridad”.

La reunión se llevó a cabo el 21 de octubre, en presencia del prefecto, asistido por alcaldes y delegados de la Cámara de Comercio y del consejo de los prud'hommes.

Un fabricante, el vicepresidente del consejo de los prud'hommes, abre la sesión:

Sabemos que vuestra posición es penosa, digo más: insopportable. Comunicadnos los medios que queréis proponer para el mejoramiento de vuestras condiciones de existencia, y nos haremos un deber el cooperar en ello con todas nuestras fuerzas; porque podéis contar con nuestra buena voluntad.

Después el presidente se dirige a uno de los jefes de taller: “¿Qué reclamáis? –No reclamamos trabajo, nuestros talleres trabajan; pero os suplicamos que hagáis aumentar el precio de nuestras piezas: porque nos es imposible vivir con los precios del momento. El chal de 314 cuerpos pleno es pagado actualmente a razón de 25 céntimos los 1.000. El obrero no puede pasar por día más que 12.000, lo que significa una jornada de tres francos, que se reparten entre el patrón y el obrero. Así cada uno tiene 1,50 fr. Es preciso deducir de esta suma 35 céntimos para el niño que ayuda al obrero, 50 céntimos para la mujer que devana y pone en canilla las tramas necesarias para el tejido del chal, más 25 céntimos para el alquiler y otros gastos relativos a telar: el beneficio del jefe de taller es reducido así a 40 céntimos por día. Pedimos que el precio mínimo de este artículo sea llevado [de 25 céntimos] a 40 céntimos los 1.000”.

El presidente de la reunión se dirige entonces a uno de los fabricantes: “El obrero no puede vivir con una retribución tan ínfima; ¿piensa usted que su demanda es exagerada?” –No, responde ese fabricante, yo sé que el obrero no puede vivir con ese precio, y su demanda es demasiado justa para ser rechazada–. Los fabricantes reconocen que la demanda de los obreros es justa y su salario insuficiente para vivir. La Cámara

de Comercio y el consejo de los prud'hommes, consultados a petición del prefecto, reconocen que hay *urgencia*.

Veintidós fabricantes son designados por la Cámara de Comercio para discutir la tarifa mínima, con veintidós jefes de taller nombrados en escrutinio. Los delegados de los jefes de taller recogen todas las informaciones posibles relativas *al precio más bajo que permita al obrero vivir, sin quitar al fabricante el medio de obtener todavía un honesto beneficio*: “Nosotros teníamos todos los motivos para creer, dicen Bernard y Charnier, que esa tarifa, por imperfecta que fuese, podría servir de base y de comparación”.

En la sesión del 21 de octubre de 1831 los fabricantes dicen que no están autorizados por el conjunto de sus colegas, sino solamente por la Cámara de Comercio. Se declaran incompetentes, pero deciden que la tarifa será acordada antes del 19 de noviembre y puesta en práctica en esa fecha. El 25 de octubre la tarifa es firmada, en presencia del prefecto, por los miembros de las dos comisiones reunidas. Los jefes de taller creen en la palabra dada: “Desde ese momento, el obrero, tranquilo, lleno de confianza, contando más con la humanidad y la buena fe del fabricante para la ejecución de la tarifa que con la legalidad del acto, se entregó con nuevo valor a su trabajo, que le daba la esperanza de su existencia y la de su familia”. (Bernard y Charnier). El mismo día, al finalizar la discusión, los jefes de taller y los compagnons desfilan ante la prefectura. Acogidos a los gritos de: “¡Viva el prefecto! ¡Viva nuestro padre!”, el prefecto les anuncia la firma de la tarifa; ésta es puesta en conocimiento del público, certificada por el prefecto y por el alcalde. Por la noche, los obreros de la seda

hacen iluminaciones en Saint-Georges y en la Croix-Rousse; su alegría es grande.

Pero la buena fe de los jefes de taller y de los fabricantes que se habían comprometido en octubre, hizo las cuentas “sin una cierta especie de fabricantes conocida desde hacía largo tiempo como verdaderos especuladores del hambre” (Bernard y Charnier).

Bouvier du Molart calcula en 104 sobre 1400 el número de los fabricantes que expresan solos al principio, su hostilidad a la tarifa. Esos 104 fabricantes saben que tienen el apoyo del ministro de comercio, conde d'Argout, y envían una memoria a la Cámara de Diputados, a fin de presentar las quejas de los “desgraciados fabricantes”. Acusan al prefecto, cuya “falta inmensa colocó a los industriales en una posición horrorosa” (la falta del prefecto fue ser humano). Los 104 concluyen declarando que la tarifa priva a la sedería de Lyon de la posibilidad de fabricar un tercio, quizás la mitad, de sus artículos: “Las autoridades deben cuidarse de tener reservas con qué alimentar a algunos millares de personas que se encontrarán casi sin pan a la entrada del invierno, porque se tiene la impresión de que no hay ningún medio de persuasión que pueda obligar a los manufactureros a continuar un tipo de fabricación que les arruinaría al cabo de cierto tiempo.”

Los 104 hacen anular a sus clientes una parte de sus pedidos y rehúsan otros. Declaran que los delegados patronales no aceptaron la tarifa más que “como una necesidad penosa y ante el temor de los excesos a que se entregarían las masas soliviantadas... Los delegados patronales que votaron la tarifa

cedieron a esas consideraciones morales y, así, *su libertad de juicio no era íntegra*". Agregan que la tarifa no fue debatida, sino votada a prisa y sin discusión. Los archivos departamentales del Ródano prueban lo contrario.

Desde la firma de la tarifa, los prud'hommes condenan a los fabricantes que se niegan a aplicarla. El conde d'Argout acude en ayuda de los 104. Da orden al prefecto Bouvier du Molart de decir que "la tarifa no tiene fuerza de ley, que no es más que un compromiso de honor". Entonces los prud'hommes no se creen ya con derecho a dar la razón a los obreros que reclaman la aplicación de la tarifa.

Con la amenaza de paralización de los telares los 104 esperan hacer cesar el movimiento en favor de la tarifa. Reúnen a los otros fabricantes. Esperan vencer la agitación obrera con el temor del hambre. Su esperanza se frustra.

La amenaza de los 104 es una de las causas inmediatas de la rebelión que va a estallar. Una rebelión espontánea, no una acción concertada. La violencia nació de las circunstancias.

El domingo 20 de noviembre de 1831 los obreros disponen una gran manifestación para el lunes. Ese día, los jefes de taller y compagnons no tienen el propósito de salir de la legalidad. El alcalde de la Croix Rousse asegura al prefecto y le promete que su faubourg quedará en calma. El prefecto cuenta con su popularidad entre los obreros.

En la mañana del 21 se forman grupos en la Croix-Rousse. Se envía un destacamento de la primera legión de la guardia nacional para dispersarlos: "No podía haberse elegido mejor,

dicen Bernard y Charnier, para cubrir los puestos y hacer vigilancia, que esta primera legión de la guardia nacional compuesta, en parte, por fabricantes. Se ponía así frente a frente a dos enemigos, cuyo menor gesto podía ser mal interpretado”.

Los guardias nacionales son acogidos a pedradas. El prefecto y el general Ordeneau son hechos prisioneros.

Al comandante de un destacamento de tropas que hacía intimaciones, los obreros le responden: “¡La tarifa o la muerte!” Por orden del general Roguet, al mando de la guarnición, los soldados abren el fuego.

Algunos jefes de taller, que pertenecían a la guardia nacional, dieron fusiles a los obreros. En número de unos cincuenta bajan por la Grand Cote, seguidos de varios centenares de obreros que llevan sables o puntales arrancados a los telares. Al final de la Côte encuentran guardias nacionales. Los obreros los desarman. Un puñado de hombres armados y resueltos bastan para tener en jaque a tropas numerosas.

Los soldados se batén blandamente. Sobre 12.000 guardias nacionales, apenas respondieron 1.200 a la convocatoria; los de la Croix-Rousse se unieron en parte a los obreros, y otros se dejaron desarmar sin oponer resistencia. Soldados de ingeniería se dejaron desarmar también por un grupo de insurrectos, entre los cuales había mujeres y niños. La infantería de línea vacila en disparar sobre los obreros. En ciertos barrios, los habitantes le son hostiles.

Por la noche de esa primera jornada, durante la cual

obtuvieron ventajas, los obreros ponen en libertad al prefecto Bouvier du Molart. En cuanto al general Ordeneau, lo retienen hasta que les sean restituidos en cambio los obreros presos.

En la madrugada del 22 los faubourgs de los Brotteaux y de la Guillotière envían a la Croix-Rousse un refuerzo de 500 obreros. Esta ayuda hace nacer la esperanza de una sublevación general. En los barrios obreros el trabajo cesó completamente.

La mañana del 22 los obreros de la Croix-Rousse, decididos a llegar a la ciudad, inscriben en su bandera: "Vivir libres trabajando o morir combatiendo." El general Roguet emplaza piezas de artillería con la mira hacia las cimas de la Grand Cote. Los obreros, en su marcha hacia la ciudad, encuentran tropas. Se entabla un combate. La insurrección se extiende a la Guillotière, a los Brotteaux, después, a la ciudad entera.

En la noche del 22 de noviembre hay millares de obreros en armas. El general Roguet ordena a sus tropas retirarse: el ejército abandona la ciudad batiéndose en retirada. A las 3 de la mañana, del 23, los obreros entran en el Ayuntamiento. Los tejedores combatieron con valor y con humanidad: "Cuando caen sus enemigos, los obreros toman sus armas y no causan ningún mal a los heridos..." "Los desdichados obreros, dice a Barón, eran encarnizados en el combate y generosos después de la victoria... En la plaza de los Cordeliers hacen huir a un destacamento de la guardia nacional, rodean a dos oficiales y los acompañan a su casa sin hacerles ningún mal. Se vio a mujeres de obreros, nuevas espartanas, vendar a los suyos en

el lugar mismo del combate, reanimar su valor y enviarlos de nuevo al fuego... Se advirtió que los más encarnizados o los más audaces de los obreros eran los más jóvenes; los niños levantaban las barricadas²⁹.

Los obreros prenden fuego a algunos depósitos; pero el robo y el saqueo son castigados con la muerte por los insurrectos; saqueadores sorprendidos en el hecho son fusilados. El recibo de una oficina de consumos es dejado en depósito en casa de un comerciante. Y el procurador general Duplan escribió al ministro de justicia: “La población tiene hambre y no saquea; se rebeló y no abusó de su victoria.”

Uno de los caracteres de las jornadas de noviembre fue el mantenimiento del orden, el respeto a las personas y a las propiedades que los obreros se dedican a asegurar. *Le Journal du Commerce* señala muchos actos de abnegación de los obreros. Los archivos municipales de Lyon poseen certificados de fabricantes que atestiguan que sus jefes de taller protegieron sus almacenes: “Jamás, dice Louis Blanc, en su *Histoire de Dix Ans*, estuvo la ciudad de Lyon mejor guardada que en esta asombrosa jornada del 23 de noviembre”.

El oficial legitimista Adolphe Sala³⁰ hace justicia a la humanidad y a la moderación de los combatientes: “Es preciso decirlo, el pueblo de Lyon, en 1831, se muestra tan generoso

29 Histoire de Lyon pendant les journées des 21, 22, 23 novembre 1831, contenant les causes, les conséquences et les suites de ces déplorables événements Lyon, Aug. Barón, éd. 1832, in 89 (Bibl. Nat., Lb. 51, 1074).

30 A. Sala, *Les ouvriers lyonnais. en 1834*, París, Hivert, 1834, in 89, p4g– 21 (Bibl. Nat., Lb. 51, 2179).

después de su triunfo, como terrible había sido en ese choque imprevisto... Nadie, después de la victoria, fue inquietado por su conducta, y la autoridad llamada mediadora no tuvo más que hacerse oír para ser obedecida”.

Los obreros son dueños de la ciudad; pero la unión que constituyó la fuerza de la insurrección no sobrevivió a la victoria. Jefes de taller y compagnons unidos en el combate, se oponen ahora.

El 23, un pequeño grupo, dirigido por Lacombe y compuesto sobre todo de voluntarios del Ródano (formados militarmente desde el comienzo de 1831), y también de pequeños burgueses republicanos, quiere sustituir por una autoridad nueva la autoridad oficial: se instala en el Ayuntamiento, proclama en murales que “Lyon, gloriosamente emancipado por sus hijos, debe tener magistrados de su elección, cuyo hábito no esté manchado con sangre de sus hermanos... Soldados, habéis sido extraviados, venid con nosotros. El arco iris de la verdadera libertad brilla desde esta mañana en nuestra ciudad.” Proclama sin eco, ese gobierno insurreccional es tan efímero como la república proclamada el 22 en la plaza des Célestins por M. a Périer.

Los jefes de sección de los obreros de la seda se escandalizan por esas dos tentativas; creen necesario afirmar los sentimientos de lealtad de la población laboriosa de Lyon: “En los acontecimientos que acaban de ocurrir, las insinuaciones políticas o sediciosas no tienen ninguna influencia. Somos enteramente devotos de Luis Felipe, rey de los franceses, y de la Carta constitucional.” El conjunto de la población no tiene

ningún preconcepto político. El movimiento de noviembre de 1831 fue puramente corporativo: sus artesanos siguen fieles a la monarquía, si ésta les permite “vivir trabajando”.

Los jefes de taller, que fueron jefes de la insurrección, no piensan más que en aproximarse a las autoridades legales. Y eso les es tanto más fácil cuanto que el prefecto es un buen hombre que busca sinceramente el medio de aliviar “nuestro desdichado estado de sufrimiento”. Por ello, será castigado dejándolo en disponibilidad.

El 24, los jefes de sección formaron un gobierno provisional, diferente del gobierno insurreccional del 23, que menos por su personal que por su estado de ánimo, y de acuerdo con el prefecto, será dueño de Lyon hasta los primeros días de diciembre: asegura el orden en lugar de la gendarmería y de la policía, que desaparecieron tan rápidamente como el ejército. Los hacen volver.

El alcalde, Prunelle, desaparecido también, vuelve para emitir una proclama: “Únicamente pérvidos consejos pudieron extraviar a un gran número de entre vosotros. La paz iba a aumentar la masa de trabajo y vuestros salarios se hubiesen elevado más allá de vuestras esperanzas.”

Los obreros de la Croix-Rousse reclamaron una indemnización de 7 millones para las víctimas de esas jornadas y para los obreros necesitados. Se les prometió 100.000 francos. Cuando el 26 de noviembre van a reclamarlos a la alcaldía, la gendarmería dispersa a esos manifestantes indiscretos.

Los obreros vuelven pacíficamente a su casa; el procurador general escribe al ministro de justicia: “Esa masa armada parece dispuesta a volver a sus talleres, si se les asegura trabajo.”

El alcalde reúne a los representantes de los fabricantes y de los obreros, a fin de revisar algunos artículos de la tarifa: “*la cual fue redactada con precipitación*” Es un primer paso hacia la anulación de la tarifa. El mariscal Soult llega a punto para afirmar que la tarifa es contraria al párrafo 14 del título 3 de la ley del 22 Germinal año II. Sin duda los convenios hechos de buena fe entre los obreros y los empleadores serán cumplidos, pero, en esa circunstancia, prefecto y prud’hommes cometieron el error de “inmiscuirse en las disputas entre los fabricantes y los obreros de la ciudad de Lyon”. Así, apoyando su autoridad con el derecho, el mariscal declara el 7 de diciembre “que las tarifas relativas a la fabricación de telas de seda y cintas son nulas”.

Al mismo tiempo, el gobierno toma precauciones para el porvenir. El conde d’Argout, el 17 de diciembre, recomienda a los prefectos servirse de los artículos 414 y 416 del código penal, para reprimir las peticiones ilegales de los obreros a las autoridades, en su reclamo de aumentos de salarios; porque es contrario a las leyes que los obreros celebren reuniones con ese fin y nombren jefes y delegados. La ley del 14 de junio de 1791 no autoriza, para la profesión entera, convenios obligatorios entre patronos y obreros. Cada individuo es *libre* de convenir a su manera: hay que defender esa libertad individual, ese debate libre. Es la competencia la que fija las tarifas de los salarios. La administración no tiene derecho a

intervenir. Los trabajadores, jefes de taller, compañeros, quedan frente a frente y sin árbitro, con los fabricantes.

El gobierno, como temió que la insurrección de Lyon se propagara, puso bajo las órdenes del conde Roguet todo un ejército pronto a sitiarn la ciudad. El 27 de noviembre una delegación de la municipalidad fue a pedir al conde Roguet que volviera a entrar en Lyon. Pero él espera la llegada del príncipe de Orleans y del mariscal Soult.

El 19 de diciembre de 1831 Casimir Périer dirige una circular a los prefectos para recordarles las funciones de la guardia nacional: “Cuando el legislador entregó armas a los ciudadanos, quiso armar la propiedad, la libertad regular y la industria, contra todo lo que pudiera amenazarles.”

Con una magnífica ingenuidad Bouvier du Molart proclama que la llegada del príncipe de Orleans es “el arco iris que anuncia el fin de la tempestad”. El 3 de diciembre el príncipe hace su entrada en Lyon, al frente de 20.000 soldados y de 150 cañones.

Llamado a París, Bouvier du Molart sostuvo que la tarifa fue la causa de las perturbaciones sólo porque fue violada. Debe responder *de su debilidad, de su opinión preconcebida*. Es responsable: sus faltas permiten a Casimir Périer hallar una explicación a la insurrección y satisfacer un viejo rencor: el prefecto ¿no había tenido la audacia de oponerse a la construcción del palacio de justicia en el barrio de Perrache, donde Casimir Périer posee terrenos? Dblemente culpable, es destituido.

Las jornadas de noviembre tienen por epílogo 90 arrestos. En el proceso de Riom, que tuvo lugar del 5 al 22 de junio de 1832, los 11 procesados fueron absueltos en medio de un gran entusiasmo.

Los acontecimientos demostraron a los trabajadores que no debían contar más que consigo mismos. “Hasta la insurrección de Lyon, en noviembre de 1831, escribió justamente O. Festy, la cuestión obrera, bajo su forma económica o bajo su forma política, no se había impuesto ni a la atención de los poderes públicos ni siquiera, con alguna generalidad, a la atención de los obreros..., les faltaba el sentimiento mismo de su comunidad de intereses desde el punto de vista simplemente corporativo lo mismo que desde el punto de vista social³¹.”

Las clases laboriosas meditarán las palabras pronunciadas por el ministro Casimir Périer: “Es preciso que los obreros sepan bien que no hay para ellos más remedios que la paciencia y la resignación.”

Durante el año 1832 la organización obrera se desarrolla en ciertos gremios.

Los reglamentos de tres asociaciones obreras revelan el espíritu que anima al movimiento en esa fecha: el reglamento de los obreros tejedores, el de la unión de los doradores de París y el de los obreros sastres.

El 14 de octubre, de 1832 los obreros tejedores de París fundan la Sociedad de Unión Fraternal y Filantrópica. En

31 O. FESTY, Le mouvement ouvrier, pág. 79.

realidad, existen dos sociedades distintas, una sociedad de socorros mutuos, y una sociedad de resistencia: la Sociedad de Unión Fraternal prevé, en caso de rechazo de las tarifas por los fabricantes, una indemnización de diez francos a cada asociado sin trabajo.

El 19 de diciembre de 1832 los obreros sastres de París dan a su Asociación Filantrópica una nueva constitución.

Los sastres fueron los primeros en calcar su reglamento sobre la organización de la Sociedad de los Derechos del Hombre: cada sección consta de 20 miembros a lo sumo, un jefe, un subjefe y tres cabezas de grupo (*quinturiones*). Cada serie consta de 5 a 9 secciones. La Sociedad Filantrópica concede socorros por enfermedad y auxilios a los socios sin trabajo.

La forma de sociedad filantrópica de los obreros sastres es adoptada, por las mismas razones de prudencia, también por los doradores de París; definen su unión como “una sociedad progresista e imperecedera, compuesta de obreros grandes y poderosos por el conocimiento que adquirieron de la dignidad del hombre que trabaja para vivir y hacer vivir a los que no trabajan. Teniendo conciencia de que el industrial proletario es el hombre más útil, pusieron a este último en el primer grado de la escala social, haciéndole aceptar las condiciones siguientes. El reglamento tiene por objetivos: la fijación del precio y de la duración de las jornadas, la prohibición del trabajo a destajo y del trabajo por año. No se debe trabajar por año para ninguno de los empresarios del dorado y la pintura, porque “la dignidad del obrero del siglo XIX no le permite ser el

muy obediente servidor de otro". El año 1832 es considerado como el primer año de la renovación industrial de los doradores.

Pero la manifestación más significativa del estado de ánimo de las clases laboriosas es la que relatan *Le Précurseur* del 22 de noviembre de 1832 y *L'Écho de la Fabrique* del 9 de diciembre, o sea la petición dirigida a la Cámara de Diputados por los obreros de París: "La revolución de 1830 fue obra del pueblo; sin embargo, su victoria le aprovechó poco hasta aquí; las reformas no tuvieron interés inmediato para el pueblo de los talleres y de las chozas que forman el 29/30 por ciento de la nación".

Esta petición de los obreros de París es la consecuencia de otras peticiones, de las cuales, la más curiosa, es la del 3 de febrero de 1831, de Charles Béranger³², proletario, obrero relojero, que define al pueblo así:

Aquí entiendo por pueblo todo el que trabaja, todo el que no tiene existencia social, todo el que no posee nada: vosotros sabéis que quiero decir los proletarios. Habéis oído hablar de ellos; no lo dudo; hicieron mucho ruido en el mundo desde hace cierto tiempo, y ante todo el 28 de julio. ¡Oh!, ese día, yo estaba en la calle, sé algo; no estaban llenas las calles más que de esas gentes... En la primera semana del mes de agosto de 1830, se dijo con razón: Sois el primer pueblo del mundo. ¡Ah, señores!, las buenas

³² *Pétition d'un prolétaire à la Chambre des députés*, par Charles Béranger, prolétaire, ouvrier horloger, rue du Pont-aux-Choux, N° 21, impresa por *Le Globe* del 3 de febrero de 1831, París, Tastu, 1831, in 8?, 16 págs.

gente creyeron eso, y sabéis que estaban pagados para creerlo; yo hice como ellos; creyeron que iban por fin a poner en la olla el pollo que se les prometía desde hacía tanto tiempo. Se repetía en toda oportunidad a esos pobres proletarios: Sois el primer pueblo del mundo... Permitidme que lo repita; yo no soy más que un proletario, y necesito indulgencia...

Ved a ese otro proletario, Cristo el galileo, que predicaba la igualdad y la fraternidad..., transformó el orden establecido..., fue en una palabra el mayor perturbador que se haya visto jamás..., ¿qué ocurriría, ¡buen Dios!, si alguno de esos miserables tuviese la ocurrencia de querer hacer como hicieron Espartaco y Cristo? Juzgad qué desastre habría si repentinamente los pobres, los obreros, los agricultores..., en lugar de ser aplastados bajo el peso de 15 horas de trabajo excesivo, cuando tienen la suerte de trabajar, encontrasen que podían dedicar cada día un cierto tiempo a la adquisición de cultura, al desarrollo de su inteligencia; si, en lugar de pasar sus domingos y sus momentos de descanso en la taberna, embriagándose como los alemanes o boxeando como los ingleses, pudiesen asistir a cursos elementales, adquirir conocimientos por medio de los cuales el trabajo se volvería más productivo y menos penoso; juzgad qué desgracia. No, no lo toleraríais, y tendríais razón.

Carezco de elocuencia. Pero notad bien que, si no tengo elocuencia, tengo hijos, una mujer, una madre también. Sin embargo, desde hace seis meses, perdí el hábito, del trabajo. No obstante, la mujer, los hijos, la madre y yo

mismo no perdimos el hábito de comer. A decir verdad, no lo hemos ensayado todavía, pero eso vendrá: en algunos días no tendremos recursos pecuniarios... Me cuesta bromear cuando pienso que pronto oiré gritar en mis oídos "pan" y me hallaré en la imposibilidad de darlo...

Liberales..., reunidos en el día del peligro, ricos y proletarios, ociosos y trabajadores, todos estuvieron asociados, impulsados hacia un fin común, todos tenían fe en su dios, la libertad. Dios poderoso que crea prodigios para la destrucción de un orden de cosas envejecido; pero, después de la victoria, cuando se trató de construir un edificio nuevo, jadeantes, agotados, inseguros, reunieron apresuradamente algunos restos humeantes todavía.

Cada cual trató de hacerse un pequeño nicho: los más felices reunieron algunas vigas y trozos de columna, se apoderaron de algunos tabiques, se parapetaron allí, y el gran número, todos nosotros, proletarios, quedan al aire libre, sin abrigo sin vestido, sin puchero, bien pronto sin pan... Estábamos fuera bajo la lluvia, en la nieve, nos quejábamos: los hombres de dentro, que estaban provistos, bien nutridos, bien abrigados, nos oyeron; y al ver que llorábamos, que nos desesperábamos, tuvieron piedad de nosotros y nos dijeron: ¡Pobres gentes! Tenéis hambre y frío, tened paciencia, que nosotros tenemos una receta para vuestros males; y dicho eso, se pusieron a danzar, a reír, a regocijarse; se ataviaron, bebieron y comieron bien; después, por la ventana, nos arrojaron alguna moneda menuda y algunas migajas, prometiéndonos volver a comenzar el año próximo.

Las masas obreras, en ese año de 1832, no se limitan ya a expresar sus decisiones: en Francia, como en Gran Bretaña, comienzan a organizarse.

Este comienzo de organización, subrayémoslo, es debido en gran parte a la insurrección de 1831 en Lyon, como lo muestra Fernand Rude en su hermoso libro sobre *Le Mouvement ouvrier à Lyon de 1827 a 1832*. Las jornadas de noviembre suscitaron entre los republicanos la primera manifestación real de simpatía hacia “aquellos que habituaron sus brazos a trabajar y sus cerebros a razonar” y, entre los obreros de Lyon mismo, el primer movimiento de solidaridad interprofesional.

Y la *resonancia* internacional del acontecimiento se hizo sentir en toda Europa. Gracias a los obreros tejedores de Lyon, se impusieron por primera vez a “la atención de todos, las reivindicaciones obreras fundamentales, y en especial, esa idea de que todo hombre debe tener la posibilidad de trabajar y que el trabajo debe alimentar al hombre”.

IV. LA RUE TRANSNONAIN (1833–1834)

Los sufrimientos de todos, más todavía que los sufrimientos individuales de cada uno, nos habían agrupado...

JULES LEROUX, Obrero tipógrafo, 1833.

En los primeros meses de 1833 la opinión pública no es hostil a las reivindicaciones obreras. Todo lo contrario. Nada revela mejor ese estado de ánimo que el modo como son acogidos, en mayo de 1833, la huelga de los mineros de Anzin, llamada el motín de los veinte céntimos, y el juicio del tribunal. El presidente del tribunal de Valenciennes, Lecuyer, recuerda la buena conducta de los acusados, la antigua y profunda miseria de esos obreros valerosos y cargados de familia; antes de dar su fallo, se dirige a los mineros:

La mayor parte de vosotros vais a ser puestos en libertad; todos sin embargo no estáis exentos de reproches; pero los motivos de indulgencia para los culpables fueron, en la duda, motivo de absolución para vosotros... Todas las

autoridades formulan votos sinceros por el mejoramiento de vuestro destino; la voz de la humanidad no tardará en hacerse comprender; los ricos propietarios de las minas no pueden ser vuestros tiranos, no, no pueden serlo, les está reservado un título más digno; no dejarán a otros el mérito de volverse bienhechores.

Las palabras del presidente del tribunal de Valenciennes reflejan un estado de ánimo bastante generalmente difundido. ¿Qué acontecimientos van a llevar, un año después, a la opinión pública a la aceptación indiferente de las matanzas con las que, en Lyon y en París, se reprimen las jornadas de abril de 1834?

I

Bazard y Enfantin, como Blanqui, comprendieron durante las jornadas de julio, que “la clase más numerosa de la sociedad, la de los proletarios, el pueblo en una palabra, había vencido”; pero que las Tres Gloriosas “no merecían el nombre de revolución, porque nada fundamental ha cambiado en la organización social actual”.

Visión clara, pero de influencia limitada. En 1831 los saintsimonianos tratan sin éxito de atraerse a los obreros. Confían a Fournol y a Claire Bazard una enseñanza especial, el *grado de los obreros*. Los archivos saintsimonianos conservan una correspondencia con los obreros sastres, sombrereros,

zapateros nue concurren a los cursos; en esos adeptos “el desencanto seguía de cerca al entusiasmo”. En provincias, los misioneros saintsimonianos entran como obreros en los talleres. Pero la influencia saintsimoniana no es perceptible, salvo quizás en Lyon, donde un periodista de esta tendencia funda *L'Écho de la Fabrique*.

Este periódico emplea frecuentemente fórmulas saintsimonianas y expresa, el 26 de agosto de 1832, “el reconocimiento de las clases laboriosas a los saintsimonianos por haber dirigido las ideas del siglo hacia las necesidades y mejoramientos de la clase proletaria”. En realidad, las referencias al saintsimonismo recuerdan las que los periódicos obreros hacen de Fourier y de las teorías societarias: son un homenaje, no la manifestación de una influencia profunda.

La influencia saintsimoniana no se ejerció directamente sobre las clases laboriosas; pero dos discípulos disidentes de la escuela, Pierre Leroux y Buchez, fueron los primeros en promover tendencias socializantes en el espíritu de los republicanos hasta allí puramente preocupados por los problemas políticos.

Después de haberse separado de la escuela, y de haberse afiliado a la Sociedad de los Amigos del Pueblo, Buchez organiza cursos a los cuales asisten obreros; su periódico *L'Européen* (1831–1832 y 1835–1838) tiene por lectores, entre los obreros y artesanos de París, sobre todo a los tipógrafos; pero es leído también en Lyon por los redactores de *L'Écho de la Fabrique*. En 1837 los obreros impresores, lectores de *L'Européen*, publican una edición popular de los Evangelios.

Entre esos fieles se reclutan en 1840 los redactores de *L'Atelier*, que se inspiraba en las teorías de Buchez.

Buchez tuvo, pues, influencia directa sobre ciertos ambientes de artesanos parisienses. De él reciben la teoría de la asociación obrera de producción, aplicada en 1834 por los obreros joyeros en dorado.

Desde diciembre de 1831, en un artículo sobre *Los medios para mejorar la condición de los asalariados de las ciudades*, Buchez desarrolla sus ideas sobre la asociación obrera de producción. Los artesanos u obreros libres, cuyo principal capital es la habilidad técnica, no tienen necesidad más que de instrumentos de trabajo que no exigen grandes capitales en dinero. Esos obreros-artesanos deben organizarse en asociaciones obreras que dispongan de un capital social, *perpetuo e inalienable*, formado por 1/5 de los beneficios que realizan los obreros asociados convertidos en verdaderos empresarios. La inalienabilidad del capital debe impedir que éste se convierta, en manos de los asociados originarios, en un medio de explotación.

Estas asociaciones obreras han de quedar libres, no deber ni pedir nada al Estado. Al contrario, para los obreros de las fábricas, “que son, dice Buchez, los verdaderos rodajes de una máquina”, la intervención del Estado es necesaria.

Síndicos, nombrados por delegados de los obreros y de los fabricantes y presididos por un representante del Estado, tendrán por función ocuparse del empleo, de las cajas de socorros, del juicio de todos los conflictos, pero sobre todo de

fijar la tarifa de los salarios: ningún obrero podrá aceptar un salario inferior al de la tarifa general.

Buchez admite la intervención del Estado en las asociaciones obreras en un solo punto. Prevé Bancos del Estado que proporcionarán crédito a las asociaciones obreras de producción.

Pierre Leroux, regente de imprenta durante la Restauración, fundador del *Globe* que ofrece a los saintsimonianos, después director de la *Revue Encyclopédique*, es llamado en 1833, con su colaborador Reynaud, por la Sociedad de los Derechos del Hombre, para desempatar frente a los jefes republicanos divididos sobre el credo a adoptar; es él también quien redacta el manifiesto sobre la educación publicado por la Sociedad de los Derechos del Hombre.

Es un espíritu nebuloso; pero no hay humo sin fuego. El práctico Sainte-Beuve no habría perdido su tiempo en escuchar a Pierre Leroux si no hubiese podido sacarle provecho: "Leroux tiene siempre ideas nuevas; ¡es mi vaca lechera!" Su influencia, innegable entre los republicanos y los reformadores, se debe sin duda a los contornos vaporosos de sus doctrinas tanto más fáciles de adoptar cuanto que, en ese arco iris, se puede elegir el matiz oportuno. Se explica más todavía por la simpatía inmediata que suscitan su ingenuidad y su generosidad física. En el retrato que traza de él Martin Nadaud, supo descubrir el secreto de esa simpatía: pinta a Pierre Leroux sacudiendo su inmensa melena y hablando con un calor radiante y una llama que sus ojos comunican a todos los oyentes. Puesto que los ideólogos son tan a menudo

avaros, Pierre Leroux encuentra muy natural que “los que tienen den a los que no tienen”; y da él también, con prodigalidad, lo que tiene, las ideas que brotan de un pensamiento siempre en movimiento. Esta generosidad natural y verbal le permitió ejercer una influencia segura sobre la evolución de la doctrina republicana; hizo penetrar en el espíritu de éstos y principalmente en el de Cavaignac, la idea de que, para ser una realidad viviente, la república debe ser social: “la verdadera república, es el socialismo. Querer que triunfe la república en Francia sin el socialismo, es absurdo.”

La doctrina republicana se transforma. Frente a los antagonismos personales entre sus jefes y los conflictos de tendencias, el partido republicano se esfuerza por realizar su unidad doctrinal. En *La Propagande républicaine au début de la Monarchie de Juillet*, Gabriel Perreux analizó, con una gran riqueza de documentación, los aspectos tan diversos de esta propaganda cuyo vigor prueba la vitalidad del partido republicano. Éste tenía entonces una juventud que daba a su acción y a sus convicciones un ardor y una frescura admirables.

Los republicanos de 1833 y de 1834 –porque se reclutaban entre hombres muy jóvenes– no temieron ir hacia los trabajadores de todo corazón y sin pensamiento preconcebido. Esta franqueza de acento explica las simpatías que encontraron. Los obreros son atraídos por ese ardor sincero, y esas simpatías llevan gran número de obreros a las secciones de la Sociedad de los Derechos del Hombre. Ciertas secciones están compuestas exclusivamente por trabajadores. En otras, cuyos efectivos son más diversificados, el contacto personal crea, en el seno de la sección, una intimidad, una amistad entre

los obreros y los jóvenes republicanos, estudiantes, médicos y abogadas jóvenes. Este contacto contribuye, más que ninguna otra influencia, a la evolución de la doctrina republicana.

La anécdota que cuenta Martin Nadaud en sus *Mémoires de Leónard* es significativa:

Corrío en nuestros días, se vendían les periódicos en las calles. Todas las mañanas, se me pedía en la sala del tabernero que leyese en voz alta Le Populaire de Cabet. Un joven estudiante de medicina, llamado Macré, se acercó a mí una mañana. Me felicitó por el tono y el modo enérgico con que leía ciertos pasajes. Volvió luego varias veces a oírme. Era la primera vez que un burgués me daba la mano, y confieso que me sentí muy halagado. Me preguntó si quería entrar en la Sociedad de los Derechos del Hombre, a la cual pertenecía. Vio inmediatamente en la respuesta que yo era republicano. Se preparó la cita, y el joven estudiante nos introdujo en su sección, que estaba situada en la rue des Boucheries Saint-Germain, con dos de mis camaradas. Se nos acogió con el más caluroso entusiasmo. Desde que recibí mi bautismo, me parecía que no podría jamás ser bastante temerario ni bastante audaz para ganar la confianza de esa juventud republicana consagrada a los intereses de Francia y a los del pueblo.

Así la transformación del partido, como la transformación de la doctrina republicana misma, es debida a la adhesión de las corporaciones obreras. Una corriente de simpatía mueve, unos hacia otros, a republicanos y trabajadores.

Esta evolución de la doctrina republicana se cumple por etapas.

La formación de los republicanos era, ante todo, política. La tradición jacobina domina a la Sociedad de los Amigos del Pueblo. La mayor parte de los republicanos comparten el eclecticismo de Cavaignac que, en su discurso sobre la asociación, cita, sin señalar preferencias, “la *Revue Encyclopédique* (Pierre Leroux), *L'Europeen* (Buchez), Fourier, los saintsimonianos...”

Durante los dos primeros años de la monarquía de Julio, los republicanos “no fueron todavía francamente hacia los obreros” (Gabriel Perreux). La Sociedad de los Amigos del Pueblo, no contaba sino con pocos obreros entre sus afiliados.

La primera manifestación de simpatía real es provocada por la insurrección de Lyon. En diciembre de 1831, la Sociedad de los Amigos del Pueblo publica, entre sus manifiestos, un folleto: *La Voix du Peuple*.

El autor del folleto³³ hace el elogio de “esos hombres que habían escrito sobre la bandera negra, a cuyo alrededor se agrupaban: *Vivir libres trabajando o morir combatiendo*, sublime expresión del buen sentido de la Francia civil y del coraje de la Francia guerrera reunidas. En Lyon, que pasó de manos de los obreros a manos de las tropas reales, queda todavía por resolver la cuestión de la tranquilidad. Queda con esa clase de obreros que no se podrá exterminar; que

33 *La Voix du Peuple*, folleto publicado por la Société des Amis du Peuple (Bibl. Nat., Lb. 51, 1113).

conservarán sus necesidades y su miseria; siempre prontos a gritar para pedir pan, siempre dispuestos a moverse cuando la fiebre llegue a importunar a su estómago vacío”.

La insurrección de Lyon no es más que la manifestación parcial de un mal generalmente experimentado: “Por otra parte, no es sólo en Lyon donde se tiene hambre. Por todos lados no se oía más que un murmullo: Más valdría hacerse matar de un bayonetazo que vivir tan miserablemente. En todas las ciudades trabajadoras existen los mismos hombres, hay una inquietud semejante. Las mismas circunstancias, si no están presentes, son probables en todas partes. Se ve en esa insurrección de una ciudad la manifestación parcial de un mal generalmente sentido.”

¿Cuáles son, pues, las causas por las que los ciudadanos, que deberían estar unidos en un interés común de libertad y de felicidad, están desunidos? “La sociedad, por la acción de las leyes, hizo caer en bloque, en manos de algunos, las riquezas que debía desmenuzar incesantemente para que llegase a cada uno una partícula. Los unos poseen; los otros se resignan o bien se rebelan.”

De ahí la guerra civil: “Se lucha por un lado para derribar lo que se llama privilegios; por otro, para mantener lo que se llama derechos adquiridos...”

La penuria de las clases laboriosas existe –es un hecho– y sin embargo no se explica: “Las fuentes de la producción ¿están agotadas para todo el mundo? No. Nuestros campos no se han vuelto infecundos; las máquinas de la industria no han cesado

de fabricar; pero su parte en todo ello es mezquina. Ciertamente muy bien podían dedicarse a la organización de esta sociedad que parece no haber hecho nunca al rico bastante rico, al pobre bastante pobre.”

La organización social es responsable de la penuria de las clases laboriosas: “El beneficio del trabajo debe volver al trabajador. No más hombres que sirvan de instrumento a otro hombre...”

Y el folleto republicano define a “los proletarios: aquellos que habituaron sus brazos a trabajar y su cerebro a razonar, los proletarios de hoy quieren vivir libres trabajando”.

Los acontecimientos de Lyon llevaron al autor del folleto de los Amigos del Pueblo a expresar ideas que se convertirán en 1833 en los temas habituales de la Sociedad de los Derechos del Hombre.

Unos meses después de la publicación de este folleto, se encuentran algunas corporaciones obreras entre los republicanos, en los funerales del general Lamarque, donde tintoreros, cerveceros, impresores, desfilan, con los estandartes al frente, al lado de la Sociedad de los Amigos del Pueblo. Ésta desaparece a consecuencia de las jornadas de junio de 1832; pero la organización republicana se reconstruye alrededor de la Sociedad de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

El 20 de diciembre de 1832 esta segunda sociedad cuenta 750 adherentes, mientras que la Sociedad de los Amigos del Pueblo no había podido reunir más de 300. Cifra que va a

elevarse pronto a varios millares de miembros. Tal desarrollo se debe esencialmente a la afiliación de los obreros.

La asociación republicana se transforma a fin de atraer a un mayor número de trabajadores; da a sus secciones un carácter profesional. Bien pronto centenares de secciones se compondrán exclusivamente de obreros de ciertas categorías. Las secciones “La Montaña” y “Lebas” son formadas casi completamente por obreros sastres; las secciones “Cinco y Seis de Junio, Mucius Scoevola, Paz a las Chozas”, por obreros zapateros; la sección “Fleurus” del distrito 69, es compuesta por torneros y picapedreros. La sección “Libertad de Prensa” comprende, sobre todo, empleados de comercio; las secciones 2 y 5 del primer distrito, obreros carroceros. Así la Sociedad de los Derechos del Hombre cambia su organización como para formar secciones de un solo oficio, en las que los miembros se encuentran “unidos por un lazo más íntimo”. La sociedad da a sus adherentes socorros en casos de enfermedad y de desocupación. Otra asociación republicana, la Asociación Libre para la Educación del Pueblo, colabora en esa tarea creando cursos para alumnos que se reclutan entre los obreros: 2.500 en julio de 1833 siguen 46 cursos.

Por su lado, la Asociación para la Libertad de Prensa organiza un movimiento semejante al de Hetherington y los demócratas obreros en Gran Bretaña.

Las asociaciones republicanas difunden millares de folletos en París y en provincias: seis millones de impresos en un lapso de tres meses. Se trata de poner periódicos y folletos al alcance de todos los bolsillos. *Le Populaire* de Étienne Cabet cuesta 9

francos por año. Las asociaciones hacen circular libros, periódicos, folletos entre los afiliados.

En septiembre de 1833, la Sociedad de los Derechos del Hombre elige un nuevo comité y le encarga la redacción de una *Exposición de los principios republicanos de la Sociedad de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*. El comité se esfuerza por agrupar a todos los miembros del partido en torno de un programa único; adopta los principios de la declaración de los derechos presentada a la Convención por Robespierre. El manifiesto provoca críticas apasionadas y aprobaciones entusiastas.

En realidad, lo que unifica en 1833 al partido republicano no son las exposiciones escritas ni las declaraciones verbales, es “ese ímpetu, ese entusiasmo que le llevan hacia el pueblo” (G. Perreux).

Todo es escrito, hablado, hecho por él... Se podría decir que en ese año 1833, la Francia obrera y republicana conoció uno de esos instantes de fraternidad tan raros en la historia del siglo XIX. Los trabajadores responden al llamado de los republicanos con un impulso y un ardor admirables. Condenada *La Tribune* en noviembre de 1833 a una fuerte multa, se abrió una suscripción para pagarla, y las suscripciones modestas que llegan en gran cantidad proceden de las corporaciones obreras, de sastres, impresores, joyeros, curtidores, sombrereros y zapateros.

II

Digamos a los señores patronos impresores: ¡No deseamos vuestras fortunas ni vuestros placeres! No, sino un salario capaz de proporcionarnos un lecho modesto, un alojamiento al abrigo de las vicisitudes del tiempo, pan para nuestros días de ancianidad; y vuestra amistad a cambio de la nuestra. ¿Por qué no habríamos de reunirnos para hablar pacíficamente de nuestros asuntos, de la existencia de nuestras familias y de los intereses de nuestra industria?

He aquí cómo justifican, el 26 de mayo de 1833, los obreros impresores y tipógrafos de Nantes la creación de su Asociación Tipográfica, destinada a organizar una Caja de Socorros Mutuos y de Previsión. Ésta dará a sus adherentes socorros en caso de enfermedad, de accidente y de vejez, viáticos a los obreros obligados a partir de Nantes, y apoyo a todo miembro despedido de una imprenta por no haber querido aceptar modalidades contrarias a las existentes. En julio, agosto y septiembre, la Asociación, por una interrupción concertada del trabajo, obliga a los patronos de imprenta a restablecer el precio antiguo, a firmar una tarifa y a volver a tomar los obreros despedidos. La Asociación pudo proporcionar socorros regulares a los obreros durante la huelga.

La Asociación Tipográfica es, pues, a la vez una sociedad de socorros mutuos y una sociedad de resistencia. Sobre este tipo se forman, durante la primavera y el verano de 1833, en diversos gremios, sociedades filantrópicas y fraternales.

En octubre de 1833 los obreros tipógrafos de Lyon y de Burdeos van a seguir el ejemplo de los obreros de Nantes.

A comienzos de 1833 se produce un alza sensible de los salarios. Y, paralelamente, tanto en París como en las provincias, hay un progreso en el desarrollo de la organización obrera.

Se constituyen la Sociedad Fraternal de los Obreros en Papel Pintado, la Sociedad de Impresores, la Bolsa Auxiliar de los Fundidores, la Sociedad Filantrópica de los Obreros Ebanistas del Faubourg Saint-Antoine.

En el verano y el otoño de 1833 surgen coaliciones un poco diseminadas: sastres y picapedreros de París, refinadores de azúcar de París, zapateros de Calais, cerrajeros y mecánicos de París, mecánicos y cerrajeros de Caen, 4.000 peones carníceros, joyeros, caldereros, fabricantes de clavos, guanteros, etc. Estas coaliciones tienen por objeto ya sea un aumento de salarios, ya una reducción de la jornada de trabajo.

El 4 de septiembre de 1833, 5.000 obreros carpinteros de París van a la huelga. Se llega a un entendimiento entre las dos sociedades del compagnonnage para pedir 4 francos como precio mínimo de la jornada de trabajo. Se llega a un acuerdo, cuya copia es depositada en la Sociedad de Patronos Impresores y en la prefectura de policía.

Los obreros cofreros embaladores se reúnen el 29 de septiembre en la Barrière des Amandiers. Reclaman la reducción de la jornada de trabajo a 11 horas en verano y a 10

horas en invierno, el establecimiento de una tarifa, la creación de una caja destinada a socorrer a los obreros sin trabajo. Los patronos están divididos. Algunos aceptan esas condiciones. Pero otros denuncian la coalición obrera al procurador del rey. Los arrestos ponen fin a la huelga.

Con los obreros de la porcelana de Limoges, los sastres, los zapateros y los obreros impresores, nos encontramos en presencia de un movimiento más vasto, y la propagación de ese movimiento a través de Francia es un hecho nuevo. Los obreros de la porcelana de Limoges, en septiembre, reclaman un aumento del 20% e interrumpen el trabajo durante seis semanas. Su unión, una sociedad secreta, está en relación con los obreros de la porcelana de Vierzon y de París. A comienzos de noviembre, se instala en París una oficina central, en la rue Popincourt 34. Esa oficina recibe cotizaciones de los obreros en porcelana de las provincias. La oficina de París y la Unión de Limoges, en diciembre, estimulan a la huelga a los obreros de la porcelana de Vierzon.

Los obreros sastres de París tenían tres asociaciones, que se fusionaron en septiembre de 1833. En octubre, Grignon, obrero sastre y miembro de la Sociedad de los Derechos del Hombre, define las tendencias del movimiento en *Las reflexiones de un obrero sastre sobre la miseria de los obreros en general, la duración de la jornada de trabajo, la tarifa de los salarios, las relaciones actualmente establecidas entre los obreros y los patronos de taller, la necesidad de las asociaciones de obreros.*

En espera de un gobierno popular que alivie la extrema

pobreza a expensas de la extrema opulencia, por un mejor sistema de impuestos y una sabia organización del trabajo, unámonos para estrechar los lazos de la fraternidad; para proporcionar socorros a los más necesitados, para fijar nosotros mismos el máximo de la jornada de trabajo y el mínimo del salario de ia jornada.

La frase importante del folleto de Grignon es ésta: “*Llamamos a nuestros hermanos de otros gremios* para que sigan nuestro ejemplo; entonces será preciso que el patrón acepte la ley del obrero.” Grignon reclama un salario que permita al obrero vivir, una duración del trabajo que le permita instruirse, conservar la salud y mantener relaciones de independencia y de igualdad entre patronos y obreros.

Este llamado a la solidaridad obrera es uno de los primeros que se formularon claramente. Grignon propone la constitución de una comisión permanente destinada a recibir las quejas y proposiciones, a tomar las iniciativas necesarias y a relacionarse con las otras uniones. Esa comisión provocará el nombramiento de un comité central de las asociaciones obreras, un comité organizado para obrar sobre y por todos los oficios.

Grignon es republicano, considera que la acción corporativa debe proseguir paralelamente con la acción política.

Los patronos sastres se ponen de acuerdo para rechazar todo aumento de salario; nombran una comisión de 10 miembros y le dan la misión de obrar por todos los medios legales. El 29 de octubre, 300 obreros sastres se reúnen en la Barrière du Maine

y deciden sostener a los obreros privados de trabajo por negarse a laborar en condiciones inferiores a las determinadas por la Sociedad Filantrópica. Ésta quiere crear un establecimiento que venderá “al precio que cueste una mercadería de primera mano: el trabajo a domicilio no se hará más que según las tarifas reclamadas a los patronos sastres. Ocho mil obreros sastres se declaran en huelga.

El comité de los patronos, llamado comité Schwartz, presenta la coalición de los obreros sastres como una conspiración política: “Ved esas coaliciones de obreros que estallan al mismo tiempo y en un punto dado y preguntaos de buena fe si no son la consecuencia de un plan combinado en las altas esferas”. El Taller Nacional, donde “serán recibidos todos los pedidos de los ciudadanos que quieren la emancipación de los proletarios”, se abre en el faubourg Saint-Honoré 99. El 6 de noviembre la policía penetra en la casa y detiene a 50 obreros. Pero, frente al comité Schwartz, se levanta el comité Riesz, compuesto por 400 patronos que consintieron en el aumento de salarios. El comité redacta una petición al procurador del rey y al prefecto de policía pidiendo la liberación de los obreros detenidos. El comité Riesz quiere constituir con los obreros sastres una asociación dotada de una caja de socorros y de un servicio de empleo; el comité Riesz proyecta realizar un entendimiento entre todas las Asociaciones de patronos y obreros sastres. Pero el comité Schwartz denuncia a la policía el comité Riesz, y Riesz es retenido en la prefectura de policía durante dos días y medio.

El 15 de noviembre, agentes de policía y soldados, en número de 450, cercan la casa donde se encuentra el taller de

los Obreros sastres y detienen a 150 obreros por atentado contra la libertad de trabajo.

El 29 de noviembre, en el proceso, el comité Schwartz se constituyó en parte civil y acusó a los sastres de dirigir el movimiento de los otros gremios. Los patronos del comité Schwartz agradecen a la sala del tribunal y a la policía que les prestó un *leal concurso*. El juicio del 2 de diciembre les da satisfacción: la coalición de los obreros no es justificada; pero la coalición de los patronos es legítima, porque se formó para resistir a la coalición de los obreros. El tribunal aplica a los obreros los artículos del código penal; la ley no exige que haya amenazas o violencias; el solo entendimiento de los obreros con vistas al aumento de sus salarios es castigable. Grignon es condenado a cinco años de prisión; dos de sus camaradas a tres años; otros a algunos meses, “por haber creado un taller llamado nacional que no era más que un medio para favorecer el desarrollo y la duración del desorden”.

Obreros impresores y tipógrafos, el 10 de noviembre, quieren seguir el ejemplo de los sastres. Su comité tipográfico aprueba el proyecto de organizar una imprenta. El autor de este proyecto es Jules Leroux, obrero tipógrafo, hermano de Pierre Leroux, autor de *De la necesidad de fundar una asociación que tenga por fin hacer a los obreros propietarios de sus instrumentos de trabajo*³⁴.

Jules Leroux defiende las máquinas, cuyos inventores surgieron, en su mayor parte, “de nuestro seno, del seno del

34 *Aux ouvriers typographes*, París, Imprimerie Herhan, rue Saint-Denis (Bibl. Nat., Lb. 51, 4782).

pueblo". Critica las coaliciones y aconseja imitar el ejemplo de los sastres:

Los sastres comprendieron la importancia de la cuestión del salario..., y la resolvieron como debía ser resuelta: se asociaron. Fundaron un vasto taller y entraron audazmente en competencia frente a los antiguos patronos, cargando con los riesgos y peligros. En una palabra, se emanciparon... Las máquinas, los clisés, los estereotipos..., no nos son perjudiciales más que porque todo eso es propiedad de los patronos, porque todo eso se interpone entre ellos y nosotros. Nuestra industria no es nuestra, no tenemos ningún derecho a sus resultados; se nos remplaza por instrumentos inertes, o se abusa de nuestro número. Hagamos, pues, que nuestra industria sea nuestra... Aceptamos el derecho de propiedad, pero queremos extenderlo hasta nuestros salarios. Aceptamos la libertad y la independencia de los ricos, pero queremos extender esa independencia y esa libertad hasta la vida de cada uno de nosotros.

Jules Leroux propone a los obreros impresores y tipógrafos formar una asociación. Puesto que en París hay de 4.000 a 5.000 tipógrafos, si cada uno de ellos abona 1 franco por semana, en 10 años la asociación tendrá un capital de 2.600.000 francos, suficiente para crear una imprenta "colosal", ante la cual se "desmoronarían" todas las otras.

La idea maestra del folleto es la solidaridad obrera:

Los sufrimientos de todos, más todavía que los

sufrimientos individuales de cada uno, nos habían agrupado... Ahora bien, pensadlo, nuestra causa es su causa; es la causa de todas las clases obreras, de aquellas mismas cuyos trabajos están más distantes de los nuestros. Los obreros son, todos, en manos de sus amos, instrumentos de fortuna; todos tienen una existencia miserable, un salario precario e insuficiente... El egoísmo más estrecho se convirtió en la pasión de todos. Reina entre nuestros patronos; reina en el seno nuestro. Somos envidiosos unos de otros, somos enemigos. ¿Cómo habría de ser de otro modo? No hay vínculos, os digo, que nos unan, no hay vínculo que me haga sufrir cuando sufre mi vecino.

Nuestra clase no existe. No hay más que individuos... Y sin embargo, el salario es nuestro patrimonio, nuestra propiedad... ¿Cuál es la causa de que esa propiedad no esté reconocida? El estado de aislamiento en que vivimos... Nuestra salvación está en nosotros solamente. Tengamos una voluntad firme, una gran perseverancia en nuestros designios hábilmente trazados, y superaremos todas esas fuentes de miseria y de dolores.

Nuestra salvación está en nosotros... Nuestra clase no existe, no hay más que individuos... Crear lazos que nos unan. Crear un vínculo que me haga sentir cuando mi vecino sufre. El acento de estas palabras, su sencillez clásica, hacen de esa página una de las más bellas de la antología obrera, una de las más bellas de la lengua francesa.

Los obreros sastres y los impresores apelaron a la solidaridad

de los obreros. Al fundar una sociedad de ayuda fraternal, los obreros zapateros quieren establecer una Federación de los Obreros de Francia.

Hacia mediados de octubre, 6.000 obreros zapateros, en París, se declaran en huelga; una comisión redacta el reglamento de una Sociedad de Amistad Fraternal destinada a unir a todos los obreros zapateros divididos en sociedades rivales. Esta sociedad, que tiene por objeto la defensa de los salarios, debe fundar un establecimiento en que cada asociado pueda hallar trabajo, y cuyos beneficios irán a parar a la corporación. Ese reglamento es adoptado el 5 de noviembre. Pero se detiene a Efrahem, organizador y animador del movimiento.

Al detener a Efrahem, la policía da un golpe decisivo al movimiento en París; aunque en provincias la Sociedad de Amistad Fraternal, tiene sus imitaciones: son las Uniones del Perfecto Acuerdo en Lyon, en Montpellier, en Chalon-sur-Saône, en Dijon, en Beaune, en Marsella, en Toulon, en Périgueux.

III

El nombre del obrero zapatero Efrahem evoca una de las personalidades más puras de la clase obrera, uno de esos humildes que, por su visión y su valor, fueron los verdaderos artesanos del movimiento obrero. Efrahem es el autor de un

folleto: *De l'Association des ouvriers de tous les corps d'état*³⁵. Este folleto de cuatro páginas es notable.

Al mismo tiempo que este folleto, aparece otro sobre el mismo asunto: *L'Association des Travailleurs*, opúsculo de la Sociedad de los Derechos del Hombre. Se creyó que esos dos folletos habían sido redactados por el mismo individuo, el estudiante republicano Marc Dufraisse. Basta confrontarlos para darse cuenta de que no son del mismo autor. Difieren ante todo por el tono. La forma revela al autor. El folleto firmado por Marc Dufraisse comienza así:

Ciudadanos, dejad a los monopolizadores, a los privilegiados, a los explotadores, en una palabra, a los burgueses y a sus sostenedores vomitar la injuria y la calumnia contra los excluidos y los explotados; dejadles difundir su hiel y desarrollar su veneno; la debilidad de sus medios define la injusticia de su causa...

En *De L'Association des ouvriers de tous les corps d'état* no se encuentra ese estilo que se colora de violencia. El obrero zapatero Efrahem comienza simplemente:

Los obreros de distintos gremios se quejan de la insuficiencia de sus salarios para satisfacer sus necesidades... Los unos discuten la legitimidad de nuestras reclamaciones y aconsejan a nuestros burgueses, con alegría de corazón, que rechacen despiadadamente

35 París, Auguste Mié (B. N., Lb. 51, 2002); el trabajo de Dufraisse es editado en Harvard, s. d. (B. N. H. H., Lb. 51, 2034). Mié publicó, los escritos de la Sté. des Amis du Peuple. Luchador infatigable, a menudo encarcelado, acabó por arruinarse.

nuestras exigencias; los otros nos dicen que tengamos paciencia, como si se tuviese tiempo para esperar cuando se tiene hambre. Nosotros, los que sufrimos, no contamos más que con nosotros mismos; sentimos el mal, busquemos un remedio inmediato y eficaz; apliquémoslo. Yo creo que lo encontraremos en la asociación... Comprendéis todos perfectamente que la asociación tiene la doble ventaja de agrupar todas las fuerzas y de dar a ese todo una dirección. Si quedamos aislados, dispersos, somos débiles... Es preciso, pues, un lazo que nos una, una inteligencia que nos gobierne; es preciso una asociación. Así, el primer paso es la formación de un cuerpo, compuesto de todos los trabajadores del mismo oficio; dar a ese cuerpo una administración que lo gobierne, una comisión que discuta con los patronos los intereses del gremio o que reciba, de manos de los consumidores, la labor por realizar y la distribuya a los asociados... A una señal dada por ella, todos los obreros abandonarán sus talleres y suspenderán el trabajo para obtener de los patronos el aumento del precio reclamado... Pero no habréis alcanzado el objetivo que os proponéis si no procuráis formar una asociación de todos los gremios. Es preciso unir las sociedades parciales de trabajadores por un vínculo común, establecer entre ellas relaciones fáciles y prontas... Los derechos, los intereses obreros, cualquiera sea el gremio a que pertenezcan, son siempre los mismos; al defender los derechos y los intereses de un gremio, se protegen los derechos y los intereses de todos los demás. Todos queréis un salario en armonía con vuestras necesidades, todos queréis ganar con vuestros brazos con qué vivir honestamente; todos tenéis las mismas necesidades, todos

tenéis hambre; todos queréis pan... ¿Por qué dividiros, en lugar de uniros? ¿Por qué debilitaros, en lugar de agrupar vuestras fuerzas?

Efrahem explica cómo las huelgas de los gremios abandonadas a sí mismas no pueden llegar más que a un fracaso.

La miseria, el hambre obligarán bien pronto a esos gremios a sufrir la ley de los amos... Al contrario, si todos los gremios forman una asociación general, si uno de ellos hace huelga..., será bajo la protección de los que trabajen... Pongámonos en relación de amistad unos con otros, sin distinción de oficios, establezcamos relaciones de fraternidad por medio de diputaciones, que esas diputaciones se entiendan entre sí, que vivan en buena armonía y que sean el símbolo de la amistad que debe unirnos. Formarán un núcleo alrededor del cual irán a agruparse todas las asociaciones; serán un centro común alrededor del cual se reunirán los miembros hasta este día dispersos y enemigos... Daremos a esa asociación de nuestros intereses, de nuestros derechos y de nuestras valentías una cabeza que piense, una voluntad inteligente y firme que imprima la acción y dirija el movimiento. Pondremos en la cima del haz un poder, uno y central: esa cabeza que pensará, esa voluntad poderosa que gobernará, ese poder fuerte que administrará, lo hallaremos en el comité central de nuestra asociación... No tenemos fe más que en nosotros mismos... Así obtendréis... un salario suficiente para alimentaros, vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos...

Efrahem pide la institución de una caja central de ahorro y de socorro, donde se pondrán en reserva los fondos necesarios para sostener a los obreros que hagan huelga.

IV

En octubre y noviembre de 1833, ¿hubo unión entre el partido republicano y el movimiento de las coaliciones obreras? El partido republicano ¿coordinó y sistematizó el movimiento huelguista que se manifestó en el otoño de 1833?... “¿Cómo negar, escribe Gabriel Perreux, que los republicanos tomaron una buena participación en su advenimiento, ellos, que proporcionan los jefes, las ideas y a veces inclusive, el dinero? ¿Cómo no atribuirles una gran responsabilidad en las coaliciones de la segunda mitad de 1833?

Pensamos que hay que distinguir entre el movimiento en París y el movimiento en Lyon. No se niega que, después del fracaso del movimiento corporativo de huelga, en febrero de 1834, los mutualistas de Lyon se convencieron “de que la reforma social no podía cumplirse sin la reforma política”. En París, los lazos parecen menos estrechos. Pero conviene examinar los argumentos de Gabriel Perreux con la atención que merecen.

Hacia mediados de octubre de 1833 el gobierno hace anunciar oficiosamente que el ministro Barthe presentará, al

comenzar la sesión siguiente, un doble proyecto de ley sobre las asociaciones y las coaliciones de los obreros y sobre la prensa.

En la misma época, a mediados de octubre, se crea la comisión de propaganda gracias a la cual el partido republicano quiere ponerse en relación con los obreros. Esa comisión está compuesta por tres miembros: Napoléon Lebon, Vignerte y Berryer Fontaine: es a ella a la que el prefecto Gisquet hace responsable de las coaliciones de los carpinteros, de los ebanistas, de los canasteros embaladores, de los sastres y de los zapateros. Según Gisquet, la comisión de propaganda habría comprometido a los obreros de diversos gremios a formar entre ellos coaliciones parciales y a federarse luego en una coalición central. Existen relaciones entre los miembros de la comisión de propaganda y los obreros que dirigen las corporaciones obreras y que pertenecen a secciones de la Sociedad de los Derechos del Hombre. Es un hecho. Pero la comisión de propaganda habría comprendido también a ciertos militantes obreros: cuatro zapateros, tres tipógrafos, un impresor en talla dulce, un impresor de papeles pintados, un guantero, un hilandero de algodón, un curtidor, un cerrajero, un tejedor de géneros de punto. A esos miembros obreros se agregaron, aparte de Lebon, Vignerte y Berryer Fontaine, otros tres jóvenes republicanos: Marc Dufraisse, licenciado en derecho, Recurt, doctor en medicina, y Mathé, otro estudiante de derecho. Según la tesis policial, la Sociedad de los Derechos del Hombre no es la única culpable.

La Asociación Republicana para la Defensa de la Libertad de la Prensa Patriota y de la Libertad Individual, el 7 de noviembre

de 1833, invita a sus miembros a dar su apoyo a la asociación de los sastres. Encarga a uno de sus comités que redacte un informe sobre las causas y responsabilidades de las coaliciones. *La Tribune* del 17 de noviembre publica el informe de esa investigación. Las conclusiones son favorables a los huelguistas. En fin, frente a los arrestos y condenas que castigan a los obreros coaligados, el comité central de la Asociación publica una protesta: *Apelación al buen sentido del pueblo, sobre el juicio emitido por el tribunal de policía correccional contra los obreros:*

La cuestión de saber si el juicio es una justa aplicación de las leyes existentes no es de nuestra incumbencia; pero se trata de saber si se encuentra conforme con la equidad y si es de la competencia de todo aquel que sienta latir en su pecho un corazón de hombre y crea en el dogma de la fraternidad humana. En cuanto a nosotros, que creemos que las heridas y los dolores profundos de la sociedad requieren otros remedios distintos de las torturas nuevas del calabozo, nosotros, que estamos persuadidos de que está reservado solamente al gobierno republicano aliviar y curar el mal que engendran las instituciones y las leyes dictadas en provecho del pequeño número contra las masas explotadas, pensamos que es hora de apelar a todos los talentos para esclarecer las cuestiones de la organización industrial.

El señor Gabriel Perreux retoma ingeniosamente la tesis del prefecto Gisquet. Se funda primero, en una memoria que se encuentra en los archivos nacionales, CC 585: “*Detalle exacto de las circunstancias que ocasionaron los acontecimientos de*

Lyon y París, en febrero y abril de 1834” El señor G. Perreux reconoce “que éste procede de la policía y que, como tal, es tendencioso y sospechoso”; sin embargo piensa que se le puede conceder crédito, en razón de las “coincidencias que parecen confirmarlo.

Esta memoria relata que, cuando se produjo la coalición de los fundidores y de los cerrajeros, Voyer d’Argenson pronunció el siguiente discurso en el comité de la Sociedad de los Derechos del Hombre:

Ciudadanos, gastamos un tiempo precioso en propagar nuestras ideas en el pueblo, pero me doy cuenta de que no somos comprendidos en modo alguno, que el obrero es enteramente indiferente a las cuestiones y a los derechos políticos y, en una palabra, que predicamos en el desierto; me parece que deberíamos aprovechar los momentos de fermentación que existen entre los obreros, que deberíamos cesar de hablarles de política y no conversar con ellos más que de su interés material; es preciso impulsarlos vivamente a la coalición; es preciso para eso encargar a nuestros jefes de sección más capaces que fomenten las coaliciones, cada cual en su gremio, y es preciso para eso hacerles distribuir escritos que les interesen, hablarles de su miseria y del egoísmo de sus patronos, y ponernos siempre en relación con ellos por intermedio de sus delegados, nuestros jefes de sección, recomendándoles bien que no hablen de política; y si podemos llegar a coaligar a los obreros, será preciso obrar de modo que se forme un comité central de todas las corporaciones, y por ese medio daremos a dichas corporaciones una dirección en

consonancia con el tiempo y los acontecimientos. Ese comité estará bajo el patrocinio del comité de propaganda. Si triunfamos en ese proyecto, un buen día, cuando estemos listos, haremos cesar el trabajo de todos a la vez. El poder querrá reprimir; entonces se levantarán todos en masa, y ninguna fuerza humana podrá contener el torrente; pero, ciudadanos, para no llamar la atención de la policía, ya tan quisquillosa, es preciso recomendar a los jefes de las corporaciones que hagan encarar esa coalición a los obreros de modo que lleven la mayor cantidad posible de hombres, y para eso es necesario que los obreros encargados de dirigirla se presenten al prefecto de policía y le pidan autorización para constituirse en sociedad filantrópica de socorros mutuos; ése será un medio para realizar las primeras reuniones y organizar las oficinas y comisiones sin ser molestados; en cuanto a nosotros, hay que redactar una especie de proclama vigorosa que impulse firmemente a la coalición, que se hará imprimir en un número de ejemplares suficientes para distribuir a los obreros, y eso antes de que el impresor haga el depósito; después se romperán las planchas, se las sustituirá por otras, se sacará la prueba y se hará el depósito. Una vez hecho el depósito, se irá ante el impresor para ordenarle que no imprima a fin de evitar la confiscación del escrito, porque es imposible que la policía no lo haga confiscar. Remplazaremos ese escrito por uno segundo que se repartirá y que impulsará a la asociación en masa, fomentando en los obreros la esperanza de que en el porvenir podrán formar establecimientos donde no serán ya explotados por los patronos.

Todo esto está previsto con un lujo de detalles y una precisión retrospectiva que revelan la invención policial.

Este documento me resulta sospechoso ante todo por su fecha: 21 de mayo de 1834. El proceso de abril estaba ya en marcha y el informe al prefecto de policía Gisquet tiene olorcillo de documento fraguado *a posteriori* para dar fuerza al legajo de un cierto número de acusados. El discurso de Voyer d'Argenson es demasiado intencional para ser verdadero; contiene afirmaciones que son contrarias a los hechos; porque no es exacto que, durante el verano de 1833, los obreros permanecieran indiferentes a la propaganda republicana. Al contrario, desde el comienzo de 1833 los trabajadores se habían afiliado a las secciones de la Sociedad de los Derechos del Hombre en número bastante grande. Voyer d'Argenson no podía decir que los republicanos "habían predicado en el desierto".

El informe es completo. No falta nada allí, ni siquiera discretos elogios a esa "policía tan quisquillosa": "El Comité Central de los Derechos del Hombre escribió a todas las ciudades donde había filiales de la Sociedad, para que trabajasen, por su parte, en coaligarse a los obreros. Lyon y Saint-Étienne respondieron de una manera satisfactoria a las órdenes del comité..., y los progresos obtenidos sobrepasaron todas las esperanzas; pero fueron también contrarrestados en ese asunto por la infatigable vigilancia de la policía que un día, echó mano a los miembros del comité central de las coaliciones." Es preciso engrandecer el complot a fin de engrandecer el papel de la policía.

El segundo argumento sobre el cual se apoya el señor Gabriel Perreux es la similitud entre el nuevo reglamento de la Sociedad de los Derechos del Hombre y el reglamento de la corporación de los obreros zapateros.

Su tercer argumento se apoya en la opinión de Marc Dufraisse. Ante el tribunal, Marc Dufraisse se reconoce autor del folleto de Efrahem. Pero de parte de este joven intelectual apasionado y generoso, esa confesión es el gesto natural de un hombre que quiere salvar a su camarada. Marc Dufraisse sabía que la mano de la justicia sería menos dura para él que para el obrero zapatero. La objeción esencial no está en el hecho de que el folleto de la Sociedad de los Derechos del Hombre condena las coaliciones y las huelgas. Está en la diferencia de tono entre los dos escritos: uno está escrito por un intelectual, el otro por un obrero autodidacto. En todo caso, el único documento que se pudo hacer valer contra los acusados –la resolución del 24 de noviembre hallada en casa de Lebon– prueba la simpatía de los republicanos por los huelguistas, pero no prueba que los republicanos hayan organizado el movimiento de las coaliciones. El movimiento de las coaliciones comenzó en septiembre, la comisión de propaganda republicana data solamente de mediados de octubre y las huelgas están en descenso desde la segunda semana de noviembre. Simpatía republicana, sin duda, pero no plan ni acción premeditados.

La Federación de los Obreros de Francia no fue una invención de Voyer d'Argenson, preocupado por utilizar las coaliciones con un designio republicano. La Federación de los Obreros de Francia es el desarrollo natural de la evolución del movimiento

obrero, en el momento en que la clase obrera comienza a tener conciencia de su mayor debilidad: las divisiones de que es víctima. Así no debemos asombrarnos de que los militantes obreros comprendiesen que era necesario realizar un entendimiento nacional entre todos los gremios. En los reglamentos de sus sociedades fraternales, obreros sastres, obreros impresores, obreros zapateros, por un artículo especial, vinculan su asociación a la Federación: aquélla se compromete “a seguir las orientaciones de la Federación de los obreros de Francia *en interés de la unión y de la fraternidad de todos los gremios*”. Este proyecto de Federación que precede, en diez años exactamente, a la Unión Obrera de Flora Tristán, continúa siendo una de las aspiraciones del movimiento obrero francés hasta 1870, cuando está cerca de ser realizada.

V

En 1832, en Lyon, ni los mutualistas, ni *L'Echo de la Fabrique* manifiestan simpatía alguna por los republicanos en ocasión de las jornadas del 5 y el 6 de junio de 1832, *L'Écho de la Fabrique* declara que está preocupado únicamente por mejorar las condiciones de las clases laboriosas: “La política sola continuará, pues, siéndonos extraña.” (23 de septiembre de 1832.)

El *Devoir mutuel* se convirtió en la asociación más influyente; mantiene la disciplina más severa entre sus miembros. En 1832, los obreros tejedores forman una sociedad de

compagnons, los *ferrandiniers* (de *ferrandine*, tela fabricada en otro tiempo). Los ferrandiniers, sostenidos por *L'Écho de la Fabrique*, apoyarán a los mutualistas. Girod de l'Ain, en su informe, dirá de los compagnons ferrandiniers que “la mayor parte sin establecimiento, sin domicilio fijo, se encontraban naturalmente bajo la dependencia y obraba bajo el impulso de los mutualistas, de los que recibían directamente su trabajo y sus salarios”.

En junio de 1833, los mutualistas, de acuerdo con los ferrandiniers, aprovechan la situación próspera de la industria para reclamar aumentos en el precio de la pieza. Aplican el sistema de interdicción contra las casas que rehúsan esos aumentos. En julio de 1833, dos jefes de taller y un ferrandinier son detenidos. La Asociación de los Mutualistas se organiza en *categorías*: hay 14 categorías correspondientes a los géneros de telas. Se pueden aplicar multas de 50 a 100 francos a los asociados que contravengan la prohibición de trabajar por debajo del precio fijado por la comisión de la categoría. ¿Cuál es entonces la actitud de los mutualistas frente a los republicanos? En abril de 1833, *L'Écho de la Fabrique* abrió una suscripción en favor de *La Tribune* y, en mayo, ofrece a sus lectores entradas para un banquete en honor de Garnier Pagés. Pero ésas eran simples manifestaciones de simpatía.

A comienzos de septiembre, sobre los 14 obreros enjuiciados, a consecuencia de las prohibiciones de julio, 4 son absueltos y 10 condenados a 24 francos de multa; el presidente critica los artículos 414/415 del código penal. El comandante de la gendarmería del Loire, en agosto de 1833, escribe en su informe, “que los negociantes no vacilan nunca en emplear los

medios más odiosos para obtener un beneficio a costa de los salarios”; tratan de engañar a los obreros sobre el peso de la materia prima, se hacen entregar 13 piezas cuando no pagan más que 12; y pagan en billetes que descuentan luego a tarifas usurarias.

En agosto, *L'Écho de la Fabrique* se convierte en órgano oficial del mutualismo. Entiende que es también el órgano de la solidaridad entre todos los oficios: “Todas las industrias se deben mutuo auxilio; comenzó la alianza de los proletarios.” *L'Écho de la Fabrique* sostiene hoy a los obreros fabricantes de tules, luego a los picapedreros; y como éstos agradecen su apoyo a los obreros de la seda, el periódico responde que *L'Écho de la Fabrique* fue fundado para llegar a formar vínculos de confraternidad entre los proletarios: “la Santa Alianza de los trabajadores”. En efecto, *L'Écho de la Fabrique* constituye ese vínculo entre los obreros de la seda y los otros gremios. En noviembre de 1833 se ve sucesivamente a los diferentes oficios agruparse en torno del mutualismo. Primero, los obreros sastres. Después la Asociación de los Hermanos Unidos (estiradores de oro, toqueros, pasamaneros y adornistas). El 10 de noviembre, un banquete reunió a 150 mutualistas de Lyon, a 60 pasamaneros de Saint-Étienne y a 20 mutualistas de Saint-Chamond.

El 5 de enero de 1834 los Hermanos de la Concordia, los obreros zapateros, piden que un gran convenio agrupe fraternalmente a los obreros de todas las clases: “Mutualistas de Saint-Étienne, Unistas y vosotros, Mutualistas lyoneses que, los primeros en la brecha, habéis recibido los primeros golpes de una legislación retrógrada y dado la señal de una

emancipación de los trabajadores, acoged a la familia de los Concordistas.”

En Lyon, como en París, toma cuerpo la idea de un entendimiento general entre los trabajadores. “Toda la clase de los trabajadores se commueve y marcha hacia la conquista de un mundo nuevo.” Durante los meses de noviembre y diciembre de 1833 tal es el tema habitual de *L'Écho de la Fabrique*: “Del seno de las asociaciones debe florecer una organización próxima. Esas asociaciones, dispersas en esta hora sobre el suelo, serán los gérmenes que van a crecer muy pronto. Son los materiales que el presente prepara y acumula, que la mano del porvenir encontrará, ajustará y alineará para fundar una administración general del trabajo.”

El 10 de septiembre de 1833, se constituyó una Asociación Lyonesa de los Derechos del Hombre. En enero de 1834, *L'Écho de la Fabrique* toma partido abiertamente y sostiene la propaganda republicana. En enero y febrero, en Lyon como en Gran Bretaña, la huelga general económica ocupa los espíritus; esta idea no adquirirá un aspecto político más que en abril.

En Gran Bretaña, el objetivo son las 8 horas; en Lyon, es la tarifa. El 2 de febrero *L'Écho de la Fabrique* reproduce una carta de Londres al *Populaire*, en que relata un proyecto de huelga general para el primero de marzo. *L'Écho de la Fabrique* anuncia cada día nuevos pedidos de afiliaciones. Pero en el seno del mutualismo hay lucha entre el consejo de los presidentes de logia y el consejo ejecutivo de 22 miembros que se apoya en los sindicatos por categorías. El consejo de los presidentes combate la huelga que sugieren el sindicato de los

tejedores de felpas y el sindicato de los chales. El consejo ejecutivo triunfa. El 8 de febrero, 800 telares de felpas se paralizan; y la casa que disminuyó, la primera, el chal, es puesta en interdicción.

Los fabricantes se entienden para sostener a los promotores de la baja. El consejo ejecutivo quiere responder con la paralización general de los telares. Esta decisión es sometida a una votación. La Asociación Mutualista tiene de 2.600 a 2.800 miembros. El 13 de febrero 1.297 votan por la huelga, contra 1.044 opositores.

Los mutualistas no quieren dar a su decisión más que un carácter corporativo; las organizaciones centrales toman todas las medidas necesarias para evitar las alteraciones del orden y para “no mezclarse de ningún modo en política”. El consejo ejecutivo, pues, se niega, en febrero a prestarse a los proyectos de la Asociación de los Derechos del Hombre, de Lyon.

El 14 de febrero se paralizan 14.000 telares. Los ferrandiniers apoyan a los mutualistas. La suspensión del trabajo abarca todas las telas, inclusive aquellas cuyos precios por pieza no fueron disminuidos.

Las autoridades advierten a los obreros que “el poder, que está firme y que está prevenido, dará inmediatamente una lección vigorosa a los que perturben la paz de la ciudad”. Se apelará, no al artículo 415, sino a los artículos 91, 92 y 93 del código penal. El prefecto Gasparin se niega a presidir una reunión entre fabricantes y obreros para elaborar una tarifa. Un cierto número de fabricantes habían cerrado ya sus

almacenes y salido de Lyon. El prefecto hace entrar nuevas tropas a la ciudad y justifica las disposiciones militares tomadas diciendo que los obreros son “el juguete de manejos culpables de los partidos políticos”. “Un poco más de firmeza, agrega el teniente general, y los fabricantes habrán triunfado.”

Y, en efecto, el 19 de febrero, los mutualistas votan la vuelta al trabajo por 1.382 votos contra 545. Las dos asociaciones de los mutualistas y de los ferrandiniers fijan el 24 de febrero como fin de la huelga general: “La autoridad, dice A. Sala, creyó haber obtenido una gran victoria porque el aumento no fue concedido y porque, asustada sin duda por un gran despliegue de fuerzas, la asociación de los mutualistas hizo reanudar el trabajo.” Inmediatamente después de la vuelta al trabajo, las autoridades someten a proceso a 6 miembros del comité ejecutivo mutualista, a 3 ferrandiniers y a otros 4 obreros.

La huelga general origina gestos de solidaridad de parte de los otros gremios; la Sociedad Mutual de los Tipógrafos y la Sociedad de los Unistas abren una suscripción para los obreros de la seda. El 2 de marzo, *L'Écho de la Fabrique* escribe: “Es preciso que cada cual sepa hoy que todos los obreros se tienden la mano.”

VI

En *Les ouvriers lyonnais en 1834*, el oficial legitimista Adolphe Sala mostró las razones que explican la evolución de los espíritus entre 1831 y 1834:

Poco a poco los vencidos de 1831 comenzaron a ver que la autoridad abandonaba el terreno de la neutralidad..., las promesas de tarifas y de pacíficas mejoras eran declaradas imposibles, impracticables, hasta impolíticas... El obrero se habituó a ver en los agentes de la autoridad aliados de sus enemigos naturales. Entonces, y solamente entonces, la República fue a plantar su bandera al lado de la producción para oponerla a la realeza aliada de la fábrica... Cuando se dio un desmentido positivo a promesas formales de mejoramiento por aquellos mismos que las habían hecho, los trabajadores vieron que el poder y la fábrica, apoyándose el uno sobre el otro, no trataban de ninguna manera de evitar colisiones de intereses en el porvenir, sino de preparar los medios para salir de ellas victoriosamente; las coaliciones, las sociedades secretas se multiplicaron... Bien convencidos de que la unión hace la fuerza, los lyoneses comenzaron ese gran trabajo de organización de los trabajadores que fue combatida, golpeada, diezmada, pero que, semejante a un pólipos de mil brazos, renacerá sin cesar bajo la mano incapaz de extirparlos.³⁶

A la alianza “del poder y de la fábrica”, las clases laboriosas de Lyon pensaron que era preciso oponer la alianza del Trabajo y la República. Y, sin embargo, en febrero de 1834, los mutualistas de Lyon quisieron conservar para la huelga general un carácter corporativo: temieron comprometer sus reivindicaciones por la apariencia de una acción combinada con

36 A. Sala, *Les ouvriers lyonnais en 1834*, París, Hivert, in 89. Una 3 edición popular, aparecida en la casa Dentu, fue impresa en 5.000 ejemplares (Bibl. Nat., Lb. 51, 2180), in 189.

los republicanos. Quisieron ser prudentes. Pero su prudencia no pudo impedir que el movimiento de huelga general dejase de ser un pretexto del que se sirvieron las autoridades. Desde febrero, éstas se mantienen prontas a aprovechar todo incidente para romper la organización obrera.

Los fabricantes consideraban el movimiento de organización obrera como un obstáculo intolerable para la libertad de la industria, porque era contrario a sus intereses. Las autoridades, que recibieron la misión de servir a los intereses de los fabricantes, vieron, en la agitación en favor de la paralización general de los oficios, una ocasión favorable para su designio.

A. Sala comprueba la voluntad, de parte de las autoridades, de romper la organización obrera: “Es preciso acabar, había dicho el órgano declarado de la autoridad en Lyon. Y este desafío, dirigido en febrero a un pueblo valeroso y una vez vencedor, debía provocar tarde o temprano nuevos combates. *Es preciso acabar, y lo más pronto posible*, repetían todos aquellos que ocultan el egoísmo de su opinión, bajo la apariencia del amor al orden y a los principios conservadores de las sociedades...”

El pretexto esperado será la agitación provocada por el proyecto de ley sobre las Asociaciones, precedido del proyecto sobre los pregoneros públicos.

En 1832 y 1833, pese a las visitas domiciliarias, investigaciones, procesos y vejaciones de la policía, los republicanos lograron pasar las mallas de la vigilancia policial y de la legislación y desarrollar su propaganda sirviéndose

inclusive de los debates en el tribunal “como de una tribuna pública”.

El gobierno presenta, el 25 de febrero, un proyecto, que refuerza las disposiciones del código penal y esteriliza la acción de los republicanos. Éstos esperaban burlar la prohibición de realizar toda reunión de las asociaciones –sólo autorizadas a reunir hasta un número de veinte personas– dividiendo sus asociaciones en secciones. El proyecto alcanza tanto a los asociados como a los jefes, y traspasa los atentados contra la seguridad del Estado a la corte de los pares, no al jurado. El proyecto que se convertirá en ley el 10 de abril de 1834, no encuentra más que una oposición muy limitada. Solo o casi solo, el conde de Ludre recuerda la conducta del pueblo en ocasión de la revolución de Julio: “El poder encontró oro y caricias para todos los enemigos de la revolución; en cuanto al pueblo, tuvo también su parte: la miseria si se calló, la metralla si se atrevió a quejarse.”

En Lyon, el 6 de marzo, *La Glaneuse* anuncia que todas las asociaciones obreras o republicanas agruparon sus fuerzas contra el proyecto de ley: “Mutualistas, ferrandiniers, concordistas, socios de los Derechos del Hombre, de la Unión, de la Independencia, tuvieron conocimiento, con la más viva indignación, del nuevo atentado que nuestros gobernantes quieren asestar a la libertad. Una resistencia seria va, pues, a iniciarse cuando se vaya a aplicar esa ley infame.”

Marc Dufraisse, en su folleto sobre *L'Association des Travailleurs*, aconsejó el recurso de la huelga general política: “Cuando el pueblo, decía, esté convencido de que no

encontrará mejoramiento más que en el ejercicio de su soberanía, entonces un día, un hermoso día, todos los proletarios harán huelga general para reivindicar sus derechos de hombres y de ciudadanos.” Las sociedades obreras intentarán en Lyon oponerse por la huelga general política a la ley sobre las asociaciones.

El 30 de marzo de 1834 el consejo ejecutivo de los mutualistas somete a las logias una resolución proponiendo la creación de un comité conjunto. La mayoría que, en febrero, votó en favor de la huelga general, se vuelve a encontrar para apoyar este proyecto. Y se crea un comité conjunto. Según el comisario central de Lyon, ese comité conjunto estaba compuesto por 12 miembros: Baune, el presidente de la sección de los Derechos del Hombre, de Lyon; Girard, presidente del comité ejecutivo de los Mutualistas; Marigné, presidente de la Sociedad Filantrópica de los Obreros Sastres; y, a su lado, los representantes de los unitas, concordistas, ferrandiniers, tulistas, fabricantes de carros y la Sociedad del Perfecto Acuerdo de los Zapateros. Los mutualistas y los ferrandiniers se entienden con la Sociedad de los Derechos del Hombre para resistir por la fuerza la aplicación de la ley sobre las Asociaciones.

El 5 de abril, se constituye el comité conjunto: “Las sociedades industriales, los compagnonnages, las sociedades políticas formaron un pacto federativo; la unidad reina; todos los ciudadanos, cualquiera que sea el cuerpo a que pertenezcan, se consideran atacados. La defensa será solidaria.” (*Tribune*, 10 de abril.)

Desde el 3 de abril, los mutualistas, en número de 2.557, protestaron en estos términos contra la ley sobre las asociaciones, una obra del vandalismo más salvaje. Los mutualistas protestan contra la ley liberticida y declaran “que no doblarán jamás la cabeza bajo un yugo tan embrutecedor, que sus reuniones no serán suspendidas. Sabrán resistir, con la energía que caracteriza a los hombres libres, toda tentativa brutal, y no retrocederán ante ningún sacrificio para la defensa de un derecho que ninguna potencia humana podrá arrebatárselos”.

Los 20 miembros del comité ejecutivo de los mutualistas piden que se les incluya en los procesos dirigidos contra los seis jefes de taller y compagnons que, en virtud de la huelga de febrero, fueron entregados a la policía correccional el 5 de abril. Ese día, el presidente del tribunal no logra mantener el orden y declara la postergación del juicio hasta el 9 de abril; los miembros del tribunal se ven obligados a escapar por una puerta falsa.

Se apeló a la fuerza armada. Pero, cuando aparecen los soldados, la multitud los aclama.

Una compañía de infantería se acercó al palacio de justicia. En cuanto se vio a los soldados, gritos de ¡Viva la línea! ¡Viva el séptimo! ¡Vivan nuestros hermanos!, partieron de todas partes de la muchedumbre que llenaba la plaza Saint-Jean; los soldados, con aspecto amistoso, respondían a la benevolencia de los obreros que les estrechaban la mano; bien pronto las bayonetas caladas en los fusiles volvieron a la vaina, los oficiales envainaron el

sable, y la unión más cordial reinó entre los ciudadanos y los soldados. Se instalaron mesas a las puertas de las tabernas; los soldados, con las armas en bandolera, aceptaban alegremente los ofrecimientos de sus conciudadanos. Otra compañía, que llegó más tarde, se unió con la misma celeridad a esas demostraciones pacíficas. La confianza era completa entre nosotros (Précurseur del 6 de abril).

Este incidente tiene su importancia, tuvo una gran influencia sobre el espíritu de los obreros: éstos vieron, en la actitud del 7º de infantería ligera que fraternizaba con ellos, una manifestación inequívoca de la tropa en su favor. “Quizás, dice A. Sala, sin esa circunstancia, al día siguiente, domingo, no hubiese contado un cortejo fúnebre cerca de 100.000 hombres que marcharon en filas compactas y saludando a los soldados a su paso.”

El juicio de los obreros procesados fue remitido al día 9, y hubiese sido fácil evitar el motín postergándolo todavía. Pero el poder estaba seguro de su fuerza y de una represión fácil: se pidieron refuerzos en todas las direcciones, y la tropa fue hábilmente excitada contra los promotores de la insurrección y contra los obreros, presentados como “bandoleros franceses, *canalla a ametrallar*, informa Sala, mil veces más peligrosa que los enemigos extranjeros”. Se instalaron baterías sobre las alturas próximas a Lyon y “las fortificaciones completaban, ligándose a los fuertes avanzados, un sistema poderoso” que permitía el bombardeo de la ciudad.

El 9 de abril por la mañana, la división a las órdenes del

general Aymar tenía un efectivo de cerca de 13.000 hombres y 10 brigadas de gendarmería: “Los mutualistas, los ferrandiniers, unidos a los miembros de los Derechos del Hombre, aunque hubiesen tomado parte en el combate todos, estaban lejos sin duda de reunir tan gran número de combatientes. Pero los obreros, partidarios del golpe de mano, esperaban que las poblaciones de Saint-Étienne, de Tarare, de Chalón, de Grenoble, sacudidas por su llamado popular, se levantarían en masa y acudirían a combatir con ellos... En general, se puede asegurar que no contaban con arma alguna, pero, se decían ellos mismos: las haremos, las tomaremos.” (A. Sala.)

El comité conjunto decidió una paralización general de los oficios; las centrales mutualistas recibieron el 8 la orden para el día siguiente. Los mutualistas debían llegar en tres grupos separados ante el palacio de justicia, situado en la plaza Saint-Jean, ante la prefectura y ante la alcaldía.

El 9 de abril, de 5.000 a 6.000 obreros ocuparon, paseándose, toda la parte de la ciudad comprendida entre el puente de Pierre y el puente del Concert, la plaza Bellecourt y el palacio de justicia. La plaza Bellecourt es ocupada por la artillería. Pero los accesos inmediatos a la plaza Saint-Jean están libres: “¿Por qué, pregunta A. Sala, no se impidió la circulación desde la mañana? La decisión de impedir toda aglomeración hubiera sido excepcional y rigurosa; sin embargo, habría valido más que la metralla y los petardos.”

Una muchedumbre pacífica circula por los alrededores del palacio de justicia. A las once menos cuarto un disparo

interrumpe la defensa de Jules Favre; un destacamento de caballería carga en la plaza Saint-Jean. Ocasiona la muerte de un agente de policía que se encuentra cerca de una barricada en la que parecía trabajar: “La muchedumbre, sin armas, en parte compuesta de obreros, es acribillada a balazos; caen varias víctimas inofensivas. El grito ¡A las armas y venganza! responde a ese primer disparo.” Las salidas de la plaza, evacuadas rápidamente, son cercadas por barricadas hechas en pocos instantes por la gente del barrio, y los demás escapan en todas direcciones. El fuego de fusilería entre los obreros y los soldados se inicia en varios puntos, en el barrio Saint-Jean, cerca de la catedral. En el puente d'Ainay los obreros intentan fraternizar con los soldados; pero les responde un fuego de pelotón.

El 9 de abril, la tropa toma el centro de la ciudad, y las alturas son ocupadas por los insurrectos, que organizan la defensa en la Croix-Rousse. ¿Cuántos son? 700, según el autor de *La Vérité sur les événements de Lyon* y, según A. Sala, de 2.000 a 3.000, los que construyeron las barricadas; pero no quedan sino de 1.000 a 1.200 para defenderlas. Apenas la mitad tiene fusiles; un centenar en los Cordeliers, 200 en la Croix-Rousse, 100 en las Gloriettes y 60 en Vaise. En total y a lo sumo, apenas un millar de insurrectos contra 12.000 hombres de tropa, sin contar las fuerzas de policía y de gendarmería.

Defensa encarnizada que se prolongará durante 6 días³⁷. Los insurrectos formaron seis centros de resistencia: Saint-Jean, Saint-Paul y Saint-Georges; la rue Neyret y las calles

37 A. Sala, *op. cit.*, pág. 74 y 94.

adyacentes; el cercado de Casati, entre la Grande Cote y la Cote Saint-Sébastien; la Croix-Rousse; la Guillotière, y los Cordeliers, con la iglesia Saint-Bonaventure, donde se encuentra el cuartel general de Lagrange, el único, entre los ignorados actores de esta insurrección, cuyo recuerdo fue conservado gracias al relato de un médico que atendió a los heridos en la iglesia Saint-Bonaventure: "Lagrange llevaba un sombrero negro hundido sobre sus ojos negros, un levitón negro abotonado hasta el cuello, una pistola de arzón al cinto, y tres puñales en su seno; estaba en todas partes a la vez, corría a todas las barricadas, las saltaba como un ciervo a pesar de las balas que llovían sobre él, y hacía frente a todos los acontecimientos con una habilidad prodigiosa; era secundado admirablemente por el subjefe, un joven de una audacia y de un arrojo a toda prueba." En el ardor del combate, Lagrange salva la vida de un hombre, diciendo: "No manchamos la aurora de la República derramando la sangre de un hombre desarmado".

La bravura y la tenacidad de Lagrange no eran raras. Todos los relatos de esas jornadas, cualquiera que sea el autor, rinden homenaje al heroísmo y a la humanidad de los insurrectos, "fuertes en su valentía y en sus esperanzas": "se ordenó la disciplina más severa; fue observado el respeto más absoluto de la propiedad; y los insurrectos se conciliaron así la neutralidad de los barrios que ocupaban. Los que se apoderaron del cuartel de los Mínimos en Saint-Just trajeron a los militares, que quedaron prisioneros, con la mayor suavidad... Nadie, que sepamos, ha tenido que quejarse de robos o de excesos. La circulación, en esos mismos barrios ocupados por los obreros, era casi libre para los habitantes; las

puertas de las avenidas estaban abiertas día y noche. Las mujeres y los ministros del culto eran respetados: el orden reinaba en el desorden”.

El periódico legitimista *Le Réparateur*, que estaba ubicado en el centro del barrio de las iglesias Saint-Nizier y Saint-Bonaventure, relata esto:

Además, algo inexplicable, para el que se detiene en las apariencias, ocurre ante nuestros ojos. Es increíble la tranquilidad de una gran parte de la población en medio de ese desorden. Allí donde no llegan los tiros de fusil, se forman grupos en el paso de las puertas, a la entrada de los negocios, todos cerrados sin excepción. Individuos armados en número de dos o tres, a veces solos, salen de ciertos pasajes para ir en busca de cartuchos o informes. Nadie parece dispuesto a inquietarlos... Algunos hombres del pueblo ocupados en requisar armas, ven que la señora L..., asustada, deslizó un paquete bajo su delantal. Detienen a esa dama. El jefe le pregunta qué es lo que puede ocultar a sus búsquedas; insiste; para asegurarse de que no es un arma; entonces la señora L. confiesa que es un saco que contiene cien luisos: “Quede tranquila, nosotros buscamos armas, no dinero.”³⁸

El autor anónimo de *La Vérité sur les événements de Lyon* coincide con A. Sala y *Le Réparateur* en reconocer que los “únicos barrios tranquilos eran aquellos que ocupaban los insurrectos; se circulaba allí libremente y con seguridad. No se

38 A. Sala. Op.cit, pág. 94

vivía en ellos bajo el régimen del estado de sitio y de la arbitrariedad. Esos feroces republicanos, esos anarquistas, no cometían ninguna violencia y no se entretenían en disparar sobre los transeúntes ni en destruir las casas. Ciertamente, recapitulando los hechos, la ventaja de la moderación queda enteramente en favor de los insurrectos”.

Asombrada la tropa de una resistencia que no esperaba, su actitud es totalmente distinta. Los centinelas recibieron orden de disparar sobre todos los que apareciesen en las ventanas o sobre los techos. La tropa es dueña de los puentes; pero no fue tomada ninguna posición importante de las ocupadas y defendidas por el pueblo, excepto la plaza de la prefectura. Llegó la noche del 9: “El ejército acampaba en la ciudad. Los ciudadanos no se presentaban ante él mas que como enemigos. Quizás se deba atribuir a esta persuasión del soldado tantas escenas de sangrientas represalias, escenas de horror...” Una anciana que vivía en la rue de l’Arbre-Sec es alcanzada por una bala al ir a buscar agua a la cocina; otra mujer, encinta, es muerta en su ventana; un anciano, padre de cinco hijos, es herido en el momento en que atraviesa rápidamente la calle para ir a buscar provisiones a una taberna próxima... Los desgraciados locatarios de las casas a las que se propagaba el incendio, en la dura alternativa de perecer en las llamas o por el hierro, se salvaban por los techos, tratando de llegar a las construcciones más alejadas del foco del incendio. En la alcaldía, se responde a los habitantes de una casa que arde: Que la dejen arder, no se le puso fuego para apagarlo³⁹.

39 A. Sala, pág. 61, 73, 81 y *La Vérité sur les événements de Lyon au mois d'avril 1834*, París, Dentu, 1834 (Bibl. Nat., Lb. 51, 2178), in 8º.

En la mañana del 11 de abril los Cordeliers se mantienen aún, la Croix-Rousse ya no es atacada, los barrios de Vaise, de Saint-Just y de Saint-Georges, toda la orilla derecha del Saône, se sostienen. Pero, durante la jornada, los insurrectos, viendo que no llegan de Saint-Étienne los socorros que esperaban, se creen abandonados por todos, vuelven poco a poco a sus alojamientos. No tienen armas, sus municiones se agotan. “Después de tres días y tres noches de lucha sin tregua, abrumados por la fatiga y las necesidades de todo género, los obreros serían fácilmente arrollados por la fuerza” (A. Sala.)

La insurrección, agotada por sus propios esfuerzos, está a punto de sucumbir. Así, el sábado 12, es tomado el barrio de Vaise; Saint-Nizier y Saint-Bonaventure son capturados; el 13, Fourvière, defendida por 50 hombres a lo sumo, hace frente sola a los 20.000 de que dispone el general Aymar; el 14, el barrio y las alturas de Saint-Georges son ocupados. Y, después de la resistencia encarnizada de la barricada de las Gloriettes, la Croix-Rousse capitula ante un último ataque, el lunes por la noche. “Un puñado de obreros mal armados pudieron contener, durante tres días, a una guarnición numerosa...” “Lyon fue devastada, y no por los facciosos”

En la tarde del 11 de abril la insurrección estaba vencida en Lyon. Y el 13 estalló en París. El 12, Thiers, ministro del interior, tendió una celada a los republicanos. Por su declaración en la Cámara, hacía suponer que ese día la situación era tal en Lyon que los amigos de los insurrectos podían esperar cualquier cosa.

Los republicanos de París caen en la trampa. Ignoran, que el

12 Thiers ya había hecho detener a los jefes de sección de la Sociedad de los Derechos del Hombre. El 13, hacia las 5 de la tarde, se forman aglomeraciones en las calles Beaubourg y Transnonain, en la rue aux Ours, en las calles estrechas y tortuosas que desembocan en el claustro Saint-Merri, y en el barrio de las Halles. Se levantan barricadas.

Por la noche, el general Bugeaud ocupa con sus tropas la plaza de la Gréve y los muelles. A las seis de la mañana, el 14 de abril, la tropa y la guardia municipal se apoderan de las calles de la Verrerie y de Saint-Médéric, mientras que el general Lascours “limpia” las calles Montmorency, Transnonain y Michel-le-Comte. Cuatro compañías toman las barricadas de las calles Maubué, Beaubourg, de la Corroyerie, echando abajo las puertas de las casas y ocupándolas militarmente. Finalmente, cuatro generales, Bugeaud, de Rumigny, Lascours y Tourlon, rodean con sus tropas por todas partes el claustro Saint-Merri⁴⁰.

El señor Maurice Reclus presentó esta victoria de un ejército de 40.000 hombres como un alto hecho de armas de Thiers y de Bugeaud. Muestra a Thiers a caballo, ofreciendo valerosamente su pecho a las balas de los insurrectos. ¡Qué hermosa victoria la de fuerzas aplastantes movilizadas contra un puñado de hombres! El asunto es menos glorioso cuando se sabe con qué implacable crueldad fueron dadas y ejecutadas las órdenes; Thiers y Bugeaud quedan marcados. Sus excesos del 14 de abril fueron glorificados y popularizados; el lápiz de

40 Histoire des événements de Lyon dans les journées des 9, 10, 11, 12, 13 et 14 avril par un témoin oculaire, suivie de la dernière insurrection du Cloître Saint Méry, par un garde nationale, París, Houdaille (*Bibl. Nat.*, *Lb. 51, 2173*).

Daumier los inmortalizó: les hizo justicia. El 11 de septiembre de 1834, *La Caricature*, de Charles Philipon, publica un dibujo que representa a Luis Felipe dialogando con un juez, ante el lecho de un detenido agonizante: el rey le toma el pulso. “A éste, dice el rey, se le puede poner en libertad. No es peligroso.” Y el mismo mes aparece la litografía *La rue Transnonain*. Una habitación de obrero, toda revuelta; en el suelo, un anciano extendido cuya cabeza reposa en un charco sombrío; un hombre yacente, caído sobre un niño pequeño al que aplastó su cuerpo. En el fondo de la habitación, en la penumbra, un cuerpo de mujer. Lo trágico de esta habitación masacrada apenas iguala al horror de los hechos que nos revelan los documentos judiciales. Algunos bastan para mostrar que Daumier no exagera.

Las órdenes fueron de actuar sin piedad: “No hay cuartel”, dice Thiers, ministro del interior, y Guizot, ministro de instrucción pública: “Las órdenes son despiadadas”; en cuanto al general Bugeaud, he aquí lo que dice a las tropas en la plaza del Ayuntamiento: “Es preciso matarlo todo. Amigos, nada de cuartel, sed despiadados.” Y a un jefe de la guardia nacional parisina: “Hay que hacer una siega de 3.000 facciosos.”

Estas órdenes fueron ejecutadas. En una sola casa de la rue Transnonain, “yacen 12 cadáveres espantosamente mutilados; 4 personas resultaron gravemente heridas; mujeres, niños, ancianos no hallaron gracia”. Es preciso leer las declaraciones:

Declaración de la señora Poirier–Bonneville:

iVeloces como el rayo, los soldados, con un oficial al

frente, franquearon el segundo piso! Una primera puerta entera, de dos batientes, cedió a sus esfuerzos, una puerta de vidrio resiste todavía.

Se presenta un anciano que la abre: "Somos, dice al oficial, gentes tranquilas, sin armas, no nos asesinéis." Estas palabras exhalan en sus labios, lo atraviesan de tres bayonetazos; lanza gritos: "Cretino, si no te callas te voy a ultimar." Annette Besson corre desde una habitación próxima en su socorro. Un soldado se vuelve hacia ella, le clava su bayoneta por encima de la mandíbula y, en esa posición, le dispara un tiro de fusil cuya explosión arroja fragmentos de su cabeza hasta las paredes (acta de autopsia). Un joven, Henri Larivière, la seguía. Se le dispara desde tal proximidad que el fuego prende su indumentaria y el plomo penetra en una gran profundidad hasta el pulmón. No queda sin embargo más que herido mortalmente: un bayonetazo divide transversalmente la piel de la frente y deja el cráneo al descubierto; entonces es golpeado también por detrás; lleva en la espalda heridas en siete lugares distintos (acta de autopsia). Y la habitación no era ya más que un mar de sangre; y el señor Brefford, padre, que a pesar de sus heridas tuvo fuerza para refugiarse en una alcoba, fue perseguido por los soldados, y la señora Bonneville, al cubrirlo con su cuerpo, con los pies en la sangre, las manos hacia el cielo, les gritó: "Toda mi familia está tendida a mis pies; no hay nadie ya a quien matar; no hay más nadie que yo." Y cinco bayonetazos atravesaron sus manos.

La viuda Pajot:

Es aquí donde los miserables mataron a mi hijo; es aquí donde mataron al señor Hu. Es aquí donde mataron al señor Thierry; es aquí donde hirieron a la prima del señor Bouton, al pequeño Léon Hú, a Francis Bruneau; aquí, en este rincón, bajo una mesa donde se había agazapado, atravesaron de 51 tiros y bayonetazos, al respetable señor Bouton...

Desde mi lugar, oí los golpes de bayoneta que le hundían en el cuerpo, emitiendo crujidos, como la hoja de un cuchillo que se introduce en la paja de una silla. No se me fueron de la cabeza estas palabras dirigidas a mi pobre muchacho en el momento en que se debatía contra la muerte: “Ah, cretino, todavía te mueves, vamos a ultimarte...” Y los miserables lo hicieron tan bien que la corbata negra que llevaba al cuello y que desde entonces llevo sobre mi corazón, está perforada como un blanco de tiro...⁴¹.

En la memoria que publica sobre las víctimas de la rue Transnonain⁴², ¿no tiene razón Ledru-Rollin al decir que el gobierno, a fin de tener –como decía el señor Guizot– la ocasión de procurarse, por el castigo, la fuerza que le hicieron perder sus faltas, dejó levantar una barricada que pudo evitar? ¿Que ningún disparo se hizo en el exterior ni el interior de la casa nº 12; que los soldados entraron allí después del combate, sin exaltación posible; que los atentados que cometieron no los

41 *La rue Transnonain, ou la royauté et ses défenseurs, par un officier de l'armée.* destitué, F. Demay, Méru, sept. 1834 (Bibl. Nat. f Lb. 51, 2172).

42 *Mémoire sur les événements de la rue Transnonain dans les fournées du 13 et 14 avril, 1834*, París, Guillaumin (Bibl. Nat., Lb. 51, 2171), in 8º.

ejecutaron en su propia defensa, sino en virtud de «órdenes impartidas»? Tal es la acusación grave que, desde la tumba, se eleva contra el poder...”

Pero el poder tenía la conciencia tranquila, seguro de haber cumplido con su deber.

El 14 de abril, dirigiéndose a los pares y a los diputados, llegados para darle las gracias, Luis Felipe se felicita con toda sencillez: “Es una lección para los que tuvieron tantas veces la audacia criminal de atacar al gobierno.”

Honoré Daumier, después de mostrar las tinieblas de la rue Transnonain, quiso iluminar con un resplandor de esperanza la serie de sus litografías; publica, en *La Caricature*, el 6 de noviembre: *¡Y sin embargo avanza!* En su calabozo, un joven insurrecto, con grillos en las manos y en los pies sueña, sin parecer preocuparse del procurador togado que le acecha: no ve más que la mujer cubierta con el gorro frigio, que avanza hacia la luz.

Tercera Parte

LA EXPERIENCIA CARTISTA (1836-1843)

Las clases obreras ya no quieren ser reducidas al hambre; están decididas a adoptar la opinión de sir Robert Peel: Resolved vuestras asuntos vosotros mismos.

BRONTERRE O'BRIEN

El parlamento es demasiado lento para el pueblo.

JOHN FIELDEN, 16 de noviembre de 1838.

V. LA AUTONOMIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

La causa de las divisiones insensatas que separan las naciones proviene del hecho de que la clase obrera ignora la situación que ocupa en la sociedad. Es porque son ignorantes por lo que los obreros creen haber nacido para hacer disfrutar a los otros hombres con su trabajo.

Manifiesto de la Asociación de Trabajadores,
noviembre de 1836.

En 1830 la estructura económica de Gran Bretaña y la de Francia son diferentes.

En Gran Bretaña, la revolución industrial ha terminado; en Francia comienza. Mientras que en nuestro país predominan los artesanos y los obreros a domicilio, existe en Gran Bretaña, sobre todo en los distritos del Noroeste, un proletariado industrial.

Sin embargo, a pesar de esa diversidad, los dos países conocen tendencias semejantes y tentativas paralelas.

En Gran Bretaña, el crecimiento de las clases laboriosas se traduce en dos movimientos distintos, de carácter y de duración diferentes. El primero es un movimiento corporativo. Su apogeo se señala, en 1833, con la formación de la Gran Unión Consolidada de Los Oficios y, al comienzo de 1834, con una tentativa de huelga general en favor de las 8 horas. Ese movimiento de *asociaciones de las clases productoras* tiene su centro en los distritos industriales del Noroeste, sus huestes entre los obreros del proletariado industrial; pero se debe advertir que, en los últimos meses de 1833, alcanza a los condados agrícolas del Sur. Las simpatías que encuentra entre los trabajadores agrícolas tienen por sanción, en marzo de 1834, la condena de los jornaleros agrícolas de Dorchester.

El otro movimiento parte de Londres. Sus iniciadores son los artesanos de la metrópoli, en noviembre de 1831, durante la campaña que precede a la reforma política de 1832. El proyecto de reforma no podía satisfacer a las clases laboriosas; pero algunos demócratas obreros pensaron que la conquista de la democracia política era una primera etapa en la marcha hacia la democracia industrial.

No hay que oponer esas dos formas del movimiento obrero. Si algunos de los partidarios de la acción corporativa eran indiferentes a la reforma política, un gran número de obreros y de artesanos, aun prefiriendo uno de los métodos, no excluían el otro: ambos estaban destinados a alcanzar un objetivo semejante.

Algunas tendencias eran comunes a todos: obreros del proletariado industrial de Lancashire y de Yorkshire, artesanos de Londres, obreros a domicilio o jornaleros agrícolas.

Todos estaban persuadidos de la necesidad de agrupar las clases laboriosas. Sentían que del poder y de la independencia de sus organizaciones dependían el mejoramiento de su existencia material y su influencia en la sociedad. Desde esa época, la autonomía del movimiento obrero se afirma en los proyectos ambiciosos de la Gran Unión Consolidada de los Oficios y en los principios de la Asociación de Trabajadores.

Hasta 1830 existen asociaciones y clubes obreros. Pero solamente en los periódicos de 1830 a 1834 aparece la expresión *Trades Union*. Con ella se afirma la diferencia esencial entre la *Trade Union*, o asociación de obreros del mismo oficio, y la Trades Union, o asociación de todos los oficios. La Trades Union es la asociación de todos los trabajadores en una sola Unión Nacional.

Los iniciadores de la Trades Union fueron obreros de la industria textil y de la construcción, de Lancashire y de Yorkshire. Y entre el proletariado industrial de los condados del Noroeste es donde, de 1830 a 1831, encontrarán un apoyo entusiasta, pero efímero, la Asociación Nacional para la Protección del Trabajo, y después, de 1833 a 1834, la Gran Unión Consolidada de los Oficios. En los mismos distritos, el proletariado industrial acogerá la idea de la huelga general como medio para obtener, al margen de toda intervención del Parlamento, la aplicación de las 8 horas en las fábricas. La Asociación para la Protección del Trabajo pudo reunir la

adhesión y las suscripciones de 80.000 obreros, y la Gran Unión Consolidada de los Oficios pudo, en un momento determinado, agrupar a 250.000 trabajadores de las fábricas y de los campos.

I

Tres hombres, por su personalidad y su energía, fueron los iniciadores del movimiento corporativo: un obrero, John Doherty; un buen patrón, Robert Owen y un diputado, John Fielden.

De origen irlandés y católico, John Doherty, nace en 1789 y trabaja desde niño en las hilanderías de algodón. Conoce la existencia de esos niños que entran en la fábrica a las 5 ó 6 de la mañana y no la abandonan sino entre las 7 u 8 de la noche, encerrados durante catorce horas en los talleres, en medio de una atmósfera sofocante de 75° a 80° Fahrenheit (25 - 27 °C). Sin reposo, salvo a las horas de la comida: a lo sumo una media hora para el desayuno, por la mañana, y una hora para el almuerzo. Además, para los niños, las horas de reposo no son regulares; 3 ó 4 días por semana, significan solamente un cambio de tarea: en lugar de vigilar una máquina en marcha, el niño debe limpiar una máquina detenida o recoger desechos de algodón, obligado, mientras trabaja, a comer un bocado en medio del polvo; los desechos se infiltran en los pulmones y el niño pierde el apetito. No hay asientos: sentarse es contrario al reglamento. Desde 15 horas por día, la jornada de los niños se prolonga más todavía durante los períodos de actividad

industrial. En ciertas fábricas, los niños trabajan regularmente, desde las 3 y media de la mañana hasta las 9 y media de la noche en verano; además, dos veces por semana, durante toda la noche. Los industriales más humanos se contentan con hacerlos trabajar 16 horas. No se logra de los niños un esfuerzo tan prolongado más que por el terror. El comité de investigación Sadler (1831) reconoce la brutalidad de los métodos empleados; cualquiera que sea su cansancio, los niños deben llegar por la mañana a la hora precisa, de lo contrario son cruelmente castigados.

Una de las declaraciones hechas ante el comité Sadler indica que un niño, que volvió a la casa a las 11 de la noche, se levantó a las 2 de la mañana por temor al castigo que le esperaba si llegaba tarde, y cansado como estaba se arrastró hasta la puerta de la fábrica. En ciertos establecimientos, raramente pasa una hora sin oír los gritos que los golpes arrancan a los niños. A veces los padres mismos pegan a sus hijos para evitarles castigos más brutales; se les golpea con una pesada barra de hierro (el *büly-roller*). Suele ocurrir también que un niño rendido por el sueño se resbale bajo la máquina y quede mutilado para toda la vida. Por la noche, la fatiga se vuelve tan insopportable que los niños preguntan con frecuencia qué hora es, ansiosos de saber cuánto tiempo va a durar todavía su suplicio.

John Allett informa ante el comité Sadler que un día un niño pregunta a su padre: "Padre, ¿qué hora es? –Las siete (de la tarde). –¿Todavía dos horas hasta las nueve? No podré llegar hasta ahí..." Con el corazón oprimido los padres tienen que llevar a sus hijos a la fábrica; pero no pueden hacer otra cosa,

porque saben que, si no hacen trabajar a sus hijos, la parroquia les dejará morir de hambre: sólo tienen derecho al socorro si sus hijos trabajan.

John Doherty conoció, en las hilanderías de algodón, esa infancia dolorosa. Ese aprendizaje de la vida lo preparó para ser un militante obrero. A los 20 años, es secretario de la unión local de los hilanderos de algodón de Manchester, y, en 1829, organizó la gran Unión General de los Hilanderos y Tejedores a Destajo de Gran Bretaña; fue el primer animador sindicalista de su tiempo.

Robert Owen, nacido en 1771, es nieto, por su madre, de un granjero del norte del País de Gales. Su padre, en la pequeña ciudad de Newton, ejerce los oficios de talabartero, de herrero y de maestro de posta. A los 10 años, Robert Owen sale de casa de sus padres con 40 chelines en el bolsillo, y a los 19 años dirige 500 obreros de la primera fábrica de algodón fino del Reino Unido. Cuando se hace cargo, en 1800, de la dirección de las fábricas de New-Lanark, se propone transformar las fábricas en establecimiento modelo, tanto desde el punto de vista social como desde el punto de vista industrial. Se convierte en el tipo del patrón humano, en una época en que la bondad y la humanidad parecen contrarias al sentido práctico. Y, sin embargo, sus fábricas son un negocio próspero. Prosigue, entre 1815 y 1819, el primer esfuerzo sistemático con vistas al establecimiento de una legislación protectora del trabajo. La ley de 1819 es obtenida gracias a su perseverancia y a la reducción progresiva de las horas de trabajo en sus propias fábricas, reducción destinada a demostrar que toda reducción del trabajo es seguida de un aumento de la productividad

individual. La ley de 1819 es, por lo demás, muy distinta del proyecto primitivo, que impedía el empleo de los niños menores de 10 años y reclamaba la creación de inspectores especiales nombrados y pagados para asegurar la aplicación de la ley. Después de la experiencia de New Harmony (1824–1826) y del fracaso de la Comunidad de Igualdad Perfecta, Robert Owen se esfuerza por aplicar el principio del *trabajo fuente y medida del valor*. Funda en Londres el Banco de Cambio del Trabajo Equitativo (*Equitable Labour Exchange*), el 3 de septiembre de 1832, y le da por órgano de propaganda *The Crisis*. Pero en el pensamiento de Owen, los Bancos de Cambio del Trabajo requieren, para triunfar, una condición esencial: una vasta asociación de todas las industrias y de todos los productores. Esa unión de las clases productoras permitirá a los miembros de los Bancos de Cambio formar un círculo completo de operaciones y de intercambios que no tendrá que tomar nada del medio circundante. Robert Owen quiere organizar las diversas producciones en corporaciones nacionales, unidas por el lazo de una federación económica, que cambien entre sí sus productos, tomando por base la cantidad de trabajo incorporado. Durante los años 1833 y 1834, Robert Owen consagra toda su energía a la creación de una unión de las clases productoras: la Gran Unión Consolidada de los Oficios.

John Fielden, diputado de Oldham, es hijo de uno de esos *yeomen* que, expulsados de su pequeña propiedad campesina por el cercado de los campos, formaron la primera generación de los capitanes de industria. En su infancia, trabajó en la hilandería de algodón de su padre; hizo la experiencia personal de la extenuación impuesta a los niños por la fábrica y

conservó vivo recuerdo de ello. Convertido en uno de los fabricantes ingleses más importantes, se consagra enteramente a la legislación protectora del trabajo, en el deseo ardiente de remediar lo que en *The Curse of the Factory System* llama la maldición del sistema industrial.

Defensor del *Ten Hours Bill*, es partidario de la jornada de ocho horas, y estima, como Robert Owen, que la reducción de la jornada de trabajo aumenta la productividad. Su gran sencillez y su integridad hacen que sus amigos lo llamen *el honrado John Fielden*, y el apodo de sus adversarios, que le llaman *mula automática*, no tiene éxito. El nombre de John Fielden queda vinculado al proyecto de huelga general de 1833–1834, como el de Robert Owen a la Gran Unión Consolidada de los Oficios.

En el otoño de 1829 John Doherty organiza una Unión General de Hilanderos y Tejedores a Destajo de Inglaterra, Escocia e Irlanda. La Unión General interviene en la huelga de los hilanderos de Ashton-under-Lyne; pero ésta fracasa. Entonces John Doherty estima que “se demostró que ninguna unión de un oficio particular puede resistir los esfuerzos asociados de los patronos de esa industria particular: es preciso tratar de agrupar todos los oficios”. Y se dedica a esa tarea.

John Doherty crea, desde 1830, la Asociación Nacional para la Protección del Trabajo, una federación de todas las uniones existentes. Fue un éxito rápido. Bien pronto la Asociación agrupa 150 Uniones. Durante los primeros meses, su presupuesto se eleva a 1.866 libras esterlinas. La *Voice of the People*, periódico a 7 peniques, remplaza al *United Trades*

Cooperative Journal como órgano de la asociación. El objeto de la Unión es resistir las disminuciones de salarios, y dar socorros de huelga a quienes, por orden de la Asociación, abandonen el trabajo. Ese abandono del trabajo debe hacerse escalonadamente, a fin de que la Asociación pueda sostener a los huelguistas, asegurando a cada uno 8 chelines por semana. Pero, a fin de permitir que los fondos de la Asociación Nacional puedan socorrer a los huelguistas, la huelga no debe ser declarada más que por un grupo limitado de fábricas. Únicamente después de un primer éxito, y cuando esos primeros huelguistas hayan obtenido satisfacción, irán a la huelga los obreros de un segundo grupo de fábricas.

La Asociación, limitada al comienzo al Lancashire, al Cheshire, a Derby, Nottingham y Leicester, se extiende rápidamente al Yorkshire. Las 150 Uniones que forman la Asociación Nacional comprenden a los hilanderos de algodón, los tejedores de géneros de punto, los impresores de *calicot* y los tejedores de seda, pero también los mecánicos, los fundidores, los herreros, a los cuales se agregan los obreros de las minas del Staffordshire, del Yorkshire, del Cheshire y del País de Gales. Se afilia la Unión Nacional de los alfareros. La Asociación Nacional tiene de 80 a 100.000 miembros; la *Voice of the People* imprime 30.000 ejemplares.

El éxito de la huelga de los mineros de Oldham llamó la atención de las autoridades, y el secretario de Estado del interior, sir Robert Peel, piensa en medidas legislativas destinadas a prevenir el *peligro público* que es la Asociación Nacional.

Después, repentinamente, la *Voice of the People* interrumpe su aparición. Las clases laboriosas no tienen ni los recursos ni la disciplina necesarios para sostener durante largo tiempo ese esfuerzo de organización. Poco a poco la Asociación Nacional se derrumba y desaparece a mediados de 1832.

A esta primera tentativa le sucede casi inmediatamente otra, en la industria de la construcción. La Unión de la Construcción es una etapa intermedia entre la Asociación Nacional para la Protección del Trabajo y la Gran Unión Consolidada de los Oficios.

La Unión de la Construcción es un nuevo esfuerzo de organización general; comprende las Uniones de los picapedreros, de los ladrilleros, de los ebanistas, de los plomeros, de los pintores y de los peones de la construcción. El Congreso anual de la Unión somete a reglas generales los diversos oficios, cada uno de los cuales tiene su reglamentación propia; se le llama Congreso de la Construcción. El poder ejecutivo pertenece a un comité general, y es éste el que acuerda o rehúsa la autorización para hacer huelga.

A comienzos de 1833 el Congreso de la Construcción inicia la lucha contra el sistema de adjudicación. En Liverpool, los oficios de construcción presentan reivindicaciones idénticas. Como represalia, en julio de 1833, los patronos se ponen de acuerdo, en Liverpool y Manchester, para imponer, a los obreros que emplean, la obligación de renunciar formalmente a participar en la Unión de la Construcción.

En septiembre de 1833 el Congreso de la Construcción reúne

30.000 trabajadores. El 5 de diciembre, en Birmingham, se coloca la primera piedra de una casa destinada a convertirse en el *Builderf Guild Hall*. La Unión publica cada semana el *Pioneer of Trades Union Magazine*; este periódico declara que “el poder del capital no tiene valor cuando es privado de nuestro trabajo”. Pero, a continuación de dos huelgas, en Liverpool y en Manchester, el *Pioneer* se convierte en Londres en el órgano de la Gran Unión Consolidada de los Oficios, a la cual se afilia una parte de las asociaciones de la Unión de la Construcción.

Después del fracaso de la Asociación Nacional comenzó una vigorosa campaña en favor de la jornada de ocho horas, gracias a los esfuerzos combinados de John Doherty, de Robert Owen y de John Fielden.

John Doherty, en su *Poor Mans Avócate* (Abogado del pobre), sostiene la iniciativa tomada por los hilanderos de algodón, y éstos son seguidos por los obreros de otras industrias textiles del Lancashire. Y la Unión de los Alfareros, que se había formado en 1830 y que comprendía una decena de millares de adherentes, se unirá a ellos. Robert Owen apoya el movimiento, no solamente en sus frecuentes viajes a través de los distritos del Noroeste, sino en su periódico *The Crisis* convertido en “la Gaceta de la Unión y de la Cooperación de todos los Oficios y del Banco de Cambio del Trabajo Equitativo”.

John Fielden propone a las poblaciones industriales del Lancashire y del Yorkshire el método de la huelga general; aconseja a los obreros realizar por sí mismos la jornada de ocho horas en lugar de dirigirse al Parlamento. En efecto, en

presencia del proyecto de ley adoptado por el Parlamento, la decepción fue grande. Todos los esfuerzos de una campaña generosa y ardiente resultaron estériles; en vano el presidente Sadler se esforzó incansablemente para hacer comprender al Parlamento la crueldad de una organización del trabajo que, desde su adolescencia, hacía de los obreros y las obreras jóvenes, seres gastados, deformados por las enfermedades, el agotamiento y la miseria. El proyecto de ley presentado ante la Cámara de los Comunes por John Cam Hobhouse fue mutilado, en efecto, por el Parlamento. Su proyecto limitaba las horas de trabajo a 13, o sea 11 horas y media de labor efectiva, y prohibía el trabajo nocturno para todos los obreros menores de 21 años. El proyecto se aplicaba a todas las industrias textiles. Pero el Parlamento, elegido para llevar a cabo la reforma electoral, limitó la protección a la industria del algodón, y los niños continuaron sufriendo el agotamiento de las largas horas de trabajo.

The Crisis, del 21 de diciembre de 1833, publica la siguiente carta de John Fielden a Cobbet (del 16 de noviembre):

Estoy persuadido de que estamos en vísperas de cambios importantes; las clases laboriosas no quieren soportar más las cadenas que las mantienen cautivas; las uniones de oficios, sociedades cooperativas, etc., existen en casi todas las ciudades industriales y en todas las aldeas, a través de todo el Reino Unido... Acaba de ser creada una organización que, si es bien dirigida, puede dar buenos resultados... El rechazo del proyecto de ley de las 10 horas fue, para las clases laboriosas, una decepción que todavía no se olvidó. Se aprestan activamente a organizarse a fin de

establecer por las uniones (de oficios) la reglamentación de los salarios y de la duración del trabajo que las clases laboriosas se creen con derecho a obtener, a justo título según mi opinión. Robert Owen vino a visitarme la última semana: el señor Owen tiene opiniones muy particulares, pero es, sin embargo, un hombre notable, humano y bueno; tiene una gran, influencia sobre los obreros más inteligentes... Su amor a las clases laboriosas y los esfuerzos que desplegó con una gran sinceridad y en la intención de mejorar su estado, le dan derecho, a mi juicio, al respeto y a la estima de todos los que trabajan en la misma dirección que él... Me informó de sentimientos que ya conocía yo como propios de las clases laboriosas; me comunicó su resolución de tratar de mejorar su condición por la cooperación y la unión. Pensé interesante sugerir a las clases obreras, en las fábricas, un método que, si resultase bien, permitiría remediar las lagunas de la ley adoptada en la última sesión parlamentaria. Ese método dispensaría de la necesidad de legislar más allá sobre esta cuestión. He aquí mi plan. Hacia el 1º de marzo próximo, día en que la ley entra en aplicación (esa ley que limita la duración del trabajo de los niños menores de once años a 8 horas por día), todos los que tienen más edad (de once años), adolescentes y adultos, harán presión para que la jornada de ocho horas sea la duración máxima de su trabajo, y para que el salario semanal actual (que se les abona por 69 horas de trabajo semanales) les sea mantenido para una duración de 48 horas semanales. Mi audacia os asombrará; pero algo hay que hacer, el Parlamento es demasiado lento para el pueblo, y las clases laboriosas deben tomar en sus manos la resolución de sus propios problemas, así como lo

desea sir Robert Peel; los obreros adultos, en las fábricas, por medio de sus uniones, deben hacer lo que lord Althorpe me dijo: él ve la realización de la medida más bien de esta manera que por medidas legislativas. Los obreros deben darse ellos mismos su ley de las 8 horas... Mis socios y yo mismo hemos decidido dar el ejemplo cuando llegue el momento, y espero que muchos industriales nos seguirán.

La huelga general preconizada por Fielden para conquistar la jornada de 8 horas sin disminución de los salarios, ¿tuvo un ensayo de aplicación? Los hilanderos de algodón deciden reclamar la reducción de las horas de trabajo a contar del 1º de marzo de 1834, el día mismo de la aplicación de la nueva ley sobre las fábricas. Pero la fecha de la huelga general es postergada primero para el 2 de junio, después para el 19 de septiembre, y el proyecto es definitivamente abandonado. Otra tentativa de los mineros de Oldham, en abril de 1834, fracasó igualmente.

Paralelamente con este movimiento en favor de la jornada de ocho horas reaparece, en 1833, el proyecto de una Unión General de todas las asociaciones obreras. Robert Owen anuncia ese proyecto en *The Crisis* del 12 y 19 de octubre de 1833: Acabo de recorrer una de las regiones más pobladas de nuestro país; reina allí una gran efervescencia, pero no es la agitación del viejo mundo, no es una excitación de cólera y de mala voluntad, es un noble y moral entusiasmo de hombres sobrios, trabajadores e inteligentes que, indignados por la injusticia de la organización actual de la sociedad política, se han decidido a afirmar la justicia y los derechos naturales de aquellos a quienes la sociedad debe su comodidad y sus

goces..." "Cuando consideramos el estado real de las cosas, la suma efectiva de trabajo manual no es más que una insignificancia en comparación con las potencias productivas de la sociedad. Si se ponen en función esas potencias productivas, no existe límite a la producción de las riquezas; y únicamente la ignorancia de nuestros gobernantes pudo impedir a los productores disfrutar de todas las formas del bienestar." Robert Owen, en su anticipación, aventaja en un siglo a los tecnócratas y a la esperanza de ver, gracias a la sustitución del hombre por la máquina, acrecentar el bienestar y la cultura de los hombres, en el goce de los ocios creados por los progresos técnicos.

El proyecto de la Gran Unión Consolidada de los Oficios es del otoño de 1833 y, desde diciembre de ese año, las sociedades obreras comienzan a afiliarse en gran número a ella. El 12 de febrero de 1834, *The Crisis* nos dice que se llevó a cabo en Londres, un primer congreso de la institución de Owen. Se decidió que la Gran Unión será una federación de logias corporativas y que agregará a su objetivo esencial el seguro contra la enfermedad cajas de retiros y talleres cooperativos. La federación, cuyo consejo ejecutivo tiene su asiento en Londres, debe tomar la iniciativa de una huelga general de expropiación: no se trata de "entenderse con los dueños de la producción, de la riqueza y de la ciencia en torno de míseras mejoras calculadas sobre la base de una moneda artificial y a cambio de su trabajo, de su salud, de su libertad, de sus alegrías y de su vida, sino de asegurar a cada uno el mejor cultivo de todas sus facultades y el ejercicio más ventajoso de todas sus posibilidades".

Los “amos de la producción” deciden inmediatamente combatir a la Gran Unión Consolidada de los Oficios, poniéndola en interdicción. Los obreros de los diversos oficios que adhirieron a la Gran Unión, son forzados a firmar el *documento*, es decir la renuncia a su afiliación a la Gran Unión. Esa afiliación es un motivo de despido.

Y he aquí a la Unión Consolidada de los Oficios obligada a sostener las huelgas que estallan por doquier. Ya desde noviembre de 1833, los tejedores de punto de Leicester estaban en huelga, y la Gran Unión debió dar socorros a 1.300 de ellos. Luego se produce en Glasgow la huelga de los gremios de la construcción, mientras que, por su lado, los estampadores, los mecánicos, los ebanistas tienen que sostener duras luchas. En Derby, 1.500 obreros, hombres, mujeres y niños, sufren el *lock-out* por haberse negado a abandonar la Unión.

Al principio todas las regiones de Gran Bretaña envían sus contribuciones para sostener a las corporaciones en huelga; pero, a medida que se extiende el movimiento, se vuelve cada vez más difícil obtener dinero de las sociedades obreras ya fuertemente exprimidas. Los recursos de la Gran Unión Consolidada de los Oficios se vuelven insuficientes. En febrero, el comité ejecutivo de Londres decide que cada miembro deberá pagar una cuota de 1 chelín.

En marzo, se declararán en huelga los gasistas de Londres. Las compañías reemplazan a los trabajadores sindicados, pero algunos barrios de la ciudad, como Westminster, quedan durante algunos días a oscuras.

La Gran Unión Consolidada de los Oficios es presa de las divisiones internas. Por un instante, el proceso y la deportación de los jornaleros agrícolas de Dorchester provocan un admirable movimiento de solidaridad. Alrededor de la Gran Unión Consolidada de los Oficios van a agruparse otras grandes uniones que permanecieron hasta allí independientes: la Unión de la Construcción, la Unión de Leeds, la Unión de los Pañeros, la Unión de los Hilanderos de Algodón y la Unión de los Alfareros.

Los obreros agrícolas de los condados del Sur acuden en gran número a la Gran Unión Consolidada de los Oficios. En 1832, los obreros agrícolas, gracias a sus uniones, obtuvieron aumentos de salarios; pero en 1833 los granjeros reducen los salarios y los hacen bajar a siete chelines por semana. También la Sociedad de Amistad de los Trabajadores Agrícolas se asocia a la Gran Unión Consolidada de los Oficios. Pero el 21 de febrero de 1834, los magistrados locales, bajo la presión de los granjeros, previenen a los jornaleros agrícolas por medio de anuncios murales que los adherentes a la Gran Unión serán condenados a la deportación. James y Georges Loveless y cuatro de sus camaradas son arrestados⁴³.

¿Por cuál crimen? Los juramentos pronunciados en la ceremonia de iniciación que imponían los estatutos de la Gran Unión. A esos seis pobres jornaleros no se les podía reprochar ninguna tentativa de intimidación o de *picketing* [formar piquetes]; no habían servido siquiera de delegados a sus

43 GEORGE LOVELESS, Victims of Whiggery, a statement of the persecution experienced by the Dorchester labourers, Londres, 1837.

compañeros para reclamar un aumento de salario. James y George Loveless y sus cuatro camaradas fueron condenados, el 18 de marzo de 1834, a 7 años de deportación; y un navío se los llevó el 30.

Lord Melbourne, Secretario de Estado del Interior, aprueba sin piedad esa condena. Se hizo revivir una ley de 1797 que castigaba a los que prestaran juramento en una sociedad ilegal. Lord Melbourne declara que la ley fue aplicada muy oportunamente en ese caso.

La condena de los seis jornaleros de Dorchester suscita indignación. Las cinco grandes uniones, hasta allí al margen de la Gran Unión Consolidada de los Oficios, organizan reuniones, peticiones, una gran manifestación de las corporaciones obreras ante el ministerio, para presentar una petición, firmada por 250.000 personas. El 21 de abril de 1834, es arrendado en buena y debida forma un terreno baldío, donde los manifestantes pueden reunirse sin contravenir la ley. La manifestación comprende 30.000 trabajadores, y los representantes de varias decenas de oficios desfilan detrás de sus estandartes. Lord Melbourne se encapricha y se niega a anular la pena impuesta a los seis jornaleros agrícolas, cuya condena commueve a la opinión pública.

Ese movimiento de opinión impide al gobierno *whig*, a pesar de las incitaciones de que es objeto, pedir a la Cámara de los Comunes que refuerce la severidad de la legislación relativa a las Trade Unions. Algunos diputados tuvieron la intención de presentar proposiciones tendientes a volver imposibles las uniones de oficios. El gobierno sabe que tendrá en contra una

parte de la opinión pública soliviantada por los radicales y por los conservadores sociales, inspirados por una fe sinceramente cristiana. Los esfuerzos de Hume, principalmente, contribuyen a paralizar las intenciones de Lord Melbourne. Por sus sufrimientos y por su injusta condena, los seis, jornaleros de Dorchester salvaron la escasa libertad sindical que había dado a la clase obrera el *Combination Act* de 1825.

La Gran Unión Consolidada de los Oficios pudo realizar el acuerdo unánime de todas las grandes federaciones obreras; este acuerdo se debió a la emoción creada por la condena de los jornaleros de Dorchester.

La Gran Unión tenía que luchar contra dificultades de todo orden, discordias intestinas y dificultades financieras. La caja de la Gran Unión debió soportar los gastos de diversas huelgas, demasiado numerosas para su presupuesto. Sostuvo la huelga de los obreros sastres de Londres, que, en diciembre de 1833, por primera vez, lograron formar una organización unitaria. Los 20.000 sastres sin trabajo recibieron socorros de la Gran Unión durante varias semanas. Pero ésta se rehusó a apoyar el movimiento de los zapateros, después del de los sastres. En julio de 1834, los obreros de la construcción sufren un lock-out. Su derrota, en noviembre, tiene por efecto la disolución de su unión. La unión de los paneros de Leeds sufre la misma suerte. Sus adherentes son obligados a firmar el documento de renuncia. Los patronos hallaron así un método que les permitía vencer a la Gran Unión Consolidada de los Oficios. Ésta se desmorona y desaparece en los últimos meses de 1834.

II

Desde noviembre de 1831, durante la campaña del Reform Bill, se había constituido una Unión Nacional de las Clases Obreras y Otras. Sus fundadores, William Lovett y sus amigos, reivindican el sufragio universal y la democracia política, a fin de establecer, gracias a su mecanismo, la democracia económica.

Los fundadores de la Unión Nacional de las Clases Obreras –discípulos de Owen y de Hodgskin– son también admiradores de Cobbett y de Hunt. Se oponen al Reform Bill. Así, uno de sus periódicos, *El defensor del pobre*, del 30 de julio de 1831, critica violentamente el proyecto de reforma: “No hemos juzgado necesario continuar exponiendo últimamente las innumerables razones que nos llevan a condenar esta medida (el Reform Bill). Recordad, amigos y hermanos, que vosotros y solamente vosotros producís toda la riqueza real del país; recordad que no disfrutáis más que de una fracción muy exigua de lo que producís realmente.”

A los ojos de aquellos que se pueden llamar demócratas obreros, existe una razón dominante para rechazar el proyecto: el trabajo es la fuente de toda riqueza, la clase obrera produce “toda la riqueza real del país”, y no disfruta en la sociedad actual más que de una ínfima parte de las riquezas producidas por ella. Ahora bien, el proyecto de reforma propuesto por aquellos mismos que acaparan toda riqueza, está destinado a

dar el poder político y el monopolio legislativo a los que se están apropiando el producto del trabajo de los obreros. El bill es, pues, un engaño para la clase obrera; ésta no puede esperar que “sus amos” se despojen de su monopolio para devolver a los productores el producto íntegro de su trabajo.

El defensor del pobre toma posición contra las clases medias y recomienda a los obreros desconfiar siempre de la burguesía tanto como de la aristocracia y de la Iglesia. En julio de 1831, en plena lucha por la reforma electoral, los periódicos de la prensa independiente condenan el bill: él proyecto de reforma no da satisfacción más que a los intereses de las clases medias. Así la nueva asociación fundada por los demócratas obreros lanza una circular invitando a “las clases productoras” de Londres a una asamblea fijada para el 7 de noviembre de 1831, a fin de hacer aprobar una declaración que es el esquema de la futura *Carta del pueblo*.

La Unión Nacional de las Clases Obreras y Otras no tiene más que 1.500 miembros, de los cuales sólo 500 pagan regularmente su cuota. Su principal actividad consiste en realizar asambleas. En las reuniones de la Unión Nacional de las Clases, nos dice Francis Place, se presentan centenares de personas a las puertas de la reunión. Los *rotundanistas* –tal es el apodo que se les da– ejercen una acción y una influencia que se extiende más allá de los límites de su pequeña asociación.

Estas reuniones de la *Rotunda* serán el punto de partida de un movimiento que se extenderá a toda Inglaterra y estará destinado a conquistar la opinión pública para los principios democráticos, a fin de ejercer una presión sobre el gobierno y

el Parlamento. Los demócratas obreros esperan empujar a Francis Place y a los radicales burgueses a esa campaña en favor del sufragio universal. En realidad, no hay acuerdo posible entre los radicales burgueses y los demócratas obreros. Ni su ideal ni su táctica son los mismos. Sin duda unos y otros desean el advenimiento de la democracia política. Pero la democracia no representa a sus ojos el mismo régimen social. Para los radicales burgueses es la expresión definitiva de un sistema de equilibrio entre los intereses de las diversas clases sociales. El proyecto de reforma es una etapa que permitirá a las clases laboriosas hacer su educación política antes de participar en el gobierno del país. Al contrario, los demócratas obreros ven en las instituciones democráticas la armazón política necesaria para una transformación profunda de la sociedad.

En marzo de 1832, la Cámara de los Comunes aprueba el bill de reforma. El 16 de junio, *El defensor del pobre* aprecia la nueva ley en esta forma:

El bill, se convirtió en ley. ¿Y ahora dará al honrado obrero sus derechos? No, no se los dará; excluirá al pobre y, en tanto que los pobres estén excluidos de sus derechos, seguirán siendo miserables y extraños a los beneficios de la civilización y de la vida social. La causa de todos nuestros males es la corrupción; y los hombres que se beneficiarán con el bill de reforma son los instrumentos de la tiranía, de la corrupción y del vicio.

La reforma electoral, lejos de llevar alguna mejora a la condición de los obreros, no hará por tanto, más que aumentar

la opresión que ejercen sobre los trabajadores los hombres de la clase media: “¿Qué podemos esperar de esos hombres que no se proponen otra cosa que luchar mediante la baja de precios y burlarse unos a otros así como engañar al resto de la humanidad, de esos hombres que estuvieron agregando sin cesar la casa a las casas y los campos a los campos, sin poner jamás mano a ningún trabajo útil?” La ley de 1832 no es un progreso, sino un retroceso. El Parlamento cayó en manos de los peores enemigos del obrero, de esos hombres enriquecidos con el trabajo de los pobres y despreocupados de su miseria. Esta condena de la nueva ley no es la opinión individual de un periodista más o menos influyente; es la expresión de la actitud que adoptan las masas obreras frente a la reforma electoral. *El defensor del pobre* es el órgano de las reivindicaciones de los demócratas obreros.

Los fundadores de la Unión Nacional de las Clases Obreras y de la Asociación de Trabajadores (16 de junio de 1836), son artesanos: John Jaffray, encuadernador; William Savage, jornalero; Henry Mitchell, tornero; John Skelton, zapatero; Daniel Binyon, jornalero; Richard Cameron, sobrestante de tiranería; James Lawrence, pintor; William Moore, grabador en madera; Arthur Dyson, compositor de imprenta; John Rogers, sastre; William Isaacs, fundidor de tipos de imprenta; James Jenkinson, grabador; Edward Thomas, jornalero. Henry Hetherington, luego impresor, comenzó como tipógrafo; William Lovett es ebanista.

La UNCOO, fundada en 1831, está compuesta, principalmente, por obreros; tiene exactamente el mismo objetivo que el futuro movimiento cartista: la conquista de los

derechos políticos, el derecho para el obrero al producto integral de su trabajo, derecho cuyo reconocimiento no puede ser asegurado más que por una representación obrera introducida en el Parlamento por el sufragio universal.

En diferentes barrios de Londres, Hetherington y Lovett organizan cursos donde son discutidas las obras de Paine, Godwin, Robert Owen. Hetherington recorre Gran Bretaña y llega a organizar, principalmente en Manchester, asociaciones según el modelo de la Unión Nacional de Londres. Esas Uniones alarman a la vez al gobierno y a los reformadores como Francis Place. Éste define la diferencia entre las Uniones de los demócratas políticos y las de los demócratas obreros, diciendo que los primeros desean el éxito del Reform Bill a fin de evitar la revolución, y los segundos desearían su derrota como medio para provocar la revolución. En ningún momento de la campaña del Reform Bill se advierte simpatía entre el gobierno y las Uniones políticas obreras. Y sin embargo la agitación política obrera sirve indirectamente al gobierno para vencer la resistencia de la Cámara de los Lores.

La reforma electoral de 1832 no podía satisfacer a los radicales burgueses ni a los demócratas obreros. Se trataba solamente de una extensión del privilegio de voto, y el derecho de sufragio que, lejos de reposar sobre la idea democrática del derecho igual para todos, seguía siendo *una franquicia*.

Esta reforma no consagraba ninguna de las seis reivindicaciones del radicalismo: ni la renovación anual de los parlamentos, ni el sufragio universal, ni la igualdad de los distritos electorales, ni el escrutinio secreto, ni los fueros

parlamentarios, ni la supresión del censo de elegibilidad. Son estas seis reivindicaciones fundamentales del movimiento democrático, desde sus orígenes, las que constituirán los seis puntos de la *Carta del Pueblo*. El 8 de mayo de 1838, la Asociación de Trabajadores dirigirá esa carta a las asociaciones obreras y a las asociaciones radicales.

La *Carta del Pueblo* continuará siendo, hasta 1848, el programa del movimiento cartista; parece imprimir al cartismo el carácter de un movimiento democrático. Los principios afirmados en su proyecto de ley por los hombres de la Asociación de Trabajadores, ¿son de orden exclusivamente político? El sufragio universal ¿no es, desde 1780 y 1792, la reivindicación central del partido radical? Este partido creció desde 1815, y su popularidad se debió al favor creciente de que disfruta esa reivindicación en los ambientes populares. La reforma de 1832 no es, en sí misma, más que una concesión hecha a la opinión pública; los unos no la aceptaron y preconizaron más que como una etapa que debía conducir al sufragio universal; los otros la condenaron como un desengaño infligido a sus esperanzas.

La *Carta del Pueblo* ¿es un ensayo de redacción de los principios de la democracia política? Lo es, pero sólo en apariencia. Las reivindicaciones políticas de los demócratas obreros implican otras reivindicaciones que darán al movimiento un carácter netamente socialista. Para los cartistas, la verdadera democracia entraña una revolución social. En esa época, la designación de socialistas señala más particularmente a los discípulos de Robert Owen, y la de demócrata es siempre empleada en un sentido que une.

estrechamente, como las dos caras de una medalla, la democracia política y la democracia social. En Inglaterra, como en Francia, las clases laboriosas adquieren conciencia de su fuerza. Experimentan la necesidad de organizarse de una manera autónoma. La autonomía y una voluntad innovadora son ya los rasgos esenciales que dan al movimiento obrero sus formas propias. Autonomía y voluntad creadora son afirmaciones de juventud y de vitalidad.

La Asociación de Trabajadores está compuesta exclusivamente por obreros. Cuando se fundó el 16 de junio de 1836, por la voluntad misma de sus fundadores, no apeló más que a las solas fuerzas de la clase obrera. “Se planteó entre nosotros, dijo Lovett, la cuestión de saber si podríamos organizar y dar vida a una asociación compuesta exclusivamente por hombres pertenecientes a la clase obrera”. La A. de T. es precisamente una experiencia intentada por Lovett, Cleave y Hetherington para llevar a la clase obrera a administrar sus asuntos con un espíritu de completa independencia. Lovett nos explica que los fundadores de la A. de T. querían liberar las masas laboriosas de su sometimiento frente a los “grandes hombres”, en los cuales tenían siempre los ojos fijos y de los cuales esperaban un gesto para pensar y para obrar. “En manos de esos líderes, que manejaban los hilos, la clase obrera se dejaba conducir como un títere obediente a los caprichos de su ídolo momentáneo. Cuando esos ídolos populares cayeron de su pedestal, se encontró más desamparada que nunca.” Por lo tanto: desconfianza frente a estos líderes.

La clase obrera debe aprender a guiarse por sí misma, sin el

socorro de esos directores de la conciencia social a quienes había dejado hasta allí la atención de sus intereses. Debe convertirse en su propio gerente de negocios. Los fundadores de la A. de T. ven en su asociación una escuela en la cual los obreros podrán instruirse, discutir libremente y darse a sí mismos la propia educación política.

Esta concepción es profundamente original porque quiere sustituir la dirección exterior e inestable de los conductores populares por una acción consciente y autónoma. La clase de los trabajadores encontrará sus jefes naturales en una aristocracia obrera que formará la A. de T. ¿Tiene necesidad de vincularse esta concepción con la; del sindicalismo, al considerar como agente activo de la revolución a una minoría obrera, poseedora de una educación social y sindical superior? Sin duda, la A. de T. se declaraba dispuesta a prestar su concurso a todos los que trabajan en favor de la felicidad del pueblo; pero “debía tener siempre presente en el espíritu esta verdad de la experiencia: que la división de los intereses de las diferentes clases se opone en la sociedad actual, muy a menudo, a la unión de los corazones y de las voluntades”.

La asociación estaba resuelta a no reclutar sus miembros más que en las filas de la clase obrera. Pero, agregaba el artículo 8, “como no se está de acuerdo sobre la línea de demarcación que separa la clase obrera de las otras clases, la tarea de determinar si un candidato es elegible se deja en manos de los miembros mismos”.

La política de la A. de T. será una *política obrera*. Sin embargo no domina esa política el *principio de la lucha de clases*. La A.

de T. acepta la colaboración con todos los servidores de la causa popular. Sin duda la comunidad de sentimientos, “la conciencia de clase”, es la condición indispensable de toda realización y de todo éxito. La A. de T. se funda esencialmente en la acción personal de la clase obrera, que debe hallar sus jefes en su propio seno. Cada clase tiene sus intereses propios; es incapaz por lo tanto de representar a las otras clases. La clase obrera debe, pues, tener representantes tomados de sus propias filas. Solamente hay que advertir desde ahora que, de esa idea de clase, la A. de T. no deduce, como consecuencia necesaria, un antagonismo irreductible, y admite alianzas con los demócratas burgueses.

Esta acción de clase que quiere inaugurar la A. de T. debe convertirse en una acción internacional. Las clases laboriosas de todos los países están ligadas por sentimientos e intereses comunes.

El año mismo de su formación, en noviembre de 1836, la A. de T. envía un manifiesto a la clase obrera belga, y Lovett reivindica para su asociación “el honor de haber introducido por primera vez el hábito de los mensajes internacionales, entre obreros de diferentes países”. “La clase obrera ignora la situación que ocupa en la sociedad... Nuestra emancipación depende de la difusión de esas verdades entre los obreros de todos los países.”

Las clases laboriosas adquieren conciencia de su importancia. Comprenden la eminente dignidad del trabajo y aspiran a una organización de la sociedad fundada en el trabajo.

En el manifiesto que la A. de T. dirige a la clase obrera belga afirma dos ideas: la de la “eminente dignidad” de la clase obrera y la de su derecho a la riqueza producida. La clase obrera ocupa en la sociedad un puesto fundamental: el primero, dado que es la clase productora. Esta proposición tiene por corolario el derecho para los obreros, productores de la riqueza, “a ser los primeros en disfrutarla”. La A. de T. hace suyas las dos teorías de exclusiva productividad del trabajo y del derecho al producto integral del mismo.

En enero de 1832, uno de los miembros más activos del comité de la Unión Nacional de las Clases Obreras, William Benbow, lanza la idea de huelga general. Benbow mantenía el Café del Comercio que se encontraba en 205 Fleet Street y la reputación del dueño atraía a una numerosa clientela de obreros demócratas y socialistas.

Benbow ponía tanto más ardor en su propaganda social cuanto que era al mismo tiempo un modo excelente de publicidad para el Café del Comercio; pero la causa que servía Benbow ¿no estaba interesada en que el Café del Comercio estuviese muy concurrido?

La suspensión universal simultánea de la fuerza productiva en todos los oficios *aparece en 1832 bajo el nombre de Grand National Holiday*⁴⁴. Los cartistas la llamarán tan pronto *Sacred Month* como *General Strike*. Las dos expresiones de “mes sagrado” y “huelga general” son empleadas indiferentemente

44 El 14 de enero de 1832, *El defensor del pobre* anuncia el folleto, cuyo texto fue reimpresso, en 1912, en Geuthner. [*Grand National Holiday*: Gran Jubileo Nacional. N. del T.]

por los oradores y los publicistas del movimiento. El folleto de Benbow se titula *Gran fiesta nacional y Congreso de las clases productoras*. El título es seguido de estas palabras: “Y ahora, ricos, llorad y aullad... Habéis retenido por fraude el salario de los trabajadores que cultivaron vuestros campos; ved, eso clama venganza, y los gritos de los cultivadores llegaron a los oídos del Dios de los Ejércitos. Habéis condenado y hecho morir a los justos y ellos no os resistieron.

La dedicatoria preliminar comienza también con una cita de Ezequiel: “Sus príncipes están en medio de ellos como lobos que devoran una presa; derraman la sangre, pierden las almas, usurpan una ganancia deshonesta. Los amos de la tierra usaron la violencia, ejercieron el bandolerismo y afligieron al pobre y al necesitado”.

Es la huelga general que preconiza Benbow en una forma a la vez grandilocuente e infantil. Durante un mes las clases productoras reunidas en congreso cesarán todo trabajo; durante ese mes de Fiesta Nacional, los productores podrán entenderse para establecer el reino de la igualdad y de la dicha.

Las clases productoras mostrarán su poder, no por una rebelión sangrienta, por una insurrección a mano armada, sino por una simple suspensión del trabajo y de la producción:

En presencia de crisis constantes, los economistas hablan, unos de superproducción, otros de superpoblación. La superproducción ¿causa nuestra miseria? Superproducción, en verdad, cuando nosotros, los productores, medio

muertos de hambre, no podemos obtener con nuestro trabajo nada que se parezca a una cantidad suficiente de productos. Jamás, en ninguna otra época, en ningún otro país que no sea el nuestro, fue invocada la abundancia como una causa de miseria. Buen Dios, ¿dónde está esa abundancia? ¡Abundancia de víveres! Preguntad al agricultor o al obrero si es ésa su opinión: su cuerpo demacrado es la mejor respuesta. ¡Abundancia de vestidos! La desnudez, el escalofrío, el asma, los resfíos y los reumatismos del pueblo son la prueba de su abundancia de vestidos. Nuestros señores y amos nos dicen que producimos demasiado. ¡Muy bien! Entonces cesaremos de producir durante un mes y pondremos así en práctica la teoría de nuestros señores y amos.

Al poner en práctica la teoría de la superproducción y al cesar de producir durante un mes, las clases obreras mostrarán que es de ellas de quienes depende toda producción y toda riqueza, que toda vida social se detiene por la detención misma del trabajo.

Socialismo obrero, unión internacional de las clases laboriosas, política de clase, pero no de lucha de clases, posibilidad de alianza con los partidos burgueses, tales son los principios que inspiraron la formación de la Asociación de Trabajadores, pero que no bastan para definir el cartismo. Estas líneas generales de una doctrina y de una táctica se completan, desde enero de 1832, por la idea de la huelga general.

El cartismo es, ante todo, el movimiento de las masas.

Representa uno de los primeros impulsos colectivos. Pero no es solamente un movimiento anónimo: en él aparecen personalidades relevantes. La evolución del cartismo, como su expansión, no puede explicarse sin los genios reunidos alrededor de su cuna y que presidieron sus destinos.

Esos rostros humanos concretan y encarnan las doctrinas que se mezclaron con el cartismo. Pero, por encima de los diques de la ideología, hubo corrientes que arrastraron ese movimiento de masas como un río; su curso fue tan impetuoso que, franqueando los obstáculos que ponían en su camino las circunstancias adversas o la perversidad de los hombres, a veces lo arrasó todo, inclusive las ideologías. El cartismo debe su fuerza a ese ímpetu de las masas obreras, que han hecho para sí, su primera gran experiencia histórica.⁴⁵

45 EDOUARD DOLLÉANS, *Le Chartisme (1830d848)*, 2 vols., Ed. Fleury, 1912–1913.

VI. REFORMISMO Y LUCHA DE CLASES

El cartismo ha tenido por iniciador un grupo de artesanos de Londres, casi todos obreros de pequeñas industrias, de pequeños oficios independientes y que Marx habría llamado socialistas pequeñoburgueses. Su concepción fundamental puede resumirse en esta fórmula: *La democracia política implica el socialismo como su realización más completa y su desenvolvimiento lógico.* Al considerar distintos los intereses de las clases, los iniciadores del cartismo quisieron determinar la organización de las clases obreras de una manera autónoma y llevarlas a una acción propia.

Esta idea de autonomía caracteriza al movimiento cartista. Por primera vez en su historia, las clases laboriosas realizaron, durante diez años, una acción autónoma, interrumpida sin duda más de una vez, ya sea por crisis de desesperanza o por tentativas de alianza con otras clases.

La ocasión que hace brotar el impulso cartista es la crisis que se prolonga en Gran Bretaña desde 1837 a 1843. En 1837 coexisten los dos elementos del movimiento: una crisis generadora de mayor miseria y desocupación. Una atmósfera de rebelión, una esperanza cristalizada alrededor de algunas

doctrinas: aquellas que, entre 1831 y 1836, fueron formuladas por los demócratas obreros y por un intelectual, Brongerre O'Brien, discípulo de Thomas Hodgskin, ese admirador de la revolución francesa, de Robespierre y de Babeuf. Sus fórmulas parecen traducir las aspiraciones de las masas obreras, porque los obreros y el intelectual supieron desligar de la maraña de las fuerzas económicas, tendencias sistematizadas en vista de su propósito. Gracias a ellos, el ímpetu anónimo de los innumerables encontró una dirección; la luz de algunos principios guió su marcha.

Pero las masas obreras tuvieron más aún. Se contó con un cierto número de militantes para organizarlas, para agrupar a todas las categorías de trabajadores y esclarecer en éstos la conciencia de sus intereses comunes. Diez años de lucha los harán vibrar con las mismas esperanzas y los mismos sufrimientos.

No se ensalzará nunca demasiado el coraje, la generosidad, la abnegación y a menudo también el heroísmo de los militantes que formaron los cuadros del movimiento. Pero esos jefes, distintos por su temperamento y sus tendencias, eran de carácter y de valor desiguales.

Al lado de los obreros sindicalistas –los más puros de todos–, al lado de los doctrinarios desinteresados y de los revolucionarios sinceros, hubo entre ellos encantadores de muchedumbres y mercaderes de ilusiones que fueron a la vez asombrosos agitadores y los peores demagogos.

Bajo esas influencias diversas y a menudo discordantes, el

movimiento obrero seguirá en sus fluctuaciones, el ritmo de la vida industrial y las oscilaciones de la esperanza.

I

En los primeros meses de 1837, la Asociación de Trabajadores de Londres, dirigida por obreros legalistas, y reformistas, elabora la *Carta del Pueblo*. Los demócratas obreros combatieron juntos contra la reforma electoral de 1832, juzgada insuficiente por ellos; condujeron por medio de la prensa barata⁴⁶ una campaña que provocará la reducción del impuesto de timbres en 1836. Como socialistas, deben a Robert Owen y a Hodgskin sus ideas sobre la exclusiva productividad del trabajo. Como demócratas, siguieron las directivas de los Hunt y de los Cobbett. La democracia política les parece el camino más corto hacia el socialismo; también pusieron a la cabeza de su programa las seis reivindicaciones que serán los seis puntos de la Carta. En fin, apelan a la “reforma moral”, de ahí el nombre de “cartistas de la fuerza moral” que se les aplicará.

La educación de la clase obrera, tal es el objeto esencial que se proponen los hombres de la A. de T. Esta asociación fue formada para “crear una opinión pública moral, reflexiva,

46 *La presse à bon marché*: con este término se designaba a la prensa popular, la que había dejado de ser un privilegio de pocos para convertirse en órgano de gran difusión entre las masas. (N. del T.)

enérgica, destinada a producir una mejora gradual de la condición de las clases laboriosas sin violencia ni conmoción". Fue fundada por los obreros "con la intención de unir la porción sobria, honesta, moral y reflexiva de sus hermanos, con la intención de constituir bibliotecas y sociedades de discusión, obtener una prensa honesta y barata, evitar las reuniones en las *public houses*, instruir a las mujeres y "a los niños. Porque toda organización debe comenzar en nosotros mismos y por nosotros mismos". La influencia owenista aparece en esa confianza en el poder de la razón. La A. de T. quiere proseguir paralelamente la emancipación política de las masas y continuar la tradición democrática, apelando a la fuerza moral de la opinión pública; dirige la *Carta del Pueblo* a las asociaciones radicales y a las asociaciones obreras del Reino Unido; y después de ello, envía en misión de delegados a Cleave, a Hetherington y a Vincent. Desde Londres espera difundir el movimiento por toda Inglaterra.

Pero el cartismo no será un movimiento de educación popular ni un movimiento democrático conducido según los métodos legalistas de acción. Muy pronto se apartará de los reformistas de la A. de T. William Lovett, redactor de la Carta, y sus amigos lucharán en vano contra tendencias que no habían previsto. A la fuerza moral se opondrá pronto la fuerza física, como un medio de realización más seguro, más eficaz y más rápido.

El movimiento obrero cartista obedece a una evolución brusca, desde que la agitación se difunde entre las poblaciones obreras de los distritos industriales del Noroeste. Los cartistas de Londres no representan más que un estado mayor sin

tropas. El proletariado del Lancashire y del Yorkshire comunica al movimiento una amplitud y un poder que no habría tenido de otro modo.

Pero al mismo tiempo, de reformista que era, el movimiento se vuelve revolucionario. Feargus O'Connor opone a los líderes de la Asociación de Trabajadores, esos artesanos calificados, los obreros "*de cara no afeitada, de manos callosas y de indumentaria de fustán*". Esas masas compactas, ese proletariado de las ciudades negras de humo que se estremece por la rebelión, bajo el impulso de la miseria está pronto a todo. La huelga general se convertirá en un medio de agitación, destinado a sublevar las clases laboriosas contra el maquinismo, el capital y los capitanes de industria.

La evolución del cartismo mostrará, al mezclarse, unirse, chocar, las corrientes ideológicas y psicológicas de las que surgió, la prudencia de los métodos reformistas y legalistas, el culto impetuoso e intransigente de los revolucionarios franceses, las fórmulas de las tesis marxistas, antes de su enunciación.

Esta evolución del reformismo hacia la violencia es rápida. El 1º de enero de 1838, el llamado a la violencia es la conclusión de un discurso del pastor Stephens aparecido en la *Northern Star* del 6. El 24 de marzo, George Julián Harney ataca ásperamente a la A. de T.: Al pretender demostrar la mentira de la solidaridad y de la paz sociales, la insuficiencia de la educación y de la fuerza moral, afirma el antagonismo de la clase obrera y de las otras clases sociales.

En ocasión de la Ley de Pobres, en la asamblea de Newcastle-upon-Tyne, el reverendo Stephens aconseja a los obreros que lo escuchan que resistan con la fuerza a esa ley *maldita*, y que no permitan que la ley de Dios sea violada por la ley del hombre:

Si los que producen toda la riqueza no tienen derecho, conforme a la palabra de Dios, a recoger los dulces frutos de la tierra que, según la palabra divina, cultivaron con el sudor de su frente, entonces que combatan a cuchillo a sus enemigos, que son los enemigos de Dios. Si el fusil y la pistola, si la espada y la pica no bastan, que las mujeres tomen las tijeras y los niños el alfiler o la aguja. Si todo fracasa, entonces el tizón encendido; sí, el tizón encendido (tempestad de aplausos), el tirón encendido, lo repito, iprended fuego a los palacios!...

Esta evolución del reformismo hacia la violencia se explica primeramente por la psicología de las masas, por la atmósfera en que esas muchedumbres miserables se agolpan en las asambleas y escuchan la violencia apasionada de un cristiano como el reverendo Stephens, que traduce sus sentimientos.

Se explica también por la psicología de los jefes. El sufrimiento exasperado de los Lowery y de los Marsden, lo mismo que el absolutismo idealista de los Taylor y de los Mac Douall, arrastraron las clases obreras a la rebeldía.

En efecto, las tesis de Lovett y de sus amigos, tanto como las de Bronterre, prepararon esa atmósfera y, sin que los demócratas obreros lo hubieran querido ni previsto, crearon

un estado de espíritu revolucionario que lo arrollará todo, individuos y acontecimientos, en el sentido de la violencia.

El hombre que contribuyó más a esa evolución del cartismo es Feargus O'Connor: figura simbólica que se opone a la del obrero autodidacto William Lovett. En él ven los carlistas de la fuerza moral al genio malo que desviará el movimiento y lo conducirá a un fracaso. Temen su poder de seducción sobre las masas obreras.

Feargus O'Connor no es, como Bronterre, un hombre de la clase media. Se atribuye inclusive el prestigio de una herencia real que se remonta al siglo XII; se dice descendiente de Rodric O'Connor, rey de Irlanda. Es el hijo de Roger y el sobrino de Arthur O'Connor, que sufrieron, uno y otro, prisión por la causa irlandesa.

Feargus O'Connor aparece en la escena política a los 37 años, en 1831, con el patrocinio de Daniel O'Connell. Elegido diputado de Cork, en ocasión de la elección general de 1832, figura durante los años siguientes entre los radicales más avanzados. Parece compartir, en esa época, los puntos de vista políticos de los demócratas socialistas; en marzo de 1833, asiste a una reunión de la Unión Nacional de las Clases Obreras y toma allí la palabra contra el gobierno *whig*. Reelegido en 1835, se lo invalida. A comienzos de 1837, organiza la Asociación Democrática contra la Asociación de Trabajadores, a la que acusa de no representar más que a una aristocracia obrera y de traicionar los intereses de las clases obreras, en provecho de las clases medias.

El 18 de noviembre de 1837, Feargus O'Connor lanza un periódico, la *Northern Star*, cuyos orígenes, relatados por Robert Lowery, ilustran el carácter del demagogo irlandés. J. Hobson, M. Hill y algunos otros demócratas del Yorkshire, comprendiendo que era preciso un periódico para servir de órgano al movimiento naciente, llegaron a reunir, bajo la forma de una sociedad por acciones, algunos centenares de libras; Feargus O'Connor los persuade de que no llegarán a obtener la suma necesaria y que la autoridad de un consejo trabarán al redactor y destruirá la influencia del periódico. Propone que los accionistas le presten el dinero reunido por ellos: les garantiza el interés y, completando el capital, comenzará inmediatamente la publicación. Hobson será administrador y Hill jefe de redacción. Así se hizo. Pero, si ha de creerse a Robert Lowery, en esa época Feargus no poseía capital alguno, y el dinero de los accionistas fue el único que consagró al periódico. Más aún, no teniendo en el bolsillo lo necesario para pagar la primera semana de salario, el hábil ilusionista debió recurrir al préstamo de Joshua Hobson, según el *Whistler*, o, al de John Ardill, según Hobson mismo. En su discurso del 26 de octubre de 1847, Feargus protesta contra esas afirmaciones y declara que, cuando entró en el Parlamento, poseía 400 libras de rentas anuales, ganaba 800 con su finca y 2.000 con su profesión; agrega que en 1837 tenía a su disposición 5.000 libras. La fortuna sonríe al nuevo periódico, cuya tirada se eleva rápidamente hasta sesenta mil ejemplares. Ésa es al menos, la cifra que da Lowery en sus artículos del *Temperance Weekly Record*. Feargus O'Connor, el 26 de octubre de 1847, confiesa que, cuando el periódico tiraba 43.700 ejemplares por semana, daba 325.000 francos de beneficio.

Las masas obreras que aclaman a Feargus O'Connor, admirán en él, ante todo, al atleta. Aún antes de decir una palabra, su estatura se impone a una muchedumbre prendada de la fuerza física. Feargus tiene más de seis pies de alto, y posee puños sólidos que hacen de él un boxeador temido en las elecciones. Sus músculos no son los únicos argumentos con que lo dotó la naturaleza: posee también un órgano vocal que le asegura siempre la última palabra: tiene “una voz de trueno que muerde el espíritu y atraviesa los oídos de sus oyentes más distraídos, y al mismo tiempo reduce al silencio a los más ruidosos”.

Feargus no hace grandes esfuerzos de imaginación para seducir a las muchedumbres que lo escuchan; gracias a la potencia de su garganta y a una elocuencia inagotable, el demagogo puede contentarse con desarrollar temas simpáticos al pueblo o ideas tomadas a otros. Es el tipo del encantador de muchedumbres que divierte, gracias a palabras imprevistas, a anécdotas picantes, a sus burlas, a su humorismo.

En noviembre de 1837, Feargus consolida, su poder: se convierte en el propietario de la *Northern Star*, que será en lo sucesivo el periódico oficial del cartismo.

Feargus tiene el arte de rodearse de hombres cuya sinceridad le sirve de garantía. Por ejemplo, ese Richard Marsden, un pobre tejedor a mano, víctima del progreso del maquinismo, que lucha desde hace años para alimentar a su familia con un salario de algunos chelines por semana. Cuántas veces recordará Richard Marsden a sus oyentes que un día, sin un centavo, vio a su mujer desmayarse de agotamiento mientras

alimentaba a su hijito. Richard Marsden tiene tiernos ojos azules, un rostro impregnado de bondad y de una gran dulzura, pero sus sufrimientos y el espectáculo de la miseria de los otros pusieron en su corazón el odio a la sociedad. Espera curar los males de sus compañeros de infortunio “derramando un poco de sangre impura, para asegurar la salvación de la sociedad entera”.

II

El estado de espíritu que reina en los distritos del Noroeste es llevado al paroxismo por las reuniones públicas. Los obreros acuden a ellas después de una jornada de duro trabajo o exasperados por semanas de paro forzoso. Por eso sus almas se inflaman fácilmente ante las expresiones de violencia.

En el hogar la miseria; fuera, un cuadro dramático. En las asambleas, por la noche, al claro de luna o al resplandor de las antorchas, los oradores olvidan toda moderación ante la vista de los rostros enflaquecidos y hambrientos de los que escuchan. Y cuando uno de ellos grita que llegó el momento de obrar y a su pregunta: “¿estáis prontos?” responde una descarga de armas de fuego, ¿cómo esa atmósfera de emoción colectiva no va a congregar a todos los asistentes en un, mismo movimiento de rebelión contra las condiciones económicas y sociales de su existencia?

Desde el 19 de enero de 1838, cada asamblea muestra los progresos de la fuerza física y el retroceso de los métodos de la

A. de T. Cada asamblea ilumina una de las etapas de la evolución.

El 1º de enero, el conservador social Stephens se declara un “revolucionario por el fuego, un revolucionario por la sangre, hasta el cuchillo y hasta la muerte”; aconseja que todo hombre tenga listas sus pistolas y su pica, toda mujer sus tijeras y todo niño su caja de agujas. Es el día de año nuevo, en Newcastle-upon-Tyne, cuando la necesidad de la violencia se expresa por primera vez. El mismo mes, en Glasgow, a propósito del Factory System, en nombre del derecho de todo hombre a “procurarse por medio de su trabajo con qué alimentarse y vestirse confortablemente, él, su mujer y sus hijos”, el mismo Stephens intimá a las clases reinantes a obrar “como la ley prescribe y como Dios ordena”, si no: “Lo juramos, por el amor que tenemos hacia nuestros hermanos, por Dios que nos creó a todos para ser felices, por la Tierra que nos dio para alimentarnos, por el Cielo que destina a los que se aman unos a otros aquí abajo... Envolveremos con una llama devoradora, a la que no podrá resistir ningún brazo, las manufacturas de los tiranos del algodón y los monumentos de sus rapiñas y de sus crímenes, edificados sobre la miseria de millones de seres que Dios, nuestro Dios, el Dios de Escocia creó para ser felices.”

El 31 de marzo de 1838, en la *Northern Star*, Brontérre comprueba que “las poblaciones obreras ya tienen bastantes palabras, que quieren hechos”.

El 8 de mayo, la Asociación de Trabajadores publica la *Carta del Pueblo* que es presentada en una reunión pública celebrada

en Glasgow el 28 de mayo, con los auspicios de una organización de la clase media, la Unión Política de Birmingham, cuyo presidente es un diputado al Parlamento, Thomas Atwood. Doscientos mil trabajadores se encuentran reunidos en las márgenes del Clyde, el aire resuena con cuarenta orquestas y doscientos estandartes flotan al viento. Thomas Atwood toma la palabra. La A. de T. y la Unión Política de Birmingham (UPB) están de acuerdo en aconsejar a los demócratas cartistas que presenten al Parlamento petición tras petición; si la Cámara de los Comunes no se inclina ante la voluntad expresada por los tres millones de firmas que se pueden lograr, después de haber dado a los legisladores tiempo para la reflexión, los obreros y los hombres de la clase media, dispuestos a sostener los derechos de las clases laboriosas, deberán proclamar en todos los oficios una huelga general “sagrada y solemne”: ni una mano deberá moverse en la obra, todos los corazones, todos los cerebros, todos los brazos deberán unirse para trabajar por el éxito de la causa del pueblo, hasta el día en que la victoria sonría a sus esfuerzos.

La idea de la huelga general, lanzada en 1832 por el tabernero socialista William Benbow, es retomada, en la primavera de 1838, por el moderado Thomas Atwood. En los artículos de la *Northern Star* se vuelven dominantes dos ideas, la insurrección y la huelga general. Parece que esos dos modos de acción revolucionaria, el modo antiguo y el modo nuevo, pueden ser empleados simultánea o separadamente; la huelga general se indica como el método “pacífico” de la revolución. Las dos son aplicaciones de la lucha de clases.

III

En la asamblea de Hyde, el 14 de noviembre de 1838, Stephens aconseja a sus oyentes proveerse de un cuchillo ancho “que servirá muy bien para cortar una lonja de jamón o para atravesar al hombre que resista”. Les pregunta si están dispuestos y si están armados; dos o tres disparos responden: “¿Eso es todo?” reclama Stephens, y entonces suenan innumerables disparos. Pide luego que los que quieran comprar armas, levanten la mano: todas las manos se levantan y se oyen nuevas descargas. Les dice que se procuren fusiles, pistolas, espadas, picas y todos los instrumentos “que pronunciarán palabras más cortantes que los labios”; a lo cual Stephens agrega: “Veo que todo va bien y os deseo buenas noches.”

El gobierno hizo fijar en los muros una proclama que declaraba ilegales las asambleas al resplandor de las antorchas. Y con eso, el gobierno mismo contribuyó a la evolución del cartismo. Dio a los predicadores de la violencia un argumento que hacen valer ante las masas para persuadirlas de que, en presencia de la persecución, en presencia de esa negación del derecho de reunión, la política de la fuerza moral sería un engaño.

El llamado a las armas y a la insurrección se presenta como la resultante lógica de los actos del gobierno, que se preparaba para intervenir con la fuerza. Menos prudente que Feargus O’Connor, que aconsejó abandonar temporariamente las

asambleas al resplandor de las antorchas, Stephens denunció la proclama como un “insulto al pueblo oprimido”. El 28 de diciembre es arrestado.

El arresto de Stephens provoca la indignación de los obreros que lo quieren y lo consideran como el primer mártir de la causa cartista. En Manchester, el día de su interrogatorio, desde que aparece, es objeto de una ovación que degenera pronto en tumulto y amenaza convertirse en una verdadera rebelión. Durante el interrogatorio, el estruendo es tal que los magistrados se ven obligados a rogar a Feargus O’Connor que use su influencia para apaciguar a la muchedumbre. Entonces, el demagogo calma a la muchedumbre furiosa, prometiéndole que “se hará justicia al objeto de su adoración”. Por la noche, Feargus O’Connor, en una reunión pública, declara que el pueblo obtendrá una victoria rápida sobre, sus enemigos: si los tiranos abusan de su autoridad, no dejará llevar el cuerpo de Stephens al navío sin que antes se haya pisoteado su propio cuerpo inanimado. Con tales imágenes, el “fanfarrón irlandés” se sirve de Stephens para acrecentar su propia popularidad.

Feargus O’Connor es infatigable. Desde el 18 de diciembre de 1838 al 15 de enero de 1839, toma parte en veintidós grandes asambleas en Londres, en Bristol, en Manchester, en Greenfield, en Bradford, en Leeds, en Newcastle, en Carlisle, en Glasgow, en Paisley y en Edimburgo.

Feargus O’Connor, sin comprometerse nunca, sin descubrirse completamente, precipita la evolución del cartismo. Gracias a su actividad incansable extiende por todas partes su influencia; su presencia multiplicada neutraliza los esfuerzos opuestos de

la A. de T. y de la UPB. Obra mediante promesas, fanfarronadas, acusaciones fantásticas y calumniosas, y aun ausente, mediante su periódico, la Northern Star, que, escudado en el anónimo, lanza el descrédito sobre todos los jefes que tienen alguna independencia o se atreven a contradecirlo. Denigra y acusa sin preocuparse por la verdad de lo que adelanta; no tiene en cuenta lo que sus adversarios pueden responder para justificarse, y se contenta con probar el buen fundamento de sus primeros ataques con una nueva acusación de traición. “Creemos que el sufragio universal nos dará cerveza, pan y carne. El sufragio universal procurará la felicidad universal; la felicidad universal existirá, ó nuestros tiranos, nuestros opresores, compartirán la miseria que nosotros hemos soportado durante tanto tiempo.” “Creedme, no hay argumento semejante al sable, y el fusil no tiene réplica”, tales eran los consejos de los jefes cartistas más escuchados. “El pueblo es entusiasta y está resuelto, se arma y se dispone a ensayar la virtud del acero”, tal era el estado de ánimo de las poblaciones laboriosas en los distritos industriales, a comienzos de febrero de 1839. Así, cuando el 4 de este mes, se inaugura en Londres la convención cartista, las dos ideas que van a dominar los debates del Parlamento obrero son el recurso de la fuerza física y la huelga general.

Sin embargo, los carlistas de la fuerza moral son mayoría en la convención. Lovett está decidido a resistir las tendencias nuevas que vio afirmarse. No perdió toda esperanza de hacer adoptar a la convención una política de moderación. Pero el redactor de la Carta luchará en vano. Las fuerzas desencadenadas, después de tres meses de discusiones internas, arrastran al mismo William Lovett.

En uno de sus viajes a Londres, en 1839, Flora Tristán tuvo la curiosidad de asistir a una reunión del Parlamento del pueblo. Sus impresiones permiten evocar la convención cartista, que realiza su primera sesión el 4 de febrero, en el British Coffee House, situado en Cockspur Street, cerca de Charing Cross, y que después se reunió en la sala de Fleet Street, descrita por la autora de la *Ville Monstre*:

Uno de nuestros amigos vino a buscarme y fuimos a Fleet Street, a la sala donde celebraba sus reuniones la Convención Nacional. La entrada, sin ninguna duda, fue frecuentemente objeto de las burlas de los tories de la noble Cámara; –¡tienen tanto ingenio!– No es efectivamente muy pomposa; en uno de los pequeños pasajes sucios y estrechos de Fleet Street, hay una taberna de mezquina apariencia; en la taberna, un camarero acude a preguntaros si deseáis una jarra de cerveza; por el tono con que le respondéis reconoce el motivo que os lleva allí, y si le dais la contraseña os conduce por una trastienda, un patiecito y un largo corredor, a la sala de reunión. Pero ¿qué importa el lugar? ¡Así era en las criptas, en los sótanos y en las cavernas donde los primeros apóstoles reunían a los cristianos! Y sus palabras fueron más poderosas que la fuerza de los Césares... Mi amigo hace llamar a los señores O'Barien y O'Connor; esos señores vienen; les soy presentada y me introducen en la sala, donde no se admite a nadie más que mediante la presentación de dos de los miembros. Todas esas sabias precauciones no impiden que los espías se deslicen en el seno de la asamblea. Ante todo, me sorprende la expresión de las fisonomías; no había visto, en las reuniones inglesas, más que figuras de una

cansadora uniformidad, sin carácter que las hiciese recordar, y como fundidas en el mismo molde. Allí, por el contrario, cada cabeza representaba una individualidad distinta; había alrededor de treinta o cuarenta miembros de la Convención Nacional y aproximadamente otros tantos espectadores simpatizantes; estos últimos eran de la clase obrera, casi todos jóvenes. Advertí a cuatro o cinco obreros franceses y dos mujeres del pueblo. Ninguna interrupción, ni cuchicheos ni conversaciones particulares como en la Cámara de sus señorías. Cada cual prestaba una atención sostenida, seguía el debate con interés. El orador introducía a veces, según el hábito inglés, chanzas que provocaban la risa. O'Connor habla con fuego, con energía: es brillante, anima, arrastra. O'Brien se distingue por la precisión de sus razonamientos, su lucidez, su sangre fría y su conocimiento profundo de los acontecimientos pasados. El Dr. Taylor es entusiasta, fogoso, es el Mirabeau de los cartistas. Esos tres hombres, con Lovett, pueden ser considerados como los jefes actuales del pueblo.

Desde el primer día, los convencionales son llamados a pronunciarse entre las dos tendencias, a propósito del nombramiento de un secretario. Lovett es elegido por unanimidad. Pero esa elección hiere el amor propio de Feargus. Así, se servirá de la *Northern Star* para contrapesar la influencia de los cartistas de la fuerza moral, y para conseguir que las masas ejerzan una presión sobre la convención. Esta presión será facilitada por el envío a provincias de quince delegados.

Se descontaba que la petición cartista sería firmada por tres

millones de hombres y no había más que quinientas mil firmas reunidas en el momento de la apertura de la convención. Ésta decide retardar algunas semanas la presentación de la petición.

Sin embargo, los más ardientes partidarios de la violencia hacen intervenir a los clubes y, principalmente, a la Asociación Democrática: George Julián Harney, en las asambleas, acusa de cobardía a la mayoría de los convencionales; se declara dispuesto a combatir inmediatamente, anatematiza “a los que traicionan la causa del pueblo”.

Pero si la convención defiende en Londres su independencia contra las exigencias de la Asociación Democrática, sufre poco a poco la presión de las provincias, que se expresa por resoluciones de asambleas locales. El contacto de los representantes de provincias con las huestes cartistas se traduce en un contagio; el estado de ánimo revolucionario se comunica de los asambleístas a los delegados. La propaganda de Feargus dio sus frutos. Las masas sobrepasan a los jefes. Arrastran inclusive a hombres tales como Bronterre, “la cabeza más fuerte del cartismo”. La minoría extremista reprocha a los convencionales su timidez, los acusa de pactar con las clases reinantes. Y, el 11 de marzo de 1839, Bronterre aconseja a los cartistas armarse. Hay un vuelco en la asamblea y la minoría se convierte en mayoría.

Ese vuelco se debió a las noticias recibidas de los distritos del Noroeste. Las manifestaciones revolucionarias del proletariado industrial harán creer a la mayoría de los convencionales que será fácil para los representantes en misión *poner al Sur en armonía con el Norte*.

Dicho cambio provoca también una cantidad de dimisiones que disminuyen, en el seno de la convención, el número de cartistas de la fuerza moral. Y los dimitentes son remplazados, por partidarios de la violencia.

Mientras los delegados que quedaron en Londres se abandonan al placer de discurrir, los convencionales en misión se inflaman al contacto de esos trabajadores del Norte que, según la *Northern Star* del 23 de marzo, “todos, de dieciséis a sesenta años, firmaron la petición y están prontos a apoyar sus firmas con las picas”.

El 9 de mayo, Henry Vincent es arrestado en Londres por haber asistido a una reunión “sedicosa”. Este acontecimiento consigue que la convención incline sus resoluciones hacia los métodos violentos. E inclusive, el arresto de Vincent convierte, durante un momento, a Lovett, que es amigo suyo.

Este arresto hace inevitable el traslado de la Convención. El 13 se reúne en Birmingham, acogida por una muchedumbre que aclama las palabras de Feargus: “Cuando la fuerza moral cese de obrar, la violencia caerá como el rayo sobre nuestros opresores.”

El 18 de mayo, la *Northern Star* publica el llamado de la Convención al pueblo inglés. Ese llamado, redactado por Bronterre, recomienda claramente al pueblo que se arme, y es aprobado por el mismo William Lovett. Por el manifiesto de la Convención al pueblo inglés, el Parlamento obrero abandona deliberadamente los métodos de la fuerza moral y entra en las vías de la violencia. El manifiesto de mayo de 1839 debe ser

confrontado con el *Manifiesto Comunista* de 1847. Es un precedente en que se inspirarán Marx y Engels: éstos expresarán en fórmulas las experiencias cartistas.

Los convencionales deciden presentar ocho puntos en las asambleas simultáneas de Pentecostés. Ocho puntos que deben, sobre todo, consultar al auditorio de esas reuniones sobre la eventualidad de una huelga general y preguntarles “si están dispuestos a defender con las armas de los hombres libres las leyes y los privilegios constitucionales que les legaron sus antepasados, haciendo uso de su derecho constitucional y tradicional”. Al adoptar el manifiesto, la mayoría de los convencionales está dominada por dos sentimientos. Desea que no se tome inmediatamente una decisión; pero teme también aparentar cobardía si preconiza la prudencia.

IV

Entre el 17 de junio y el 19 de julio de 1839, los convencionales arrojan a los auditórios cartistas que adoptan el manifiesto. La idea de la huelga general es aclamada, lo mismo que los otros proyectos, por la concurrencia entusiasta, aunque no provoca aplausos más rotundos que los que suscitaban en bloque todos los puntos del manifiesto. La huelga general fue admitida, con excepción de algunos opositores, por todos los convencionales. Sólo que, si se aceptó la idea del *mes sagrado* por todos ellos, no hubo acuerdo sobre la oportunidad de la ejecución. Si ha de creerse a Lovett, la

huelga general no era, para los moderados, más que un espantajo, y no “eran contrarios a discutir ese asunto por la convención, el 19 de julio, como un medio para negociar con nuestros adversarios”. Una intervención del delegado escocés, Abraham Duncan, resume esa política: “Debemos hacer temblar a nuestros opresores manteniéndolos suspendidos sobre la boca del infierno, pero no debemos dejarlos caer en él.” En el ánimo de esos moderados, la huelga general no era más que una amenaza, un medio de intimidación para presionar al Parlamento. Lovett pensaba que se podía llegar, inclusive, a aconsejar la suspensión del trabajo de uno o dos grandes oficios. Los moderados no vieron en ella más que una simple aplicación parcial.

Pero la huelga general, para los cartistas partidarios de la violencia, está de acuerdo con sus métodos y es propicia para sus fines. La huelga general podrá forzar el voto de ambas Cámaras; más aún: su ejecución ¿no sería acaso el comienzo mismo de la revolución?

El 3 de julio de 1839, la Convención, reunida en Birmingham, inicia la discusión de las *medidas ulteriores*. Todos los delegados declaran que el pueblo está dispuesto a obrar y que no espera más que una señal de la Convención. La huelga general concentra la atención. Casi todos los convencionales se declararán partidarios de ella. Los unos, más apresurados, pedirán que se fije la fecha más próxima posible del *mes sagrado*. Los otros aprobarán el principio, pero, por razones de conveniencia, reclamarán la aplicación en su oportunidad. Lovett, mediante una proposición dilatoria trata de dejar a un lado la ejecución inmediata de la huelga general, que considera

irrealizable; y por su lado Feargus, no queriendo comprometerse a fondo en una empresa decisiva, evita recomendar la huelga general que había preconizado y trata de contener a la convención, adulándola: “Hemos conquistado una gran importancia en el país y no habría de arriesgar una derrota general por un triunfo parcial.”

La Convención adopta un acuerdo que la pone en la obligación de votar la huelga general el 13 de julio, si la petición es rechazada por la Cámara de los Comunes. Ese acuerdo permite a la Cámara de los Comunes declarar que no quiere ceder bajo la amenaza de la huelga general.

El 4 de julio, estalla un primer motín en Birmingham. El doctor Taylor es detenido; y el 6, por haber firmado una protesta de la Convención, ocurre lo mismo a William Lovett.

El 10 de julio, los convencionales se reúnen de nuevo en Londres, y se abandonan a la cólera que provocaron en ellos los ochenta arrestos que se hicieron en ocasión del tumulto de Birmingham. El 13 de julio, la *Northern Star* exclama: “La batalla ha comenzado”, y Bronterre pregunta a sus oyentes en una asamblea si, en el caso de que los convencionales sean detenidos en masa, estarían dispuestos a proclamar la huelga general. La víspera, el 12 de julio, se había reunido la Cámara de los Comunes para escuchar el discurso de Thomas Atwood en favor de la petición cartista. Lord John Russel le responde que el sufragio universal no sería un remedio para las fluctuaciones económicas que son consecuencia de la situación manufacturera y comercial de Inglaterra; el sufragio universal sería impotente para asegurar la estabilidad del equilibrio

económico. Y la consideración de la petición es rechazada por 247 votos contra 48.

Este rechazo tiene por consecuencia amotinamientos y la aprobación de la huelga general. La resolución Lowery, que fija ésta para el 12 de agosto, es adoptada, con un voto de mayoría, sobre un total de 13 votos. Esta pequeña mayoría es analizada así por Feargus: "Los siete convencionales que formaban la mayoría de los 13, representaban circunscripciones electorales en las cuales, puedo asegurarlo, con excepción de Bristol y de Hyde, no habría habido más de 500 huelguistas"; y los otros cuatro votaron la resolución, declarando "que no tenían ninguna esperanza de ver a sus distritos obedecer la orden de la Convención". En realidad, entre los trabajadores, sólo una pequeña minoría está dispuesta a la huelga. Pero la mayoría votó la huelga, combatida por Feargus, quien adujo que el ejército de reserva industrial permitiría a los empleadores vencer las tentativas de resistencia obrera.

Por lo demás, el 22 y el 24 de julio, después de una intervención de Bronterre, la Convención reconsidera su acuerdo y lo remplaza por un manifiesto que deja al pueblo la tarea de decidir. Después de muchas tergiversaciones, el 6 de septiembre, la Convención decide disolverse.

La disolución influirá sobre la psicología de los jefes y sobre la de las masas. Priva a las masas de su punto de apoyo. Se había esperado que la Convención fuese un centro de dirección y de coordinación de los esfuerzos revolucionarios; pero la Convención osciló sin cesar entre las tendencias contrarias. Los

cambios de opinión de varios dirigentes, de Bronterre, O'Brien, del doctor Fletcher, la conversión de Robert Lowery, la disolución propuesta por el entusiasta doctor Taylor mismo y los motivos que ofreció Bronterre, todo ello prueba que este primer impulso del movimiento estaba en su declinación.

La calma aparente de los meses de septiembre y octubre era falsa. La evolución del cartismo terminará en una tragedia que ha de costar la vida o la libertad a un puñado de soldados cartistas de una heroica sencillez.

La grandeza de esos militantes es puesta de relieve por la comedia que hacen dos de los jefes al rechazar una gloria que habían reclamado tan a menudo con sus promesas.

El 4 de noviembre, 2.000 mineros galeses, armados unos con fusiles y pistolas, otros con picas y azadones, la mayor parte con palos, avanzan sobre Newport, en la oscuridad de una noche de invierno. Marchan a través de la tempestad, bajo una lluvia que azota sus rostros, deteniéndose de tanto en tanto en las *public houses*. Hacia las 9 de la mañana llegan ante la mansión de Westgate, donde se han refugiado el alcalde y los magistrados bajo la protección de una compañía del regimiento 45. Los cartistas comienzan el ataque, rompiendo las ventanas y disparando sobre los soldados. El alcalde lee inmediatamente el *Riot Act* y da orden a los soldados de hacer fuego: "La muerte hace su cosecha, 14 cartistas son muertos y varios más heridos. Eran conducidos por John Frost; estaban armados con fusiles, mosquetes, sables e inclusive un pequeño cañón. Algunos de los oficiales de policía resultaron heridos: el señor Morgan, fabricante de paños, el señor Williams,

quincallero, así como el alcalde. El grueso de los amotinados se batió en retirada hacia los campos. Parece que su intención fue ocupar Newport y marchar sobre Monmouth para liberar a Vincent y a sus compañeros. Habían jurado que Vincent no estaría en la cárcel más allá del 5 de noviembre. La más intensa agitación reina en el País de Gales. Otros dos grupos, al mando de Jones, relojero, y de Williams, tabernero, debían reunirse con el de Frost; pero llegaron demasiado tarde. Tal es el relato de la *Northern Star*, el 9 de noviembre de 1839, sobre el levantamiento de los mineros galeses, conducidos por el bueno y pacífico John Frost y prontos a pagar con su vida su amor a Henry Vincent.

Los cartistas pensaron apoyar el proyecto de los mineros galeses ron una sublevación en el Norte; enviaron un delegado a Feargus para pedirle que fuese su jefe, "como había propuesto tan a menudo". ¿Se puede contar con él? Feargus se indigna: "¡Oh!, señor, ¿cuándo habéis oído que yo o una persona de mi familia haya traicionado jamás la causa del pueblo? ¿No nos hemos encontrado "siempre en nuestro puesto en la hora de peligro"? Feargus persuade al pobre diablo de que está dispuesto a todo. El hombre regresa y afirma con seguridad que se puede contar con Feargus; pero luego, ese individuo demasiado crédulo, fue considerado un embustero, porque Feargus no vaciló en jurar solemnemente que no le había hecho ninguna promesa.

Asustado al hallarse casi comprometido por las palabras ambiguas que se creyó en la obligación de pronunciar, Feargus toma sus disposiciones para hacer fracasar la empresa. Después de haberse informado sobre la realidad del

movimiento proyectado, se pone en marcha, no piensa más que en anular lo antes posible el efecto de sus propios, consejos; aunque, para no comprometerse, envía a George White a recorrer el Yorkshire y él Lancashire y a sostener en todas partes que no habrá ninguna sublevación en el País de Gales; y a Charles Jones, para asegurar a los galeses que tampoco habrá levantamiento en el Yorkshire, y que, detrás de ese proyecto, no hay que ver más que un complot de la policía, una maniobra del gobierno. Por desgracia, cuando Charles Jones llega a casa de Frost, éste se halla ausente, está en una conferencia decisiva donde se encuentran reunidos los otros dirigentes de la región. Charles Jones logra, sin embargo, encontrar a Frost, pero demasiado tarde, porque los mineros están resueltos a liberar a Vincent: "Más valdría, dice Frost, quemarme los sesos que intentar oponerme a esa determinación o retroceder." Así, el pacífico comerciante de Newport suplica a Ch. Jones que vuelva inmediatamente al Yorkshire y al Lancashire, para intentar levantar a los trabajadores de esos distritos, siguiendo el ejemplo de los galeses; y como Feargus no dio a Jones bastante dinero para el regreso, Frost le entrega tres soberanos. Antes de que se pudiese emprender nada en el Norte, los cartistas galeses se hacen matar ante la mansión de Westgate.

Cuando llega la noticia al Yorkshire, los cartistas indignados al ver que fueron engañados sobre las resoluciones de los galeses, deciden poner en ejecución el proyecto abandonado. A falta de Feargus O'Connor, se eligió como jefe a Peter Bussey, a quien sus discursos habituales designaban para ese puesto de combate. Pero Peter Bussey, que no quiere ese honor, cae repentinamente enfermo. Los cartistas tienen

dudas sobre esa enfermedad inopinada y queriendo comprobar por sí mismos la gravedad del mal, buscan a su jefe en la casa y no lo encuentran. Se les responde que el médico le ordenó, por su salud, que saliese al campo. Algunos días después, charlando con los clientes del café paterno, el hijo de Peter Bussey deja escapar el secreto; Peter Bussey tenía a la vez una cervecería y una taberna; “¡Ah!, jah!, dijo el muchacho, no pudisteis descubrir a mi papá el otro día; pero yo sabía dónde estaba; estaba en el granero, oculto detrás de los sacos de harina.” Imprudente descubrimiento que costó al demagogo su reputación y su clientela, que le obligó a liquidar sus negocios y a embarcarse para América.

Feargus O’Connor salió mejor del asunto. Temiendo que se le fuese a buscar para forzarle al heroísmo, pensó que el momento era adecuado para viajar; vio una excelente ocasión para visitar su “desdichada patria” y para proclamar en seguridad que estaba dispuesto a marchar a la gloria o la muerte. Cuando volvió de Irlanda, Frost y algunos centenares de cartistas estaban en la cárcel, la calma se había restablecido, y no había nada que temer. Sin embargo, para no atraer la atención sobre él, Feargus se mantenía oculto; no juzgó conveniente abrir la boca más que cuando sus discípulos fueron a pedirle que interviniese en favor de Frost y los otros prisioneros. Se contentó con ofrecer una semana de los ingresos de la *Northern Star* y con anticipar, dice, “mil guineas de su bolsillo” para pagar los gastos del proceso y, sin duda, también el premio de su coraje.

V

El levantamiento de Newport puso fin a la primera evolución del cartismo. El invierno y la primavera de 1840 son para el cartismo un período de recogimiento, durante el cual los únicos acontecimientos son los procesos y las prisiones: a Frost, Williams y Jones se les condena, el 16 de enero de 1840, a ser ahorcados y descuartizados; Bronterre es condenado a 18 meses de prisión; William Benbow a 16 meses, etcétera...

Los cartistas de la fuerza moral vuelven a encontrar su primer ideal. Lovett y Collins escriben en la prisión de Warwick, un folleto en el que esbozan un plan para la educación del pueblo, impregnado de owenismo.

Feargus O'Connor mismo teme sin duda las responsabilidades personales, puesto que, en la *Northern Star* del 21 de septiembre de 1839, trata de crearse un medio de publicación más inofensivo que las teorías de la fuerza física: el *Land Scheme*.

Entre el verano de 1840 y el mes de enero de 1843, se produce una nueva evolución, de la cual el año 1842 señala el punto máximo.

Las huelgas de agosto de 1842 parecen ser la ejecución de la huelga general proclamada tres años antes por la convención. La conferencia de Birmingham corresponde al levantamiento de Newport y la ruptura de la alianza esbozada, al fracaso del ensayo de movilización cartista.

La evolución de 1840 a 1842 es dominada por un problema diferente en sus términos y semejante en sus elementos, si se lo compara con el que determinó la evolución de 1837 a 1839. ¿Alianza con los partidos burgueses o lucha de clases? Tal es la cuestión que se plantea al partido cartista. Los cartistas ¿aceptarán la oferta de alianza que, por dos veces, harán las clases medias a las clases laboriosas? ¿Adoptarán una política de clase o, al contrario, una política más oportunista de conciliación? Después de haber visto cuán difícil era triunfar con sus solas fuerzas, ¿consentirán los cartistas en renegar del principio del antagonismo entre las clases y se prestarán a la formación de un gran partido democrático que abarcará desde los radicales, pasando por los radicales socialistas, hasta los socialistas?

La evolución de 1840 a 1842 repetirá la de 1837 a 1839. Este problema de la táctica pone en juego dos concepciones y dos temperamentos opuestos: la actitud reformista, que parece suponer la posibilidad de la alianza, y la actitud revolucionaria, que parece excluirla. En 1839, los levantamientos de Birmingham y de Newport mostraron que la “revolución física” habría podido estallar; el gobierno *whig* creyó haber tomado las precauciones militares necesarias para responder a una sublevación posible del proletariado industrial. En 1839, los cartistas de la fuerza moral son los que cedieron a los revolucionarios; pero, después de haberse dejado arrastrar a la violencia, vuelven a su primer ideal. Entre 1840 y 1842, se produce lo inverso, y los cartistas de la fuerza física son quienes creen consentir en la alianza. Pero la evolución termina con una vuelta al punto de partida, por las huelgas de agosto de 1842.

Cuando en el otoño de 1838, los librecambistas se proponen asociar las clases laboriosas a su movimiento, los cartistas se oponen a su propósito. Entre éstos y los jefes de la *Anti-Corn Law League*⁴⁷ se entabla un diálogo sin salida. La Anti-Corn Law League presenta el librecambio como el remedio para la crisis industrial; la miseria obrera tiene por causa esencial el pan caro.

Los salarios son demasiado bajos y los paros forzados demasiado frecuentes, mientras que el costo de la vida es excesivo.

El librecambio ofrecerá a las clases laboriosas el pan barato y reducirá la carestía; además, acrecentará los mercados de la industria inglesa; la reducción del precio de costo permitirá a los productos de las manufacturas conquistar los mercados exteriores. Esta expansión comercial, al galvanizar la industria y los salarios, provocará internamente un aumento del consumo.

El argumento del pan barato y la extensión del comercio inglés forman, desde el origen, parte integrante de la tesis librecambista. Ésta pretende seducir a las clases obreras demostrándoles el interés que tienen en consagrarse sus esfuerzos a la conquista del “libre cambio de su trabajo contra los productos del mundo entero”.

Los padecimientos de los trabajadores no tienen por causa el Factory System, sino el régimen proteccionista. Argumentación que sirve al capitalismo industrial para hacer recaer la

47 Liga Contra la Ley de Granos. (N. del T.)

responsabilidad de la miseria social sobre esa aristocracia que “no tiene derecho a mantener su posición mediante una fortuna amasada con las lágrimas de las viudas y los huérfanos”.

El pan caro, tal es la causa primera de la miseria; y, si el pan está caro, es porque el régimen aduanero impide la entrada en Inglaterra de los cereales extranjeros: “son los impuestos sobre los alimentos los que condenan a tantas familias obreras a morir de hambre”, grita Richard Cobden –hijo de un pequeño granjero del Sussex–, que ha hecho su fortuna en el comercio y la industria de las telas de algodón y pretende hablar en nombre del trabajo, del comercio y de la industria. El librecambio suprimirá la doble causa de la miseria obrera. procurando a los trabajadores salarios más elevados y estables para comprar pan más barato.

A pesar de estas hermosas palabras, los cartistas no parecen sensibles a la argumentación de la Anti–Corn Law League. Desde el comienzo, organizan una oposición a la agitación librecambista; asisten a las asambleas de la liga, pero para interrumpir con sus sarcasmos y sus negaciones a los oradores abolicionistas, para refutar las tesis de los partidarios de la liga, para sustituir, en fin, la resolución presentada por éstos por una moción en favor del sufragio universal; y cuando no logran hacer votar por la asamblea sus proposiciones, se contentan con perturbarla.

La oposición cartista perjudicó la campaña de la Anti–Corn Law League; la prueba está en los esfuerzos renovados de sus integrantes para ponerse de acuerdo con los cartistas. Esta

oposición, que impedía a los abolicionistas hablar en nombre de los trabajadores, estaba fundada en argumentos múltiples cuyo conjunto forma una tesis de sólida armazón.

Los cartistas demuestran que la Anti–Corn Law League emplea argumentos contradictorios, según la clase social a la cual se dirige. La Liga promete a los obreros el pan barato con más altos salarios, a los empresarios, el trabajo a mejor precio con una disminución de los costos; a los granjeros, beneficios más elevados, y a los propietarios territoriales, el acrecentamiento del valor de sus tierras. Las tesis librecambistas se refutan así por sí mismas. Son un tejido de contradicciones. La Anti–Corn Law League “es una gran mentira”. La Liga, dice Feargus en la *Star* del 17 de febrero de 1844, “se sirve de un cuchillo de dos filos; uno lleva escrito: *rentas más elevadas para los granjeros, el otro: precios menos elevados para los obreros*” En realidad, dicen los cartistas, los librecambistas quieren aprovechar la derogación de los derechos sobre los granos para rebajar los salarios, aun descontando un crecimiento de las ventas tanto en el mercado interno como en el mercado exterior.

Cuando se plantea ante la Convención cartista, el 12 de febrero de 1839, la cuestión de la actitud a asumir hacia la Liga, Bronterre toma la palabra para pedir a la asamblea que ponga al pueblo en guardia contra las promesas engañosas de la Anti–Corn Law League.

Por lo demás, en ese año de 1839, las circunstancias son contrarias a toda tentativa de aproximación con la clase media. El 13 de enero de 1840, Frost, Williams y Jones son condenados

a la horca y, durante todo el invierno de 1840, no hay más que procesos y encarcelamientos; los jefes son sometidos, en su prisión, al régimen de los criminales de derecho común, y la exasperación de los cartistas contra las clases medias está en su máximo. Así George Julián Harney expresa el sentimiento general de sus compañeros de lucha cuando, en su discurso en el liceo de Glasgow, reproducido por la *Northern Star* del 15 de febrero de 1840, exclama: “Las clases medias promulgaron leyes peores que las que se tenían ya y suprimieron las que contenían la menor chispa de justicia, como testimonian el *Coerción Bill* de Irlanda, la terrible enmienda a la Ley de Pobres y el *Rural Police Bill*. La violencia es el último, argumento de los reyes y será siempre el último argumento de los hombres que combaten por la libertad.”

Los hechos darían la razón a Feargus O’Connor. El demagogo irlandés parece autorizado para apelar a las solas fuerzas del proletariado, a la acción de los Verdaderos obreros, de los hombres vestidos de fustán, de caras no afeitadas y de manos callosas, a la de sus mujeres y de sus hijos”.

El 20 de julio de 1840 se reúnen, en Manchester, 23 delegados cartistas para formar una Asociación Cartista Nacional.

Esa asociación es obra de Feargus, y pretende dominarla por medio de sus adeptos. Lovett rehúsa la adhesión y Feargus comienza una campaña de insinuaciones, de calumnias y de injurias contra aquellos a quienes considera sus competidores en el favor popular, Lovet, Bronterre, Mac Douall, etc. A fin de romper definitivamente con Feargus, Lovett se declara

partidario de la unión de las clases laboriosas y de las clases medias; aconseja a los cartistas que acepten la alianza que propone Joseph Sturge, hombre de la clase media, que tiene simpatías entre los obreros. Éste estima, en efecto, que es necesaria una reforma radical, y que únicamente el sufragio universal puede remediar los males de la legislación de clase: "Hemos pedido ayuda a las clases laboriosas para conquistar el Reform Bill, y nos la dieron generosamente. Gracias a ellas, conquistamos el gran objetivo que deseábamos, y, después de esa conquista, las abandonamos." Sturge reivindica el *sufragio completo*.

Feargus se sirve de George Julián Harney para poner a los cartistas en guardia contra las promesas que se les hacen: "Que el pueblo recuerde la fábula de los lobos y las ovejas. Los lobos concertaron un tratado de paz con las ovejas; éstas, atendiendo las declaraciones de aquéllos, consintieron ingenuamente en entregar sus perros y recibieron en cambio a los lobeznos como rehenes de la fe jurada."

En octubre de 1841 se realizó definitivamente la ruptura entre los cartistas de la fuerza moral y los partidarios de la violencia. Lovett acababa de crear una nueva asociación nacional para hacer frente a la que domina Feargus, y piensa que esa asociación permitirá a los cartistas negociar con los partidarios de Sturge y del *sufragio completo*.

A comienzos de diciembre, Joseph Sturge publica un folleto, *Reconciliación entre las clases medias y las clases laboriosas*. Sturge es popular por su rectitud y su generosidad. Los cartistas no olvidaron que en el consejo municipal de

Birmingham, en ocasión de los levantamientos de julio de 1839, Sturge protestó contra la conducta de la policía y de las autoridades locales.

Y el 14 de febrero de 1842, Sturge reunió, en la Sala de la Corona y del Ancla, a los delegados de la Anti-Corn Law League que estaban de acuerdo con la extensión del sufragio y a algunos carlistas como Lovett y Hetherington. La actitud de Lovett es firme y clara. Expresa su deseo de entendimiento; afirma que la alianza entre las clases medias y las clases laboriosas es indispensable para el éxito de los esfuerzos de unos y otros, y que es posible, pero con una condición: la *Carta del Pueblo* no debe ser eliminada sin discusión por los partidarios del sufragio completo. Al examinarla con sinceridad, éstos darán a los cartistas una prueba de su buena fe y de su buena voluntad con respecto a las clases laboriosas, prueba necesaria para disipar los prejuicios de los trabajadores, prevenidos por la reforma de 1832 y desconfiados ante la agitación librecambista. Lovett está dispuesto a dejarse convencer de que tal o cual detalle de la Carta es inútil; pero nunca abandonará la Carta misma, sin examen previo.

Lovett está decidido tanto a realizar la alianza como a seguir fiel a la Carta.

Durante las negociaciones entre Sturge y los cartistas partidarios de la violencia, Feargus sigue una doble táctica. Primeramente se sirve de esas negociaciones para desacreditar poco a poco, ante las masas cartistas, a sus adversarios: Lovett, a quien declara comprometido por sus relaciones con Sturge, y Bronterre, cuya autoridad moral molesta al aspirante a

dictador. La *Northern Star*, desde junio de 1841, inicia una campaña de calumnias contra Bronterre y lo llama “adulador de las clases medias”. Pero, por otra parte, al darse cuenta de que la idea de una alianza con los partidarios de Sturge hace progresos entre los cartistas, combina, por transición, una evolución que le permite sostener a Sturge y a la alianza, después de haber denunciado al uno y condenado a la otra. Feargus distingue en sus artículos y en sus discursos el *middle class man* y el *middling class man*: los hombres de las clases medias no forman, como la clase obrera, una clase de intereses comunes; forman dos clases antagónicas, de las cuales una tiene intereses contrarios a los de las clases laboriosas; pero, al lado de la aristocracia del comercio y de la manufactura está el pequeño comercio, los pequeños tenderos que tienen interés en el acrecentamiento de los ingresos obreros. Esta *parte laboriosa* de las clases medias tiene intereses en armonía con la clase obrera. Y Feargus culmina su evolución sosteniendo en su lucha electoral –contra el tory Walter, propietario del *Times*–, al candidato de la alianza, Joseph Sturge, “un hombre lleno de espíritu de Dios y cuya sabiduría, prudencia y piedad contrastan con los legisladores de hoy (*Northern Star* del 6 de agosto de 1841).

El comité electoral de Sturge tenía confianza y esperaba que triunfase su candidato; Feargus había declarado que estaba seguro del éxito. Pero desapareció la mañana de la elección y Thomas Cooper, uno de sus lugartenientes, se vio abandonado y reducido a conducir un puñado de calceteros enflaquecidos, descarnados, medio muertos de hambre, míseros obreros de Sutton in Ashfield. Con esos pocos fieles se encuentra, a las 5 de la mañana, cerca de las oficinas del voto; hacia las seis

comienzan a afluir los electores del candidato tory bajo la protección de los carniceros armados con fuertes garrotes. ¿Qué podía hacer Thomas Cooper con su pequeña hueste? Walter gana por 1.885 votos contra 1.801: Sturge no fue elegido, pero quedó sellada la alianza. Por su acción ostensible en favor de Sturge, al aconsejar a sus partidarios a apoyarlo contra el candidato tory en las elecciones del mes de agosto de 1841, Feargus O'Connor consagra la unión entre los cartistas y el candidato de las clases medias. En su informe de la elección, la *Northern Star*, del 13 de agosto de 1842, celebra la alianza en términos ditirámbicos, declarando que “el más grande triunfo moral que jamás se haya obtenido en Inglaterra, es ésa derrota numérica: 1.801 hombres bravos y sinceros *votaron por Sturge y por la Carta*”.

Con su presencia, su palabra y luego con su desaparición, Feargus O'Connor realizó en pocos días una alianza, de la cual el fracaso de Sturge era quizás la garantía más segura.

VI

El 5 de agosto de 1842, los obreros de Ashton abandonan sus talleres. La huelga se difunde rápidamente por los distritos circundantes. Los huelguistas forman cortejos y van de una fábrica a otra, garrote en mano, para interrumpir el trabajo, empleando a veces la violencia, como en Stockport, donde, ante la negativa de Bradshaw a abrir las puertas de su fábrica, rompen los vidrios, fuerzan las puertas y apalean al patrón

recalcitrante. Inmediatamente destrozan las máquinas y tiran los tapones de los depósitos, de ahí el nombre de “Plug Plot” dado en el Lancashire a las huelgas.

En las alfarerías, en Stockport, en Blackburn y en Preston hay levantamientos. En Preston, los huelguistas reciben con una lluvia de piedras a los oficiales de policía y a los soldados, que las autoridades envían para proteger la libertad de trabajo. Las mujeres proporcionan proyectiles a los huelguistas que se vuelven pronto amenazantes.

El alcalde, después de haber leído el Riot Act, da orden de abrir el fuego. Hay muertos y heridos. Thomas Cooper, llegado el 13 a Hanley, desencadena la acción de los mineros de las alfarerías: en Longton, se vacía el sótano del reverendo Valey, desde su casa incendiada, las llamas avanzan sobre las casas vecinas. La huelga alcanza su apogeo el 16 de agosto; el 20, está en descenso, y el 27, la *Northern Star* dice que, según sus informantes, un gran número de obreros volvieron ya al trabajo.

El 7 de agosto, dos días después del comienzo de la huelga, la asamblea de Mottram Moor votó la siguiente resolución: “todo trabajo debe cesar hasta que la Carta se haya convertido en la ley del país”.

En el curso de la semana, esa misma resolución es adoptada en casi todas las grandes ciudades del Lancashire: “millares y millares de manos (dice Thomas Cooper) se levantaron en su favor”. En Manchester, en Stockport, en Staleybridge, en Ashton, en Oldham, en Rochdale, en Bacup, en Burnley, en

Blackburn, en Preston, en Henley, donde, el 15 de agosto de 1842, 10.000 concurrentes aclaman la moción del convencional John Richards, antiguo representante del Staffordshire en el Parlamento del pueblo.

Mientras la huelga se generaliza en Lancashire, en Yorkshire y en Staffordshire, se celebra en Manchester una conferencia de delegados de “las diferentes profesiones, elegidos por sus oficios respectivos”.

El jueves 11 de agosto, en el Carpenters Hall, esa conferencia ajusta su actitud a la de las asambleas populares y vota las resoluciones siguientes, publicadas en la *Star* del 13: “La opinión de esta asamblea es que, hasta que la legislación de clase no sea abolida enteramente y hasta que los principios de la unión de los trabajadores no sean instaurados, el trabajador no se hallará en condiciones de beneficiarse con el fruto de su trabajo.”

Al día siguiente, viernes 12 de agosto, doscientos delegados de Manchester, del Lancashire y del Yorkshire están presentes: “entusiastas y unánimes en sus sentimientos”.

Los tejedores, en numerosas asambleas, opinan que se debe interrumpir el trabajo hasta que los salarios se rijan por la tarifa de 1840, a falta de lo cual combatirán por la *Carta del Pueblo*. Los sastres y los zapateros expresan la misma opinión. Esos tres oficios subordinan sus intenciones carlistas, a la cuestión de los salarios. Pero los obreros tintoreros afirman que, si sus salarios son superiores a los que recibían en 1839, no por eso dejarán de reclamar la protección que les asegurará la Carta.

Los ladrilleros, los ebanistas, los carpinteros y otros oficios reconocen que se mantienen firmes, no por los salarios, sino por la Carta.

La conferencia de los oficios acentúa su actitud el 12; y el sábado 13 se adoptan nuevas resoluciones en el mismo sentido, resoluciones reproducidas en la *Northern Star* del 20 de agosto; *Justicia, Paz, Ley, Orden*. En esa declaración, los delegados de los oficios hablan de emancipar a sus hermanos de las clases laboriosas y de las clases medias (*Middling classes*). La reciente propaganda de los jefes cartistas en favor de una alianza ha sido acogida por las masas obreras.

El 15 de agosto de 1842, hay nueva reunión. Unos ven en la huelga una acción corporativa para la defensa de los salarios; otros opinan que hay que prolongar la huelga con el solo propósito de obtener la Carta; 85 delegados están presentes.

¿Tendrá la lucha un simple carácter económico o será una huelga general política? 58 delegados se pronuncian por la huelga general política, 7 por la huelga puramente corporativa, y 19 se declaran prontos a sumarse a la decisión de la reunión.

El 16, nueva reunión de 141 delegados, en representación de miles de trabajadores, de los cuales recibieron la misión de votar por la huelga y declarar que persistirán en ella hasta que hayan obtenido la Carta.

El 17 de agosto, “todo está en calma, no se oyen ruidos de máquinas, las fábricas están silenciosas y los obreros se pasean tranquilamente por las calles. Oficiales, soldados, magistrados están activamente ocupados”.

El mismo día, una Conferencia de delegados cartistas reúne a unos sesenta representantes. Mac Douall propone la adopción de una resolución en favor de la huelga general, ya aclamada por numerosas asambleas obreras. Thomas Cooper la apoya: “Votaré la resolución porque significa combatir y la huelga llevará al combate. La extensión de la huelga será seguida de una rebelión general que las autoridades tratarán de reprimir; pero debemos resistirles. No habrá nada que esperar más que de la fuerza. Debemos conducir al pueblo al combate: los trabajadores, si están unidos, serán irresistibles.”

La mayoría aprueba la extensión y la continuación de la huelga actual. Feargus O’Connor vota en favor, pero espera a que todos los delegados hayan expresado su opinión, a fin de votar con la mayoría, y no tiene intención de hacer nada para sostener la huelga. Prepara ya su cambio de frente, haciendo declarar, en la discusión, por el redactor de la *Northern Star*, reverendo William Hill, que la huelga es obra de la Anti-Corn Law League.

La unión entre la huelga, nacida de las reducciones excesivas de los salarios, y la *Carta del Pueblo*, destinada a asegurar y garantizar a las clases laboriosas la justa remuneración de su trabajo, se operó espontáneamente. En la conferencia cartista hubiese sido imposible obrar de otro modo.

Apenas disuelta la Conferencia y publicado el manifiesto del Comité Ejecutivo, el presidente del comité, Leach, y los otros miembros son detenidos, así como Thomas Cooper y G. J. Harney. Mac Douall, en la *Northern Star*, del 27 de agosto, justifica así la decisión de la Convención: “La huelga era una

huelga en favor de la elevación de los salarios, de la abolición de las Corn Laws. Si nos hubiésemos mantenido al margen sin hacer nada, habríamos servido a los intereses de la Liga; si nos hubiésemos opuesto a la huelga, habríamos servido a los intereses de los terratenientes. No hemos tomado ni uno ni otro partido." Y Mac Douall da a su resolución en favor de la huelga general el valor de un gesto puramente simbólico:

Una huelga general prolongada hasta que la Carta se convierta en ley, tiene un sentido puramente simbólico o, de otro modo, es una declaración de guerra. En este segundo sentido, es el anuncio de la batalla, y será entonces piedra contra bala, garrote contra bayoneta. De acuerdo con las observaciones que hice en todas partes, no puedo recomendar este procedimiento ni ningún otro que probablemente sea un fracaso, y no quisiera dar a las masas de hombres desarmados el consejo de alinearse en orden de batalla frente al ejército...

La huelga es un acontecimiento que comienza con un relámpago y termina en una humareda. De la humareda saldrá otra que traerá una luz gloriosa y adecuada para suscitar rápidamente la esperanza que nos sorprenderá con milagros deslumbrantes.

La huelga general política fracasó: es lo que comprobaron, desde el 20 de agosto, los delegados de los oficios. El redactor de la *Star*, Hill, triunfa el 27 de agosto, después de haber sido buen profeta:

Se verá que muchos obreros volvieron al trabajo,

mientras que la mayor parte de los que se mantienen en huelga, lo hacen solamente en las mismas condiciones en que ésta comenzó: por la cuestión de los salarios. La huelga fracasó. En la medida en que se trató de darle un carácter político y de hacer de ella un medio para imponer la Carta, fracasó enteramente, de una manera notoria.

El origen de las huelgas que paralizan el trabajo en el Lancashire, en Yorkshire y en Staffordshire, desde el 5 al 25 de agosto de 1842, parece difícil de desentrañar. Los diversos partidos se imputan la responsabilidad unos a otros, pretendiendo que eran obra de sus adversarios:

Lord Brougham y otros acusan a la Liga de ser causa de las perturbaciones. El señor Walter acusa de lo mismo a la Ley de Pobres. La Liga y el señor Cobden acusan a los propietarios territoriales de ser causa de los desórdenes... De ahí surge una cosa extraordinaria... Sólo el procurador general acusa a los cartistas. El gentleman que preparó el expediente de ese proceso me recuerda a un viejo cazador montado, que para cabalgar tenía necesidad de una silla muy amplia de aspecto, ancha de asiento, y confortable para sus posaderas. El caballo murió, pero la silla era tan buena que el cazador fue al mercado en busca de otro caballo al cual pudiese convenir la silla. Así ocurrió con el gentleman que organizó el proceso. ¡Llegó a los distritos manufactureros con su silla para buscar a quién ajustarla bien! Ensayó con la Liga; pero, hallando que los cartistas tenían espaldas más anchas, y que era a ellos a quienes sentaría mejor, colocó la silla sobre su espalda y se la ciñó sólidamente.

Feargus tiene razón esta vez, en esa defensa en los tribunales de Lancaster, el 8 de marzo de 1843. Si bien los cartistas fueron tentados a aprovechar el movimiento huelguista para servir a su movimiento político, no lo provocaron. Se dejaron llevar, unos por su temperamento, otros, como Feargus, por la preocupación de no chocar con los sentimientos de la mayoría y con la firme intención de maniobrar para hacer fracasar la huelga general política.

Las huelgas de agosto de 1842 tuvieron por origen las reducciones sucesivas de salarios, desde 1837, y el temor de nuevas reducciones. Los cartistas no fueron a Manchester con el deseo de organizar la huelga general política sino que, una vez allí, sufrieron el contagio del ambiente.

Thomas Cooper, en su autobiografía, dijo que las huelgas eran obra de la Liga: “La huelga comenzó por las reducciones de salarios, efectuada por manufactureros que pertenecían a la Liga y que no ocultaron su propósito de conducir al pueblo a la desesperación a fin de paralizar al gobierno”.

Y, en efecto, los librecambistas trataron de que las reuniones obreras adoptaran resoluciones en favor de la derogación de las leyes sobre el trigo. Una conferencia que realiza la Anti-Corn Law League confirma esta interpretación, puesto que discute la oportunidad de la paralización del trabajo en todas las fábricas, en un día fijado de antemano.

Las huelgas de agosto de 1842, provocadas por reducciones de salarios, respondieron al menos a las intenciones de los industriales de la liga que calculaban servirse de la cólera de

sus obreros como de un argumento en favor de la derogación de las leyes sobre el trigo. Veían en ello un medio de presión sobre el gobierno; y es verdad, esos industriales acentuaron la baja de los salarios para provocar las huelgas. Los cartistas intentaron, tardíamente, una sistematización de las tendencias políticas que se mezclaron con las manifestaciones huelguistas en la hora en que éstas se hallaban ya en su declinación.

Nada ilustra mejor el carácter originario de las huelgas del 5 al 25 de agosto de 1842 que la defensa de Richard Pilling ante el jurado de Lancaster, en marzo de 1843. Richard Pilling fue llamado “el padre del movimiento huelguista”. Este veterano de la humana miseria representa al obrero cartista medio. Cuenta, con una sencillez conmovedora, que, provocadas por la extensión del paro forzoso y las reducciones de salarios desde 1837, las huelgas fueron esencialmente una explosión de la miseria y de la rebelión obreras.

Señores jurados, uno de los testigos dijo que yo era el padre de este gran movimiento, que era el padre de este movimiento de rebelión. Si es así, castigadme y dejad a los demás en libertad. Pero yo digo que no soy yo el padre de este movimiento, sino la Cámara. Nuestras demandas le fueron presentadas y no hizo justicia a nuestros agravios. Solamente ahí está la causa.

Señores, tengo cerca de 43 años. La noche anterior se me preguntó si tenía sesenta; pero, si yo hubiese sido tan bien tratado como otros, en lugar de aparentar 60 años, aparentaría aproximadamente treinta y seis. Se me destinó al oficio de tejedor manual hacia la edad de 10 años, en

1810. La primera semana de trabajo, gané 16 chelines en el telar. Continué mi oficio hasta 1840. Entonces era padre de una familia compuesta por mi mujer y tres hijos. En 1840 no pude ganar, en realidad, la última semana que trabajé –y trabajé duramente–, más que 6 ch. 6 p., pero estaba obligado a ir a la fábrica que odiaba con todo mi corazón y trabajar en ella por 6 ch. 6 p. semanales o convertirme en un pobre asistido. Pero, aun odiando el Factory System, antes que convertirme en un pobre a merced de los recursos de la parroquia, me sometí. No fui mucho tiempo a la fábrica sin darme cuenta de los perniciosos efectos de este sistema maldito, porque es un sistema que más que cualquier otro conducirá al país a la ruina, si no es modificado. Después de siete años de trabajo en la fábrica, comenzó a producirse una reducción en los salarios; yo vivía en Stockport. Había allí siempre algunos patronos que deseaban dar salarios menores que los otros. Al ver que eso sería un mal y como sabía que resultaría perjudicial para los patronos, los propietarios de cottages obreros y los taberneros, pues todo depende de los ingresos del trabajador, me convertí en opositor de la reducción de los salarios hasta el fondo de mi alma y en tanto que viva, continuaré defendiendo la tarifa de los salarios con todas mis fuerzas. Porque había tomado esa actitud en Stockport y porque había podido impedir innumerables reducciones, los patronos se unieron como un solo hombre contra mí, y ni yo ni mis hijos pudimos encontrar una jornada de trabajo. En 1840 hubo una gran huelga en Stockport, en la que tuve una participación importante. Permanecimos en huelga ocho semanas. Estábamos de pie todas las mañanas, desde las cinco o las seis. Más de seis mil

tejedores a máquina tomaron parte en la huelga. Teníamos nuestras asambleas. Fuimos a Ashton, a Hyde y a Dukinfield en demostración. Hicimos también nuestras manifestaciones en Manchester y en toda la región y se nos dejó tranquilos. Nadie se mezcló en nuestros asuntos, nadie nos insultó. En esa época, no se nos dijo nunca que hacíamos algo malo. Considerando que la ley del Parlamento, adoptada en ocasión de la derogación de las leyes contra las coaliciones en 1829, me daba el derecho de obrar así, pensé que, en calidad de inglés y de obrero, tenía por esa ley el derecho de hacer todo lo que estuviese en mi poder, para defender la tarifa de los salarios. En 1840 los patronos manufactureros, en número de unos cuarenta, tuvieron una reunión y conspiraron juntos –porque si hay conspiración de un lado, hay conspiración del otro– y nos notificaron una reducción de un penique por pieza. Algunos piensan que un penique es una reducción pequeña; pero eso equivale a 5 semanas de salario por año; suma 2 chelines y 6 peniques por semana. Así, con esa reducción, robaban a cada obrero cinco semanas de salario.

Yo sabía que el resultado sería perjudicial a los patronos mismos de las manufacturas. Mi profecía se cumplió. La mitad de ellos quebró y la otra mitad es insolvente...

No me avergüenzo de declarar que hice todo lo que pude con otros para impedir la reducción. Lo hicimos y no hubo jamás ningún beneficio para los obreros, los patronos y los propietarios de los cottages por el que no haya tenido alguien que sufrir y, si soy declarado culpable de haber hecho todo lo que pude por defender los intereses de los

que amo, me regocijaré, no obstante, considerando que mis esfuerzos impidieron una reducción que hubiese sido perjudicial para tantos individuos. La paz, la ley y el orden eran nuestra divisa y obramos según esa divisa. En Ashton-under-Lyne, no hubo un, penique de daño hecho a la propiedad, aunque estuvimos seis semanas en huelga.

Señor juez y señores jurados, era entonces para mí algo difícil alimentarme con mi familia. Mi hijo mayor, que tenía 16 años, había caído enfermo de consunción en Pascuas y debió abandonar el trabajo. Fuimos obligados entonces a recibir 9 3/4 peniques por pieza, lo cual redujo nuestros salarios a 16 chelines por semana. Era todo lo que yo tenía para vivir, con una familia de nueve personas; y 3 ch. por semana para el alquiler, y un hijo enfermo, tendido sin recursos ante mí. De regreso a casa vi a ese hijo... (aquí Pilling es incapaz de continuar durante un momento). Vi a ese hijo tendido en su lecho, moribundo, sin tener qué comer, más que patatas y sal. Ahora, señores jurados, poneos en esta situación y preguntaos lo que experimentaríais viendo a vuestro hijo enfermo –un hijo que trabajó 12 horas por día durante seis años en una fábrica, un buen muchacho y un trabajador–, os lo pregunto, señores, ¿cuáles serían vuestros sentimientos si vieseis a vuestro hijo en su lecho, casi moribundo, sin ayuda médica y sin la satisfacción mínima de ninguna de las primeras necesidades de la vida? En verdad, recuerdo a alguien que fue a casa de un gentleman de Ashton a pedir una botella de vino para él y que recibió esta respuesta: “¡Ah, es para un cartista, para él no hay!”. ¡Ah!, tal procedimiento de parte de los ricos no convencerá nunca a

los cartistas de que están en un error. Señores jurados, mi hijo murió antes del comienzo de la huelga, y tales eran los sentimientos de las gentes de Ashton respecto de mi familia que reunieron 4 libras para su entierro. Señores jurados, fue en esas circunstancias cuando tuve que ir a Stockport, excitado, lo admito, por la pérdida de mi hijo y al mismo tiempo por una reducción del 25%, porque, quiero reconocerlo y confesarlo, señores jurados, mejor que vivir para sufrir otra reducción del 25%, habría puesto fin a mi existencia. Tal era mi intención...

Volvamos ahora al hecho del proceso. Voy a explicaros el origen de la huelga. Aunque tres hombres habían sido despedidos por haber tomado una parte activa en la huelga, mi patrón no me despidió en razón de la enfermedad de mi hijo; y creo que no fue mi patrón el que despidió a esos hombres, sino alguno de sus favoritos, de sus regidores. El pregonero público fue enviado a los alrededores a fin de crear simpatía hacia esos hombres. Uno de ellos tenía mujer y cuatro hijos y no tenía con qué subsistir; otro tenía mujer y dos hijos y nada para vivir; y el tercero era soltero. Por ese tiempo, a uno o dos días aproximadamente, el señor Rayner de Ashton anunció que haría una reducción del 25%. Los trabajadores de Ashton y de los alrededores se indignaron tanto que no sólo se reunieron los que eran cartistas, sino los de todas las opiniones; un local en el que cabrían mil individuos, fue llenado hasta la sofocación y no hubo más que una sola voz en la asamblea para declarar que no servía de nada tratar de levantar una suscripción para los otros, sino que era preciso hacer huelga. Y he ahí justamente como comenzó la

huelga; estalló en un minuto de un extremo a otro de la sala; whigs, torys, cartistas, radicales vergonzantes y todos los demás. En una reunión en que hubo 15.000 personas presentes, y la población total es solamente de 25.000..., los discursos mostraron, principalmente, los efectos desgraciados del maquinismo, cuando no son acompañados de ninguna protección del trabajo. Señores jurados, si debiese deciros lo que sé personalmente de ciertos patronos, os asombraríais. Un patrón en Stockport, que hace diez años tenía cincuenta hombres empleados a una libra, 5 chelines por semana, tiene ahora la misma cantidad de trabajo hecho por diez hombres a una libra por semana. Conozco otro caso en que el trabajo se hace enteramente por telares mecánicos; conozco un lugar en el que eran empleados 40 aprestadores y donde ahora todo el trabajo se hace a máquina. ¡Bien! Hicimos huelga para impedir una reducción, y cuando Rayner vio el espíritu de la asamblea retiró la reducción. Hubo una reunión en Staleybridge y todos retiraron su reducción, excepto Bayley. Ahora, si hay un hombre que debiera estar aquí en el banco de los acusados, es él. Si hubiese retirado la reducción, no habría habido huelga; los obreros habrían festejado el retiro de la reducción, alegremente, como un suceso glorioso. Se tuvo una reunión en Hyde y los obreros de Hyde declararon que si los patronos trataban de hacer otra reducción irían a la huelga. Ocurrió lo mismo en Droylsden. Tal es la historia de la huelga. Debo declarar al jurado y a las personas reunidas aquí que, sin esa última lucha, miles de hombres habrían muerto de hambre, porque el grito de los manufactureros era: "Reduciremos sus salarios; los trabajadores se hacen competencia y nosotros podemos

hacer lo que nos plazca y obrar según nuestra conveniencia.” He ahí de qué sentimientos estaban animados. Pero yo no soy uno de esos hombres que, como los irlandeses, viven de malas patatas, y no quiero ser, como un siervo ruso, vendido con la tierra. Quiero ver al pueblo aquí bien instruido, y, si un hombre tiene los medios en el bolsillo, hará instruir a sus hijos; y cuando un día el pueblo esté bien instruido, entonces la Carta se convertirá en la ley del país.

Señores jurados, no os pinté, como podría hacerlo, el sistema de la fábrica. “Muchos de entre vosotros lo conocen. Conozco un caso en Stockport, en que un patrón, el alcalde de Stockport, señor Orrell, emplea 600 personas y no permite a un solo hombre trabajar en su fábrica. Vi a esposos llevar sus hijos a la fábrica para hacerlos amamantar por sus madres y llevar a sus mujeres la comida. Vi eso en la fábrica de Bradshaw, donde se emplean mujeres en lugar de hombres. Forme parte de la delegación enviada al señor Orrell y también al señor Bradshaw para pedirles que dejasesen trabajar a los hombres en sus fábricas, pero lo rehusaron. Una mujer pidió insistentemente que su marido fuese a trabajar a su lado, pero se le negó.

Tales son algunos casos de que yo tuve conocimiento por experiencia, pero hay otros millares. A consecuencia del empleo de las mujeres en esas condiciones, los capataces, inspectores y otros instrumentos del patrón se toman con éstas las libertades más escandalosas. Si os diese el detalle de los gestos que vi yo mismo de parte de hombres de esa

especie, os asombraríais de que padres y esposas tengan todavía algunos sentimientos para las obreras de las fábricas, pero no os asombraríais de que se trate de reformar el sistema.

He aquí lo que hice; tal es mi crimen... Suponed, señores, que tenéis mujer y 6 hijos sin recursos, dependientes, para vivir, de vuestro trabajo, y suponed que, reducción tras reducción de salario, no os queda más que apenas la porción calculada suficiente para cubrir las primeras necesidades de la vida, y que el sábado por la noche vuestra triste esposa no tenga nada para su familia; que vea a sus queridos hijos casi muriendo por falta de lo necesario, y que tengáis un hijo, como yo lo tenía, en su lecho de muerte, sin asistencia médica, y sin nada para sostenerlo; ¿cuáles serían vuestros sentimientos? Fui veinte años tejedor manual y estuve diez años en una fábrica, y digo sin vacilación que durante ese tiempo trabajé doce horas diarias, a excepción de doce meses durante los cuales los patronos de Stockport no quisieron emplearme; y cuanto más tiempo, cuanto más duramente trabajé, más pobre me he vuelto cada año, tanto y en tal forma que al fin estoy casi agotado. Si los patronos hubiesen hecho otra reducción del 25%, habría puesto fin a mi existencia, antes que trabajar doce horas por día en una fábrica de algodón, para comer patatas y sal.

Señores jurados, pongo ahora mi suerte en vuestras manos. Cualquiera que haya sido para otros la causa de la huelga, para mí fue una cuestión de salarios. Y digo que, si el señor O'Connor hizo de ella una cuestión del cartismo,

hizo maravillas para extenderla a través de Inglaterra, Irlanda y Escocia. Pero, para mí, esa huelga fue siempre una cuestión de salarios y del Ten Hours Bill. Combatí largo tiempo para mantener los salarios y obraré así hasta el fin de mis días; e, inclusive encerrado en los muros de un calabozo, sabiendo que como individuo, cumplí con mi deber; sabiendo que fui uno de los principales obstáculos opuestos a la última reducción de salarios; sabiendo que, gracias a esa huelga, millares y decenas de millares de hombres comieron el pan que no habrían comido si la huelga no hubiese tenido lugar, quedare satisfecho, cualquiera sea el resultado. Después de estas observaciones, voy a dejaros cumplir con vuestro deber. No dudo de que me dejaréis, con vuestro veredicto, volver con mi mujer, con mis hijos y a mi trabajo.

Esta defensa le valió la absolución.

Una buena cosecha hizo menos dura la miseria en los distritos industriales; pero la huelga tuvo consecuencias políticas considerables: despertó el viejo antagonismo entre las clases medias y las clases laboriosas.

La segunda conferencia de Birmingham, destinada a organizar la alianza, iba a ser un fracaso. Ya desde el mes de septiembre de 1842, en ocasión de las reuniones preparatorias de la conferencia, el choque entre los cartistas y los delegados de las clases medias hacía prever la ruptura que se concretó, el 27 de diciembre de 1842, en la conferencia de Birmingham..

La segunda evolución del cartismo no culminó solamente en

la ruptura entre los cartistas y los hombres del sufragio completo, en el abandono de la alianza entre las clases medias y las clases laboriosas; consagró también la ruptura entre Lovett y sus amigos, y los partidarios de Feargus O'Connor.

Según la palabra de Thomas Cooper, la conferencia de Birmingham termina “en querellas y confusiones”. Estallan los rencores personales más ásperos entre los jefes de las diversas tendencias e inclusive en el seno de una misma tendencia; pese a su sutileza, Feargus O'Connor no encuentra bastante dóciles a los miembros de la Asociación Nacional Cartista. El único resultado efectivo de esta segunda evolución es la afirmación de la dictadura de Feargus O'Connor. Pero Feargus no es propiamente un jefe; no tiene talla para emprender y proseguir una gran tarea. Su ambición no está a la altura de su papel; no piensa más que en satisfacer pequeñas vanidades y necesidades de dinero, que le llevan a derrochar las fuerzas que quedan del cartismo en proyectos incoherentes, tales como el *Land Scheme*.

Desde 1836 a 1842, el cartismo tuvo en su dirección jefes de temperamento diverso, desiguales en valor y en carácter. Gracias a ciertos militantes obreros el impulso anónimo de los innumerables se coordinó. Un teórico del valor de Bronterre, más de diez años antes que Karl Marx, supo elaborar todo un aparato de fórmulas que el gran sistematizador utilizará para hacer de ellas la armazón de su doctrina. Pero sobre todo, de la condición de las clases laboriosas, de su miseria, brotaron espontáneamente gritos arrancados al sufrimiento y que van a convertirse y quedar como gritos de alianza. Por eso, el cartismo es una experiencia decisiva del movimiento obrero.

Cuarta Parte

EL MOVIMIENTO OBRERO FRENTE A LOS IDEÓLOGOS

Es a nosotros, proletarios, a quienes corresponde desgarrar el velo que cubre nuestra miseria.

ADOLPHE BOYER.

La revolución llegará pronto: seréis los amos a vuestro turno. Sed clementes con los vencidos.

ANDRÉ TRONCIN.

VII. DE LAS HUELGAS CORPORATIVAS A LA UNIÓN OBRERA

La ley sobre las asociaciones no destruye, en Francia, las organizaciones obreras; sustituye un régimen de tolerancia relativa por un régimen arbitrario. La autoridad elige, entre las sociedades obreras, las que le parecen inofensivas.

Desde el 30 de abril de 1834, el alcalde de Nantes, en una circular, indica que el espíritu de la ley impide que se persiga a las asociaciones que son extrañas a la política. Los comisarios centrales no deben molestar a las sociedades de socorros mutuos ni a las sociedades de compagnonnage. En fin, las asociaciones cooperativas son toleradas también, en la medida en que no aparecen ante las autoridades como el germen de asociaciones de resistencia o como la máscara de sociedades con tendencias políticas. Por ejemplo, la sociedad formada en 1841 por los 2.000 pasamaneros de Saint-Étienne, perteneciente a la fábrica de cintas, resulta sospechosa porque su organizador es vicepresidente del comité para la reforma electoral; éste es perseguido, condenado y la asociación queda disuelta judicialmente.

Las clases laboriosas, pues, pueden proseguir su movimiento de organización corporativa; pero en condiciones tan precarias

que los obreros más activos se ven obligados a refugiarse en sociedades secretas.

Al día siguiente de las jornadas de abril de 1834, en Lyon, la sociedad de los mutualistas y la de los ferrandiniers se desintegran por completo a consecuencia de los arrestos; sólo gracias a su organización secreta los ferrandiniers continúan reuniéndose.

Pero en Lyon la tradición del mutualismo se mantiene gracias a la prensa obrera: *L'Écho de la Fabrique* desapareció el 4 de mayo de 1834; reapareció primero en 1835, luego desde 1841 a 1845. De 1834 a 1835, *L'Indicateur* y *La Tribune proléttaire* lo reemplazan.

En París, y también en provincias, el naufragio del movimiento obrero deja sobrevivir a las organizaciones cuya vitalidad subsiste: los sombrereros, los ceramistas de la porcelana, los tipógrafos, de ciudad en ciudad, establecen acuerdos. La poderosa Sociedad Filantrópica de los obreros sastres extiende su actividad a 30 departamentos⁴⁸. Pero, en general, las sociedades corporativas son obligadas a replegarse.

Entre 1835 y 1840 la actividad obrera tiene su foco en las sociedades secretas y adquiere una forma revolucionaria. La participación de las clases laboriosas en las sociedades secretas que se forman desde abril de 1834 promueve cierto número de problemas.

48 O. FESTY, "Dix années d'histoire corporative des ouvriers talleurs d'habits 1830–1840, en *R. Histoire et doctrines*, 1912.

Esas sociedades secretas son la consecuencia de la transformación que los acontecimientos imponen a la propaganda republicana. La adhesión de cierto número de trabajadores de esas sociedades secretas hará más estrecha la unión, esbozada en el curso del año 1834, entre el partido republicano y el movimiento obrero. Pero ¿en qué proporción participan los obreros en esas sociedades secretas? ¿Cuáles fueron las doctrinas dominantes en el seno de esas sociedades?

Las sociedades secretas, en Francia, entre 1835 y 1839, tuvieron un doble carácter: unas, como las *Familles* y las *Saisons*⁴⁹ son formadas por afiliados franceses que pertenecen a las clases medias y a las clases laboriosas; otras, como la Federación de los Proscriptos (1834–1836) y la Federación de los Justos (1836–1839), están compuestas por refugiados alemanes y suizos, periodistas desterrados, empleados de tiendas, artesanos y obreros, tipógrafos, relojeros, hojalateros, confeccionadores de botas, carpinteros, ebanistas, sastres y zapateros. Pero la Federación de los Justos está en relación con la sociedad de las *Saisons*; algunos de los miembros se encuentran al lado de Blanqui, de Barbés y de Martin Bernard, en ocasión del golpe de mano del 13 de mayo de 1839.

Los lazos que existen entre las sociedades secretas hacen surgir la tendencia internacional del movimiento obrero, en la medida en que ese movimiento se expresa por la participación obrera en las sociedades secretas. Desde esa época, tanto en Francia como en Gran Bretaña, si no en sus doctrinas, al menos

49 Las *Familias* y las *Estaciones*. (N. del T.)

en sus aspiraciones, el movimiento obrero tratará instintivamente de ligar la solidaridad entre trabajadores de un país a una solidaridad internacional entre las clases laboriosas. El entendimiento existente entre franceses, alemanes y suizos en el seno de las sociedades secretas de París, se ensancha: entre las clases laboriosas de Gran Bretaña, de Bélgica y de Francia, las relaciones se volverán poco a poco más frecuentes y más precisas.

Ya en 1836, los cartistas de la A. de T. dirigen un mensaje a la clase obrera belga, en el cual se afirma la solidaridad de todos los trabajadores. El movimiento cartista no es ignorado en Francia: en 1839 Flora Tristán describe el Parlamento Obrero de Fleet Street; en octubre de 1842, el periódico *L'Atelier* hace un llamado a los cartistas, que responden en enero de 1843. En fin, el levantamiento del 13 de mayo de 1839, que provoca el destierro de los miembros de la Federación de los Justos, promueve la formación, en Londres y en Bruselas, de dos centros de agitación internacional.

El proceso de los acusados de abril desorganizó al partido republicano.

Los republicanos esperaban que el proceso ante el tribunal de París pudiese ser un medio grandioso de propaganda. Pero sus divisiones son favorecidas por la prolongación del juicio, por sus querellas personales y por las oposiciones que se manifiestan entre el comité de defensa y los defensores mismos. Y el proceso, iniciado el 5 de mayo de 1835, termina el 23 de enero de 1836, en medio de la indiferencia de la opinión pública.

Entre tanto, el 4 de agosto de 1835, el gobierno presentó tres proyectos de ley que se convierten en las *leyes de septiembre*. La más importante se refería a la prensa: aumentaba la fianza, y agravaba las disposiciones relativas a los gerentes. Restablecía la censura de los dibujos, litografías y obras de teatro; impedía tomar la calificación de republicano, y establecía la detención y una multa de 10.000 francos, para toda ofensa a la persona del rey y para todo ataque contra el principio de autoridad.

La Tribune desapareció el 12 de mayo de 1835; *Le Réformateur*, cuyo primer número es del 8 de octubre de 1834, sufre la misma suerte en octubre de 1835.

En la primavera de 1834, las asociaciones republicanas tratan de reconstruirse en provincias, principalmente en Saint-Étienne, en Nuits, en Dijon, en Estrasburgo, en Rouen, en Angers, en Mans, en Aix y en Toulouse. Pero los ensayos, efectuados en forma dispersa, de reconstitución del partido republicano sobre sus antiguas bases, están destinados al fracaso. La propaganda republicana se vuelve secreta: Vignerte, Lebon, Berryer-Fontaine y Delente aprovechan sus permisos de salida de la prisión para organizar una sociedad cuyos adherentes pueden reunirse no importa dónde, pero de a tres solamente. En provincias, el carbonarismo recoge a los miembros dispersos de las asociaciones republicanas.

La primera de las sociedades secretas se llama *Les Légions Révolutionnaires*. Las Legiones Revolucionarias, organizadas por Vignerte, Lébon, Delente y Berrver-Fontaine, datan de abril de 1834. Esta sociedad parece fusionarse entre 1834 y

1836 en la *Société des Familles*, Pero sus elementos montañeses mantienen su actitud en el seno de la nueva sociedad. En 1837, los miembros más violentos forman las Falanges Democráticas, y los otros la *Société des Saisons*. Después del golpe de mano de mayo de 1839, todos los elementos se reagrupan, en 1840, en la Sociedad Comunista.

La *Société des familles* se funda en agosto de 1834 según Barbés –en oposición a la afirmación de Blanqui, que no entra en ella sino en junio de 1835–. Tiene por célula la familia: de 5 a 12 iniciados. Comprende a la vez obreros, estudiantes y un gran número de militantes: La sociedad penetró profundamente en el ejército, contaba en su seno con cierto número de suboficiales que esperaban impacientes la señal para la acción⁵⁰.

En 1836, la Sociedad de las Familias cuenta con 1.200 afiliados, cuando la policía descubre, en la calle Lourcine, una fábrica clandestina de pólvora; 24 de sus miembros son acusados y condenados, y, entre ellos, los animadores: Blanqui, Barbés, Martin Bernard y 20 obreros tipógrafos. Puestos en libertad en 1837, Blanqui, Barbés y Martin Bernard organizan la sociedad de las *Saisons*. Los montañeses, por su lado, reconstruyeron las Legiones revolucionarias bajo el nombre de Falanges democráticas.

Las *Saisons* tienen más relaciones con provincias que las *Familles*, aun cuando esperan el triunfo de una revolución en París.

50 Manuscrito de Auguste Blanqui, en la Biblioteca Nacional.

La sociedad de las Saisons se compone, sobre todo, de obreros. El número de adherentes es de 600 en 1838 y de 900 en la primavera de 1839⁵¹; provocados por la puja de los montañeses, que incluyen en sus filas a policías, las Saisons intentan un golpe de mano el 13 de mayo de 1839.

Las sociedades secretas, por sus tendencias, representan la tradición babouvista. Pero esa tradición encarna en un hombre: Blanqui. La fracción extrema de la Sociedad de los Derechos del Hombre, más bien por instinto que conscientemente, era de tendencia babouvista. En efecto, ciertas secciones de la Sociedad de los Derechos del Hombre se llamaban “Babeuf”, “Buonarotti”; pero es en las prisiones donde, después de las jornadas de abril, como dice Cabett, “el demócrata se vuelve comunista a pesar suyo”. La tradición babouvista encuentra una acogida simpática en los obreros, y los atrae a las sociedades secretas.

Las doctrinas babouvistas dominan tanto en la sociedad de las Saisons como en las Legiones Revolucionarias y en las Falanges Democráticas. La aventura de Babeuf obsesiona a Blanqui.

Blanqui, hijo de un convencional, llega a París en 1822, a los 17 años, para asistir a la ejecución de los cuatro sargentos de La Rochelle; jura vengar a esos mártires de la libertad. En París, estudia derecho y medicina, adhiere a los carbonarios y es herido de bala en el cuello, en ocasión del levantamiento de noviembre de 1827.

51 M. DOMMANGET, *Blanqui*, Lib. de l'Humanité, cd. rusa, 1924, pág. 96; *Blanqui a Belle Isle (1850–51)*, 1935, pág. 289; *Hommes et choses de la Commune*.

Colabora en la redacción del *Globe* y toma parte en las jornadas de julio. Miembro de la Sociedad de los Amigos del Pueblo, en enero de 1832, en el proceso de los Quince, Blanqui responde al magistrado que le pregunta: “¿Cuál es vuestra profesión? –Proletario.– Ésa no es una profesión. –Es la profesión de 30 millones de franceses que viven de su trabajo y son privados de sus derecho políticos.”

Blanqui tomó de Babeuf su concepción de la acción revolucionaria; pero su pensamiento no puede ser reducido a fórmulas babouvistas.

Por su visión de la espontaneidad social y de la necesidad de los contrapesos entre las fuerzas sociales, Blanqui se vincula con Proudhon; su concepción pluralista es la de ciertos filósofos modernos.

Pero, para la leyenda, Blanqui es el hombre del golpe de mano. Desde el 23 de enero de 1831, en *Le Globe*, afirma su fe en la acción revolucionaria: “En lo que concierne a la libertad, no hay que esperar, hay que tomar.” Blanqui quiere seguir el ejemplo de Babeuf: “La insurrección es una obra práctica que exige una técnica que es preciso conocer.” En *Les Instructions pour une prise d'armes*, dice: “Es preciso todavía repetirlo: la condición *sine qua non* de la victoria, es la organización del conjunto, el orden y la disciplina. Es dudoso que las tropas resistan largo tiempo contra una insurrección organizada y que obra con todo el aparato de una fuerza gubernamental.”

La revolución se hará en París. Se instaurará la dictadura revolucionaria querida por Babeuf; el Comité Revolucionario de

Salud Pública mantendrá el poder en tanto que sea necesario “para poner la nación en plena posesión de la libertad, a pesar de la corrupción que es consecuencia de su antigua esclavitud”.

Un grupo de obreros, de empleados, de estudiantes y de periodistas fundó en 1832 una asociación en París; se reunían en un pequeño restaurante de la rue Tirechappe nº 7, algunas casas antes de la que habitaba el obrero zapatero Ebrahim. En 1834, esa pequeña sociedad se transforma y toma por nombre el de Federación de los Proscriptos, con un programa semejante al de la Sociedad de los Derechos del Hombre.

La Federación de los Proscriptos se divide entre las mismas tendencias democráticas y babouvistas. Su teórico, Théodore Schuster, debe mucho a los saintsimonianos y a Sismondi. La técnica moderna conduce a una sociedad en donde reinan la concentración de las riquezas y la proletarización progresiva: “la oposición de dos clases se acentúa cada día más: la de los ricos que consumen y no producen nada, la de los pobres que lo producen todo y son desprovistos de todo”. La revolución técnica hace necesaria la socialización de los medios de producción. Théodore Schuster pide la asociación de los obreros en cooperativas de producción con la comandita del Estado.

En 1836, Théodore Schuster se separa de la Federación de los Proscriptos para organizar la Federación de los Justos. Ésta comprende al tipógrafo Karl Schapper, al cabetista Hermann Ewerbeck, al sastre Wilhelm Weitling y al relojero Joseph Moll. Varios de ellos se volverán a encontrar en la Federación de los Comunistas, y algunos en la Primera Internacional.

La nueva federación se afilia a la sociedad de las Saisons; los mismos principios gobiernan a las dos sociedades: derecho de existencia, derecho de representación, derecho de educación.

Pero la Federación de los Justos se divide en dos tendencias: los ebanistas y los carpinteros son reformistas; piensan que la revolución política llevará al establecimiento de la República social. Por el contrario, los sastres y los zapateros apelan a una república mística fundada sobre la comunidad de los bienes.

En 1838, la Federación encarga a W. Weitling la tarea de redactar un manifiesto: *La humanidad tal como es y tal como debería ser.*

En las concepciones de Weitling domina la inspiración babouvista: su plan de acción consiste en una serie de golpes de mano.

De las dos sociedades secretas, las Falanges Democráticas y la sociedad de las Saisons, ésta era la más puramente obrera y también la más moderada. Pero esa moderación era el reproche que le oponían las Falanges Democráticas excitadas por algunos de sus miembros pertenecientes a la policía.

En la primavera de 1839, Blanqui lleva a los afiliados a la sociedad de las Saisons a aprovechar la situación creada por el paro forzoso y la crisis ministerial, para intentar un golpe de mano⁵².

El 12 de mayo de 1839, mientras los paseantes del domingo circulan a través de París, repercute una canción. Un puñado de hombres llama al pueblo a la revolución. Blanqui desea esa jornada e incita a Barbés a regresar a Carcassonne, recordándole su palabra de honor de volver al primer llamado. Respondieron a éste trescientos hombres, pertenecientes a la sociedad de las Saisons y a la de los Justos. Solamente algunos están armados.

Se reúnen en el cruce de la rue Mandar y de la rue Montorgueil. El fiel Martin Bernard está, allí; Barbés también, aunque no cree en el éxito, pero, valiente ante todo, corre al depósito de la rue Quincampoix y distribuye armas y cartuchos. Antes de atacar el Ayuntamiento, Barbés se dirige hacia la prefectura de policía. Pero es obligado a volver a reunirse, en la plaza del Châtelet, con Blanqui y Martin Bernard, para marchar sobre el Ayuntamiento. Es un domingo; las salas están desiertas.

La proclama redactada por Blanqui es leída por Barbés en medio del Ayuntamiento completamente vacío. Llama al pueblo a las armas: “Pueblo, levántate, tus enemigos desaparecerán como el polvo ante el huracán; ataca sin piedad a los viles satélites, cómplices voluntarios de la tiranía; tiende

52 DOMMANGET, “Blanqui et l’insurrection du 12 mai 1839, en *Le critique sociale*, marzo, 1934.

la mano a esos soldados, salidos de tu seno, que no volverán contra ti las armas parricidas.”,

Pero el pueblo está mudo e indiferente. Y los soldados arrojan a los insurrectos del Ayuntamiento. Los insurrectos ocupan la alcaldía del distrito VII, rue des Francs Bourgeois; después van hacia la alcaldía del distrito VI; en la rue Greneta, Blanqui organiza barricadas que son tomadas por la tropa.

Esta tentativa no conmovió un instante a la opinión pública; sorprendió solamente a una multitud indiferente; y Thureau-Dangin pudo decir: “El misterio de que se rodeó la conjuración tuvo por efecto que el pueblo mismo, en su fracción republicana, revolucionaria, no fue menos sorprendido ni estuvo menos preparado que el gobierno.”

No tuvo eco tampoco en provincias, donde se creyó que la jornada del 12 de mayo había sido organizada por la policía. Barbés es herido y detenido, así como Martin Bernard, Quignot y Meillard; Blanqui es detenido el 14 de octubre de 1836. Se lo liberó el 6 de diciembre de 1844. Maurice Dommange⁵³ probó que Blanqui, inocente de las graves acusaciones formuladas contra él sobre la base del “documento Taschereau”, hallado en el ministerio de relaciones extranjeras, fue víctima de una odiosa maquinación de Barbés. Proudhon formó parte del jurado de honor que declaró inocente a Blanqui.

El decenio 1835–1845 está señalado por la descentralización del pensamiento republicano.

53 M. DOMMANGE, *Blanqui et le document Taschereau* (cap. IV y V)

En provincias, la desorganización de las asociaciones republicanas tuvo por consecuencia una renovación de la actividad del carbonarismo adormecido, que se convierte en el carbonarismo regenerado. En Lyon, desde 1835, las logias del carbonarismo comprenden a sastres, ebanistas y obreros de la seda: “Bajo la égida de las sociedades carbonarias reformadas, la propaganda republicana recomendó en el seno de las ventas⁵⁴ su trabajo de Penélope, destruido por el régimen de julio; socavará el trono del Orleans como había minado el de los Borbones⁵⁵.”

La propaganda republicana continúa en las oficinas de redacción de los periódicos y en los círculos de lectura.

En Lyon, las sociedades secretas toman la forma de círculos de lectura donde se entretiene y se instruye al mismo tiempo. Se reúnen para discutir sobre socialismo y política y, cuando aparece la policía, se entrega a juegos inocentes⁵⁶.

En las provincias, se forman sociedades icarianas y babouvistas. Étienne Cabet se multiplica en Toulouse, Marsella, Saint-Quentin, Mulhouse y Lyon, donde trata en vano de reconciliar las sectas enemigas. En Lyon, los mutualistas se reorganizan y, en 1840, se forma la Sociedad del Porvenir.

En París, diezmada a consecuencia de los arrestos la sociedad de las Saisons, los afiliados que están en libertad se unen a los montañeses para formar, en 1840, otra sociedad secreta,

54 Lugar de reunión de los carbonarios y la reunión de los mismos. (N. del T.)

55 GABRIEL PÉRREAUX, *op. cit.*, pág. 381.

56 TCHERNOFF, Partí républicain, monarchie de Juillet. *Fedone, 1905*, pág. 398.

dividida en tres tendencias: los reformistas, los comunistas propiamente dichos y los trabajadores igualitarios, que tienen por periódico *L'Humanitaire*, cuyo gerente, Gabriel Charavay, se proclama discípulo de Silvain Maréchal y sigue a Blanqui.

Desde 1835 y hasta 1841, el libro de Buonarotti es el libro más difundido entre los obreros que forman parte de las sociedades secretas. Pero las tendencias babouvistas tropiezan con los progresos del comunismo icariano. El periódico *L'Humanitaire* representa la tradición babouvista y lucha contra los adeptos del sistema icariano.

Los trabajadores igualitarios se reúnen para comentar los acontecimientos y los periódicos: *Le National*, *Le Populaire*, *Le Journal du Peuple*, *Le Journal de Commerce*. Con nombres nuevos: oficio, taller, fábrica, conservaron la organización de las Saisons.

Los Justos fueron fieles a las Saisons: participaron en las jornadas del 12 y 13 de mayo. Algunos de los alemanes afiliados cayeron en la barricada de la rue Greneta. Otros fueron condenados. Wilhelm Weitling se refugió en Suiza, otros llegaron a Londres.

La Federación de los Justos había desaparecido; pero se reconstruyó. En 1840, en Londres, el tipógrafo Schapper, el zapatero Heinrich Bauer, el sastre Eccarius y el relojero Joseph Moll organizan un Grupo Comunista de Educación Obrera.

El grupo más numeroso es el de Londres: emigrados rusos, eslavos, escandinavos, holandeses, húngaros, checos y alsacianos llevan al Grupo comunista de educación obrera un

público de sentimientos encontrados, pero desbordante de vida activa y apasionada. Cuando Friedrich Engels llega a Inglaterra, hacia fines de 1842, para administrar la hilandería de algodón que su padre posee en Manchester, entra en contacto con ese grupo de refugiados comunizantes.

II

En 1840, la propaganda republicana adquiere una forma nueva: la campaña de los banquetes, que tiene por objeto inmediato la reforma electoral. El 1º de junio, los reformistas del distrito XI brindan por “la reforma electoral, la convención, la reforma social, objetivo y complemento de la reforma política”. El 9 de junio, en el banquete del distrito XII, Goudchaux se levanta contra “la explotación del hombre por el hombre” y reclama la *organización del trabajo*.

¡La organización del trabajo! Desde junio a agosto, en la *Revue du Progrés*, Louis Blanc publica artículos que reunirá en septiembre en un folleto. Louis Blanc no inventó la fórmula, era moneda corriente desde los saintsimonianos. Pero la participación de cierto número de obreros en los banquetes organizados por los republicanos, no tiene más que una importancia secundaria en ese año de 1840.

En la historia del movimiento obrero, el año 1840 se

caracteriza en París por un movimiento corporativo de huelgas; ese movimiento, de vasto alcance afirma reivindicaciones que forman un primer programa de legislación del trabajo.

La crisis económica se agravó en 1839.

En diciembre de 1839, escribe Proudhon a Pérennés, hay en París 30.000 sastres que no hacen nada; otros tantos, en proporción, de otros oficios; se hace llegar a 150.000 el número de obreros sin trabajo. ¿Cómo viven? Es un misterio, no son siempre los mismos los que se hallan en paro forzoso; pero trabajan alternativamente, un día, dos días por semana, sin que esa sucesión sea, por otro lado, estable... Cuando ganaron 3 francos, 4 francos, 6 francos, la necesidad de reponerse los lleva a los alrededores de la ciudad; no van de jarana, sería inexacto; comen carne y pan y beben un litro a 50 céntimos. Como se reúnen para esa comida, pasan allí la jornada –por otra parte, no tienen nada que hacer–, cantando canciones republicanas e inician el ayuno al día siguiente. 25 céntimos, 20 céntimos, inclusive 5 céntimos de pan por día, les bastan. El estómago se resiente muy pronto a causa de ese régimen, adquieren una afección al pecho y van a morir al hospital. Su exaltación revolucionaria me parece actualmente cercana a la desesperación. Saben que el trazado de París está hecho por el gobierno de manera tal como para ocupar repentinamente todos los puntos de la ciudad al primer levantamiento. Saben que no pueden sublevarse hoy sin ser ejecutados por millares. Es esa misma impotencia la que los hace más terribles. Yo he visto a algunos que, después de la lectura de la última obra de Lamennais, pedían fusiles y

querían ponerse en marcha al instante. Sólo los contiene la promesa que se les hizo de emplearlos pronto. Por lo demás, no quieren a Laffitte, ni a Arago, ni a los reformadores de periódico y de tribuna: ellos hablan de aniquilar al primero que, sin haber combatido, les hable de moderación, de orden o de respeto a las propiedades... Es una violencia rabiosa, mantenida por la miseria en que se ven, la incuria de los gobiernos y las interminables declaraciones de los hombres que se dicen republicanos... Consideran como aristócratas ambiciosos a los que los adulan y les hacen promesas republicanas; pero les falta un O'Connell. Los sastres muestran en general mucha inteligencia⁵⁷.

La crisis económica se prolonga durante los primeros meses de 1840. La carestía del trigo provoca desórdenes; irrumpen las coaliciones. Huelga de los obreros del puerto del Havre, de los carpinteros en Lillebonne, huelgas de los mineros en Rives-de-Gier y en Lodéve contra las reducciones de salarios.

En París, un obrero de cada tres, muere de hambre. El estado de ánimo de los trabajadores es tal como lo describió el albañil Martin Nadaud, en sus *Mémoires de Léonard*:

El pueblo fue aprisionado como en un torniquete o como un hombre honesto en un círculo de asesinos. Un grito de desesperación se elevó entre los obreros de París. Fue una ebullición del espíritu público semejante al vapor comprimido. Inopinadamente, todos los gremios hablaron

⁵⁷ *Correspondance*, 16 de dic. de 1839, tomo I, pág. 163.

de ir a la huelga; no se oyó más que un grito: “Ocurra lo que nos ocurra, el deber nos impone, nuestra dignidad nos exige que no ofrezcamos por más tiempo el cuello a nuestros verdugos. ¡Valor! Violemos las leyes sobre las coaliciones. Quizás esos actos de fuerza hagan abrir los ojos a los traidores que nos hicieron tan bellas promesas al día siguiente de la revolución de 1830 y que no cumplen ninguna... Los obreros de la construcción, siempre en el número de los más pacientes, acosados por la miseria, recorrían las calles.

La primera huelga es la de los sastres. Desde marzo de 1840, los sastres declaran un conflicto a determinados patronos: cierto número de éstos son obligados a conceder aumentos de salarios.

Pero, en junio, se plantea la cuestión de la libreta. La Sociedad Filantrópica de los patronos sastres se une a los patronos no afiliados para imponer a los obreros, a partir del 19 de julio, la obligación de la libreta. La cesación del trabajo, de parcial que era, se vuelve casi general. El animador de esta huelga fue André Troncin, que tenía el hábito de reunir por la noche a sus camaradas para realizar lecturas, y estaba en relación con los estudiantes republicanos. Denunciado como, agitador, Troncin es condenado a cinco años de prisión. Sus *Cartas de Gaillon*, dirigidas a su compañera, revelan un alma estoica, una fe inquebrantable en los destinos de la clase obrera. Diez días después de su salida de la prisión, murió pronunciando estas palabras: “Muero por vosotros. Vivid para mis hijos. La revolución vendrá pronto: seréis los amos a vuestro turno. Sed clementes con los vencidos.”

3.000 obreros sastres interrumpieron el trabajo, sostenidos por las contribuciones de los sastres de algunas ciudades de provincia y también por los tipógrafos de París. Los obreros sastres organizaron en rue Mondétour una cocina común, donde un millar de obreros acude a comer por 50 céntimos. La huelga termina en agosto con la vuelta al trabajo y la renuncia de los patronos a sus exigencias.

La cuestión de la libreta es también la causa de la coalición de los obreros de papeles pintados. Un fabricante del faubourg Saint-Antoine, que ha instalado en su taller una máquina nueva, amenaza con el despido de los obreros que rehúsen usarla. Los obreros de papeles pintados reclaman sus libretas. Seveste los denuncia a la policía por coalición, la fábrica es declarada en conflicto, lo cual es seguido del arresto de un grupo de obreros. El 31 de julio se informa ante el tribunal que diez obreros de Seveste no pudieron obtener trabajo porque no presentaron sus libretas; libretas que Seveste había agregado a su acusación. A otros cuatro obreros, su empleador les entregó las libretas, pero con esta inscripción: "Salió de mi casa con una acusación ante el procurador del rey." Cada uno de ellos es condenado a prisión. Entonces acusan a Hebert, su empleador, ante el juez de paz; éste ordena que se borre la anotación, pero rehúsa conceder a los obreros indemnización por daños y perjuicios.

En julio, los obreros zapateros se declaran en huelga reclamando un aumento de salario. Admiten la regulación del diferendo por árbitros, y nombran sus representantes. Y después de un entendimiento con los patronos zapateros, reanudan el trabajo.

El prefecto de policía no esperó para obrar. Desde el 19 de septiembre, hizo fijar en los muros extractos de la ley del 10 de abril de 1831, sobre las aglomeraciones y, el 3 de septiembre, un aviso a los obreros, recordándoles los principios de la libertad del trabajo y amenazando a los *malos obreros* con las disposiciones del código penal.

Para justificar el arresto de los obreros picapedreros, el prefecto de policía toma como pretexto la confiscación de circulares y listas de suscripciones realizada en ocasión de registros policiales.

Como consecuencia de esos arrestos prosigue la huelga.

El 19 de septiembre, por su parte, los obreros ebanistas apelaron también al ministro de obras públicas, reclamando la supresión del *marchandage*⁵⁸. Esta supresión reclamada generalmente es justificada en *Le National* del 4 de septiembre por un obrero: “Al solicitar la supresión del marchandage, los obreros querían impedir a los empresarios que se arrojasen de cabeza a locas empresas y calmar un poco la fiebre de adjudicación que los arruina muy a menudo y causa la miseria de los obreros.”

Mientras que los sastres mantuvieron en sus manifestaciones una gran calma, las reuniones de los obreros carpinteros son tan violentas que en el Clos Saint-Lazare se carga para dispersar a los manifestantes.

58 Forma de contrato de trabajo por la cual un subcontratista emplea a los obreros por horas o por días a un precio inferior al normal. (N. del T.)

Los obreros fabricantes de clavos declaran a sus patronos en conflicto. Los obreros fabricantes de carroajes y los cerrajeros de coches reclaman la reducción de la jornada de trabajo de 14 a 12 horas, o sea 10 horas de trabajo efectivo, sin disminución de salario, el pago doble de las horas suplementarias, la obligación del sistema de los subcontratistas.

Los patronos carroceros responden, con una negativa y los obreros interrumpen el trabajo. Los cerrajeros y los constructores de carroajes recorren los talleres para suspender las tareas.

Los albañiles se van a la huelga y reclaman las mismas condiciones de trabajo que los picapedreros, los carpinteros de banco y los carpinteros de obra.

Y no es sólo en la industria de la construcción donde la huelga se extiende a los diversos gremios: los hilanderos de algodón reclaman una reducción de la jornada de trabajo y piden que, en lugar de vigilar tres telares mecánicos, cada hilandero no tenga que vigilar más que uno, a fin de que el trabajo pueda ser repartido entre un número triple de obreros.

Fueron llamados dos regimientos de Fontainebleau, y se procede a efectuar arrestos en masa. Sin embargo, las reuniones obreras continúan. Los panaderos hacen una huelga por 24 horas.

Los encuadernadores declaran la huelga en los primeros días de septiembre y también los curtidores, los bataneros, los tejedores de géneros de punto, los peones camineros, etc., durante el mes de agosto y la primera semana de septiembre.

El 19 de septiembre, el movimiento está en su apogeo; pero he aquí que declina; los obreros fabricantes de coches y los albañiles vuelven al trabajo; el 4 de septiembre, los 300 síndicos de los cerrajeros, mecánicos y fundidores deciden que se retornará al trabajo el 7 de septiembre: “No estamos pagados ni por potencias extranjeras ni por ningún partido político; la miseria y el hambre de más de una tercera parte de nuestros camaradas son las que hicieron adoptar el reglamento por más de 20.000 de nuestros camaradas.”

El movimiento huelguista fue, en efecto, un movimiento puramente corporativo al que no se mezcló ningún elemento extraño; pero los patronos quieren demostrar “que las quejas no eran graves”. El gobierno desea una victoria interna que le compense del fracaso de su política exterior.

El 7 de septiembre se producen tumultos en el faubourg Saint-Antoine, promovidos por agentes provocadores, cuando desde hacía ya tres días los síndicos de los cerrajeros, mecánicos y fundidores habían decidido la reanudación del trabajo. Obreros ebanistas, detenidos en su marcha hacia la mansión de los comisarios tasadores, construyen algunas barricadas, cuyo dominio no cuesta ningún esfuerzo a las tropas.

El gobierno se preocupó de reunir tropas importantes. El prefecto de policía hizo fijar en los muros un aviso que anunciaba la severa represión de todos los atentados contra el orden público; la inquietud era grande también en París.

La prensa dio tres interpretaciones sucesivas del movimiento

huelguista, cada una de las cuales, en su momento, sirve a los designios del gobierno.

En agosto –al día siguiente de la aventura de Luis Napoleón, que tuvo lugar el 6–, *La Presse* escribe esto: “A consecuencia de los acontecimientos de Boulogne, se difunde el rumor de que un grupo de obreros sastres de la capital acaba de ser detenido. Se asegura además que habría sido hallada en posesión de uno de los jefes, una suma de dinero bastante fuerte, procedente de Luis Napoleón, para repartir entre los obreros.”

La huelga de los obreros sastres: manejos bonapartistas.

A comienzos de septiembre, el 4, *Le Courrier Français* insinúa que “los obreros pueden ser, sin saberlo, juguetes de una intriga extranjera. En los levantamientos cartistas, en Inglaterra, se reconocía la mano de Rusia”.

¿La mano de Rusia o el oro inglés? “Hemos oído hablar de oro repartido en abundancia, dicen *Le Capitole* y *Le Constitutionnel* del 6 de septiembre; hemos oido decir que hombres extraños a las profesiones coligadas se mezclaron con los obreros verdaderos.”

A una consigna del Quai d’Orsay, todos los periódicos repiten a coro: “El oro viene del extranjero, de nuestros enemigos, de los partidos que nos son hostiles.” Comienza una tradición.

La policía fabrica el complot, valiéndose de unos cuantos

papeles confiscados a los obreros detenidos. Papeles misteriosos, reveladores: “Se ha distribuido dinero; se descubrirá sin duda quién lo distribuyó y de dónde viene.” El periódico *Le Droit* afirma que “no sin motivo la opinión pública presumía que el movimiento insurreccional de los obreros había sido incitado por agitadores. Esta mañana se detuvo a un individuo provisto de una gran cantidad de cartas destinadas a la distribución, a cambio de las cuales los portadores podían hacerse entregar, en las direcciones indicadas, alimentos y vino; tenía también a su disposición una suma considerable de oro.”

Pero el oro del extranjero es una explicación que muere pronto. Así la consigna del Quai d’Orsay cambia en seguida; el ministro del interior escribe al guardasellos, el 6 de septiembre: “Enterados de que algunos jefes de sociedades secretas se ocupaban de explotar, en interés de los republicanos, las aglomeraciones de obreros que se sucedieron desde hace algunos días, el señor prefecto de policía distribuyó órdenes de allanamiento y de detención contra varios agitadores que estaban señalados más particularmente.” Hay motivo para reprimir los manejos republicanos. Y la comedia del complot termina con los registros y los arrestos. Dourville, del *Journal du Peuple*, uno de los jefes de la Sociedad de los Trabajadores Igualitarios, y Rozier, que habló en el banquete comunista, son detenidos y acusados como cómplices de las coaliciones de obreros.

Y además se molesta a los directores y redactores del *National*, del *Journal du Peuple*, sospechosos de simpatías hacia los huelguistas, y se confiscan algunas publicaciones

como *L'Organisation du Travail*, de Louis Blanc, que acababa de aparecer en folleto, porque el autor “se complacía en exagerar los padecimientos de la clase pobre”.

Pero los arrestos políticos no fueron muchos comparados con los que sufrieron los obreros huelguistas: 140 hilanderos, 62 carpinteros, 38 obreros de carruajes, 29 picapedreros, 6 cerrajeros, 14 sastres, 5 encuadernadores, una docena de bataneros, peones camineros, peluqueros, tejedores de géneros de punto, zapateros y 105 de diversos gremios, en total 409 detenciones.

Ante el tribunal correccional, el 8 de septiembre, el procurador del rey reclama las penas más severas, porque “si desde hace algún tiempo ha invadido al comercio cierto malestar, no se hizo sentir más que entre los jefes de empresas; pero hasta aquí ningún sufrimiento penetró en la clase obrera”.

El 11 de septiembre, el mismo procurador del rey amonesta al patrón hilandero Gobert, que se atrevió a declarar que sus obreros no formaron coalición: “El señor Gobert viene a patrocinar aquí a sus obreros. Viene a garantizar su buena conducta; pero el ministerio público tiene necesidad de saber, para formar su opinión sobre el valor de su testimonio, qué garantía presenta el testigo de sí mismo: yo tengo necesidad de saber si en su proceder no hay ninguna determinación política.” Porque ese Gobert fue uno de los organizadores del banquete del Châtillon y el testimonio de un reformador no vale nada.

De todos los periódicos nacidos alrededor de 1840, *L'Atelier* es quizás el más importante. *L'Atelier* aparece al día siguiente de las huelgas del verano de 1840.

El animador de *L'Atelier*, Anthime Corbon, intervino en las huelgas y el programa del periódico se inspira en las reivindicaciones de los huelguistas. Ese periódico obrero, redactado por obreros, tiene un programa de reivindicaciones que las primeras horas de la revolución de 1848 realizarán en gran parte:

1º) Limitación de la jornada de trabajo; 2º) abolición del sistema de los subcontratistas; 3º) reglamentación de la colocación; 4º) establecimiento de un salario mínimo; 5º) supresión de la obligación de la libreta; 6º) reglamentación de la competencia hecha a los obreros por la mano de obra de las prisiones y de los conventos; 7º) transformación profunda de los consejos de prud'hommes; 8º) indemnización por los accidentes de trabajo; 9º) cajas de retiros para la vejez; 10º) libertad de reunión, de coalición y de asociación.

Anthime Corbon, hijo de un artesano del Haute-Marne, a la edad de 7 años trabaja como reatador de hilos en casa de un tejedor. Se hace pintor de letras, agrimensor y, en París, en 1833, tipógrafo; finalmente, compaginador de la casa Pión. En su historia manuscrita de la Sociedad Tipográfica⁵⁹, Joseph Mairet cuenta que fue primero comunista; después, como tropezara con Buchez, retomó la idea que habían tenido los

59 JOSEPH MAIRET. *Histoire de la Société typographique*, manuscrito perteneciente a la Federación Francesa de los Trabajadores del Libro; ver ARMAND CUVILLIEX, *L'Atelier*, Alcan, éd.

obreros buchezianos en 1836, de fundar, al lado de *L'Européen*, un periódico puramente obrero

Entre los redactores de *L'Atelier*, figuraba el cerrajero Jérôme-Pierre Gilland, el tipógrafo Henri Leneveux, el tenedor de libros François Chevé⁶⁰, el cerrajero Pierre Moreau, poetas obreros tales como el tejedor Magu, el albañil Charles Poney⁶¹ y Eugéne Pottier, el autor de *La Internacional*⁶².

Somos los primeros, en la clase obrera –decía el prospecto anunciador– que venimos a usar un derecho adquirido por todos los franceses. No disimulamos que, al tomar el partido de la publicidad, emprendemos una tarea grande y difícil; pero tenemos que demostrar a nuestro país que somos dignos de él; que no ignoramos el valor de las cuestiones políticas; que no somos extraños a nada de todo cuanto lo ocupa; en una palabra, que somos de su sangre y que vivimos de su espíritu.

Hermosa línea de conducta a la cual siguió fiel *L'Atelier*: su amplitud de miras, su tono discreto y grave, su cortesía un poco orgullosa, pudieron hacer pensar a los que no conocen nada de los trabajadores que los artículos de *L'Atelier* no eran escritos por obreros. Se objetó que esos artículos no estaban

60 FRANÇOIS CHEVÉ es autor, principalmente, de dos artículos de *L'Atelier*, aparecidos en julio-agosto de 1841: “Réforme Industrielle” y “Organisation du Travail”.

61 Sobre Magu, ver W. KARÉNINE, *George Sand* (4 vol.), tomo III, págs. 308 y sigs. Sobre Charles Poney, KARÉNINE, *op. cit.*, tomo III, pág. 298, y S. ROCHEBLAVE, “La littérature proléttaire de 1842 a 1848”, en *Revue des Deux Mondes*, 1º de agosto de 1909.

62 EUGÉNE POTIER, *Chansons de L'Atelier*, a Nannan, in 129, 1848 (Bibl. Nat., Ye. 55472). Colaboró en *L'Atelier* en 1848.

firmados: la explicación es que los artículos adquirirían un carácter colectivo, por intermedio de un comité elegido bajo cuya inspiración eran elaborados y a menudo modificados. Ese carácter colectivo daba, a la vista de los hombres del periódico, como a la del público, infinitamente más peso que si hubiesen sido la expresión de opiniones personales. Ese comité se componía de 4 impresores, 4 sombrereros, 6 joyeros, 3 mecánicos, 1 encuadernador, 1 sastre, 1 mensurador, 2 ebanistas y 1 pintor de brocha gorda. Si *L'Atelier* afirma que es redactado por trabajadores sometidos a la condición del salario, se le puede creer.

L'Atelier no se sitúa en un punto de vista estrictamente nacional; se interesa por el movimiento obrero de todos los países donde se desarrolla y, principalmente, en Gran Bretaña. *L'Atelier* piensa crear lazos de solidaridad entre las clases laboriosas de Gran Bretaña y de Francia. Así es como su número del 30 de octubre de 1842 contiene un llamado a los cartistas, al cual responden éstos el 30 de enero de 1843:

Entre Inglaterra y Francia, aquellos que de ambos lados llevaron a esta profunda división, lo hicieron por egoísmo, y mantienen su obra con todas sus fuerzas, porque saben que cuando nos estrechamos las manos habrá llegado la hora del pueblo y su propio fin estará próximo. Unámonos, pues, fraternalmente, como conviene a dos pueblos que se conocen mutuamente y saben que su concurso puede purgar a Europa de las castas impuras que la oprimen y echar las bases de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

III

El compagnonnage estaba desgarrado por rivalidades que originaban luchas brutales, combates sangrientos y mortales.

En el interior de cada compagnonnage, los *recibidos*, los *terminados*, los *iniciados* querellaban entre sí; pero el antagonismo más profundo era el que oponía a aspirantes y compagnons.

En los *compagnons du Devoir*, a los aspirantes, en ocasión de su colocación, se les pagaba veinticinco céntimos menos que a los compagnons. Aspirantes y compagnons vivían separados unos de otros y comían en salas aparte, inclusive los días de fiesta profesional. Los aspirantes, sujetos a una cotización mensual, no tenían derecho a examinar el empleo de los fondos y a ningún control sobre los gastos.

Las injusticias y las novatadas a que eran sometidos los aspirantes, mantenían en su corazón una rebelión continua. En 1830, los aspirantes cerrajeros de Toulon toman la iniciativa de fundar la *Société de L'Union des travailleurs du Tour de France*. La intolerancia de los compagnons tuvo por resultado esa tentativa de emancipación.

La nueva sociedad organiza para los jóvenes obreros viajeros el contrato de los obreros sin trabajo, el socorro de desocupación y de enfermedad y la enseñanza profesional. Ese

nuevo compagnonnage sin ritos ni misterios, que vive a la luz del día y es accesible a todas las profesiones, pone a todos los trabajadores en un pie de igualdad.

La Sociedad de la Unión se extiende poco a poco a toda Francia y a las diferentes profesiones. Quiere establecer la solidaridad de los trabajadores, no solamente en el interior de los gremios, sino entre los diversos oficios y los diferentes deberes. La Unión provoca discusiones sobre la reforma del compagnonnage y ésa es, para los obreros, una ocasión que les permite mostrar que pueden transformarse en escritores.

En 1834, 33 compagnons de París contribuyen para la edición de un primer cuaderno de canciones impreso en 500 ejemplares y enviado gratuitamente “a todo el Tour de France”. En 1836, 61 suscriptores se reúnen para publicar una segunda colección de canciones de la que se editan 1.500 ejemplares.

Las dos publicaciones aparecen con la firma de Agricol Perdigúier, llamado Avignonnaise-la-Vertu, compagnon carpintero. Y, en 1840, Agricol Perdiguer reimprime las dos colecciones “con un diálogo sobre la arquitectura, un razonamiento sobre el carácter, una noticia sobre el compagnonnage, el encuentro de dos hermanos, etcétera”.

Este librito *in 18º* que se vende en casa del autor, rue du faubourg Saint-Antoine, y que tiene por título: *Le livre du compagnonnage*, disfruta de popularidad en los medios literarios. George Sand se apasiona por Agricol Perdiguer, que se convierte en el Pierre Huguenin de su *Compagnon du Tour*

de France, y el inspirador verdadero de sus novelas socializantes sería Avignonnais-la-Vertu. George Sand pensó después en el albañil Charles Poncy⁶³.

Aun reconociendo los defectos del compagnonnage, Agricol Perdiguier queda afectivamente ligado a sus tradiciones y a sus costumbres. Así, se commueve por las críticas de que es objeto el compagnonnage. El Avignonnais soporta mal, principalmente, la del cerrajero Pierre Moreau y lo zamarrea en su *Lettre à M. Moreau, sociétaire serrurier*, impreso en París, 1843, edición del autor, rue du faubourg Saint-Antoine, 16, cour de la Bonne-Graine)⁶⁴.

Se enfrentan así los que apoyan el antiguo compagnonnage y los reformadores de la Unión. Y sin embargo, en uno y en otro, se encuentran, con la oposición de dos generaciones, la presencia real del pueblo, y también, según las expresiones felices de Daniel Halévy, “esas costumbres gratas y finas, esas violencias ciegas, esas generosidades que ignoran el cálculo”.

Pierre Moreau es un escritor menos jugoso que Agricol

63 El 24 de noviembre de 1845, escribe: “Cuando tracé el carácter de Pierre Huguenin yo sabía que Pierre Huguenin no se había manifestado todavía. Pero estaba segura... de que existía en alguna parte..., ahora no digo que seáis un personaje de novela, un P. Huguenin.”

64 AGRICOL PERDIGUIER, *Histoire d'une scission dans le Compagnonnage, suivie d'une biographie de lauteur du lime du Compagnonnage et de réflexions diverses*, París, ed. del autor, in 18?, 1846; y las *Memoires d'un compagnon*, primera edición, Ginebra, 1854, reeditadas por los *Cahiers du Centre*, con un interesante prefacio de Daniel Halévy por Marcel Rivière, 1914. PIERRE MOREAU, obrero cerrajero, *Un mot aux ouvriers de toutes les professions, à tous les amis du peuple et du progrès*, Auxerre, 1841, edición de Guillaume Maillefer, in 129, 31 págs. (Bibl. Nat., Rp. 2757). PIERRE MOREAU, *De la réforme des abus du Compagnonnage et de l'amélioration du sort des travailleurs*, París, Prévot, 143 págs., in 1843 (Bibl. Nat., R. 44507).

Perdiguier; pero el cerrajero de Auxerre presenta, en la historia obrera, un rostro curioso, austero y atormentado. Se indigna al ver que las tradiciones del compagnonnage dividen a los trabajadores en varios campos, los hacen irreconciliablemente enemigos, malos, intolerantes y fanáticos y los “deshonran por actos de barbarie”. Desea una organización “que no excluya a nadie, donde no haya privilegio y que signifique sociedad de hermanos, de amigos para instruirse y sostenerse mutuamente, compartir los dolores y las alegrías”.

Si él, dice, “un simple obrero, se ha aventurado a tomar la pluma”, es porque estima que los trabajadores deben “instruirse unos a otros”. Y a fin de contribuir a esa obra común, “al salir del taller, después de una larga jornada de trabajo penoso, tomo una pluma inexperta e inhábil, para exponer y ofrecer a mis camaradas algunas ideas sin orden ni continuidad”.

Pierre Moreau pone su libro bajo la invocación de la Unión, poema escrito por Achille François, obrero curtidor:

Prolétaires, pourquoi ces haines?
Ne sommes-nous pas tous égaux,
N'avons-nous tous les mêmes maux,
Ne portons-nous pas mêmes chaînes?⁶⁵.

Pierre Moreau y Achille François sienten fuertemente que el peor enemigo de los trabajadores está entre ellos mismos y que el remedio eficaz es la solidaridad, la unión. El alma grave

65 Proletarios, ¿por qué esos odios? / ¿No somos todos iguales, / no sufrimos los mismos males, / no llevamos las mismas cadenas?

de Pierre Moreau, el corazón pleno de delicadeza de Achille François tendrán una influencia decisiva sobre la obra de Flora Tristán.

“Al leer *Le lime du Compagnonnage* del señor Agricol Perdiguier, obrero carpintero; el pequeño folleto de Pierre Moreau, obrero cerrajero y el *Projet de régénération du Compagnonnage* por el señor Gosset, padre de los herreros, despertó mi espíritu, iluminado por esa gran idea de la unión universal de los obreros y de las obreras.” Piensa también, sin mencionarlo, en el librito de Adolphe Boyer⁶⁶.

Flora Tristán reconoce que debe a los escritores proletarios la idea de la unión obrera. Y las relaciones de esta intelectual con sus inspiradores presentan un interés psicológico.

El lugar a que tiene derecho en la historia del movimiento obrero, se debe a la circunstancia de que supo desentrañar la idea en la cual se inspiraban esos escritores obreros: el logro de la solidaridad de los trabajadores por medio de la organización de una unión obrera.

Flora Tristán, hija de un noble peruano, don Mariano de

66 A. BOYER, compositor tipógrafo, *De Vetus des ouvriers et de son amélioration par Torganisation du travail*, cinco entregas, impreso en la casa C. Dubois, ed., 6, rue Neuve-Saint François, y en la casa del autor, rue de la Harpe, 32. Las suscripciones se hacen en la oficina del periódico, *L'Atelier* y en *La Ruche Po-pulaire*, París, in 89 (Bibl. Nat., Lb. 51, 3426).

G... (GOSSET), padre de los herreros, *Projet tendant à régénérer le Compagnonnage sur la Tour de Trance sournis à tous les ouvriers*, París, ed. del autor, 1842, in 89 (Bibl. Nat-, Vp. 7961).

ADOLPHE BOYER, *Les Conseils de Prud'hommes au point de vue de Vintéret des ouvries et de Végalité des droits*, París, in 89, Pilou, 1841 (Bibl. Nat., Jlf. 266,3).

Tristán, y de una joven francesa, Thérèse Laisney, nació en París, el 7 de abril de 1803. Un nacimiento ilegítimo, un matrimonio desdichado, una naturaleza apasionada se unen para formar en Flora Tristán el rostro de una heroína romántica.

Flora Tristán habría podido contentarse con perfilar, gracias a las peripecias de su vida, un personaje pintoresco. Pero su corazón le inspiró una obra generosa.

Después de un viaje a Inglaterra, Flora Tristán publica *Les Proménades dans Londres* (1839)⁶⁷. La notoriedad que le dan su gloria literaria y su pequeño salón de la rue du Bac, no la vuelven egoísta; se decía de ella que era “sensible hasta el exceso”. Pero esa sensibilidad estremecida y los infortunios de su juventud, en lugar de encerrarla en sí misma, abrieron ampliamente su corazón. Creía conocer a los trabajadores porque había trabajado ella misma en un taller. Y, cuando en 1843 publica *L'Union Ouvrière*, ese libro que brotó de su corazón no vale sólo por las diligencias a que debió someterse para obtener suscripciones y que hirieron su orgullo; no es sólo una obra de intención. Original por su fecha, cuatro años anterior al *Manifiesto Comunista* y venticinco años anterior a la asamblea de Saint-Martin's Hall, esboza un proyecto de organización de los trabajadores sin distinción de sexo ni de nacionalidad.

Enfantin y Cabet critican al libro y a la mujer. ¿Qué importa a Flora Tristán? Lo que desea ante todo es el acuerdo con los

⁶⁷ J.-L. PUECH, *La vie et l'œuvre de Flora Tristán*, con interesante material inédito, París, 1925, Marcel Rivière, pág. 502.

trabajadores. Se cree una de ellos: ¿no fue obrera colorista? Sus viajes a través de las grandes ciudades industriales de Inglaterra ¿no le hicieron conocer la existencia obrera?

Ella, que tiene lágrimas en los ojos cuando habla de los sufrimientos que no puede aliviar, no se resigna a traducir el movimiento obrero en un motivo melódico de emoción. Su sinceridad le obliga a obrar. Pero al mismo tiempo que se cree la “hermana de los trabajadores”, piensa que es una hermana mayor, más prudente y que debe ser su consejera. He ahí el drama.

La primera decepción ocurre con Vingard y la *Ruche populaire*. Flora escribe en su diario inédito: “Mi posición es demasiado penosa para mi carácter franco y arrebatado... Por lo demás, la discusión que acabo de tener con los obreros me ha enseñado mucho. Veo que es locura querer discutir sobre sus intereses con ellos; es preciso presentarles enteramente hecha la ley que ha de salvarlos.”

Flora Tristán no renuncia a su proyecto de hallar, entre los obreros, los artesanos de su idea. Desde el 4 de febrero de 1843, está en relación con Gosset, padre de los herreros, que la presenta a un grupo parisense de la *Société de l'Union*. Achille François preside ese grupo de curtidores bataneros. Ese hombre, de alma delicada, acoge a Flora Tristán con una simpatía admirativa, y le da la alegría de sentir que comparte su esperanza. Flora acepta la idea de una colaboración con los trabajadores: admite que se pueden introducir modificaciones en su libro; ¿pero no está ya en prensa?

La actitud de Gosset y la de Achille François con respecto a Flora son perfectas, aunque muy diferentes: el uno es todo devoción y el otro todo ruda franqueza. Gosset teme que Flora Tristán, en una preocupación de sinceridad, desaliente a los obreros con palabras hirientes, queriendo decirles demasiado crudamente sus verdades. Con muy buen sentido y una gran firmeza, Gosset trata de hacer comprender a Flora Tristán la psicología de sus camaradas, el valor de esos militantes que, después de su larga jornada de trabajo, consagran sus veladas a la discusión y a la propaganda. Gosset admira a Flora Tristán por consagrarse a su causa, por fatigarse por ellos; pero esa abnegación, esa fatiga no le parecen más admirables que las de Achille François, que trabaja desde las 6 de la mañana hasta las 8 de la noche y que vela hasta las 2 de la madrugada en favor de la sociedad que preside.

El comité desea ayudar a Flora Tristán con sus consejos. Pero esos consejos, ¿no son ya demasiado para esa intelectual orgullosa? Sin duda Flora Tristán quiere que *La Union obrera* sea la cosa de los trabajadores; pero al mismo tiempo no quiere cambiar nada en ella. Gosset y sus camaradas, con la mayor preocupación, piden a Flora Tristán modificaciones que no afectan el espíritu de la obra y supresión de algunos pasajes demasiado vivos que pueden ofender a los trabajadores.

“Yo no tengo más que un fin, es serviros como yo lo entiendo”.

Grito instintivo de la ideóloga, grito que los más grandes teóricos no dejan escapar porque son menos sinceros que Flora Tristán, la cual, por su parte, se expresaba con toda su inocente

ingenuidad. El seguro instinto de los obreros comprendió mejor que ella misma a Flora Tristán y supo rendirle homenaje diciéndole, como Belnot, que le agradecía “por haber electrizado el alma del comité”, o como Achille François, “por la luz que hacía surgir”. Pero, siempre amistoso, Achille François agregaba: “Acepto sus ideas, las he analizado, y veo que el plan es vasto y poderoso, pero para llegar a él, diré siempre que eso no se hará más que progresivamente y *a través de los obreros mismos*.

Gosset, Achille François, Pierre Moreau y Belnot comprendieron a Flora Tristán y le hicieron justicia. Pese a los malentendidos y a los enfriamientos, existe un lazo fraternal, en esa fecha de la historia obrera, entre Flora Tristán y esos hombres de muy buen sentido y de gran corazón. Si su orgullo los había desagradado, le estaban reconocidos por su fe. *L'Union ouvrière* apareció el 1º de junio de 1843. Flora Tristán la envió a las sociedades del compagnonnage. Salió de París en el curso de 1843 para visitar a sus correspondientes en provincias; la enfermedad interrumpe su viaje y vuelve a París. Luego sale nuevamente, el 12 de abril de 1844, para dar la vuelta a Francia. La policía la persigue en Lyon, en Montpellier, donde se la acusa de haber provocado una huelga. El 26 de septiembre, llega a Burdeos, agotada, enferma, y muere repitiendo: “las ideas germinan y fructifican, pero no mueren”.

En su *Union ouvrière* trazó un esbozo de la Internacional:

La Unión Obrera, procediendo en nombre de la Unidad Universal, no debe hacer ninguna distinción entre los nacionales. y los obreros y obreras pertenecientes a no

importa qué nación de la tierra. Así, para todo individuo al que se llame extranjero los beneficios de la Unión serán absolutamente los mismos que para los franceses.

La Unión Obrera deberá establecer en las principales ciudades de Inglaterra, de Italia, de Alemania, en una palabra, en las capitales de Europa, comités de correspondencia.

Flora Tristán apeló en vano a Lamartine y a Béranger, pidiéndoles un canto para encabezar su libro.

Su silencio permitió que *L'Union Ouvrière* terminase con un poema del obrero albañil Poney^{68 69}.

Mes frères, il est temps que les haines soublient;
Que sous un seul drapeau les peuples se rallient!
la Grande Liberté que l'Humanité réve,
Comme un nouveau soleil, radieux, se léve
Sur Thorizon de l'Avenir.

O mes frères, suivons ces sublimes modèles,
Unissons nos efforts comme les hirondelles,
Comme les bois, les flots, comme les pauvres fleurs;
Unissons nos esquifs pour traverser la vie,

68 Belnot a Flora Tristán: “Creedlo bien, señora, hemos comprendido, hemos encontrado vuestra idea bella, grandiosa. Cuando vinisteis a buscarnos, pensásteis encontrar entre nosotros palmoteadores para aplaudir ciegos vuestra obra?... Sin embargo, a pesar de vuestra ruptura con el comité, éste no os agradece menos el haber electrizado su alma con un pensamiento que debe un día asegurar la dicha del género humano.”

69 Charles Poney escribe ese poema en Tolón mientras trabaja a tres leguas de la ciudad donde “vive alejado de toda literatura, de toda política, de toda actualidad, con algunos genoveses, el cielo y el mar”, CHARLES PONCY, *Marines*, París, Lavigne, 1842; *Le Chantier*, Perrotin, 1844; *La chanson de chaque métier*, 1850.

Comme une mer orageuse où toute âme est suivie
d'un long cortége de douleurs.⁷⁰

Somos nosotros, los proletarios, los que tenemos que desgarrar el velo que cubre nuestra miseria. Esta frase resume el sentimiento que durante el decenio de 1840–50 mueve a cierto número de obreros a expresar sus sufrimientos y sus esperanzas. Es de Adolphe Boyer, ese obrero tipógrafo que gastó sus últimos recursos para publicar un librito antes de suicidarse: “Por imperfecta que sea nuestra educación intelectual, dice Adolphe Boyer, pongámonos a la tarea, dejemos por instantes la lima y el martillo y tomemos la pluma; digamos nuestras necesidades, proclamemos nuestros derechos y pidamos justicia por todos los medios morales y legales en nuestro poder.”

La necesidad de desgarrar el velo de la miseria hizo surgir, entre los obreros, escritores con suficiente modestia como para saberse a menudo inhábiles. Sólo algunos poetas obreros fueron mimados por las alabanzas de sus ilustres compañeros. Un pequeño número únicamente fue como Savinien Lapointe, ese zapatero a quien Béranger consagró poeta, y que le respondió: “Puesto que lo decís, lo creo.”

Cuando George Sand, con suavidad, aconsejaba a Lapointe que midiera mejor sus versos –sus alejandrinos tenían 13 y 14

70 Hermanos míos, es tiempo de que los odios se olviden; / ¡que los pueblos se agrupen bajo una sola bandera! / La Gran Libertad que la humanidad sueña, / se levanta como un nuevo sol, radiante, / sobre el horizonte del Porvenir. / Oh, hermanos míos, sigamos esos sublimes modelos, / unamos nuestros esfuerzos como las golondrinas, / como los bosques, las olas, como las pobres flores; / unamos nuestros esquifes para atravesar la vida, / como un mar tempestuoso donde toda alma es seguida / de un largo cortejo de dolores.

sílabas— le respondió con humorismo: “¿Usted acaso no ama al pueblo?” ¿Cómo habría podido resistir la débil cabeza de Savinien Lapointe las alabanzas de que era objeto? Al abrirle la puerta de su casa, ¿no había Víctor Hugo exclamado: “¡Entrad, señor. Entrad, los poetas son reyes!”⁷¹. ”

Pero, una vez más, éhos no son más que casos excepcionales. Y, en el conjunto, los escritos de los obreros valen por su sinceridad y por una frescura ingenua. Desde el punto de vista de la historia y de la psicología obrera, tienen un valor documental irremplazable.

Entre los literatos de la época que acogieron con simpatía a los escritores obreros, hay uno que, dígase lo que se diga, captó su alma mejor que ningún otro: es George Sand.

Ningún otro expresó, con tanta delicadeza como ella, el sentimiento de emoción admirativa que se experimenta en presencia de hombres como Jérôme-Pierre Gilland, del cual prologa *Les Conteurs ouvriers*:

Era una tarde de invierno, entre perro y lobo, como se dice. Interrogaba a Gilland sobre la situación de los obreros de los faubourgs. Me hablaba sencillamente, en un

71 SAVINIEN LAPOINTE, *Mémoires sur Béranger, souvenirs, confidences, opinions; anecdotes, lettres*, recogidas y ordenadas, París, G. Havard, 1857, in 8\ 302 págs.; el buen Savinien habla allí de sí mismo con inocencia. —*Une voix d'en bas* París, 1844, seguida de cartas de Víctor Hugo, de Béranger, de Léon Golzan: “Se os ha distinguido ya, joven poeta, madurado no al sol hermoso de la holgura, sino a los pálidos rayos que caen de piso en piso hasta el fondo de una tienda de zapatero. Vuestra musa es la muchacha pobre que vende violetas en la esquina de las encrucijadas. Vuestro río antiguo, el agua de la calle.” Y VINARD AINÉ, *Mémoires épisodiques d'un vieux chansonnier saint-simonien*, París, 1848, nueva edición, E. Dentu, 1878 (Bibl. Nat.; in 8?; Ln. 27; 30815).

lenguaje correcto, pero sin arte ni pretensión. Su voz no tenía brillo..., hablaba como alguien que tiene el corazón lleno y que piensa en alta voz. Relataba los sufrimientos del proletario, el abandono de los pobres niños en medio de la corrupción de las ciudades, el martirio del aprendizaje, el extravío de aquellos a quienes la indignación subleva, la desesperación tranquila de aquellos a quienes la desgracia embrutece, los méritos sobrehumanos de los que permanecen puros y resignados en ese infierno, en fin, todo lo que el hombre devora o sufre en su lucha con la miseria y la opresión... Era la voz del pueblo la que acababa de oír, era su voz justa y verdadera..., ese bello y puro sentimiento que, sin saberlo, acababa de manifestar un obrero en algunas simples frases salidas de su alma...⁷²

No hay ninguna vanidad personal en Jérôme–Pierre Gilland, que adora su oficio de cerrajero y lo prefiere a todo: “Me gusta mi oficio, me gustan mis herramientas, y aunque hubiese podido vivir de mi pluma, no habría querido dejar de ser cerrajero.

72 *Les Conteurs ouvriers*, dedicado a los niños de las clases laboriosas, por Gilland, obrero cerrajero, París, 1849, en venta en casa del autor, rue du fau bourg Saint-Antoine, cour de la Bonne-Graine, nº 15. Ver ÉDOUARD DOLLÉANS, George Sand amie des poètes ouvriers, Mélanges Truchy, Sirey, éd., 1938.

A propósito de los cuentistas obreros, *Les petits romantiques Français*, por Fraançois Dumont (Cahiers du Sud, 1949, págs. 48–55: “Socialismes romantiques”).

Sobre el papel de George Sand y sobre el de Jeanne Deroin y Pauline Roland, ver ÉD. DOLLÉANS, *George Sand, collection “Masses et Militants”*, Ed. Ouvrières, 1951. Sobre la vida de Pierre Moreau, ver JACQUES MARILLIER, *Actualité de l’Histoire*, nº 1, Éd. Ouvrières, 1953.

VIII. FRIEDRICH ENGELS Y LOS CARTISTAS. PRECURSORES DEL MARXISMO (1842-1845)

Yo quise veros en vuestras casas, observaros en vuestra existencia cotidiana.

Los cartistas piensan que en ellos reside la fuerza de la nación y su poder de dinamismo.

FRIEDRICH ENGELS, 1845.

Friedrich Engels llega a Gran Bretaña algunas semanas después de las huelgas de agosto de 1842. Bajo otras características, el cartismo existe todavía en los recuerdos de los hombres que vivieron los años heroicos de 1837 a 1842. Pero, porque comienza ya su declinación, la leyenda se apodera de él; las fórmulas cartistas se convierten en los temas melódicos que se transmiten.

Friedrich Engels se instala en Manchester, en pleno corazón de los distritos industriales, en el momento mismo en que las poblaciones obreras vibran todavía por efecto de las recientes

luchas. Conoce a Robert Owen, quien, a los 72 años, es más entusiasta y activo que nunca; concurre a las reuniones dominicales que organiza en Manchester; escribe en su periódico, el *New Moral World*. Y así toma contacto Engels con el socialismo utópico.

Friedrich Engels se mezcla en el movimiento cartista: conoce a Feargus O'Connor y a los otros líderes. Colabora en la *Northern Star* y le entrega abundantes artículos.

Friedrich Engels observa y escucha. Este admirable observador anota, día a día, durante cerca de tres años, el detalle de los hechos en los distritos industriales en que vive. Con documentos vivos, prepara ese libro precursor, *Die Lage der arbeitenden Klasse in England*⁷³ que aparecerá el 15 de marzo de 1845. Y al mismo tiempo recoge las palabras de los dirigentes y de los obreros cartistas, los temas de los discursos y de los artículos; de allí extrae los materiales constructivos del marxismo.

El prestigio de las tesis marxistas se debe sin duda, en parte, al vigor de las fórmulas cuyos contornos más destacados convuelven la imaginación; pero ese prestigio llega sobre todo del hecho de que el sistema parece apoyarse sólidamente en la realidad; esas fórmulas están cargadas todas de vida estremecida, parecen brotadas de la evolución histórica. Se dan como una simple interpretación del movimiento obrero y social; la teoría no es más que una sistematización *a posteriori*, como dirá más tarde Hubert Lagardelle.

73 *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. (N. del T.)

Ahora bien, ese rico contenido histórico, lo debe el marxismo a Friedrich Engels y a los cartistas; éstos y aquél proporcionan los elementos vivos que aseguraron a la doctrina un reinado tan largo. Su influencia la debe al hecho de que, por primera vez, una ideología tomó la observación de las tendencias y de los hechos contemporáneos como punto de partida, y la acción política como trampolín.

Cuando Engels encuentra a Karl Marx en París, en septiembre de 1844, hace casi dos años que vive en Manchester. *Die Lage der arbeitenden Klasse* ya estaba escrito. El libro es dedicado a la clase obrera de Gran Bretaña: “Como una pintura fiel de vuestra condición, de vuestros padecimientos y luchas, de vuestras esperanzas y de vuestro porvenir.” En esa dedicatoria, Engels dice que no se contenta con estudiar los documentos oficiales o no oficiales, y que pretende poseer más que un conocimiento abstracto del asunto:

Quise veros en vuestras casas, observaros en vuestra existencia cotidiana, interrogaros sobre vuestras condiciones de vida y vuestras reivindicaciones, ser testigo de vuestras luchas contra la omnipotencia política y social de vuestros opresores... Busqué la compañía y visité a los diversos representantes de la clase media; consagré mis horas de ocio exclusivamente al trato con simples trabajadores: estoy contento y orgulloso de ello.

Contento, porque así pasé muchas horas agradables y adquirí un conocimiento de las realidades de la vida..., orgulloso, porque así aproveché la ocasión para hacer justicia a una clase oprimida y calumniada, a esos hombres

que, pese a sus defectos y a las desventajas de su situación, imponen en Gran Bretaña respeto a todos, salvo al hombre de dinero.

Engels agrega:

La vasta experiencia que tuve de vuestros adversarios de la burguesía me demostró que tenéis perfecta razón para no esperar de ellos ningún apoyo. Sus intereses son diametralmente opuestos a los vuestros, aunque intentarán declarar siempre lo contrario y haceros creer en su simpatía cordial por vuestro destino. Sus actos los desmienten.

En el prefacio que sigue a la dedicatoria a la clase obrera, Engels concreta así su pensamiento:

La situación de la clase obrera es el fundamento real y el punto de partida de todos los movimientos sociales de la época presente, porque es la cima más elevada, la menos velada de nuestra miseria actual. Es esa situación la que dio directamente nacimiento al comunismo obrero francés y alemán, indirectamente al fourierismo y al socialismo inglés (el owenismo).

Para dar una base sólida por una parte, a las teorías socialistas y, por otra parte, la justificación de esas teorías, para poner fin a las concepciones fantásticas, es indispensable conocer la situación del proletariado. Pero esta situación sólo puede ser observada en su forma clásica, en el Imperio británico, y principalmente en Inglaterra propiamente dicha.

Durante 21 meses, estuve personalmente en relación con el proletariado inglés, pude conocer sus esfuerzos, sus sufrimientos y sus alegrías... Más que cualquier otro, el socialismo comunista alemán salió de hipótesis teóricas; los alemanes conocemos demasiado poco el mundo real.

Engels debía pensar en Karl Marx como en los otros escritores alemanes, puesto que su primera preocupación será hacer conocer a su futuro amigo la condición de los trabajadores ingleses.

Engels traza la historia del cartismo, insistiendo en los años 1839 a 1842 y en los acontecimientos del mes de agosto de 1842; al retomar la idea sostenida, en 1839, de una fiesta del trabajo en que participasen todos los trabajadores, los fabricantes que cerraban sus fábricas querían lanzar a los trabajadores, en las comunas rurales, sobre las propiedades de la aristocracia y forzar así al Parlamento tory y al gobierno a abolir los impuestos sobre los granos”.

En una carta, Engels dijo que su experiencia inglesa y su conocimiento del movimiento obrero lo llevaron a conclusiones semejantes a las que Karl Marx arribó por vías deductivas y filosóficas:

Tropecé en Manchester con la verdad de que los hechos económicos, que no han desempeñado todavía en nuestra historia escrita más que un papel nulo o despreciado constituyen en el mundo presente una fuerza histórica decisiva; que son hoy el origen de todos los antagonismos de clases en países como Inglaterra, donde la gran industria

les dio toda su importancia; están allí en la base de la formación y de la lucha de los partidos, y por eso mismo en el origen de la historia política. Marx llegó a la misma opinión; fue inclusive más lejos; escribió en los Anales francoalemanes que no es nunca el Estado el que condiciona y regula la sociedad burguesa, sino, por el contrario, la sociedad burguesa la que condiciona y regula al Estado, que la política y su historia se explican por las razones económicas y no estas razones por la historia. Cuando fui a ver a Marx en París, en el curso del verano de 1844, nuestro acuerdo fue completo sobre todas las teorías, y desde entonces data nuestra elaboración.

Que la modestia de Engels no cause ilusión. Este hijo de industrial tiene una admiración que lo ciega por el cerebro de Marx; no imagina ser su igual: Engels, ante Marx, tiene la inocencia y la humildad del hombre práctico ante el intelectual. No cree haberle llevado más que pequeños hechos; pero son justamente esos hechos los que dan al marxismo su carácter interpretativo de la evolución histórica, su justificación.

Con la ayuda de esos preciosos materiales, Marx construyó una ideología; pero antes que él, al escribir *Die Lage der arbeitenden Klasse*, Engels extrajo de las experiencias del movimiento obrero cartista una sistematización *a posteriori*. Dibujó el plano del cual se sirvió Karl Marx para construir el edificio. Gracias a fórmulas que, desde hacía diez años, eran lanzadas y retomadas sin cesar por los escritores y oradores del cartismo.

II

Antes de encontrar a Engels, Karl Marx, durante el verano de 1844, dirige a Ruge, en la *Vorwdrts* (7 y 10 de septiembre) una respuesta a la afirmación que éste expresó de una comunidad de miras entre ellos. Karl Marx protesta. Esa discusión es promovida por la rebelión de los tejedores de Silesia que, en número de 5.000, no solamente rompieron las máquinas, sino que destruyeron los libros y títulos de propiedad. Karl Marx ve en ese gesto la prueba de que la rebelión de los tejedores no es una manifestación análoga a las de la clase obrera en Francia y en Inglaterra: la rebelión de los tejedores difería por su carácter consciente.

Karl Marx afirma que el proletariado alemán está llamado a convertirse en el teórico del movimiento obrero internacional. El desarrollo del espíritu político no puede resolver la cuestión social; el instinto de clase que impulsa a la revolución social es el elemento creador y realmente revolucionario. Un movimiento social, aún parcial, tiene efectos más profundos que una sublevación política. Toda revolución real posee un carácter a la vez político y social.

Por interesante que sea la respuesta a Ruge desde el punto de vista de la evolución intelectual de Karl Marx, esa respuesta queda en la esfera abstracta, carece de los elementos concretos que la experiencia del cartismo y de Engels aportarán a la doctrina marxista.

Engels y Karl Marx se habían encontrado antes de septiembre de 1844; Marx acababa de romper con los *emancipados*, de los

que formaba parte Engels; su primer encuentro careció de cordialidad. Es distinto cuando Engels, procedente de Londres, se detiene en París, a comienzos de septiembre.

Engels había enviado ya a Marx dos estudios para los *Anales francoalemanes* que éste dirige en París con Ruge: un artículo sobre la situación de Inglaterra y una *Crítica de la economía política*, el primer esbozo del libro que aparecerá en Londres, en enero de 1859, bajo el solo nombre de Marx. Éste, por lo demás, reconoce en el prefacio, que el esbozo de Engels era “genial”: “Friedrich Engels, a quien una correspondencia constante ponía al corriente de mis ideas desde que hizo aparecer su esbozo genial, donde criticaba las categorías económicas (en los *Anales francoalemanes*), llegó al mismo resultado por otra vía.”

Pero justamente esa otra vía es una etapa decisiva en la formación del marxismo. Engels pone al desnudo la estructura del país donde el capitalismo llegó a su más alto punto de desarrollo. Ilumina con una luz nueva el papel de la clase obrera, gracias a la experiencia del primer movimiento proletario.

En el prefacio de la *Crítica de la economía política*, de enero de 1859, Karl Marx agrega esto:

Cuando, en la primavera de 1845, vino Engels también a establecerse en Bruselas, tomamos la resolución de trabajar en común en el esclarecimiento de la oposición en que se hallaban nuestras ideas frente a la ideología de la filosofía alemana. Se trataba, en realidad, de someter a un

examen nuestras conciencias filosóficas. Realizamos el proyecto bajo la forma de una crítica de la filosofía posthegeliana... Dejamos tanto más voluntariamente a los ratones ejercer su crítica sobre el manuscrito cuanto que habíamos alcanzado nuestra finalidad. Habíamos esclarecido nuestras ideas. De los diversos trabajos en los que hicimos conocer en esa época nuestras opiniones al público, no recordaré más que el Manifiesto del Partido Comunista, que escribí en colaboración con Engels, y un discurso sobre el librecambio, que publiqué solo. Los puntos decisivos de nuestro sistema fueron expuestos por primera vez de un modo científico, aunque bajo forma de polémica, en el escrito que publiqué en 1847: Miseria de la filosofía, dirigido contra Proudhon.

Anotemos el “*se trataba en realidad de someter a un examen nuestras conciencias filosóficas*”. He aquí la preocupación primera de Karl Marx; pero, poco a poco, bajo la influencia de Engels –quien tiene una inteligencia muy sutil, muy adaptable y, bajo sus aspectos doctrinarios, muy práctica–, comprende la necesidad de llevar su filosofía al plano de la acción. Marx se apodera de esos hechos ilustrativos, quiere utilizarlos para los fines de la acción política. Su ambición abarca un presente en el que desea ver predominar su doctrina, y de un porvenir en el cual quiere ver dominar su acción. Entre 1864 y 1872, Karl Marx mostrará en la Internacional su arte de hábil político.

Pero los años 1845–1847 no son todavía más que años de preparación. Y, como el dialéctico es también un realista, Karl Marx se enriquece a través de un contacto rápido con el movimiento obrero inglés, yendo a pasar seis semanas con

Engels, en septiembre de 1845 en Manchester y en los distritos industriales del Noroeste de Inglaterra. Después de esa época, desde octubre de 1845 a agosto de 1845 Karl Marx escribe los dos volúmenes de *La ideología alemana*.

Inspirándose en Engels, en la *Filosofía de la economía* y en *La sagrada familia*, Karl Marx mostró que “el carácter inhumano de la sociedad procedía del hecho de que, bajo el régimen de la propiedad privada, el hombre enajenaba su sustancia en el producto de su trabajo, que le subyugaba bajo la forma de capital... Esta enajenación no podía ser abolida más que por una revolución social, provocada por el desenvolvimiento del régimen económico”.

Nadie puede negar el poder de sistematización que posee Karl Marx. Pero hasta el momento de su encuentro con Engels (septiembre de 1844), Karl Marx es un filósofo. En *La sagrada familia*, se preocupa más de la dialéctica que de la realidad histórica. Sus grandes obras históricas, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* y *La lucha de clases en Francia*, son escritas en Londres entre 1849 y 1852.

La crudeza realista de Engels tuvo por misión abrir el espíritu de Karl Marx de sus preocupaciones filosóficas exclusivas. Pero el amo es el proletariado, cuyas luchas en Gran Bretaña se imponían a la atención del observador agudo que era Engels. La fuente inspiradora es la primera gran experiencia de un movimiento proletario.

III

El aporte decisivo de los cartistas y de Engels no disminuye en nada la originalidad de Karl Marx. Solamente hacen captar mejor las dos facetas de su carácter.

Por inclinación y por formación, Karl Marx es ante todo un filósofo. Se divierte primero con el juego de las ideas. Nada le regocija tanto como desarticular a sus adversarios, reduciendo sus tesis a contradicciones; se ríe de su silogismo, de sus absurdos. Es un dialéctico ávido de controversia intelectual. Pero sabe también que no se atrapa a los hombres a fuerza de argumentos y de lógica. Su temperamento político y su ambición hacen de él un realista. Desde su encuentro con Engels, advierte repentinamente el partido que se puede sacar de los hechos y de la experiencia. Desde ese encuentro, pedirá a los hechos sus inspiraciones más seguras, y aprovechará las experiencias obreras para revisar las teorías reinantes entre las sectas comunistas. Karl Marx utiliza la gran experiencia que es el cartismo. La breve alusión que el *Manifiesto Comunista* hace del cartismo es, en su brevedad y por su brevedad misma, la confesión involuntaria que se le escapa a Marx: “Los inventores de esos sistemas discriminan claramente el antagonismo de las clases, la acción de los elementos disolventes que trabajan en la clase dominante. Pero no aprecian en la clase proletaria su energía autónoma y el movimiento político que le son propios”.

Ahora bien, los jefes y los teóricos del cartismo comprendieron y proclamaron la *energía autónoma de la clase obrera*; durante diez años intentaron crear un movimiento

específicamente obrero. Los largos esfuerzos y las fórmulas de los cartistas fueron las fuentes profundas de las teorías de Engels y de Marx. Karl Marx tomó de los datos de la experiencia obrera y cartista los elementos activos de su doctrina. Si Karl Marx insistió poco sobre esos orígenes, fue porque su táctica habitual era disimular sus fuentes inspiradoras. Apenas volveremos a encontrar su rastro en el discurso que Karl Marx pronunciará el 29 de noviembre de 1847 en la asamblea de los Fraternal Demócratas, en Londres.

El *Manifiesto Comunista* y las otras obras de Engels y de Marx reflejan los temas desarrollados en *El defensor del pobre* por Bronterre y los otros cartistas. En los periódicos de la prensa barata, y desde antes de 1836, encontramos bajo la pluma de Bronterre O'Brien, después en la *Northern Star*, fórmulas "premarxistas" que fueron sugeridas a Marx por el cartismo. Desde 1838 a 1839, la *Northern Star* presenta la teoría del ejército de reserva industrial en fórmulas a las cuales Marx no tendrá nada que agregar.

Su trato con Engels y su lectura de los periódicos cartistas enriquecieron su sentido práctico y político.

Karl Marx comprendió que un inventor de sistema debía nutrir su ideología con realidades sustanciales. He aquí la razón por la cual mantuvo tanto tiempo una preeminencia entre los ideólogos que pretendieron dirigir el movimiento obrero. Entre las ideologías cuyo destino es ser efímeras, el marxismo conservó una influencia importante. Pero las ideologías no pueden pretender la verdad eterna. Lo que constituye el valor del marxismo, es su contenido histórico, la utilización de las

experiencias de la clase obrera. El marxismo es, también, una “categoría histórica”. Sin duda Karl Marx supo crear mitos, pero los mitos se suceden unos a otros. Sin duda, también, tuvo el mérito de reflejar en su doctrina, como en un espejo, un largo momento de la evolución histórica; pero, aunque fundadas en un momento de la historia, las construcciones se esterilizan poco a poco bajo el impulso de la vida y de la acción creadora de los hombres; porque la doctrina materialista olvida que compete al *“hombre mismo”* modificar las circunstancias”.

IX. PROUDHON, KARL MARX Y EL MANIFIESTO COMUNISTA (1844–febrero 1848)

Hay algo más duro que la necesidad: la voluntad del hombre. La voluntad del hombre es la lima que desgasta, pule y endereza la naturaleza.

PROUDHON, 24 de agosto de 1847.

La propiedad de Proudhon es un manifiesto científico del proletariado francés y tiene una importancia histórica.

KARL MARX, *La sagrada familia*, enero de 1845.

No nos transformemos en jefes de una nueva intolerancia.

PROUDHON, 17 de mayo de 1846.

Proudhon tiene una personalidad singular. Difiere profundamente de los ideólogos y de los políticos de su tiempo. Nunca se encastilló en una actitud; nunca quedó prisionero de una fórmula. Su temperamento es demasiado apasionado y generoso para no ser sensible a los acontecimientos y a las corrientes diversas que lo solicitan. Demasiado nervioso para no estar siempre inseguro o flotante, el pensamiento de Proudhon se halla en perpetuo movimiento a través de sus aparentes contradicciones, sigue una dirección general, semejante a esos ríos caudalosos que, no obstante sus meandros, corren hacia el mar.

Durante toda su vida, Proudhon estuvo en lucha –le gustaba la reyerta–, pero no mantenía esa lucha solamente contra adversarios, sino contra sí mismo. Mientras que tantos otros perdieron esas batallas interiores y llegaron a un empobrecimiento senil, Proudhon triunfó en esa lucha contra sí mismo, en una época de la vida en que la mayor parte de los hombres se vuelven rígidos y se anquilosan. En su “completa madurez” realizó la ambición de su juventud: *elevarse por encima de las dificultades materiales*; y sin embargo esas dificultades fueron rudas para él. Proudhon pensaba que “nuestro fin terrestre... fin humano, consiste en realizar en la tierra el reino del espíritu”.

Esta creencia en el progreso del hombre era para él una realidad palpitante, actual, personal: al afirmarla, no pensaba en los demás, sino en él mismo. Ese progreso del hombre quiere realizarlo en primer término en sí.

Existe un documento preciso que permite seguir, día a día, el movimiento de esta gran personalidad: son sus anotaciones. A partir de 1843, tanto a lápiz como a pluma, con su hermosa escritura firme y energética, Proudhon consigna, casi diariamente, sus pensamientos, sus sentimientos y también los reflejos del instinto que provocan en él los sucesos.

Esas anotaciones permiten penetrar en su intimidad cotidiana. Son tan commovedoras porque esclarecen con luz meridiana esa inteligencia lúcida y ese corazón ardiente cuya reunión constituye la originalidad de Proudhon.

Una epopeya, tal es, a los ojos de Proudhon, la lucha obrera por la conquista de un derecho nuevo.

Al mismo tiempo que elaboran un derecho nuevo, los trabajadores renuevan la sociedad al inspirarla con una moral enteramente opuesta a la frágil moral del provecho. Moral fundada en el esfuerzo desligado de la ganancia y en la responsabilidad personal.

Entre los militantes obreros y los ideólogos, grandes o pequeños, Proudhon ocupa un puesto aparte en la historia obrera.

De estirpe campesina y oriundo del Franc-Comté, sucesivamente boyero, alumno del liceo, regente de imprenta y empleado de una empresa de transportes fluviales. Proudhon hizo frente a una ruda labor manual e intelectual. Hizo del trabajo su norma de vida; situó en el marco del taller su visión social.

Proudhon es del pueblo, lo sigue siendo. A diferencia de tantos otros que lo abandonaron, él le es fiel toda su vida: sus arranques de cólera contra el pueblo son una prueba de su apego.

Sus sarcasmos y sus injurias expresan decepciones pasajeras.

Su voluntad recta y perseverante consiste en ser un intérprete del pueblo. En sus anotaciones (la número 5), en mayo de 1847, Proudhon dice: “El pueblo es mejor juez que todos sus críticos, con su instinto práctico, sólo se equivoca cuando razona... El pueblo es casto, moderado y serio... La regla del escritor es investigar lo que piensa el pueblo y expresarlo en su lenguaje.”

Al dedicar su libro más hermoso a los obreros parisienses que fundaron la primera Internacional, reconoce lo que les debe.

Proudhon no tiene ninguna indulgencia culposa para los defectos de aquellos a quienes ama. Porque odia a todas las especies de demagogos y a esos ideólogos que son juguete de su amor propio. Para oponerla a demagogia, inventa la palabra “demopedia” o “educación del pueblo”. Pero el más seguro educador del pueblo es el pueblo mismo, por el ejercicio de sus virtudes, en *combates heroicos*.

Las clases obreras son el elemento activo de la sociedad.

Como es común la causa entre los trabajadores de las ciudades y los del campo, lo es igualmente entre la democracia obrera y la clase media (la clase media que vuelve a ser parte de la plebe [carta del 18 de octubre de

1852]). Ojalá puedan comprender la una y la otra que su salvación está en su alianza.

Esta alianza de la clase obrera y de las clases medias “que vuelven a ser parte de la plebe” a consecuencia de la transformación del capitalismo, he ahí el punto en el cual Karl Marx fundará su crítica contra Proudhon. Pero, en realidad, su antagonismo se debe menos a un conflicto de ideas que a una oposición irreductible de raza y de temperamento.

I

En 1844, Proudhon vive en Lyon, es jefe de lo contencioso de la empresa de transportes de los hermanos Gauthier, pero éstos le permiten proseguir sus trabajos y pasar temporadas en París. Publicó en 1843 *La Création de l'ordre dans l'Humanité*, trabaja en las *Contradictions Économiques* que aparecerá en octubre de 1846.

En el curso de una de sus estadas en París, Proudhon –probablemente en septiembre de 1844– encuentra a Mijaíl Bakunin y a Karl Marx; al comienzo éste concede a Proudhon una cierta estimación que persiste todavía, pero atenuada, en *La sagrada familia*. Proudhon representa, para él, en ese momento, “el proletariado que llega a la conciencia de sí mismo⁷⁴”.

Ni en su correspondencia, ni en sus anotaciones de 1844,

74 C. BOUGLÉ, *Chez les Prophétés socialistes*, Alcan, 1918.

habla Proudhon de Marx, pero sin duda se refirió a él cuando escribió el 19 de enero de 1845:

Según las nuevas relaciones que hice este invierno, fui muy bien comprendido por un gran número de alemanes que admiraron el trabajo que hice para llegar solo a lo que pretenden que existe entre ellos. Yo no puedo todavía juzgar el parentesco que hay entre mi metafísica y la lógica de Hegel, por ejemplo, puesto que no leí nunca a Hegel.

En *La sagrada familia*, que apareció en enero de 1845, Karl Marx consagra un largo capítulo a Proudhon:

Todos los desarrollos de la economía nacional suponen la propiedad privada. La economía nacional considera inatacable esta hipótesis fundamental... Y he aquí que Proudhon somete la base de la economía nacional, la propiedad privada, a un examen crítico, al primer examen serio, absoluto, al mismo tiempo que científico. He aquí el gran progreso científico que realizó, un progreso que revoluciona la economía nacional y plantea, por primera vez, la posibilidad de una verdadera ciencia de la economía nacional... La obra de Proudhon: Quest-ce que la propriété?⁷⁵, tiene para la economía nacional la misma importancia que la obra de Siéyés: Quest-ce que le Tiers État?⁷⁶, para la política moderna... Los economistas inconscientes se debaten en esta contradicción a la que

75 Edición castellana, *¿Qué es la propiedad?*, con prólogo y notas por D. a de Santillán, Buenos Aires, Americalee, 1944. (N. del T.)

76 Edición castellana, con prólogo y notas de Francisco Ayala, Buenos Aires, Americalee, 1943. (N. del T.)

Proudhon puso fin, de una vez por todas: tomó en serio la apariencia humana de las relaciones económicas y la opuso claramente a su realidad no humana. Forzó esas relaciones a ser en realidad lo que son en la idea que los economistas se hicieron de ellas, o más bien las forzó a renunciar a esa idea y a confesar que en realidad no tienen nada de humano. Lógico consigo mismo, mostró, pues, que no es tal o cual especie de propiedad privada, como habían dicho los economistas, que no es una parte, sino el conjunto de la propiedad privada la que, en suma, y de manera universal, falseó las relaciones económicas.

El elogio no es pequeño por venir de Marx. Karl Marx presenta a Proudhon como un precursor que realizó “un progreso científico que revoluciona la economía nacional”. Va más lejos cuando coloca sobre el mismo plano la obra de Proudhon y la de Siéyés y agrega: “Proudhon no escribe solamente en interés de los proletarios, él mismo es proletario. Su obra es un manifiesto científico del proletariado francés y presenta una importancia histórica enteramente distinta a la elucubración literaria de un crítico cualquiera.”

Un manifiesto científico del proletariado francés... Cuando encuentra a Proudhon en París, Karl Marx tiene veinticinco años, le halaga la atención que Proudhon, que tiene treinta y cinco, presta a su conversación. Su orgullo se complace en creer que le inoculó “el virus hegeliano”⁷⁷. Sobre todo, Karl Marx, expulsado de París en enero de 1845, cuenta con

77 “En el curso de largos debates que se prolongaban a veces toda la noche, le inoculaba para su mal, un hegelianismo que él no podía ahondar a causa de su ignorancia del alemán. (Sozial Demokrat, 16 de enero de 1865.)

Proudhon para que le ayude a destruir la influencia que los alemanes que quedaban en París podían tener sobre los ambientes socialistas y obreros parisienses. Karl Marx quiere eliminar toda posible competencia y, por eso, el 5 de mayo de 1846, escribe a Proudhon a fin de hacer de él un aliado contra Karl Grün.

Pero Proudhon no es hombre como para dejarse dictar sus opiniones, y el 17 de mayo de 1846, le responde; esta carta permite comprender el cambio de Marx respecto de él:

Me tomaré la libertad de formular algunas reservas que me fueron sugeridas por diversos pasajes de su carta... Hago profesión de un antidiogmatismo económico casi absoluto. ¡Por Dios!, después de haber demolido todos los dogmatismos a priori, no caigamos a nuestra vez en la contradicción de vuestro compatriota Martín Lutero..., no pensemos a nuestra vez en adoctrinar al pueblo. Mantengamos una buena y leal polémica; demos al mundo el ejemplo de una sabia y previsora tolerancia, pero, dado que estamos a la cabeza del movimiento, no nos transformemos en jefes de una nueva intolerancia; no nos situemos como apóstoles de una nueva religión, aunque sea la religión de la lógica, la religión de la razón. Acojamos, estimulemos todas las prestaciones; castiguemos todas las exclusiones, todos los misticismos..., con esa condición yo entraré con placer en vuestra asociación. ¡Si no, no!

Es claro, Proudhon precisa el punto que le opone a Karl Marx:

No nos situemos como apóstoles de una nueva religión..., no nos transformemos en jefes de una nueva intolerancia...

Proudhon ataca a Marx en el punto más sensible de su orgullo. Lo decepciona tomando la defensa de Grün:

Debo a G... y a su amigo Ewerbeck el conocimiento que tengo de sus escritos, mi querido Marx, de los del señor Engels y de la obra tan importante de Feuerbach. Estos señores, a mi ruego, quisieron hacer para mí algunos análisis en francés (porque tengo la desgracia de no leer alemán), y a su pedido insertaré (lo que por lo demás hubiese hecho yo mismo) una mención de las obras de los señores Engels, Marx, Feuerbach... Querido señor Marx, lo vería con placer corregir un juicio producido por un instante de irritación, porque usted estaba encolerizado cuando me escribió.

Karl Marx no perdonará a Proudhon esa carta. Y al mismo tiempo ridiculizará a ese proletariado parisense del que decía, durante su permanencia en París: “En sus labios, la fraternidad no es una frase, sino una verdad; de sus rostros endurecidos por el trabajo irradia toda la belleza de lo humano.”

El “Anti–Proudhon”, *La Misérde la Philosophie*, escrita durante el invierno de 1846–1847, es una “respuesta a *La Philosophie de la Misère* de Proudhon; el libro aparece el 15 de junio de 1847, con este prefacio revelador:

El señor Proudhon tiene la desgracia de ser singularmente desconocido en Europa. En Francia, tiene el derecho de ser mal economista, porque pasa por ser un buen filósofo

alemán. En Alemania, tiene el derecho de ser mal filósofo porque pasa por ser un economista francés de los más sólidos. Nosotros, en nuestra condición de alemanes y economistas, hemos querido protestar contra ese doble error.

El 19 de septiembre, desde Lyon, Proudhon escribe a Guillaumin:

Recibí el libelo del señor Marx, en respuesta a La Philosophie de la Misére: es un tejido de groserías, de calumnias, de falsificaciones, de plagios.

Se encuentra en una nota manuscrita de Proudhon⁷⁸:

El verdadero sentido de la obra de Marx, es que deplora que en todas partes yo haya pensado como él, y que lo haya dicho antes que él. Le interesa que el lector crea que es Marx el que, después de haberme leído, tiene el sentimiento de pensar como yo. ¡Qué hombre!

Apenas desaparecido Proudhon, Marx envía, el 18 de enero de 1865, al *Sozial Demokrat*, un juicio tan malévolamente injusto. Sin duda, reconoce que el estilo de *¿Qué es la propiedad?* es fuertemente muscular, y es el estilo el que, en su opinión, constituye el gran mérito de ella. No era la forma sola de Proudhon la que parecía “importante” a Karl Marx. En *La sagrada familia*, Karl Marx agrega: “Se ve que, inclusive

78 Notas manuscritas puestas por PROUDHON al margen de su ejemplar de *La Misére de la Philosophie* (nueva edición de las Obras de Proudhon publicadas bajo la dirección de C. Bouglé, por Marcel Rivière. *Les contradictions économiques*, París, 1928, tomo 2, pág. 418. Introducción y notas de Roger Picard).

cuando reproduce, Proudhon descubre que lo que dice es nuevo para él, y lo ofrece como tal.” El libro de Proudhon, en el que dieciocho años antes Karl Marx veía un manifiesto científico del proletariado, no es ya “simplemente más que un panfleto sensacional y, por sobre todo, un plagio de un extremo al otro... Y sin embargo, qué impulso dio esa pasquinada al género humano... Pero a sus aires de iconoclasta, ya en esa primera obra, se encuentra esa contradicción de que Proudhon, por un lado, haga el proceso a la sociedad desde el punto de vista y con los ojos del pequeño campesino (más tarde del pequeño burgués) francés y, por la otra, le aplique el marco que le transmitieron los socialistas”.

Socialismo *pequeño burgués* francés; he ahí el argumento lanzado contra Proudhon, pero también contra todos aquellos a quienes Karl Marx acusará de prouthonismo en el seno de la Internacional.

II

Karl Marx, expulsado de París en enero de 1845, se instala en Bruselas; Engels permanece allí algunos meses y los dos pasan en el otoño seis semanas en Gran Bretaña.

Gracias al espíritu realista de Engels, Karl Marx se desprende de Hegel, de Bauer y de Feuerbach, y utiliza la rica experiencia de Engels. Su verdadera colaboración comienza en septiembre de 1845.

Pero Karl Marx no olvida nunca la faz política de la obra que

persigue. Karl Marx está en relaciones permanentes con los tres grupos que, en 1839, recogieron a los miembros de la Federación de los Justos. El grupo más numeroso es el de Londres, que comprende a Karl Schapper, al relojero Joseph Moll, a Heinrich Bauer, a Eccarius, el más sumiso y a quien Karl Marx elegirá como portavoz en los congresos de la Internacional. En fin, algunos de los antiguos miembros de la Federación de los justos quedaron en París, donde visitan al doctor Ewerbeck y a Karl Grün.

Karl Grün tenía alguna influencia sobre los obreros parisienses de los compagnonnages. Karl Marx envía a Engels a París. Éste le escribe, en octubre de 1845, que espera terminar pronto con los del “Tour de France, buenos muchachos que están evidentemente en la ignorancia más crasa y a los cuales Grün perjudica espantosamente”.

Después de Karl Grün, Karl Marx se vuelve contra Weitling y contra Moses Hess, que cometió el pecado de tomar el partido de Weitling en el conflicto entre Marx y Weitling. En la intención de depurar el partido y de eliminar lo que él llamaba “el comunismo artesano y el comunismo filosófico”, Marx y Engels utilizan circulares impresas que son las primeras aplicaciones de esas circulares *privadas*, por medio de las cuales obrará Marx sobre las secciones de la Internacional.

Desde 1843, los antiguos Justos, que formaron en Londres el Grupo Comunista de Educación Obrera, ofrecieron a Marx y a Engels adherir a la futura Federación Comunista. Deseosos de entrar allí como amos, éstos rehúsan, pero mantienen una correspondencia frecuente con Eccarius, Moll y Schapper.

Después de haber publicado, en la primavera de 1847, el “Anti Proudhon”, Marx organiza, durante el verano, en Bruselas, la Escuela de los trabajadores alemanes, grupo formado por obreros proscritos y por intelectuales.

A pesar de sus defectos, pero por haber hecho penitencia, Moses Hess es admitido en ella. Las reuniones tienen lugar los miércoles y sábados. Se organizan cursos, se discute: “Tenemos aquí –escribe Marx a Herwegh– debates como en el Parlamento, y una parte recreativa, canto, declamación o teatro... Si vuelves, verás que en la pequeña Bélgica se encuentra mucho más que hacer que en la gran Francia, inclusive para la propaganda directa”. Sólo Mijaíl Bakunin que, expulsado de Francia, se detuvo en Bruselas, no fue seducido por el Grupo de los Trabajadores Alemanes. Desde esa época nace un antagonismo que no saldrá a relucir más que en 1868: “Marx hace aquí el mismo vano oficio que antes; echa a perder a los obreros haciendo de ellos razonadores. Es la misma locura de los sistemas y la misma suficiencia no saciada.”

En la Escuela de los Trabajadores Alemanes, Karl Marx da conferencias, algunas de las cuales, *Capital* y *salarios* y la *Cuestión del libre cambio*, aparecen en artículos o en folletos. Después de haber consolidado su autoridad doctrinaria, Marx y Engels dan su adhesión a la futura Federación Comunista. En la primavera de 1847, Joseph Moll hizo un viaje a París y a Bruselas para invitarles, asegurándoles que los grupos de Londres se habían convertido al marxismo.

En el primer Congreso de los grupos de Londres, durante el verano de 1847, Marx se hace representar por Engels. Se

decide llamar al nuevo grupo Federación Comunista. La célula se llama comuna, las comunas forman distritos. Todos los distritos de un país forman una Federación administrada por un Comité Central. Marx y Engels son encargados de redactar un proyecto de manifiesto.

Terminada esa redacción, Engels vuelve a Londres. Seguro de poder imponer su doctrina a la nueva Federación, Marx lo acompaña. Asiste primero a una reunión organizada por los Demócratas Fraternales en honor del aniversario de la revolución polaca.

El comité directivo de los Demócratas Fraternales comprende a antiguos miembros de la Federación de los Justos, Joseph Moll el relojero y el tipógrafo Karl Schapper, que habían fundado el grupo comunista en Londres, y cartistas tales como Ernest Jones, George Julián Harney y Thomas Clark. El 29 de noviembre tiene lugar, en Germán Society's Hall, una asamblea para celebrar el aniversario de la insurrección polaca: los ingleses, los irlandeses, los alemanes, los polacos, los belgas, los franceses, toda la sociedad internacional de Londres está allí.

Ernest Jones toma la palabra para sostener una primera resolución afirmando que el desmembramiento de Polonia es un crimen digno de la eterna execración del género humano. Todas las naciones de Europa están próximas a la revolución. Ernest Jones pide a sus oyentes que se preparen para la lucha en el interior y en el exterior. Un francés, Michelot, apoya la resolución

Karl Schapper propone la segunda resolución: “Cuando los hombres luchan por la verdad y por la libertad y sostienen una gran causa, aunque no triunfen al comienzo, deben triunfar al fin de cuentas; tales hombres son dignos de todos los honores y es por eso que rindo homenaje a los bravos polacos (*aplausos prolongados*), homenaje a los que murieron ante Varsovia, homenaje a los que murieron en manos del verdugo, homenaje a los que perecieron en las minas de Siberia, a los que cayeron en Cracovia, a todos los mártires de la libertad.” (*Vivos aplausos.*)

Karl Schapper anuncia a la asamblea que la Sociedad democrática de Bruselas envió para representarla a su vicepresidente, el doctor Karl Marx, a fin de establecer relaciones de correspondencia y de simpatía entre las dos asociaciones. Karl Schapper agrega que, en efecto, democracia política y justicia social están ligadas, la palabra democracia comprende y supone el socialismo en el espíritu de los Demócratas Fraternales.

El doctor Marx responde en alemán y es acogido por una demostración de simpatía. La *Northern Star* del 4 de diciembre resume su discurso:

Me han enviado los demócratas de Bruselas para hablar en su nombre a los demócratas de Londres, y por su intermedio, a los demócratas de Inglaterra. Estoy encargado de pedirles que organicen un congreso de las naciones, un congreso de los trabajadores a fin de establecer en todas partes la libertad para todos (vivos aplausos). Las clases medias y los librecambistas realizaron

un congreso; pero su fraternidad no es más que unilateral; el día en que se den cuenta de que tales congresos deben aprovechar a los trabajadores, entonces su fraternidad cesará y sus congresos serán disueltos (exclamaciones de aprobación).

Los demócratas de Bélgica tienen el sentimiento de que los cartistas de Gran Bretaña son los verdaderos demócratas y que, por la conquista de los seis puntos de su carta, abrirán la ruta de la libertad a todo el universo; realizad, pues, ese gran propósito, trabajadores ingleses, y seréis saludados como los salvadores de toda la especie humana (formidables aplausos).

El cartista Georges Julián Harney propone esta resolución:

La asamblea se congratula al saber que existe en Bruselas una sociedad de Demócratas Fraternales y, respondiendo a la alianza que esa sociedad nos ofrece, recibe a su delegado, el doctor Marx, con los sentimientos de la más alta consideración. Saluda con alegría la proposición de realizar un congreso de todas las naciones, comprometiéndose a enviar delegados a él cuando sea convocado por las sociedades de los demócratas fraternales de Londres y de Bruselas.

Charles Kean presenta entonces una cuarta resolución:

Reconociendo la fraternidad de todos los hombres, consideramos nuestro deber luchar por el triunfo de los principios democráticos y, creyendo que el establecimiento de la Carta del pueblo permitirá al pueblo de Gran Bretaña

llevar su ayuda a la causa polaca, de un modo más efectivo que las protestas en el papel empleadas hasta aquí por el gobierno inglés, saludamos con alegría la perspectiva de un esfuerzo enérgico de parte del pueblo inglés para obtener el reconocimiento legislativo y la promulgación parlamentaria de los derechos y libertades que le fueron rehusados desde hace tanto tiempo.

El ciudadano Engels (de París) sostiene la resolución y se declara cartista:

Conciudadanos, esta conmemoración de la revolución polaca no tiene solamente interés para Polonia, sino para todo el universo, porque contribuye a la difusión de los principios de la democracia en todas partes (exclamaciones de aprobación).

Yo, como alemán, tengo gran interés en el éxito de Polonia, porque ese éxito precipitará el triunfo de la libertad en Alemania, y Alemania ha decidido obtener la libertad tarde o temprano (vivos aplausos). Y creo firmemente que ninguna nación quiere llegar a ser libre sin que esa conquista aproveche a todas las demás. Viví algún tiempo en Gran Bretaña, y estoy orgulloso de jactarme de ser un cartista de nombre, de corazón y de alma (vivos aplausos). ¿Dónde se encuentran ahora vuestros principales opresores? No en la aristocracia, sino que son esos tacaños y esos amasadores de riquezas, los hombres de las clases medias (vivos aplausos).

El congreso de la Federación Comunista sigue

inmediatamente a la reunión de los Demócratas Fraternales. El proyecto de manifiesto, que redactaron Karl Marx y Engels, es discutido y adoptado por el congreso.

Durante el mes de enero de 1848, Marx y Engels escriben el texto definitivo del manifiesto cuyo manuscrito alemán fue impreso en Londres, poco antes de la revolución de 1848. Marx y Engels encargan la traducción inglesa a George Julián Harney, el cartista, para su periódico *The Red Republican*.

Durante medio siglo, el *Manifiesto* ejercerá una influencia predominante sobre el socialismo revolucionario. Su valor se debe esencialmente a la síntesis de las teorías obreras y de las diversas doctrinas ideológicas, de las que Karl Marx y Engels condensaron la sustancia en fórmulas impresionantes.

Esta sustancia la deben, por un lado, a la experiencia cartista, a los discursos y a los escritos de los obreros demócratas ingleses.

Por otro, conocen a fondo las doctrinas ideológicas de los presocialistas franceses e ingleses.

En realidad, en una etapa de la evolución de las ideas socialistas, Engels y Marx indicaron el camino.

Si su conocimiento de la experiencia cartista da a su manifiesto su apariencia de interpretación histórica, Engels y Marx no superaron a algunos de sus contemporáneos en el análisis que hacen de la evolución del capitalismo.

Los más modestos escritores obreros de Europa

comprobaron la evolución del capitalismo hacia el monopolio y previeron las consecuencias que resultarían de ello. Proudhon tiene una visión tan clara y fórmulas tan precisas como Karl Marx y Engels.

El *Manifiesto Comunista* se parece a un río que, en el curso de su trayecto, recoge las aguas de sus afluentes. Es una síntesis y una resultante, más bien que una invención original y un punto de partida: se inspira en List, en Lorenz von Stein y en Pecqueur como en Bazard y en Proudhon.

En su *Comentario del Manifiesto Comunista*, Charles Andler analizó sus fuentes y sus orígenes. Después de más de treinta años y pese a las críticas de Franz Mehring, el *Comentario* de Charles Andler sigue siendo la más importante contribución al estudio del *Manifiesto Comunista*. Franz Mehring se engaña cuando declara, en su crítica de Andler (*Mouvement socialiste*, abril de 1902), que Marx debe mucho a Michelet y a Augustín Thierry, historiadores de la revolución francesa y del Tercer Estado. Ahora bien, el *Manifiesto* aparece en 1848, Michelet publica su historia de la revolución francesa entre 1847 y 1853, y el *Essai sur les progrés et la formation du Tiers État* es de 1853. ¿Porque Engels y Marx no citan a Buret y a Pecqueur es una razón para suponer que no los leyeron? En cuanto a Proudhon, era natural no citarlo más que para rechazarlo entre los pequeños burgueses: el procedimiento empleado contra él es divertido porque es indirecto. Proudhon pertenece a un país “como Francia, donde la clase campesina forma mucho más de la mitad de la población y donde es natural que los escritores, en su crítica del régimen burgués, hayan aplicado el cartabón de las nociones de la pequeña burguesía y de los campesinos y

que hayan intervenido en favor de los obreros con un espíritu de pequeña burguesía”.

Pero sería vano retomar un análisis que se volvió clásico. Así, basta recordar que las grandes líneas del *Manifiesto* son la lucha de clases, el materialismo histórico, el crecimiento de la burguesía por el industrialismo, la disolución de los sentimientos feudales, la soberanía de las ciudades sobre los campos, la concentración de los capitales y la centralización política, la decadencia de la burguesía, las crisis, la formación del proletariado, la revolución social.

Karl Marx supo utilizar magníficamente la teoría de la lucha de clases; pero la idea de que todo el contenido de la historia es una serie de luchas de clases, es uno de los temas más antiguos de la tradición socialista. En 1829, en la *Exposition de la doctrine saintsimonienne*, Bazard había dicho: “Los hombres están divididos en dos clases: los explotadores y los explotados, los amos y los esclavos, los propietarios y los trabajadores.” Y la idea de la lucha de clases fue desde 1831 a 1836, después desde 1837 a 1842, el *leitmotiv* de Bronterre y de los demócratas obreros.

Por otra parte, gracias a la propaganda oral, sobre todo en provincias, durante el Imperio y la Restauración, gracias al libro de Buonarotti, la tradición de los Iguales se había mantenido viva. Ahora bien, desde 1796, el *Manifiesto de los Iguales* declara que, a través de la historia, “la gran mayoría de los hombres trabaja y suda al servicio y para el buen placer de una extrema minoría”.

Las sociedades secretas de la monarquía de julio, la Federación de los Proscriptos y la Federación de los Justos fueron fieles a la tradición babouvista. Era natural que Marx y Engels hayan incorporado en su *Manifiesto* esa tradición que vincula el *Manifiesto Comunista* con el *Manifiesto de los Iguales*. Y sin embargo el nombre de Babeuf no es mencionado más que incidentalmente (párr. 69) por los autores del *Manifiesto*, donde éstos lo eludieron quizás indirectamente⁷⁹.

En otro sentido todavía, el *Manifiesto Comunista* lleva el sello babouvista: “Lo que distingue a Marx de sus precursores, dice Charles Andler, es que cuenta con la catástrofe económica para llevar las clases obreras a adueñarse del poder político.” El genio de Marx transformó en un mito social el tema tradicional de sus precursores. El régimen capitalista engendra crisis de superproducción progresiva que van acentuándose; esta rebelión de las fuerzas productoras contra el régimen que las engendró provoca la catástrofe final, gracias a la cual la clase obrera puede adueñarse del poder político; pero es la “fuerza partera de las sociedades la que permite la revolución social”. Al fin de cuentas, el mito de la revolución social, en el *Manifiesto Comunista*, aparece como la transposición, en otro registro, del motín armado, del golpe de fuerza preconizado por los revolucionarios babouvistas.

79 Ver en e! *Commentaire de CHARLES ANDLER*, pág. 191, las razones por las cuales Charles Andler cree, contra Edouard Bernstein que el párrafo 70 está dirigido contra Baboeuf.

III

“Proudhon no escribe solamente en interés de los proletarios; él mismo es proletario. Su obra es un manifiesto científico del proletariado francés.” Cuando en *La sagrada familia*, Karl Marx publicaba esa apreciación, expresaba un primer juicio espontáneo sobre Proudhon.

El cambio de Marx tiene por origen la franqueza de Proudhon y su fuerte individualidad. Entre las dos personalidades existe un antagonismo, producto de una oposición de temperamento y de raza. ¿Que podían tener de común el burgués intelectual, formado y marcado por estudios filosóficos en las universidades alemanas, y el gran moralista plebeyo? Proudhon es un campesino “de las montañas del Franc-Comté”.

De niño, su oficio de boyero le dio esa intimidad con la naturaleza: el trato y la amistad de los animales y los pastos, de los frutos y los árboles, de las colinas y los ríos. Y obligado a vivir todo el año en París, cuando puede escapar, Proudhon vuelve a Burgille, en la región natal, a pescar cangrejos, a recoger bayas, como en los tiempos de su infancia.

He aquí una escuela primaria de la que estará privado Karl Marx; frente a Proudhon será siempre el hombre abstracto. Si éste es un hombre real, no lo debe solamente a su infancia en los prados, sino a su vida de obrero, corrector y compositor de imprenta, y compagnon del Tour de France, y a sus experiencias de empleado de contaduría en la empresa Gauthier Frères, cuando vive entre marineros y barqueros.

Proudhon nació y creció entre el pueblo, trabajó con sus manos. Por instinto, adivina, comprende a ese pueblo, aun cuando se rebela contra su sumisión. Durante los duros años en que vive como recluso, a fin de hacer frente, por un trabajo abrumador, a la subsistencia de los suyos y al deseo de continuar su obra, su corazón le pertenece. *La Justice dans la Révolution et dans l'Église* contiene, bajo el título “Burguesía y pueblo”, uno de los análisis más penetrantes que se hayan hecho del pueblo francés⁸⁰.

Nunca, durante toda su existencia, tiene Karl Marx contacto con los campesinos, ni intimidad con los obreros; mantiene frente a ellos la actitud del ideólogo y del maestro de escuela. El rasgo que Proudhon y Marx tienen en común, el orgullo, los separa todavía más. Dos orgullos diferentes. Las cóleras de Proudhon son cóleras de rebelión y decepción: las injurias que dirige al pueblo, a la clase obrera, no son más que el resentimiento experimentado ante aquellos a quienes trata con violencia, porque está ligado a ellos apasionadamente.

Otra oposición resulta del lugar que Proudhon y Marx dan a la inteligencia en la jerarquía de los valores humanos: “Proudhon –dice Édouard Berth– comprendió que la inteligencia no es más que una especie de aparato fotográfico, que nos da la representación mental de los fenómenos y sus relaciones, de todo lo que contiene la realidad, pero nada más. Ahora bien, lo sublime y lo bello sobrepasan la realidad, entre ellos y las ideas existe la misma diferencia que entre un retrato

80 Edición Riviére, tomo III, París, 1932, pág. 459. Notas de C. Bouglé y de J.-L. Puech.

hecho por la mano de un artista y la imagen dada por un daguerrotipo.”

Marx y Proudhon ponen en presencia al hombre abstracto y al hombre real. Pero su antagonismo no debe llevar a un historiador del movimiento obrero a erigir al uno contra el otro. Esos dos hombres, pese a sus defectos personales, dieron al movimiento social y obrero una contribución importante, pero que no puede igualar a la acción combativa, organizadora de los militantes obreros ni a la acción espontánea, creadora, del proletariado.

El error de Marx fue creer que era capaz de imprimir su sello personal al movimiento social; pero el movimiento de la vida escapa al dominio del ideólogo, como las aguas se deslizan entre sus dedos. La infalibilidad no tiene lugar en la evolución histórica. Los rencores de su vanidad ponen una sombra en la grandeza intelectual de Marx. No tenía la sencillez de corazón necesaria para ser un servidor.

Por el contrario, cualesquiera que fuesen sus errores y sus contradicciones, Proudhon supo mantener su pureza en las líneas de su existencia. Su evolución fue un progreso constante, una ascensión. Supo juzgarse a sí mismo, en esta carta a Bergmann, del 14 de mayo de 1862:

He trabajado mucho, he cometido muchas torpezas, muchas faltas. He aprendido un poco e ignorado inmensamente; creo que tengo cierto talento, pero ese talento es incompleto; abrupto, desigual, lleno de lagunas, de negligencias, de intemperancias, de inconexiones... No

habré sido, como escritor popular y como pensador, más que un hombre a medias. Pero he sido, creo, un hombre honesto, sobre eso me pongo sin vacilación al nivel de todos los maestros... Ten piedad y envejece en paz.

En otra carta del 31 de diciembre de 1863, Proudhon deja escapar el anhelo de un corazón que no envejece:

Es preciso trabajar, porque es nuestra ley, porque con esa condición aprendemos, nos fortalecemos, nos disciplinamos y aseguramos nuestra existencia y la de los nuestros. Pero ése no es más que nuestro fin terrestre, actual, humano. Ser hombres, elevarnos por encima de las dificultades del mundo..., realizar, en fin, sobre la tierra el reino del Espíritu; he ahí nuestro fin. Ahora bien, esto no podemos alcanzarlo en la juventud, ni en la edad adulta, ni en los grandes trabajos de la producción y las luchas de negocios; sino, os lo repito, en la completa madurez, cuando las pasiones comienzan a callar y el alma, cada vez más emancipada, extiende sus alas hacia el infinito.

Gracias a esta elevación y a este desprendimiento, Proudhon pudo dedicar a algunos obreros de París y de Lyon un libro “concebido bajo su inspiración”, un libro más humano que las construcciones más lógicas de Karl Marx. Proudhon realizó, antes de morir, el secreto deseo de toda su vida: devolver al pueblo el legado que había recibido de él. Proudhon y Karl Marx fueron dos genios proféticos: el creador de poderosas síntesis y el gran moralista plebeyo, cada uno a su modo, descubrieron el horizonte de tierras desconocidas.

En medio del siglo XIX, en la época en que se expandía un régimen capitalista desbordante de vitalidad y que parecía dueño del porvenir, Proudhon y Marx anunciaron la disolución de esa sociedad. Bajo su aparente juventud, discriminaron los signos precursores de su envejecimiento y de su caducidad. Sin duda, se engañaron sobre el ritmo en que se operaría esa decadencia. Pero su error no es más que un error de fecha.

Proudhon, de estirpe campesina, autodidacta, crítico e inclusive testarudo, ve que la debilidad orgánica de las clases dirigentes es la avaricia, su moral del provecho. Afectado por la forma jurídica de las instituciones, por la legalidad que enmascara la injusticia, su pensamiento es dominado por la idea de un derecho nuevo, organizador de la justicia, pero garantía de la libertad. Ese derecho nuevo no puede arraigar como realidad viviente sino en una sociedad cuyos resortes sean el gusto por el esfuerzo desvinculado de la ganancia, la voluntad de seguir siendo un hombre libre.

La mística del trabajo transforma el esfuerzo, tan a menudo penoso, en una alegría “de todos los instantes”, dice Proudhon...

Yo me pregunto por qué la vida del trabajador no habría de ser un regocijo perpetuo, una sucesión triunfal...

No es ese atractivo pasional de que hablaba Fourier, es una voluptuosidad íntima, para la cual no es menos favorable el recogimiento de la soledad que las excitaciones del taller, y que resulta, para el hombre de trabajo, del pleno ejercicio de sus facultades: fuerza del cuerpo, destreza de las manos, prontitud

de espíritu, potencia de la idea, orgullo del alma, sentimiento de la dificultad vencida, de la naturaleza dominada, de la ciencia adquirida, de la independencia asegurada; comunión con el género humano por el recuerdo de las antiguas luchas, la solidaridad de la obra y la participación igual en el bienestar.

Karl Marx es un burgués intelectual, un ciudadano universitario apasionado de la filosofía; es también un táctico dotado para la intriga política e inclusive politiquera; este filósofo es ambicioso, quiere jugar y ganar en los dos tableros: el de la construcción ideológica y el de la acción. Entre esas dos tendencias dominantes, quizás Marx se habría encontrado trabado para hacer el puente, si no hubiera aparecido Engels. Al aprender de él el mecanismo real del capitalismo en Gran Bretaña, Engels dio a Marx el medio para levantar una obra de construcción ideológica, que parece traducir el sentido y el movimiento de la evolución histórica.

Su verdadera contribución fue la creación de mitos sociales. Sabe acuñar fórmulas que recuerdan las efigies romanas. Al dar por objetivo al movimiento obrero la conquista de un derecho nuevo, y al animar la preocupación de la libertad y de la responsabilidad personal, por la mística del trabajo, Proudhon se preocupó por descubrir en el marco y la armadura de las instituciones jurídicas nuevas, la fuente viva de los sentimientos que permiten a la sociedad desarrollarse en una atmósfera que no le deja desviarse y caer un día en la huella de los eternos comienzos:

Llegó el fin de la antigua civilización, la faz de la tierra se renovará bajo un nuevo sol. Dejemos que se extinga una

generación, dejemos morir en el desierto a los viejos prevaricadores: la Tierra Santa no cubrirá sus huesos. Joven a quien la corrupción del siglo indigna y el celo de la justicia devora, si quieres a tu patria y si el interés de la humanidad te commueve, atrévete a abrazar la causa de la libertad Despójate de tu viejo egoísmo, sumérgete en la corriente popular de la igualdad naciente; allí, tu alma retemplada absorberá una savia y un vigor desconocidos, tu genio volverá a encontrar una energía indomable, tu corazón se rejuvenecerá. Todo cambiará de aspecto ante tus ojos depurados: sentimientos nuevos harán nacer en ti ideas nuevas: religión, moral, poesía, arte, lenguaje, se te aparecerán revestidos de una forma más grande y más bella y, seguro en lo sucesivo de tu fe, entusiasta con reflexión, saludarás la aurora de la regeneración universal.

Quinta Parte

EL FUEGO BAJO LAS CENIZAS (1848–1862)

Las lucubraciones de los hombres de 1848 difunden las ideas socialistas en las masas y conservan en ellas, bajo la ceniza, el fuego de las revoluciones.

*El procurador del tribunal de Lyon,
17 de julio de 1856.*

X. 1848

Usted no tuvo nunca hambre, señor Arago...

Respuesta de un insurrecto a M. Arago,
junio de 1848.

...con qué facilidad se va a la dictadura...

PROUDHON. *Carnet*,
1º de marzo de 1848.

Para la masa obrera, medianamente instruida, hirviente, apasionada, la segunda República fue una inmensa esperanza y una enorme desilusión.

GEORGES DUVEAU.

“La República, dice Edgar Quinet, surgió naturalmente, como el derecho eterno de una nación mayor de edad que reconoce su soberanía, su aptitud para regirse a sí misma.”

Mas no es ésta la visión de un historiador sino la de un idealista político. Los contemporáneos autores de recuerdos o de relatos, tuvieron la visión falseada por el papel que desempeñaron, por su pasión partidista o sus intereses amenazados.

Solamente un novelista, Gustave Flaubert, con una objetividad cruel, supo trazar la línea quebrada de la revolución. Con más perfección que ningún relato histórico, *L'education sentimentale* reconstruye la atmósfera que, en las semanas de febrero y de marzo, envolvió al joven a quien los acontecimientos alcanzan como testigo y no como actor.

El alma indecisa y el carácter maleable de Frédéric representan bien al joven burgués medio de la época: enajenado tanto por la sorpresa del acontecimiento como por su grandeza, se cree uno de los héroes de ese pueblo de París que, en algunas horas, el 24 de febrero, expulsó al rey Luis Felipe e invadió la Cámara al grito de “¡Viva la República!”.

Arrastrado por la ola popular, Frédéric, en algunas semanas, es inspirado por corrientes contrarias: “De derecha y de izquierda, en todas partes, los vencedores descargaban sus armas. Frédéric, aunque no era guerrero, sintió latir su sangre gala.

El magnetismo de las muchedumbres lo había dominado. Absorbía voluptuosamente el aire tempestuoso, lleno de olores de pólvora; y sin embargo se estremecía bajo los efluvios de un inmenso amor, de un enterneamiento supremo y universal, como si el corazón de la humanidad entera hubiese palpitado

en su pecho...Pero, repentinamente resonó la *Marsellesa*. Era el pueblo⁸¹."

Pero pronto se abandona a las dulzuras de esa vieja pereza, hostil por principio a toda innovación, vuelto a tomar por sus tradiciones conservadoras, dominado sobre todo por el miedo. Las jornadas de junio le dan ocasión para afirmarse abiertamente en el cambio preparado desde hacía varias semanas; y la ola que le arrastró, vuelve a llevar a este joven burgués, sin resistencias ni lamentaciones, a la playa cuya aparente tranquilidad no es más que arena movediza.

Al lado de las corrientes de la psicología colectiva, hay que tener en cuenta los hechos económicos. Desde la primavera de 1847, una crisis financiera había repercutido, desde Gran Bretaña, en Francia. Es en plena crisis cuando se producen las jornadas de febrero. En su breve y densa historia de la Segunda República, René Arnaud supo advertir que "si los obreros se atieren tanto a esa república, es porque esperan de ella más y mejor que de los sueños socialistas: le piden primeramente pan"...

La revolución de febrero es la consecuencia de las culpas de la monarquía de Julio y de un gobierno que transformó la corrupción en sistema; pero es también la consecuencia del largo camino recorrido por las ideas republicanas, desde 1833 a 1848. En febrero, el paro forzoso se extiende a algunas

81 George Sand escribió a Ch. Poney, el 9 de marzo: "¡Viva la República! ¡Qué sueño, qué entusiasmo y al mismo tiempo qué comportamiento, qué orden en París!... He visto al pueblo, grande, sublime, ingenuo, generoso, al pueblo francés reunido en el corazón de Francia, en el corazón del mundo..."

industrias. La construcción de los ferrocarriles y los progresos técnicos tuvieron por resultado la eliminación de un gran número de artesanos en la industria textil y en la de los transportes. A consecuencia de la crisis de los ferrocarriles en 1847, la producción se redujo considerablemente en Francia. La crisis, que paralizó el impulso de construcción de las líneas, tuvo su repercusión en la industria minera y en la industria metalúrgica: ésta, que acababa de acrecentar su potencia de producción, vio reducir los pedidos de su mejor cliente. La caída de la producción siderúrgica se manifiesta por la baja del consumo de hulla que, de 78 millones de quintales métricos en 1847, descendió a 60 millones. Mientras que en 1847 se fabricaban en Francia 887.000 quintales métricos de rieles, en 1848 no se fabricaron más que 412.000, o sea menos del 50%. La extracción de mineral que en 1847 ocupaba 15.000 mineros, sólo empleaba 10.000 en 1848, o sea una reducción de un tercio.

El 25 de febrero, el gobierno provisional, del cual Proudhon dirá: “No ha *sabido, querido, osado*”, se encuentra en el Ayuntamiento; la muchedumbre se agrupa a su alrededor. Un obrero, Marche, reclama el *derecho de trabajo*. Lamartine pronuncia un discurso, pero es interrumpido por un “¡Basta de frases! ¡El pueblo espera!”

El Ayuntamiento y las casas están empavesadas de rojo –la bandera roja, recuerdo de 1793, símbolo de la República social–; pero la bandera tricolor se impone, con esta concesión inscrita en el decreto del 27 de febrero: “Como signo de reunión y como reconocimiento del último acto de la revolución popular, los miembros del gobierno provisional y las

demás autoridades llevarán la escarapela roja, que será colocada también en el asta de la bandera.”

El gobierno redacta un decreto que parece reconocer el derecho de trabajo.

El 27 de febrero, el gobierno provisional decide el establecimiento de talleres nacionales por un decreto cuya ejecución se confía al Ministro de Trabajos Públicos; al mismo tiempo, con la creación de la guardia nacional móvil, mediante el sueldo de 1,50 fr. por día, espera emplear a un cierto número de obreros jóvenes. Pero esas dos medidas parecen insuficientes; no calman la impaciencia de un pueblo que recuerda todavía la decepción de 1830. Responden mal a sus esperanzas.

El 28 de febrero, millares de trabajadores agrupados por gremios, se reúnen en la plaza de Gréve; sus estandartes proclaman: “*Ministerio del Progreso; Organización del Trabajo; Abolición de la explotación del hombre por el hombre*”

Con la amenaza de su dimisión, Louis Blanc y Albert obtienen de sus colegas un decreto que crea la *Comisión del Gobierno para los Trabajadores*. La Comisión para los Trabajadores va a ser la Comisión de Luxemburgo; el presidente es Louis Blanc, y el vicepresidente, Albert, obrero mecánico, cuyo verdadero nombre es Martin y que, como Louis Blanc, fue elegido por aclamación popular en el patio del Hotel Bouillon, bajo las ventanas de las oficinas de *La Réforme*. La presencia de Albert al lado de esos burgueses republicanos, grandes o pequeños burgueses, periodistas, intelectuales, y del banquero

Goudchaux, señala claramente la base falsa que la República de 1848 tuvo desde el primer día.

Los hombres del gobierno provisional se oponen entre sí: Arago y Lamartine contra Ledru-Rollin; Ledru-Rollin y Flocon contra Louis Blanc; Louis Blanc y Albert contra Corbon y los reformistas de *L'Atelier* y, contra Blanqui, el odio de Barbes... Esos hombres tan diferentes no tuvieron un plan de conjunto. Proudhon, en sus *Anotaciones*, los juzga con una lucidez cruel, desde el 25 y el 26 de febrero: “¡Muchas palabras, y ninguna idea! No hay nada en las cabezas..., las cabezas están vacías.” Y el 19 de marzo, estas palabras proféticas: “El gobierno, porque no tiene ideas, no hace nada, no puede nada, no quiere nada... Con qué facilidad se va a la dictadura.”

Hombres de 1848, hombres muy poco consistentes, sobre todo de carácter. Construcción frágil y efímera, pero de la cual ciertos fragmentos, más sólidamente plantados en el suelo, dejarán una huella profunda, porque inauguran la tradición de una legislación.

En efecto, según la expresión de Gabriel Perreux, la revolución de 1848 no fue una explosión repentina, estaba “en gestación desde 1835, cuando los republicanos debieron retirarse y recogerse en el misterio de las ventas y las logias”. Pero a pesar de sus doctrinas y de su teoría de una enseñanza nacional, no eran ellos los que podrían ofrecer a la República de 1848 el obsequio más sustancial; sino esas masas obreras cuyas luchas y reivindicaciones, tan caramente pagadas, aportan los materiales más sólidos a la obra constructiva.

Durante dieciocho años, el movimiento obrero había cumplido una obra poco conocida aunque segura. Éste es el único elemento positivo, pero existente.

El movimiento obrero, desde 1840, luchó por reivindicaciones corporativas. El conjunto de esas reivindicaciones forma un programa de legislación protectora del trabajo. Y justamente la obra de legislación protectora del trabajo va a ser la obra más importante de 1848. La única efectiva, se puede agregar.

Toda una serie de reformas sociales fue realizada o esbozada durante las primeras semanas. Sobre varios puntos no se llegó a nada; y en otros donde las reformas fueron inmediatas, la Constituyente, después de junio, luego la Legislatura, volvieron a suprimir lo que impuso el entusiasmo de las primeras semanas.

Poco importa. Por primera vez en Francia un gobierno, compuesto de veleidosos más que de reformadores resueltos, tiene el mérito de comprender que es necesario –en cuanto pueda permitirlo una legislación protectora– reordenar las condiciones y la organización del trabajo por efecto de las cuales sufren los trabajadores.

Por cierto ya no se plantean principios ni se afirman reivindicaciones, sino que se esboza una legislación protectora que dará lentamente sus frutos. Por primera vez, los patronos dieron por un instante, su adhesión a esa legislación protectora. Contra las afirmaciones de los economistas de la monarquía de julio, se reconoce que la limitación de la jornada

de trabajo no tiene por efecto la disminución de la producción nacional, sino su acrecentamiento. Durante las primeras semanas de la República, Francia toma la delantera sobre el país que había sido el primero en introducir en su legislación medidas protectoras del trabajo de las mujeres y de los niños. Este progreso innegable se debe a las luchas que sostuvieron los trabajadores desde 1830.

La obra social de la revolución de 1848 consiste en la aplicación del programa de reivindicaciones corporativas sostenido durante las huelgas de 1840. Desde el gran movimiento de aquel año, las coaliciones tuvieron por objeto el programa de las reivindicaciones, sistematizadas por el periódico *L'Atelier*.

Entre 1840 y 1848 se lleva adelante un trabajo de organización. Las sociedades obreras, ya existentes, se amplían y se crean otras; las diferentes formas de organización tienen por objeto el socorro mutuo, la colocación, el auxilio contra el paro forzoso, y muy a menudo, también, la resistencia.

I

El 28 de febrero, el gobierno provisional crea la Comisión para los Trabajadores, que se compone de 888 miembros: 657 obreros y 231 patronos. Un comité, compuesto de 16 obreros y 10 patronos, atiende la oficina. Además, son invitados a participar en los trabajos de la comisión algunos escritores,

entre ellos: Vidal, Pecqueur, Víctor Considerant, Pierre Leroux, Jean Reynaud, Dupont White, Le Play, Émile de Girardin. La Comisión sesiona hasta mayo, en el esfuerzo por aplicar un vasto programa de legislación del trabajo.

En su primera sesión, el 1º de marzo, la Comisión para los Trabajadores, presidida por Louis Blanc, se entrega inmediatamente al estudio del problema de la reducción de las horas de trabajo y la abolición del sistema denominado de subcontratistas. El 2 de marzo, llama a los patronos para que den su opinión sobre estas dos medidas. El decreto del 2 – 4 de marzo, que suprime la subcontratación y limita la duración de la jornada de trabajo a 10 horas en París y a 11 horas en provincias, ratifica un acuerdo entre las dos partes. Un decreto del 4 de abril de 1848 impone una multa y, en caso de doble reincidencia, una pena de prisión, a los patronos de París que no se ajusten al decreto del 2 de marzo.

Mientras la ley inglesa de 1847, conocida con el nombre de Bill Ashley, limitó a 10 horas el trabajo de las mujeres y de los niños en las fábricas y talleres textiles, el decreto del gobierno provisional limita la jornada de trabajo a 10 horas en París y a 11 horas en provincias para todos los trabajadores adultos. Hay, pues, en ello, un progreso decisivo.

En cambio, la ley de 1841, tan insuficiente, sobre el trabajo de las mujeres y de los niños, no fue mejorada. El Comité del Trabajo de la Constituyente, fija la edad legal de 10 años para la admisión en las fábricas. Y a pesar de la protesta de Falloux, que no comprende que se pueda vedar el trabajo a un individuo con el pretexto de que no ha recibido cultura

intelectual, el Comité propone la concurrencia obligatoria de los niños a una escuela, el descanso dominical, y pide se efectúe una inspección local, gratuita, confiada a los ingenieros de puentes y calzadas. Pero esas propuestas no tienen éxito.

El 8 de marzo, un decreto establece oficinas de colocación gratuita en las alcaldías. El prefecto de policía suprime las oficinas de colocación y confía sus atribuciones a representantes obreros o a sociedades obreras: para la panadería, por decreto del 25 de marzo; para los cocineros, el 26 de marzo; para los camareros de restaurantes y bodegoneros el 27 de marzo; para los mozos de tabernas, el 29 de marzo; el 29 de abril, para los obreros zapateros boteros, y el 31 para los peluqueros. El 26 de marzo de 1848, la Sociedad Central de Artistas Culinarios recibe, por decreto del prefecto de policía, el monopolio de la colocación de los cocineros. Los mozos de restaurantes y bodegones, el 27 de marzo, constituyen una sociedad mutual de colocación. El 28 de marzo de 1848, la Comisión de Luxemburgo invita al prefecto de policía a ratificar, por un decreto, una nueva reglamentación del trabajo para los obreros panaderos, adoptada después de un acuerdo entre los delegados de los patronos y de los obreros panaderos.

Por decreto del 27 de mayo de 1848, los obreros pueden ser electores y elegibles en los consejos de conciliación (prud'hommes). Elección en dos grados: de la lista presentada por los obreros, los patronos eligen a los prud'hommes obreros, y de la lista patronal, los obreros eligen los prud'hommes patronos. El decreto del 6 de junio de 1848 dispone que, en las localidades donde los *jefes de taller* son a la

vez asalariados y empresarios de trabajo –como en la industria de la seda en Lyon– habrá dos consejos de prud’hommes: uno compuesto de jefes de taller y de fabricantes, otro de jefes de taller y obreros. Las sociedades de socorros mutuos, desde la ley de 1834 sobre las asociaciones, habían sido toleradas por los gobiernos de Luis Felipe, pero estaban sometidas al arbitrio del gobierno. El decreto del 28 de julio de 1848 dispensa a las asociaciones industriales y de beneficencia de las formalidades obligatorias para las otras asociaciones. Y una circular del ministro del interior decide que la administración no tiene que controlar los estatutos de las asociaciones de socorros mutuos.

En fin, si junto a las realizaciones se quiere señalar las veleidades de la Constituyente y de la Legislatura, hay que enumerar el proyecto de ley Wolowski sobre el trabajo de las mujeres y de los niños; la proposición Peupin, del 9 de agosto de 1848, relativa al aprendizaje, una proposición Loiset, del 2 de junio de 1848, que tiende a clasificar las fábricas con motores mecánicos entre los establecimientos peligrosos o insalubres y que no puedan abrirse sin autorización; las circulares ministeriales de 1848 a 1852, que ordenan el empleo del blanco de cinc en lugar de la cerusa, en los trabajos hechos por cuenta del Estado, de los departamentos y de las comunas; una proposición sobre la creación de una Bolsa de los Trabajadores, presentada para su discusión en la Legislatura, el 3 de marzo de 1851.

Los delegados de los hilanderos de lana (fábricas del Norte, del Este y del Noreste) proponen ante el Comité del Trabajo de la Constituyente, el 26 de agosto de 1848, la creación de un salario mínimo que deberá ser considerado entre patronos y

obreros en cada centro industrial y para cada especialidad; pero piden que se fije un mínimo de precio por pieza de hilado, basado en el precio de costo y por encima del cual no pueda vender ningún hilandero.

El representante Astouin propone ante la Constituyente modificar el artículo 2101 del código civil, a fin de extender el privilegio del salario, concedido por el código civil a las personas de servicio, al salario de los obreros adeudado por los últimos tres meses precedentes a la quiebra. Martín Nadaud pide en mayo de 1851, la abolición de la libreta; esta proposición es rechazada.

La Constituyente, el 16 de mayo de 1848, vota el proyecto de una gran investigación sobre la situación material de los trabajadores (salarios, duración del trabajo, salubridad, condiciones de existencia) y también sobre su situación moral (instrucción, educación moral y religiosa, etc...). El informe general fue presentado a la asamblea legislativa el 18 de diciembre de 1850, pero muchas piezas que se referían a los centros industriales más importantes se extraviaron.

II

La Comisión de Luxemburgo subsistió desde el 1º de marzo hasta comienzos de mayo; Louis Blanc y Albert presentaron su dimisión el 8 de mayo. Durante su existencia, la Comisión para los Trabajadores desempeñó el papel de árbitro. A pedido de

los patronos y de los obreros, intervino en la regulación de innumerables conflictos obreros: techadores, descargadores, mecánicos, obreros de papeles pintados, empedradores, plomeros, obreros del cinc, picapedreros, panaderos, cocheros de plaza, conductores de ómnibus, cloaquistas, sombrereros. Convenios son aceptados y firmados por ambas partes, a consecuencia de huelgas o de la aplicación de los decretos del 2 y del 4 de marzo. Con los auspicios de la Comisión para los Trabajadores, los obreros plomeros y del cinc y sus patronos firman el 19 de abril un convenio relativo a la duración de la jornada de trabajo, al pago de ésta y de las horas nocturnas, y a la abolición del sistema de los subcontratistas. El 29 de abril, los representantes de los obreros picapedreros y de la cámara de los empresarios de albañilería firman, en presencia de la Comisión para los Trabajadores, un convenio para prevenir las huelgas; pero esto no logra impedir la huelga de albañiles de septiembre.

Por su parte, los delegados del gobierno ejercieron el arbitraje en conflictos mineros, tales como la huelga de los mineros de Anzin (9 de marzo), del Creusot (17 de marzo) y de Montchanin (18 de marzo). En el caso de Montchanin, los pagos de la jornada y por pieza aumentaron un 10%, la aplicación de las multas se confió a un comité compuesto por el ingeniero y el dueño de la mina y cinco delegados escogidos por los obreros y con un mandato de un año de duración.

Durante las primeras semanas de la segunda República, se favoreció y pudo desarrollarse la obra de organización sindical. Se crean sociedades corporativas nuevas y se fusionan sociedades existentes.

Habiéndose presentado ante la Comisión para los Trabajadores cuatro delegaciones de bataneros, torneadores, modeladores de sombreros y alisadores, los sombrereros de París deciden fusionarse y formar una Sociedad General que a fin de uniformar los precios en todos los talleres, procede a la revisión de las tarifas para cada especialidad. El 9 de mayo de 1819 se presenta una tarifa a los patronos sombrereros.. Y, a pesar de la división intentada por éstos en agosto de 1848, la Sociedad General comprende en 1849 al conjunto de los obreros asociados. Los patronos aceptan, el 9 de mayo de 1849, la tarifa propuesta por los obreros; el artículo 65 del reglamento de la Sociedad General estipula que “cuando el trabajo escasee en una fábrica, conforme con el principio de la mutualidad, será repartido por partes iguales entre los obreros”.

El 24 de marzo de 1848, los obreros carpinteros de la ciudad de París fundan una Asociación Fraternal y Democrática, con la intención “de ilustrarse e instruirse sobre sus derechos políticos y sociales, discutir y acelerar la organización del trabajo”, y con el objeto de: 1º) sostener al gobierno republicano popular y democrático e impedir la contrarrevolución; 2º) abolir el denominado sistema de subcontratos; 3º) investigar todos los medios que se emplearán a fin de que, en el porvenir, la suerte del obrero y su familia no esté comprometida por el capricho de un patrón.

El 10 de agosto de 1848, los obreros albañiles y picapedreros crean una Asociación Fraternal, “para unificar sus intereses y marchar así hacia el objetivo de la humanidad, la fraternidad universal”. Debe remediar “los abusos escandalosos que

existen en la explotación de las obras públicas". La asociación fraternal es a la vez sociedad de empresa de trabajos y sociedad de socorros. Es un tipo mixto. Sobrevivió a la tormenta que borró las organizaciones obreras después del 2 de diciembre.

Los curtidores de París fundan, el 6 de marzo de 1848, una sociedad que comprende a los descarnadores, curtidores, sobadores de masa y los combadores. Los fogoneros de las fábricas de gas de París y de los alrededores, organizan una sociedad que tiene por objeto el mantenimiento del salario y la colocación. Los obreros fundidores de París crean, en mayo de 1848, una sociedad fraternal que concede a los desocupados un socorro de 1 franco durante 90 días, hasta la vuelta al trabajo.

De un modo general, las sociedades corporativas de resistencia adquieren la forma de sociedades de socorros mutuos.

Los jefes de taller y los obreros cinteros de Saint-Étienne crean, el 20 de octubre de 1848, una sociedad industrial organizada por secciones, como los mutualistas de Lyon. De 8.000 adherentes, esta sociedad conservaba 5.000 en 1851 y fue disuelta como medida de seguridad general el 3 de enero de 1852. Los tipógrafos de Marsella organizan la Sociedad de Socorros Mutuos Saint-Augustin, sociedad disuelta en diciembre de 1851. Los curtidores de Marsella dividen en dos la Sociedad de Socorros Mutuos Saint-Claude: por un lado, los curtidores y marroquineros se unen en la Sociedad Saint-Simon, por otro los curtidores y bataneros en la Sociedad

Saint-Jude. Los picapedreros del Ródano fundan en septiembre de 1848, una Asociación General cuya comisión de vigilancia debe fijar los precios de las jornadas y de las piezas, desde el momento en que una empresa haya aceptado el pliego de condiciones o convenio. Se forma una Caja de Solidaridad para acudir en ayuda, a título de préstamo, de las otras asociaciones que se encuentren en necesidad, por causa de desocupación u otro motivo. El reglamento establece, también, una escuela de dibujo lineal, modelado, escultura, etc..., cuyas lecciones son obligatorias para todos los aprendices y asociados hasta la edad de 25 años.

La fundación de la Asociación de los Trabajadores de los Ferrocarriles Franceses data del día siguiente de la revolución de 1848. El 7 de mayo tiene ya más de 2.000 miembros.

III

La revolución de febrero, igual que la revolución de julio, había aparecido como una victoria del pueblo. Pero los hombres astutos que, al amparo de las Tres Gloriosas, se adueñaron del poder, no esperaron un mes para afirmar su voluntad de hacer cesar el “estado de efervescencia”. Por el contrario, las vacaciones que siguen a las jornadas de febrero se prolongan. Se pone al obrero “sobre un pedestal”. Se designa en el gobierno provisional al mecánico Albert⁸², no

82 Biografía de ALBERT, por él mismo: *Moniteur*, 5 de mayo de 1848.

como hombre, sino como símbolo: encarna al pueblo vencedor y se convierte en un personaje irreal, hasta el punto de que las provincias creen que es “una buena broma” de París, como se imaginan que Lamartine es una mujer: la Martine. Todos rivalizan en elogios; Buchez escribe en el *Moniteur* del 21 de marzo: “Nada fue más admirable, en nuestra bella revolución, que la conducta de los trabajadores. Dueños de la sociedad, dueños del terreno en todas partes, mostrásteis una humanidad, una benevolencia, una bondad, un desdén hacia vuestros enemigos que no se había visto nunca antes del ejemplo inaudito que habéis dado.”

Tantos discursos, tantas palabras elogiosas suscitan esperanzas que exigen algo más que satisfacciones verbales. Sobre todo, porque la revolución de febrero estalló en plena crisis industrial. El número de los desocupados aumenta; esperan pan al menos.

Hay que encontrar algo. Los miembros del gobierno provisional se encuentran muy preocupados. El ingenioso Marie encuentra un expediente. Es a él a quien corresponde la iniciativa de los Talleres Nacionales; unos meses más tarde los calificará como “organización de la limosna”. Inmediatamente la idea parece oportuna, tanto más cuanto que no se pensaba ni en esas consecuencias ni en el mañana. La pereza de espíritu que caracteriza a los hombres en el poder, se regocijaba con un procedimiento que permitía esquivar los problemas de organización y de legislación que se les planteaban, Cuando los Talleres Nacionales resultaron mal, se trató de descargar sobre Louis Blanc la responsabilidad de su creación, se lo presentó como una concesión hecha a sus ideas; pero la verdad

era lo contrario. Quentin-Bauchart, el director de los Talleres Nacionales, reconoció ante la Comisión, que estaba en abierta hostilidad con Louis Blanc: “Yo combatí abiertamente la influencia de Louis Blanc.”

No solamente hubo hostilidad, sino oposición entre la organización de los Talleres Nacionales y la Comisión de Luxemburgo.

En la exposición general redactada por Constantin Pecqueur –teórico curioso de un socialismo de transición– y por Vidal, y en el proyecto de ley presentado por Louis Blanc, esos tres ideólogos resumieron las ideas generales de su sistema. Los talleres sociales que quería Louis Blanc, no tienen nada de común con los Talleres Nacionales; muy al contrario, eran proyectos de organización del trabajo y de la producción, proyectos debidos a esa triple colaboración. Se creará un Ministerio del Trabajo; tendrá un presupuesto especial formado por el producto de las grandes empresas rescatadas por el Estado (bancos, minas, ferrocarriles, seguros); gracias a ese presupuesto, el Estado comandita las asociaciones obreras y funda colonias agrícolas. Las asociaciones obreras no reciben ayuda pecuniaria del Estado más que si consienten en repartir sus beneficios en las proporciones siguientes: una cuarta parte entre los trabajadores, una cuarta parte para la amortización del capital, una cuarta para el socorro a los ancianos, los enfermos, etc..., una cuarta parte para la formación de un fondo de reserva que constituirá un fondo inalienable, perteneciente a todos colectivamente y administrado por el consejo gerente de todas las industrias.

¿Qué hay de común entre esos proyectos y la organización de los Talleres Nacionales que, en el informe de su administración a la Asamblea Constituyente, el abogado Marie llama un ejército?

Éstos no son talleres. No os engañéis. Se trata de un ejército de trabajadores, que hemos visto levantarse y crecer. Ese ejército vive alrededor de París, en París..., en todas partes, y siempre se mostró pacífico, amigo del orden, paciente, resignado. Tales resultados cubren bien los gastos y responden a muchas objeciones...

El sentido de estas palabras se vuelve más claro todavía y las intenciones aparecen con mayor precisión, en las instrucciones dadas por Marie al director Émile Thomas:

Vincúlese sinceramente con los obreros y escatime el dinero. No está lejos el día en que habrá que hacerlos salir a la calle...

Así, el recurso se convertía en un arma y la organización de los talleres, en la organización de un ejército. En su *Histoire de la Révolution de 1848*, Lamartine puede escribir esto:

El señor Marie organizó los Talleres Nacionales con inteligencia, pero sin utilidad para el trabajo productivo. Les puso frenos, les dio jefes, les inspiró un espíritu de disciplina y de orden. Hizo de ellos, durante cuatro meses... un ejército pretoriano, pero ocioso, en manos del poder. Comandados, dirigidos, sostenidos por jefes que tenían el pensamiento secreto de la parte antisocialista del gobierno provisional, los Talleres Nacionales contrapesaron, hasta la llegada de la Asamblea Nacional, a los obreros sectarios de

Luxemburgo y a los obreros sediciosos de los clubes. Muy lejos de estar al lado del señor Louis Blanc, estaban inspirados por el espíritu de sus adversarios.

El 27 de febrero, el gobierno había decretado el establecimiento de los Talleres Nacionales; el 28 de febrero, se abrieron canteras y se reanudaron los trabajos camineros. El 5 de marzo, Émile Thomas es nombrado director de una oficina central, destinada a ser una oficina gratuita de colocación. Se le da derecho a concertar convenios con los empresarios. Se emplea a los desocupados en replantar los árboles de la libertad arrancados, en nivelar calles y plazas.

A fines de marzo, el número de los desocupados empleados por los Talleres, es de 40.000 hombres, y cuestan cada día 70.000 francos. Pero no se ocupa a los hombres más que un día cada cuatro. En mayo, los obreros de los Talleres pasaron de 100.000. Después del 15 de mayo, la Constituyente considera que la organización de los Talleres Nacionales es “un organismo sobrecargado y peligroso”.

Se produce una evolución durante las semanas de marzo y abril, y después de las elecciones de la Asamblea Constituyente, en el seno mismo de la Asamblea: la República de las primeras horas, la república “social”, lenta, pero seguramente, tiende a convertirse en república de conservación social.

Los representantes de los antiguos partidos, los Thiers, los Falloux adquieren poco a poco una influencia creciente que va a convertirse pronto en dominadora y a traducirse en medidas

de un espíritu exactamente opuesto al que parecía inspirar las primeras semanas de la República. Los Talleres Nacionales sirven a la ironía de aquellos que pretenden ver en ellos, no un recurso transitorio, sino una experiencia que demuestra el absurdo práctico de la ideología socialista y del derecho al trabajo.

El 15 de julio, Goudchaux reclama la disolución inmediata de los Talleres Nacionales. 110.000 hombres se encontrarán sin medios de existencia. Goudchaux es presidente de la Comisión especial nombrada por la Asamblea Nacional. Su informante es el señor Falloux, un hombre enérgico y que sabe lo que quiere: acabar con todas esas utopías socialistas, contrarias a la prosperidad de los negocios y a la libertad de la industria.

Bajo la presión de la Asamblea y de la comisión especial, el gobierno, el 21 de junio, hace aparecer en el *Moniteur* el decreto por el cual los obreros de 18 a 25 años, inscritos en las listas de los Talleres Nacionales, deberán alistarse en el ejército, y los otros deberán estar prontos para ir a los departamentos a realizar trabajos de terraplenado. Se suprime la oficina médica y la oficina de socorros. El 22 de junio, la discusión sobre el proyecto de rescate de los ferrocarriles muestra que la Asamblea no quiere aprovechar ese medio para ocupar los 100.000 hombres sin trabajo.

“Los Talleres –ha dicho George Renard– se agitan como un nido de avispas derribado de un puntapié.”

El 23 de junio, 1.500 hombres, con estandartes al frente, se dirigen hacia la plaza del Panteón, conducidos por Louis Pujol

que, el 15 de mayo, en un folleto, *Prophétie des Jours sanglants*, escribió: “Los obreros os dijeron: Tenemos derecho a vivir trabajando y vosotros les habéis respondido: Nosotros tenemos el derecho a dejaros morir de hambre o trabajaréis como nosotros queramos.” Marie responde a la delegación que apela a él: “Si los obreros no quieren salir a provincias, les obligaremos por la fuerza..., por la fuerza, ¿lo oís?” Largas filas de hombres y mujeres recorren la ciudad, repitiendo: “¡Pan o plomo! ¡Plomo o trabajo!”

La Presse anuncia que los moderados han decidido dejar que se desarrolle la insurrección para aplastarla luego. La policía y las tropas se vuelven invisibles.

En la noche del 22 al 23, el ministro del interior es el Dr. Recurt, aquel que, cuando era estudiante de medicina, en 1833, formó parte de la comisión de propaganda de la Sociedad de los Derechos del Hombre; aún recuerda aquello cuando escribe: “Se puede detener todo todavía.” Arago le apoya. Protesta cuando Cavaignac declara que es preciso esperar: “¡Es una batalla lo que se quiere, esto es absurdo!” Cavaignac prepara sus columnas de asalto. Quiere una batalla y una victoria sobre los que tomaron la consigna de los carlistas: “Más vale morir de un balazo que de hambre.”

La mañana del 23 se levantan barricadas en el este de París. Y éstas son las jornadas de junio.

Esta insurrección de junio le parece a Tocqueville “la más grande y singular que haya habido en nuestra historia..., la más grande, porque, durante cuatro días, más de 100.000 hombres

estuvieron comprometidos en ella; la más singular, porque los insurrectos combatieron sin gritos de guerra, sin jefes, sin banderas; y sin embargo, con una unidad maravillosa y una experiencia militar que asombró a los más viejos oficiales”.

En la sobriedad de las notas que día a día escribe Proudhon, poco sospechoso de simpatizar con los Talleres Nacionales, trazó una imagen dolorosa de las jornadas de junio:

Esta insurrección es más terrible por sí sola que todas las que ocurrieron desde hace sesenta años. La mala voluntad de la Asamblea es la causa..., Thiers fue aconsejando el empleo del cañón para terminarla. La guardia móvil, el ejército, la guardia nacional, efectuaron masacres atroces... Los insurrectos mostraron un valor indomable...; el terror reina en la capital.

*Recorri las filas de la guardia nacional; es generalmente honesta, humana y buena. No sabe que la causa de los insurrectos es la propia. Pero ocurre aquí lo que se vio siempre: toda idea nueva tuvo su bautismo; los primeros que la propagan, impacientes, incomprendidos, se hacen matar... Lo que pasa con los insurrectos no es otra cosa que lo que le ocurrió a Galileo, etc.... [El 28 de junio]: Se fusila en la Conserjería, en el Ayuntamiento, cuarenta horas después de la victoria, se fusila a prisioneros, heridos, desarmados... se difunden las calumnias más atroces contra los insurrectos para excitar la venganza contra ellos... Hermanos contra hermanos... ¡Horror! ¡Horror!*⁸³

83 Cuaderno nº 6, págs. 293 a 296.

La insurrección de junio fue un hecho exclusivamente obrero. El pueblo no consultó la opinión de ninguno de sus jefes habituales. Los obreros estaban cansados de consejeros; no comprendían ya nada de las teorías que desarrollaban los ideólogos, a fuerza de largos discursos, que no culminaban en finalidad alguna. ¿No se habla, para irrisorio castigo de sus discordias, de encerrar juntos a Proudhon, Louis Blanc y Cabet, y de no dejarlos salir de la prisión antes de que se hayan puesto de acuerdo sobre las reformas?

Por lo demás, los demócratas republicanos se habían vuelto tan odiosos para los trabajadores como los inventores de sistemas. El pueblo obrero se consideraba víctima eterna de las ambiciones de los unos y de la verbosidad de los otros. El número de los desocupados aumentaba desde la revolución de febrero, y he ahí que se les iba a retirar el trozo de pan que les daban los Talleres Nacionales.

Adelantándose solo hacia los insurrectos de la barricada de la rue Soufflot, François Arago espera convencerlos. Comienza un discurso:

*¿Por qué os habéis levantado contra la ley? –Se nos hicieron tantas promesas y se mantuvo tan mal la palabra que no nos fiamos ya de palabras. –¿Pero por qué hacer barricadas? –Las hemos levantado juntos en 1832, ¿no se recuerda ya del Cloître Saint-Merri?... Pero, señor Arago, para qué hacernos reproches, usted no sabe lo que es la miseria, usted no tuvo nunca hambre.*⁸⁴

84 Charles Schmidt: *Les journées de juin 1848*. París, Hachette, 1926.

IV

El decreto del 25 de febrero de 1848 otorgaba completa libertad para las reuniones y asociaciones profesionales.

El 5 de julio de 1848, la Asamblea Nacional abre un crédito de tres millones en el ministerio de agricultura y comercio, destinados a ser repartidos entre las asociaciones formadas, sea entre obreros, sea entre patronos y obreros; el decreto del 15 y 19 de julio reglamenta la participación de las organizaciones obreras en la ejecución de los trabajos públicos. Pero el crédito de 3 millones abierto a las asociaciones obreras no se vincula con la proclama del gobierno provisional del 25 de febrero. Todo lo contrario, es claramente una de las manifestaciones del retroceso que sigue a las jornadas de mayo y junio de 1848.

El 30 de mayo, Alcan presentó la proposición de abrir un crédito de tres millones por año, durante diez años: dos millones para las sociedades de socorros mutuos, y un millón “destinado a otorgarse como primas a toda asociación industrial y agrícola formada entre patronos y obreros o entre obreros solamente”. Después de las jornadas de junio, el Comité del Trabajo reanudó sus discusiones en medio de la confusión de tendencias contradictorias. El 4 de julio, Corbon presenta a la Asamblea Nacional un proyecto que tiene por fin “preparar el paso de los trabajadores desde la situación de asalariados a la de asociados voluntarios: transformación que

será obra del tiempo y de los esfuerzos particulares de los trabajadores". Corbon critica las ideas de la Comisión de Luxemburgo: esas doctrinas "que, bajo formas austeras y afectando el lenguaje de la abnegación y del amor, no apelan en definitiva más que al egoísmo y causan contra la sociedad odios tanto más profundos cuanto que sobreexcitan los apetitos en individuos que carecen de todo".

Al día siguiente de la votación, *L'Atelier* observa que la mayoría de la Asamblea Nacional era hostil al principio de asociación y que votó los créditos "para que se confirme de una manera brillante que la idea a la cual se aferra un gran número de trabajadores es una idea falsa". Así lo decía, el 7 de enero de 1849, *Le Travail affranchi*: "Esos tres millones eran un último sacrificio a la revolución, un medio de desembarazarse para siempre del socialismo, arrojándole, para roer, un último hueso."

La Asociación Libre triunfó. Una circular del 12 de julio precisa las condiciones de aplicación del decreto del 5 de julio. Corbon, nombrado vicepresidente del Consejo de Estímulo, es su inspirador: subordina el concurso del Estado a los esfuerzos de los trabajadores.

El Consejo quiere emplear sus créditos para prevenir las tendencias socialistas de algunas corporaciones.

En la concesión de los créditos, el Consejo está decidido a hacer aprovechar sus estímulos a los obreros de la gran industria, y no solamente a las asociaciones de la pequeña industria, compuesta más bien de artesanos que de obreros. El

Consejo ve allí un medio de pacificación social. También se piensa en la población obrera de Lyon, donde se espera crear una gran asociación entre patronos y obreros.

Pero las dificultades comienzan cuando se discuten los estatutos de las asociaciones entre patronos y obreros; después de muchas discusiones, el Consejo se decide por la sociedad colectiva con respecto a los patronos y a los principales miembros de la Asociación, con participación en los beneficios para los otros asociados: *los interesados*.

A propósito de la demanda presentada por los hilanderos de lana de Reims, de un anticipo de 250.000 francos, el Comité plantea el principio de que en los grandes establecimientos, las fábricas, las hilanderías, los obreros no deben ser más que interesados en los beneficios, porque ese modo es el único practicable para hacer penetrar, todo lo que permite la naturaleza de las cosas, el principio de la asociación entre los obreros de las grandes fábricas”.

A pesar de la oposición de Corbon, que hizo notar que ésa no era una verdadera asociación destinada a facilitar la adquisición por los obreros de los instrumentos de trabajo, el Consejo votó ese principio y en lo sucesivo lo aplicó en la mayoría de los casos. Pero los anticipos concedidos a las asociaciones entre patronos y obreros tuvieron a menudo el carácter de socorros a industrias en déficit. Había industriales que querían librarse de su negocio, cediéndolo a una asociación. Patronos en dificultades aprovecharon la ocasión para que se realizara este cambio.

El Consejo fue llevado a asignar al patrón, convertido en gerente, el interés del valor de su aporte –una parte de los beneficios que alcanzaba frecuentemente al 40%–; al mismo tiempo, los patronos trataron de reducir, en el consejo de administración, los derechos de los representantes obreros llamados *los interesados*. Transformados en gerentes, los patronos, reducían lo más posible la parte de control adjudicada a los obreros, y los “interesados” no protestaban. Su parte de beneficio, también, quedaba reducida a escasos beneficios, lo más a menudo a nada, puesto que se trataba de negocios en crisis.

La desaparición de muchas asociaciones estimuladas, prueba que eran poco viables; su caída se debe también, en parte, a la acción del Consejo. La Asamblea Nacional aprobó el decreto del 5 de julio con el propósito de demostrar, por la experiencia, la imposibilidad práctica de las asociaciones obreras de producción.

En los gremios más diversos se crearon asociaciones obreras de producción: fueron litógrafos de París, tipógrafos de París, peleteros de París, bataneros de Lyon, mecánicos de París, carpinteros, pintores, peluqueros, etc.... Un pequeñísimo número de ellas sobrevivió al impulso del entusiasmo del 48 y al agotamiento de los créditos del Consejo de Estímulo.

Si el enjambre de las asociaciones obreras, en 1848, no tuvo más que una vida efímera, la tentativa de federar esas asociaciones, en 1850, merece mención en una historia del movimiento obrero. La idea de esta federación es debida a una mujer, Jeanne Deroin. Jeanne Deroin, desde 1830, visitaba a

Enfantin, a Pierre Leroux, a Fourier, a Cabet. Era una mujercita delgada, que había aprendido a leer tardíamente y que “cavaba” con espíritu lúcido en las diversas teorías socialistas, conservando de una y de otra lo que le parecía bueno. Desde que vio perfilarse la revolución, encomendó su esposo y sus hijos a la benevolencia de algunos amigos y se lanzó a la lucha. En las reuniones electorales encontraba “una hostilidad desencadenada. Pero donde podía tomar la palabra, lo hacía sin grandilocuencia, con calma y se dedicaba a deducir claramente”.⁸⁵

Durante los primeros meses de la revolución, Jeanne Deroin participa en las discusiones del Club de la Emancipación de las Mujeres y en el Club de las Mujeres, fundado en abril de 1848 y presidido por Eugénie Niboyet, con la cual colabora, desde el 28 de marzo al 18 de junio de 1848, en *La Voix des Femmes*. Con Désirée Gay y Eugénie Niboyet, Jeanne Deroin lanza, el 1º de enero de 1848, *L'Opinión des Femmes*. El 10 de abril de 1849 se presenta como candidata a la Legislatura.

Jeanne Deroin apela a la solidaridad fraterna de todas las asociaciones reunidas. Una comisión central compuesta de delegados de todas las asociaciones, mantendrá públicamente sus sesiones. Es a esa comisión central a la que corresponde la función de *organizar* el trabajo por medio de un reparto equitativo del producto de la labor de todos, según las necesidades de cada uno. “La Comisión Central preparará las estadísticas de producción de todas las asociaciones y de las necesidades del consumo de cada asociación y sus miembros.

85 MARCUEITE TUIBERT, *Le féminisme dans le socialisme français*, 1926.

Preparará el reparto y procurará establecer un equilibrio entre la producción y el consumo. Una asamblea general trimestral decidirá los cambios que se efectuarán en el número de los trabajadores de cada profesión, para evitar los paros forzados y mantener la producción en equilibrio con el consumo.”

La Comisión Central tendrá cinco comités: producción, consumo, hacienda, educación y contencioso.

Hay que agregar que Jeanne Deroïn, en su proyecto, se inspiraba en el mutualismo proudhoniano. Suprimía el dinero y organizaba el crédito mutuo sin interés, gracias a un sistema de bonos de cambio. Por intermedio del Comité Central, la Asamblea General remitía a cada asociación un cierto número de bonos de cambio, proporcional al número de los miembros de la asociación. Esos bonos debían ser remitidos a cada asociado en proporción equivalente a su producción, pero también teniendo en cuenta sus necesidades.

Con esos bonos, el asociado, podía procurarse ante los otros grupos todo lo que le era necesario a él, a sus hijos y a sus ascendientes.

Todo estaba calculado a fin de que un grupo asociado no pudiese, por exceso de producción de su parte o por exceso de consumo de parte de los otros, tomar ninguna ventaja sobre las otras asociaciones adheridas a la Unión.

Por último, hay que agregar esta observación que hacía Pauline Roland a Guépin en una carta del 10 de mayo de 1850: “La asociación obrera no es, en mi opinión, la forma que tomará la sociedad del porvenir. Esta sociedad se establecerá

como una unidad, será comunal, y las corporaciones lo serán de talleres, y no de asociaciones que tienen cada una su vida propia y particular⁸⁶.

Jeanne Deroin somete el proyecto de unión a cierto número de asociaciones. Éstas lo discuten y modifican en ciertos puntos. El 23 de agosto de 1849, los delegados de 43 asociaciones se reúnen en la sala Saint-Spire y nombran una comisión de cinco miembros que por medio de la prensa invita a adherirse a todas las asociaciones; 104 aceptan el proyecto. El contrato de unión es votado el 22 de noviembre y registrado inmediatamente conforme a las leyes.

Desde el 11 de noviembre, Louis Blanc fue puesto al corriente por el Comité de la Unión, a fin de que “continuase una obra para la cual los delegados del Luxemburgo y el Comité del Trabajo prepararon el camino⁸⁷”.

La policía asiste a todas las reuniones; y el 29 de mayo de 1850, en el nuevo local de la Asociación, 37, rue Michel-Lecomte, 80 agentes invaden la casa y detienen a todos los asistentes. Las mujeres son llevadas a Saint-Lazare; se procesa a unas y a otras por conspiración contra el gobierno, aunque las investigaciones no hayan dado ningún resultado; en casa de una mujer, Nicaud, se pretende haber descubierto un retrato de Robespierre, ¡y es el de Eugéne Sue! Esta mujer y Jeanne Deroin son condenadas a penas diversas de prisión.

86 GUÉPIN, *Phitosophie du socialisme*, pág. 68. G. Sandré, 1850 (Bibl. Nat., R. 37, 882).

87 *Démocratie pacifique*, 12 de enero, 1850.

V

Asediada por las jornadas de mayo y de junio, la mayoría de los diputados de la Constituyente, desde el verano de 1848, piensa secretamente lo que Montalémbert tuvo la franqueza de decir en la tribuna: Queremos la guerra legal al socialismo a fin de evitar la guerra civil.” En la sombra, Morny espera la hora en que, por un golpe de mano, podrá imponer su hermanastro a Francia, el cual tiene la suerte de gozar de un nombre y del prestigio de la leyenda napoleónica, Pero, esperando que las vacilaciones de Luis Napoleón queden suprimidas por su necesidad de dinero, Morny maniobra con los parlamentarios más influyentes, con los hombres de la calle Poitiers, sobre todo con Thiers. Adula a éste haciéndole creer que el presidente no puede decidir, sobre ninguna cuestión antes de conocer su opinión. En la primavera de 1849, Thiers tiene tantas ansias de poder y tanto miedo a los “rojos” que el nieto de Talleyrand le persuade para que acepte la preparación de un golpe de mano. Thiers y Changarnier discuten con Morn y el detalle de las medidas, de ejecución, y, sobre todo, la lista de las personalidades que convendrá detener primero: el coronel Charras, Lamoriciére y Cavaignac. L. Véron que, en sus *Mémoires d'un bourgeois de París*, nos cuenta estas conversaciones, hace notar que Morny agregará a la lista los nombres de Thiers y de Changarnier.

Un año después de esas conversaciones, la situación se había

esclarecido, el terreno parecía “desbrozado” por la ley electoral del 31 de mayo de 1850 que, dos días después del arresto de Jeanne Deroin y de sus compañeras, elimina tres millones sobre nueve millones de electores inscritos. Thiers, uno de los autores del proyecto, declara en la discusión que excluía del sufragio no a los pobres, sino a los vagabundos y a la vil multitud. En realidad, esos tres millones de excluidos comprendían a los obreros forzados a cambiar de domicilio por su oficio y que no residían desde hacía tres años en una comuna, a los republicanos de profesiones liberales y a otros que hubiesen sufrido una condena política. Ya algunos meses antes, una ley del 15 de marzo de 1850, llamada ley Falloux, ponía la Universidad bajo el control de las autoridades administrativas o religiosas. Asimismo, el 16 de julio de 1850, una ley sobre la prensa exige una fianza de los propietarios de los periódicos, hace recaer sobre ellos el impuesto de timbre, así como sobre los folletos políticos y sociales. Los magistrados aprovechan esa ley para hostigar a los escritores socialistas y republicanos, imponer multas a los periódicos, perseguir a las sociedades republicanas e impedir los emblemas republicanos, considerando como sedicioso inclusive el grito: “¡Viva la república!”

Pero desde hacía largo tiempo ya la República no existía más que de nombre. La reacción comenzó en el terreno social antes de afirmarse en el terreno político; y las medidas tomadas durante las primeras semanas de la República habían sido abolidas una tras otra.

Desde el verano de 1848, la Asamblea prevé las medidas protectoras del trabajo adoptadas en las primeras semanas de

la República. Y en primer lugar la de la reducción de la jornada de trabajo, Al día siguiente de la insurrección de junio, sin esperar, desde el día 30 el economista Wolowski reclama la derogación del decreto que limita la jornada de trabajo de los adultos. El 30 de agosto Pierre Leroux defiende el decreto del 2 de marzo; pero Buffet expresa la opinión de la Asamblea, declarando que el decreto no era al día siguiente de la revolución, más que una concesión “necesaria porque los obreros eran entonces temibles”. Desde que no lo son, el decreto es inútil. Por lo demás, el decreto es desfavorable a los trabajadores, porque lleva al cierre de talleres y al paro forzoso. El decreto es injusto, puesto que no es aplicable a los obreros a domicilio que trabajan hasta 16 horas por día. el gobierno asume una posición intermedia. Propone 12 horas como máximo para la jornada de trabajo, Y la Asamblea lo sigue. La ley del 18 de septiembre de 1848 castiga solamente con una multa las contravenciones, mientras que en caso de reincidencia el decreto del 2 y 4 de marzo aplicaba la pena de prisión.

VI

La Segunda República llegó a su fin con las persecuciones contra las sociedades obreras y las condenas contra los militantes, y con ambas se inició el Segundo Imperio.

En vano, cuando las jornadas de junio provocaron entre ellos una ruptura, un cierto número de obreros y de burgueses

republicanos se volvieron a acercar en las asociaciones y sociedades secretas. Este acercamiento se hizo de una manera parcial, fragmentaria; la masa obrera sigue aún herida: conserva rencor a tantos republicanos burgueses cuya indiferencia y silencio fueron cómplices de la represión. Y los obreros que no reaccionaron contra el golpe de Estado, tienen en ello su excusa.

¡Demasiado tarde! Eran momentos en que la suerte de la Segunda República estaba echada, y en que lo único que se planteaba era quién daría el golpe de Estado.

Por lo demás, en provincias, mucho antes de diciembre de 1851, las poblaciones obreras soportaban el estado de sitio, desde la primavera de 1849. La manifestación del 13 de junio en París fue fácilmente dispersada; pero en Lyon se amotinó la Croix-Rousse y levantó barricadas; ese levantamiento, que costó la vida a 80 soldados y a 150 obreros, fue seguido de 1.500 arrestos. La sublevación provocó medidas preventivas por parte de las autoridades.

Las grandes ciudades industriales están paralizadas. No podrán intentar, contra el golpe de Estado, de cualquier lugar que llegue, ninguna resistencia.

Las asociaciones obreras se desorganizan por las persecuciones anteriores al 2 de diciembre (informe del procurador general de la Corte de Apelaciones de Limoges, 7 de febrero de 1852) y las medidas preventivas tomadas por las autoridades previsoras de la Segunda República.

En fin, no se sabría cómo insistir suficientemente sobre una

de las razones decisivas del triunfo del golpe de Estado: la frivolidad y la cobardía de aquellos parlamentarios que no le eran favorables. Sin duda, la estupidez de la mayoría estaba dispuesta a tolerar una suave violencia. Una minoría seguía ligada a la República; pero ¿qué energía se podía esperar de hombres que se contentaban con palabras, como Michel de Bourges que, en el momento del rechazo de la proposición exclamaba el 17 de noviembre de 1851: “No hay peligro y agrego que, si lo hubiese, hay aquí un centinela invisible que nos protege:... ¡es el pueblo!” ¿Cómo podía esperar de buena fe Michel de Bourges que el pueblo lo protegiese? ¿No había estado entre esos republicanos que, inclusive por su abstención, dejaron estrangular la República, durante las jornadas de junio? En la encrucijada, no supieron escoger, entregaron la República a los Thiers y a los Falloux.

El día que la Asamblea Nacional aclamó a Cavaignac por haberse hecho acreedor del agradecimiento de la patria, Lamartine exclamó: “¡La república ha muerto!” Y George Sand: “Yo no creo ya en la existencia de una República que comienza por matar a sus proletarios.”

XI. EL REINO DE LOS NEGOCIOS Y DE LAS SOMBRA (1851–1862)

Bonaparte habría querido aparecer como el benefactor universal de todas las clases; habría querido robar a toda Francia para poder hacerle un obsequio después.

KARL MARX,

Le 18 Brumaire de Louis Napoléon Bonaparte.

La potencia nueva, la feudalidad financiera, lo invadió todo... La improbadidad reina en las costumbres... la piratería en los negocios.

PROUDHON,

Manuel du Spéculatéur à la Bourse.

Francia se os entrega entera, decía Billault al nuevo Emperador, el 1º de diciembre de 1852.

Desde hacía un año, Persigny, Maupas, Saint-Aignan y sus agentes hicieron todo lo posible para convertir esa verdad

oficial en una realidad. Las comisiones mixtas, creadas por una circular del 2 de febrero de 1852, juzgan a puertas cerradas, sin testigos y sin defensores, por simples denuncias o informaciones de orden administrativo; pueden resolver el envío ante el consejo de guerra, el traslado a Cayenne o a Argelia, la expulsión, el internamiento en una localidad, la colocación bajo vigilancia. Se trataba de sofocar la voz de todo un pueblo. Proudhon escribe en sus notas de diciembre de 1851: "Francia tiene el aspecto de una mujer violada por cuatro bandidos que le ponen el puñal en la garganta; no pudiendo hacer movimiento alguno, cierra los ojos." Francia no podía ya hacer un movimiento: cerraba los ojos. ¿Se había entregado entera?

Al ordenar la detención en la madrugada del 2 de diciembre de cierto número de representantes, Morny dijo: "No hay que tratar con rigor a esas gentes en prisión; detener a un hombre en tales circunstancias, es prestarle el mayor servicio." Pero ese pensamiento caritativo no bastó para paralizar, de un solo golpe, todo impulso de rebelión.

La represión siguió a la prevención, y castigó no solamente los gestos de rebelión sino los sentimientos y los pensamientos de los hombres que tenían la audacia de creer que la restitución del sufragio universal no daba al régimen más que una máscara popular.

En total, según las cifras oficiales: 26.642 individuos detenidos, 6.500 puestos en libertad; 15.033 condenados, 9.530 deportados a Argelia, 239 a Cayenne, 2.804 internados en alguna ciudad de Francia, 1.545 expulsados y 5.450

sometidos a vigilancia. Pero Tchernoff observa que las cifras proporcionadas por los documentos oficiales son necesariamente incompletas⁸⁸.

El delito de sociedad secreta permitía condenar sin pruebas materiales, sirviéndose de largos interrogatorios y de la intimidación para arrancar confesiones. Y ciertos fiscales generales reconocían ellos mismos que “si se prodiga el traslado con esa facilidad, será para ciertas localidades una *razzia* espantosa por centenares, *sin causa suficiente* y, yo creo, del peor efecto sobre la opinión (Informe de la Corte de Apelaciones de Bourges, 13 de enero de 1852).

El registro de los archivos nacionales, que contiene copia de las estadísticas hechas en los juzgados por las comisiones militares, permite establecer este cuadro de honor de las profesiones afectadas en los meses que siguieron al golpe de Estado: 5.423 agricultores, 1.850 jornaleros, 1.107 zapateros, 888 carpinteros, 733 albañiles, 688 sastres, 642 tejedores, 457 herreros, 428 cerrajeros, 415 panaderos, 251 picapedreros, 252 peluqueros, 224 hilanderos, 238 curtidores 198 toneleros, 153 torneros, 191 constructores de carroajes, 131 jardineros, 102 molineros, 138 bateleros, 103 ebanistas, 114 tejedores, 185 zapateros, 180 canteros, 145 carniceros, 142 taponeros, 117 aserradores, 146 guarnicioneros, 155 tipógrafos.

Los campesinos, como la clase obrera, tuvieron su buena parte de víctimas. Utilizando listas de sospechosos hechas por la administración desde 1849, las comisiones mixtas cayeron

88 TCHERNOFF, *Le Partí républicain au Coup d'Etat et sous le second Empire*, Pedone, 1906, págs. 39, 68, 73 a 80.

sin distinción sobre los republicanos y los presuntos afiliados a las sociedades secretas y a las sociedades obreras.

Tchernoff mostró que, durante las jornadas de diciembre, sobre 158 muertos, hubo 101 obreros, y agregó:

Si la resistencia obrera no logró más que la de los burgueses, se debió a la insuficiencia de su organización, al hecho de que los obreros habían sido desarmados después de las jornadas de junio. La resistencia opuesta por los centros obreros al golpe de Estado en los departamentos, las persecuciones habituales por el delito de sociedad secreta a que fueron expuestos, quitan todo crédito a la opinión que tiende a presentarlos como conquistados para la causa bonapartista.

Mientras las comisiones mixtas y los consejos de guerra trabajan para “depurar” el país, los decretos–leyes organizan el silencio de Francia.

Napoleón III es el representante de la burguesía industrial y financiera que, durante ocho años, lo sostiene como su delegado en el gobierno. Por reciprocidad, Napoleón III cumple su mandato sirviendo a una política de desarrollo industrial y de especulaciones financieras. Encarna el *reino de los negocios*.

Al día siguiente mismo del golpe de Estado, en *Le 18 Brumaire de Louis-Bonaparte*, su libro más vigoroso, Karl Marx mostró que “la fracción de la burguesía comercial que se había adjudicado la parte del león del poder bajo Luis Felipe, la aristocracia financiera, se volvió bonapartista [desde la entrada de Fould en el ministerio]... el 11 de abril de 1851. Fould no

representaba solamente los intereses de Bonaparte en la Bolsa; era también el intérprete de la Bolsa ante Bonaparte..." y ya antes del golpe de Estado, desde el 29 de noviembre de 1851, en todas las Bolsas de Europa, se reconocía en el presidente Luis Bonaparte, al *centinela del orden*. Luis Napoleón era en realidad el apoderado político de la oligarquía industrial y financiera.

Esta sociedad "de los intereses materiales" tiene por jefes a industriales orleanistas y saintsimonianos "evolucionados", los Péreire, los Talabot.

Construcción de ferrocarriles, prolongación de las concesiones, convenios de 1859 que organizan el sistema de la garantía de interés y formación de grandes compañías; construcción de nuevas líneas, hacia el Norte, hacia Estrasburgo y Basilea, hacia Lyon; subvenciones del Estado a las compañías transatlánticas, política de organización del crédito, de ayuda y apoyo a la expansión industrial.

Para comanditar los "negocios", secundar las grandes empresas de interés público proporcionándoles capitales, desarrollar los poderes del crédito, los hermanos Péreire, saintsimonianos, fundan en noviembre de 1852 el *Crédit Mobilier*.

En el momento mismo en que se esboza esto, Proudhon anota en sus cuadernos la transformación de la estructura económica de Francia; el 18 de octubre de 1852, escribe a Charles Edmond: "He aquí lo que puedo deciros como seguro, después de una observación atenta, en París, y en nuestros

departamentos, desde hace cuatro meses: *la economía de la sociedad se transforma totalmente, ¡he ahí el hecho!* Proudhon percibe la evolución del capitalismo que, de individualista que era, tiende a volverse monopolista: la industria y el comercio, ceñidos por las grandes compañías de minas, de ferrocarriles, navegación mediterránea, atlántica...; escribe: “Francia será entregada al monopolio de las compañías. He aquí el régimen feudal. Los tejidos, los hierros, los granos, los líquidos, los azúcares, las sedas, todo está en vías de monopolio.” (Cuaderno del 4 de septiembre de 1852, inédito.)

En fin, una política de grandes trabajos públicos. Se acrecienta y transforma París lo mismo que las grandes ciudades. Haussmann os designado prefecto del Seine el 19 de julio de 1853. Se desea asegurar negocios a los empresarios y trabajo a los obreros. Se quiere, en caso de levantamientos, hacer maniobrar cómodamente a las tropas en París. Se forman los grandes bulevares. Se destruyen las callejuelas viejas. Se despejan los accesos al Ayuntamiento. Pero, al tocar las viejas piedras, se toca también el corazón del obrero parisense: esa transformación de París le hiere en su carne. Esa transformación de la *Cité* no la deploran solamente los escritores obreros, sino también los espíritus generosos de la burguesía liberal. En su *Condition des ouvriers Français*⁸⁹ en 1862, Augustin Cochin comprueba “que la sociedad anónima y la caridad legal matan la influencia benevolente del patrón... Busco [en vano] los lugares, los únicos lugares donde pueden darse cita los obreros”...

89 AUGUSTIN COCHIN, *De la condition des ouvriers Français d'après les derniers travaux*, París, C. Douniol, 1862, in 8?, pág. 48.

En su folleto sobre *Les Gréves*⁹⁰, el tallerista Henri Leneveux escribe: “Los obreros pierden en el taller y en la fábrica todo contacto con el patrón”, porque el obrero no tiene ya a su frente más que a un ser abstracto, la Compañía...⁹¹. En *Les Populations ouvrières*, Audiganne agrega:... “Se asiste a odios silenciosos... En el taller, la subordinación es completa... Pero, afuera, ninguna influencia, por una parte, ninguna deferencia, por la otra...”⁹²

Las transformaciones de París hacen refluir a la población laboriosa del centro hacia la periferia; se cortó la *Cité* en dos, una rica y otra pobre: “En otro tiempo, en París, obreros y burgueses estaban mezclados; habitaban los mismos barrios, a menudo las mismas casas; se cruzaban en la misma escalera, uno yendo al primer piso, el otro a la buhardilla; vivían así uno al lado del otro en relaciones de cortesía mutua y de franqueza recíproca. Hoy, se tiene la ciudad de Lujo⁹³... Y se tiene la ciudad de la pobreza.

La piqueta despiadada de Haussmann hizo desaparecer esas “casas hospitalarias” donde se confundían, algunos años atrás, los pobres y los ricos; donde, por una solidaridad tácita, los locatarios de los diversos pisos se prestaban una asistencia recíproca.

90 *Les Gréves*, pág. 35, Pagnerre, 1865, in 8? (Bibl. Nat. Lb. 55, 1519).

91 HÉLIGON, *Le mouvement ouvrier de 1848 a 1870*, pág. 24, París, in 8, 1880. Discurso pronunciado en la Logia de los trinósofos de Bercy.

92 A. AUDIGANNE, *Les Populations ouvrières et les industries en France*, París, Capelle, 1859.

93 PAUL LEROY-BEAULIEU, “Le Socialisme et les gréves”, *Revue des Deux Mondes*, 19 de marzo de 1870, tomo 2, pág. 102.

“Los obreros fueron desterrados brutalmente del corazón de París.” (Augustin Cochin.) La ruptura de los lazos personales contribuye en vasta medida a la formación de una conciencia de clase. Y ese destierro es el signo tangible de la ruptura.

La transformación de París tuvo repercusiones psicológicas profundas. Proudhon comprendió el vuelco de los sentimientos que la acompaña. En el primer capítulo de *La Capacité politique*, al hablar de la velada del 19 de junio de 1863, señala la antipatía que los obreros parisienses tienen por el París nuevo de Haussmann:

París, oiréis decir por todas partes, vuelto desde hace veinte días a la vida política, se despierta de su somnolencia, se siente vivir, los hálitos revolucionarios lo animan ¡Ah!, exclamaban aquellos que se habían ofrecido como jefes del movimiento, no era ya a esta hora la ciudad nueva, monótona y fatigante del señor Haussmann, con sus bulevares rectilíneos, con sus mansiones gigantescas, con sus muelles magníficos, pero desiertos, con su río entristecido, que no arrastra ya más que piedras y arena, con sus estaciones ferroviarias que, al remplazar las puertas de la antigua ciudad, destruyeron su razón de ser; con sus plazas, sus teatros nuevos, sus cuarteles nuevos, su macadam, sus legiones de barrenderos y su polvo horroroso... Ciudad cosmopolita donde no se reconoce ya al indígena. Era el París de los antiguos días, cuyo fantasma aparece a la claridad de las estrellas, a los gritos emitidos por lo bajo: Viva la Libertad.

La potencia nueva, la feudalidad financiera, anota Proudhon,

desde 1855, “lo invadió todo... la improbadía reina en las costumbres... la piratería en los negocios”... Pero no es el único que comprueba la corrupción reinante en el ambiente del emperador. En sus *Mémoires sur le second Empire*, uno de los hombres del 2 de diciembre, el señor de Maupas, anota que “ése fue innegablemente el primer punto vulnerable para el Imperio..., se atribuía las responsabilidades a algunas personalidades políticas importantes, a la cabeza de las cuales figuraba el señor de Morny. Por lo que se refería a los negocios industriales, despertó más que murmuraciones⁹⁴. Maupas atribuye la supresión del Ministerio de la Policía General en 1853, “a los incansables esfuerzos de la camarilla financiera” y al hecho de que aquélla no quería cerrar los ojos.

En un libro sobre *L'Empire industriel* aparecido en 1869⁹⁵, un precursor de Francis Delaisi, Georges Duchéne, analiza las formas de esa especulación y corrupción financieras; según su expresión “la parte de los espigadores”, es el provecho realizado con los despilfarros. Desde esa época, los poderes públicos favorecen los grandes negocios; las leyes no se aplican a ellos; la feudalidad financiera domina al Estado: ella espera y recibe de él complacencias y privilegios: “en todas las relaciones con el poder, son las finanzas las que hacen la ley, cualesquiera que sean los decretos y pliegos de condiciones estipulados por los ministros”. Y Georges Duchéne muestra la maniobra de las finanzas contra los accionistas, lo mismo que contra los asalariados.

94 MAUPAS, 2 vol. E. Dentu, 1884.

95 GEORGES DUCHÉNE, *L'Empire industriel, Histoire critique des concessions industrielles et finances du second Empire*, París, Librairie Centrale, 1869.

Se contaba con el desarrollo de la actividad industrial y la ejecución de los grandes trabajos para ganar las clases laboriosas para un régimen de prosperidad material, que adormecería sus veleidades de independencia. ¿No había prometido el mismo príncipe-presidente, en 1844, la extinción del pauperismo a una clase obrera dócil, disciplinada, ante la cual los consejeros prud'hommes desempeñarían el papel de los suboficiales en el ejército? Se daría a los trabajadores un empleo regular, pero con una condición: que renunciasen a su deseo intempestivo de organización.

El general de Castellane, en Lyon, pretende calmar a una población obrera demasiado agitada, declarando disueltas todas las sociedades obreras, inclusive las asociaciones de producción.

Pero se puede temer siempre el despertar. Así, en 1852, y en los años siguientes, el poder, la magistratura y la policía ejercen una estrecha vigilancia sobre toda manifestación de independencia; se reprimen las coaliciones, se hace la guerra a las sociedades obreras corporativas, tanto como a las reuniones de taberna y a las charlas de familia de los obreros republicanos.

El ministro del interior, Persigny, en un discurso de enero de 1852, reproducido por el *Bulletin Français* publicado en Bélgica, se felicita de sus métodos de gobierno:

La corrupción y el terror en vasta escala ¿no fueron siempre las armas más poderosas de los gobiernos fuertes? Nosotros recibimos esas armas frescas y apenas enmohecidas. Se verá el partido que sabremos sacar de ellas. Nuestros predecesores no provocaron más que una corrupción mezquina... yendo derechamente a este país con el dinero en una mano, el hierro en la otra, ¡nosotros llegaremos lejos! (Proudhon, cuaderno del 27 de enero de 1852.)

I

Durante los primeros años del Imperio, el movimiento obrero es semejante a esas fuentes que, repentinamente, desaparecen en el suelo y quedan invisibles en un largo trecho de su curso.

La ley del 19 de junio de 1853 sobre los consejos de prud'hommes atribuye al emperador la facultad de nombrar presidentes y vicepresidentes. La ley del 22 de junio de 1854 sobre la libreta, hace obligatoria ésta, tanto para los obreros a domicilio como para los obreros de taller. Nueva prueba, decía el informante de la ley, de la simpatía que el gobierno ofrece a la clase obrera.

Frente a las sociedades de socorros mutuos, el decreto-ley del 26 de marzo de 1852 toma precauciones para asegurar su buena conducta. Al lado de las sociedades libres y de las reconocidas de utilidad pública, se crean sociedades aprobadas, que se benefician de ventajas condicionales. Su

presidente debe ser nombrado por el jefe del Estado; sobre todo, ésa es la condición esencial de su situación privilegiada, no deben permitir nunca socorros de desocupación. Se quiere, ante todo, que las sociedades de socorros mutuos no puedan servir para la defensa profesional. Una circular del 29 de mayo de 1852 lo dice claramente: "La promesa de socorros de desocupación es un principio de ruina y de desmoralización, puesto que tiende a estimular la pereza y a hacer pagar al trabajo una prima a la despreocupación; lleva en sí el germen de todas las huelgas y la esperanza de todas las coaliciones".

Pese a algunas medidas tales como el obsequio de 10 millones de los bienes de la familia Orleans a las sociedades de socorros mutuos, de otros 10 millones para mejorar las viviendas obreras, de la reorganización del Monte de Piedad, de instituciones de beneficencia y de caridad, pese a la vigilancia policial a que son sometidos, un gran número de obreros conserva todavía un estado de ánimo del que ni los favores ni el temor logra liberarlo. Los informes de los procuradores generales comprueban que ciertos gremios siguen fieles a sus tradiciones: la industria de la construcción, los talleres de fundición de máquinas y los de ferrocarriles, los sastres, los zapateros, etc..., sobre todo, en ciertos centros, como Lyon, Limoges, Saint-Étienne, Rouen, en Alsacia y en el Mediodía; en Lyon, el procurador general nota la existencia de *una especie de creencia, de religión política* "de la cual los talleres son las catacumbas".

La esperanza persiste en el corazón de los trabajadores; suscita huelgas; hace renacer las sociedades de resistencia.

Entre 1852 y el 25 de mayo de 1864, fecha de la ley sobre las coaliciones, las huelgas deben ser clasificadas en tres grupos: período de 1852 a 1859, período de 1860 a 1862, año 1863 y comienzo de 1864.

En el primer período las huelgas son abundantes, pero disminuye el número de las que prosiguen: 109 expedientes de procesos en 1853, 68 en 1854, 168 en 1855, 73 en 1856, 55 en 1857, 53 en 1858 y 58 en 1859.

Las huelgas que tienen lugar entre 1852 y 1859 tienen por motivos tanto una demanda de aumento de salarios como una reducción de la duración del trabajo, tanto las malas condiciones higiénicas de los talleres como el despido de un obrero (por ejemplo, en 1857, la huelga de los mineros de Vicoigne, Nord). La perseverancia de los obreros sombrereros, cuya Sociedad General, dos veces disuelta, en 1851 y 1853, se reconstruye bajo la forma de una sociedad de socorros mutuos el 31 de octubre de 1854, nos revela la tendencia de muchas corporaciones obreras, que aprovechan la tolerancia relativa concedida a las sociedades de socorros mutuos para reorganizar las sociedades de resistencia.

Las precauciones tomadas para volverlas juiciosas no impiden a las sociedades de socorros mutuos continuar manteniendo las cajas auxiliares de desocupación y enmascarar sociedades de resistencia. Es así como la Sociedad Auxiliar de los Obreros Bataneros de Lyon, disuelta en diciembre de 1851, prosigue su existencia al abrigo de las sociedades de socorros mutuos.

En la industria del vestido, los sombrereros de Lyon se declaran

en huelga en 1859; la razón de la huelga es significativa; los sombrereros piden el despido de seis obreros. Éstos no eran miembros de la Sociedad Auxiliar, sociedad de resistencia que funcionaba al abrigo de la sociedad de socorros mutuos.

La voluntad de los trabajadores de resistir a las adulaciones y a las amenazas de la administración imperial era debida a la persistencia de sus tradiciones y de sus esperanzas. Su voluntad de organizarse se debía, asimismo, al desarrollo de la revolución industrial en Francia.

Francia era todavía, en 1848, una nación de artesanos que trabajaban en múltiples talleres pequeños. Entre 1852 y 1867 Francia se transforma económica y socialmente⁹⁶. Esta evolución es facilitada por la política de Napoleón III.

No es necesario describir aquí, con pormenores, el desarrollo de la economía francesa desde 1850 a 1870. Desde 1849 a 1869, la fuerza motriz utilizada por las fábricas aumenta a más del quíntuple. Los progresos técnicos desarrollan, a un ritmo progresivo, sus consecuencias naturales ya comprobadas en Gran Bretaña: acrecentamiento de la productividad; reducción del precio de costo y aumento de la producción; las condiciones de existencia de los trabajadores se transforman en las industrias metamorfoseadas por las invenciones: industrias textiles, industrias químicas e industrias metalúrgicas. Entre 1840 y 1860, la producción de la fundición en Francia pasa de 345.000 a 898.000 toneladas métricas.

Entre 1852 y 1856, en cuatro años, Francia gasta 1.270

96 Sobre esta doble evolución, ver la obra ya clásica de GEORGES DUVEAU, *La vie ouvrière sous le second Empire* (tesis de letras, 1944), París, Gallimard, 1946.

millones en la construcción de ferrocarriles. El consumo de hierro, de acero, de algodón, aumenta en grandes proporciones. Lyon y Saint-Étienne ven extenderse el mercado de sus sederías. El crédito mobiliario eleva su dividendo, sucesivamente, de 13% en 1853 a 40% en 1855.

El período de expansión, que comenzó en 1851–1852, dura hasta 1857. Pero la construcción ferroviaria se vuelve lenta y en 1859 el gobierno debe acudir en auxilio de las Compañías para permitirles sus construcciones. Esta crisis universal de los ferrocarriles repercute en la industria del hierro y del carbón. El crédito mobiliario, que había dado 40% de dividendo en 1855, no da más que el 5% en 1857. La baja de los precios acompaña a la caída de la producción industrial. Pero esta crisis es de corta duración; desde diciembre de 1857 y enero de 1858, la reactivación es general.

Durante el período de expansión, el alza de los salarios no siguió la marcha ascendente de los precios: mientras que el alza de los precios agrícolas era de 25%, la del salario masculino no se elevó más que de 14 a 19% y la del salario femenino a 7,97%.

Sin duda, el desarrollo industrial entre 1852 y 1857 implicó un alza de los salarios. Pero al mismo tiempo, provocó una elevación del costo de la vida. El movimiento de alza de los precios hasta la crisis de 1857 tuvo por consecuencia una disminución del salario real; las condiciones de la existencia obrera, en lugar de mejorar, empeoraron. Los presupuestos obreros sufrieron duramente el alza de los productos alimenticios y de los alquileres.

Durante los primeros años del Segundo Imperio, los gastos del presupuesto obrero se vuelven más opresivos. Según el anuario estadístico de la ciudad de París, desde 1853 a 1863, los gastos medios de un obrero parisense se elevan, para el alimento, la calefacción y el alumbrado, de 931 a 1.052 francos, y sólo para el alojamiento, de 120 a 170. Los informes de los delegados a la Exposición de Londres en 1862 precisan esa elevación del costo de la vida. El de los tipógrafos anota que “desde 1850, los precios de los alquileres y de las subsistencias se acrecentaron por lo menos en 50%, mientras que mi salario apenas se elevó de 9 a 10%; por tanto, 40% en total de disminución del bienestar”.

El desarrollo económico de Francia durante la primera década del Segundo Imperio es un hecho innegable. Pero esa prosperidad oculta otro hecho: el déficit del presupuesto obrero. Frente a la luz, la sombra.

El déficit del presupuesto, la inseguridad de la condición obrera, el esfuerzo inseguro por el pan cotidiano, tales eran ya las consecuencias de la revolución industrial en Gran Bretaña. Ésta repite sus efectos en Francia, entre 1852 y 1857, después en el decenio siguiente hasta la exposición de 1867, cuando el informe general de Michel Chevalier resume las consecuencias de esta evolución económica: el crecimiento de la productividad, el aumento de la producción y la baja del costo de fábrica; y, paralelamente, la eliminación de cierto número de trabajadores, el paro forzoso periódico y la concentración de empresas.

Acontecimientos todos que trastornan la existencia de los

trabajadores, acentúan su inseguridad sin que el alza nominal de sus salarios, cuando se produce, se traduzca en un alza de su salario real.

En sus *Mémoires d'un ouvrier de París*, Audiganne escribe, a propósito de esta evolución a la que había consagrado diversos estudios, *L'Industrie contemporaine* (1856) y sobre *Les populations ouvrières et les industries en France* (1859):

*Se diría una continua sucesión de cambios evidentes: las fábricas y los talleres fueron verdaderamente transformados. Así las exigencias económicas impulsaron la industria hacia la aglomeración de capitales inmensos y la posesión de un material extremadamente poderoso... De esa constitución manufacturera y comercial tan energética y tan absorbente, resultaron para el trabajo condiciones nuevas. Frente a esas unidades poderosas, a esas asociaciones colosales, donde el anonimato debe aumentar sin cesar, ¿qué es el obrero, aisladamente considerado? Un grano de arena.*⁹⁷

III

En 1859, Napoleón III se ve forzado, por la repercusión de su política exterior, a buscar en la opinión pública un punto de apoyo. El Imperio autoritario parece cambiarse en un Imperio de tendencias más liberales. Entre las causas, próximas o

⁹⁷ A. AUDIGANNE, *Mémoires d'un ouvrier de París*, pág. 85, París Charpentier 1873, in 189 (Bibl. Nat., Ll. 7, 69).

lejanas, de ese cambio hay que indicar primeramente: el alejamiento de los católicos, con cuyo sostén había podido contar Luis Napoleón durante los primeros años y la oposición de los industriales proteccionistas.

Dos hombres tienen influencia sobre Napoleón III, porque les teme: Morny y el príncipe Napoleón, primo hermano del emperador.

El 2 de diciembre había sido el golpe de Estado de Morny. Desde la primavera de 1849, lo había preparado lenta, cuidadosamente, mediante sabias maniobras. En noviembre de 1851, para vencer las vacilaciones de su hermanastro, Morny había empleado el argumento decisivo: Luis Bonaparte, abrumado de deudas, temía perder su puesto lucrativo de presidente en mayo de 1852. Napoleón III no le guarda reconocimiento alguno: “El príncipe –escribe Morny, poco después de su dimisión, en enero de 1852– no tiene real amistad por nadie y mi situación particular con relación a él le hastía... No acepta mi presencia más que a regañadientes y mis servicios le pesan.” Pero en las circunstancias difíciles, cuando se encuentra en dificultades, es a Morny a quien pide consejo.

Luis Napoleón tenía miedo del príncipe Napoleón, su primo hermano. Ya en 1852 y durante los años siguientes –sobre todo durante la guerra de Crimea– Napoleón III no ignora los rumores que corren en favor de un imperio jeromista. Desde el 4 de noviembre de 1852, Proudhon anota en sus cuadernos, después de una visita a las Tullerías: “Encontré a Ferron, como a Laurent, seguro de una transmisión dinástica a Jérôme.”

Napoleón III teme la franqueza brutal del príncipe Napoleón, que no vacila en juzgarle “con la mayor libertad de lenguaje; os dice rotundamente, mi primo es un cerdo. Los ministros son... Los prefectos son unos canallas, el gobierno es innoble, todo eso revienta..., una de estas mañanas; Napoleón III, que no dice nunca nada, pero miente siempre..., es tan mentiroso que no puede siquiera creer lo contrario de lo que dice”⁹⁸.

Semejante primo era inquietante para un emperador que no estaba seguro de sí. Agréguese las visitas inconvenientes, las relaciones comprometedoras de Jérôme: “El emperador no ignoraba ninguna de las críticas violentas que se vertían diariamente en el Palais Royal contra su persona y contra ciertos actos de su gobierno.

El príncipe Napoleón no hacía ningún secreto de ellas... Jérôme reprochaba brutalmente a Luis Napoleón sus infidelidades a la revolución y a las ideas liberales y democráticas. Esas conversaciones debían ser bastante burlonas.

Entre sus visitantes culpables, al lado de los bonapartistas anticlericales y que reprochan a Luis Napoleón haber “delinquido contra el honor, contra el verdadero pensamiento imperial”, están los liberales, como Havin, el director del *Siécle*, y también los demócratas; éstos recuerdan que en la Constituyente, Jérôme reclamó clemencia para los insurrectos de junio y que, desde el 2 de diciembre, intervino a menudo en favor de proscritos como el químico Tessié de Motay.

98 LUDOVIC HALÉVY, *Carnets*, primer volumen, 20 de junio, 1866, 22 de enero, 1867, pág. 138 (Calmann-Lévy).

Proudhon va al Palais Royal, pero con prudencia. Consiente en dar consejos a Jérôme, pero sigue ferozmente independiente.

El príncipe Napoleón reúne en su salón a los saintsimonianos de tendencia librecambista, Le Play, Michel Chevalier, Arlés Dufour. El príncipe Napoleón asiste a las comidas del viernes santo que Sainte-Beuve ofrece a Gustave Flaubert, About, Renán y Taine. Se ha pensado en nombrarlo gran maestre de la masonería.

El príncipe Napoleón, que va a convertirse en yerno del rey de Piamonte, Víctor Manuel, impulsa a Luis Napoleón, encaprichado ya con el principio de las nacionalidades, hacia una política de estímulo a Italia. Esa política de estímulo, en 1859, se convierte en política de sostén.

Napoleón III no quiso parecer menos avanzado que su primo, cuyo Palais Royal, desde hace años, es visitado por los saintsimonianos librecambistas. El príncipe Napoleón se sirve de un publicista, Armand Lévy, para atraer a algunos miembros de las sociedades obreras. Luis Napoleón toma en préstamo a Jérôme la idea de un imperialismo obrero cuando, el 15 de enero de 1860, hace aparecer la carta–programa publicada en el *Moniteur*: “No hay más que un sistema general de economía política capaz de difundir el bienestar en la clase obrera al crear riqueza nacional.”

Esta solicitud nueva tiene por motivo el deseo de encontrar un punto de apoyo. El emperador quiere conquistar las simpatías de las clases laboriosas a fin de equilibrar la pérdida del apoyo católico. Pero al mismo tiempo se malquista con los

proteccionistas; en el cuerpo legislativo, los diputados industriales manifiestan una viva irritación contra Napoleón III porque, sin consultarles, aprovechó el poder para firmar tratados de comercio y conceder modificaciones de tarifas, sin tener en cuenta al cuerpo legislativo. Los industriales ratifican alegremente la supresión de los derechos sobre la materia prima, pero protestan contra la reducción de la protección de los productos fabricados.

En efecto, desde 1852 a 1859, Napoleón III se había apoyado en la burguesía industrial y financiera. El tratado de 1860 le retira el apoyo de solamente una fracción de la burguesía: pone en su contra a los industriales proteccionistas, pero conserva el respaldo de la oligarquía financiera y de la burguesía liberal.

1º La oligarquía financiera: mientras que la alianza entre Napoleón III y la burguesía conservadora es siempre precaria, el emperador mantiene durante todo su reinado, entre sus partidarios, a esos grandes financieros saintsimonianos, menos timoratos en Francia que los industriales, y cuyos intereses y especulaciones favorece Napoleón III. Su espíritu, más audaz, no se asusta de las fantasías seudohumanitarias del autor de *L'extinction du pauperisme*. Esos ingeniosos banqueros saben bien que su influencia realista no tendrá necesidad de detenerlo a tiempo en los caminos de la quimera, porque su voluntad débil es incapaz de hacerle avanzar allí audazmente.

2º La burguesía liberal comprende a esos hijos de comerciantes enriquecidos que pueden entregarse sin temor a alguna profesión liberal y cuyo tipo es el abogado Baroche, uno

de los servidores más abnegados: Baroche encarna el partido del orden fundado en la preeminencia de la burguesía y en el respeto de la propiedad privada. En su *Baroche*, Jean Morain pudo decir que representaba la concepción burguesa del Imperio, mientras que Napoleón III representaba la concepción romántica; pero la única forma de romanticismo imperial a que Napoleón III pareció atenerse con una cierta constancia, es el principio de las nacionalidades. Y esto fue para él tan molesto como esas largas colas de la indumentaria femenina entre cuyos pliegues se enredan los advenedizos de todos los regímenes.

IV

Los obreros parisienses habían atravesado los rudos años policiales de 1852 y 1858 y no tenían ninguna confianza en las intenciones liberales de un hombre en quien veían al delegado de la oligarquía industrial y financiera. Hechos demasiado recientes les recordaban los métodos por los cuales se les había hecho ver que la sumisión y la resignación eran los primeros deberes del trabajador. Sabían bien que el reino de los negocios temía la organización y la libertad obreras. Los trabajadores esperaban las concesiones a que el emperador estaba obligado para reducir el número de aquéllos cuya hostilidad al régimen sentía crecer. Pero por su parte no querían adquirir ningún compromiso, ni siquiera de agradecimiento.

Napoleón III imagina otro procedimiento para ganarse la voluntad de los obreros de París. Nombra a su primo presidente de la sección francesa en la Exposición de Londres, que deberá llevarse a cabo en 1862. ¿No se podría enviar con tales auspicios, a esa exposición, una delegación obrera? La idea se le ocurre a Arlés Dufour, industrial saintsimoniano y librecambista, que la había desarrollado en *Le Progrés de Lyon*.

El 2 de octubre de 1861, un artículo de *L'Opinión nationale* sugiere a los obreros la idea de contribuir para enviar una delegación a la Exposición de Londres: "Es preciso que la clase obrera parisina se afirme si quiere conservar sobre los obreros de otras naciones esa superioridad que, hasta hoy, aseguró nuestra supremacía en todos los mercados". A la ironía de este llamado, un obrero parisino responde en *L'Opinión nationale*, del 17 de octubre; su carta resume el estado de ánimo de los obreros parisinos:

Yo creo como usted que los obreros de París son inteligentes, y por mi parte, le agradezco la opinión que tiene de ellos. Pero ¿cómo conciliar esta inteligencia con esa inercia? ¿Por qué no se ayudan ellos mismos? Es un reproche que se les hace a menudo y al cual no es fácil responder sin acusar. Cuando la iniciativa viene de lo alto, de la autoridad superior o de los patronos, no inspira a los obreros más que una mediana confianza. Se sienten o se creen dirigidos, conducidos, absorbidos y las mejores tentativas raramente son coronadas por el éxito. Es un hecho que compruebo, sin querer discutir aquí si los obreros tienen razón o no. Cuando la iniciativa viene de abajo, es cosa muy distinta: encuentra imposibilidades materiales

contra las cuales se estrella. Que se forme un comité exclusivamente compuesto de obreros al margen del patrocinio de la autoridad o de los fabricantes, que trate de formar un centro, de agrupar a su alrededor adherentes, de reunir suscripciones; por inofensivo que sea su objetivo, esté seguro de que no se le permitirá alcanzarlo. Así, hace falta una fuerte dosis de resolución para ponerse al frente cuando, además, siempre con razón o sin ella, los promotores se sienten puestos en el índice: porque un obrero que se ocupa de cuestiones políticas, en el país del sufragio universal, es considerado un hombre peligroso; es peor si se ocupa de cuestiones sociales... Pero ¿por qué, dirá usted, rehusar los consejos de aquellos cuyas luces y cuya bolsa les serán de tanto provecho? Porque no nos sentiremos libres, ni en nuestro objetivo, ni en nuestra elección, ni en nuestro dinero, y las más hermosas afirmaciones no valdrán nada contra una opinión que quizás está sobradamente justificada. No hay más que un solo medio, es el de decírnos: "Sois libres, organizaos; tratad vuestros asuntos vosotros mismos, no os pondremos trabas. Nuestra ayuda, si tenéis necesidad de ella, si la juzgáis necesaria, será completamente desinteresada, y en tanto que quedéis en los límites de la cuestión, no intervendremos."

Esta carta quedará como uno de los documentos clásicos de la historia obrera, por su precisión, su valentía y su lucidez. Tolain, broncista cincelador, formula la posición que, desde 1832, fue y será la posición necesaria e inalterable del movimiento obrero: la libertad y la autonomía obreras son las condiciones necesarias de su existencia, de sus progresos, de

sus éxitos. Siempre que el movimiento obrero permaneció fiel a esa línea directriz, se desarrolló; al contrario, siempre que, solicitado por los partidos políticos o por los encantadores de muchedumbres, se desvió de ella, retrocedió.

La carta de Tolain tiene un valor práctico. Iba a transformar las condiciones en las cuales podría ir a Londres una delegación obrera parisense.

El príncipe Napoleón quiso ver a Tolain. Seguro de sí, Tolain no temió el encuentro. Y, por su rectitud, obtuvo del príncipe Napoleón que la delegación se organizase sin ninguna traba contra la independencia de los obreros parisienses. Los presidentes de las sociedades de socorros mutuos constituyeron una comisión obrera, formada el 2 de febrero de 1862. En cada profesión, fueron elegidos delegados, en número de 200; partieron para Londres desde el 19 de julio hasta el 15 de octubre. Gracias a la franqueza de Tolain, todo transcurrió correctamente; y el resultado deseado fue obtenido sin servilismo ni concesiones de parte de los obreros parisienses. Éstos trataron con el poder de igual a igual.

V

Los delegados obreros vuelven de Londres con la visión de un poderoso desenvolvimiento de la organización obrera en Gran Bretaña. Hasta esa fecha, las relaciones entre los dos países habían sido bastante escasas. Sólo por informaciones breves y a menudo inexactas de los diarios conocían los obreros franceses el movimiento tradeunionista.

La experiencia inglesa entre 1843 y 1862 prueba que, aun soportando a veces la influencia de la situación económica, el movimiento obrero puede liberarse, si la voluntad de los individuos y de las masas sabe sacar partido de las circunstancias.

Durante esa época llena de contrastes, el tradeunionismo inglés conquistó tres elementos de fuerza: la fuerza del número –un crecimiento considerable del número de los miembros de las uniones–, la fuerza del dinero –una buena administración de los recursos que el número cada vez mayor de sus miembros aporta a las uniones– y, finalmente, la fuerza del valor personal de los hombres a los cuales, como secretarios de las uniones, se confía la difícil misión de dirigir la acción y de administrar.

Las grandes uniones ocupan entonces, en la historia obrera inglesa, el primer puesto. Sidney Webb atribuye a la evolución de su actitud la influencia creciente de los impresores y compositores: sus sociedades concentran la atención en las reivindicaciones concretas y en la educación. El deseo de información es la gran preocupación de los trabajadores durante ese período y suscita muchos periódicos corporativos.

El crecimiento de las uniones nacionales y el de sus fondos es característico: albañiles en piedra, fundidores de hierro, fabricantes de máquinas de vapor, poseen uniones nacionales bastante fuertes como para que la tarea de la correspondencia y de la contabilidad sea confiada a secretarios especializados y rentados. Así comienza en Gran Bretaña la clase de los funcionarios sindicales. Pero las grandes Uniones Nacionales

necesitaron algunos años de aprendizaje para formar esa clase de funcionarios permanentes.

Estas nuevas uniones reservan sus cuadros a los obreros que cumplieron el aprendizaje legal y, por ello se oponen a la tradición de los años 1830–40, a la solidaridad y a la unión general de “las clases productoras”. Pero si la idea estrecha de constituir una aristocracia de obreros calificados hace flotar una sombra sobre la creación de uniones fuertemente organizadas, éste es el sacrificio temporal con que deben ser pagados los cimientos sólidos que esas uniones poderosas dan al movimiento obrero.

La Unión Nacional no es una federación de sociedades independientes; es unitaria y posee una caja común a la cual son pagadas todas las cotizaciones y que hace frente a todos los gastos; el comité ejecutivo tiene a su disposición fondos importantes. Sociedad de resistencia, la Unión posee la fuerza de una centralización destinada a asegurar la unidad de la política obrera y la equiparación de los salarios reales. El Comité Central ejecutivo tiene poderes para conceder o negar el socorro de huelga.

En fin –otro rasgo de ese nuevo unionismo– William Allan, secretario general de la Unión de los Mecánicos y promotor de esa nueva forma de unionismo, asegura a la unión la más amplia publicidad posible, mientras que la preocupación del secreto dominaba en las asociaciones anteriores. La prensa recibe todos los informes de la Unión y las circulares más importantes. William Allan envía frecuentemente cartas a los diarios y hace conocer la Unión por medio de conferencias.

La Unión Consolidada de los Mecánicos, en 1861, tiene más de 20.000 miembros y un activo de 73.000 libras. El desarrollo de las uniones de fundidores de hierro y de albañiles en piedra era) del mismo orden.

La crisis económica de 1857 señala una nueva etapa en el desarrollo del movimiento obrero. En 1859, estalla en Londres una huelga en la construcción, cuya magnitud puede ser comparada con la de la construcción en París en 1845. El motivo es la duración del trabajo. Para reclamar la jornada de 9 horas y el descanso del sábado por la tarde, un comité mixto de carpinteros, albañiles en piedra y albañiles en ladrillos dirige una petición a los patronos el 18 de noviembre de 1858, quienes responden con una negativa. A consecuencia de una huelga seguida de un *lock out*, 43.000 obreros son privados de trabajo. Los patronos rehúsan discutir con los representantes obreros. La Asociación Central de los Patronos de la Construcción decide imponer la firma del *documento*, a los trabajadores que emplean, pero esa exigencia pone en movimiento la solidaridad obrera.

De todos lados, las sociedades obreras apoyan a los obreros de la construcción.

La Unión de los Mecánicos ofrece tres donaciones semanales de 1.000 libras. En total, las suscripciones se elevan a 23.000 libras. En presencia de esa resistencia y de la negativa a firmar el documento, la Asociación de los Patronos de la Construcción se ve obligada a ceder en febrero de 1860.

Este triunfo, obtenido gracias a la solidaridad obrera, tiene

por resultado inmediato la creación de la Sociedad Consolidada de los Carpinteros, según el modelo de la de los mecánicos, el 4 de junio de 1860, y la del Consejo de los Sindicatos de Londres: la Junta.

La huelga demostró la utilidad de un comité general que, en caso de urgencia, pudiera convocar rápidamente a los sindicatos y permitirles prestarse asistencia mutua. La primera reunión del Consejo de los Sindicatos de Londres se lleva a cabo el 10 de julio de 1860; en 1864 su secretario, George Odger, se convertirá en presidente del Consejo General de la Internacional.

La fuerza de ese nuevo consejo, de esa Junta, fue la unión entre cinco hombres que, aproximadamente a 30 años de distancia, realizaron el deseo formulado en 1833 por Efrahem en su folleto: *De L'Association des ouvriers de tous les corps d'état*: “A esta amistad que debe unirnos, a esta asociación de nuestros intereses, de nuestros derechos y de nuestro arrojo, le daremos una cabeza que piense, una voluntad inteligente y firme que imprima la acción y dirija el movimiento”.

“La amistad que debe unirnos”, según la palabra de Efrahem, vinculó para una obra común, a William Alian, George Odger, Daniel Guile, Edward Coulson y Robert Applegarth, militantes obreros.

Desde 1860, la organización del tradeunionismo se consolida gracias al entendimiento perfecto de esos cinco hombres en el seno de la Junta, a su renuncia a todo espíritu de dominación, a su energía; comprendieron que la organización de la clase

obrera es tan compleja, los obstáculos por vencer tan difíciles, el programa a ejecutar tan vasto que vuelve necesarias, no solamente la solidaridad de los trabajadores, sino la unión estrecha entre jefes cuyas cualidades complementarias son indispensables para todo programa de amplia perspectiva, de acción enérgica y de organización de largo alcance.

El movimiento, obrero tiene necesidad, ante todo, de equipos de militantes que se apoyen mutuamente y que no pierdan su tiempo en denigrarse sin cesar.

“Por primera vez –dice Sidney Webb–, los jefes de la política obrera se mantuvieron juntos, unidos por lazos estrechos de amistad personal, y absolutamente libres de sospechas y de esa desconfianza que malograron tan a menudo los movimientos populares.” Y ese milagro no sólo duró un corto espacio de tiempo, sino durante años. Esos cinco hombres ligaron por la amistad a esas cinco grandes uniones: mecánicos, fundidores de hierro, albañiles de ladrillos, zapateros (calzados de mujer) y carpinteros. Esa Junta constituyó la fuerza del tradeunionismo entre 1860 y 1870.

Los 183 delegados parisienses que fueron a Londres pudieron comprobar que el trabajo del obrero inglés era mejor retribuido por una duración menor del trabajo. El sindicalismo inglés disfrutaba de la libertad de coalición, de una legislación protectora del trabajo y de las relaciones de igual a igual entre sus organizaciones y las organizaciones patronales.

Los cuatro ebanistas de París, en su informe, insisten en las ventajas de las Trade Unions:

Los obreros ebanistas de Londres están constituidos en sociedad corporativa y por este medio no tienen que temer la miseria en su vejez; además, cada asociado recibe, en caso de enfermedad y de desocupación, una suma de 14 chelines por semana. El salario se fija, por un reglamento de la sociedad corporativa, en un mínimo de 32 chelines, que equivale a 40 francos franceses; de suerte que el obrero inglés gana el doble que el obrero francés, mientras que éste produce el doble. He ahí una desproporción enorme. El gasto diario del obrero, en Londres, es exactamente el mismo que en París. El alojamiento es más confortable y no se ve a obreros ingleses alojados en buhardillas o graneros abiertos a todos los vientos, como se observa en París.

Los delegados parisienses de todos los oficios interrogaron a sus camaradas ingleses en el curso de su permanencia en Londres y están de acuerdo en declarar que el salario es 30% más elevado en Londres que en París, mientras que los precios de las subsistencias y los alquileres son casi iguales. Los zapateros pretenden inclusive que los obreros ingleses están mejor alojados y a menor costo que ellos (diferencia de 20%).

Los cuatro tipógrafos delegados a Londres escriben en su informe: “¡Cómo no íbamos a envidiar la suerte de los tipógrafos ingleses! En el taller, los obreros están en su casa; discuten con plena libertad no solamente su salario, sino también las condiciones de toda naturaleza que se refieren a su trabajo. Si alguna innovación lesiona sus sentimientos, la dignidad o los intereses del personal, éste se reúne en el taller, discute el caso en litigio, con calma y sin coacción, y toma una decisión que es comunicada al jefe del establecimiento. Un

hecho característico es que, mientras deliberan los obreros, los patronos se abstienen cuidadosamente de penetrar en su propio taller”.

Los delegados quedan impresionados por la organización del trabajo. Los carroceros se dan cuenta de que es el obrero, a la postre, quien paga la ausencia de organización en Francia:

Ninguna precisión en el horario. ¿Quién es el que paga la parte más fuerte de esa merma? El obrero, porque es el principal instrumento de que se sirve el fabricante para sostener la competencia. Si el fabricante pudiese dejar de pagar la mano de obra, habría resuelto su gran problema. Todo al capital, nada al productor. Al no poder prescindir del obrero, lo reduce a la cifra más baja posible, y como esa cifra tiene por base la suma necesaria para vivir bien o mal, paga poco y ofrece en compensación prolongar el trabajo el mayor tiempo.

A lo largo de la historia de la industria francesa, el trabajo de los obreros y sus resistencias fueron a menudo el pretexto que permitió enmascarar la ausencia de un esfuerzo técnico de organización, que habría sido necesario realizar para asegurar a los obreros condiciones de trabajo y de existencia más humanas. Los pintores y decoradores de porcelana concluyen:

Miramos ante nosotros con la inquietud en el corazón, vemos muy hábiles fabricantes que ofrecen excelentes y hermosos productos al consumo, pero esa fuerza que dan los grandes capitales, manejados con amplitud e inteligencia, esa fuerza que no retrocede ante ningún gasto

para formar obreros de gran capacidad y apoderarse de la supremacía en la industria, la buscamos en vano.

Considerados en su conjunto, los informes trazan el programa de las reivindicaciones obreras de 1862:

1º) La Cámara Sindical, mixta o no, considerada como organismo de conciliación que presidirá las negociaciones entre patronos y obreros.

2º) La Sociedad de Socorros Mutuos que abarque, como las Trade Unions inglesas, desde el seguro de enfermedad hasta las pensiones para la vejez; debe extenderse a todos los riesgos de la vida obrera. Los sastres afirman su voluntad de sobrepasar el límite de la sociedad de socorros mutuos ordinaria.

Piden que la oficina administrativa de la sociedad sea un punto central en el que converjan las demandas y las ofertas para la colocación de los obreros.

3º) La Sociedad de Resistencia, organismo central de defensa profesional, es una de las reivindicaciones esenciales del informe de los zapateros:

Sería de desear que una Cámara Sindical, nombrada por sufragio universal, fuese Instituida para velar por la ejecución de la tarifa y para servir de intermediaria entre obreros y patronos; tendría por misión también señalar las necesidades de la corporación y salvaguardar sus intereses; podría ayudar igualmente a la formación de una sociedad profesional que nos falta. Esa sociedad podría ser un

poderoso medio de emulación, si fuese practicada como en Inglaterra... Por la extensión de nuestras jornadas de trabajo, no podemos aprovechar las escuelas nocturnas. Trabajando aisladamente, ningún lazo nos une para sostener el precio de nuestro salario, que muchos fabricantes no temen disminuir.

4º) El derecho de huelga. Los sastres, con el establecimiento de una Cámara Sindical, de una Sociedad de Socorros Mutuos corporativa y, más tarde, de una Asociación de Producción, reclaman el derecho de huelga:

No existe ninguna ley [en Inglaterra] que impida a los obreros reclamar un aumento de salario, cuando sus necesidades y los cambios del trabajo lo hacen necesario; los obreros no están expuestos, como en Francia, a disminuciones de salario cuando, al volverse mayores sus necesidades, los patronos aprovechan esas circunstancias para disminuir el precio de las piezas...

5º) La Cámara Sindical debe convertirse en un organismo de educación; así aparece en el informe de los guanteros. Los tejedores de chales ven igualmente en la solidaridad, puesta al servicio de los obreros contra sus males, *una especie de educación que prepara a la clase obrera para la emancipación definitiva.*

6º) La Asociación de Producción, con miras a asegurar progresivamente a los trabajadores la posesión del instrumental (informe de los delegados broncistas).

7º) La Amistad Internacional. El informe de los joyeros es el que, sobre este punto, contiene las fórmulas más precisas:

Hemos comprobado con felicidad que nuestros colegas ingleses no son, con respecto a nosotros, lo que se esfuerzan algunas veces por hacernos creer. En Inglaterra no hemos encontrado más que atenciones, amistad, fraternidad. He aquí lo que hemos encontrado en el corazón del obrero inglés. Estamos más convencidos que nunca de que el espíritu de animosidad entre los pueblos es un prejuicio desastroso que engendraron solamente las antiguas monarquías. Nuestra permanencia en Londres es una negación formal del principio funesto de nacionalidad y, si el porvenir quiere que las exposiciones universales se propaguen, así como las delegaciones, es seguro que se irá de sorpresa en sorpresa. Propaguemos nuestras ideas, hagamos votos por la continuación de las delegaciones, tanto en interés de la industria como para la fraternidad de las clases obreras.

El viaje a Londres estableció entre los obreros franceses y los tradeunionistas ingleses lazos más estrechos. Durante su permanencia, el 5 de agosto de 1862, 70 de los delegados franceses fueron objeto de una recepción solemne de parte de 250 de sus camaradas ingleses.

Y, el año siguiente, los obreros de Londres, que habían organizado una asamblea en favor de Polonia, invitaron a los obreros parisienses: a los seis delegados presentes, el 22 de julio de 1863, George Odger pidió que los obreros organizaran congresos internacionales para entenderse sobre los medios de

lucha contra el capitalismo, y para impedir la introducción de un país a otro, de mano de obra no organizada que haría bajar los salarios.

Inmediatamente los obreros franceses propusieron que “se establezcan comités obreros para el intercambio de correspondencia sobre las cuestiones internacionales de la industria”.

Sexta Parte

LA PRIMERA INTERNACIONAL (1863–1870)

La clase trabajadora pretende contribuir con un elemento de regeneración...

EUGÉNE VARLIN,
Premier procés de la Internationale, 1868.

La fuerza socialista no podía ser conducida más que por un nuevo estado de conciencia.

ALBERT RICHARD.

XII. CAPACIDAD OBRERA (1863–1868)

Es preciso tenerlo por dicho: lo que crece en este momento son las clases obreras.

CHARLES DE RÉMUSAT,
Revue des Deux Mondes. 1º de abril, 1863.

El 1º de abril de 1863, en la *Revue des Deux Mondes*, Charles de Rémusat escribe: “Es preciso, por otra parte, tenerlo por dicho: lo que crece en este momento, son las clases obreras, sin que sea fácil señalar las causas, porque las instituciones hicieron poco en favor de ello; un progreso intelectual y moral se manifiesta en su seno y llama la atención a los observadores más clarividentes y menos sospechosos.”

Charles de Rémusat cita ejemplos “de su respeto de sí mismos, de su sentimiento de dignidad, de su discernimiento, de su prudencia: su razón se adelanta a los consejos”; cita las

palabras de un viajero ilustrado que, después de haber visitado el campo de Châlons, advirtió “el sentido recto, la calma, la franqueza, la reserva de los simples soldados”.

Charles de Rémusat agrega esto: “Hay que temer en lo moral que todo se halle estancado en la sociedad francesa, exceptuando el espíritu de esa muchedumbre desconocida de la que no sabemos hacernos oír. Sólo ella se eleva quizás. Lamentemos que sea la única en elevarse, pero agradezcamos al cielo que se eleve con el destino que le espera⁹⁹.”

Por su espíritu de equidad, esta página se distingue de las apologías del régimen. Otros talentos de la burguesía culta experimentaron el mismo disgusto ante las costumbres y la liviandad del ambiente que circundaba a Napoleón III; éste, tal como lo describe Alexis de Tocqueville, “había sido siempre muy dado a los placeres, y poco delicado en la elección.

Esa pasión por los goces vulgares y ese gusto por el bienestar se acrecentaron más con las facilidades del poder¹⁰⁰.

Por un mimetismo natural, los cortesanos y los empleados del régimen adoptaban los gustos y las costumbres del amo, en esa capital parisiense de la que Haussmann había querido

99 Es necesario precisar y matizar esos elogios por los recuerdos y memorias de testigos o actores de la época, por ejemplo, MARTIN-NADAUD, *Mémoires de Léonard. J. BENOIT, Confessions d'un proléttaire; Dr. GUÉPIN, Philosophie du socialisme; AUDIGANNE, Mémoires; LEFRANÇAIS, Souvenirs, etc.*

100 ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *Souvenirs*, París, Calmann Lévy, 1893, págs. 314–318. “Antes de llegar al poder, había tenido tiempo para reforzar ese gusto natural que los príncipes mediocres tienen siempre por la servidumbre... Continuaba complaciéndose en medio de esa compañía subalterna, cuando no estaba ya obligado a vivir con ella.”

hacer la posada de las caravanas de Europa y donde, según la palabra de Rochefort, los extranjeros iban “como a un mal lugar”.

Un sector de la sociedad culta tenía poca indulgencia por esa manera de comprender la fama de Francia.

El artículo de Charles de Rémusat es una de las expresiones felices de ese disgusto, notable por su lucidez, por su sentido de la justicia, por su humanidad.

Charles de Rémusat tenía razón al decir, en la primavera de 1863, que lo que crecía entonces era la clase obrera; la capacidad de la clase obrera, ese “progreso intelectual y moral”.

I

El 31 de mayo de 1863, en *Quelques vérités sur les élections de París*, Tolain plantea claramente las dos reivindicaciones esenciales del movimiento obrero francés: 1º) Las libertades sindicales y las otras: “no hay más que un solo medio, es el de deciros: sois libres, organizaos; tratad vuestros asuntos vosotros mismos, no os pondremos trabas”. 2º) La formación de sindicatos y su federación: “los obreros reclaman hoy, en nombre del derecho común, la libertad de formar Cámaras sindicales obreras en cada profesión. La Cámara sindical obrera sería, en el orden económico, la institución matriz, de todos los progresos futuros”.

En lugar de decir: “sería”, Tolain habría debido decir “será”. Trazó un programa; puso el acento en la necesidad de una organización autónoma del movimiento obrero.

Tolain comprendió que, en las luchas obreras, el sindicato *iba a ser la institución-matriz* de todos los progresos futuros.

El folleto de Tolain se publicó en ocasión de las elecciones de 1863. La historia de las candidaturas obreras, en las elecciones de 1863 y de 1864, fue recordada tan a menudo y en forma tan completa sobre todo por Máxime Leroy, que basta subrayar aquí sus aspectos esenciales¹⁰¹.

En presencia de las divisiones que entre los republicanos suscitan las candidaturas a las elecciones del 21 de mayo al 19 de junio de 1863, grupos obreros deciden presentar a los electores una lista obrera: J.-J. Blanc, compaginador de *L'Opinión nationale*, Coutant, obrero litógrafo, y Tolain, cincelador.

Proudhon trató de que se abstuviera un cierto número de obreros, publicando, en abril de 1863, su folleto: *Les Démocrates asservementés et les refractaires*. Sin embargo, las abstenciones obreras fueron, en 1863, menos abundantes que en 1857. J. J. Blanc obtuvo 332 votos. Coutant, 11. Tolain retiró su candidatura mucho antes de las elecciones; pero quiso explicar las razones que movieron a algunos obreros a presentar su candidatura: ¿no tenían derecho los obreros a tener sus representantes, lo mismo que los Péreire y Talabot

101 La “introducción” de Máxime Leroy a la edición de *La Capacité politique des classes ouvrières* de Proudhon,

eran representantes del capital? El folleto: *Quelques vérités sur les élections de París* ponía las cosas en su punto, frente a las polémicas que suscitaron las candidaturas obreras.

Antes de las elecciones complementarias que iban a tener lugar en París, en marzo de 1864, sesenta obreros parisienses firman y publican un manifiesto que, el 17 de febrero, aparece en *L'Opinion nationale*. Es el *Manifiesto de los Sesenta*: “El sufragio universal nos hizo mayores de edad políticamente, pero nos hace falta todavía emanciparnos socialmente. La libertad que el Tercer Estado supo conquistar con tanto vigor y perseverancia, debe extenderse en Francia, país democrático, a todos los ciudadanos. Derecho político igual, supone necesariamente, un derecho social igual.”

Máxime Leroy fijó exactamente el lugar del *Manifiesto de los Sesenta* entre todos los manifiestos aparecidos, desde el *Manifiesto de los Iguales* hasta el *Manifiesto Comunista*: “Por claros que sean sus contrastes, hay identidad entre todos sobre un punto, y perduran gracias a esa identidad misma: esa realidad económica [de la que son como expresión diversa], es la escisión, clara y ásperamente percibida y afirmada, entre aquellos que Proudhon y Marx llaman burgueses y proletarios.” Máxime Leroy subraya la originalidad del *Manifiesto de los Sesenta*: sus autores pertenecen a la clase obrera, “mientras que los autores de los otros manifiestos pertenecían a las clases llamadas privilegiadas”.

Se atribuye la redacción del *Manifiesto* a un joven periodista republicano, Henri Lefort; pero la forma recuerda el espíritu con que Tolain escribe su folleto sobre las elecciones de 1863 y

permite decir que, en su redacción, Tolain ejerció gran influencia. Se encontraban allí fórmulas que le eran caras sobre la aristocracia financiera que se constituía al amparo de la libertad comercial: la instrucción primaria gratuita y obligatoria, la libertad de asociación y de coalición, y la oposición entre la vieja sociedad fundada en el salariado y la sociedad futura que se fundamentará en el derecho común.

El 28 de febrero, aparece en *Le Siécle*, de Havin, un contramanifiesto firmado por ochenta nombres. Todos los intereses, políticos y otros, a los que atemorizó el *Manifiesto de los Sesenta*, aprovechan esa diferencia para afirmar que las clases obreras no tienen opinión determinada. Se explota el hecho de que el *Manifiesto de los Sesenta* apareció en *L'Opinión nationale* de Guérout, cuyas relaciones con el príncipe Napoleón son conocidas, para tratar de comprometer a sus firmantes, presentándolos como obreros amigos del Palais-Royal.

Y al mismo tiempo, en el distrito 59, se opone a Tolain, como competidor, Chabaud, uno los autores de los folletos anaranjados, candidatura suscitada por el mismo Guérout.

Algunos días después de la publicación del *Manifiesto* por *L'Opinión nationale*, el 8 de marzo de 1864, Proudhon escribe a los obreros que le preguntan su opinión sobre el Manifiesto de los Sesenta:

Seguramente, me regocijo del despertar de la idea socialista... Seguramente, soy de opinión, con vosotros y con los 60, de que la clase obrera no está representada y que tiene

derecho a estarlo. ¿Cómo podría mantener otra opinión? La representación obrera, ¿no es hoy, como en 1848... la afirmación del socialismo?

En el seno mismo de la burguesía, se produjo una división... la burguesía no es ya homogénea. Existe lo que se llama la alta burguesía o feudalidad financiera. Y la pequeña burguesía o clase media, que se inclina cada vez más al proletariado...

Proudhon llama a los elementos de las clases medias con los cuales el pueblo está más en contacto para que se agrupen alrededor de la clase obrera:

Vuestros intereses son los mismos que los nuestros, vuestra causa es la nuestra; que la clase media lo sepa o que lo ignore, su verdadero aliado, su salvador, es el pueblo... Porque esta clase media se vio empujada progresivamente hacia el proletariado.

Proudhon estima que “en las circunstancias actuales, entrar en [un] sistema en el que estamos seguros de encontrar a todos nuestros enemigos, recibir condiciones juramentadas, hacernos representar en el cuerpo legislativo, sería un contrasentido, un acto de cobardía. Todo lo que nos es permitido hacer, es protestar por el contenido negativo de nuestros boletines...” Y, en efecto: “El gobierno imperial, introducido por el golpe de Estado, encontró la causa principal de su éxito en la derrota de la democracia roja y socialista..., tal es todavía hoy su razón de ser..., con ese gobierno la feudalidad financiera e industrial... completó su organización y se afianzó. Sostuvo al Imperio, que le pagó con su protección.”

De hecho, el fracaso de Tolain y de las candidaturas obreras señala un avance en la conciencia y capacidad política de la clase obrera.

II

Cuando en diciembre de 1864, Proudhon dedica *La Capacité politique des classes ouvrières* a algunos obreros de París, y de Rouen que le consultaron sobre las elecciones, tiene derecho a decirles: “Esta obra fue concebida bajo vuestra inspiración: os pertenece.”

Esa obra, en efecto, pertenece a esa clase obrera que acaba de afirmarse y de obtener, por sus luchas perseverantes, la ley del 25 de mayo de 1864.

El encuentro entre los obreros y Proudhon fue algo natural; y por esa razón Proudhon es grande. Ese campesino del Franc-Comté, que fue regente de imprenta y empleado batelero en Lyon, en casa de los hermanos Gauthier, encarna las cualidades más elevadas del pueblo campesino; obreros sindicalistas y empleados de salario mediano se vinculan con él por la virtud de su esfuerzo cotidiano.

Proudhon comprendía a ese pueblo por instinto, no tuvo en su vida entera más que una ambición: desembarazar de sus sentimientos tumultuosos el pensamiento de esos “humildes” a los cuales pertenece por su origen y por su corazón.

Entre tantos otros puntos de contacto de Proudhon con los

obreros de París y de Rouen, hay uno esencial: la concepción común que tienen de la educación y del trabajo. Cuando, en el punto culminante de su vida, Proudhon afirma su confianza en el desarrollo y en la capacidad política de la clase obrera, mantiene frente a ésta las exigencias de un moralista cuya filosofía social tiene por centro la reforma del hombre.

Pide a la clase obrera que pruebe, por sus virtudes, su capacidad. Las luchas sociales no pueden conducirse más que con tenacidad, valor, estoicismo. Reclama de la *élite* obrera virtudes heroicas. Una enseñanza, a la vez profesional y humanista, debe favorecer esa formación. Para Proudhon, en efecto, el taller y la escuela constituyen un todo: se complementan y su enseñanza se combina para formar al *hombre, al trabajador*.

Todo hombre debe ser un trabajador, y ningún hombre puede tener, para su trabajo, la paciencia y el entusiasmo necesarios si no es un hombre en el pleno sentido de la palabra. La unión del taller y de la escuela permitirá restituir al trabajo su significación y su alegría.

La alianza íntima de la enseñanza humanista y científica y del aprendizaje industrial, es a los ojos de los obreros parisienses, la condición misma de la emancipación social.

Proudhon fue un intérprete y un servidor; su vanidad no lo extravió como a tantos otros ideólogos que pretendieron imponerse como directores de conciencia al movimiento obrero.

III

El viaje a Londres y la agitación que se desarrolla alrededor de las elecciones de 1863 y 1864, son acompañados de un acrecentamiento en la formación de las sociedades obreras: asociaciones obreras de producción, sociedades de ahorro y de crédito mutuo donde dominan tanto el espíritu cooperativo como la organización de la resistencia.

En París, desde 1864 hasta 1866, se crean doce asociaciones de consumo; dos en 1864, tres en 1865, siete en 1866.

Se asiste, desde 1863, a un renacimiento de la creación de asociaciones obreras de producción en París. En 1863: obreros fabricantes de tornillos, fundidores de hierro y sastres. En 1864: copistas, tenedores de libros, pasamaneros para carruajes. En 1865: grabadores en madera, litógrafos, fabricantes de instrumentos de música, mecánicos, constructores de tubos de órgano, peleteros, joyeros en dorado, ópticos, imitación de bronce y papelería parisienne; sombrereros, doradores en madera, doradores en metales, fabricantes de llaves y grifos, pianos y órganos, y pulidores de acero. En 1866: cesteros, toneleros, obreros broncistas y gasistas; curtidores, fundidores de cobre, zapateros, cortadores, carpinteros de obra, sastres de vestidos, obreros del mueble tallado. En 1867: fabricantes de clavos, fabricantes de limas y pasamanería parisienne.

Son también abundantes las coaliciones y las huelgas durante los años 1862, 1863 y 1864. Primeramente, entre los mineros

del Norte y de Pas-de-Calais. En 1862 y 1864, hay huelgas parciales en Carvin, por un aumento de salarios; en Lourches, contra una nueva reglamentación del trabajo; en Frasnes, por un aumento de salario; en Vicoigne, contra la retención del 3% para la caja de socorros. En 1863 y 1864, huelgas de los mineros de Anzin, que obtienen una disminución de la jornada de trabajo. Y las mismas causas provocan, entre 1862 y 1863, huelgas en París, en Lyon y en Marsella. La acción corporativa lleva a la unión de algunas corporaciones divididas, como las de los carpinteros. Pero el movimiento más importante de esos años, 1860 y 1864, es ciertamente el de los tipógrafos parisienes. El conflicto se prolonga durante más de dos años; es ésta la ocasión en que Napoleón III inaugura la política de tolerancia que culmina con la ley del 25 de mayo de 1864.

El 8 de abril de 1860, las dos sociedades que dividen a los tipógrafos pusieron fin a sus conflictos, gracias a la organización unitaria cuyo objeto es doble: socorros mutuos y resistencia. Los tipógrafos de París se convirtieron en una fuerza. En 1861, Gauthier, presidente de la Sociedad Tipográfica, quiere extender la solidaridad, vinculando a los diferentes grupos de tipógrafos a través de Francia, por una alianza de las sociedades de socorros mutuos de 483 ciudades, que se agruparán en quince regiones. Los esfuerzos de Gauthier tienen un primer resultado: algunas sociedades de las grandes ciudades como Toulouse, Besançon, Lille, Amiens, Rouen, etc..., adquieren el hábito de pedir a París consejos y modelos de estatutos; es una primera etapa.

Desde hacía varios años, los tipógrafos de París sufrían por la disparidad creciente entre el costo de la vida (carestía de los

víveres y elevación de los alquileres) y los salarios. En enero de 1861, Persigny invita al presidente de la Cámara de los Patronos Impresores a estudiar la cuestión de los salarios, llamando su atención sobre el hecho de que el director de la Imprenta Nacional tomó la iniciativa de elevar allí el nivel de los salarios. El 17 de mayo de 1861, una petición firmada por 2.682 tipógrafos sobre 3.000, reclama la revisión de la tarifa. La Cámara de los Patronos Impresores no responde hasta el 5 de diciembre. Se nombra una comisión mixta; pero entre su primera y su segunda sesiones, el impresor Le Clére, el 21 de enero de 1862, despide a seis obreros y los sustituye por mujeres compositoras con un salario inferior a la tarifa. Todos los compositores, salvo dos, abandonan los talleres de Le Clére. Cierta número de impresores instalan en los locales de las comunidades religiosas material destinado a enseñar a las muchachas la composición: aprendizas compositoras son reclutadas en sus familias, a fin de proporcionar esa mano de obra femenina a los talleres de Le Clére. El 30 de marzo de 1862, se rompen las negociaciones entre patronos y obreros. El 22 de marzo la imprenta Dupont toma mujeres a una tarifa inferior en un 30%. La policía impide la acción de los compositores y, en la noche del 25 de marzo, cinco compositores de la imprenta Dupont son detenidos, sin que se haya producido ningún desorden; 117 obreros abandonan los talleres. El presidente Gauthier, al que se amenazó con disolver la Sociedad Tipográfica, es detenido y con él, otros veinticinco compositores. Ante el tribunal correccional, sobre siete acusados, tres son absueltos y cuatro condenados a prisión. Durante el proceso, se objeta a las demandas de aumento de salarios, el hecho de que el personal de la imprenta Dupont disfruta de la participación de los beneficios. Gracias a esto, los

obreros que tienen tres años de antigüedad obtuvieron la suma de 22 francos como máximo por año.

Se dirige al emperador una petición firmada por 2.400 obreros, el 30 de mayo de 1862, reclamando para los tipógrafos, el derecho a tener una cámara sindical y pidiendo que fije la tarifa una comisión paritaria cuyas decisiones sean obligatorias. El 10 de julio, los obreros jornalizados reclaman un aumento equivalente al que se había concedido al trabajo por piezas. Ante la negativa de 12 de los impresores, 215 compositores abandonan el trabajo. Los obreros delegados ante la comisión mixta y los once compositores que presentaron la nueva tarifa a la firma de los patronos, son detenidos.

Por orden del emperador, los detenidos son puestos en libertad provisional el 30 de agosto de 1862. El tribunal correccional les impone multas y penas de prisión. El juicio es confirmado en apelación, el 15 de noviembre. Pero el 23, el emperador indulta a los condenados. Es el reconocimiento de hecho, de la tolerancia concedida en lo sucesivo por el poder público a las coaliciones. Es entonces cuando, bajo la presión del movimiento obrero y principalmente de la huelga de tipógrafos, se promulga la ley del 25 de mayo de 1864. Legaliza la tolerancia de la cual disfrutaban las coaliciones desde hacía ya dos años. Modifica los artículos 414, 415 y 416 del Código Penal. En sí mismo, el hecho de la coalición no es castigado; sin embargo, la prisión y la multa continúan cayendo sobre "cualquiera que, con ayuda de violencias, vías de hecho o maniobras fraudulentas haya producido o mantenido una cesación concertada de trabajo con el fin de forzar el alza o la

baja de los salarios, o atente contra el libre ejercicio de la industria o del trabajo”.

Por curiosa que pueda parecer esta actitud, todos los escritores obreros no quedaron igualmente satisfechos con la ley del 25 de mayo de 1864. Ésta daba realidad a una de las reivindicaciones más esenciales de los obreros; respondía al programa trazado, en su nombre, por Tolain en su folleto: *Quelques vérités sur les élections de París*. Algunos “ateliéristes”¹⁰² parecen deplorar las consecuencias de la ley del 25 de mayo de 1864. Entre ellos, Henri Leneveux, que había sido el primer gerente de *L’Atelier*. En el libro que publica en 1865 en la casa Pagnerre, Henri Leneveux lamenta que la opinión de Émile Ollivier sobre la conciliación obligatoria no haya sido admitida por el cuerpo legislativo: “La fuerza obrera colectiva que sobrevivió a pesar de la supresión de las corporaciones, porque respondía a necesidades sociales que nuestros padres se olvidaron de tener en cuenta, y que no ha cesado, en virtud de esas necesidades, de luchar contra el aislamiento a que estaban reducidos los trabajadores frente a las fuerzas considerables del capital, esa fuerza colectiva no tiene ya hoy, según nuestra opinión, suficiente contrapeso, y tiende a volverse opresiva.” Henri Leneveux reprocha a la ley de 1864 el haber “creado una situación que divide a hombres que tienen, sin embargo, el mayor interés en entenderse, en vivir en buena inteligencia, situación que consagra legalmente la guerra industrial en el momento en que las ideas tienden a remplazar el viejo antagonismo por la asociación... Pero Henri Leneveux pertenece a una muy pequeña minoría; y los obreros,

102 Colaboradores de *L’Atelier*. (N. del T.)

en su conjunto, consideraron la ley del 25 de mayo de 1864 como un progreso.

IV

En julio de 1863, delegados franceses, Tolain, Perrachon, Cohadon y Limousin, firmantes del Manifiesto de los Sesenta, al asistir a una asamblea de Saint-James Hall, en favor de Polonia, proponen a los jefes tradeunionistas organizar una Asociación Internacional. En septiembre de 1864, Tolain, Perrachon y a Limousin vuelven a Londres y llevan el proyecto de esa Asociación Internacional: “Era, dice el maestro Bibal, un niño nacido en los talleres de París y puesto en manos de nodriza en Londres.” El 28 de septiembre, la asamblea de Saint-Martins Hall adopta las grandes líneas del proyecto que Tolain desarrolló en su propuesta. Es, pues, ese proyecto el que sirvió de base a la organización internacional. Y cuando se compara el discurso de Tolain con la circular inaugural debida a la pluma de Karl Marx, se comprueba que éste ha dado relieve y comunicado el vigor de su estilo a las ideas expresadas por Tolain:

Trabajadores de todos los países que queréis ser libres, realizad congresos. Es el pueblo que vuelve al fin a la escena, teniendo conciencia de su fuerza, y levantándose frente a la tiranía, en el orden político; frente al monopolio, al privilegio, en el orden económico. Impulsados por las necesidades de la época, por la fuerza de las cosas, los

capitales se concentran y se organizan en poderosas asociaciones financieras e industriales. Si no nos ponemos en guardia, esa fuerza sin contrapeso reinará bien pronto despóticamente... Vemos a la aristocracia futura acaparar la dirección de los ahorros más modestos. Nuestras débiles economías, devoradas por esa mano gigante, nos convertirán en los servidores de los principes de las finanzas, mientras que la división del trabajo tiende a hacer de cada obrero un engranaje en manos de los altos barones de la industria. Ante esa organización poderosa, todo se repliega, todo cede, el hombre aislado no es nada; siente disminuir todos los días su libertad de acción y su independencia. Ante esa organización, la iniciativa individual se extingue o se disciplina en provecho de esa organización. Es preciso unirnos, trabajadores de todos los países, para oponer una barrera infranqueable a un sistema funesto que dividirá a la humanidad en dos clases: una plebe ignorante y famélica, y mandarines pictóricos y ventrudos. Salvémonos por la solidaridad.

Karl Marx asistió a la asamblea de Saint-Martins Hall; pero estuvo callado. Se le pidió un representante de los obreros alemanes que pudiese hablar en la asamblea: “Les proporcioné, cuenta a Engels, a Eccarius, que estuvo excelente en su papel; y yo asistí a la reunión como personaje mudo en el estrado... Los parisienses, por su parte, enviaron una delegación, a la cabeza de la cual estaba Tolain, el candidato obrero en ocasión de la reciente elección en París, un hombre muy bueno: sus camaradas también eran muchachos enteramente aptos.

En el comité de organización que tiene asiento en Londres, todo el trabajo es realizado por Karl Marx: es un redactor admirable y, esta vez, fue particularmente feliz al escribir el manifiesto inaugural, “una especie de revista de los hechos y gestas de las clases obreras desde 1845”, escribe a Engels el 4 de noviembre de 1864.

El manifiesto inaugural, escrito por Marx, es una de las piezas clásicas del socialismo, como el plan de organización llevado a Londres por Tolain y sus camaradas es una creación obrera. El conjunto de la obra es debido a una colaboración involuntaria del ideólogo y de los artesanos parisienses.

V

El hombre que domina el primer comité de la Internacional parisense es Tolain. Jules Valles en *L'Insurgé* trazó de él un retrato un poco malévolo, pero que parece un negativo bastante aproximado: “Un rostro estrecho que alarga y adelgaza una luenga barba cortada al ras sobre las mejillas, ojos vivos y boca fina, una hermosa frente.” A diferencia de Varlin, que conseguirá agrupar un equipo de militantes, Tolain imprimirá su sello al primer comité. Una actitud un poco austera, un espíritu demasiado dogmático cristalizan en fórmulas cuya rigidez se adaptará difícilmente a la evolución del movimiento obrero. Y Tolain mismo será pronto superado: ni él ni su obra serán reconocidos en los hechos posteriores que son sus consecuencias naturales. Tolain tiene, junto a él,

como secretarios corresponsales: a Fribourg, grabador decorador, a Charles Limousin, marcador, hijo de a Limousin, pasamanero.

La oficina de París se instala en el distrito 39, en el 44, rue des Gravilliers. “Una pequeña estufa de fundición, rota, llevada por Tolain a rue des Gravilliers, una mesa de madera blanca, que servía en el día de mesa de artesano a Fribourg, para su oficio de decorador y era transformada por la noche en escritorio para la correspondencia, dos taburetes de ocasión, a los que fueron agregadas más tarde cuatro sillas de fantasía, tal fue, durante más de un año, el mobiliario que adornaba un pequeño piso bajo, que daba al norte y estaba encajado en el fondo de un patio... En esa pequeña habitación de 4 metros de longitud por 3 metros de ancho se debatieron, nos atrevemos a decirlo así, los más grandes problemas sociales de la época¹⁰³. ” Como la casa de la plaza de Corderie, donde se instalan, en 1869, la oficina de la Internacional y la de la Federación de Sociedades Obreras, *les Gravilliers* está situada en el distrito 39 del Temple, entre la rue des Vertus y la rue Saint-Martin, no lejos de la rue Greneta y de la iglesia Saint-Nicolas-des-Champs, barrio de los joyeros en dorado y de los joyeros guarnecedores, doradores en cobre, torneros, barnizadores, esmaltadores, repujadores, cinceladores, grabadores, pulidores, jugueteros, fabricantes de tableros de ajedrez y bruñidores.

El 19 de marzo de 1865, Tolain y Fribourg van a Londres para

103 E. FRIBOURG, *L'Association Internationale des Travailleurs*, París, Armand Le Chevalier, 1871, pág. 23.

aclarar un primer malentendido, cuando el Consejo General quiso imponer la colaboración de Henri Lefort como corresponsal general de la Asociación ante la prensa francesa. En nombre de la autonomía de la sección francesa, Tolain y Fribourg niegan al Consejo General “el derecho a inmiscuirse en la organización y la administración internas: han dado adhesión al pacto de Londres porque es *federativo*; no quieren depender más que de sus mandantes. El Consejo General no es más que el corazón de la Asociación; el Congreso sólo será su cabeza”. Como se podía esperar del buen sentido de los tradeunionistas, los delegados ingleses son convencidos por Tolain y Fribourg.

Del 25 al 27 de septiembre se reunió en Londres una conferencia. Los secretarios corresponsales de la oficina de París, Tolain, Fribourg y Charles Limousin, asisten a ella. Llevan con ellos al encuadernador Eugéne Varlin. Se decide que se efectuará un congreso en la primavera de 1866 en Ginebra y se redacta el orden del día.

Pero al comienzo de la primavera de 1866, los acontecimientos obligan a los internacionalistas a postergar el congreso para septiembre y, el 23 de abril, Karl Marx escribe a Engels: “Me decidí a hacer desde aquí lo que pueda para el éxito del congreso de Ginebra, pero no a concurrir. Me sustraigo de este modo a toda responsabilidad personal.”

La Internacional celebra su primer Congreso en Ginebra desde el 3 al 8 de septiembre de 1866. El comité central de Londres delegó a Odger, Dupont, Cremer y Eccarius; pero ni Karl Marx ni los grandes jefes del tradeunionismo están presentes, salvo George Odger, que es y seguirá siendo presidente del Consejo General. El secretario general es el sastre Eccarius, que había fundado, con Heinrich Bauer y Moll, el Grupo Comunista de Educación Obrera. Al lado de Tolain, de Murat, de Perrachon, de Chémalé y de Fribourg, llegaron de París, Varlin, Benoît Malon y Bourdon, que, a partir del primer proceso de la primera comisión, tomarán la dirección de la Internacional parisienne; de Rouen, Émile Aubry, y de Lyon, Albert Richard¹⁰⁴.

Las cuestiones en discusión son: la organización de los esfuerzos comunes, por medio de la Internacional, en las luchas entre el capital y el trabajo; la reducción de las horas de trabajo, el trabajo de las mujeres y de los niños; las sociedades obreras y su porvenir; el trabajo cooperativo; los impuestos; el crédito internacional; la necesidad de aniquilar el despotismo ruso en Europa, por la aplicación del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos y la reconstitución de Polonia; los ejércitos permanentes y sus relaciones con la producción; la influencia de las ideas religiosas; el establecimiento de las sociedades de socorros mutuos. Dos informes importantes servían de base sólida a las discusiones del Congreso, uno era

104 *Congrès ouvrier de l'Association Internationale des Travailleurs*, Ginebra, Société Ducommun et Cié., 1866.

la memoria de la delegación francesa, el otro el informe del Consejo General.

El Congreso decide que el Consejo General hará una estadística de las condiciones del trabajo en todos los países; un boletín mensual pondrá esa estadística en conocimiento de las diferentes secciones.

Siendo la reducción de las horas de trabajo “el primer paso en vista de la emancipación del obrero, la jornada de ocho horas *debe ser* el principio de la organización del trabajo”; el trabajo nocturno no debe ser más que una excepción. El trabajo excesivo de los niños y el de las mujeres en las manufacturas son condenados en principio como contrarios a la salud y a la conservación de la especie.

El Congreso condena los ejércitos permanentes y emite un voto unánime en favor del armamento general del pueblo y de su instrucción militar.

Pero, en el curso de las discusiones, se produjo un incidente significativo que afirma claramente, desde el primer congreso, las tendencias opuestas. El Congreso de Ginebra discutía los estatutos de la Internacional. Se manifestó una oposición sobre uno de los artículos, en 1865. Los delegados parisienses quieren que puedan ser miembros de la Internacional sólo los trabajadores que no tienen otros recursos que su trabajo manual y, por consiguiente, descartan a “los trabajadores del pensamiento”. Los ingleses, los suizos, los belgas, son de opinión de que hay que admitir a todos los que pidan su adhesión, “siendo las profesiones liberales víctimas de todas

las fluctuaciones de los negocios". Se decidió que cada sección sería libre "de dar a la palabra trabajador la extensión que le parezca conveniente". En Ginebra, los parisienes vuelven sobre la cuestión y piden que se excluya a "los trabajadores del pensamiento": temen los vanos conflictos que suscitan las pequeñas vanidades y temen dejar invadir la asociación por ambiciosos. Al tratar el reglamento, Tolain interviene de nuevo diciendo que si es indiferente admitir como miembros de la Internacional a los trabajadores de todas las clases, es necesario reservar el título de delegados únicamente a los trabajadores manuales. En el curso de la discusión, Cremer cita, entre los miembros del consejo general, a Karl Marx, "que consagró su vida al triunfo de la clase obrera". Cárter agrega que Karl Marx rehusó la delegación que le ofrecía, para el Congreso, el Consejo General. Tolain responde:

Como obrero, agradezco al ciudadano Karl Marx que no haya aceptado la delegación que se le ofrecía. Al hacer eso, el ciudadano Marx mostró que los congresos obreros deben ser compuestos sólo de obreros manuales. Si admitimos aquí a hombres pertenecientes a otras clases, no se dejará de decir que el congreso no representa las aspiraciones de las clases obreras, que no es de los trabajadores; y creo que es útil mostrar al mundo que estamos bastante adelantados para obrar por nosotros mismos.

Y Tolain presenta una enmienda que impone la calidad de obrero manual a todo delegado elegido y con derecho a voto en un congreso. La enmienda fue rechazada por 25 votos contra 20.

El 9 de noviembre de 1866, Karl Marx escribe al doctor Kugelmann:

Tenía grandes inquietudes con motivo del primer congreso de Ginebra. Pero, en suma, ha ido más allá de lo que esperaba. La impresión en Francia, en Inglaterra, en América, fue inesperada. Yo no pude ir ni quise tampoco, pero he escrito el programa de los delegados de Londres. Lo limité expresamente a los puntos que permiten un acuerdo y una acción concertada inmediata de los trabajadores, que responden de una manera directa a las necesidades de la lucha de clases y a la organización de los obreros como clase, y las estimulan.

La política de Marx consiste, en efecto, en no asistir a los congresos y en obrar por intermediarios. Es tempestuoso y teme las influencias que pueden contrapesar la suya, que, muy hábilmente, ejerce habitualmente por otro.

VII

Las amenazas de guerra primero, después su realidad, promueven durante la primavera y el verano de 1866 un movimiento de protesta contra la guerra. Los socialistas y militantes obreros no fueron los únicos en protestar contra ella. En la *Revue des Deux Mondes*, el 19 de junio de 1866, Michel Chevalier se levanta contra el sistema de aislamiento de los Estados europeos, pide el desarme general y la organización

de una Confederación semejante a la Confederación de los Estados Unidos de América: porque, como los socialistas, percibe las causas, permanentes y profundas, que crean en Europa una atmósfera en la cual la tempestad puede estallar a cada instante:

Si la guerra fuese evitada, no sería más que una postergación... Es una verdad reconocida hoy que un orden estable no es posible más que sobre bases nuevas. Es necesario para Europa que las relaciones sean sometidas a ciertas reglas, a un cierto control y que haya un derecho internacional positivo, lo mismo que hay una moral cristiana uniforme... Es contrario a los intereses de Europa, a su dignidad, a su honor, que esta parte del mundo se presente como una mezcolanza de pueblos aislados unos de otros, siguiendo cada cual su camino, a su capricho, sin escuchar otras conveniencias que las suyas ni otras leyes que su ambición, y sin ser responsable de sus actos ante nadie. El sistema de aislamiento completo de los Estados y la ausencia de todo control, tiene por consecuencia directa el reinado de la fuerza. Esto sería el aplastamiento de los pequeños por los grandes, con menosprecio de los derechos más sagrados.

Entre los periódicos republicanos y socialistas, Charles Longuet, en *La Rive gauche*, Vermorel y Jules Valles, en *Le Courrier français*, hacen una campaña enérgica. Antes de la declaración de guerra, en *Le Courrier français* del 20 de mayo, y en *La Rive gauche* del 27, los estudiantes de París dirigen un llamado a los estudiantes de Italia y de Alemania; les exhortan a no retardar con una guerra la obra de libertad y justicia que

deben cumplir: Hermanos, sois víctimas de una vieja política tan absurda como odiosa que, desde hace millares de años, empuja a los pueblos a degollarse unos a otros bajo torpes pretextos de interés nacional y de diferencia de razas.” Uno de los firmantes, Albert Fermé, el 10 de junio, en *Le Courrier français*, reclama la *huelga de los pueblos contra la guerra*; “Basta cruzarse de brazos, hacerse los sordos y quedar inmóviles. Para hacer la guerra, hacen falta hombres y dinero, conscripciones extraordinarias y empréstitos. ¡Y bien! que no se de hombres ni dinero”

Seis días antes de Sadowa, en *Le Courrier Français*, a Vermorel escribe que “la guerra es la contrarrevolución”. Los miembros de la primera comisión de la Internacional parisienne están en relaciones continuas con los estudiantes del Barrio Latino. Fribourg los encontró en casa de Pagés.

Desde que aparece *La Rive gauche* (en 1864), Ch. Longuet y los jóvenes republicanos que colaboran en su periódico, se interesaron en la formación de la Internacional y fueron de los primeros en afiliarse a la oficina de París: defienden las posiciones de los internacionalistas parisienses, posiciones próximas a las suyas, principalmente en lo que se refiere a la guerra. Esta estrecha unión, en las ideas y en la acción, entre los estudiantes republicanos y los socialistas de la Internacional parisienne, merece ser tenida en cuenta: se reproducirá a menudo, si no siempre, en el curso de la historia del movimiento obrero.

Los obreros tenían un sentimiento nacional muy vivo, que se asociaba a la tradición revolucionaria. En sus recuerdos, A.

Audiganne advierte que, con el culto de la igualdad, “el sentimiento nacional forma, en el dominio de la vida pública de los obreros de París, el rasgo de carácter más notable y más universal”.

Este sentimiento nacional se conciliaba con su odio a la guerra, “destructora de la producción y de la moral”. Con su sentido psicológico, Georges Duveau comprendió la complejidad de ese estado de ánimo: esos primeros internacionalistas “sueñan con una nueva marcha a través de Europa, con una liberación de los pueblos oprimidos... su entusiasmo por las expediciones de liberación se asociaba a un ideal de fraternidad de los pueblos”¹⁰⁵. La memoria de la delegación parisina al Congreso de Ginebra refleja esta complejidad: por instinto, los obreros de París están en favor del “pueblo armado contra los ejércitos permanentes”.

La patria no tiene necesidad de defensores más que cuando está amenazada, y es en esto en lo que hay que insistir, hacer pudrir durante varios años a la parte más vigorosa de los trabajadores en los cuarteles, es seguramente obstruir la producción en el presente y el porvenir... Si queremos ser libres, es preciso que seamos nosotros mismos nuestra policía y nuestro ejército. Darse guardianes es darse amos.

Tales eran las conclusiones del capítulo sobre los ejércitos permanentes y sus relaciones con la producción, en la memoria

105 G. DUVEAU, *Mémoire inédit sur l'état des ouvriers sous le second Empire*, primer esbozo de *La vie ouvrière sous le second Empire*, op. cit., que renueva la historia de toda la sociedad de la época.

de la delegación parisense al Congreso de Ginebra. El 17 de junio de 1866, Tolain, Bourdon, Varlin, Héligon y Fribourg publican en nombre de la Internacional parisense, la siguiente declaración:

La democracia no es francesa ni inglesa; la democracia es universal, y esa universalidad es la garantía de su éxito... ¿Pero qué ocurre?: todo desaparece... ¡Es la guerra!... El horizonte se ilumina, es el choque de los hombres que sucede al choque de las ideas. Ojalá esos soldados, ayer todavía ciudadanos y compañeros de nuestras labores y de nuestros estudios, sientan despertarse en ellos esos sentimientos de igualdad, de dignidad y de solidaridad que formaban la base de nuestras relaciones; ojalá puedan recordar, mientras es hora todavía, la divisa inscrita en la bandera de la Internacional: ¡Trabajo! ¡Solidaridad! ¡Justicia!

El 29 de julio de 1866, la oficina de París publica en *Le Courrier Français* esta nota oficial:

Con motivo de la guerra actual, el Consejo central de la Asociación, considerando que la presente guerra que ensangrienta al continente interesa solamente a los gobiernos, aconseja a los obreros permanecer neutrales y asociarse con el fin de adquirir fuerza por la unidad y emplear esa fuerza así conquistada en su emancipación social y política.

En el momento en que las relaciones entre Francia y Alemania están más tirantes, los obreros de Berlín hacen un

Llamado en favor del mantenimiento de la paz; los tres correspondentes de la oficina de París, donde Eugéne Varlin remplazó a Charles Limousin, Tolain, Fribourg y Varlin, el 26 de abril de 1867, les responden en estos términos:

Obreros de Berlín:

Hemos recibido con alegría vuestro saludo pacífico; igual que vosotros, no queremos más que la paz y la libertad...

Como ciudadanos, sin duda, amamos a nuestra patria; pero, cuando el espíritu del pasado trata de eternizar los prejuicios, cuando los adoradores de la fuerza quieren despertar los odios nacionales, nosotros como obreros, no olvidaremos nunca que el trabajo que nos hizo a todos solidarios no puede desarrollarse más que por la paz y la libertad... No se trata de decidir por las armas la nacionalidad de un girón de territorio, sino de reunir nuestros esfuerzos para hacer reinar allí la equidad. Tenemos que combatir bastantes desdichas inmerecidas, sin que tengamos que ir, con nuestras propias manos, a destruir y devastar, dejando el campo yermo, la máquina inerte... Vencedores o vencidos, no por eso seremos menos víctimas... En nombre de la solidaridad universal, invocada por la Asociación Internacional, cambiamos con vosotros el saludo pacífico que cimentará de nuevo la alianza indisoluble de los trabajadores.

Tolain, Fribourg, Chémalé, P. Gauthier, G. Laplanche firmaban poco después un manifiesto contra la guerra, que terminaba así:

El sistema (de ideas permanentes) tiende a hacer prevalecer la idea de fuerza sobre la idea de derecho... Los abajo firmantes declaran que reproban enérgicamente el sistema actual de armamento que, al hacer de la guerra un oficio, la hace inevitable; protestan contra los ejércitos permanentes y reclaman, como medio transitorio, la organización de las milicias nacionales, el medio más eficaz para destruir para siempre la preponderancia de la fuerza bruta sobre el poder intelectual y moral de los pueblos. Desarme general; organización de milicias, tal es la divisa inscrita en nuestra bandera.

Esta declaración condensa las tesis de la memoria parisienne al Congreso de Ginebra. Y está en armonía con las ideas del más notable entre los saintsimonianos liberales. Michel Chevalier se hace intérprete de preocupaciones paralelas, el 19 de junio de 1866, en la *Revue des Deux Mondes* cuando, a propósito de *La guerra y la crisis europea*, escribe estas líneas clarividentes y valerosas:

En Francia, si hiciese falta, no se tendría más que golpear con el pie en la tierra para hacer surgir un ejército innumerable y abnegado de obreros y de campesinos que correría a la frontera, como lo hizo Francia entera en la época de Valmy, de Jemmapes y de Fleurus; pero en nuestros días y en estos últimos tiempos, el obrero y el campesino están despojados de humor agresivo contra el extranjero. Bendicen la paz como el instrumento de su progreso... En nuestros días han visto y han reflexionado bastante para saber que la guerra, además de llevar a sus hijos para inmolarlos esteriliza, al apropiarse de los

capitales para devorarlos, la fuente del trabajo que les permite subsistir, y la de la prosperidad pública que constituye su bienestar, y destruye la materia prima de las mejoras públicas, cuya esperanza los sostiene y los anima.

Los antagonismos entre los pueblos no son más que la causa aparente de las guerras; la oficina de París muestra que las cuestiones de prestigio nacional no son sino un pretexto: la causa profunda, son los intereses de las oligarquías que dominan a los gobiernos.

En esos años de 1866 y 1867, los obreros parisienses y los hombres más lúcidos de la burguesía presienten que lenta, sordamente toma forma el conflicto franco-alemán.

En sus notas cotidianas, Ludovic Halévy hace a menudo una alusión discreta y a veces concreta a los acontecimientos que amenazan a Francia. Advierte que el emperador no sabrá preverlos ni evitarlos porque, “como el cazador que vuelve sin pieza alguna”, no piensa más que en salvar su prestigio comprando una liebre en el mercado.

Un artista tradujo esta angustia de una parte de Francia: el mismo hombre que, treinta años antes, había expresado la rebelión de los corazones justos contra la matanza de la rue Transnonain. De 1866 a 1871, Honoré Daumier, en *Le Charivari*, toma por tema preferido las relaciones entre las naciones europeas y las ilusiones de la paz armada.

He aquí la guerra y la paz jugando una partida de pelota: la pelota es Europa, es el imperio; la apuesta, vidas humanas.

Como los militantes obreros y como Michel Chevalier, Honoré Daumier expresó los sentimientos de los franceses a quienes no cegaban su pasión de partido, su prejuicio o su interés.

VIII

Para la Exposición Universal de 1867, el gobierno imperial retomó sus proyectos de 1862, pero con menos éxito todavía.

En virtud de un decreto ministerial del 29 de noviembre de 1866, es elegida una Comisión Obrera¹⁰⁶: 112 profesiones nombran 316 delegados. Pero, en 1867, fuera de los ebanistas, escultores, carpinteros y mecánicos, las corporaciones obreras manifiestan poco entusiasmo: algunas quedan al margen y se desinteresan de la Comisión.

La indiferencia de la gran mayoría de los obreros parisienses se explica por un sentimiento creciente de independencia con respecto al gobierno imperial; ocho profesiones que no querían ponerse bajo el patrocinio oficial nombraron separadamente veinte delegados.

Una delegación de la Comisión Obrera lleva al ministro de agricultura, el 19 de enero de 1868, proposiciones relativas a la

106 *Commission ouvrière de 1867*, colecciones de actas de las asambleas generales, pág. 13. París, 1868, editor Augros. Realiza sus sesiones desde el 21 de julio de 1867 hasta el 14 de julio de 1869.

organización de las cámaras sindicales, a la reorganización de los consejos de prud'hommes, a la derogación del artículo 1781 del Código Civil y a la supresión de las libretas. El 30 de marzo, un informe del ministro declara que las Cámaras Sindicales obreras disfrutarán de una tolerancia igual a la que disfrutan, desde hace largo tiempo, las Cámaras Patronales.

Es el reconocimiento de hecho de la Cámara Sindical; desde hacía ya un año, y por primera vez, los zapateros dieron a su sociedad el nombre de Cámara Sindical. Entre 1868 y 1870, se crearon 67 cámaras sindicales:

En cuanto a la situación legal (de las cámaras sindicales), es muy simple... todas nuestras sociedades están fuera de la ley. No existen más que por la tolerancia administrativa. Pero esa tolerancia pasó de tal manera a la condición de hábito, ancló de tal modo en las costumbres que sería imposible a la administración cambiar de actitud. No tenemos la pretensión de disfrutar del derecho natural de asociación.

Para realizar nuestras asambleas generales, prevenimos simplemente al prefecto de policía con veinticuatro horas de anticipación por lo menos. Nos envía un agente que hace su informe, lo que no nos impide hablar y decir todo lo que queramos. Nuestras reuniones no son públicas ni privadas, son particulares; la puerta está abierta a todos si queremos, se cierra a los extraños si queremos, es asunto nuestro¹⁰⁷...

107 Carta de Varlin a Albert Richard, 26 de enero de 1870. Archivos municipales de

En París, solamente una minoría obrera da su apoyo a la Internacional; será necesario el ardor de Eugéne Varlin para vincular el haz de las sociedades obreras con la Internacional.

Fribourg, uno de los corresponsales, se queja de la lentitud de las adhesiones; porque, cuenta, “los corresponsales parisienses se sentían aislados en París, la masa obrera se les escapaba”.

Sin duda, llegaban adhesiones individuales. “Casi todos los sobrevivientes de las asociaciones republicanas, disueltas por el Imperio, se inscribirán en les Gravilliers. Médicos, publicistas, industriales, funcionarios del ejército daban su concurso a la obra.” (E. C. Fribourg.) Veteranos del movimiento obrero, tales como A. Corbon, que acababa de publicar su *Secret du Peuple de París* (1863), aplaudieron la creación de la Internacional.

En un artículo del *Siecle*, del 4 de febrero de 1865, A. Corbon saludaba a la nueva generación y el notable progreso realizado desde hacía una veintena de años. “En aquel tiempo, aparte de un pequeño grupo, la tendencia general de los obreros socialistas consistía en considerar al Estado como su Providencia visible y en esperar de él la redención de las clases inferiorizadas. He aquí que una nueva generación declara que la *emancipación de los trabajadores* debe ser obra de los trabajadores mismos.” Anthime Corbon destacaba la idea que había dado nacimiento a la Internacional: “De lo que estoy seguro es de que todas las personas clarividentes y generosas aplaudirán el pensamiento de esta reunión en congreso de

varios centenares de hombres que representan la *élite* de los trabajadores de todos los países de Europa.”

Sin duda, también, una de las corporaciones más activas, la del bronce, dio su apoyo a la oficina parisina. Pero en su conjunto, las sociedades obreras permanecían vacilantes; y la comisión de París se encontraba frente a hostilidades ciertas: “Las resoluciones de Ginebra encuentran en Francia una gran hostilidad. En París, circulaban los rumores más molestos en el partido republicano, sobre Tolain y sobre Fribourg. Se les presentaba como bonapartistas disfrazados. Se afirmaba que habían estado en relaciones con el príncipe Napoleón¹⁰⁸. A su regreso de Ginebra, los militantes de Lyon ofrecen a Tolain, a Fribourg y a Aubry, un banquete en el que no dejan de expresarse esas críticas. Tolain responde, allí con franqueza. Pero esos prejuicios persistirán hasta 1868 en ciertos medios obreros, y los republicanos hostiles a la Internacional los utilizarán contra ella. También, durante los años 1866 y 1867, los corresponsales se esfuerzan por demostrar el absurdo de las acusaciones de “cesarismo *plomploniano*” que se formulaban contra Tolain.

La oficina de París centra su esfuerzo sobre dos puntos esenciales: el desarrollo de las Cámaras Sindicales, en las diversas profesiones, y el apoyo moral o también pecuniario a las huelgas.

Cuando en 1868 André Murat presenta ante el tribunal de París la defensa de sus camaradas, dice esto: “Como grupo

108 ALBERT RICHARD, *Revue politique et parlementaire*, enero de 1897, pág. 71.

particular, el grupo parisense no manifestó su existencia más que en dos circunstancias; pero ellas son bastante graves y tuvieron una repercusión suficientemente grande como para que tengamos que hacéroslas conocer.” Y cita las perturbaciones de Roubaix, durante las cuales “el grupo parisense publicó la expresión de su pensamiento en una nota pública”, y la huelga de los obreros broncistas.

Pero André Murat limita demasiado la actividad del grupo parisense. En realidad, durante el año 1867, la oficina de París pretende representar la independencia de la clase obrera tanto frente al emperador como frente a la clase patronal. Desde los primeros meses de 1867, se encuentra en presencia del problema de las huelgas que estallan en las diversas regiones de Francia.

En 1867, Tolain y Fribourg son siempre correspondentes, pero agregaron a Varlin, cuya personalidad y actividad le permitieron ponerse en relación más estrecha con las corporaciones obreras¹⁰⁹.

La oficina de París, desde el 21 de abril de 1867, debe afirmar primeramente su actitud frente a las huelgas; en esa fecha, Varlin, Tolain y Fribourg publican esta declaración:

Dos huelgas sucesivas estallaron entre los miembros del carbón de Fuveau (Bouches-du-Rhône). No se trata de un

109 Sobre la actividad corporativa de Varlin, ver MAURICE FOULON, *Eugène Varlin, relieur*, ediciones Montlouis, Clermont-Ferrand, 1934. Y también sobre su esfuerzo, en 1865, para crear una prensa obrera: *La Tribune ouvrière* (4 números, mayo, junio de 1865), *La Presse ouvrière*, impresa en Bruselas (primer número del 13 de agosto; el segundo es confiscado en la frontera) y *La Fourmi* (24 de setiembre de 1865).

aumento de salario; aquí hay todavía una cuestión de reglamento no discutido y que la compañía quiere imponer. La primera vez, un cambio en las horas de trabajo llevó a la huelga. Aunque ese cambio disminuía el tiempo del reposo, los mineros fueron obligados a someterse. Un nuevo artículo agregado al reglamento, al agravar más su situación tan penosa, originó por segunda vez la cesación de los trabajos. 400 mineros están en huelga desde hace tres semanas. En esa crisis dolorosa, los obreros de Fuveau dieron el ejemplo de la mayor calma, y probaron así que tenían conciencia de sus deberes y derechos de hombres y de ciudadanos.

En consecuencia:

Visto el párrafo del pacto constitutivo: La Asociación considera como un deber reclamar los derechos de hombre y de ciudadano, no sólo para sus miembros, sino también para cualquiera que cumpla sus deberes.

La Oficina de París lleva el hecho al conocimiento de las oficinas de la Asociación, en la confianza de que el apoyo material y moral de los miembros de dicha Asociación será prestado en lo sucesivo a los mineros de Fuveau.

A comienzos de 1867 se concierta un acuerdo entre los fabricantes de Roubaix para imponer a su personal, inmediatamente y de un modo general, el trabajo en dos telares. El reglamento adoptado es hecho público el 15 de marzo en carteles murales; prevé un gran número de casos de despido y de multas:

“Art. 12º – El obrero que, por imprudencia probada, rompa o deteriore una pieza cualquiera de su telar, deberá pagar el valor del daño.

Art. 13º – Las piezas mal hechas sufrirán una rebaja proporcional a la gravedad de los defectos.”

Los disturbios que estallan el 16 de marzo degeneran en motín: los obreros rompen las máquinas, queman los telares; se llama a las tropas de Lille; los obreros levantan barricadas, 87 son detenidos.

Las negociaciones se inician el 17, y el 18, los delegados de los obreros y de los patronos firman este acuerdo:

“Articulo Primero. – El reglamento relativo a las multas será discutido y decidido por el Consejo de proud’hommes integrado por mitades por patronos y obreros.

Art. 2º – Todo obrero tendrá libertad para aceptar el trabajo en uno o dos telares...”

La reanudación del trabajo con dos telares fue general. Al comienzo se toleraron algunos defectos en el trabajo, y se incitó a los obreros a producir mucho.

Cumplieron buenas jornadas, pero eso duró poco tiempo, y cuando se restableció completamente la calma, se volvió a una mayor severidad y los salarios bajaron.

La huelga de Roubaix da ocasión a la oficina de París para formular su política. ¿Cuáles son las causas del conflicto?

Los hilanderos y tejedores de Roubaix se declaran en huelga, se quejan de que la introducción de las máquinas impone a los tejedores un exceso de trabajo, sin aumento de salario, y tiene por consecuencia el despido de un gran número de obreros. Protestan contra el reglamento de taller porque impone multas “de una ilegitimidad evidente y medidas atentatorias a su dignidad”. Además, los patronos quieren imponer a los obreros el pago de los telares que podrían deteriorar por imprudencia, y los defectos de las piezas mal hechas.

La oficina de París publica la declaración siguiente firmada por Tolain, Fribourg y Varlin:

Disturbios lamentables, acompañados de violencias más lamentables todavía, estallaron entre los hilanderos y tejedores de Roubaix... La huelga tuvo por consecuencia los tristes acontecimientos de los que fue informada la opinión pública. En esta situación, la Asociación Internacional cree deber pronunciarse y llamar la atención de los obreros de todos los países. Formulando las siguientes declaraciones:

El empleo de la máquina en la industria promueve un problema económico cuya solución se impone imperiosamente. Nosotros, trabajadores, reconocemos en principio el derecho de los obreros a un aumento proporcional cuando, por una nueva herramienta, les es impuesta una producción mayor.

En Francia, país del sufragio universal y de la igualdad, el obrero sigue siendo ciudadano aun cuando haya franqueado la puerta del taller y de la fábrica. Los

reglamentos impuestos a los hilanderos son hechos para siervos y no para hombres libres; no solamente atentan contra la dignidad, sino también contra la existencia del trabajador, puesto que la cifra de las multas puede suprimir y superar el salario.

En semejante debate, cuando no había sido cometida ninguna violencia y la huelga comenzaba con el abandono de los talleres, la intervención de la gendarmería no pudo menos que irritar a los obreros que creían ver en ella una presión y una amenaza.

Obreros de Roubaix,

Cualesquiera que sean vuestros justos agravios nada puede justificar los actos de destrucción de que os habéis hecho culpables. Pensad que la máquina, instrumento de trabajo, debe seros sagrada; pensad que semejantes violencias comprometen vuestra causa y la de todos los trabajadores. Pensad que acabáis de proporcionar armas a los adversarios de la libertad y a los calumniadores del pueblo.

La huelga continúa, se han realizado nuevas detenciones, y recordamos a todos los miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores que hay en estos momentos hermanos que sufren en Roubaix. Que si entre ellos algunos hombres extraviados por un momento, se hicieron culpables de violencias que reprobamos, existe entre ellos y nosotros solidaridad de intereses y de miseria; en el fondo de la cuestión, hay también justos agravios que

los fabricantes deben hacer desaparecer. Hay, por último, familias sin jefes; que cada uno de nosotros concurra a llevarles apoyo material y moral.

En 1865, a consecuencia de una huelga, gracias a la cual los broncistas obtuvieron la reducción de la jornada de 11 a 10 horas, crearon la Sociedad de Crédito Mutuo y de Solidaridad de los Obreros del Bronce, que comprende pronto 5.000 miembros. Frente a ella, se organiza una Asociación de Fabricantes Bronceros *para asegurar la independencia y la libertad del trabajo*.

En febrero de 1867, los fabricantes bronceros se comprometen a suscribir un capital de garantía a fin de asegurar trabajo y una indemnización diaria a todos los obreros que declaren su deseo de permanecer *independientes*¹¹⁰.

Inmediatamente, Barbedienne da orden a veintidós obreros pulidores a renunciar a su participación en la Sociedad de Crédito Mutuo. El resto del personal hace causa común con los pulidores. Al mismo tiempo, la casa Barbedienne impone a los obreros a destajo, deseosos de discutir el precio de la pieza, la obligación *de acudir personalmente*.

El 14 de febrero, haciendo causa común con Barbedienne, los fabricantes lanzan esta circular; “En nombre del derecho y de la equidad, los que suscriben hacen conocer su firme resolución de no admitir la intervención de pretendidos delegados, que vienen a interponerse entre los fabricantes y los obreros; tal

110 SOCIETÉ DU BRONZE: “Historique de la Gréve de 1867”. Cámara Sindical de los Obreros del Bronce, *Le Courrier français*, 24 de marzo de 1867.

intervención constituye una opresión y un verdadero atentado al libre ejercicio de la industria y del trabajo.”

La Sociedad de Crédito Mutuo de los Broncistas responde a esa circular afirmando el derecho de los obreros a hacerse representar.

Los otros fabricantes se solidarizan con Barbedienne, deciden el lock-out de los talleres y lo fijan para el 25 de febrero. Los patronos piden a sus obreros, para continuar dándoles trabajo, la renuncia pura y simple a la Sociedad.

Los obreros se comprometen a no volver a los talleres más que cuando aquellos que hayan trabajado durante la huelga –si se iba a la huelga– hayan salido para no volver a entrar en ellos. Los fabricantes afirman que están resueltos a despedir a los obreros si, antes del fin de la semana, no abandonan sus pretensiones. Ante lo cual los obreros hacen firmar en los talleres esta declaración: “Nosotros, abajo firmantes, declaramos tener el honor de formar parte de la Sociedad de Crédito Mutuo de los Obreros del Bronce, que tiene por finalidad garantizar a cada trabajador una retribución más en consonancia con las necesidades de la vida, y protestamos de antemano contra toda sociedad que tienda a rebajar la conciencia y la dignidad del hombre.”

El conflicto es, pues, ante todo, un conflicto de principios: los obreros broncistas reclaman el derecho de hacerse representar por delegados encargados por ellos de discutir con sus patronos, “a fin y de obtener una retribución más en consonancia con las necesidades de la vida, y el *respeto de*

aquellas condiciones que permiten asegurar su dignidad de hombres. La lucha entablada era una lucha moral. Se quería “*abolir un derecho por el hambre*”.

Los motivos de la huelga atraen a los broncistas la simpatía de los otros oficios. La solidaridad interviene en su favor. Se hizo un llamado a las corporaciones: “La huelga de los broncistas vuelve a poner a prueba la solidaridad que debe asegurar nuestra independencia y nuestra dignidad. ¡Obreros, todos hemos sido atacados, levantémonos unánimemente!”

Este llamado procedía de dieciocho delegados de las corporaciones obreras: botoneros, fundidores, torneros, fabricantes de llaves, carpinteros, obreros de instrumentos de música, tallistas, tipógrafos, hojalateros, alfareros, joyeros, doradores en metales, mecánicos...

La Sociedad de los Hojalateros adelanta más de dos tercios de su capital; los tipógrafos y los ebanistas no titubean, aunque están en vísperas de una huelga, en prestar a los broncistas casi todo lo que poseen. La Asociación Internacional de los Trabajadores apoya el llamado hecho en favor de los broncistas por las sociedades obreras y obtiene para ellos el socorro financiero de las Trade Unions, así como el de muchas sociedades obreras de provincias.

Ante esa resistencia, los fabricantes comienzan a discrepan entre sí; entran en negociaciones con los broncistas y se concede a los obreros un aumento promedio de 25%.

Los broncistas triunfaron en cuanto al principio: no se trata ya de poner en peligro la adhesión a la Sociedad de Crédito

Mutuo. Barbedienne encarga a uno de sus colegas que trate en su nombre con los obreros.

El prefecto de policía, al día siguiente del conflicto, convoca a los delegados de los broncistas y los felicita “por la dignidad y la firmeza de su conducta¹¹¹. El aumento del número de los miembros de la Sociedad de Crédito Mutuo, que se eleva a 6.000, es la prueba de su influencia creciente.

IX

El segundo Congreso de la Internacional reúne en Lausana, el 2 de septiembre, delegados de París, de Rouen, de Burdeos, de las secciones de Marsella, de Fuveau, de Caen, de Lyon, de Vienne, de Neuville y de Villefranche¹¹². La delegación inglesa es poco numerosa. César de Paepe está presente y, por primera vez, James Guillaume de Lóele. El Congreso invita a los adherentes de la Internacional a usar su influencia para que las sociedades obreras empleen sus fondos en la cooperación de producción, “que es el mejor medio de utilizar, en vista de la *emancipación*, el crédito que dan ahora a la clase media y a los gobiernos”.

El Congreso adopta una resolución en favor de la organización de la escuela-taller, y de una enseñanza científica, profesional y productiva.

111 *Procés de L'Internationale*, 2 ed., julio de 1870, pág. 81.

112 *Le Congrès de Lausanne*, informe oficial, 1867. Imprenta de La Voix de l'Avenir, La Chaux-de-Fonds.

La discusión sobre el papel del Estado lleva al Congreso a votar la resolución siguiente:

Los esfuerzos de la nación deben tender a hacer del Estado el propietario de los medios de transporte y de circulación a fin de destruir el poderoso monopolio de las grandes compañías que, al someter las clases obreras a sus leyes arbitrarias, atacan a la vez la dignidad del hombre y la libertad individual.

En el Congreso de Lausana se oponen las tendencias mutualistas y colectivistas. César de Paepe defiende la idea de la *incorporación del suelo a la propiedad colectiva de la sociedad y la abolición de la herencia*; es apoyado por los ingleses, los alemanes y los belgas; los franceses y los italianos se afirman partidarios de la posesión individual tal como la concibe Proudhon en su libro póstumo: *La Théorie de la propriété*¹¹³. La decisión se posterga hasta el próximo congreso. El Congreso de Lausana vota una resolución en favor de las libertades políticas. Decide enviar una delegación encargada de presentar al Congreso de la Paz y de la Libertad un manifiesto colectivo. El Congreso de la Internacional se declara pronto a sostener enérgicamente al Congreso de la Paz y de la Libertad en todo lo que pueda emprender “para conseguir la abolición de los ejércitos permanentes y el mantenimiento de la paz, con el fin de llegar lo antes posible a la emancipación de la clase obrera, a su liberación del poder del capital, así como a la formación de una confederación de Estados libres en Europa”.

113 Sobre esta discusión, ver el artículo de TOLAIN en *Le Courrier française* del 10 de septiembre.

La Liga de la Paz y de la Libertad celebra su congreso en Ginebra, inmediatamente después del congreso de Lausana. James Guillaume presenta el manifiesto de la Internacional. Pero es acogido diversamente, más bien con frialdad, por parte de los economistas liberales y de los republicanos políticos: “Todos los republicanos del Congreso de la paz y de la libertad, cuenta Albert Richard¹¹⁴, estaban dominados por el deseo de no introducir en las preocupaciones del partido republicano concepciones teóricas que juzgaban atrevidas y prematuras.” La protesta, leída en la tribuna por el economista Cheburliez, lleva a Eugéne Dupont a responder: “¿Creéis que, cuando los ejércitos permanentes sean disueltos y transformados en milicias nacionales, tendremos la paz perpetua? No, la revolución de 1848 está ahí para responderos. Para establecer la paz perpetua es preciso aniquilar las leyes que oprimen el trabajo y hacer de todos los ciudadanos una sola clase de trabajadores.” En el segundo proceso de la Internacional, Varlin resumirá en una frase la respuesta de la Internacional al Congreso de la Paz y de la Libertad: “Suprimir la división que existe entre los hombres, es al mismo tiempo suprimir la guerra entre naciones.”

X

En noviembre de 1867, la oficina de París toma parte en la

114 ALBERT RICHARD, *Revue politique et parlementaire*, 1897.

manifestación ante la tumba de Manin, uno de los héroes de la independencia italiana, para protestar contra la intervención armada francesa en Italia. El gobierno imperial utiliza este pretexto para iniciar persecuciones contra la oficina de la Internacional parisiense. En realidad, los progresos de la Internacional en París, y sobre todo en provincias, inquietaban al gobierno.

Si la juventud republicana acogió con entusiasmo la Internacional, los políticos republicanos mantienen frente a ella una actitud hostil que traduce la ocurrencia de Jules Favre: "Vosotros, señores obreros, los únicos que habéis hecho el Imperio, sois los únicos que debéis destruirlo." El gobierno sabe que los internacionalistas cuentan con pocas simpatías entre los miembros de la oposición parlamentaria que quiere agrupar. Durante el proceso de la Internacional, Napoleón III aplica su política alternada, de ducha escocesa, haciendo votar las dos leyes prometidas por una carta imperial del 19 de enero de 1867; una ley sobre la prensa, el 9 de marzo de 1868, y una ley sobre las reuniones, el 25; pero, entre esas dos fechas, el 20 de marzo, será condenada la primera Comisión.

El 30 de diciembre de 1867, Tolain, Chemalé, Héligon y sus camaradas de la primera Comisión fueron acusados como culpables de participar en una asociación no autorizada de más de veinte personas. El 20 de marzo de 1868, ante el tribunal correccional, el procurador general los hace condenar a 100 francos de multa cada uno, después de haber declarado: "Los acusados que comparecen ante vosotros son obreros laboriosos, honestos, inteligentes. Ninguna condena ha recaído sobre ellos, ninguna mancha afecta su moralidad y no tengo,

señores, para justificar la prevención dirigida contra ellos, ninguna palabra que pueda lesionar su honor."

Algunos periódicos liberales protestan después del juicio, principalmente *L'Opinion Nationale*:

La Internacional tiene derecho a todas las simpatías del poder por su amor al orden, a la calma, a la legalidad. Los congresos de esta Asociación ¿fueron turbulentos?... Nada amenaza al orden público en el programa de la Internacional. Se suprimió, cuidadosamente de sus artículos todo lo que puede dividir a los hombres o sembrar la perturbación en su espíritu de concordia: hipótesis religiosas, opiniones políticas.

El 8 de marzo, es elegida una segunda Comisión, e instala su oficina en rue Chapón, 19. Estaba formada por: Eugéne Varlin, cuya influencia, ya grande, se volverá predominante. A su lado, Bourdon, grabador de metales; Benoît Malon, tintorero; Combault, joyero; Mollin, dorador de metales; Émile Landrin, cincelador; Humbert, pulidor de cristales; Granjon, fabricante de cepillos; Charbonneau, ebanista.

Las tendencias de esta segunda Comisión son las de un colectivismo antiestatista, que sus partidarios llaman comunismo no autoritario. Las tendencias colectivistas de la mayoría de la segunda Comisión son las que triunfan en el congreso de Bruselas en septiembre de 1868.

Los miembros de la segunda Comisión se distinguen también de los de la primera por sus ideas sobre la educación, ideas que Varlin y Bourdon habían afirmado ya en el Congreso de

Ginebra, en un informe de minoría agregado a la memoria de la delegación parisense de la primera Comisión.

La instrucción y la educación son para los internacionalistas parisienses condiciones esenciales de su emancipación: como dice Héligon, “la ausencia de instrucción pone a los trabajadores bajo la dependencia de aquellos que la poseen”. Sobre este principio mutualistas y colectivistas estaban de acuerdo; en su memoria al congreso de Ginebra, salvo Bourdon y Varlin, los otros delegados parisienses se pronunciaron contra la instrucción gratuita y obligatoria. Temían que la educación por el Estado atentase contra la independencia de la familia y la autoridad paternal; compartían la desconfianza de Proudhon con respecto al Estado, temiendo la formación de hombres en serie, de “autómatas”.

La formación de la educación corresponde a la madre:

En nombre de la libertad de conciencia, en nombre de la iniciativa individual, en nombre de la libertad de la madre, dejadnos arrancar al taller que la desmoraliza y la mata, a esa mujer que soñáis libre, a esa mujer fatalmente condenada, por el abuso de un trabajo para el cual no estaba formada, a una existencia sin alegría y sin objetivo. La mujer tiene por fin esencial ser una madre de familia, la mujer debe quedar en el hogar, el trabajo debe serle prohibido. A la madre corresponde la función de criar al niño, preparar esa educación varonil y libre, que es la única que puede hacer un hombre libre. La familia, así reconstruida gracias a una reforma radical de las costumbres, a un más puro reparto de los productos del

trabajo, bastará, creemos, para hacer ciudadanos, fuera de la influencia del Estado y de toda reglamentación.

Tal era el ideal de esos primeros internacionalistas prouthonianos. Enteramente distinta era la concepción de aquellos a quienes Varlin llama “comunistas anti-autoritarios”. Reclaman la instrucción obligatoria y gratuita para todos, “porque siendo considerable la suma que es necesario invertir en una educación capaz de desarrollar todas las facultades del niño y de ponerlo al corriente de la ciencia y de la industria, no es indiferente investigar por quién será proporcionada”. Importa que todos los niños tengan asegurada una educación completa, a fin de que ninguno comience la vida en condiciones de inferioridad. Ahora bien, es lo que se producirá fatalmente si es la familia quien debe soportar la carga de la educación: según la familia tenga más o menos hijos, disponga de más o menos recursos. De ahí “desigualdad para los niños en los resultados, desigualdad de las cargas para las familias, por tanto falta de justicia”. Varlin y Bourdon tienen razón cuando concluyen:

Que la sociedad tome la educación a su cargo, y las desigualdades cesan, la caridad desaparece. La enseñanza se convierte en un derecho igual para todos, pagado por todos los ciudadanos, no ya en razón del número de sus hijos, sino en razón de su capacidad contributiva... Pero cuando pedimos que la enseñanza esté a cargo de la sociedad, nos referimos a una sociedad verdaderamente democrática en la cual la dirección de la enseñanza se ajustaría a la voluntad de todos.

En nuestro espíritu, la administración central, después de haber formulado un programa de estudio que comprenda solamente las nociones esenciales y de utilidad general, dejará a las comunas la tarea de agregarle lo que les parezca bueno y útil en relación con los lugares, costumbres e industrias de la región, y de elegir sus profesores, abrir y dirigir sus escuelas. Además, esa enseñanza por la sociedad encontrará un excelente correctivo en la libertad de enseñanza, es decir, en el derecho natural que tiene todo individuo a enseñar lo que sabe... Pero para que todos estén seguros de recibir esa instrucción, es preciso que exista la obligación de recibirla. Nosotros concluimos, pues, en la enseñanza efectuada por la sociedad bajo la dirección de los padres y obligatoria para todos los niños; pero pedimos, ocurra lo que ocurriere, la libertad de enseñanza.

Las ideas de los miembros de la segunda Comisión triunfarán en el Congreso de Bruselas, al cual Émile Aubry, representante de la sección de Rouen, lleva un programa preciso de enseñanza: hasta la edad de ocho años, la instrucción será dada por la familia; de ocho a catorce años, una misma enseñanza, *una escuela única*.

Varlin y los internacionalistas, comunistas anti-autoritarios, en lo que concierne a la mujer, están en oposición a los mutualistas prudhonianos. Son más realistas y tienen razón de serlo.

Comprueban que, en la sociedad actual, un gran número de mujeres están obligadas a ganarse la vida, a trabajar; también estiman que es preciso luchar para asegurar a las mujeres que

trabajan un salario que no sea un salario de hambre, para limitar las horas de trabajo y reglamentar la higiene de los talleres.

Apenas nombrada la segunda Comisión, estalla en Ginebra la huelga de la construcción.

Desde hacía largo tiempo, los obreros de la construcción pedían que la jornada de trabajo fuese reducida de 12 a 10 horas, como en la mayor parte de los otros países industriales. El 19 de enero de 1868, todos los gremios de la construcción reclaman la jornada de 10 horas y la fijación de los salarios según una tarifa considerada por las asambleas gremiales generales. Reclaman también la supresión completa del sistema de los subcontratistas.

En marzo, como no habían obtenido respuesta de los empresarios, los trabajadores de la construcción deciden poner el “asunto” en manos de la Internacional. El 23 de marzo se llevó a cabo una gran asamblea. Al día siguiente, los picapedreros, los albañiles, los yeseros se declaran en huelga. Los patronos deciden el cierre de los lugares de trabajo. Tres mil obreros pertenecientes a todas las corporaciones de la construcción quedan sin empleo. La razón real del lock-out y el deseo de los empresarios consisten en obligar a sus obreros a renunciar a su adhesión a la Internacional.

El Comité Central de Ginebra escribió al Consejo General de Londres y, al mismo tiempo, el 26 de marzo, a Varlin, para reclamar el apoyo de las secciones francesas. El 31 de marzo, Dupleix pide a Varlin que prevenga a los obreros franceses de

la construcción para que no vayan a Ginebra, porque los patronos de esta ciudad tratan de remplazar la mano de obra local por mano de obra francesa.

El 5 de abril, Varlin pide a *L'Opinión nationale* que anuncie que se ha abierto una suscripción en la oficina de la Asociación, en favor de los huelguistas ginebrinos. Hace imprimir llamados a los obreros de todas las profesiones. Circulan listas en París y, en dos semanas, Varlin recoge 10.000 francos entre los obreros impresores, los litógrafos, los hojalateros, los ebanistas, los orfebres, los pulidores de cristales y los tallistas de piedra.

El 10 de abril, Varlin, Benoît Malon y Emile Landrin, publican un nuevo llamado en *Le Courier pandáis*. Gracias a la solidaridad de los obreros de las diversas corporaciones, gracias al apoyo de la Sección francesa de la Internacional, 2.500 obreros reciben socorros durante la huelga.

Varlin destaca el sentido que tenía la huelga de Ginebra para los internacionalistas (segundo proceso de 1868) en su defensa colectiva:

Sin el vínculo federativo entre los trabajadores de los diversos países, los obreros de la construcción de Ginebra, en presencia de una huelga general que se hallaban en la imposibilidad de sostener, no habían obtenido, o al menos no tan pronto, el apoyo de los trabajadores de París, de Londres, de Alemania, de Suiza, del cual tenían urgente necesidad, mientras que bastó al Comité de Ginebra prevenir simultáneamente a las distintas oficinas para que inmediatamente hayan afluido los recursos de todas partes.

Cuando los miembros de la segunda Comisión comparecen el 22 de mayo ante el Tribunal correccional, la huelga de Ginebra es el principal motivo de acusación. Ningún documento esclarece mejor el esfuerzo realizado que la defensa general de los acusados, presentada por Varlin:

La causa que nos trae ante vosotros no es nuestra en forma individual. No solamente es la de todos los miembros de esta vasta Asociación Internacional de la que somos aquí representantes, sino la de todos los trabajadores franceses, agrupados en sociedades de todo tipo, siempre toleradas, nunca autorizadas. Estamos pues en presencia de una ley que rechazan las costumbres de nuestra época, que la revolución de febrero derogó implícitamente, que la administración misma casi abandonó, y que parece no conservarla más que como un arma de la que se sirve para atacar parcialmente según los hombres y las ideas.

Si ante la ley somos, vosotros jueces y nosotros acusados, ante los principios somos dos partidos, vosotros el partido del orden a todo precio, el partido de la estabilidad, nosotros el partido reformador, el partido socialista. Examinemos de buena fe cuál es ese estado social al que nosotros declaramos susceptible de mejorar y por lo cual nos consideráis culpables. La desigualdad lo carcome, la falta de solidaridad lo mata, los prejuicios antisociales lo oprimen en sus manos de hierro. Los goces no son más que para la minoría que los disfruta en lo que tienen de más refinado; la masa, la gran masa, languidece en la miseria y la ignorancia... Si vieseis una bandada de palomas caer sobre un campo de trigo y, si en lugar de merodear cada

*cual a su capricho, noventa y nueve se ocupasen de reunir el trigo en un solo montón, no tomando para ellas más que la paja y los deshechos; si reservasen ese montón, su trabajo, para una sola de ellas... Si vieseis eso, no veríais realmente más que lo que está establecido y se practica diariamente entre los hombres*¹¹⁵...

¿No pertenece a los noventa y nueve quien nace en la miseria, provisto de una sangre empobrecida, sufriendo algunas veces hambre, mal vestido, mal alojado, separado de su madre que debe abandonarlo para ir al trabajo, pudriéndose en la suciedad, expuesto a mil accidentes, y adquiriendo a menudo desde la infancia el germen de las enfermedades que le seguirán hasta la tumba? En cuanto tiene algo de fuerza, a los ocho años, por ejemplo, debe ir a trabajar, en una atmósfera malsana, donde, extenuado, rodeado de malos tratos y de malos ejemplos será condenado a la ignorancia e impulsado a todos los vicios. Llega a la edad de su adolescencia sin que su suerte cambie. A los 20 años es forzado a dejar a sus padres, que tienen necesidad de él, para ir a embrutecerse en los cuarteles o a morir en los campos de batalla, sin saber por qué. Si vuelve, podrá casarse aunque desagrade al filósofo inglés Malthus y al ministro francés Duchátel, que pretenden que los obreros no tienen necesidad de casarse y de tener una familia y que nada les obliga a seguir sobre la tierra cuando no pueden encontrar medios de vida. Se casa por tanto; la miseria entra bajo su techo, con la carestía y el paro forzoso, las enfermedades y los hijos. Entonces,

115 Cita de W. PALLEY, de Oxford, *La Cooperation*, mayo de 1868.

cumando ante la vista de la familia que sufre, reclama una más justa remuneración de su trabajo, se le encadena por el hambre como en Preston; se le fusila como en la Fosse Lépine; se le encarcela como en Bolonia; se le entrega al estado de sitio como en Cataluña, se le arrastra ante los tribunales como en París... Ese desdichado cae en su calvario de dolores y de afrentas, su edad madura no tiene recuerdos, ve la vejez con espanto; si no tiene familia, o si su familia no tiene recursos, irá, tratado como un malhechor, a terminar en un depósito de mendicidad. Y sin embargo ese hombre ha producido cuatro veces más de lo que consumió. ¿Qué hizo la sociedad con el excedente? Hizo como la centésima paloma... Consultad la historia y veréis que todo pueblo, toda organización social que se valieron de una injusticia, y no quisieron escuchar la voz de la austera equidad, entraron en descomposición. Poned el dedo en la época actual, veréis allí un odio sordo entre las clases..., el egoísmo desenfrenado y la inmoralidad en todas partes: hay en ella signos de decadencia, el suelo se hunde bajo vuestros pies, ¡tened cuidado! Una clase que fue oprimida en todas las épocas y en todos los reinos, la clase del trabajo, pretende llevar un elemento de regeneración; sería prudente por vuestra parte saludar su advenimiento racional y dejarla cumplir su obra de equidad... Cuando una clase perdió la superioridad moral que la hizo dominante, debe apresurarse a desaparecer si no quiere ser cruel, porque la crueldad es el destino común de todos los poderes que caen...

Tal es la voz de Varlin, una voz próxima a nosotros por su sencillez y su pasión contenida. Varlin, durante todo el año

1867, pudo colaborar amistosamente con Fribourg y Tolain, porque entre ellos, junto a oposiciones innegables, hay puntos de contacto, rasgos de unión. Lo que les opone, sobre todo, es su temperamento. Fribourg y Tolain son reformistas. Varlin es un revolucionario. Lo era desde su juventud y sigue siéndolo. En la cárcel, Varlin encuentra a los blanquistas: éstos lo habrían convertido a sus métodos. No hubo ninguna conversión. No hay matiz alguno blanquista en Varlin. Su concepción de la revolución no se parece a la de los blanquistas: sus métodos son también distintos. Esto se verá cuando se vuelvan a encontrar en el Consejo de la Comuna internacionalistas y blanquistas.

XI

El Tercer Congreso de la Internacional se celebra en Bruselas, del 6 al 13 de septiembre de 1868. Llegaron de Gran Bretaña los delegados del Consejo General: Shaw, de la Asociación Obrera de Pintores; Lucraft, de la Asociación de Fabricantes de Sillas; el relojero Jung y Eccarius, en total once delegados. Los delegados franceses son dieciocho, casi todos representantes de sociedades obreras: mecánicos, broncistas, obreros de la construcción, encuadernadores, hojalateros, etc.... Hay ocho delegados suizos, cinco delegados alemanes, un delegado italiano, un delegado de las asociaciones obreras de Cataluña y cincuenta y cuatro delegados belgas, entre ellos César de Paepe¹¹⁶.

116 Informe oficial por *Le Peuple belge*: impr. Lemoine; *L'Égalité*. 8 de marzo de

La primera cuestión sometida al Congreso fue la de la guerra:
¿Cuál debe ser la actitud de los trabajadores en el caso de una guerra entre las potencias europeas?

Catalan, de Ginebra:

Digo ante todo que la guerra no depende de la opinión pública [y cita los acontecimientos de 1866]... ¿Por qué? Porque hay, por encima de la opinión pública, instituciones que la aplastan. Hay voluntades superiores a la del pueblo, que disponen solas del derecho de la guerra o de la paz... Que cada uno de nosotros y que la Asociación Internacional entera haga la guerra a la guerra, empleando todas las fuerzas contra los hombres que tienen el derecho de hacer la guerra, contra las instituciones que crean ese derecho y contra la ignorancia que le permite perpetuarse.

César de Paepe:

[Para suprimir la guerra] hay dos métodos: el primero, es atacar directamente a la guerra por la negativa a cumplir el servicio militar... o, lo que es lo mismo, puesto que los ejércitos tienen necesidad de consumir, por la negativa del trabajo; el segundo no interviene directamente; al resolver la cuestión social misma se pretende llegar a la supresión de la guerra: tal es el método que la Internacional está destinada a hacer triunfar... La única causa verdadera de la guerra está en nuestras instituciones sociales. La causa primera de toda guerra es el hambre... Esta guerra de

*Oriente que costó tanta sangre ¿qué otra cosa es sino una lucha para apoderarse de los mercados productores de Oriente, una verdadera lucha social, comercial?*¹¹⁷

Tolain, en nombre de los delegados parisienses, presenta esta resolución:

Considerando... que la guerra no fue nunca más que la razón del más fuerte, y no la sanción del derecho: que es un medio de subordinación de los pueblos por las clases privilegiadas o los gobiernos que las representan; que alimenta el despotismo, sofoca la libertad que, en el estado actual de Europa, los gobiernos no representan los intereses legítimos de los trabajadores... Declara protestar con la mayor energía; invita a todas las secciones de la Asociación a obrar con la mayor energía para impedir, por la presión de la opinión pública, una guerra de pueblo a pueblo que, hoy, no podría ser considerada más que como una guerra civil porque, hecha entre productores, no sería más que una lucha entre hermanos y ciudadanos.

El Congreso vota igualmente una resolución presentada por Charles Longuet:

El Congreso recomienda a los trabajadores interrumpir todo trabajo en el caso de que llegue a estallar una guerra en sus países respectivos.

Esta decisión, que volvieron a tomar más tarde todos los

117 Sobre las discusiones de Bruselas, ver OSCAR TESTUT, *Le livre bleu de L'Internationale*, pág. 170, Lachaud, 1871.

congresos obreros internacionales, llama sin embargo la atención de Marx. En su carta a Engels, el 16 de septiembre, ironiza y habla de la “tontería belga de querer hacer huelga contra la guerra”.

La segunda cuestión del orden del día es la de las *huelgas, de la federación entre las sociedades de resistencia y de la creación de un consejo de arbitraje para las huelgas eventuales*.

El informe de César de Paepe esboza una organización de base sindical:

Las asociaciones productoras surgidas de las Trade Unions englobarán los gremios enteros, invadirán la gran industria y formarán así la Corporación nueva: corporación que los economistas burgueses confundirán de buena gana con la antigua, organizada jerárquicamente, fundada en el monopolio y el privilegio, y limitada a un cierto número de miembros, mientras que la corporación nueva será organizada en forma igualitaria, fundada en la mutualidad y la justicia, y abierta a todos. Allí se nos presenta el porvenir real positivo de las Trade Unions, porque la huelga, lo hemos dicho, no es útil más que a título provisorio, la huelga perpetua sería la eternización de salariado y nosotros queremos la abolición del salariado... Queremos, no precisamente lo que se llamó en nuestros días asociación del trabajo y del capital (combinación híbrida...) sino que queremos la absorción del capital por el trabajo.

Esta transformación de las sociedades de resistencia no debe

hacerse solamente en un país, sino en todos o al menos en todos aquellos que están a la cabeza de la civilización. Todas estas asociaciones aprovecharán su federación para realizar el cambio recíproco de los productos al precio de costo: “el cambio mutuo internacional remplazará al proteccionismo y el librecambismo de los economistas burgueses”. Esta organización universal del trabajo y del cambio, de la producción y de la circulación, coincidirá con una transformación inevitable y necesaria en la organización territorial, al mismo tiempo que con una transformación intelectual: ésta tendrá como punto de partida la instrucción integral impartida a todos. Este esbozo de organización desarrollado por César de Paepe es una curiosa mezcla de mutualismo y de sindicalismo. Trata de ligar la experiencia de las Trade Unions y los proyectos de las sociedades de resistencia francesas. El Congreso de Bruselas señala la etapa intermedia de la evolución que se produce.

XIII. EL IMPULSO ROTO POR LA GUERRA (1869–1870)

Queremos hacer descender la fórmula revolucionaria desde las abstracciones políticas a las realidades sociales.

ALBERT THEISZ. Tercer proceso, 1870.

La guerra es la enemiga del trabajo. La voluntad de algunos puede hacer y hace correr la sangre a torrentes en las luchas fratricidas de pueblo contra pueblo que, teniendo los mismos sufrimientos, debe tener las mismas aspiraciones.

EUGÉNE VARLIN, 1868.

El destino del movimiento obrero, durante los años 1869 y 1870, sigue una curva bruscamente ascendente, después bruscamente descendente: la expansión de la Internacional y el desarrollo, rico en posibilidades de porvenir, que la organización obrera conoce en Francia durante el año 1869 y

los primeros meses de 1870; bruscamente, en julio de 1870, la guerra rompe el movimiento obrero francés y lo arrastra a la declinación, después a la caída de la Internacional en los diversos países donde había echado raíces.

La guerra, he ahí la causa de la declinación de la Internacional. Sin duda, a esa causa esencial se une una segunda causa: el conflicto, provocador de escisiones en el seno de la Internacional, entre los ideólogos que se empeñan en hacer triunfar sus concepciones egoístas y prefieren desgarrar con sus propias manos la Internacional antes que renunciar a la victoria de su personalidad. Pero no es esa, sin embargo, más que una segunda causa. La guerra franco-alemana y sus consecuencias naturales quebraron por un tiempo el ímpetu del movimiento obrero.

Pero lo mismo que en ciertos días, en la montaña, un mar de bruma intercepta la visión de las altas cimas, la guerra y los desgarramientos de la Internacional hicieron olvidar la magnífica expansión del movimiento obrero en Francia en 1869 y durante los primeros meses de 1870.

En 1866, cuando el Congreso de Ginebra, la Internacional no tenía más que quinientos adherentes en Francia y, en 1868, apenas 2.000. Después del segundo proceso, durante el año 1869 y los primeros meses de 1870, las diversas secciones de la Internacional en Francia suman 245.000 miembros inscritos. Sobre todo, paralelamente a este crecimiento y favoreciéndolo, puesto que las sociedades obreras se adhieren en bloque a la Internacional, las asociaciones obreras aumentan el número de sus miembros y perfeccionan su

organización y sus relaciones. En París y en los grandes centros, las sociedades obreras se unen en cámaras federales. Las clases obreras en Francia, en diciembre de 1869, presentan una primera tentativa de organización horizontal y vertical. Federaciones de oficios y uniones regionales: las dos partes de este díptico que debía constituir, veinticinco años después, en Limoges, en 1895, la organización de la Federación de Bolsas y la Confederación General del Trabajo.

Todo gran progreso humano se traduce por un perfeccionamiento en la organización; resulta de la combinación de causas económicas y psicológicas. Benoît Malon tiene razón para decir que la Internacional salió viva, no sólo de las necesidades de la época, sino de los dolores crecientes de la clase obrera.

El acontecimiento tiene siempre rostro humano. El crecimiento moral y la capacidad política –entendida en el sentido que Proudhon da a esta expresión– entre 1868 y 1870, se encarnan en algunos hombres que tenían las virtudes de los *militantes*: Héligon, André Murat, Combault, Émile Aubry, Albert Richard, Bastelica, Benoît Malon, Johannard, Avrial, Frankel, Albert Theisz y Varlin¹¹⁸.

Varlin no habría querido por nada del mundo que se le distinguiese de sus camaradas de creencias y de luchas. Veía justamente; por instinto comprendía que una obra que sigue

118 Un importante expediente relativo a Albert Richard se encuentra en los archivos municipales de Lyon (serie I [2], Policía Política). Ver EDOUARD DOLLÉANS, *Lettres de Varlin a Richard, 22 juillet, 1869 au 28 février, 1870*, International Institute for Social History, Amsterdam, 1937.

fiel a su inspiración popular, no puede ser realizada más que por el estrecho acuerdo de un equipo de hombres. Pues, cuando una personalidad dominadora quiere imprimirlle su sello, la obra se debilita porque es sometida al riesgo de la arbitrariedad personal que entrañan las cegueras del orgullo. Para que la obra perdure, los creadores deben denunciar al yo.

Esos hombres poseían, como todos los verdaderos militantes, el valor, el olvido de sí, la visión del mañana y el espíritu organizativo realista.

Eugéne Varlin pertenece a una familia de agricultores de Gaye, en Seine-et-Marne. Su padre, que no posee más que algunos arpendes de viña, ejerce en Voisins el oficio de obrero agrícola. A los trece años Eugéne Varlin llega a París, para iniciar su nuevo aprendizaje, en casa de un hermano de su madre, Hippolyte Duru, encuadernador, 16, rue des Prouvaires. Ese tío le propone cederle su negocio a condición de que se case; Varlin le responde que tiene su familia formada, la de los “oprimidos”. Su vocación es el apostolado. Su sobrina, la señorita Proux, pudo decir de él a Maurice Foulon: “lo daba todo y no tenía nada que pudiese llamar suyo”.

Como es preciso vivir, trabaja primero en diversos talleres; después, en 1862, se instala en la casa d'Aubusson, 33, rue Dauphine, para ejercer su oficio, realizando trabajo a domicilio. Con su amigo Delacour, de 18 años, desde 1857, había formado la Sociedad Civil de los Encuadernadores. Varlin forma parte de la Comisión Obrera elegida para organizar, en 1861, la delegación obrera a la Exposición de Londres. En agosto de 1864, toma participación activa en la primera huelga de los

encuadernadores que tiene por objeto la reducción de la jornada de trabajo de 12 a 10 horas.

En una circular del 26 de agosto de 1865, dirigida a los patronos y obreros encuadernadores, Varlin precisa las razones vitales que justifican la reducción de la jornada de trabajo.

Si pone esta reivindicación antes inclusive que la cuestión del salario, es porque a sus ojos tiene una importancia primordial desde el punto de vista del desarrollo de la educación de las masas, objetivo esencial del movimiento obrero. Y Varlin traza ya el cuadro general de la acción obrera.

El desarrollo de la industria debe tener por resultado el aumento del bienestar para todos. Al aumentar la producción cada día por la extensión del empleo de las máquinas, el rico no basta ya para el consumo; es preciso, pues, que el obrero se convierta en consumidor y, para eso, le hace falta un salario bastante elevado para adquirir, y el tiempo necesario para poseer...

El hecho material del aumento de la producción por el empleo de nuevas máquinas y de medios más expeditivos de trabajo bastará para reclamar una reducción de la jornada, necesaria para el reposo del cuerpo; pero, sobre todo, el espíritu y el corazón tienen necesidad de ella... la instrucción se nos hace imposible por el empleo de nuestra jornada... la familia tendría también para nosotros sus encantos y su poder moralizador...

Los deberes del padre de familia, las necesidades del hogar, las alegrías de la intimidad nos son imposibles y

*desconocidas, el taller absorbe nuestras fuerzas y todas nuestras horas*¹¹⁹.

En septiembre de 1865, Varlin acompaña a Tolain, Fribourg y Limousin a Londres.

Eugéne Varlin, desde esa época, pese a su timidez, posee ya entre las diversas asociaciones obreras de París, una autoridad que hace que se lo designe en 1867, representante de las corporaciones obreras ante la oficina parisina.

Esa autoridad irá creciendo durante los años siguientes; Eugéne Varlin la debe primeramente, y ante todo, a su gran simpatía, a su sencillez, a su humanidad acogedora. Su fuerte personalidad no es, algo muy raro, una prisión. Su corazón, su inteligencia están ampliamente abiertos, no expresa su opinión más que después de haber escuchado la de los otros. Lleno de benevolencia, descubre primero en el que se dirige a él, no los defectos, el vicio aparente, sino que sabe adivinar al hombre secreto. Su instinto extrae el diamante oculto. Cree en el hombre, cree en la clase obrera, porque no en vano comenzó por ser prudhoniano. Cree en la capacidad de la clase obrera; su intimidad cotidiana con la vida de las asociaciones obreras le enseñó que la energía y la vitalidad de los trabajadores son capaces de rejuvenecer una sociedad que envejece y que los espíritus más cultos de su tiempo reconocen en estado estacionario.

119 Esta primera huelga triunfa parcialmente, pero una segunda fracasa en septiembre de 1865. Varlin, que solicitó préstamos para acudir en socorro de las familias víctimas de la huelga, llega a rembolsar, en dos años, los 4.000 francos que quedan de deuda.

Eugéne Varlin tenía esa llama que permite superar sus fuerzas físicas. Faillet, que lo conoció, cuenta que, una vez ganado su pan, trabajando durante la noche, corría de un extremo al otro de la gran ciudad a encontrar a la salida del taller, en el bodegón, en la lechería, a tal o cual camarada, a tal o cual grupo. Los escuchaba, los despertaba, los entusiasmaba, persuadía a los más rebeldes y a los más despreocupados para que prestasen su concurso a las sociedades obreras. De vuelta a su casa, después de haber escrito a los amigos de provincias y del extranjero y después de dormir un poco, se ponía a trabajar en la encuadernación.

I

Eugéne Varlin quiere hacer “descender la fórmula revolucionaria a las realidades sociales”; tiene el sentimiento de las dificultades y la preocupación de los problemas que se plantearán al día siguiente de la revolución. Escribe en noviembre de 1869:

Podríamos sobre todo comenzar el estudio de los medios de organizar el trabajo una vez hecha la revolución, porque es preciso que estemos prontos ese día, si no queremos dejarnos frustrar una vez más. La supresión de todas las instituciones que nos molestan será fácil, aproximadamente estamos todos de acuerdo en ello; pero la edificación será más difícil, porque los trabajadores no tienen todavía ideas en común sobre este punto, han considerado muy poco de

*eso en su imaginación. Sin embargo, es esencial que estemos prontos, de tal modo que, al sustituir de repente por una organización mucho mejor la que haremos desaparecer, los más incrédulos y los más reacios estén inmediatamente con nosotros.*¹²⁰

Eugéne Varlin fue el primero, entre los militantes obreros, que tuvo la visión precisa de las ideas y de los métodos del socialismo revolucionario, tal como se afirmará en Francia desde 1892 y desde 1895 bajo la influencia, en primer término, de Fernand Pelloutier. Varlin es el precursor directo de los Pelloutier, de los Griffuelhes y de los Merheim.

En artículos que da a la prensa, como en sus discursos en las reuniones obreras, en *Le Travail*, en *La Marseillaise* y en los periódicos suizos, en *Le Progrés du Léole* y *L'Égalité*, Varlin desarrolla ya todo lo que contienen las fórmulas de Pelloutier: quiere “despertar en los obreros su propia capacidad, enseñarles a querer, instruirles para la acción”. Porque la acción que se desarrolla en el marco de las instituciones obreras autónomas es educadora.

Porque reclama de ellos un esfuerzo y un heroísmo cotidiano, la lucha pone a prueba el carácter de los trabajadores, como la administración de las sociedades obreras los forma para la gestión. A los ojos de Varlin, en efecto, “la clase del trabajo” debe aportar a la sociedad “un elemento de regeneración”. Al luchar contra la clase patronal y contra el Estado tradicional, la clase laboriosa afirma su voluntad de

120 Varlin a Albert Richard, *Lettres inédits*, Archivos municipales de Lyon, serie I (2), 20 de noviembre de 1869.

organizar libremente la producción y de excluir de la fábrica toda autoridad exterior al mundo del trabajo. Afirma así su voluntad de elaborar un derecho nuevo. La conquista de ese derecho exige virtudes de perseverancia, de valor y a menudo de heroísmo; gracias a éstas se establece poco a poco una moral obrera. Porque las instituciones nuevas son ineficaces sin el espíritu de los hombres que las animan. Son esas ideas las que Varlin expresó de una manera precisa, principalmente en dos artículos de *La Marseillaise* de enero y marzo de 1870¹²¹.

...La riqueza social no puede asegurar el bienestar de la humanidad más que a condición de ser puesta en acción por el trabajo. ¿Quién, pues, hará fructificar los capitales colectivos y el reparto de los productos? A no ser que se quiera entregarlo todo a un Estado centralizador y autoritario... y llegar así a una organización jerárquica del trabajo, de arriba abajo, en la cual el trabajador no será más que un engranaje inconsciente sin libertad e iniciativa... Estamos obligados a admitir que los trabajadores mismos deben tener la libre disposición, la posesión de sus instrumentos de trabajo, a condición de entregar en cambio sus productos al precio de costo, a fin de que haya reciprocidad de servicios entre los trabajadores de las distintas especialidades. Es esta idea la que prevaleció en los diversos congresos de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Tal organización no puede improvisarse en todos los puntos. No bastan, para eso, algunos hombres inteligentes, abnegados, enérgicos.

121 *La Marseillaise*: “La presidencia de las sociedades de socorros mutuos (20 de enero de 1870) y “Las sociedades obreras” (11 de marzo de 1870).

Es preciso sobre todo que los trabajadores, llamados así a cooperar, libremente y sobre base de igualdad, estén preparados ya para esa vida social.

Las sociedades obreras habitúan a los hombres para la vida en sociedad y los preparan para una organización social más amplia. Los habitúan a “ponerse de acuerdo y a entenderse y razonar sobre sus intereses materiales y morales, siempre desde el punto de vista colectivo”.

Además, las sociedades obreras forman los elementos naturales del edificio social del porvenir. “Son ellas las que podrán transformarse fácilmente en asociaciones de productores, son ellas las que podrán poner en marcha el instrumental y organizar la producción.”

Las sociedades obreras son el crisol en que se forma progresivamente una sociedad del trabajo: “Los rudos esfuerzos que sus miembros hicieron para llegar a paliativos insuficientes” los forman, les entusiasman y les enseñan que, para fundar una sociedad del trabajo, deben llevar a ella su valor técnico y su valor moral. Sin tales valores, el ímpetu constructivo no se prolonga; se marchita rápidamente; una fuente constante de renovación y de juventud debe alimentar sin cesar la vida de la sociedad. Esa fuente, esa fuerza, son la conciencia y el corazón de los hombres.

Eugéne Varlin ofrecía a sus camaradas la imagen viva del militante. Ni un instante, por lo demás, pensó en dar lecciones a los otros. Le bastaba con quererlos. Por instinto, predicó con el ejemplo. Espontáneamente, sus actos y sus sentimientos

eran los que harían viable una “sociedad de hombres altivos y libres”.

Eugéne Varlin es uno de los rostros más claros de la historia obrera: fue a la vez un apóstol, un hombre de acción, un organizador. No hay en él ningún verbalismo; su elocuencia está hecha de sencillez y de precisión: apenas, de tanto en tanto, una metáfora. Porque su rebelión es sin énfasis, su palabra arrastra. Su emoción contenida commueve a los corazones rebeldes. Su mirada recta, decidida, es toda comprensión y simpatía; se ilumina, en ciertos instantes, con una llama mística que transmitirá al movimiento obrero.

II

Los dos procesos que culminaron en la disolución de la oficina de París y esa disolución misma, sirvieron en gran medida a la Internacional y al movimiento de organización obrera. Hicieron populares a los internacionalistas; y, entre las cámaras sindicales, disiparon los prejuicios que las alejaban de la primera oficina de la Internacional. La presencia de Varlin, su influencia, su contacto cotidiano con los militantes de todos los oficios, atrajeron hacia la Internacional las simpatías obreras.

Y también la persecución. Los gobiernos no pueden hacer nada más favorable para un movimiento que perseguir a sus militantes.

Los animadores de las sociedades de resistencia que se habían adherido a la Internacional, Varlin, Héligon, Combault, André Murat, Theisz, consagran la parte más importante de su actividad a las sociedades obreras, recorren los departamentos, reconstruyen los grupos, pero participan, también, en las reuniones públicas que son para ellos una ocasión para propagar sus ideas.

Combault comprueba esos progresos, el 20 de marzo de 1869, en *L'Égalité*, periódico de las secciones románicas de Suiza: "La Asociación Internacional de los Trabajadores no había funcionado en Francia tan bien como después de ser disuelta... La disolución de la oficina de París tuvo por resultado, al dispersar a un grupo de adherentes regulares, de algunos centenares de miembros, la adhesión en principio y de hecho, aunque irregularmente, de todo lo que piensa y obra entre la población laboriosa de Francia."

El 27 de julio de 1869, Andró Murat es nombrado corresponsal del Consejo General, residente en París, y los trabajadores pueden afiliarse por su intermedio a la Internacional de Londres.

La Sociedad de los Obreros y Obreras Encuadernadores de París se constituyó públicamente en sección de la Internacional. No fue perseguida.

En provincias, por toda Francia, se constituyen secciones. Primeramente la de Rouen, la más poderosa, gracias a la actividad de Émile Aubry; ésta creará la de Elbeuf, después de la huelga de los hilanderos, en el otoño de 1869. En el Oeste,

las de Caen, Lisieux y Condé-sur-Noireau. En Bretaña, la de Brest, gracias al militante Ledoré.

Lyon y Marsella, que serían centro de federaciones, tienen una actividad igual a la de la sección de Rouen. Entre ellas, el Sureste está sembrado de grupo y de secciones afiliados a la Internacional; la sección de Saint-Étienne, la del Creusot, la de Givors (Rodano), las de Tournon (Ardéche), Fleurieu-sur-Saône (Rodano), Neuville-sur-Saône, Vienne, Grenoble, Saint-Symphorien d’Ozon, Aix, Ville-franche, Fuveau, La Ciotat. En el Norte y en el Este: las secciones de Besançon, Mulhouse, Reims Gosne, Cambrai, Roubaux, Lille y Amiens¹²².

En la primavera de 1870, Francia estaría envuelta en una red de secciones que, es verdad, no tenían todas la misma densidad. Después del Congreso de Bruselas, la Internacional se extiende por todos lados.

Durante los primeros años, los internacionalistas parisienses tropezaron con la desconfianza y la hostilidad de los republicanos políticos. No encontraron simpatías más que entre la juventud republicana.

En Lyon, en diciembre de 1866, los jefes de grupos, reunidos en casa del alcalde de la Croix-Rousse, se pusieron de acuerdo para declarar que el socialismo era un obstáculo para el establecimiento de la república, que asustaba a la burguesía, cuyo concurso era indispensable para derribar el Imperio. Los republicanos temían que la “diversión socialista” desviase la

122 La sección de Castelnaudary, la de Neuchateau y la de Cholet fueron solamente ensayos fracasados.

opinión pública de lo que les parecía el objeto inmediato de todos los esfuerzos: quebrantar, para derribarlo, el régimen imperial.

Cuando, en 1833, una evolución llevó a los republicanos a poner la reforma social en el primer plano de sus reivindicaciones, tuvo por consecuencia la adhesión de muchos obreros a algunas secciones de la Sociedad de los Derechos del Hombre; pero, en 1867 y 1868, los republicanos no sufrieron la misma evolución, quedaron encerrados en su doctrina política y en el espíritu de su clase. En gran número, los republicanos quieren ser “pura y exclusivamente políticos”; consideran que la Internacional es una “desviación perjudicial para el éxito de su acción”. En cambio, los que se vinculan con la tradición babouvista, los blanquistas, asocian estrechamente la reforma política y la reforma social. Albert Richard muestra por qué era imposible a los internacionalistas rehusar el apoyo de ciertos revolucionarios políticos:

La cuestión política, que por otra parte imponían las circunstancias cada vez más, se introducía en la Internacional por ejemplo, el grupo de los amigos de Blanqui no relegaba al segundo plano la cuestión social. Ahora bien, no había blanquistas más que en París y, como eran socialistas enérgicos habría sido imposible a los internacionalistas no ponerse de acuerdo con los revolucionarios de otra escuela, también sinceros y también decididos¹²³.

123 ALBERT RICHARD, *Reúne politique et parlementaire*, enero de 1897.

Pero es Varlin el que expresa, con mayor precisión, el estado de ánimo de los internacionalistas, en una carta del 6 de agosto de 1869 a Émile Aubry:

Parecéis creer que el ambiente en que vivo está más preocupado por revoluciones políticas que por reformas sociales. Debo deciros que, para nosotros, la revolución política y la revolución social se encadenan y no pueden ir una sin la otra. Sola, la revolución política no sería nada; pero comprendamos bien por todas las circunstancias con que chocamos, que nos será imposible organizar la revolución social mientras vivamos bajo un gobierno tan arbitrario como aquel bajo el cual vivimos.

En la primavera de 1869, se plantea el problema de las elecciones generales. ¿Cuál será la actitud de los socialistas obreros ante las elecciones? ¿La candidatura obrera? ¿La abstención? ¿O el apoyo a las candidaturas republicanas?

Los socialistas piensan primeramente presentar candidaturas obreras; y, el 8 de enero de 1869, Varlin escribe a Émile Aubry: “En cuanto a la candidatura obrera, veo con placer que habéis resuelto presentarla. Lyon se pronunció ya en ese sentido. Marsella nos pidió informaciones. Espero que pronto nos haremos oír al respecto y que, a pesar de los abstencionistas, *proudhonianos rabiosos*, entraremos en la lid electoral en competencia con los republicanos burgueses de todos los matices para afirmar bien la escisión entre el pueblo y la burguesía.”

En Rouen, el Círculo Económico del distrito presentó la

candidatura obrera de Émile Aubry. El 25 de abril de 1869, las diez sociedades corporativas reunidas de los litógrafos, hilanderos de lana de Darnétal y de Elbeuf, los tejedores de calicó y de cintas, los tintoreros de adornos de algodón, los carpinteros de obra, los ebanistas y los fundidores adoptan el programa y la candidatura de Émile Aubry: “Somos *el trabajo, la producción*. Nuestros adversarios son el capital, la no producción; los intereses son diametralmente opuestos.”¹²⁴

En París, se decide no presentar candidaturas obreras¹²⁵. En su correspondencia al periódico *L’Égalité*, Varlin justifica la actitud de los socialistas.

En Lyon, Albert Richard explica que la mayoría de los socialistas obreros se pronunció por la candidatura de Bancel, pero imponiéndole la aceptación de tres condiciones: el establecimiento del impuesto proporcional y progresivo, la supresión de los monopolios del Estado, tales como los del Banco de Francia, de las compañías de ferrocarriles, de las compañías de seguros, y la creación de tribunales especiales para regular las relaciones entre los capitalistas y los trabajadores¹²⁶.

124 OSCAR TESTUT, *L’Internationale et le Jacobinisme au ban de l’Empire*, tomo primero, págs. 253–262. Candidatura de Émile Aubry, candidato obrero. Programa de los comités corporativos de Rouen. Manifiesto electoral del Círculo de Estudios Económicos del distrito de Rouen. Declaración de Émile Aubry.

125 Hubo una candidatura, la de Briosne,

126 ALBERT RICHARD, *Le Socialisme*. A propósito de las elecciones legislativas de 1869. Lyon, 3 de junio de 1869. Después de haber vacilado, “todos nuestros amigos decidieron votar por el ciudadano Bancel. Por lo demás los valientes vencidos de 1852 tenían derecho a tales consideraciones”.

Las elecciones del 23 y 24 de mayo manifiestan un progreso de la oposición: los candidatos del gobierno tienen 900.000 votos menos que en 1863, y los de la oposición, 1.400.000 más.

Treinta diputados republicanos fueron elegidos, pero, entre éstos, ¡cuán pocos tienen una simpatía real por la clase obrera y por las reivindicaciones de los socialistas! La mayor parte teme comprometerse y ser acusada de complacencia con los revolucionarios. Y muy pocos se atreven, como Víctor Hugo en septiembre de 1869, a saludar la unión de la república y del socialismo. Así, a consecuencia del primer resultado del escrutinio, los candidatos oficiales se retiran a fin de apoyar a los republicanos moderados contra los republicanos radicales. El gobierno no vaciló e hizo votar “a sus amigos, sus empleados, agentes de policía y municipales por Jules Favre y Garnier Pagés, los jefes de la oposición democrática en el último cuerpo legislativo, que la población parisina quiere rechazar ahora como demasiado blandos y que los socialistas combaten a toda costa, a causa de su odio bien conocido al socialismo..., en varios departamentos, los liberales hacen causa común con el gobierno contra los radicales” (correspondencia particular al periódico *L'Égalité*, 14 de junio de 1869).

La opinión pública es asediada por el temor de una revolución social. Varlin se da cuenta de ese estado de ánimo. Desde antes de las elecciones, el 3 de abril, escribe en *L'Égalité*: “Los ocho meses de discusiones públicas hicieron descubrir el hecho extraño de que la mayoría de los obreros activamente reformadores son comunistas. La palabra comunista suscita tanto odio en el campo de los conservadores

de toda clase como la víspera de las jornadas de junio. Bonapartistas, orleanistas, cléricales y liberales se entienden en una concordia conmovedora para gritar contra el infame, el pelado, el sarnoso.”

Se utilizan todos los incidentes contra los militantes obreros. Primeramente, el 9 de junio, una especie de amotinamiento, en París, para protestar contra el fracaso de Rochefort, vencido por Jules Favre. Bandas de muchachos en los boulevards gritan: “¡Viva Rochefort!” y cantan la *Marsellesa*. Quioscos destrozados, lámparas rotas, cafés cerrados.

Para dar vigor a esas manifestaciones y alentar un levantamiento popular, la policía movilizó los camisas blancas¹²⁷. Pero los obreros se mantuvieron indiferentes. Ludovic Halévy, que siguió las manifestaciones desde el balcón de las Variétés y de la Opéra, escribe, en sus notas, el 14 de junio: “¿El dinero incitó a ese amotinamiento de los camisas blancas? Si es así, ¿qué dinero?... ¿La policía? Es lo que los republicanos afirman... Los obreros no se movieron. Y el mismo día, escribe Varlin en *L'Égalité*¹²⁸:

Algunos días antes del escrutinio, se difundió ya el rumor de que el 7 de junio, por la noche, la policía se preparaba para aprovechar la emoción que no podía dejar de producir

127 La *camisa blanca*, que vestían ciertos policías durante las jornadas de diciembre de 1851. VÍCTOR HUGO, *Histoire d'un crime*. Segunda jornada, cap. IX: “En la puerta de Saint-Martin, la multitud, apiñada e inquieta, hablaba en voz baja... Hombres con camisa blanca, especie de uniforme— que la policía había tomado para esas jornadas, decían: “¡Dejemos obrar! ¡Que los veinticinco francos se las arreglen! Nos abandonaron en junio de 1848. ¡Que salgan hoy solos del conflictol Eso no nos compete...”

128 Correspondencia de París, M de junio de 1869, en *L'Égalité*

el resultado del escrutinio para intentar un golpe, provocar a los ciudadanos, atacar y dispersar violentamente los grupos y efectuar detenciones.. Después de transcurrida la jornada tranquilamente, por la noche, bandas de individuos salidas de no se sabe dónde, recorrían algunos barrios cantando la Marsellesa y gritando: "¡Viva Rochefort! ¡Viva la Lanterne!" El público, curioso, transformó pronto esos grupos en masas compactas y gran número de muchachos ingenuos aumentaron pronto el número de los alborotadores. Después ocurrieron las rupturas de vidrios, de picos de gas y de las fachadas de las tiendas, vuelcos de quioscos e inclusive tentativas de barricadas en el boulevard Montmartre con dos o tres quioscos derribados y algunos bancos. Finalmente llegaba la policía... Ante las intimaciones, las multitudes se escabullían por las calles adyacentes y volvían a aparecer luego detrás de la tropa que, tras haber recorrido algunos kilómetros de distancia, no encontraba a nadie ante ella... No tendríamos más que reír del contratiempo de la policía en este asunto, si, al darse cuenta de que ninguno de los hombres de acción caía en sus redes, no se hubiese decidido a detenerlos en sus casas. Es así como el jueves 10 de junio, entre las dos y las cuatro, una veintena de ciudadanos conocidos por su actividad y su energía fueron arrancados a su familia y a sus ocupaciones ordinarias. Entre los ciudadanos detenidos se encuentran dos miembros de la Asociación Internacional, Héligon y Murat, los miembros del comité Raspail, dos candidatos socialistas, Briosne y Lefrançais, cuatro redactores del Réveil y dos del Rappel...

La noche y el día siguiente de estos arrestos, el despliegue

de fuerza se hizo más imponente todavía. Esta vez, los escuadrones de coraceros y de cazadores cargaron en las calles y en los boulevards donde resonaba el motín. Pero, amarga irrisión, nadie resistía, y las calesas y coches descubiertos, llenos de damas de la sociedad, seguían a los escuadrones para ver de cerca esa revolución de fantasía. Felizmente, la opinión pública no se dejó engañar por esta odiosa maniobra. Los ciudadanos no, tomaron las armas, no dieron al gobierno la ocasión que reclamaba para salvar una vez más a la sociedad, el pretexto que buscaba para poner en vigor la ley de seguridad general que le habría permitido deportar sin juicio a los ciudadanos que le molestaban...

Mil doscientas personas fueron detenidas.

III

Una de las razones a las cuales se debe la expansión del movimiento obrero en 1869 y 1870 es la acción coordinada de los militantes obreros: éstos forman un equipo. Entre ellos existe “esa amistad que debe unirnos” reclamada por el zapatero Efrahem en 1833.

Un “perfecto acuerdo” une a Varlin, Héligon, André Murat, Theisz, Benoît Malon, Combault, de París; Émile Aubry de Rouen, Bastelica de Marsella, Albert Richard de Lyon; es una de las raras y felices casualidades que tuvo el movimiento obrero francés. Jamás hubo entre ellos una nube, un malentendido. Una misma fe, un entendimiento del pensamiento, del corazón

y de la voluntad. Y si se entienden tan bien –su correspondencia lo atestigua–, es que ningún egoísmo, ninguna vanidad personal vienen a perturbarlos, a oponerlos, a desviar su acción.

Combault, en el tercer proceso de la Internacional, explica la fuerza de ese entendimiento, diciendo que está fundada en el respeto a la personalidad y a las tendencias de cada uno:

*He ahí a Murat, mi amigo, a quien estimo mucho y que tiene por mí alguna estima, quiero creerlo; y bien, estamos en disidencia: él es mutualista y yo soy colectivista. Yo no estoy tampoco de acuerdo con Héligon que, aunque mutualista, no está siempre de acuerdo con Murat. Cada uno de nosotros mantiene su opinión personal sobre tal o cual doctrina. Son los principios proclamados por la Internacional “lo que nos une”.*¹²⁹

De acuerdo sobre los principios, si no sobre las doctrinas; de acuerdo sobre los métodos del sindicalismo obrero; de acuerdo para actuar. Los nueve militantes obreros franceses parecen, por su entendimiento, esa Junta que, desde 1860, dirige el tradeunionismo inglés.

Pero, mientras los jefes de las grandes Uniones inglesas son esencialmente administradores y reformistas, los militantes franceses son revolucionarios y socialistas: su socialismo es un comunismo no autoritario.

Por lo demás, la influencia proudhoniana no desapareció

129 *Troisième procés.*, pág. 222, Le Chevalier, julio de 1870.

completamente. Está representada por André Murat y Héligon, y también por Émile Aubry, cuyos folletos llevan casi todos un epígrafe de Proudhon. El manifiesto electoral del Círculo Económico de Rouen, en 1869, comienza por una frase de *La capacité politique*: “Si los obreros todavía votan en 1869 por sus patronos políticos, retardan cincuenta años su emancipación.” *La Gréve de Soterville-les-Bains*, publicación del Círculo de Estudios Económicos de Rouen (informe del 23 de agosto de 1868 al 7 de febrero de 1869), comienza por una frase de *L’Idée de la Révolution au XIX^e. siècle*: “Eso será porque estaba escrito.”

La acción de esos militantes obreros fue constructiva. La huelga no es a sus ojos más que un medio bárbaro para regular las relaciones del trabajo y del capital; pero es una necesidad en un régimen en que estas relaciones están sometidas a la arbitrariedad y en que los industriales tienen en su favor la fuerza del Estado y la autoridad del gobierno.

El año 1869 fue un año de huelgas frecuentes en Francia y en otros países industriales. Entre las más importantes están, en enero de 1869, la huelga de los tejedores de algodón de Soterville-les-Bains, Rouen; en febrero, la huelga de Basilea; en marzo, la huelga de la construcción, de Ginebra; en abril, la huelga de tipógrafos en Ginebra; en Bélgica, Seraing y Frameries; en mayo, huelga de la construcción en Lausana; en junio, huelga de mineros de Saint-Étienne, Rive-de-Gier, Firminy; en julio, huelga de los tejedores de seda con la máquina oval en Lyon; en septiembre, huelga de Rive-de-Gier; en octubre, huelga de los tejedores de algodón de Elbeuf y huelga de los mineros de Aubin (Aveyron); en octubre,

matanza de Aubin; el 8 de octubre: huelgas de Marsella (cesteros, cajoneros...); en octubre y noviembre: en París, huelga de los obreros pinceleros, tejedores de cañamazos, doradores en madera, hilanderos de lana; en noviembre y diciembre, huelga de los peleteros de París.

En presencia de esas huelgas, Varlin y sus camaradas organizan la ayuda mutua de las sociedades obreras, la solidaridad no solamente entre París y provincias, sino entre Francia y los otros países.

Desde el año 1865, unas cuantas sociedades obreras de París habían fundado la *Caisse da sou* o caja de préstamos a los huelguistas. Esta caja federativa de previsión de los cinco céntimos es “una federación restringida en su objetivo”, el primer esbozo de la futura Cámara Federal de las Sociedades Obreras. Todas las corporaciones adherentes a esa federación deducen, de la cotización de sus miembros, cinco céntimos por semana para constituir un fondo de solidaridad general, empleado especialmente como ayuda durante las huelgas. El Comité Federal de la Caja de Préstamos vota directamente los préstamos sobre esos fondos.

París ayudará a Rouen; Rouen ayudará a Lyon; Lyon ayudará a Marsella. En enero de 1869, los broncistas y encuadernadores de París acuden en ayuda de los tejedores de calicó que, en Sotteville–les–Bains, Rouen, ven sus recursos, ya insuficientes, disminuidos por las multas, algunas de las cuales se elevan a las 5/6 partes del salario (26,50 fr. sobre 30).

En febrero, estalla en Basilea una huelga. Varlin y Héligon

abren una suscripción para los huelguistas y, el 25 de febrero de 1869, Varlin puede enviar fondos reunidos con la contribución de innumerables sociedades obreras. Theisz, Louis-Jean Pindy, Avrial, Combault, en sus medios respectivos, cooperaron al éxito de la suscripción.

En marzo, abril y mayo, las múltiples huelgas francesas y extranjeras plantean a los militantes obreros problemas difíciles. Varlin, Pindy, Theisz, Murat, Combault multiplican sus esfuerzos para hacer frente a los llamados que se les hacen de todas partes.

En junio, huelga de los mineros de Saint-Étienne, Rive-de-Gier, Firminy. Llegan las tropas; se les acoge a los gritos de “¡Vivan los militares!” Las mujeres apelan a los soldados: “Disparad, si os atrevéis”. Por la noche del 16 de junio, una compañía de infantería conduce a Saint-Étienne manifestantes que trataron de impedir la descarga de carbón. La tropa, enervada, hace fuego: 13 muertos, nueve heridos, tal la matanza de Ricamarie.

En julio, 8.000 tejedores de seda con máquina oval de Lyon, se declaran en huelga; reciben un salario de 1,50 fr. por una jornada de trabajo que se prolonga desde las 5 de la mañana hasta las 11 de la noche. Los ovalistas, secundados por diversos sectores, ganan su causa. En el conjunto, las diversas secciones de la Internacional les procuraron 3.000 francos. Pero Varlin escribe a Albert Richard, el 22 de julio de 1869, para decirle que estuvo muy apenado al no poder hacer nada por ellos en París: “Las quiebras de los Bancos populares Beluze y Cía. y Wolros hicieron perder por lo menos 60.000 francos a las

sociedades obreras parisienses, y las que tuvieron la suerte de no verse arruinadas por esos malos negocios, debieron vaciar sus cajas para sostener por sí solas las huelgas que se produjeron en estos últimos tiempos... Desde hace algunos meses, se suceden demasiado precipitadamente. No había terminado la suscripción para Basilea y comenzaba otra en favor de los belgas; después las suscripciones electorales y, después, las suscripciones para las familias de los ciudadanos detenidos con motivo de los últimos acontecimientos, al mismo tiempo que las hechas en favor de las víctimas de Ricamarie".¹³⁰

En octubre, huelga de los mineros, en Aubin, en el Aveyron; el 8, la tropa hace fuego: 14 muertos, 20 heridos. El ministro Leboeuf, el hombre que debía hacerse célebre por el "ni un botón del zapato...", condecora al oficial que abrió fuego.

El 10 de octubre, los delegados de las sociedades obreras de París, reunidos para discutir los estatutos de la Cámara Federal, protestan con toda energía por la sangrienta represión emprendida contra los trabajadores de las minas de Aubin: "En presencia de tales atentados contra la vida y el derecho del pueblo, declaramos que nos es imposible vivir bajo un régimen social en el cual el capital responde a manifestaciones a veces turbulentas, pero justas, con tiros de fusil. Los trabajadores saben lo que tienen que esperar de esta casta que no exterminó a la aristocracia más que para heredar sus injustas pretensiones. ¿Para llegar a tales resultados el pueblo selló con su sangre la proclamación de los derechos del hombre? Los

130 Varlin a Albert Richard, Archivos municipales de Lyon, serie I (2).

hechos cumplidos nos autorizan a afirmar una vez más que el pueblo no puede esperar más que de sus propios esfuerzos el triunfo de la justicia.” Entre los firmantes, aparecen Varlin, Murat, Theisz, Émile Landrin, Avrial.

A comienzos de noviembre, la huelga de los peleteros de París se generaliza; es sostenida por las sociedades obreras; pudieron hacerse los dos primeros pagos a los huelguistas gracias a las suscripciones de las sociedades; pero el 8 de noviembre, para asegurar el tercer pago, “las sociedades, escribe Varlin a Aubry, extraen sus últimos fondos, venden sus últimas acciones...” El primer pago se elevó a 8.000 francos y el segundo a 12.000.

Además de los peleteros, en ese mes de noviembre de 1869, los obreros pinceleros, los tejedores de cañamazo y los doradores de madera, están en huelga desde hace varias semanas. El 4 de noviembre, Varlin escribe a Aubry: “No son ya los obreros peleteros los que luchan contra sus patronos, sino todas las sociedades obreras de París.”

Por su parte, todos los miembros de la Cámara Sindical Patronal de cueros y pieles se habían solidarizado para sostener la resistencia de los patronos peleteros, indemnizándolos por las pérdidas que sufrían. Y la Unión Nacional del Comercio y de la Industria, compuesta de muchas cámaras sindicales patronales, apoya “a cueros y pieles” con la intención de agotar las cajas de las sociedades obreras por varias huelgas interminables.

Las sociedades que sostuvieron a los pinceleros tuvieron que

abandonarlos para concentrar sus esfuerzos en favor de los peleteros. El 2 de diciembre, Varlin escribe a Aubry: "Hemos gastado 51.000 francos en favor de los peleteros." El 15 de diciembre termina la huelga de los peleteros, pero deja cuatrocientos hombres sin trabajo: las sociedades obreras de París, cuyos fondos se agotaron en la lucha, a duras penas pueden darles pan.

El periódico que, durante ese año de 1869, informó sobre los conflictos obreros, fue *Le Travail*¹³¹, fundado por Douvet gracias al concurso de la Cámara Sindical de los empleados de comercio, pero el fin desgraciado de la huelga de los empleados de comercio tuvo por consecuencias la falta de renovación de las suscripciones que sostenían el periódico. Así, cuando *Le Travail* desaparece en diciembre, Varlin y sus amigos piensan en fundar un periódico nuevo. Los belgas tienen por órgano *L'Internationale*. En Chaux-de-Fonds, *L'Égalité* es el de los internacionalistas jurasianos. En noviembre, se llevan a cabo elecciones parciales en París. Los socialistas hacen campaña contra los *hombres de 1848*, como los llama Vermorel¹³², contra los *candidatos juramentados*. Es la vieja disputa del juramento que se prolonga así desde septiembre de 1852, y que había impedido a Proudhon presentarse. El 20 de noviembre de 1869, Varlin puede escribir esto a Albert Richard:

La campaña electoral nos mostró el más hermoso berenjenal que es posible ver. Casi todas nuestras

131 *Le Travail* se llamaba primeramente *Le Commerce*, cuyo primer número apareció en mayo de 1869.

132 VERMOREL, *Les hommes de 1848*, París, Alonnier, 1868; segunda edición 1869.

*personalidades republicanas fracasaron y mostraron su impotencia o su incapacidad ante la opinión pública. Considero que el resultado de las elecciones será insignificante. Cuatro republicanos burgueses más entrarán en el cuerpo legislativo y eso es todo. Tanto mejor, si el pueblo puede desengañarse del régimen representativo*¹³³.

Algunos días después de las elecciones, Varlin explica así la táctica de los militantes obreros:

Acrecentar nuestras fuerzas para una propaganda activa y destruir el prestigio de todas esas personalidades burguesas más o menos radicales que eran un peligro para la revolución social. Desde las elecciones generales, se realizó un progreso inmenso.

El partido socialista no presentó candidatos a las elecciones generales ni a las elecciones complementarias que acaban de llevarse a cabo, pero los oradores socialistas hicieron adquirir a los candidatos radicales, que el pueblo aclamaba y que era imposible no nombrar, compromisos que no mantendrían y sus debilidades sucesivas nos permitieron mostrar su negligencia y desilusionar al pueblo respecto de ellos¹³⁴.

Tres republicanos de 1848 fueron elegidos contra candidatos más radicales, pero, al lado de ellos, Rochefort es nombrado en Belleville:

Las elecciones agruparon a los ciudadanos activos del

133 Varlin a Albert Richard, 20 de noviembre de 1869. Archivos municipales de Lyon.

134 *L'Égalité* del 4 de diciembre de 1869.

partido socialista alrededor de Rochefort, llevándolo al cuerpo legislativo, a pesar de todos los ataques, de todas las críticas, de todas las calumnias difundidas sobre él por los periódicos (Varlin a Aubry, 25 de diciembre de 1869).

Para hacer un periódico en Francia, sobre todo un periódico cotidiano (que pueda afirmar y sostener el socialismo revolucionario), hace falta mucho dinero, y el partido socialista, entre todos los partidos, se distingue por su pobreza. Con sus propios recursos, es evidente que no habría podido crear un órgano, pero con Rochefort la dificultad se encuentra salvada, no por su fortuna, que no la tiene, sino por su nombre. Un periódico hecho por Rochefort tiene asegurado el éxito...

El 29 de diciembre, Varlin escribió a Albert Richard para explicarle lo que los militantes obreros esperan de *La Marseillaise*:

En lugar de un periódico semanal tenemos ahora una hoja diaria, La Marseillaise, con un tiraje considerable... Desde hace largo tiempo, el partido socialista experimentaba la necesidad de tener un periódico para propagar sus ideas y defenderlas contra los ataques de toda la prensa burguesa. Pero, ya lo sabéis, los socialistas son pobres; y para hacer un periódico cotidiano en Francia es preciso mucho dinero... Las últimas elecciones, al agrupar al partido socialista radical en torno a Rochefort, que aceptó francamente el mandato imperativo reavivó aún más el deseo de tener un periódico; tanto más cuanto que nuestro candidato, después de haber sido vilipendiado

por todos los periódicos durante la campaña electoral, iba a ser como diputado, blanco de todos los ataques. A todo precio, nos hacía falta un órgano, pero con Rochefort la dificultad financiera estaba resuelta, porque Rochefort era el éxito obrero y la seguridad del éxito permite encontrar capitales. Hubo varias reuniones de los socialistas más experimentados para fijar la línea política y social del periódico. Se convino que la parte política, que no debía ser más que accesoria, sería radicalmente revolucionaria, no sólo contra el Imperio, sino contra todas las instituciones gubernamentales actuales. En cuanto a la parte social, debe ser comunista no autoritaria o colectivista, es decir conforme a la opinión de la gran mayoría de los delegados de la Internacional en Basilea.

Los fundadores de La Marseillaise se proponen además establecer relaciones permanentes entre todos los grupos socialistas revolucionarios de Europa a fin de organizar el partido y preparar la revolución social universal.

Las primeras manifestaciones del feminismo obrero se vinculan con ese período de la historia obrera.

Mientras que los mutualistas piensan que la mujer debe quedar en el hogar y que el trabajo fuera de él debe serle prohibido, Varlin y sus camaradas estiman con justa razón que, puesto que tantas mujeres son forzadas a trabajar, es preciso luchar para aumentar su salario. Al fundar, el 1º de mayo de 1866, la Sociedad Civil de Ahorro y Crédito Mutuo de los obreros encuadernadores de París, Varlin inscribió en los artículos 2 y 3 de los estatutos la igualdad de los derechos de

los encuadernadores y de las encuadernadoras. Aquí, también, es un iniciador. Las sociedades de resistencia acogen a las obreras. Sus estatutos contienen disposiciones relativas a las mujeres.

El artículo 11 de los estatutos de la Cámara Sindical de los Zapateros da a las mujeres voz consultiva; pero no pueden hacer observaciones o proposiciones a la Cámara Sindical más que por escrito o por intermedio de un miembro del sindicato. Los estatutos de los sastres comprenden idénticas disposiciones.

Los obreros de la porcelana de Limoges, en el artículo 10 de sus estatutos, reconocen la igualdad del hombre y de la mujer que trabajan: “Considerando que las mujeres producen todo tan bien como los hombres y que sienten las mismas necesidades, son admitidas como parte del sindicato...”

En Lyon, los archivos municipales permitieron a la señorita Proisy afirmar que el nacimiento de verdaderos sindicatos femeninos data de 1868–1869¹³⁵. Las obreras que trabajan en el devanado y en la torsión de la seda, y las ovalistas, sostienen en julio de 1869 una huelga, logran el triunfo y constituirán una sección de la Internacional.

135 MLL. PROISY, *Recherches sur les Chambres syndicales ouvrières en France de 1860–1870*, tesis inédita de Historia.

IV

El Cuarto Congreso de la Internacional se celebró en Basilea, del 6 al 12 de septiembre de 1869. Los Estados Unidos enviaron un representante, el delegado de la Unión Nacional del Trabajo. Los ingleses acuden en número de seis. Está presente Robert Applegarth, uno de los cinco que forman la Junta, el organizador de la Unión General de los Carpinteros; a su lado, otros cuatro delegados representantes del Consejo General: Eccarius, el relojero Jung, Lucraft, Lessner, y un redactor del *Social Economist*. Hay cinco delegados belgas, entre ellos César de Paepe, once alemanes, entre ellos Liebknecht, dos austriacos, veinticuatro suizos, entre ellos James Guillaume y Schwitzguébel, tres delegados italianos, entre ellos Mijaíl Bakunin, y cuatro españoles.

Los franceses acuden en número de veinticinco; son miembros de la primera comisión Tolain, Chemalé y André Murat. La mayor parte de los delegados franceses representan organizaciones obreras: la Cámara Sindical de los Mecánicos (André Murat), los doradores (Mollin), los encuadernadores (Varlin), los broncistas (Émile Landrin), la Sociedad de Resistencia de los Hojalateros (Roussel), la Cámara Sindical de los Carpinteros (Pindy), la Sociedad de Resistencia de los impresores litógrafos (Franquin), la Cámara Sindical de los torneros en metales (Langlois), el Crédito Mutuo de los Estampadores (Dosbourg), la Sociedad de Previsión y Solidaridad de la Joyería Parisiense (Durand), la Cámara Sindical y Profesional de los Zapateros de París (Dereure), la

asociación *La libertad de los carpinteros de París* (Fruneau), la Cámara Sindical de los Marmoleros de París (Flahaut y Tartaret).

Émile Aubry es acompañado por el delegado de la asociación de los hilanderos de Rouen y de un delegado de Elbeuf, y Albert Richard por cuatro delegados de las sociedades de Lyon. Limoges y Marsella están también representadas.

En total hay, entre los delegados a Basilea, una amplia mayoría de comunistas no autoritarios, frente a dos minorías: los prouthonianos y los marxistas.

El Congreso discute la cuestión de la propiedad territorial. En nombre de la comisión encargada del estudio de esta cuestión, César de Paepe propone al Congreso declarar: 19 que la sociedad tiene derecho a abolir la propiedad individual del suelo y devolver la tierra a la comunidad; 29 que hay necesidad de devolver el suelo a la propiedad colectiva.

Por 54 votos contra 4, los delegados se pronuncian por la socialización.

Tolain defiende así la concepción de la minoría: “Para realizar la emancipación de los trabajadores, hay que reconocer que el hombre tiene derecho a apropiarse de la totalidad de su producto y transformar todos los contratos de locación en contratos de venta: entonces, estando la propiedad constantemente en circulación, cesa de ser abusiva por ese hecho mismo; por consiguiente en la agricultura, como en la industria, todos los trabajadores se agruparán cómo y cuándo lo juzguen conveniente, bajo la garantía de un contrato

libremente concertado, que salvaguarde la libertad de los individuos y de los grupos”.

La abolición completa y radical del derecho de herencia es propuesta por la comisión. André Murat combate la abolición del derecho de herencia. César de Paepe sostiene que, si se restringe ese derecho en cuanto a los grados de parentesco que dan acceso a la sucesión, “depurada, despojada de todo lo que la hacía inicua, limitada en sí misma y por el medio social, reducida en fin a su mínimo, la herencia individual no es más que un elemento de progreso y de moral”¹³⁶. 32 delegados votan por la abolición, 23 votan en contra, y hay 17 abstenciones.

Eccarius presenta entonces una enmienda que limita el derecho de testar. La enmienda de Eccarius es rechazada por 37 votos contra.¹⁹; había sido redactada por Karl Marx, que quería hacer frente a la influencia creciente de Bakunin sobre ciertas secciones de la Internacional. Después del Congreso de Bruselas, Mijaíl Bakunin se había afiliado a la Internacional, separándose de la Liga de la Paz y de la Libertad: “Bakunin, dice Albert Richard, al reñir así con sus amigos de la clase burguesa para consagrarse exclusivamente al socialismo..., entra en relación con las secciones de la Internacional francesa.” La cuestión de la herencia fue agregada al orden del día del Congreso a pedido del Comité Federal románico, y Marx vio allí una intriga de Bakunin: “Ese ruso, escribe Marx el 29 de julio a Engels, está claro, quiere convertirse en el dictador del

136 Informe sobre el Congreso, publicado por Mollin, en la casa a Le Chevalier, marzo de 1870.

movimiento obrero europeo. Que tenga cuidado, si no, será excomulgado.” Y Engels le respondió: “El gordo Bakunin está detrás de todo eso, es evidente. Si ese maldito ruso piensa realmente ponerse a la cabeza del movimiento obrero, por medio de intrigas, es hora de que se le quite la posibilidad de hacer daño.” Marx contaba con el problema de la herencia para “poder asestar a Bakunin un golpe decisivo”. Son los términos que emplea en la *Comunicación confidencial* del 28 de marzo de 1870. Entre los dos ideólogos, se iniciará pronto la guerra de un modo más directo y más brutal.

Más allá de los antagonismos personales, el Congreso de Basilea es una ocasión que aprovechan las tendencias para enfrentarse. En una carta fechada en Basilea y que aparece en *Le Commerce* del 19 de septiembre de 1869, Varlin, al informar sobre el Congreso, señala claramente la posición de las tres tendencias. Entre los mutualistas y los marxistas, sus preferencias van a la tendencia federalista y antiestatista en que se inspira la mayoría del congreso. Esto se afirma sobre todo en la resolución relativa a las sociedades de resistencia. En su carta de Basilea, Varlin pone el acento sobre esas asociaciones internacionales de gremios destinadas a esbozar la federación de los productores libres. La resolución sobre las federaciones de las sociedades obreras es, en efecto, la recomendación más significativa del Congreso.

“La Internacional es y debe ser un Estado dentro de los Estados; que deje a éstos marchar a su manera, hasta que nuestro Estado sea más fuerte. Entonces, sobre las ruinas de aquéllos, pondremos el nuestro enteramente preparado, tal como existe en cada sección.” Esta fórmula encubre las

tendencias dominantes en el Congreso de Basilea. La palabra “Estado” las traduce mal, se puede decir inclusive que las traiciona. Las tendencias federalistas y antiestatistas aparecen en ocasión de las discusiones sobre la *influencia de las sociedades de resistencia para la emancipación de los trabajadores*. El informante es Louis Pindy, delegado de la Cámara Sindical de los Carpinteros de París. Sus proposiciones son sindicalistas: *la agrupación de las sociedades de resistencia formará la comuna del porvenir y el gobierno será remplazado por los consejos de los gremios*.

El Congreso adopta por unanimidad esa resolución:

El Congreso cree que todos los trabajadores deben dedicarse activamente a formar sociedades de resistencia en los diversos gremios. A medida que se vayan formando esas sociedades, invita a las secciones, grupos federales o grupos centrales, a comunicarlo a las sociedades de la misma formación a fin de provocar la creación de uniones internacionales de los gremios. Esas federaciones serán encargadas de reunir todas las informaciones que interesan a su industria respectiva, de dirigir las medidas que han de tomarse en común; de regular las huelgas y de trabajar activamente en su éxito, esperando que el salariado sea remplazado por la Federación de los Productores Libres.

El Congreso invita además al Consejo General a servir, en caso de necesidad, de intermediario a la Federación de las Sociedades de Resistencia entre todos los países. Estas conclusiones concretan claramente el sentido en que se define, en setiembre de 1869, la Internacional: *el régimen del*

salariado debe ser remplazado por la Federación de los Productores Libres. Louis Pindy, como informante, dijo: “La agrupación de las sociedades de resistencia formará la comuna y el gobierno será remplazado por los consejos de los gremios.” Si, sobre esta cuestión, la influencia de los delegados franceses fue decisiva, es porque contribuyen, como el 28 de septiembre de 1864, con un proyecto de organización; en ese momento mismo, con la creación de una Cámara Federal de las Sociedades Obreras, tratan de cubrir la primera etapa.

Los delegados parisienses invitan a la Internacional a celebrar su congreso en París: “Dentro de un año el Imperio habrá dejado de existir y nosotros invitamos desde hoy a la Internacional a celebrar su próximo congreso en París.” No eran tan quiméricos, pues el primer lunes de septiembre de 1870 será el día siguiente del 4 de septiembre.

V

El 19 de julio, en la defensa colectiva que pronuncia en nombre de los acusados, Albert Theisz muestra que, contrariamente a la afirmación de la requisitoria, la idea de la federación no fue concebida, después de la disolución de la oficina de París, con la intención de continuar con la Internacional bajo otro nombre. La idea de federar las sociedades obreras se remonta a la huelga de los broncistas; la iniciativa de la organización federativa de las sociedades obreras fue tomada por los broncistas de acuerdo con los mecánicos y los obreros de la construcción.

El proyecto de la Cámara Federal es del 3 de marzo de 1869. Theisz, cincelador, Soliveau, impresor de talla dulce, y Drouchon, mecánico, son los autores. Varlin y Héligon comprenden en seguida la importancia de ese proyecto que tiende a consolidar y ensanchar la organización corporativa, ligando entre sí a las sociedades de resistencia y crédito mutuo de las distintas profesiones. Estos iniciadores quieren, por una parte, federar nacionalmente las distintas sociedades de un mismo oficio, y por otra, vincular las diferentes profesiones en uniones regionales.

La primera etapa es la creación de una Cámara Federal de las sociedades obreras en París; se trata luego de impulsar a los centros obreros más importantes a fundar también sus cámaras federales en espera de que puedan federarse todas entre sí.

El 30 de mayo de 1869, una reunión de los delegados de las sociedades obreras parisienses, celebrada en los Folies Belleville, discute y adopta un proyecto de estatutos. Se celebró una nueva reunión el 20 de junio, a fin de constituir definitivamente la federación de las sociedades obreras; pero la policía se negó a autorizar toda reunión relativa al proyecto de Cámara Federal. Los delegados de las asociaciones obreras se dirigen por escrito, el 16 de julio, al prefecto de policía; después, el 23 de julio, al ministro del interior preguntándoles las razones de esa prohibición. No reciben respuesta. En agosto, redactan esta protesta:

Convencidos de que nadie puede limitar el círculo de nuestros estudios y de nuestra acción, nosotros, delegados

de las asociaciones obreras de París, reivindicamos activamente como un derecho primordial, ineludible, el derecho de asociación sin restricción alguna, y nos declaramos resueltos a proseguir, por todos los medios de que podemos disponer, la discusión de los estatutos de nuestra federación.

Este pacto federativo tiene por objeto utilizar los medios reconocidos como justos, para hacer a los trabajadores dueños de todo el instrumental y facilitarles crédito, a fin de que puedan sustraerse a la arbitrariedad de la clase patronal y a la exigencia del capital. “La federación tiene igualmente por objetivo asegurar a cada una de las sociedades adheridas, en el caso de huelga, el apoyo moral y material de los otros grupos, por medio de préstamos hechos bajo la responsabilidad de las sociedades prestatarias.” La federación tiene, pues, por función inmediata, la resistencia y, por función más lejana, “la emancipación total de los trabajadores en un orden social nuevo en el que se abolirá el salariado”.

El 1º de diciembre, Varlin anuncia a Albert Richard la constitución de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras de París; le pide que informe de ello a las sociedades de Lyon, para que formen también una federación. Varlin previene a Bastelica, el cual, el 7 de diciembre, escribe a André Murat: “Sí, tal es también mi opinión; la federación parisina, al crear un centro importante, debe convertirse en el foco de la revolución social... Nuestra Cámara Federal ha adoptado, en principio, sus estatutos.”

Varlin, que es secretario corresponsal de la Cámara Federal

con Theisz como adjunto, piensa en establecer una federación nacional uniendo a las federaciones de París, de Rouen, de Lyon y de Marsella¹³⁷.

La Federación de las Sociedades Obreras de Marsella, se constituye paralelamente a la de París. Albert Richard tropieza con más dificultades.

El pacto federativo de las sociedades obreras parisinas es abierto a todas “las sociedades obreras independientes, cámaras sindicales, sociedades cooperativas de consumo, de producción y de crédito, como también a las sociedades de estudios”. Las sociedades adherentes mantienen su completa autonomía para todo lo que se refiere a la gestión de sus fondos y a la administración de sus asuntos. Deben pagar a la federación una cotización de 10 céntimos por cada uno de sus miembros. Aun haciendo frente con ello a los gastos generales de la federación, las cotizaciones servirán para crear una caja federal de garantía para los préstamos que se soliciten y los que se otorguen.

La Comisión Federal dictamina sobre los pedidos de préstamos hechos a la federación, sobre la oportunidad de sostener una huelga y de contraer un préstamo especial, ante una sociedad adherida o del exterior. Varlin luchó mucho para hacer admitir a las sociedades afiliadas a la Cámara Federal el método del fondo de garantía, método practicado por la *Caisse du sou* y por la Federación de Rouen¹³⁸.

137 Varlin a Albert Richard, 20 de noviembre de 1860, Archivos municipales de Lyon.

138 Carta enviada por Varlin desde la prisión de la Santé a Albert Richard, el 19 de

La sede de la Federación es la plaza de la Corderie du Temple, en el mismo lugar en que tiene su asiento la Federación de las Secciones Parisienses de la Internacional. Las dos federaciones son distintas; la Cámara Federal de las Sociedades Obreras es completamente independiente. El secretario de la Internacional es Camille–Pierre Langevin, tornero de metales, y el de la Cámara Federal, a Theisz. En su defensa colectiva de los delegados obreros a la Cámara Federal, éste dirá el 5 de julio de 1870: “Esta institución conservó siempre su autonomía, permaneció bien diferenciada de la Internacional”. La coexistencia de las dos Federaciones, en la plaza de la Corderie, se explica por motivos de economía. Si un manifiesto, como el manifiesto antiplebiscitario, es firmado a la vez por los delegados de la Internacional y por los de la Cámara federal, unos y otros se cuidan bien de señalar con qué título dan su firma. En Marsella, Bastelica logra crear, en noviembre de 1869, una federación cuyos estatutos tienen por modelo los de la federación parisiense.

En Rouen, la federación reúne tejedores y tejedoras, curtidores, carpinteros, hilanderos de algodón, litógrafos, etc. A comienzos de 1870, publica un periódico: *La Réforme sociale*.

Albert Richard pide a Eugéne Varlin, a Benoît Malon, a Aubry y a Bastelica que vayan a Lyon, donde la formación de una federación encuentra dificultades. El 13 de marzo de 1870, se organiza en la Rotonde una conferencia presidida por Varlin y a la cual asisten 6.000 personas.

En julio de 1870, la Federación de Lyon comprende treinta sociedades obreras: los picapedreros, torneros, curtidores, broncistas, pasamaneros, aprestadores de tul, carpinteros, yeseros, pintores, tejedores de tul, aprestadores de telas de seda, aprestadores y tintoreros de sombreros, fundidores, sastres, peinadores, cortadores de calzado, carpinteros de obra, encuadernadores, vidrieros y cristaleros.

VI

Durante los primeros meses de 1870, “un gran soplo agitaba al proletariado¹³⁹”. Desde enero a abril, el movimiento obrero recoge en Francia el fruto de la campaña ardiente de los militantes durante los años 1868 y 1869. El progreso de las sociedades obreras, en número y en efectivos, se debe a la preocupación que tuvieron los militantes de proporcionar una base sólida al movimiento obrero y de apoyar su acción en una organización coordinada.

Tanto en provincias como en París, las sociedades obreras se vuelven de día en día más abundantes. Se forman por todos lados, En los grandes centros, en Marsella, en Limoges, en Saint-Étienne, en Lyon, como en París, hay pocas profesiones que no tengan la suya¹⁴⁰.

139 Albert Richard.

140 Algunas regiones rurales acogen la propaganda de París, Benoît Malon escribe a

Estos progresos se acompañan de una difusión paralela de la Internacional en Francia. No obstante los dos procesos de 1868, y la disolución legal de la Oficina de París, la Internacional sobrevive bajo diversas formas y en innumerables secciones. Su carácter se transforma. Al afiliarse a la Internacional, las sociedades obreras, cada vez más abundantes, dan a ésta una base corporativa. Los militantes obreros en su mayor parte se encuentran en la Federación Sindical y en las secciones de la Internacional, pero mantienen la autonomía de cada una de las dos instituciones.

Al apoyarse en el haz de las sociedades obreras, la Internacional adquiere una fuerza que no poseía antes. Sentiñón, de Barcelona, escribe a Varlin el 10 de abril: "Con el mayor placer observo la parte activa que tomáis en la organización de las sociedades obreras en toda Francia. He ahí el buen camino, el único que conduce directamente al objetivo. Todo el tiempo y todos los esfuerzos consagrados a otras cosas no solamente son perdidos, sino directamente perjudiciales."

En cambio, al aceptar un contacto demasiado próximo con los pequeños grupos revolucionarios, los militantes obreros cometen un error; esa alianza aparente permite confundirlos, es el punto por donde se les ataca: En vano, después de los disturbios de la primera semana de febrero en París, Combault, Émile Landrin, Johannard, Malon, Pindy, ponen en guardia a las masas obreras; invitan a los socialistas a no comprometer el triunfo definitivo por una acción tan precipitada, ¡Qué importa

Combault: "Pese a tus prevenciones contra los campesinos, te ruego que creas, amigo mío, que esta provincia del centro está relativamente preparada para la República social."

su prudencia! La policía imperial va a encontrar, en los discursos pronunciados en las reuniones públicas mixtas, pretextos suficientes para armar a un gobierno que trata de enmascarar su debilidad.

El 2 de enero de 1870, Émile Ollivier propone al emperador las personas pertenecientes a la mayoría parlamentaria que podrían formar el gabinete. Para tranquilizar a la vez al emperador, a la emperatriz y al cuerpo legislativo. Émile Ollivier se declaró pronto “a enfrentar la revolución cuerpo a cuerpo”. El 11, al día siguiente del asesinato de Víctor Noir, muerto por el príncipe Pierre Bonaparte, exclama: “Nosotros somos la libertad, y si no os conformáis seremos la fuerza.” Una semana después de su llegada al poder, Émile Ollivier está pronto a recurrir a los métodos policiales de Rouher.

El 12 de enero, en Neuilly, en el entierro de Víctor Noir, se reunieron más de 100.000 personas y, entre ellas, los miembros de las sociedades corporativas. Pero los obreros militantes no se dejan arrastrar por la impaciencia de algunos jacobinos. Napoleón III, y quizá Émile Ollivier no esperaban más que un pretexto para “aplantar la revolución”. El ministro de guerra guarneció de tropas los Champs Elysées y “el Emperador se vistió de pantalón rojo”, pronto para la batalla.

Varlin escribe, el 19 de enero, a Aubry y a Bastelica y les explica la situación difícil en que se encontraron los militantes obreros; su voluntad consiste en prevenir en el futuro toda imprudencia y en no dejarse sorprender por los acontecimientos:

Los delegados de la Cámara Federal se conmovieron ante el peligro que representa para la causa popular el abandonar así la dirección a uno o a varios hombres. ¡Pueden presentarse circunstancias semejantes a las del 12. Es preciso que la población obrera socialista no sea expuesta a que la palabra de orden sea en un barrio “combate” y en otro “situación”. Para evitar todo malentendido y también para impedir que algunos individuos se apoderen del movimiento, decidimos que, en lo sucesivo, seguiremos atentamente el movimiento político y que, en todas las ocasiones, nos consultaremos sobre lo que habrá que hacer. Los espíritus están exaltados; la revolución avanza, no debemos dejarnos desbordar. Los partidos burgueses multicolores temen a los socialistas a quienes ven crecer; sin duda les satisfaría ver un levantamiento derrotado, porque sería una ocasión de proscripciones contra nosotros; pero seremos tanto más prudentes cuanto más solos nos sentimos.

En enero hay huelga en el Creusot. Existe descontento entre los obreros; tiene su origen, principalmente, en la disciplina autocrática que impera en el Creusot. El reglamento de taller es redactado de tal manera que es posible imponer 50 francos de multa a un obrero por no haber denunciado a un camarada. La huelga surge en ocasión de querellas promovidas a propósito de la caja de socorros. La caja de socorros es administrada por la dirección y sostenida por una retención de 2 1/2% sobre el sueldo de todo el personal del establecimiento. El 7 de enero, el señor Schneider dirige a sus jefes de servicio una circular confirmando la decisión que tomó de dejar en manos de los asociados mismos la administración de la caja. En

seguida, los obreros nombran delegados para regularizar la situación. Éstos van a ver al señor Schneider para agradecerle. Éste los recibe fríamente y les dice: “Tened cuidado, hacéis oposición cortés, pero no por eso menos oposición, y a mí no me gusta la oposición.” Los obreros votan sobre la cuestión de la rendición de cuentas de la caja: 1.931 en favor y 536 en contra: “El voto era significativo, y el señor Schneider lo comprendió tan bien que se encolerizó violentamente cuando supo el resultado¹⁴¹”.

Los obreros del taller de ajuste nombran por unanimidad, para representarles, al mecánico ajustador Assi, elegido por los otros delegados como presidente de la delegación. Assi pide a Ernest Picard y a Jules Favre consejos jurídicos para organizar la caja de socorros como sociedad de socorros mutuos, de conformidad con el decreto de 1852.

El 19 de enero, al ir a su taller, Assi es despedido ante sus camaradas. Como signo de protesta, los obreros salen con él. Los delegados van en comisión ante el señor Schneider. Éste los recibe de pie, acompañado de su hijo a su derecha y del ingeniero jefe a su izquierda. En cuanto Assi pronuncia la palabra “caja de socorros”, el señor Schneider le interrumpe:

Yo no quiero que se me dicten leyes; no lo soporté nunca, y soy demasiado viejo para comenzar. En este momento, bajo la amenaza de la presión, no puedo deliberar con vosotros. No tengo nada que discutir en tanto que los obreros no hayan reanudado sus trabajos. Veré lo que he

141 Defensa del abogado Léon Bigot, *Troisième proces de l'Association Internationale*, págs. 145–159, París, a Le Chevalier, julio de 1870.

de hacer cuando lo juzgue necesario y haga reabrir las puertas de la fábrica. Entonces, tendré fuerza. Si les agrada, los obreros podrán romper algunas máquinas, no les arriendo la ganancia por ello. Soy libre de emplear al que quiera en mis talleres o fábricas. Si no fuese por las mujeres y los niños, a quienes la abstención del trabajo priva de 40.000 francos diarios, me sería igual cerrar las puertas de la fábrica durante un mes; si los obreros lo quieren, estoy dispuesto a hacerlo; esta mañana se encendió una máquina y media hora después di orden de apagarla; no quiero reabrir mis talleres para algunos obreros carentes de buena voluntad; preferiría ver apagar todos los altos hornos antes que ceder a la presión, y he tomado mi resolución por las pérdidas de la administración.

El señor Schneider ganaba tiempo, sin decir que había telegrafiado en todas las direcciones y que 4.000 hombres de tropa se dirigían hacia el Creusot.

Las sociedades obreras de París y las secciones parisienses publican, en *La Marséillaise* del 27 de enero, un manifiesto firmado por Varlin, Malon y Combault. Y, en *La Marseillaise* del 5 de febrero, la Cámara Sindical de los Obreros Mecánicos de París hace un llamado en favor de los obreros del Creusot. Terminada la huelga, Assi acude, el 16 de febrero, a dar cuenta a una reunión de la Cámara Federal. El 9 de febrero, Varlin escribe a Albert Richard¹⁴²:

Desde el lunes por la noche estamos sobre aviso. Hubo

142 Varlin a Albert Richard, Archivos municipales efe Lyon, Serie I (2).

ensayos de barricadas, alertas, cargas de caballería y de agentes de policía; pero hasta entonces nada muy grave.

Ayer por la mañana, martes, una delegación obrera fue a visitar a algunos diputados de la izquierda para pedirles que presenten su dimisión como protesta por el ultraje al sufragio universal cometido por el ministro Ollivier. Si los diputados hubiesen aceptado esa invitación, sería la señal de una sublevación general; los obreros están prontos: un acto de los diputados burgueses habría arrastrado a la burguesía y, en presencia de la unanimidad de la sublevación, el ejército habría vacilado sin duda y la revolución sería un hecho. Pero, claro está, la invitación fue en vano; no había nada que esperar de esos señores, nosotros lo sabíamos desde hace mucho tiempo. Hubo hoy una entrevista, pero... no conozco todavía el resultado, aunque lo supongo.

¿Podéis tomar en Lyon la iniciativa de una manifestación energética en favor de la dimisión de los diputados de esa ciudad? Raspail aceptaría muy probablemente. Esto sería para muchos ciudadanos la caducidad definitiva de toda la izquierda; porque, el principal, el único resultado que se puede obtener de las tramitaciones hechas, no es más que el del desprecio cada vez mayor de los hombres de la izquierda, de los diputados burgueses.

El 12 de febrero, en *Le Réveil*, Varlin, Malon, Combault protestan contra el arresto de Rochefort. El 13, Varlin es arrestado y encerrado en una celda durante 14 días: no se le sometió a interrogatorio alguno.

En la prisión, Varlin no piensa más que en los asuntos del movimiento y en el perfeccionamiento de la organización de la Cámara Federal. El 19 de febrero, en la prisión de la Santé, escribe a Albert Richard:

Mi querido Richard:

Fecho la presente en la prisión de la Santé, en la que tuve la torpeza de dejarme encerrar. Qué quieres, no creía que la orden lanzada contra mí fuese en serio. Después de haberme apartado durante cinco días, sin ocultarme, sin embargo, me dejé echar mano al salir de la asamblea general de La Marmite¹⁴³.

En fin, seamos breves. Hablemos de nuestros asuntos.

En suma, marchamos con una lentitud y dificultades imposibles. Te incito a pedir cinco céntimos por semana sobre la cotización de los miembros de las sociedades adheridas, como la Caisse du sou, lo que es aproximadamente lo mismo, 25 céntimos por mes por cada miembro, como la federación de Rouan.

De esta manera, tendréis siempre un fondo suficiente, no sólo para cubrir todos los gastos de la federación, sino también para constituir un capital de garantía para los préstamos que vuestra federación pueda tener que hacer. Por ejemplo, yo hubiera querido que nuestra Cámara

143 *La Marmite*, cocina cooperativa organizada por Varlin, en 8, rue Larey. Ver MAURICE FOULON, *Eugéne Varlin, op. cit.*, pág. 6255. La Marmita tuvo tres sucursales, 40, rue des Blancs-Monteaux; 42, rue du Château, y 20, rue Berzelius. En su tarea de organización, Varlin fue ayudado por la encuadernadora Nathalie Duval.

Federal garantizase las obligaciones que hemos emitido para el taller de producción de los peleteros; hubiera querido que, cuando nos hemos dirigido a las sociedades obreras de provincias o del extranjero para obtener préstamos en favor de huelgas parisienses, hubiésemos podido igualmente, garantizar esos préstamos. Porque, al fin, los peleteros, los sastres, los mecánicos de Bruselas, etc., no conocen a los peleteros. Pueden tener confianza en la federación parisense que representa a un grupo importante de corporaciones, pero no se les puede pedir que otorguen la misma confianza a una corporación aislada, que no conocen.

¡Y bien! Todas esas garantías, necesarias si queremos internacionalizar el crédito, no puede darlas la Cámara Federal de las Sociedades Obreras de París, ya que está fundada sobre un simple lazo moral.

Ves que en este momento cumple la función de secretario infiel, porque en lugar de servir a la federación que represento, no le hago ningún favor. Espero que no me denunciarás cuando escribas a otro corresponsal. Por otra parte, no desespero de llevarla a una mejor organización. La corporación de los encuadernadores, que yo represento, forma al mismo tiempo parte de la Caisse du sou y de la Cámara Federal, así como de algunas otras corporaciones; nos proponemos llegar a la fusión de los dos grupos, que se completarán mutuamente, porque el uno es esencialmente práctico, mientras que el otro es demasiado teórico, o más bien, idealista; no encuentro la verdadera palabra.

En espera de que pueda salir de la prisión, si tienes alguna comunicación que dirigir a la Cámara Federal, hazlo a Theisz, el secretario corresponsal adjunto, rue de Jessait, 12. No me escribas aquí, la carta sería leída en el tribunal.

Puesto en libertad “sin explicación alguna”, Varlin escribe a Aubry, el 8 de marzo:

Os equivocáis al creer un instante que descuido el movimiento socialista por el movimiento político. No, sólo desde el punto de vista socialista prosigo la obra revolucionaria; pero debéis comprender que no podemos hacer nada, como reforma social, si el viejo Estado político no es destruido. No olvidemos que en este momento, el Imperio no existe más que de nombre y que el gobierno es el juguete de los partidos. Si, en estas circunstancias graves, el partido socialista se dejase adormecer por la teoría abstracta de la ciencia sociológica, podríamos despertar una buena mañana con nuevos amos, más peligrosos para nosotros que aquellos que soportamos en este momento, porque serían más jóvenes y por consiguiente más vigorosos y más poderosos. Aún preparando la organización social futura, no perdamos de vista el movimiento político.

Y Varlin anuncia a Aubry que acaba de ser nombrado delegado a una conferencia que debe reunirse en Lyon el 13 de marzo.

A esa reunión, que preside Varlin, asisten delegados de provincias, de Marsella, de Aix, de Vienne (Isére), de La Ciotat,

de Dijon, de Rouen y de la Suiza jurasiana. César de Paepe envió una circular de los trabajadores belgas a los trabajadores franceses: “El estado político no tiene ya razón de ser; el mecanismo artificial llamado gobierno desaparece en el organismo económico. La política se pierde en el socialismo”.

Albert Richard organizó esa reunión, que le permite tomar contacto directo con Varlin, Aubry, Bastelica, a fin de dar un impulso definitivo a la formación de la federación de las sociedades obreras de Lyon.

El 22 de marzo, la administración del Creusot rebaja la tarifa de los salarios: una reducción de 30 a 60 céntimos por jornada de trabajo. El 23, los obreros, como protesta, se declaran en huelga. El señor Schneider no está en el Creusot, sino en París, donde preside el cuerpo legislativo. Al saber de la huelga y de un desmoronamiento que había ocasionado la muerte de doce personas, la víspera, en un pozo, el señor Schneider exclamó: “No parlamentaré con esos granujas. ¿No tienen bastantes cadáveres los huelguistas¹⁴⁴? El tribunal de Autun, que juzga a los huelguistas acusados, pronuncia 24 condenas que suman 298 meses de prisión. El 5 de abril, *La Marseillaise* publica una protesta contra ese juicio, firmada por militantes obreros.

La segunda huelga del Creusot originó múltiples manifestaciones de solidaridad. La Cámara Federal de Marsella, los obreros de Mulhouse, las sociedades obreras de Lyon enviaron socorros a los huelguistas. La Cámara Federal de París organizó una suscripción: Émile Aubry y la sección de Rouen

144 J. BARBERET, *Les grèves et la loi sur les coalitions*, págs. 28 a 31, París, Librairie de la Bibliothéque ouvrière, 1873.

publican, con motivo de la huelga del Creusot, un llamado a la población obrera¹⁴⁵:

La Federación de Rouen cree que es su deber seguir el ejemplo de sus hermanas de Marsella y de París. Millares de obreros reclaman, en nombre de la ley de las coaliciones, un aumento de la participación en lo que ellos aportan a la producción de la riqueza... Un solo hombre investido de funciones superiores, gerente principal de una fábrica, manipulador de muchos millones, abusa de esa posición y desdeña toda conciliación. A las mujeres que piden con sus esposos el derecho a vivir trabajando, se les opone escuadrones de caballería; a los obreros que demuestran la imposibilidad de equilibrar sus presupuestos trabajando mucho, se responde con un despliegue de fuerzas militares. Emplear al hijo para forzar a su madre y a su padre a contentarse con lo que quiera darle el amo del lugar, porque este último se cree con derecho a disponer de las fuerzas nacionales, es un grave atentado al derecho público. La masa entera que piensa y trabaja protesta contra semejantes hechos.

El 19 de abril de 1870, en una carta dirigida a Combault, Benoît Malon comprueba les progresos de la Internacional, “cuya idea prende como un reguero de pólvora”.

En Fourchambault, la huelga está perdida, pero... he aquí en tanto lo que hay: secciones numerosas fundadas en el Creusot, en Fourchambault; correspondencias iniciadas con

145 ÉMILE AUBRY, *Gtéve du Creusot*, Rouen, 6 de abril de 1870, París, Asociation générale tipographique (Bibl. Nat. Lb. 56, 2629).

los grupos democráticos de Moulins, de Nevers, de Guérigny, Cosne, Beaune, Dijon, Chalon, Tournus, Gueugnon, Torteron y Clamecy, y eso no es más que el principio. La idea de la Internacional prende como un reguero de pólvora. Esos viejos deportados de diciembre me estrechan la mano llorando, se consagran en cuerpo y alma a la internacional, que es para ellos una verdadera revelación.

Los militantes recorren el país. Varlin visita las regiones en que estallan huelgas, y las del Norte y el Este, donde comienzan a desarrollarse grupos nuevos. Varlin habla poco, siempre en el momento preciso. Muy a menudo se eclipsa para destacar la personalidad de alguien. Por el ejemplo de su sencillez y de su fe, da confianza a sus camaradas. Les dice lo que espera de ellos, y les revela el propio valor, mostrándoles lo que uno puede exigir de sí mismo. Su personalidad resplandece, rodeada “de una popularidad misteriosa¹⁴⁶.

A comienzos de abril, al volver de Lyon, se detiene en el Creusot, se encuentra en Lille, donde se acaba de organizar una federación de las sociedades obreras. Es infatigable; a un amigo que le pide que disminuya su actividad, le responde: “Cuando la libertad y la justicia reinen en la tierra, me quedaré quieto.”

Pero los militantes saben que esos progresos del movimiento

146 Benoît Malon escribe a Combault: “Vete, te lo ruego, a estrechar la mano de Varlin, de mi parte, y dile que su paso le valió una especie de popularidad misteriosa, que hace que su carta haya contribuido más a hacerle recibir bien, que la credencial de *La Marseillaise*. ” (7 de abril, 1870.)

obrero preocupan al gobierno y que no son vistos con simpatía por los políticos republicanos. Lee!oré, de Brest, escribe a Pindy y a Malon el 7 de abril: "Es más que probable que bien pronto una parte de los miembros de la Internacional será asesinada y la otra encarcelada."

La policía imperial hizo, en marzo, una investigación en toda Francia y calcula en 400.000 los miembros de la Internacional. Albert Richard estima exagerada esa cifra. En efecto, el 20 de abril de 1870, la cifra de los miembros inscritos es de 245.000. Pero el gobierno tiene interés en aumentar los integrantes de una asociación, de la que quiere servirse como de un espantajo. Émile Ollivier percibe la inquietud de la opinión; espera desviar la atención de los asuntos exteriores cristalizando sus temores en la Internacional.

El 20 de abril, un *senatus consultus* establece la constitución de 1870; el plebiscito está destinado a demostrar el apego de Francia al régimen imperial y a la persona del emperador.

El 19 de abril, una reunión presidida por Varlin decide que las sociedades obreras publicarán un manifiesto con motivo del plebiscito:

Protestamos, escribe Varlin el 20 de abril a Aubry, *contra el Imperio en particular y en general contra todos los individuos que creyeron poder atribuirse el derecho a plantear cuestiones al pueblo sin permitirle su discusión... Nosotros sostenemos la República social universal. Protestamos contra el plebiscito y contra su resultado, cualquiera que sea, y recomendamos a nuestros hermanos*

trabajadores la abstención en todas las formas. Combault dice: "Jamás quiso la clase trabajadora aceptar nada del vencedor de Francia, al que considerará siempre como su más cruel enemigo. La Internacional soportó las leyes de la necesidad; está muerta hasta el día que pueda decir: No queremos el Imperio; y desde hace muchos años, éste es su grito más agudo... Debemos ocuparnos de política, puesto que el trabajo es sometido a la política. Es preciso decir en voz alta, de una vez por todas, que queremos la República social con todas sus consecuencias".

La ocasión esperada se ofrece al gobierno y a la justicia imperial. El 24 de abril, aparece el Manifiesto en *La Marseillaise*. Procede a la vez de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras, y de una Federación de las Secciones Parisienses de la Internacional, recientemente constituida.

El 30 de abril, Émile Ollivier, ministro de justicia, da orden de detener a todos los individuos que dirigen la Internacional. En París, se detiene a 34 militantes; en Lyon, a Albert Richard; en Rouen, a Émile Aubry, a Ledoré en Brest, a otros en Saint-Étienne.

Dos años antes, el 14 de septiembre de 1868, Ollivier había escrito a Émile Aubry a propósito del derecho de asociación:

...Os felicito fervorosamente por (vuestro) espíritu de elevación moral y de nobleza de corazón... Queda por conquistar el derecho de asociación. Concentrad vuestros esfuerzos en ese punto. Cuando lo hayáis obtenido, seréis dueños de vuestros destinos... disminuiréis la miseria y

adelantaréis la obra fraternal que debemos perseguir todos y que, con la ayuda de Dios, se realizará un día. No tengo otra ambición que secundaros en esa labor. Empleo en ello mi vida y no retrocederé ante ningún esfuerzo... En mi alegría estoy dispuesto a ayudaros y a serviros con lo mejor de mi corazón.

Y durante el proceso, Émile Ollivier responderá a Assi, uno de los inculpados, que le escribió:

No os habéis engañado al suponer que podíais dirigiros en confianza a mi justicia. Con verdadera tristeza cumplo este penoso deber de reprimir los extravíos de hombres a quienes quisiera servir y amar; pero pongo mi honor en que nada inútil e ilegal se haga en ninguna parte. Ignoro cuál es vuestra situación judicial, pero voy a informarme inmediatamente. El recuerdo de mi pobre y querido hermano no me deja nunca insensible. Os saludo cordialmente.

Varlin estaba en provincias; vuelve a París a fin de compartir la suerte de sus camaradas. Pero sus amigos le obligan a escapar a Bruselas, donde lo acoge Eugéne Hins... Así, pues, no será él quien presentará la defensa colectiva en el tercer proceso, sino que lo harán Chal'Ain y Theisz en nombre de la Cámara Federal Obrera y sus coacusados, Avrial (de los mecánicos), Durand (de los joyeros), Pagnerre (de los pintores), Franquin (de los litógrafos). Louis Chalain exclama:

Hacéis de Mazzini el fundador de la Internacional. Sin embargo, hemos proclamado bastante que no queremos

más salvadores... La experiencia enseñó a las clases obreras que no deberán contar más que consigo mismas, y ésa es la idea matriz de la Internacional.

No podríamos dedicarnos seriamente a rechazar un delito imaginario, y reconocido como tal por todo lo que es independiente. La Internacional es la primera asociación que se desligó del viejo espíritu de autoridad que, hasta entonces –por lo menos de hecho– dominaba en todos los partidos; es la primera que rechazó la consigna del comité director, para confiar su obra a las masas mismas; ¿no dice que la emancipación de los trabajadores será la obra de los trabajadores mismos? ¿La Internacional, sociedad secreta? Pero no hay sociedad que busque más que la publicidad... No queremos más salvadores, tenemos la pretensión de haber sabido conocer nuestros intereses tan bien como cualquier otro.

Theisz muestra que la Cámara Sindical Obrera no fue un medio para reconstruir la Internacional: constituye una organización autónoma, corporativa, la primera etapa de un federalismo económico.

El 5 de julio, Léo Frankel, obrero joyero, termina su defensa con esta fábula:

Yo no veo nada de asombroso en que los capitalistas, en ocasión de una huelga suscitada por sus pretensiones ávidas, sean los primeros en acusar a la Internacional. Obran en este punto como el lobo de la fábula que estaba al borde del arroyo y acusaba al cordero que bebía más

abajo de perturbar sus aguas. El cordero trataba de defenderse, pretendiendo que el agua no podía remontar su curso; las negativas no le sirvieron de nada; el lobo solamente buscaba un pretexto para devorarlo.

El mismo día, el tribunal condena a un año de prisión, “por haber formado parte de una sociedad secreta, a Varlin, Malon, Murat, Johannard, Pindy, Combault y Héligon, y a los otros a dos meses de prisión.

VII

El 8 de mayo, el plebiscito da 7.359.000 votos en favor y 1.572.000 en contra del Imperio. Napoleón III se afianza. El 16, a propósito del remplazo de tres ministros renunciantes, Napoleón III dice al señor de Bouville: “Dios mío, creo que exageráis un poco; seguramente es importante tener buenos ministros, pero las cosas cambiaron mucho desde el plebiscito, mi gobierno volvió a tomar una gran fuerza y puede dominar ahora una crisis ministerial, Ollivier tomará el que quiera.” Y habría agregado: “Nombremos no importa a quien, puesto que estamos decididos a no hacer nada.” Faltó poco para aconsejar a Émile Ollivier que eligiese los nombres al azar. El azar hace salir, como ministro de relaciones exteriores, el nombre del duque de Gramont, a quien Bismarck llama: “el hombre más tonto de Europa” y que había hecho en Viena una política antiprusiana.

Pero todo va bien, afirma el emperador el 21 de mayo, cuando dice: “Más que nunca debemos encarar el porvenir sin temor.” No piensa así casi nadie, salvo él, sus cortesanos y los hombres en los cargos.

Sobre Francia pesa la atmósfera de esas tempestades cuya amenaza se prolonga sin estallar. La opinión se vuelve ansiosa; estaba preocupada desde la primavera de 1867; y las compensaciones territoriales, solicitadas por Napoleón III y rechazadas con desdén, permitieron a Bismarck “caldear” la opinión pública alemana.

Las relaciones entre los dos países se vuelven cada año más tirantes. En la primavera de 1867, crisis de Luxemburgo. En 1868, licenciamiento del ejército del rey de Hannover que se refugió en Alsacia; después incidentes a propósito del plebiscito del Schleswig. En noviembre de 1868, despido del ministro Bratiano, en Rumania, sobre cuyo trono Napoleón III, siempre complaciente, puso a Carlos de Hohenzollern. A comienzos de 1869, incidente de la Compañía Belga del gran Luxemburgo, finalmente, en 1870, incidente del trono de España.

El 5 de julio, el día en que los militantes obreros son condenados, en número de 34, a penas de prisión que oscilan entre un año y 2 meses, el mismo día, a propósito de la candidatura de Leopoldo de Hohenzollern al trono de España, el duque Agénor de Gramont, ministro de relaciones exteriores, se entusiasma hablando al embajador de Inglaterra de la actitud de Prusia: “La aceptación (de la corona de España) lesiona nuestros intereses; ofende nuestro honor. No podemos

tolerar una combinación que, en caso de guerra con Prusia, nos obligaría a inmovilizar un cuerpo de ejército en la frontera de España. Nada nos costará impedir tal propósito... Si Prusia insiste, habrá guerra."

Gramont envía a Benedetti a Ems, donde el rey Guillermo hace un período de cura: se quiere obtener de él que revoque la aceptación del príncipe de Hohenzollern, si no, se tendrá la guerra: "Nosotros pedimos, dice Gramont el 11, que el rey prohíba al príncipe Hohenzollern persistir en su candidatura. A falta de una respuesta decisiva mañana, consideraremos el silencio o ambigüedad, como una negativa a lo que pedimos."

Al día siguiente, 12, el príncipe de Hohenzollern anuncia que, en nombre de su hijo, retira la candidatura. Pero Gramont quiere un éxito diplomático más completo, ordena a Benedetti que pida al rey Guillermo que intervenga en la renuncia. Remite al embajador de Prusia en París el borrador de la carta que debería escribir el rey Guillermo.. Telegrafía sus instrucciones a Benedetti, que ve al rey el 13.

El mismo día, Bismarck aprovecha la ocasión esperada, redacta un comunicado inexacto y tendencioso destinado "a producir sobre el toro galo el efecto de un trapo rojo". Las palabras y las iniciativas brutales de Gramont triunfan sobre las intenciones pacíficas de Ollivier y, el 15, éste se ve obligado a tomar, ante el cuerpo legislativo, la responsabilidad de la guerra.

Ludovic Halévy escribe en la fecha de ese fatal 15 de julio: "La guerra, creo, llegará a ser popular. Digo *llegará a ser*, porque la

opinión está muy perturbada, muy confusa, muy vacilante¹⁴⁷. He aquí la nota justa: la opinión estaba más que vacilante. Los periódicos de una prensa servil traicionan el estado de ánimo verdadero de Francia orquestando las palabras del ministro de relaciones exteriores: “Es una bofetada que Prusia aplica sobre el rostro de Francia; yo renunciaré a mi cartera antes que soportar semejante ultraje.”

Sobre los sentimientos verdaderos del pueblo francés, la verdad se encuentra en las relaciones de los prefectos de provincias que muestran que el país desea la paz¹⁴⁸. Sólo la ceguera imbécil y la vanidad burda de algunos hombres impulsan a la guerra. El frívolo Émile Ollivier y sus frágiles ministros se deslizan por la pendiente, arrastrando con ellos a Francia.

Su estúpida temeridad realizará la profecía de Proudhon que, desde el 10 de enero de 1841, temía la constitución de un Imperio germánico y sus consecuencias: “Si estallase una guerra con Europa, no cabe ninguna duda de que el desenlace sería la ruina y el desmembramiento de Francia. Alsacia-Lorena volvería a la confederación germánica.”

Al lado de la responsabilidad colectiva del ministerio, Gramont y Leboeuf asumían una responsabilidad personal. “Ni un botón de zapato”, dijo Leboeuf, y no previó nada, no

147 LUDOVIC HALÉVY, *Carnets*, pág. 178. Agrega: “En cuanto al gabinete, creo que estaba perdido para la paz.”

148 MAUPAS, *op. cit.*, pág. 534, 2º vol. ¡Francia! Él (Émile Ollivier) hubiese podido escuchar, en un recogimiento atento, el murmullo de esos millones de voces que le pedían que mantuviese su calma contra empresas temerarias.”

organizó nada: pariente del presidente del cuerpo legislativo, rehusó, por espíritu de familia, las proposiciones que le hacía Krupp y que habrían permitido equipar de artillería al ejército francés.

Pero Napoleón III merece una mención especial. La guerra es tanto la consecuencia de los reveses de su política exterior como la de su necesidad de ofrecer sus buenos oficios, siempre demasiado tarde, para reclamar, a destiempo siempre, compensaciones.

En 1862, “el gran pensamiento del reino¹⁴⁹” y derrota de Puebla, fracaso en Polonia (1863), abandono de Dinamarca (1864), hundimiento del Imperio de México (1865–1866), acercamiento ítalo-prusiano (1866). Julio de 1866: Sadowa; agosto de 1866: sueño de la frontera del Rhin, achicándose en demandas de compensaciones sobre Bélgica. 1867: nuevo abandono de Dinamarca a propósito del plebiscito del Schleswig; nuevo pedido de compensación, esta vez sobre Luxemburgo.

Desde hacía varios años, y principalmente desde 1866, a fin de curar su amor propio herido por los contrastes de su política exterior, Napoleón III piensa en la guerra. Sin duda abandonó a menudo también sus intenciones y sus decisiones. Desde 1866, Napoleón III quiere la guerra.

Un hombre moderado y despierto, Ludovic Halévy, anota en su cuaderno, el 5 de abril de 1866, las razones por las cuales

149 Rouher llama así a la expedición de México.

piensa en la guerra; y en primer término “la vieja y tenaz ambición de dar a Francia la frontera renana”:

Yo creo absolutamente en la guerra... La querella de Austria y Prusia no iría ciertamente hasta la guerra, si el emperador quisiera la paz...; pero el emperador no quiere la paz, quiere la guerra... Sí, el emperador debe querer la guerra y por tres motivos. Primero, es cierto que hay en él una vieja y tenaz ambición de darnos la frontera renana. La política napoleónica cree tener que tomar un desquite por ese lado... El tercer motivo que nos llevará a la guerra es la necesidad de dar satisfacción al ejército descontento y recuperar su afecto muy quebrantado... Hoy el ascenso se halla absolutamente detenido en el ejército y es preciso a toda costa hacer matar a un cierto número de nuestros oficiales para desbrozar el terreno.

Pero la segunda razón es la más poderosa en 1870; por una guerra, Napoleón espera salir del mal paso” del Imperio liberal, y, por una victoria, volver a dar al régimen el prestigio necesario para la restauración del imperio autoritario:

Hay además una gran tentación para hacer la guerra, al estar sitiado en el interior por un movimiento liberal y hallarse en lucha abierta con la parte esclarecida del pueblo al que se gobierna y se opprime. La idea de distraer los espíritus por la guerra y de desviarlos hacia la esperanza de un engrandecimiento territorial no es, ay, sino demasiado natural, y nadie ignora que ese remedio para una situación difícil llega a ponerse muy a menudo, como por sí mismo, en manos de los gobiernos absolutos.

Gracias a la guerra, es preciso impedir que la opinión pública se dé cuenta de que el régimen está quebrantado por los fracasos sucesivos; porque las vacilaciones de una política versátil hicieron perder poco a poco al emperador todo su prestigio.

En presencia de la guerra, ¿cuál ha sido la actitud de la Internacional o más bien de sus diversas fracciones, porque, desde esa época, la ruptura de la Internacional en fracciones opuestas es un hecho?

Desde el 12 de julio, los internacionalistas parisienses, Tolain, André Murat, Theisz, Pindy, Combault, Camélinat, Avrial, Benoît Malon, Émile Landrin, Langevin, etc , publican en *Le Réveil* un llamado al pueblo alemán:

Hermanos de Alemania, en nombre de la paz, no escuchéis las voces asalariadas o serviles que tratan de engañaros sobre el verdadero espíritu de Francia. No prestéis oídos a provocaciones insensatas, porque la guerra será para nosotros una guerra fratricida. Permaneced en calma, como puede hacerlo, sin comprometer su dignidad, un gran pueblo fuerte y valeroso. Nuestras divisiones no llevarán a ambos lados del Rhin más que el triunfo completo del despotismo.

Abundantes declaraciones siguen a ese manifiesto y *La Marseillaise* del 22 de julio publica la de Neuilly-sur-Seine:

¿La guerra es justa? ¿Es nacional? No. Es puramente dinástica. En nombre de la humanidad y de la democracia, de los verdaderos intereses de Francia, nos adherimos

enérgicamente a la protesta de la Internacional contra la guerra.

Declarada la guerra, la Federación parisiense lanza un llamado a los obreros del mundo entero, llamado publicado el 6 de agosto en *La solidarité*:

En presencia de la guerra fraticida que acaba de declararse para satisfacer la ambición de nuestro enemigo común, de esa guerra horrible en la cual son sacrificados millares de nuestros hermanos, en presencia de la miseria, las lágrimas, el hambre amenazante... protestamos, en nombre de la fraternidad de los pueblos, contra la guerra y sus autores, e invitamos a todos los amigos del trabajo y de la paz a asegurar así la libertad del mundo. ¡Vivan los pueblos! ¡Abajo los tiranos!

El 8 y 9 de agosto, en Marsella y en París, hay tentativas insurreccionales, que fracasan.

El 23 de julio, desde Londres, el Consejo General publica un manifiesto dirigido a los miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores en Europa y los Estados Unidos:

En el manifiesto inaugural de la Asociación Internacional publicado en noviembre de 1864, decíamos: "Si la emancipación de las clases obreras requiere su concurso fraternal, ¿cómo podrán cumplir esa gran misión con una política exterior que persigue designios criminales, explotando los prejuicios nacionales y prodigando en guerras de piratas la sangre y los tesoros del pueblo?..."

¿Qué tiene de asombroso que Luis Bonaparte, desde el primer momento, haya tratado a la Internacional como enemigo peligroso, él que usurpó el poder por la explotación de la guerra de las clases en Francia, y lo mantuvo por guerras periódicas en el exterior?

La guerra urdida en 1870 no es más que una edición revisada y corregida del golpe de Estado de diciembre, de 1851.

Sin embargo, no olvidamos que son los gobiernos y las clases dirigentes de Europa los que pusieron a Luis Bonaparte en situación de jugar durante dieciocho años la farsa feroz del imperio restaurado.

Del lado alemán, esta guerra es una guerra defensiva. ¿Pero quién puso a Alemania en la necesidad de defenderse? ¿Quién proporcionó a Bonaparte la ocasión de hacerle la guerra? Prusia. Es Bismarck el que conspiró con el mismo Luis Bonaparte a fin de aplastar la opinión política en el interior y someter Alemania a la dinastía de los Hohenzollern... El régimen bonapartista que, hasta allí, no prosperaba más que a un lado del Rhin, halló su imitación del otro. ¿Qué podía resultar si no la guerra, de tal estado de cosas? Si la clase obrera alemana soporta que la guerra actual pierda su carácter estrictamente defensivo y degenera en una guerra contra el pueblo francés, la victoria o la derrota serán igualmente desastrosas. Todos los males que abrumaron a Alemania después de su guerra de la independencia, revivirán con más intensidad... La voz de los trabajadores franceses encontró un eco en Alemania. Una

asamblea obrera inmensa llevada a cabo en Berwick el 16 de julio, expresó su adhesión completa al manifiesto de París, rechazó con indignación la idea de un antagonismo nacional, contra Francia, y en Chemnitz, los delegados de 50.000 obreros sajones adoptaron la misma resolución... La clase obrera inglesa tiende una mano fraternal a los trabajadores franceses y alemanes. Está íntimamente convencida de que, cualesquiera que puedan ser los resultados de esta guerra horrible, la alianza de las clases obreras de todos los países acabará por matar la guerra.

VIII

El Consejo General encargó a Karl Marx la redacción del manifiesto del 23 de julio sobre la guerra. Ahora bien, el 20 de julio, escribe a Engels:

Te envío Le Réveil; verás allí el artículo del viejo Delescluze; es del más puro chauvinismo. Francia es el único país, de la idea... (es decir de la idea que se forma de sí misma...). Los franceses tienen necesidad de ser apaleados; Si los prusianos resultan victoriosos, la centralización del poder del Estado será útil a la centralización de la clase obrera alemana. La preponderancia alemana, además, trasladará el centro de gravedad del movimiento obrero europeo de Francia a Alemania¹⁵⁰.

Karl Marx agrega:

150 KARL MARX–FR. ENGELS, *Briefwechsel*, vol. 4, Berlín 1931, pág. 339.

La preponderancia, en el teatro del mundo, del proletariado alemán sobre el francés será al mismo tiempo la preponderancia de nuestra teoría sobre la de Proudhon.

Su victoria definitiva sobre Proudhon, he ahí lo que importa a los ojos de un ideólogo dominador.

Por su parte, el 31 de julio, Engels responde a Marx:

Mi confianza en la fuerza militar aumenta cada día. Somos nosotros los que hemos ganado la primera batalla seria... Sería absurdo hacer del antibismarckismo nuestro único principio directivo. Bismarck, en este momento, como en 1866, trabaja para nosotros, a su modo...

El comité de Brunswick publica el 5 de septiembre un manifiesto reclamando la paz: "Aclamamos a la República francesa. Es deber del pueblo alemán asegurar una paz honorable con la República francesa y corresponde a los trabajadores alemanes no tolerar una injuria al pueblo francés"; el comité de Brunswick tiene la inocencia de citar algunas frases de la carta que Marx le escribió y en la cual decía: "*Esta guerra trasladó el centro de gravedad del movimiento obrero continental*"

La cólera de Marx es grande; califica de *estupideces* el manifiesto de los parisienes y el manifiesto de Brunswick: "Les lavaría la cabeza, pero la tontería está hecha: imprimir frases que, bajo ningún pretexto, debían ser publicadas".

El manifiesto de Brunswick era la respuesta al manifiesto publicado el 4 de septiembre por la Internacional parisienne; he

aquí lo que Karl Marx escribe a Engels, al respecto, los días 7 y 10 de septiembre:

Estos individuos que soportaron a Badinguet¹⁵¹ durante veinticinco años, que no pudieron impedir que recibiese seis millones de votos hace seis meses contra un millón y medio... esas, gentes pretenden ahora, porque las victorias alemanas les obsequiaron una República, que los alemanes deben abandonar inmediatamente el suelo sagrado de Francia, sin lo cual, guerra sin cuartel... Es la vieja infatuación. Espero que estas gentes volverán al buen sentido después de pasada la primera borrachera, sin lo cual sería endiabladamente difícil continuar con ellos las relaciones internacionales.

Karl Marx se da cuenta de que la guerra quebrantó las organizaciones obreras y la fuerza de los militantes de Francia. Vuelve en lo sucesivo sus esfuerzos contra Mijaíl Bakunin, cuya influencia quiere destruir. Mijaíl Bakunin, ardiente y persuasivo, sabe atraer simpatía; pero, como reconoce Albert Richard, “no tiene tacto ni medida”. Su influencia sobre algunas secciones de la Internacional, la debe sin duda a su naturaleza; pero la debe también a la campaña que lleva contra las tendencias autoritarias de Marx. Sus ideas federalistas corresponden a las tendencias de las secciones jurasianas del Lóele y de la Chaux-de-Fonds; y las secciones suizas de la Internacional no fueron alcanzadas por la guerra, como las secciones francesas. Representan, por su número y su cohesión, un elemento importante que podría quizás, en las

151 Apodo de Napoleón III. (N. del T.)

decisiones de las conferencias, hacer inclinar la balanza, si Karl Marx no velase para prevenir ese peligro.

Karl Marx conoce a Bakunin desde 1844; lo encontró en París. Lo volvió a ver en 1848; después, el 3 de noviembre de 1864, en Londres: “Debo decirte, escribe entonces Marx a Engels, que me agradó más, lo encontré mejor que en otro tiempo... En suma, es uno de los hombres raros que vuelvo a encontrar después de dieciséis años, que marchó hacia adelante y no hacia atrás.” Pero Marx cambia de opinión sobre Bakunin cuando éste, después del segundo Congreso de la Paz y de la Libertad, en 1868, constituye la Alianza de la Democracia Socialista y afilia ésta a la Internacional. Las simpatías que atrae Bakunin hacen sombra a Karl Marx. El 27 de julio de 1869, Marx escribe a Engels: “Ese ruso, está claro, quiere convertirse en el dictador del movimiento obrero europeo. Que tenga cuidado. Si no, será oficialmente excomulgado”. Y Engels le responde: “Si ese maldito ruso piensa realmente en acomodarse, es hora de ponerlo fuera de la posibilidad de dañar”.

Marx no espera más que algunas semanas para ejecutar a Bakunin oficiosamente, antes de que el Consejo General pronuncie una excomunión mayor.

Por una circular secreta, la *Comunicación privada* del 1º de enero de 1870, Marx denuncia ante los comités de la Internacional de los diferentes países, como heréticos, a los redactores de *L'Égalité* periódico de la federación románica, del *Travail* y del *Progrés du Locle*.

Desde Bruselas, Marx escribe a Eugéne Hins para señalarle la acción de Bakunin. E. Hins responde a Marx diciéndole que esas calumnias son indignas de él en el momento mismo en que Bakunin está a punto de traducir al ruso *El Capital*.

Dos meses después, el 28 de marzo de 1870, Karl Marx dirige una nueva comunicación privada y confidencial a la oficina de la Internacional alemana; renueva allí sus ataques contra Bakunin. Del lado de Bakunin hay oposición de temperamento y de tendencias más bien que antagonismo personal¹⁵².

El conflicto que les hace chocar es tanto más profundo cuanto que traduce el antagonismo de las tendencias que dividen a las secciones de la Internacional. Comunismo autoritario contra comunismo antiautoritario; federalismo contra centralismo: “La cuestión que divide hoy a la Internacional se resume en estos dos términos: federalismo o centralismo. Dos programas de renovación social están en presencia: el uno concibe la sociedad futura bajo la forma del Estado popular centralizado (*Volksstaat*); la otra la define, al contrario, como *la libre federación de las libres asociaciones industriales y agrícolas*”¹⁵³.

Bakunin tenía “un corazón cálido y amante”, pero no estaba bastante emancipado de sí mismo para comprender que su acción demasiado personal y sus querellas con Marx iban a

152 En un manuscrito de 1871, Bakunin cuenta sus relaciones con Karl Marx, a quien se esfuerza por juzgar sin animosidad personal.

153 *La Fédération jurassianne*, Sonvillier, 1873 (memoria presentada por la Federación jurasiana de la Asociación Internacional de los Trabajadores a todas las federaciones de la Internacional), pág. 285, piezas justificativas, pág. 142.

asestar el golpe de gracia a la Internacional. Ésta es desgarrada, durante dos años, por divisiones intestinas entre los ideólogos y entre las diversas secciones de la Internacional. La difusión, en junio de 1872, de una circular privada del Consejo General, *Las pretendidas escisiones en la Internacional*¹⁵⁴, prepara mal el congreso que debía reunirse en La Haya, en septiembre: este folleto no podía menos que romper la unidad; atiza pasiones que arden ya. Así, del 2 al 7 de septiembre, el congreso es absorbido por discusiones entre las fracciones antagónicas de una asociación cuyos trozos se separaban por sí mismos. El Congreso vota el traslado del Consejo General a Nueva York. La mayoría pronuncia la exclusión de Bakunin y de James Guillaume, declarados heréticos. Pero cualesquiera que hayan sido las repercusiones de las querellas personales sobre la Internacional, la causa primera de su destrucción fue la guerra: la guerra franco-alemana rompió la armazón de la Internacional y quebrantó en Francia el impulso constructivo del movimiento obrero.

154 *L'Alliance de la démocratie socialiste et l'Association des Travailleurs*. Informe y documentos publicados por orden del Congreso de La Haya, Londres y Hamburgo, 1873. Y *Les prétendues scissions de L'Internationale*, circular privada del Consejo general, 5 de marzo de 1872, Ginebra.

EPÍLOGO

LA COMUNA

Qué honor, nuestro ejército vengó sus desastres con una victoria inestimable.

Les Débats, mayo de 1871.

Podéis contar con mi palabra, yo no falté nunca a ella... El París de la Comuna no es más que un puñado de desalmados... Si se dispararon algunos cañonazos, no fue obra del ejército de Versalles, sino de algunos insurrectos, para hacer creer que se batían, cuando no se atreven ni a asomarse... Los generales que condujeron la entrada a París son grandes militares... Yo seré despiadado; la expiación será completa y la justicia inflexible... Hemos alcanzado el objetivo. El orden, la justicia, la civilización obtuvieron al fin la victoria... El suelo está cubierto de sus cadáveres; ese espectáculo horroroso servirá de lección.

THIERS, 22 de mayo de 1871.

La Comuna gana cada día adeptos que rinden homenaje a una integridad con que pocos gobiernos engalanaron su existencia. El gobierno comunista fue un poder de una moderación y de una probidad ejemplares.

LUCIEN DESCAVES.

I

El 4 de septiembre de 1870, es proclamada la República en el Ayuntamiento, sin resistencia de parte de un gobierno que, como dice Charles Seignobos, “no era más que un grupo de funcionarios superpuesto a la nación sin formar parte de ella, sin autoridad moral”. Así, el día de la crisis, “el pueblo se aparta de aquellos que había aceptado por debilidad, y, privado de su sostén natural, el ejército, la institución imperial se derrumbó casi por sí misma, como un castillo de naipes bajo el papirotazo de un niño”.¹⁵⁵

Casi a diario, un año antes, en el Congreso de Basilea, al invitar a la Internacional a celebrar su congreso en París, los delegados parisienses dijeron el 5 de septiembre: “En un año, el Imperio habrá dejado de existir.”

La noche del 4 de septiembre, los delegados de la Cámara

155 RENÉ ARNAUD, *Histoire du second Empire*, págs. 338. París, Hachette, 1929.

Federal de las Sociedades Obreras y los delegados de las secciones de la Internacional se reúnen en la Corderie du Temple para redactar un llamado al pueblo alemán, publicado al día siguiente en alemán y en francés: “La Francia republicana te invita, en nombre de la justicia, a retirar tus ejércitos; si no, nos será preciso combatir hasta el último hombre y derramar ríos de tu sangre y de la nuestra. Te repetimos lo que declaramos a la Europa coligada en 1793: el pueblo francés no hace la paz con un enemigo que ocupa su territorio. Vuelve a cruzar el Rhin. Desde las dos orillas del río disputado, Alemania y Francia, tendámonos la mano. Olvidemos los crímenes militares que los déspotas nos hicieron cometer unos contra otros... con nuestra alianza, fundemos los Estados Unidos de Europa.”

Y el 5 de septiembre, el Comité Central del Partido de la Democracia Socialista, conocido con el nombre de comité de Brunswick, publica un manifiesto que contiene frases como éstas:

Es deber del pueblo alemán asegurar una paz honorable con la República francesa... Corresponde a los trabajadores alemanes declarar que, en interés de Francia y Alemania, están decididos a no tolerar una injuria hecha al pueblo francés... Juramos combatir lealmente y trabajar con nuestros hermanos obreros de todos los países por la causa común del proletariado.

Pero la guerra ha destrozado ya a la Internacional. Las decepciones y los padecimientos de un largo asedio acabaron por agotar las energías y los recursos de los obreros

parisienses. En vano, algunos militantes –Varlin, Theisz, el obrero joyero Léo Frankel, Avrial, Combault– se esfuerzan por reconstruir las secciones desorganizadas. En las sesiones¹⁵⁶ que, de enero a marzo de 1871, celebra el Consejo Federal de la Internacional parisienne, aparece a menudo la confesión de su impotencia.

El 5 de enero, Varlin comprueba que, desde el 4 de septiembre, la Internacional carece de dinero: las contribuciones de las secciones no se recuperan más". El Consejo Federal quisiera un periódico "bien suyo, suyo sólo y cuya redacción estuviese en sus manos. Léo Frankel señala que es triste ver... que la Internacional, con todas sus secciones reunidas, no puede, en su totalidad, hallar bastante fuerza para crear un órgano general".

El 12 de enero, Varlin declara que "las corporaciones obreras no están en actividad... los broncistas están dispersos en las compañías de guerra, no pueden cotizar, no se les puede exigir, hay una razón de fuerza mayor... Los ebanistas están en dispersión...". El 19 de enero Varlin, que acaba de visitar los centros obreros, comprueba: "Cuando fui a provincias, vi centros enteros castrados por una miseria atroz.

Esta miseria atroz de las poblaciones obreras y la desocupación provocada por la guerra explican la declinación de las organizaciones obreras. En vano, en esa misma sesión del 19, critica Lacord la política de la Internacional: "La Internacional comprendió mal su papel, los trabajadores

156 *Procés-verbaux des séances officielles de l'Internationale à Paris pendant la guerre et pendant la Commune* (5 de enero al 20 de mayo de 1871). E. La-chaud, 1872.

debían adueñarse del poder el 4 de septiembre, hay que hacerlo hoy... Todo está desorganizado hoy y sin embargo... la Internacional ignora su fuerza real, que es grande: el público la cree rica y unida." A lo que Rouelle objeta: "Al criticar a la Internacional, se olvida que las secciones están arruinadas, que sus miembros están dispersos".

Léo Frankel, en la sesión del 19 de febrero, reconoce que desde el 4 de septiembre los acontecimientos dispersaron a la Internacional. Es urgente reconstruir las secciones para que vuelvan a encontrar la fuerza que les es indispensable. Tenemos una fuerza moral, si no en Francia, al menos en París; la fuerza material nos falta, por carencia de organización... Nos hace falta una organización viril, secciones disciplinadas, con su propio reglamento, que participen en nuestros trabajos por medio de sus propios delegados... En estas condiciones, estaremos prontos y poderosamente constituidos el día de la acción, por imprevista que sea su llegada". Avrial observa que será difícil reconstruir la Internacional: "La falta de trabajo ha creado la miseria, y nos hacen falta cotizaciones fielmente pagadas para publicar periódicos, folletos e ir a los centros de provincias." Pero Theisz propone emprender, sin embargo, esa reorganización: "Las sociedades obreras se agrupan difícilmente hoy; las secciones de la Internacional se constituyen más fácilmente; las sociedades obreras están fatalmente consagradas a la lucha cotidiana del salario: sabemos lo ruda que es esta tarea, obstruida en mil detalles, absorbente."

En la sesión del 26 de enero, Varlin anunció que los dos periódicos en los cuales los militantes obreros podían exponer

su punto de vista, *La Lutte a outrance* y *La République des travailleurs*, no aparecerán más, y agrega: "Al no tener periódico, podríamos reunirnos con algunos grupos republicanos para publicar un folleto que haga conocer la verdad sobre los hechos del 22 de enero. Frente a la capitulación, la Internacional cumplió con su deber."

El 28 de enero, J. Favre firma un armisticio con Bismarck después de cinco meses de asedio soportados valerosamente. El armisticio es a los ojos de la población parisina una capitulación vergonzosa; algunos piensan en una traición. La Asamblea Nacional, reunida el 12 de febrero en Burdeos, es favorable a la concertación de la paz. Nombra a Thiers jefe del poder ejecutivo; éste firma, el 26 de febrero, los preliminares de la paz, que son ratificados el 1º de marzo por la Asamblea Nacional. Los preliminares conceden al ejército prusiano el derecho de entrar en París; cuerpos alemanes, a partir del 3 de marzo, deben ocupar ciertos barrios. Esas condiciones exasperan a la población parisina.

La rebelión crece en el corazón de aquellos que, en la fiebre de la defensa, concibieron ilusiones. Las clases medias y obreras sufren por la paralización de los negocios y del trabajo, que les priva de sus recursos cotidianos: pequeños comerciantes arruinados por la suspensión de las transacciones comerciales, pequeños rentistas para los cuales se plantea la cuestión de los alquileres, artesanos y obreros de todas las profesiones, reducidos a la miseria, y de los cuales muchos deben contentarse con 1,50 fr. por día, concedidos a los guardias nacionales solamente.

Los historiadores reconocen que la causa primera del movimiento fue ese estado de ánimo de la población: decepción y rebelión. Hasta el 15 de marzo, París está indignado por la capitulación y la actitud del gobierno de Thiers y de la Asamblea Nacional. Ante la comisión de investigación, Jules Ferry insiste en “la cólera extraordinaria que siguió a la decepción final”: “Entre las causas secundarias y determinantes de la insurrección¹⁵⁷ pondré, ante todo, un estado moral de la población parisina que calificaría de buena gana así: la locura del asedio... Cinco meses de esa existencia nueva, con el trabajo interrumpido, con todos los espíritus vueltos hacia la guerra y esa lucha de cinco meses que condujo a una inmensa decepción, a una población entera que cayó desde la cima de las ilusiones más grandes que se hayan concebido jamás...”

Y Jules Ferry insiste también en “esa voluntad expresada por los prusianos de entrar en París y de ocupar uno de sus barrios. Considero que ése es un elemento de extraordinaria importancia y que decidió la violencia de la crisis y la forma particular que revistió”.

Desde el 15, se piensa en federar los batallones de los guardias nacionales, y se nombra una comisión compuesta de

157 *Enquête parlementaire sur Vlnsurrection Óu 18 tnars*, 3 vol., Versalles, 1872. t. II, págs. 60 a 78, *Journal officiel (19 mars – 24 mai)*, V. Bunel, ed. 1871; *Procés–verbaux de la Commune*, ed. Bourgin y Henriot, t. I, marzo–abril, 1871, París, Leroux, 1924. Ver G. BOURGIN: *Histoire de la Commune*, París, 1907; *Les premières journées de la Commune*, París, s. d.; ver *L'Homme Réel*, marzo, 1934; y *La Commune* (ilustrada), 432 págs., Les Éditions Nationales, 1938; M. DOMMANGET, *Blanqui, la guerre et la Commune*, París, Domat, 1946; *Hommes et choses de la Commune*, Marsella, 1937; LENIN, *La Commune de París*, París, 1931. KARL MARX, *La Commune de París*; M. VUILLAUME, *Mes cahiers rouges*, París, 1913–1914.

hombres desconocidos, que no se mezclaron en la política, para redactar los estatutos de la nueva organización. Esos estatutos prevén la creación de un comité central formado por delegados de las compañías y de los comandantes elegidos. La Asamblea general, que se reúne el 24 de febrero para aprobarlos, se compromete “a la primera señal de entrada del ejército prusiano en París, a ir inmediatamente en armas al lugar de la reunión y a proceder luego contra el enemigo invasor”.

Los días siguientes hubo manifestaciones callejeras.

El 27 de febrero, los batallones de la guardia nacional vuelven a tomar los 227 cañones y ametralladoras pagados por París y que habían sido encerrados en los parques de Passy y de la plaza Wagram. Del 19 al 3 de marzo, 30.000 hombres del ejército alemán entran en París. El Comité Central, que no existe todavía más que de facto, impide, con su intervención moderadora, que se produzca la resistencia preconizada por la asamblea del 24. El 3 y el 4 de marzo, se aprueban los estatutos; una comisión ejecutiva establece la misión que debe tener el Comité Central: “Su deber es velar sobre la ciudad, velar sobre las calamidades que le preparan en las sombras los partidarios de los principes, los generales de los golpes de Estado, los ambiciosos ávidos y desvergonzados de toda especie.”

El comité tiene su asiento en la plaza de la Corderie du Temple, en el local que ocupan el Consejo Federal de la Internacional parisienne y la Federación de las Cámaras Sindicales. Pero los internacionalistas parisienes, al comienzo,

muestran alguna reserva con respecto al Comité Central, vacilan en mezclarse en su acción. El Consejo Federal se reúne el 19 de marzo; Varlin prevé los acontecimientos que van a desencadenarse, no quiere que la Internacional quede al margen de ellos. Pide que los internacionalistas hagan lo posible para hacerse nombrar delegados en su compañía y para concurrir al Comité Central. Varlin agrega: "No vayamos allí como internacionalistas, sino como guardias nacionales, y trabajemos por apoderarnos del espíritu de esa asamblea." Pero Frankel y Pindy ven en ello el riesgo de comprometer a la Internacional.

El Consejo federal de la Internacional está, pues, vacilante. Si decide delegar una comisión de cuatro miembros ante el Comité Central de la Guardia Nacional establece que su acción será puramente individual. Sólo Varlin, entre los internacionalistas, es miembro del Comité Central. Pero en la sesión de la noche del 23–24 de marzo el Consejo Federal decidió manifestar su simpatía.

El 10 de marzo, nueva injuria a París: la Asamblea declara que no sesionará en París. Thiers se instala en el Quai d'Orsay.

El 13, 215 batallones se constituyeron en federaciones, con un Comité Central de 26 miembros.

El 18 de marzo, Thiers da orden a las tropas regulares de ocupar las Buttes-Chaumont, Belleville, el Temple, la Bastilla, el Ayuntamiento, Montmartre, el Luxemburgo, los Inválidos. Las tropas recibieron orden de volver a tomar los cañones; la guardia nacional reacciona con energía. Estando dispersos los

miembros del Comité Central, son los grupos locales, es la muchedumbre, la que obra espontáneamente. Y sin orden suya son muertos los generales Lecomte y Clément Thomas.

Thiers da orden de evacuar París, de evacuar los fuertes del sur entregados por los alemanes, e inclusive de evacuar el Mont-Valérien. En la tarde del 18, Jules Ferry, alcalde de París, protesta contra la orden de replegarse sobre Versalles, dada a las tropas; a las 7:40 de la tarde, envía un despacho al jefe del ejecutivo: “¿Vamos a entregar los archivos del Ayuntamiento? Exijo una orden positiva para cometer tal deserción y un acto semejante de locura.” Thiers le remite la orden positiva que pide.

Thiers parte. Cuando los alcaldes de París insisten en hacer aceptar al gobierno un compromiso, las elecciones municipales inmediatas y el mantenimiento de la guardia nacional, Jules Favre les responde: “No trato con asesinos.” Él obedece a las intenciones del jefe del gobierno. Thiers quiere su batalla de París.

Los hombres más opuestos en ideas, y entre ellos los realistas, como el conde d'Hérisson, oficial de enlace de Trochu¹⁵⁸, están de acuerdo en pensar que, al dar a sus ministros la orden de huir de París, Thiers previó, quiso, la insurrección comunista. Armand Dayot¹⁵⁹ estima que las negociaciones (con respecto a los cañones) debían culminar

158 CONDE D'HERISSON, *Nouveau Journal d'un officier d'ordennance, La Commune*, Ollendorf, 1889, págs. 68 y sigs.: *Thiers, quiso la Comuna* (cap. 4).

159 *La Revue*, 1º de octubre de 1901.

felizmente en algunos días. “La incalificable agresión del 18 de marzo puso fin a todas las conversaciones.” Apelar a la fuerza en lugar de la persuasión era, en el estado de sobreexcitación de los espíritus, provocar una oposición a mano armada.

Al abandonar París, Thiers tiene la intención de dejar que crezca el movimiento revolucionario. En abril de 1834, ¿no había suscitado, por medio de agentes provocadores, la sublevación en París, en el momento mismo en que era aplastada en Lyon? “Era, por otra parte, consecuente consigo mismo, dice Paul Cambon¹⁶⁰, se lo oí contar, y lo repitió varias veces, que el 24 de febrero de 1848 había aconsejado al rey Luis Felipe abandonar la capital con el ejército, rehacer sus tropas y volver por la fuerza.

No había que asombrarse de que, en una situación peor que la de 1848, no vacilase en evacuar París.

Thiers prefiere provocar a París con una actitud que oculta mal su voluntad firme de suscitar la violencia. ¿Qué otra intención se puede atribuir a palabras como estas: “París nos dio el derecho de preferir Francia a la capital”? De parte de un hombre fecundo en argucias y de un político tan hábil, ¿se puede hablar de equivocación? ¿No hay que reconocer que la situación revolucionaria que siguió al 18 de marzo fue creada y deseada por él?

La psicología de Thiers, su pasado, testimonian acerca de sus intenciones secretas el 18 de marzo; obedece a la tradición que

160 PAUL CAMBON, “Souvenirs du 18 mars 1871”, *Revue de París*, 19 de abril de 1935.

siguió siempre en el poder: provocar el levantamiento a fin de poderlo reprimir salvajemente.

Cuatro veces repitió Thiers la misma táctica: en 1834, promovió el levantamiento de abril, en París; en 1840, como presidente del consejo, trató de descalificar las huelgas corporativas a fin de distraer la opinión pública francesa irritada por el fracaso diplomático que sus negociaciones secretas hicieron sufrir a Francia; en 1848, su influencia sobre la Asamblea estimuló y llevó al combate “a los que querían acabar” con la República de febrero; y el brusco despido de 110.000 obreros de los Talleres Nacionales permitió dar una lección a *esa vil muchedumbre*...

En 1871, Thiers, que se cree un gran militar, encuentra al fin la ocasión para dirigir una campaña contra civiles, es verdad, y librará batalla contra franceses.

Lissagaray resume así el 18 de marzo: “¿Qué es el 18 de marzo, si no la respuesta instintiva de un pueblo abofeteado? ¿Dónde hay rastros de complot, de secta, de agitadores? ¿Qué otro pensamiento que vivía la República!? ¿Qué otra preocupación que erigir una municipalidad republicana contra una asamblea realista? El reconocimiento de la República, el voto de una buena ley municipal lo hubiesen pacificado todo.” Esta definición de un comunero refleja el estado de ánimo de los parisienses que no lo eran. El autor de las *Revenes d'un païen mystique*, Louis Ménard, escribe a un amigo: “A pesar mío, me inclino hacia los pobres, hacia los vencidos, los insurrectos, soy ante todo republicano, y creo que se está en vías de matar a la pobre República.”

La Comuna quiso defender la República que creía en peligro. Fue el acontecimiento que impidió “el escamoteo de la República que preparaban los príncipes de Orleáns y su encargado de negocios, el señor Thiers”. Jules Vallés tiene derecho de escribir, en *L’Insurgéi* “Hemos afianzado la República con nuestros fusiles de insurrectos.”

II

El 19 de marzo por la mañana, en ausencia de un gobierno que huyó a Versalles, el Comité Central se encuentra solo en París.

Los hombres oscuros que lo componen son sorprendidos por el acontecimiento; pero aceptan sencillamente la responsabilidad que eso les impone. Jules Vallés nos los describe en la mañana del 19:

No conozco a ninguno. Se me dice sus nombres, que no oí nunca. Son delegados de los batallones populares solamente en sus barrios. Tuvieron sus éxitos de hombres de palabra y de hombres de acción en las asambleas, con frecuencia tumultuosas, de las que salió la organización federal... No son todavía más que seis o siete, en este momento, en esa gran sala en que el Imperio, en uniforme dorado y en traje de gala, danzaba no hace mucho tiempo. Hoy, una media docena de mozos de grandes zapatos, con un quepis de filetes de lana, sin charreteras, sin cordones;

*bajo este cielo raso adornado con flores de lis, son el gobierno*¹⁶¹.

El primer acto del Comité Central es devolver al pueblo de París la elección de la Comuna: “Nos habéis encargado de organizar la defensa de París y de vuestros derechos: tenemos conciencia de haber cumplido esa misión; ayudados por vuestro valor generoso, expulsamos a ese gobierno que nos traicionaba. En este momento, nuestro mandato ha expirado, y os lo devolvemos, porque no pretendemos tomar el puesto de aquellos a quienes el soplo popular acaba de derribar.”

El 21, el Comité Central declara que “París no tiene de ningún modo la intención de separarse de Francia; lejos de eso. Soportó el Imperio por ella, el gobierno de la defensa nacional, todas sus traiciones y todas sus cobardías. No es ciertamente para abandonarla hoy, sino solamente para decirle, en calidad de hermana mayor: “Sostente a ti misma, como yo me sostuve; oponte a la opresión como yo me opuse.”

El mismo día, el Comité Central suspende la venta de los objetos empeñados en el Monte de Piedad, prorroga por un mes los vencimientos, impide a los propietarios desalojar a los locatarios hasta nueva orden.

Al mismo tiempo que fija las elecciones comunales para el 26 de marzo, el Comité Central toma las medidas provisionales para asegurar los servicios abandonados por sus titulares.

Salvo Varlin, miembro del Comité Central, los

161 JULES VALLÉS, *L'Insurgé*, pág. 268.

internacionalistas parisienses mantuvieron hasta allí una gran reserva. El 23 de marzo, se efectuó una reunión mixta de la Internacional parisiense y de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras: “Frankel reclama la redacción de un manifiesto que debe, dice, reforzar el Comité Central con toda nuestra fuerza moral.”

Es nombrada una comisión compuesta por Frankel, Theisz y Demay y, en la sesión de la noche (23–24 de marzo), a la que asiste Émile Aubry, el manifiesto es adoptado a la vez por los delegados de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras y por los delegados de las secciones parisienses de la Internacional.

En el curso de la discusión, Émile Aubry advierte que los diarios de toda Francia citan a la Internacional como habiendo tomado el poder: “Yo creo que se coordinaría el movimiento invitando al Comité Central a adherirse a la Internacional.”

Los internacionalistas se deciden a obrar, para deslindar la responsabilidad de la Internacional parisiense en los acontecimientos que acaban de producirse. Comprometen su responsabilidad personal:

Trabajadores:

Una larga sucesión de reveses, una catástrofe que parece que va a llevar a la ruina completa a nuestro país, tal es el balance de la situación creada en Francia por los gobiernos que le han dado...

¿Hemos perdido las cualidades necesarias para volvernos a levantar de esta humillación?

Los últimos acontecimientos demostraron la fuerza del pueblo de París; estamos convencidos de que un entendimiento fraternal demostrará bien pronto su prudencia.

El principio de autoridad es en lo sucesivo impotente para restablecer el orden en la calle, para hacer renacer el trabajo en el taller, y esta impotencia es su negación.

La división de los intereses creó la ruina general, engendró la guerra social. Es a la libertad, a la igualdad, a la solidaridad a las que hay que pedir que aseguren el orden sobre nuevas bases, que reorganicen el trabajo que es su condición primera.

Trabajadores:

La revolución comunal afirma sus principios, suprime toda causa de conflicto en el porvenir. ¿Vacilaréis en darle vuestra sanción definitiva?

La independencia de la Comuna es la garantía de un contrato cuyas cláusulas libremente debatidas harán cesar el antagonismo de las clases y asegurarán la igualdad social.

Hemos reivindicado la emancipación de los trabajadores y la delegación comunal es la garantía, porque debe proporcionar a cada ciudadano los medios para defender

sus derechos, controlar de una manera eficaz los actos de sus mandatarios encargados de la gestión de sus intereses y determinar la aplicación progresiva de las reformas sociales.

La autonomía de cada comuna priva de todo carácter opresivo a sus reivindicaciones y afirma la República en su más alta expresión.

Hemos combatido, hemos aprendido a sufrir por nuestro principio igualitario, no podríamos retroceder cuando podemos ayudar a colocar la primera piedra del edificio social.

¿Qué hemos pedido? La organización del crédito, del cambio, de la asociación, a fin de asegurar al trabajador el valor integral de su trabajo.

La instrucción gratuita, laica e integral.

El derecho de reunión y asociación, la libertad absoluta de la prensa y la del ciudadano.

La organización desde el punto de vista municipal de los servicios de policía, de la fuerza armada, de la higiene, de la estadística, etc.

Hemos sido juguetes de nuestros gobernantes, nos hemos dejado incorporar a su juego, cuando acariciaban sucesivamente a todas las facciones cuyos antagonismos aseguraban su existencia.

Hoy, el pueblo de París es clarividente, rehusa ese papel de niño dirigido por el preceptor, y en las elecciones municipales, producto de un movimiento del que él mismo es autor, recordó que el principio que preside la organización de un grupo, de una asociación, es el mismo que debe regir la sociedad entera, y, como rechazó todo administrador, presidente impuesto por un poder, fuera de su seno, rechazará todo alcalde, todo prefecto impuesto por un gobierno extraño a sus aspiraciones.

Un entendimiento fraternal demostrará la sabiduría de París... el principio de autoridad es en lo sucesivo impotente... El trabajo es la condición primera del orden... la independencia de la Comuna es la garantía de un contrato cuyas cláusulas, libremente debatidas, harán cesar el antagonismo de las clases y asegurarán la igualdad social... La delegación comunal es la garantía de la emancipación de los trabajadores... la garantía para el trabajador del valor integral de su trabajo... La organización del crédito, del cambio, de la instrucción.

Tales eran los principios que desarrollaba el manifiesto. Los internacionalistas tratan de dar al movimiento comunalista un programa, líneas directrices.

La Internacional parisienne no estuvo en modo alguno en el origen del movimiento; temió inclusive comprometerse en él; pero el 23 de marzo los internacionalistas intentan inclinarlo en el sentido de sus creencias. En la medida en que el tumulto de las circunstancias se lo permite, quieren colorear con un tinte más preciso y claramente socialista los matices bastante

inseguros del arco iris que creó la diversidad de las tendencias entre los hombres de la Comuna.

¿En qué medida podrán los internacionalistas parisienses influir sobre la actitud y los destinos de la Comuna? ¿Qué papel desempeñaron aquellos de sus elegidos el 26 de marzo? Convertidos en administradores, ¿tuvieron tiempo de aplicar el programa que esbozaron en el manifiesto del 23–24 de marzo? ¿La Comuna fue, como afirma Marx, todo un gobierno de la clase obrera, la forma política hallada al fin, bajo la cual era posible realizar la emancipación del trabajo”?

La derrota de la Comuna ¿fue en realidad, como dijo Benoît Malon, “la tercera derrota del proletariado francés”.

III

Las elecciones se efectuaron el 26 de marzo, en una atmósfera de primavera parisienne: “Este sol tibio y claro que dora la boca de los cañones, este olor de ramaletas de flores, el ondear de las banderas, el murmullo de esta revolución que pasa, tranquila y hermosa, como un río azul; esos estremecimientos, esos resplandores, esas fanfarrias de cobre, esos reflejos de bronce, esas llamaradas de esperanza, ese perfume de honor, hay con qué embriagarse de orgullo y de alegría¹⁶²... “Este París que, al adoptar la palabra misma de

162 JULES VAULÉS, *l'Insurgé*, pág. 273.

Comuna, vinculaba a la vez por instinto su patriotismo dolorido y su esperanza en una ciudad justa.” (Georges Duveau.)

El escrutinio de las elecciones del 26 de marzo da, el 28, los resultados siguientes¹⁶³:

Sobre 80 miembros nombrados, hay 25 obreros. Los internacionalistas parisienses no son más que una minoría de un tercio a lo sumo, si se tiene en cuenta que un cierto número de los elegidos del 26 de marzo no quisieron ocupar su puesto. Entre los internacionalistas elegidos se encuentran aquellos que organizaron sólidamente el movimiento obrero entre 1868 y 1870: Varlin, Theisz, Avrial, Assi, Langevin, Champy, Duval, Chal'Ain, Camélinat, B. Malon, Amouroux, Pindy, Léo Frankel, Dereure, V. Clément, E. Gérardin, a Arnáud, a Clémence, Demay. Descamps, C. Dupont. J. Durand¹⁶⁴; por sus tendencias se aproximan a ellos Beslay, Jourde, Vaillant, J. Vallés, Vermorel, Lefrançais, Charles Longuet, Courbet y Eugéne Pottier. Serán “los moderados de ese extraño gobierno.” Frente a ellos, una mayoría compuesta de Hombres de tendencias muy diversas, de blanquistas puros y blanquistas disidentes, de oradores y periodistas radicales, de elegidos por los clubes rojos, y otros individualistas de tendencias barrocas o indefinibles.

Sólo los miembros de la Internacional y de las sociedades obreras parisienses tienen una doctrina económica y social

163 Sobre 485.569 inscritos votan 229.167 electores, una proporción un poco mayor que la que eligió los alcaldes en noviembre de 1870.

164 Después de las elecciones del 16 de abril, Johannard, uno de los militantes obreros incluidos en el tercer proceso de la Internacional, se asoció a la mayoría jacobina.

definida. Valerosos, honrados y realizadores, inmediatamente aceptan el cargo de los servicios que dejó desorganizados la fuga de los ministros y de una parte del alto personal; cada uno de ellos, al cumplirlos, a conciencia, se vio pronto absorbido por esa tarea. Su carácter les lleva a entregarse por completo, porque saben la importancia que tiene. Sin su gestión recta, la Comuna no habría podido hacer tanto tiempo frente a los ataques con que Thiers, desde el comienzo de abril, hostigará a París.

Thiers vació a París de todos sus órganos administrativos. Los militantes obreros comprenden que la tarea inmediata que se les impone es hacer funcionar normalmente los servicios de una administración desmantelada. Y se ponen animosamente a la tarea: Varlin y Jourde en las finanzas, Theisz en correos, Avrial en la dirección del material de armamento. Camélinat en la moneda, Combault y Faillet en el servicio de las contribuciones directas e indirectas, Alavoine en la Imprenta Nacional, Leo Frankel, en la comisión del intercambio y del trabajo. Varlin, igual a sí mismo, hace frente a tareas múltiples: se le encuentra en los consejos de la Comuna tal como estuvo en las luchas del fin del Imperio: “infatigable, modesto, hablando muy poco, siempre en el momento justo, y esclareciendo entonces con una palabra, la discusión confusa”¹⁶⁵.

Desde el 19 de marzo, Varlin es encargado, con Jourde, de las finanzas. Cuando llegan al ministerio, se encuentran en

165 LISSAGARAY, *Histoire de la Commune de 1871*, París, Dentu, 1896, pág. 390. “Conservo el sentido revolucionario que se enerva en los obreros instruidos.”

presencia del jefe de la oficina del ordenamiento de pagos y del material, único representante del Estado y del personal. 300.000 personas sin trabajo, sin recursos, esperan los 1,50 francos cotidianos de que viven desde hace siete meses. En el ministerio de finanzas, hay 4.600.000 francos en las cajas. Los delegados piden a Rothschild la apertura de un crédito de 500.000. La Banca de Francia pone un millón a disposición de Varlin y de Jourde. A las 10 de la noche la paga de los soldados es distribuida en todos los distritos.

Varlin pasa de las finanzas a los abastecimientos, de los abastecimientos a la intendencia: en todas partes su presencia asegura el orden y la disciplina del trabajo. Su autoridad se basa en la simpatía y la sencillez.

Gracias a él, a Jourde y a los otros internacionalistas, la máquina administrativa de París puede funcionar con 10.000, empleados, cuando antes exigía 60.000. Varlin tiene la vista en todo, no soporta ningún derroche. Dejó las finanzas en manos de alguien de quien está seguro: Jourde. Ese joven contador, reveló una destreza extrema; muy fino, entusiasta, conquistó la amistad de Varlin: posee una serenidad tranquila y un autodominio que concuerdan con la virtud simple y estoica de Varlin. Jourde conservará esas cualidades de autodominio hasta en las jornadas tumultuosas y desordenadas durante las cuales París y la Comuna se debaten contra el ejército de Versalles.

Jourde hizo frente a una pesada tarea: puso en ella su lucidez tranquila de “buen contador” (G. Bourgin). Es preciso cada mañana alimentar a 300.000 personas. Sobre 600.000 obreros

que trabajaban con un patrón, solamente 114.000 están ocupados, de ellos 62.500 mujeres¹⁶⁶. Es preciso también alimentar los diversos servicios. Versalles dejó en las cajas 4.658.000 francos. Jourde quiere conservar intactos los 214 millones de títulos hallados en el ministerio de hacienda.

Jourde tiene, pues, por todo recurso, los ingresos de las administraciones: correos, telégrafos, contribuciones directas e indirectas, concesiones, aduanas, depósitos y mercados, tabacos, registro y timbres, caja municipal, ferrocarriles.

Del Banco de Francia, el gobierno comunalista recibe 9.400.000 francos pertenecientes a la ciudad y un anticipo de 7.292.000 francos.

Los gastos del 20 de marzo al 30 de abril suman 26 millones. Durante las tres semanas de mayo, los gastos se elevan a 20 millones.

En las nueve semanas de su existencia, la Comuna gastó 46 millones de francos, de los cuales 16.694.000 fueron proporcionados por el Banco de Francia y el resto por los diversos servicios. Y durante ese período, el Banco de Francia aceptó cerca de 260 millones de letras giradas sobre él por el gobierno de Versalles para combatir a París.

En correos, Theisz, el organizador de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras, encontró el servicio desorganizado, las oficinas divisionarias cerradas, los sellos ocultos o

166 AUDIGANNE, *Reme des Deux Mondes*, 15 de mayo de 1871.

desaparecidos, el material (sellos, coches) sustraído, la caja vacía. Indicaciones fijadas en las salas y en los patios ordenan a los empleados trasladarse a Versalles bajo pena de despido.

Gracias a la ayuda de algunos empleados socialistas, Theisz reorganiza, en cuarenta y ocho horas, la recepción y distribución de las cartas para París¹⁶⁷.

Estos esfuerzos son la condición de existencia de la Comuna, prueban la energía, el valor organizador de los militantes obreros; pero éstos son absorbidos por sus funciones de administradores. Correspondió a uno de los miembros de la Internacional parisienne, Léo Frankel, de origen húngaro, ocupar el único puesto que permitía hacer obra socialista; la comisión del intercambio y del trabajo. Esa comisión tenía un vasto programa: el estudio de todas las reformas por introducir en las relaciones de los trabajadores –hombres y mujeres– con sus patronos, la revisión del código de comercio, las tarifas aduaneras, la transformación de todos los impuestos directos e indirectos, el establecimiento de una estadística del trabajo”.

Una comisión de iniciativa, compuesta por trabajadores, ayuda a Léo Frankel.

Léo Frankel, el 29 de marzo, en la reunión del Consejo Federal de la Internacional parisienne, declaró: “Queremos fundar el derecho de los trabajadores, y ese derecho no se establece más que por la fuerza moral.” Miembro de la

167 LISSAGARAY, *op. cit.*, págs. 499–503. Apéndice, nota dirigida por Theisz a Ussagaray. BENOÎT LAURENT: *La Commune de 1871: “Les ballons et les télégraphes”*, prefacio de Lucien Descaves, Dorbon, 1934.

comisión del intercambio y del trabajo, después delegado único, desde el 20 de abril, se esfuerza por aplicar las ideas socialistas de la Internacional parisense, y las medidas que tomará se inspiran en las ideas que dominaron al movimiento obrero desde 1866: autonomía obrera y sindicalista.

El decreto del 16 de abril trata de remediar las consecuencias de los talleres abandonados por los que los dirigían; a causa de las deserciones en muchos trabajos esenciales en la vida comunal, Léo Frankel se dirige, naturalmente, a las cámaras sindicales obreras: les hace realizar la estadística de los talleres abandonados y el inventario de los instrumentos de trabajo; la comisión obrera de investigación deberá también hacer proposiciones prácticas con miras a poner esos talleres abandonados en funcionamiento, por la constitución de sociedades cooperativas obreras. Un jurado arbitral decidirá la indemnización que se pagará a los patronos a su regreso.

Las cámaras sindicales tienen un local a su disposición en el ministerio de trabajos públicos; pero la comisión de investigación no pudo realizar más que dos sesiones, el 10 y el 18 de mayo.

Léo Frankel vuelve a la tradición de 1848 como uno de los precursores de la legislación moderna del trabajo.

En su sesión del 19 de enero, el Consejo federal discutió la cuestión del trabajo nocturno de los panaderos. “El trabajo nocturno, había dicho el panadero Tabouret, nos separa de la sociedad y de la familia; durmiendo durante el día, vivimos como separados del mundo...” Léo Frankel obtuvo, el 20 de

abril, la prohibición del trabajo nocturno de los panaderos bajo pena de confiscación de los panes de los patronos contraventores.

Los mercados de la intendencia eran causa de reducciones injustificadas de los salarios, y las reducciones que pesaban sobre la mano de obra eran la consecuencia del sometimiento al precio que fijaban los empresarios. La comisión pide que los pliegos de condiciones indiquen el precio de la mano de obra, que esos mercados sean confiados con preferencia a las corporaciones obreras, y que los precios se fijen por un acuerdo entre la intendencia, la Cámara Sindical obrera y el delegado del trabajo.

Por iniciativa de Léo Frankel la Comuna nombra en mayo una comisión superior de contabilidad, encargada de verificar las cuentas de sus diversas delegaciones.

Léo Frankel organiza registros de informaciones en los distritos, para las ofertas y demandas de trabajo, y prepara el proyecto de liquidación del Monte de Piedad.

El 27 de abril, un decreto impide las multas y retenciones sobre sueldos y salarios en las administraciones públicas y privadas y restituye las que se hubiesen hecho desde el 18 de marzo.

En la sesión del 12 de mayo, Léo Frankel comprueba que los precios de adjudicación, de provisiones militares tuvieron por consecuencia una reducción de los salarios. A propuesta de Jourde, la comisión del intercambio y del trabajo es autorizada a revisar los negocios concertados y, para el futuro, a dar

preferencia a las asociaciones obreras. En lo sucesivo los pliegos de condiciones deben establecerse por acuerdo de la intendencia, de las cámaras sindicales y del delegado de la comisión del trabajo, y deben imponer a los empresarios un salario mínimo por jornada o por pieza.

Ya el 3 de abril, Avrial, director del material de artillería, aprobó el reglamento de los obreros de los talleres del Louvre, que fijaba la jornada de trabajo en 10 horas.

El movimiento de las sociedades obreras, que disminuyó desde julio de 1870, reanuda su actividad durante la Comuna. La comisión del intercambio y del trabajo comprueba la existencia de 34 cámaras sindicales, 43 asociaciones de producción, 4 grupos de la Marmite, 7 sociedades de alimentación. Los fundidores de hierro y los fabricantes de estearina forman una cámara sindical y una asociación cooperativa. La comisión del intercambio y del trabajo confía a Elisabeth Dimitrief la organización del trabajo de las mujeres en París, y las obreras se reúnen para nombrar sus delegadas, a fin de crear cámaras sindicales vinculadas por una cámara federal.

En la introducción de 1891 a *La Commune de París*, Engels dice que los miembros de la Comuna se dividen en una mayoría de blanquistas y una minoría de produhonianos, miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores. “La responsabilidad de todos los decretos, buenos o malos, corresponde a los prouthonianos, como la responsabilidad de los actos políticos a los blanquistas.” Pero Engels comete aquí un error, porque la gran mayoría de los internacionalistas, desde 1868, eran comunistas no autoritarios, y no mutualistas.

En *La Commune de París*¹⁶⁸, Karl Marx, que fue tan duro para esos “asnos proudhonianos infatuados”, quiso ser más justo para los comunalistas, cuya obra juzga con simpatía. Y, una vez, Karl Marx se encuentra con su viejo adversario, Mijaíl Bakunin. Uno y otro ven en la Comuna una “negación audaz, muy acentuada, del Estado”¹⁶⁹.

La Comuna, episodio trágico de la historia de Francia, es un acontecimiento histórico que señala la ruptura entre dos épocas.

El Consejo de la Comuna fue una asamblea compuesta de hombres opuestos por su temperamento. Los más puros fueron esos obreros socialistas que intentaron la tarea difícil de ser honestos administradores y tratar de aplicar, aunque fuera de modo parcial, sus principios. Su obra fragmentaria es importante.

La Comuna fue grande por el ímpetu de sus primeras horas. La represión despiadada, de que fue objeto, tanto como su breve y brillante historia, crearon una mística.

La Comuna de París, en la tradición del socialismo revolucionario, aparece con un papel prefigurativo. Los revolucionarios subrayaron a menudo su papel. Y entre ellos, Lenin.

168 KARL MARX, *La Commune de París*. Trad, de Gh. Longuet, París, 1901. Marx escribió esta obra con espíritu táctico, renunciando a sus planteos de política realista, que había sostenido al comienzo de los acontecimientos.

169 “Arrasada, ahogada en sangre... la Comuna no dejó, por eso, de volverse más viva, más poderosa en el alma del proletariado de Europa.” MIJAÍL BAKUNIN, “La Commune de París et la notion de l’Etat”, *Les Temps Nouveaux*, París, 1899, pág. 23.

La Comuna, dice, debió ante todo pensar en defenderse... [Y sin embargo, pese a esa necesidad y a los pocos días que le fueron acordados, los comunalistas esbozan toda una organización]. En resumen, a pesar de las condiciones tan desfavorables, a pesar de la brevedad de su existencia, la Comuna logra adoptar algunas medidas que caracterizan suficientemente su sentido verdadero y sus objetivos... El recuerdo de los combatientes de la Comuna no sólo es venerado por los obreros franceses, sino por el proletariado de todos los países... El cuadro de su vida y de su muerte... el espectáculo de la lucha heroica del proletariado y de sus sufrimientos después de la derrota, todo eso, elevó la moral de millones de obreros, despertó sus esperanzas y ganó simpatías al socialismo... He ahí por qué la obra de la Comuna no ha muerto: vive todavía en cada uno de nosotros¹⁷⁰.

IV

El 26 de marzo, la revolución era, según la palabra de Jules Valles, “tranquila y bella como un río azul”, pero Thiers va a colorearla.

Instalados en Versalles, el gobierno y la Asamblea, era posible encontrar una base de negociaciones, un compromiso.

170 Artículo de la *Gaceta obrera*, nos. 4–5, 28–15 de abril de 1911. Ver también *El Estado y la revolución* (1917). *Informe al congreso panruso de los soviets* (enero de 1918). *Carta a los obreros de Europa y de América*, artículo de *La gaceta del extranjero* (2–23 de marzo de 1908), etcétera.

Se habría podido apaciguar el conflicto gracias a la revisión de la ley municipal, concediendo a París la independencia municipal, y a la Comuna la seguridad de que sus militantes quedarían a salvo.

Durante las semanas de abril y mayo, se ofrecen negociadores que se esfuerzan por persuadir al gobierno de Versalles para que se preste a ese compromiso. La Comuna acoge esos ofrecimientos con buena voluntad; es conciliadora, a pesar de la salvaje brutalidad con que son tratados (desde los primeros combates) los federados prisioneros.

El 5 de abril de 1871, Barrére, el futuro embajador de Francia en Roma, escribe a los miembros de la Comuna:

Llego de Versalles, todavía enteramente conmovido e indignado por las cosas horribles que he visto con mis propios ojos. Los prisioneros son recibidos, en Versalles, de una manera atroz. Son golpeados sin piedad. Los vi ensangrentados, con orejas arrancadas, con el rostro y el cuello destrozados como por garras de bestias feroces. Un tribunal prebostal funciona ante los ojos del gobierno. Es decir que la muerte siega a nuestros conciudadanos hechos prisioneros. Los sótanos en donde se les arroja son cuchitriles horrorosos confiados a los cuidados de los gendarmes.

Los alcaldes y los diputados de Francia envían una delegación a Versalles para tratar de disipar el malentendido y proponer elecciones municipales inmediatas. Jules Favre les responde: “¿Los generales han sido asesinados? Entonces, señores, ¿qué

venís a hacer aquí? ¿Traéis proposiciones, decís? No se discute con asesinos.” Jules Favre es el portavoz de Thiers.

Las cámaras sindicales tratan de impedir el choque definiendo en una declaración el carácter de la Comuna: “París hizo una revolución tan aceptable como muchas otras; y para muchos espíritus, es la más grande que se haya hecho jamás; es la afirmación de la República y la voluntad de defenderla.” (*Illustration* del 8 de abril de 1871.) Pero estas palabras no pueden conmover a Thiers. Como no ha elegido aún entre la realeza y la República, reservándose tomar el partido más favorable a su ambición, no tiene todavía más que una voluntad: poner la Comuna a sus pies.

Thiers trata primeramente de aislar a París y comprometerlo a los ojos de las provincias: “En París, telegrafía Thiers, la Comuna ya dividida, mientras trata de sembrar en todas partes falsas noticias, y saquea las cajas públicas, se agita impotente, y los parisienses, horrorizados, esperan con impaciencia el momento de su liberación... Los internacionalistas vacían las principales casas para ponerlas en venta.” Ahora bien, Thiers miente a conciencia, porque sabe que la Comuna no tocó el Banco de Francia: “Todas las insurrecciones comenzaron por confiscar la caja, la Comuna es la única que rehusó hacerlo, dice Lissagaray, y hay que agregar: todas las insurrecciones, cualesquiera que fuesen sus colores.”

El 2 de abril, Thiers anuncia oficialmente que acaba de organizar uno de los ejércitos más hermosos que haya poseído jamás Francia: “Los buenos ciudadanos pueden estar seguros y esperar el fin de la lucha, que será dolorosa, pero breve.”

El 4 de abril, *Le Temps* sugiere la idea de un compromiso realizado por la dimisión simultánea de la Asamblea y de la Comuna.

El 6, la Unión Nacional de las Cámaras Sindicales, en representación de 7.000 comerciantes e industriales de París, se decide a inter venir. Mientras que un grupo de diputados, Corbon, Laurent, Pichat, Floquet, Lockroy y Clemenceau forman la Unión Republicana para defender los derechos de París. A su lado, los masones de París envían, el 11 de abril, delegados a Versalles. Los unos y los otros tropiezan con una negativa sistemática. El 21 de abril, los masones van a ver a Thiers y le plantean esta cuestión: “Pero al fin, ¿usted está resuelto a sacrificar a París?” Thiers, con desenvoltura, les responde: “Habrá algunas casas agujereadas, algunas personas muertas, pero la ley quedará en vigor.”

El 22 de abril, la Unión Nacional de las Cámaras Sindicales, la Liga de los Derechos de París y la masonería deciden unir sus esfuerzos; paralelamente, los delegados de las ciudades anuncian su intención de reunirse en Burdeos. Pero, en presencia de la actitud de las municipalidades provinciales, el 23, el ministro de justicia, Dufaure, espera impedir el movimiento por una circular a los procuradores generales, dándoles orden de perseguir a los “apóstoles de una conciliación que ponen en la misma línea la Asamblea surgida del sufragio universal y la pretendida Comuna de París”. Sin embargo, el 30 de abril, la Alianza Republicana de los Departamentos trata de apoyar la obra de conciliación.

Thiers rechaza las proposiciones de la Liga de los Derechos de

París; hace detener, el 13, a los delegados de la Liga que se dirigen a Burdeos, impide la reunión de Lyon, a la que dieciséis departamentos enviaron delegados.

Finalmente, el 20 de mayo, Thiers se las arregla para hacer recibir por Barthélémy Saint-Hilaire a los delegados de la Unión Nacional, y les hace responder que no está visible el domingo; el lunes partió ya para París: “Los apóstoles de la conciliación no merecen más que una negativa.”

Desde las primeras hostilidades, desde el 2 de abril, las tropas versallesas fusilan a los federados hechos prisioneros. La Comuna se commueve y, el 5 de abril, publica un decreto por el cual espera proteger a los soldados federados “contra los que desconocían las condiciones habituales de la guerra entre los pueblos civilizados”.

Los arrestos hechos a consecuencia de este decreto tienen por efecto, si no detener las crueidades excesivas sufridas por los federados prisioneros, al menos las ejecuciones sumarias. Los rehenes quedan detenidos en Mazas y en la Roquette durante toda la Comuna, hasta el 24 de mayo. Durante esas seis semanas, París ofrece a Thiers cambiar todos los prisioneros por Blanqui.

En las notas confiadas por él a Edmond de Pressensé¹⁷¹, maître Rousse, defensor de los rehenes, cuenta que vio en abril a Raoul Rigault, que le hizo esta confidencia: “Puesto que estamos solos, le diré que hemos comenzado negociaciones

171 EDMOND DE PRESSENSÉ, “Le 18 mars, París sous la Commune”, *Revue des Deux Mondes*, 15 de junio de 1871.

con Versalles para un cambio de prisioneros y espero que lo lograremos”.

El cambio de los rehenes, tal es la intención constante de la Comuna, que emplea todos los caminos para llegar a él. El arzobispo de París escribe una carta a Thiers y le habla del cambio de rehenes: éste no responde. Flotte habla a Thiers del cambio y, para decidirlo, insiste en el peligro que puede correr el arzobispo.

Thiers sigue silencioso. Se decide entonces enviar a Versalles al vicario general Lagarde; éste remite a Thiers una carta en que el arzobispo le pide que consienta en el cambio... Thiers responde, no a esta segunda carta, sino a la primera: “Los hechos sobre los cuales llama mi atención son absolutamente falsos, y estoy verdaderamente sorprendido de que un prelado tan ilustrado como usted haya podido creer en ellos. Jamás fusilaron nuestros soldados a prisioneros ni trataron de ultimar a los heridos...”

El abad Lagarde¹⁷² queda en Versalles. Thiers lo retiene, gana tiempo. Espera que los acontecimientos provoquen el crimen deseado por él; cuenta con servirse de él como de una justificación.

En el tumulto y la desesperación, el 24 de mayo, seis rehenes

172 CONDE D'HÉRISSON, *op. cit.*, pág. 218 y sigs. “El abate Lagarde fue encargado por el arzobispo de ir a Versalles a negociar un cambio... Es preciso preguntarse primeramente por qué fracasó esa misión. La respuesta es simple. Fracasó porque el señor Thiers no quiso admitir siquiera la idea de negociación de ninguna clase con los insurrectos... En esa negativa estalla también la ferocidad del alma burguesa y baja que animaba al vencedor de la Comuna.

son ejecutados, pagando con su vida las matanzas salvajes a que se entregan los versalleses contra las más inocentes víctimas¹⁷³.

V

El 22 de mayo, Thiers declara en la Asamblea Nacional: “Somos gentes honestas; se hará justicia por las leyes ordinarias. No recurriremos más que a la ley.”

París habría podido ser tomada en una jornada, pero el combate se prolonga en las calles durante ocho días:

*[La matanza] fue ciertamente deseada por los generales bonapartistas y por Thiers... Se prolongó deliberadamente. En esa lenta invasión de París que permitió a la resistencia organizarse, se hizo ocho o diez veces más prisioneros que combatientes había, se fusiló más hombres de los que había tras las barricadas, mientras que el ejército tuvo solamente 600 muertos y 7.000 heridos. Oponer esa frialdad odiosa de las tropas versallesas a los sobresaltos de cólera de los batallones federados, ¿no es determinar de qué lado existió la premeditación?*¹⁷⁴

Thiers se aseguró la complicidad del ejército prusiano,

173 *Le National* dirá: “basta de ejecuciones, basta de sangre, basta de víctimas0. MAURICE GARLÓN, *La Justice contemporaine*: “Durante toda una semana, París fue teatro de una abominable parodia de justicia que facilitó todas las cobardías y autorizó todas las cruelezas.

174 GEORGES BOURGIN, op. cit., pág. 168.

obtuvo la anulación del artículo del tratado de Francfort que impedía al gobierno francés reunir más de 40.000 hombres alrededor de París. Y durante la lucha, el ejército prusiano entregó a los versalleses los comunalistas que intentaban fugarse.

Las tropas versallesas –130.000 hombres– provistas de víveres, de armas y de material de sitio, no tienen frente a ellas más que los batallones desorganizados de la Comuna que defienden palmo a palmo los barrios de París. He aquí a Varlin, Varlin que es el ídolo de los barrios, y ante quien todo callaba al entrar; helo allí en la encrucijada de la Croix-Rouge, a Malon y Jaclard en las Batignoles, a La Cecilia en Montmartre, a Wroblewski, que rechaza cuatro veces a los versalleses, en la Butte-aux-Cailles, oponiendo al asalto a París una resistencia desesperada. El 24 la Comuna llama “a todo el mundo a las barricadas”. París no lucha, se deshace. Un supremo esfuerzo: Varlin, Léo Frankel, Brunel, Delescluze, organizan barricadas en la Bastilla, en el boulevard Voltaire, en el faubourg del Temple. “Muy a menudo las barricadas se levantan en medio de un sombrío silencio. No se oye más que el ruido sordo de los adoquines que caen unos sobre otros y la voz grave de los federados que dicen a los transeúntes: ‘Una ayuda, ciudadanos, vamos a morir por vuestra libertad’”.

Y he aquí la represión prometida por Thiers, en nombre de las leyes, por las leyes, con las leyes: “Nuestros valientes soldados se comportan de manera que inspira la más alta estimación, la mayor admiración del extranjero”.

Cuando no se los fusila en el lugar, se lleva a los federados a

Versalles en un largo cortejo, bajo la mirada vigilante del general Galliffet.

Los correspondientes extranjeros de los diarios (*Daily News*, 8 de junio, *Times*, 29 y 31 de mayo de 1871) describen así las ejecuciones: “Los cautivos, ya formados en larga cadena, o ya libres como en junio de 1848, atados por cuerdas de modo de formar un solo bloque, son encaminados hacia Versalles.

El que rehúsa marchar es obligado a bayonetazos y, si resiste, fusilado en el lugar o atado a la cola de un caballo...”

Galliffet les esperaba en la Muette; allí recorría las filas y con su cara de lobo flaco:

–Usted tiene aire inteligente –decía a alguno–, salga de las filas.

–Usted tiene un reloj –decía a otro–, ha debido ser un funcionario de la Comuna –y lo ponía aparte.

Luego de escoger el general así a un centenar de prisioneros, se formó un pelotón de ejecución. Algunos minutos después, oímos tras de nosotros descargas que duraron un cuarto de hora. Era la ejecución sumaria de los desdichados¹⁷⁵.

El domingo 28 de mayo, Galliffet dice: “Qué aquellos que tengan cabello gris salgan de las filas: Habéis visto junio de

175 *Daily News*, 8 de junio de 1871. y *Times* del 31 de mayo de 1871, citados por Lissagaray, *op. cit.*, pág. 396.

1848, sois más culpables que los otros”, y hace rodar sus cadáveres en los fosos de las fortificaciones.

Niños de 12 a 16 años, y mujeres: “He visto, dice el corresponsal de *Times* (29 de mayo), a una muchacha vestida de guardia nacional marchar con la cabeza erguida entre prisioneros que llevaban los ojos bajos. Esa mujer alta, con largos cabellos rubios sobre los hombros, desafiaba a todo el mundo con la mirada. La muchedumbre la abrumaba con sus ultrajes, pero ella no pestañeaba y hacía ruborizar a los hombres con su estoicismo.”

A la entrada de Versalles, los prisioneros eran esperados, paseados como espectáculo por las calles de la ciudad, expuestos en la plaza de armas: “Se ve, dice *Le Siécle*, del 30 de mayo, a prostitutas insultar a los prisioneros e, inclusive, golpearlos con sus sombrillas.”

¡Con qué refinamiento está organizada la ejecución de los vencidos! Thiers ha querido esa carnicería; telegrafía a los prefectos: “El suelo está cubierto con sus cadáveres, este espectáculo horroroso servirá de lección.” Y a la Asamblea: “La causa de la justicia, del orden, de la civilización ha triunfado.”

399.823 denuncias y solamente 38.568 arrestos; 20.000 mujeres y niños muertos durante la batalla o después de la resistencia (en París y en provincias).

3.000 muertos en los depósitos, en pontones, en bosques, en prisiones, en Nueva Caledonia, en el destierro... 13.700 condenados a penas que, para algunos, duraron 9 años.

70.000 mujeres, niños y ancianos privados de su sostén natural o arrojados de Francia.

1070000 víctimas, he ahí el balance.¹⁷⁶

La clase obrera contribuyó ampliamente a llenar la lista de las víctimas. Una estadística aproximada del general Appert reparte así las víctimas entre las diversas profesiones: 2.901 jornaleros, 2.664 cerrajeros mecánicos, 2.293 albañiles, 1.569 carpinteros, 1.598 empleados de comercio, 1.491 zapateros, 1.065 dependientes, 863 pintores de la construcción, 819 tipógrafos, 766 picapedreros, 681 sastres, 636 ebanistas, 528 joyeros, 382 carpinteros de obra, 347 torneros, 283 tallistas, 227 hojalateros, 224 fundidores, 210 sombrereros, 206 costureros, 193 pasamaneros, 182 grabadores, 172 relojeros, 172 doradores, 159 impresores en papel pintado, 157 matriceros, 106 maestros, 106 encuadernadores y 98 fabricantes de instrumentos.

El domingo 28 de mayo, después de haber combatido en los distritos 69, en el 39, en el 109, en el 119, “cuando no queda ya ninguna barricada, Varlin abandona su vida al azar”¹⁷⁷.

Agotado, se sienta en un banco en la plaza Cadet. Un transeúnte lo reconoce, queda un momento vacilante, después lo señala a la patrulla que pasa. Los soldados lo toman a culatazos. Se le arrojan suciedades y lodo. Varlin contempla con serenidad a la muchedumbre cuya emancipación quiere.

176 LISSAGARAY, *op-cit.*, pág. 486.

177 E. FAILLET, *Biographie de Varlin*, pág. 61, m 89, París; Perreaux; 1885.

Eugéne Varlin arriesgó su vida para salvar los rehenes y sin embargo se grita a su alrededor: “¡A Montmartre, a Montmartre, que se le fusile en el mismo lugar que a Clément Thomas!”

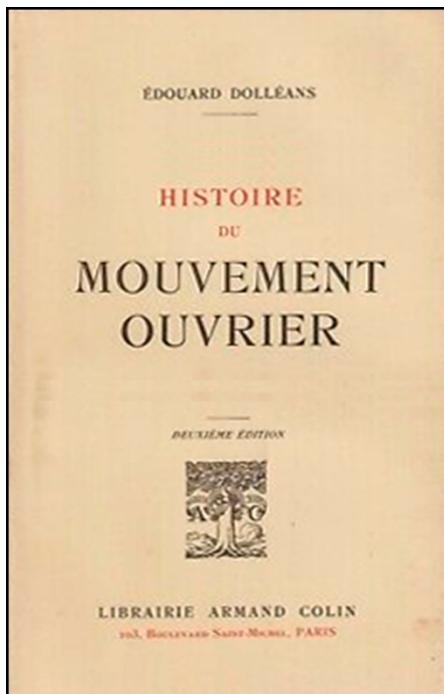
El teniente Sicre conduce a Varlin, maniatado, a los montículos donde estaba el general Laveaucoupet.

Por las calles escarpadas de Montmartre, Varlin es arrastrado durante una larga hora. “Bajo la granizada de los golpes, su joven cabeza meditativa, que no había tenido jamás sino pensamientos fraternales, se convierte en un jigote de carnes, con un ojo colgando fuera de la órbita.” (Lissagaray.) Cuando llega a la rue des Rosiers, no marcha ya, se lo lleva. Se lo sienta para fusilarlo. Los soldados destrozan su cadáver a culatazos. Sicre lo despoja, distribuye a los soldados el dinero hallado en sus bolsillos y retiene el pequeño reloj que le habían ofrecido los encuadernadores en septiembre de 1864.

Eugéne Varlin, Thiers: dos hombres, dos razas, y sin embargo de un mismo país. Pero encarnan las dos corrientes humanas que chocan a lo largo de la historia: la lucha de los vivientes contra los sobrevivientes.

Thiers ganó su cuarta batalla, pero no contra un ejército enemigo. General de guerra civil, su apoteosis comienza; se convierte en héroe nacional.

La sombra se extiende sobre Francia, después... la noche. Una noche profunda que se prolonga. Pero luego, llegará la luz del día.



ÉDOUARD DOLLÉANS (1877-1954)

Es un historiador del movimiento obrero. Contribuyó notablemente a la *Revue d'économie politique* y escribió esta *Historia del movimiento obrero*, en tres volúmenes, que cubre el período de 1830 a 1953.

Además de su labor como historiador, fue miembro del gabinete de la Secretaría de Estado de Recreación y Deportes de Léo Lagrange bajo el gobierno del Frente Popular en 1936, entonces jefe de gabinete del Subsecretario de Estado de Trabajo Philippe Serre.

En 1948 participó con Georges Bourgin en la creación del Instituto Francés de Historia Social.